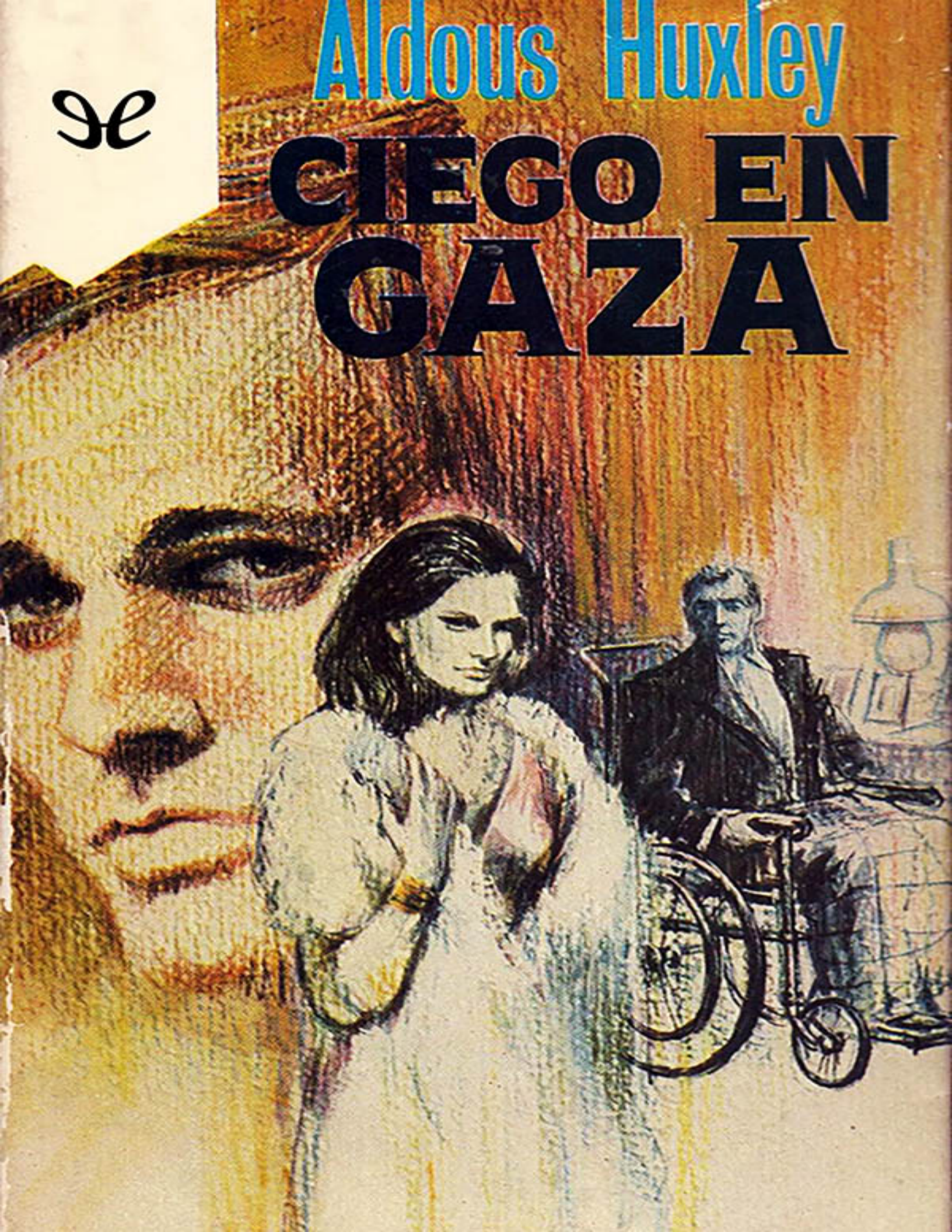
Aldous Huxley

CIEGO EN GAZA



Ciego en Gaza (1936) es, ante todo, una novela personal e íntima. En conflicto entre lo intelectual y lo sexual y a traves del misticismo, Huxley nos describe simultáneamente y sin aparente orden cronológico, la vida de una serie de personajes; sin embargo, al llegar al final, el lector ha de rendirse, sorprendido ante la apretada unidad que presenta la obra. Por encima de los valores de la inteligencia, del despiadado y lúcido estudio psicológico de los personajes, habituales en el autor; sorprende la prodigiosa construcción de la novela. Así, en Ciego en Gaza, Huxley llega al cenit de su vida narrativa, dedicado a describir en carne viva con sorprendente exactitud y crudeza a la sociedad de entreguerras, y se centra en una desesperada búsqueda de los valores positivos que podrían salvar al ser humano de la alienación a la que lo conduce el desarrollo tecnológico.

OceanofPDF.com

Aldous Huxley

Ciego en Gaza

ePub r1.0
Titivillus 26.12.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Eyeless in Gaza*
Aldous Huxley, 1936
Traducción: Fernando Calleja

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OceanofPDF.com

I

30 DE AGOSTO DE 1933

LAS INSTANTÁNEAS aparecían tan borrosas como si de recuerdos se tratara. Aquella mujer joven que se retrató de pie en el jardín a principios de siglo presentaba el aspecto de un fantasma a la hora de cantar el gallo. Anthony Beavis reconoció en ella a su madre. La fotografía estaba tomada un año o dos antes de que muriera la retratada, quizá nada más que uno o dos meses antes. Según miraba al desvaído fantasma, se dijo que la moda es un arte decorativo similar a ése de los jardineros que recortan los bojes dándoles siluetas caprichosas. ¡Qué lomos de cisne! Y aquella cascada pectoral no parecía tener relación alguna con el cuerpo desnudo que escondía. Y todo aquel pelo, que pudiera tomarse por una deformidad ornamental del cráneo. Todo ello presentaba un aspecto de fealdad repelente e insólita en 1933. Empero, si cerraba los ojos (y apenas podía resistir la tentación de hacerlo) veía a su madre envuelta en su lánguida belleza, echada en la *chaise-longue*, o jugando al tenis, ingrávida, o deslizándose como un pájaro por encima del hielo de muchos inviernos antes.

Otro tanto le ocurría con las fotografías instantáneas de Mary Amberley, tomadas diez años después. La longitud de las faldas no era menos generosa, y dentro de la más angosta campana de telas, la mujer se deslizaba todavía ápoda, como sobre rodezuelas. Los pechos, verdad es, aparecían en lugar algo más natural, y el exagerado nalgatorio había perdido algo de su artificiosa rotundidad. Pero la silueta general del cuerpo vestido, seguía siendo muy improbable. Tan improbable como un cangrejo

de mar, de caparazón formado por las láminas corneas de las barbas de una ballena. En cuanto al inmenso sombrero emplumado de 191.1, era, sencillamente, un entierro francés de primera clase. ¿Cómo pudo un hombre en posesión de sus sentidos experimentar atracción alguna hacia cosa de aspecto tan marcadamente anafrodisíaco? Y, no obstante, a pesar de las fotografías, él la recordaba cómo síntesis de todo lo deseable. Al ver aquel cangrejo emplumado que se movía sobre ruedas se había acelerado el latir de su corazón y su respiración se había hecho fatigosa.

A los veinte, a los treinta años del suceso, las fotografías tan sólo revelaban cosas remotas y extrañas. Mas lo extraño, lo desacostumbrado (¡miserable automatismo!), es siempre absurdo. Lo que él recordaba, por el contrario, era la emoción experimentada cuando lo desacostumbrado era todavía lo habitual, cuando lo absurdo, al ser aceptado como cosa natural, nada de absurdo tenía. Los dramas de los recuerdos son siempre representaciones de *Hamlet* dadas con vestuario moderno.

¡Qué belleza la de su madre a pesar del inmenso y enrevesado lobanillo de pelo, a pesar de la protuberancia posterior y de la rampa deformadora del pecho! En cuanto a Mary, ¡qué enloquecedoramente deseable fue con su caparazón y con sus plumas funéreas! El también, según sus recuerdos, estuvo siempre vestido con ropas modernas y nunca presentó aquel aspecto ridículo de muñeco grotesco que mostraban las instantáneas: con su abriguito claro y su boina colorada; vestido de terciopelo verde con una blusa de volantes en los tiempos en que fue conocido por el apodo cariñoso de Bubbles; ya en el colegio con su chaqueta de *trabilla* y los pantalones ceñidos por debajo de la rodilla que luego se ajustaban a las piernas como dos tubos angostos de buen paño con su cuello planchado y, los domingos, con su hongo, o con una gorrilla roja y negra de colegial los demás días. Nada experimentaron, si de sentimientos se habla, los niños de aquella época distinto de lo que sintieron treinta años más tarde otros muchachos con sus pantalones cortos y sus jerseys. Lo cual demostraba —Anthony se encontró reflexionando impersonalmente al examinar su imagen tocada con un sombrero de copa y vestido de frac que le mostraba de colegial de Eton —, que el progreso jamás puede ser experimentado, sino únicamente

observado desde lejos. Tomó su librillo de notas, lo abrió y escribió lo que sigue:

Tal vez los historiadores puedan advertir el progreso, pero nunca pueden sentirlo aquéllos personalmente afectados por el supuesto avance. Los jóvenes nacen en circunstancias progresivas, los viejos las toman como cosa evidente que no necesita ser discutida en pocos meses o años. Al avance nunca sentimos que avanzamos. Cuando los nuevos inventos y adelantos fallan no sentimos gratitud por su existencia, sino irritación por su fracaso. Los hombres no se pasan el día dando gracias a Dios por la existencia de los automóviles; se limitan a maldecir cuando los carburadores se obstruyen.

Cerró el librillo y volvió a contemplar el sombrero de copa de 1907.

Oyó rumor de pasos, y al alzar la vista vio a Helen Ledwidge que se aproximaba a él con sus característicos pasos largos a través de la terraza. Su cara, bajo el sombrero de anchas alas, aparecía encendida por el reflejo de su pijama rojo de playa. Como si estuviera en el infierno. Y, de hecho, siguió pensando, en el infierno re encontraba. La mente crea el lugar en que se halla; Helen llevaba consigo el infierno. El infierno de su matrimonio grotesco, y tal vez otros infiernos grotescos también. Pero él siempre se había abstenido de indagar detalladamente su naturaleza y había fingido no darse cuenta de los ofrecimientos que ella le hizo algunas veces de servirle de guía a través de sus complicaciones laberínticas. Las preguntas y la exploración pudieran haberle conducido a Dios sabe qué barrizales emotivos y a qué responsabilidades. Y él no tenía ni tiempo ni energías suficientes para emociones y responsabilidades. Su trabajo era lo primero. Dominando su curiosidad, persistió en desempeñar cabezonamente el papel que se había asignado a sí mismo mucho tiempo antes, el papel de filósofo desprendido de todo, de sabio absorto que no percibe las cosas que son evidentes para todos los demás. Se conducía como si no pudiera ver en la cara de ella más que la belleza externa de su forma y de su cutis. Y esto, aunque naturalmente la carne nunca es opaca por completo, el alma se trasluce a través de las paredes de su vaso. Aquellos ojos grises y claros,

aquella boca con el labio superior delicadamente alzado, aparecían endurecidos y casi afeados por una tristeza resentida.

El rubor infernal cedió cuando Helen salió de la luz del sol y entró en la penumbra de la casa; pero la súbita palidez de su rostro únicamente logró intensificar la amarga melancolía de su expresión. Anthony la miró; pero ni se levantó de la silla ni la saludó con palabra alguna. Existía entre ellos un acuerdo tácito para la supresión de toda señal indicadora de emoción, incluso de la emoción aneja al hecho de darse los buenos días. Nada de emoción. En el momento en que Helen entró por la abierta puerta de cristales en la habitación, él volvió a estudiar las fotografías.

—Aquí me tienes —dijo sin sonreír.

Se quitó el sombrero y, con un movimiento de graciosa belleza e impaciencia,' sacudió los rizos bermejos de su pelo.

—Hace un calor terrible —dijo arrojando el sombrero sobre el sofá.

Cruzó la habitación hacia el lugar en que Anthony estaba sentado ante su mesa de escribir.

—¿No trabajabas? —le preguntó sorprendida.

Era poco corriente encontrarle más que absorto en sus librotes y sus papeles.

—No; hoy no hay sociología —respondió él sacudiendo la cabeza.

—¿Qué estabas mirando? —preguntó de pie junto a la silla de Anthony e inclinándose sobre las fotografías que estaban esparcidas sobre la mesa.

—Mis cadáveres de antaño —respondió alargándole el fantasma del fallecido escolar de Eton.

—Eras guapo entonces —comentó ella, después de estudiar la fotografía en silencio durante unos momentos.

—*Merci, mon vieux!* —le dio él al decirlo una palmadita cariñosa de manera irónica en la parte posterior del muslo—. En mi colegio elemental solían llamarme mis compañeros, Benger.

Entre las yemas de sus dedos y la elasticidad rotunda de la carne de la mujer la seda interpuso una tersura escurridiza al tacto de manera extraña.

—Benger: abreviatura de Harina Benger. Me llamaban así por mi aspecto de niño de pecho.

—Encantador —continuó ella sin hacer caso de la interrupción—; de verdad tenías entonces un aspecto encantador. Conmovedor.

—Pero todavía lo tengo —protestó él sonriendo.

Ella le miró en silencio durante un momento. Vio el pelo espeso y oscuro y la frente de tersura bella y serena, como la de un niño reflexivo. E infantil era también, de manera más graciosa, la nariz corta y algo chata. Los ojos miraban por entre la rendija sesgada de los párpados animados por una risa interna y también dulcificaba las comisuras de los labios una sonrisa, una sonrisa irónica, que dijérase contradecir de algún modo lo que la boca con su forma parecía expresar. Era una boca de labios llenos, bien dibujados, voluptuosos y a la par graves, tristes, casi trémulos a fuerza de ser sensibles. Labios que daban la sensación de estar desnudos con su sensualidad taciturna, inermes, abandonados a sus propios medios por la barbilla pequeña y tímida que debajo de ellos se veía.

—Lo peor es —dijo Helen por fin— que tienes razón. Eres encantador y conmovedor. Dios sabe por qué. Porque no debieras serlo. Es un timo, un truco para conseguir con mentiras gustarle a la gente.

—¡Vamos, vamos! —protestó él.

—Les haces darte algo a cambio de nada.

—Pero por lo menos tengo la franqueza de decir que nada ofrezco. Nunca pretendo ofrecer una gran pasión —hizo sonar la *r* grotescamente y abrió la *a* de manera ridícula—. Ni siquiera una *Wahlverwandschaft*[1] —añadió empleando el alemán para conseguir que en todo aquel asunto romántico de afinidades y emociones violentas sonase de manera marcadamente ridícula—. Únicamente una manera de pasar el rato.

—Una manera de pasar el rato —repitió Helen irónicamente.

Y al hacerlo pensó en los tiempos en que comenzó el asunto, cuando, por así decirlo, estuvo ella en el umbral del amor, a punto de enamorarse de él; en el umbral, aguardando a que le dijeran que pasara. Pero ¡con qué firmeza (a pesar de sus silencios y de su estudiada amabilidad), de qué manera tan definitiva le había cerrado la puerta él! No quería ser amado. Durante un breve tiempo estuvo ella a punto de rebelarse; pero con la actitud de acérrima y sarcástica resignación, con la cual había aprendido a encararse con el mundo, acabó por aceptar sus condiciones. Resultaban más

aceptables debido al hecho de que no resultaba perceptible ninguna otra alternativa; debido también a que después de todo era él un hombre notable y, después de todo, le quería ella profundamente; debido también a que al menos él sabía cómo satisfacerla físicamente.

—¡Una manera de pasar el rato! —repitió, y dejó escapar un gruñidito risueño.

Anthony le lanzó una mirada, temeroso de que fuera a quebrantar el acuerdo tácitamente establecido entre ellos refiriéndose a algún asunto prohibido. Pero sus temores resultaron injustificados.

—Sí; lo reconozco —continuó ella después de un breve silencio—. Reconozco que eres honrado. Pero eso no quita que siempre estés consiguiendo cosas sin dar nada en cambio. Llámalo si quieras un timo involuntario. Supongo que tu cara es tu fortuna. En tu caso pudiera decirse que tus facciones inocentes son retrato de tu maldad.

Se inclinó de nuevo sobre las fotografías y preguntó:

—¿Quién es ésa?

Vaciló él ligeramente antes de responder y luego, sonriendo y experimentando al mismo tiempo cierto embarazo, contestó:

—Una de las pasiones no grandes. Se llamaba Gladys.

—Le va bien el nombre —dijo arrugando con desprecio la nariz—. ¿Por qué la abandonaste?

—No la abandoné. Se fue con otro. Aunque confesaré que no me importó demasiado —comenzó a decir; pero ella le interrumpió.

—Tal vez el otro hablase con ella cuando estaban acostados.

Anthony se sonrojó.

—¿Qué quieres decir?

—Algunas mujeres, aunque sea extraño, gustan de que les hablen en esos momentos. Y como tú me lo hacías…, pues nunca lo haces.

Arrojó a Gladys sobre la mesa y, cogiendo a la mujer vestida a la moda de 1900, dijo:

—¿Es ésta tu madre?

Anthony asintió con un gesto y, empujando hacia ella la fotografía de Mary Amberley, la del sombrero de las plumas funéreas, le dijo:

—~*Y* ésta es la tuya.

Hizo una breve pausa y añadió en tono de disgusto:

—¡Este peso del pasado que arrastra uno consigo! Debiera existir un procedimiento para librarse de los recuerdos superfinos. ¡Cómo me aburre Proust! Verdaderamente le odio.

Y con rica y cómica elocuencia precedió a evocar el espíritu de aquel buscador asmático del tiempo perdido, sentado torpemente, horriblemente blanco y fláccido, con pechos casi mujeriles, pero bordeados de largos pelos negros, eternamente aclocado en el baño tibio de los recordados tiempos que fueron. La espuma rancia de innumerables lavados anteriores flotaba alrededor de él y la mugre acumulada de muchos años formaba costra contra los costados de la bañera o nadaba negruzca sobre el agua. Y allí estaba sentado el enfermo pálido y repulsivo, cogiendo a cucharadas su propio espeso caldo y derramándoselo por el rostro, llenando una taza con el líquido grisáceo y áspero que luego paladeaba demoradamente, haciendo gárgaras, hundiendo en él la nariz, como cualquier indio devoto pudiera hacer con el agua sagrada del Ganges…

—Hablas de él como si fuera tu enemigo personal —dijo Helen.

Anthony se limitó a reír.

En el silencio que sobrevino, Helen cogió la desvaída fotografía de su madre. Comenzó a estudiarla concentradamente, cual, si se tratara de un jeroglífico misterioso que, si pudiera ser descifrado, suministraría la clave precisa para desentrañar un enigma.

Anthony la contempló durante algún tiempo; luego, recobrando con un esfuerzo su actividad, hundió la mano en el montón de fotografías y sacó la de su tío James, vestido con la ropa de tenis que se usaba en 1906. Ya había muerto, de cáncer, el pobre viejo, y confortado con todos los consuelos de la religión católica. Soltó el retrato y cogió otro. Era una fotografía de un grupo sobre el fondo borroso formado por montañas de Suiza: su padre, su madrastra, sus dos hermanastras. «Grindelwald, 1912», rezaba al dorso una leyenda escrita en la perfilada caligrafía de míster Beavis. Observó Anthony que los cuatro llevaban bastones de alpinista.

—Y me gustaría —dijo dejando la fotografía—, me gustaría que mis días estuviesen separados entre sí por impiedad artificial.

Helen alzó la vista del jeroglífico indescifrable.

—Entonces, ¿por qué pierdes el tiempo mirando fotografías antiguas?

—Estaba arreglando el armario —explicó él—. Y salieron a relucir inesperadamente. Como Tutankhamon. No pude resistir la tentación de mirarlas. Además, es mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños?

—Cuarenta y dos años —sacudió la cabeza y siguió diciendo—: Es de lo más deprimente, y como siempre le gusta a uno provocar el aumento de la tristeza que siente… —cogió un puñado de fotografías y las dejó caer luego sobre la mesa—. Los cadáveres salieron a relucir muy oportunamente. Puede apreciarse la mano de la Providencia. O, si lo prefieres, la garra del destino.

—¿Tú la querías mucho, verdad? —preguntó Helen después de otro silencio, mostrándole la fotografía de su madre para que la viera.

Asintió él con un gesto y luego dijo, para cambiar de conversación:

—Me civilizó. Yo estaba medio salvaje cuando ella se encargó de mí.

No se sentía inclinado a discutir los sentimientos que le inspiró Mary Amberley, sobre todo (aunque esto era indudablemente una estúpida reliquia de tiempos bárbaros) con Helen.

—Se habla —prosiguió— del duro deber del hombre blanco, que consiste en civilizar al que no lo es; pudiéramos también hablar —añadió sonriendo— de los sacrificios civilizadores de la mujer blanca —entonces volvió a coger de nuevo el grupo de los bastones de alpinista y dijo—: Ésta es una de las cosas de que me libró: Suiza, la tenebrosa. Nunca le estaré bastante agradecido.

—Es una pena que no logre curarse —dijo Helen después de examinar la fotografía de los alpinistas.

—Por cierto, ¿cómo está?

Helen se encogió de hombros.

—Estaba bastante mejor cuando salió del sanatorio esta primavera. Pero ya está otra vez con lo mismo. Lo de siempre. Morfina, con intervalos alcohólicos. La vi en París cuando venía hacia aquí. Fue terrible —dijo, estremeciéndose. La mano, que continuaba descansando sobre el muslo con afecto irónico, resultó súbitamente inoportuna. Anthony la dejó caer.

—No sé lo que es peor —continuó diciendo Helen después de una pausa—, si la suciedad, pues no tienes idea de cómo vive, o su malicia, sus mentiras perpetuas y detestables —y al acabar de hablar exhaló un profundo suspiro.

Anthony le tomó una mano y se la apretó con gesto que nada de irónico tenía.

—¡Pobre Helen!

Permaneció ella inmóvil durante unos segundos, callada con la vista desviada de él. Luego, de repente, se sacudió como si despertara. Adivinó él que la mano muerta apretaba la suya, y cuando volvió los ojos hacia él vio la cara animada por una alegría temeraria y deliberada.

¡Pobre Anthony!, diría yo —dijo, desde lo más profundo de su garganta logró extraer un ruidito inesperado y extraño, como de risa a punto de ser tragada—. ¡Y hablábamos de engaños!

Iba él a protestar de que no se trataba de engaños en su caso, cuando ella se inclinó y con una especie de violencia airada apretó sus labios contra los de él.

OceanofPDF.com

II

4 DE ABRIL DE 1934

DEL DIARIO de A. B.

Cinco palabras resumen toda biografía. *Video meliora proboque; deteriora sequor*[2]. Como todos los seres humanos sé lo que debo hacer; pero continúo haciendo lo que no debo. Esta tarde, por ejemplo, he ido a ver al pobre Beppo, mísero convaleciente de la gripe. Sé que debí sentarme a su lado y permitirle que vaciara sobre mí sus quejas acerca de la ingratitud y crueldad de los jóvenes. Su terror ante los avances de la vejez y ante la amenaza de su soledad, sus terribles sospechas de que la gente comienza a encontrarle aburrido y ya no *a la page*[3]. Los Bolinskys, me dijo, habían dado una fiesta sin invitarle. Hagworm no le había convidado a pasar el fin de semana en su casa desde noviembre… Sé que debí haberle escuchado piadosamente y dado buenos consejos, haberle suplicado que no se entristeciera miserablemente por cosas inevitables y baladres. El consejo, claro está no lo hubiera seguido, como de costumbre; pero uno nunca puede estar seguro de esto y, por lo tanto, siempre debe ofrecer su consejo. En vez de lo cual satisfice por adelantado mi conciencia comprándole a Beppo una libra de uvas caras y le dije una mentira acerca de una reunión a la cual tenía que asistir, por lo que me veía obligado a dejarle casi inmediatamente. Cuando lo cierto era que no me encontraba con fuerzas para escuchar una repetición de las lamentaciones del pobre B. Me justifiqué mi conducta, además de con la compra de cinco chelines de fruta, haciéndome

reflexiones morales: a los cincuenta años debiera un hombre saber lo bastante para no dar ya importancia, ni a los asuntos amorosos, ni a las invitaciones para cenar ni a reunirse con la gente elegante. No debiera ser tan necio, y, por lo tanto (lógica impecable) no tenía yo obligación de hacer lo que mi conducta me decía que debía hacer. Y así, le abandoné apresuradamente a los quince minutos de estar con él, dejando al desgraciado en soledad con las enconadas lamentaciones que su propia desgracia le inspiraron. Mañana iré a hacerle compañía durante dos horas por lo menos.

«El pecado que nos cerca». ¿Puede uno usar la frase todavía? No. Tienen un número excesivo de matices exagerados y de implicaciones que no satisfacen: la sangre del cordero, la espantable cosa que es caer en manos de Dios vivo, el fuego infernal, la obsesión sexual, las ofensas, la castidad en lugar de la caridad. (Observo que el pobre Beppo, vuelto del revés —Comstock o San Pablo). Además, «el pecado que nos cerca» ha implicado siempre esa taciturnidad egotista que nos obsesiona con nosotros mismos y que invalida la piedad. En este sentido, véase el diario de Prince, aquel celoso evangélico que fundó más tarde la Mansión del Amor, de manera inspirada, como dirían los partidarios de *Bucham*[4]; pues su deseo, largamente reprimido, de copular desordenadamente tomóse al fin en su conciencia en algo semejante a un mandato del espíritu (con quien acabó por identificarse) de que «reconciliara la carne con el espíritu». Y procedió a reconciliarlos, al parecer en público y sobre el sofá de la sala.

No. Ni puede uno usar la frase ni pensar en los términos que implica. Mas no quiere decir esto, claro está, que no existan las tendencias persistentes de conducirse mal o que no tenga uno obligación de examinarlas objetivamente y de tomar una decisión acerca de ellas. Aquel comentario del viejo Miller, mientras cabalgábamos camino de la casa de uno de sus pacientes indios en las montañas: «Realmente y por su naturaleza, todo hombre es una unidad; pero ha transformado artificialmente la unidad en trinidad. Un hombre inteligente y dos idiotas; eso es lo que has hecho contigo mismo. Un admirable manipulador de ideas ligado a una persona que, en cuanto al conocimiento de sí mismo y a sensibilidad se refiere, es sencillamente un imbécil patológico, y esa pareja

de tús, asociada con un cuerpo cretino a medias. Un cuerpo que advierte desesperanzadamente todo cuanto hace y siente, desprovisto de virtudes y desconocedor de cómo puede usarse a sí mismo o hacer uso de cualquier cosa. Dos imbéciles y un intelectual. Mas el hombre es una democracia, en donde gobierna la mayoría. Tendrás que hacer algo acerca de esa mayoría». Este diario es un primer paso. El conocimiento de sí mismo es condición esencial y preliminar para el cambio de sí mismo. (Ciencia pura y después aplicada). Lo que me cerca es la indiferencia. No puedo molestarme pensando en los demás. O, mejor dicho, no quiero. Pues eludo cuidadosamente todas las ocasiones de molestarme. Parte necesaria del tratamiento es aceptar todas las ocasiones molestas que sea posible y esforzarse en crearlas. La indiferencia no es más que una clase de pereza. Pues puede uno trabajar con diligencia, como yo he hecho siempre, y ser perezoso al mismo tiempo; mostrar industria en el desempeño de su profesión, pero mostrar pereza escandalosa en todo lo que no lo es. Porque, claro es, el ejercicio de la profesión nos divierte. Mientras que lo no profesional, las relaciones personales en mi caso, es ingrato y trabajoso. Cuando pasa el tiempo y la costumbre de evitar las relaciones personales se hace inveterada, entonces lo no profesional resulta cada vez más desagradable. La indiferencia es una especie de pereza, y la pereza es, a su vez, un síntoma de desamor. No se siente pereza acerca de lo amado. El problema es cómo amar. (De nuevo resulta sospechosa la palabra, grasienta a fuerza de manoseada por demasiadas generaciones, de Stigginses). Debiera existir la manera de lavar en seco y de desinfectar las palabras. Amor, pureza, bondad, espíritu…, buen montón de ropa sucia que espera a la lavandera. ¿Cómo haremos entonces para sentir (sentir interés y no amor, pues «amor» es un pañuelo sucio) interés persistente y afectuoso en los demás? ¿Cómo planearemos nuestra aproximación antropológica a ellos, como diría Miller? No es fácil contestarlo.

5 DE ABRIL

He trabajado toda la mañana. Pues sería insensato el no ordenar mis datos. Ordenarlos de nuevo, claro está. Mi proyecto original fue un vasto *Bouvard et Pécuchet*[5] construido con hechos históricos. Un cuadro fútil, objetivo en apariencia y en apariencia científico, pero compuesto, demasiado lo sé, para justificar mi propia manera de vivir. Puesto que los hombres se han conducido siempre como deficientes mentales o como monos, y puesto que no podían conducirse de otra manera, pensé que esto justificaba que yo me sentara cómodamente en mi butaca teatral con mis gemelos, no menos teatrales. Mientras que, si la cosa tuviera remedio, si la conducta pudiera ser modificada… En tanto, la descripción de la conducta y la especificación de los procedimientos para modificarla serán de utilidad. Aunque no lo suficientemente útiles y valiosos para que esté justificada la abstención de toda otra clase de actividad.

Por la tarde fui a casa de Miller, en donde encontré a un clérigo protestante que toma el cristianismo en serio y ha iniciado una organización de pacifistas. Se llama Purchas. Hombre entrado en años. Ligeramente musculoso-jocundo a lo cristiano. (¡Qué difícil es admitir que pueda un hombre usar frases hechas y ser inteligente!). Pero un hombre que parece buena persona. Más que buena persona. Es impresionante.

La meta es utilizar y fomentar la organización de Purchas. La unidad, un pequeño grupo, como el ágape de los cristianos primitivos o la célula comunista. (Observemos que todos los movimientos que han tenido éxito han sido construidos a base de pequeños equipos, como el que forman los once jugadores de fútbol o los ocho remeros de una barca). Los grupos de Purchas inician sus reuniones con devociones cristianas. Empíricamente se ha comprobado que una atmósfera devota aumenta el rendimiento e intensifica el espíritu de colaboración y de sacrificio. Pero la devoción, en términos cristianos, será en gran parte inaceptable. Miller cree posible emplear una crestomatía no teológica de meditaciones. La cual le gustaría ver suplementada por el adiestramiento, según el método de F. M. Alexander[6], del uso de la propia personalidad, empezando por el dominio del cuerpo, y alcanzando por este procedimiento (puesto que mente y cuerpo son uno) el dominio de los impulsos y de los sentimientos. Pero esto

no puede ser llevado a cabo. Los Maestros que serían necesarios no existen. «Hemos de contentarnos con lo que podamos hacer desde el punto de vista mental. Lo físico nos hará fracasar indudablemente. La carne es flaca en muchos más sentidos de los que suponemos».

Di mi conformidad a contribuir económicamente, a preparar folletos, y a hablar a algunos de los grupos. Esto último es lo más arduo, pues siempre me he negado a hablar en público. Cuando Purchas se fue, pregunté a Miller si debía tomar lecciones de retórica.

Contestación: «Si tomas lecciones antes de alcanzar una coordinación física aceptable, únicamente aprenderás otra manera de usarte a ti mismo mal. Perfecciónate, logra la coordinación, úsate a ti mismo como es debido; entonces podrás hablar de la manera que te venga en gana. Todas las dificultades, desde la timidez hasta el timbre de voz indeseable, todas desaparecerán automáticamente».

Miller me dio entonces una lección en el uso de mí mismo. Enseñanzas de cómo sentarse en una silla, de cómo levantarse de ella y de cómo echarse para atrás y para adelante. Me advirtió que al principio pudiera parecer algo inútil, pero que el interés y el entendimiento del asunto aumentarían con la práctica. Y que encontraría una solución al problema de *video meliora proboque, deteriora sequor*, una técnica para convertir en acto las buenas intenciones, para estar seguro de hacer lo que uno sabe qué debe hacer.

Pasé la tarde con Beppo. Después de escucharle recitar varios catálogos de desgracias, le expresé mi opinión que no tenían cura, y que únicamente podían ser evitadas. Evitar las causas. Su reacción fue de ira apasionada: le robaba yo a la vida su significado, le condenaba al suicidio. Respondí insinuando que la vida puede tener más de un significado. Dijo que antes moriría que renunciar al significado que para él tiene; luego cambió de actitud y expresó su deseo ferviente de que le fuera posible renunciar a éste. Pero, ¿a cambio de qué? Le dije que tal vez para hacerse pacifista. Pero ya lo era, siempre lo ha sido. Ya lo sabía yo; pero pacifista pasivo, negativo. Que hay un pacifismo activo y positivo. Me escuchó, y dijo que lo pensaría, tal vez fuese ésa la solución.

OceanofPDF.com

III

30 DE AGOSTO DE 1933

DESDE la azotea de la casa se sentía atraída la vista en primer lugar hacia el oeste, en donde los pinos descendían suavemente hasta el mar, una bahía azul del Mediterráneo bordeada de rocas pálidas, de color de hueso, y formadas por montes encumbrados, verdes en sus partes más bajas cubiertas de viñas, luego grises de olivos, oscuros de pinos, rojos de tierra, blancos de rocas, o rosados de brezos resecos. A través de una quebrada que separaba dos de los montes cercanos, se veía el espolón largo y derecho del Sainte-Baume con claridad metálica pero azul en la distancia. Al norte y al sur, el jardín acababa en el pinar; pero hacia el este viñedos y olivares avanzaban cuesta arriba subiendo la escalera de las terrazas agricultoras hacia la tierra rojiza de la cumbre; los últimos árboles se alzaban, unas veces oscuros y siniestros, otras veces temblorosos y plateados, recortados contra el cielo.

Había en la azotea colchonetas para tomar baños de sol y en una de éstas estaban tumbados, con las cabezas en la sombra que daba el pretil de mediodía. Eran las doce; la luz del sol caía casi verticalmente desde un cielo sin mácula; de vez en cuando una ligera brisa se levantaba y luego moría para volver a soplar al poco rato. Sometida al calor atemperado de esta manera entrecortada, la piel dijérase adquirir sensibilidad más aguzada, casi una conciencia independiente, como si sorbiera nueva vida del sol. Y aquella vida extraña, violenta y encendida parecía atravesar la piel y caer sobre ella y *permear*[7] y trasmutar la carne viva por ella protegida, hasta que todo el cuerpo quedaba tornado en algo compuesto de materia solar y

extraña, y la misma alma se sentía derretir, perder su identidad y transformarse en algo distinto, en algo diferente, de especie extranjera a lo humano.

¡Qué pocos gestos, qué pobreza de ademanes en comparación con los pensamientos, sensaciones y sentimientos posibles! ¡Qué miseria humilladora de reflejos, e incluso en gestos expresivos y conscientes! Aún lúcido en su aislamiento, Anthony observó los síntomas de aquel lecho mortal en el que él también tenía su papel como asesino y como compañero victimado. Agitó ella la cabeza inquietamente sobre los almohadones, para aquí, para allá, como si buscara, siempre en vano, consuelo, por ligero que fuera, indulto por fugaz que tuviera que ser, a sus sufrimientos intolerables. Algunas veces, con el gesto de quien ruega desesperadamente para que la copa le sea apartada de los labios, entrecruzaba las manos y alzándolas así hasta la boca, roía los nudillos o se apretaba una muñeca contra los dientes entreabiertos como si quisiera ahogar los gemidos. La cara, descompuesta, era una máscara de sufrimiento extremado. Era la cara, advirtió de repente al inclinarse hacia los labios atormentados, de una de las mujeres santas que Van der Weyden pintó al pie de la cruz. De súbito, quedó inmóvil. La víctima ya no agitaba la cabeza atormentada sobre el almohadón. Las manos implorantes se desmadejaron y quedaron inmóviles. La expresión angustiada de dolor fue remplazada por una serenidad superhumana y extática. Adquirió la boca gravedad santa. ¿Qué visiones beatíficas se habían presentado detrás de los párpados cerrados? Permanecieron largo tiempo tumbados en el estupor dorado del sol y del deseo satisfecho. Fue Anthony el primero que salió de la inmovilidad. Movido por una gratitud y una ternura instintivas, alargó hacia ella una mano acariciadora. Apareció la calentura de la piel, como la de una fruta templada por el sol. Se incorporó apoyándose en un codo y abrió los ojos.

—Pareces un Gauguin —dijo, pasado un momento.

Tenía el colorido oscuro de un modelo pintado por Gauguin, y luego reflexionó extrañado que también tenía la falta de relieve característico de las figuras de Gauguin; pues como consecuencia del atezamiento inducido por el sol, habían desaparecido esos brillos nacarados, azules, carmines y

verdes, que dan al cuerpo en su natural palidez la característica suntuosidad de su relieve.

El sonido de su voz irrumpió y alteró la templada delicia del éxtasis inconsciente en que Helen se encontraba. Hizo un gesto casi de dolor. ¿Por qué no pudo él respetar su paz? ¡Se sintió tan feliz en aquel otro mundo de su cuerpo transfigurado! Y él la llamó una vez más a esta vida, la lanzó de nuevo a su acostumbrado infierno de soledad estéril e infeliz. Dejó sin contestar sus palabras, y cerrando sus ojos con mayor fuerza que antes para destruir la amenaza de la realidad, procuró abrirse paso de nuevo.

Oscura y sin relieve, como un Gauguin… El primer Gauguin que él había visto en su vida (ante el cual, lo recordaba perfectamente, expresó admiración más encendida de la que en verdad había sentido) lo contempló acompañado por Mary Amberley, aquella vez en París, aquella vez emocionante, y, para el muchacho que él fue a los veinte años, aquella vez extraordinaria y apocalíptica.

Frunció el ceño. Su pasado comenzaba a importunarle. Mas cuando para escapar de él se inclinó con intención de besar a Helen en el hombro, halló que la piel, templada por el sol, estaba impregnada por un perfume, débil y al mismo tiempo penetrante, salino y ahumado, un perfume que le transportó instantáneamente a aquella gran cantera socavada en los lomos poderosos de un cerro de los Chilterns, en donde acompañado de Brian Foxe había pasado una hora de placer inexplicable golpeando dos trozos de pedernal, el uno contra el otro, y olfateando luego voluptuosamente el lugar en donde las chispas habían dejado su característico olor acre de combustión marina.

—C-c-c-co… mo de hu-hu-hu… mo deba-deba-debajo d-d-d-d-del mar —fue lo que dijo tartamudeando Brian, cuando él le dio a oler los pedernales.

Incluso los trozos, al parecer más macizos de la realidad presente, están acribillados de hoyos peligrosos. ¿Qué pudiera haber más definitivamente «aquí» que el cuerpo de una mujer al sol? Y, sin embargo, le traicionó. La tierra firme de su proximidad sensual e inmediata y de su propia ternura física se había abierto debajo de sus pies para dejarle caer precipitosamente a otros lugares y tiempos. Nada estaba exento de peligro. Incluso la piel de

su acompañante estaba perfumada con el olor del humo bajo el mar. Esta piel viva, esta piel actual; pero ya hacía casi veinte años que Brian había muerto.

Una cantera, un museo de pinturas, un cuerpo moreno al sol; una piel, recordativa del olor a sal y a humo ahora, y otras veces, como la de Mary, almizclada sin mesura. Oculto en algún recoveco de su mente, un loco barajaba y distribuía las fotografías instantáneas como si de naipes se tratara, las distribuía al azar, barajaba nuevamente, y tornaba a distribuirlas en orden distinto, una y otra vez, una y otra vez, sin cesar. No regía lo cronológico. El hatajador demente no recordaba que hubiese diferencia entre antes y después. El abismo era tan real y tan vívido como el museo. Que los pedernales estuvieron separados de los Gauguin por un período de diez años era un hecho no perceptible a primera vista, sino únicamente posible de descubrir mediante el intelecto calculador y reflexivo. Los treinta y cinco años de su vida consciente se le revelaban de manera inmediata como un caos, como una baraja de fotografías en manos de un orate. ¿Quién decidiría las fotografías que debían ser guardadas y las que convendría arrojar a la basura? Según los freudianos, un animal atemorizado y libidinoso. Pero los freudianos eran víctimas de una falacia patética. Racionalistas incorregibles, siempre a la busca de razones suficientes y de motivos comprensibles. El miedo y la lujuria son los motivos más comprensibles de todos; por lo tanto… Pero la psicología no tiene más derecho a ser antropomórfica, y ni siquiera zoomórfica, que cualquier otra ciencia. Además de una mente y una animalidad, el hombre es también una colección de partículas sujetas a la ley del azar. Se recuerdan algunas cosas por su utilidad, o porque suscitan el interés de las más altas facultades de la mente; otras son recordadas por el animal presidente, u olvidadas de manera deliberada, a causa de su contenido emotivo. Pero, ¿qué diremos —se preguntó— de las innumerables cosas de las que nos acordamos y que no tienen ningún contenido emotivo en particular, que carecen de utilidad, de belleza o de significado racional? Dijérase que la memoria en estos casos fuese sencillamente cuestión de suerte. En el instante del evento ciertas partículas se encuentran por casualidad en situación favorable. ¡Zas!, y el suceso es pescado por el objetivo y queda grabado indeleblemente. Sin

ninguna *razón* en absoluto. A no ser que, se le ocurrió de repente la idea conturbadora, a no ser que no hayamos de buscar la razón como anterior al suceso sino como cosa posterior. En el instante de ocurrir el suceso está todavía en el futuro. ¿Y si aquel museo de pinturas hubiese quedado impreso y luego guardado en los sótanos de su mente con el único y exclusivo propósito de ser sacado a la luz consciente en este instante? Sacado a la luz hoy, cuando él tenía cuarenta y dos años y se sentía seguro, cuando a esa edad se encontraba formado, se encontraba *él mismo*, de manera inmutable, sacado a la luz al mismo tiempo que la mujer que fue su mentara, su primera amante, y ahora apenas pudiera decirse que fuese un ser humano que iba pudriéndose hacia la muerte en la soledad de su sucia madriguera. Y tal vez aquel absurdo juego infantil de los pedernales tuvo un sentido, un propósito profundo, que pudiera ser sencillamente el de ser recordado sobre aquella azotea ardiente, en el momento en que sus labios tocaran la carne de Helen templada por el sol. Tal vez ocurrió lo de los pedernales para que él pudiera ser forzado, en medio de este gesto de sensualidad indiferente e irresponsable, a pensar en Brian y en las cosas por las cuales Brian vivió; y por las que murió… murió. Otra imagen surgió repentinamente dentro de él: le vio en lo hondo de un precipicio semejante a aquél en que jugaron de muchachos junto a la cantera. Sí, incluso el suicidio de Brian, reflexionó ahora horrorizado, incluso aquel mísero cuerpo destrozado contra las rocas, resultaba implícito en aquella piel templada.

Uno, dos, tres, cuatro… Empezó a acariciarla contando los movimientos de su mano. Se trataba de un gesto mágico que le transportaría, si era repetido con insistencia bastante, más allá del pasado y del futuro, más allá del bien y del mal, para dejarle en el presente discreto, en el presente que a sí solo se bastaba, en el presente atómico. Partículas de pensamientos, de deseos, de sensaciones, que se movían al azar entre partículas de tiempo, estableciendo con ellas contactos arbitrarios y de ellas separándose arbitrariamente. Un casino, un manicomio, una casa de fieras; pero también, en una esquina, una biblioteca y un ser cogitabundo. Un ser en gran parte a la merced de los *croupiers*, a la merced de los necios y de los animales; pero también indomeñable e incansable. Otros dos o tres años más y quedarían terminados los *Elementos de Sociología*. A pesar de todo; sí, a

pesar de todo, pensó con una especie de entusiasmo retador; y contó: treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco…

OceanofPDF.com

IV

6 DE NOVIEMBRE DE 1902

SE VEÍA un pequeño flequillo color naranja colgando entre los cuernos; el morro rosado se inclinaba inquisitivo hacia una taza diminuta sobre un platillo; los ojos expresaban un asombro superhumano. «La fuerza», decía el rótulo con letras de seis pulgadas. «La fuerza del toro en una taza». Suponía el anunciante que este lema encerraba motivos suficientes para hacer deseable la compra de su jugo de carne; y *era* una razón.

El toro en una taza. Las palabras y la imagen de burda comicidad, salpicaron la campiña con tal abundancia aquel verano y aquel otoño que pudiera suponerse al campo atacado de alguna enfermedad cutánea. Una de las muchas infecciones desagradables e indignas. El tren que conducía a Anthony Beavis hacia Surrey rodaba velozmente dejando atrás millas y más millas de vulgaridad eccematosa. Píldoras, jabones, pastillas para la tos, y más inflamada y herpética que las demás, el jugo de carne, el toro en la taza…

«Treinta y una…, treinta y dos…», dijo para sí el muchacho, y lamentó no haber comenzado a contarlos tan pronto como arrancó el tren. Entre la estación de Waterloo y la de enlace en Clapham debía de haber probablemente cientos de toros. Millones.

El padre de Anthony ocupaba el asiento de enfrente. Tenía la mano izquierda colocada delante de los ojos a guisa de visera. Sus labios se movían amparados por el lacio y colgante bigote.

—Espera. Aguarda —estaba John Beavis diciéndole a la persona que detrás de sus ojos cerrados aún vivía algunas veces y otras se tornaba en aquella cosa fría e inmóvil de memorias recientes.

Espera. Aguarda. Yo sin fallo,
contigo me uniré en ese valle.

Naturalmente, ya no había inmortalidad. Después de Darwin, después de las hermanas Fox, después del propio padre de John Beavis, ¿cómo iba a haberla?

Pero, sin embargo, ¡oh, sin embargo!, espérame, aguárdame, espera, espera, espera…

—Treinta y tres.

Anthony dejó de mirar el paisaje que huía y se halló confortado por el espectáculo de aquella mano que tapaba los ojos y de los labios que se movían. De repente, le pareció que la idea de contar los toros fue una verdadera traición vergonzosa. Como lo fue, como lo era, la actitud de su tío James, sentado en la otra esquina del asiento frontero, leyendo el *Times*; su cara, según leía, se estremecía de vez en cuando con súbitos espasmos nerviosos. Le pareció a Anthony que su tío debió tener el buen gusto de no leer en aquellos momentos, cuando los tres se dirigían a… Se resistió a pronunciar las palabras; las palabras expresarían la cosa con claridad excesiva, y él no quería darse cuenta de ello con tanta claridad. Lo de leer el *Times* pudiera ser vergonzoso; pero «lo otro» era terrible, demasiado terrible para que pudiera ser posible el pensar en ello, y tan terrible que era imposible dejar de hacerlo.

Volvió a mirar por la ventanilla con ojos lacrimosos. El fulgor verdoso del veranillo de San Martín flotaba sobre una oscuridad iridiscente. Y, de súbito, las ruedas del tren comenzaron a cantar articuladamente: «Muerta-ta-ta, muer- ta-ta-ta», gritaban «Muerta-ta-ta, muerta-ta-ta…». Para siempre. Corrieron sus lágrimas, y las sintió calientes al principio y luego heladas. Sacó su pañuelo y las enjugó, limpió sus ojos de niebla. El mundo que contemplaba parecía una vasta y complicada joya que reluciera bajo el sol. Los olmos habían palidecido hasta tornarse de oro deslucido. Erguida

su vastedad por encima de los campos, inmóviles, parecían meditar en la luz cristalina de la mañana, parecían estar haciendo memoria, parecían, al mismo borde de la disolución, mirar hacia atrás y estar viviendo de nuevo en un postrer éxtasis rememorativo todos los dilatados triunfos de la primavera y el verano que dijéranse haberse concentrado en aquel momento rutilante de otoño.

«Muerta-ta-ta», gritaron las ruedas súbitamente estentóreas al cruzar el tren un puente: «Muerta-ta-ta».

Anthony trató en vano de no escucharlas; y en vano trató de obligar a las ruedas a que dijeran algo distinto. ¿Por qué no podían decir: «Para parar el tren, tire de la cadena»?. Eso era lo que generalmente decían. Hizo un esfuerzo para obligar a las ruedas a que cambiasen su refrán.

«Para-parar-el-tren-tire, para-parar-el-tren-tire, para-parar el-muerta-ta-ta, muer-ta-ta». Era inútil.

Míster Beavis se quitó durante un instante la mano de los ojos y miró por la ventanilla. ¡Qué luminosidad la de los árboles en otoño! Dijérase que su luz interna fuera insultante a no ser por algo que su inmovilidad tema de desesperanzado, por cierta fragilidad cristalina invitadora de la tragedia, que anunciaba proféticamente la oscuridad y el movimiento torturado de las ramas negras bajo las estrellas, las aguzadas flechas de la escarcha que volarían en alas del viento ululante.

Tío James volvió la página de su *Times*. Vio que ritualistas y kensitistas estaban otra vez peleándose, lo que celebró con gran gusto. Que se mataran, no se perdería gran cosa. «*Mr*. Chamberlain en la Escuela del Colegio de la Universidad». ¿Qué se traía entre manos ese viejo diablo? Descubrir una lápida de antiguos alumnos muertos en la guerra. «Más de cien antiguos alumnos fueron a la guerra, y doce de ellos sacrificaron sus vidas en el frente de Sudáfrica en aras de la Patria (aplausos)». ¡Idiotas! ¡Idiotas engañados!, pensó tío James, que siempre había sido apasionado partidario de los *boers*[8].

Entre las verdaderas vacas que pacían, alzábanse pintados los cuernos inmensos, el flequillo triangular y bermejo, los morros inquisidores, la taza. Anthony cerró los ojos para no ver los anuncios.

—No, no quiero —dijo con toda la determinación que antes empleó para convencer a las ruedas.

No quería ver el horror; no quería ver al toro del flequillo. Pero ¿de qué servía no querer? Las ruedas seguían gritando. Y ¿cómo podía él hacer desaparecer el hecho de que aquel toro fuera el trigésimocuarto que había a mano derecha desde la estación de Clapham?

Un número siempre es un número, aunque uno se dirija | a… Pero el llevar cuenta de ellos es vergonzoso, tan vergonzoso como el *Times* del tío James. El contarlos era dejar incumplido el deber, era perpetuar una traición. Sin embargo, «lo otro», la cosa acerca de la cual los tres debieran estar pensando, era demasiado terrible. Demasiado *poco natural*.

«Hayamos pensado lo que hayamos pensado, y pensemos; lo que pensemos en cuanto a las causas, la necesidad y la justicia de la guerra, hoy felizmente terminada, creo que todos debemos experimentar una satisfacción profunda de que cuando la Patria llamó a sus hijos a las armas, los hombres de la nación se apresuraron a responder…». Estremecida su cara por espasmos nerviosos de exasperación, tío James dejó el *Times* y miró su reloj.

—Llevamos dos minutos y medio de retraso —dijo malhumoradamente.

«¡Ah, si pudiéramos llevar cien años de retraso!» —pensó su hermano —. «O si pudiéramos llevar diez años de adelanto; no, doce, trece. El primer año de casados».

—Y todavía estamos por lo menos a kilómetro y medio de Llollingdon —dijo James Beavis, mirando por la ventanilla.

Sus dedos se movieron automáticamente hacia el cronómetro guardado en el bolsillo del chaleco, como pudieran hacerlo hacia una herida, o hacia una muela dolorida. El tiempo por el tiempo. El arte por el arte. El tiempo siempre imperiosamente temporal, categóricamente temporal, ya era *hora* de mirar el reloj y ver la *hora.*… Las ruedas comenzaron a hablar más y más lentamente y dejaron, por fin, de hacerlo articuladamente. Gritaron los frenos.

—¡Llollingdon! —voceó un empleado.

Pero tío James ya estaba en el andén.

—¡Vamos, aprisa! —gritó, andando a zancadas junto al tren que todavía rodaba. Su mano se dirigió nuevamente hacia aquella úlcera mística que le roía perpetuamente la conciencia—: ¡Vamos, vamos, aprisa, aprisa!

En la mente de su hermano algo se reveló inesperadamente.

«¿A santo de qué viene tanta prisa?». Cualquiera diría que corrían el peligro de perderse algo, algún placer, alguna diversión brevísima y fugaz.

Anthony bajó detrás de su padre. Fueron andando hacia la salida, a lo largo de un muro de palabras y dibujos. Una libra la caja. Gasta poco y luce mucho. Para matar POLILLAS, CHINCHES Y CUCARACHAS. El MEJOR RELOJ DEL MUNDO. PARA NIÑOS DE PECHO, EXTRACTO DE CAFÉ… PARA excursiones, la fuerza del toro… De repente, vio los cuernos, los ojos expresivos, la taza, la trigésimo quinta taza. «No, no quiero, no quiero…» y, sin embargo, era inevitablemente la taza número treinta y cinco, a la derecha, desde la estación de Clapham.

El coche de punto olía a cuero y a paja. A paja, a cuero y al año 1888, ¿88? Sí, 88; aquellas Navidades en que fueron en coche al baile de los Champernowne, él, ella y la madre de ella, a través del frío, con la manta de piel de oveja abrigándoles las rodillas. Y como si fuera un accidente (pues hasta la fecha no había osado hacer el gesto deliberadamente) el dorso de su mano rozó la mano de ella; rozó, como por accidente, y allí quedó como por accidente Estaba hablando su madre de la dificultad de encontrar criadas. Cuando una las encontraba no servían para nada y eran unas holgazanas. ¡Ella no había retirado la mano! ¿Quería esto decir que *no le importaba*? Probó fortuna osadamente; sus dedos se cerraron sobre los de ella. Y no tenían ningún respeto, prosiguió diciendo su madre, eran unas… Percibió la presión de los dedos de ella sobre los suyos, muda respuesta, y adivino que en la oscuridad le estaba sonriendo.

—La verdad es —dijo su madre— que no se adónde vamos a llegar.

Vio él como un comentario silencioso, el fulgor travieso de los dientes de Maisie; aquel estrechamiento de manos había sido encantadoramente secreto e ilícito, como el de dos conspiradores…

Lentamente, con golpear de cascos, el jamelgo los arrastraba a lo largo de senderos que conducían al corazón de aquella gran joya otoñal de cristal y de oro hasta quedar parado en su mismísimo centro. La torre de la iglesia

pacería de ámbar grisáceo a la luz del sol. Su reloj, advirtió James Beavis enojado, estaba retrasado. Pasaron por la puerta del cementerio. De repente vieron a cuatro personas negras y odiosas, que avanzaban por el caramillo delante de ellos. Dos mujeres inmensas (a Anthony todas le parecían gigantes) se alzaban sobre grandes conos de ropajes negros encima de las losas del camino. Junto a ellas, par de hombres descomunales, cuyos sombreros de copa exageraban más su tamaño, caminaban lentamente.

Son los Champernowne —dijo James Beavis; y las sílabas del conocido nombre fueron como una espada que se hundió rápidamente en el seno de su hermano—. Los Champernowne y… ¿cómo se llama ese muchacho que se casó con su hija? ¿Anstey? ¿Annerley? —miró a su hermano subrayando la pregunta con sus ojos; pero John avanzaba con la mirada perdida delante de él y no respondió:

—¿Amersham? ¿Atherton?

La irritación frunció el entrecejo del tío James. Hombre meticuloso, daba grandísima importancia a los nombres, las fechas y las cifras. Se vanagloriaba de su habilidad para reproducirlos exactamente. Cuando le fallaba la memoria se apoderaba de él la furia.

—¿Atherton? ¿Anderson?

Su enfado resultaba inexplicablemente mayor debido al hecho de que el muchacho cuyo nombre no recordaba era de aspecto agraciado y de porte agradable, gracioso, natural, y nada parecido al porte estúpido, tieso, militar, de su suegro, el general.

«No sé cómo le voy a saludar», dijo para sí; y en aquel preciso instante su mejilla derecha empezó a estremecerse nerviosamente, como si un ser vivo hubiera sido confinado debajo de la epidermis y tratara ahora de escapar.

Siguieron andando. Anthony experimentaba la sensación de haberse tragado el corazón, de habérselo tragado entero, sin masticarlo. Sintió un malestar enfermizo, igual al que se apoderaba de él cuando iban a castigarle con azotes.

Los gigantes negros hicieron alto, dieron media vuelta y vinieron a su encuentro. Sombreros que se alzaban, manos que se estrechan.

—*Y* aquí tenemos a Anthony, nuestro hombrecito —dijo lady Champernowne cuando le llegó a él la vez, e inclinándose impulsivamente le besó.

Era una mujer gruesa; sus labios dejaron sobre la mejilla del niño una mancha de humedad. Anthony la odiaba.

«Tal vez yo debiera besarle también», pensó Mary Amberley, mirando a su madre. Ahora que estaba casada, quizá la gente esperase de ella esas cosas. Evidentemente, seis meses antes, cuando ella era todavía Mary Champernowne, una muchacha recién salida del colegio, semejante gesto hubiese sido completamente inaceptable. Pero ahora… no sabía una…, acabó por decidir que no le besaría, que sería ridículo. Estrechó la mano del muchacho sin hablar, sonriéndole desde el refugio secreto de su felicidad. Estaba embarazada casi de cinco meses, y las últimas dos o tres semanas las había pasado en una especie de felicidad adormilada, deliciosa de manera inefable. Feliz en un mundo que se había convertido en algo bello, rico y benevolente hasta resultar imposible de reconocer. Según vinieron aquella mañana columpiándose suavemente en el *landó*[9], se le antojó la campiña ser el paraíso. En cuanto a aquella minúscula pradera verde rodeada de árboles dora dos, sombreada por la torre, aquello era indudablemente el Edén. ¡Pobre *Mrs*. Beavis muerta, y todavía tan bonita, tan joven! ¡Qué pena! Mas la tristeza no logró penetrar hasta aquella felicidad secreta que la embargaba y quedó desprovista de todo significado, como si se tratase de la tristeza del habitante de algún otro planeta.

Contempló Anthony durante un momento la cara sonriente, tan luminosa en medio de un marco negro fúlgida de paz y felicidad; luego se apoderó de él la vergüenza y bajó los ojos. En tanto, Roger Amberley observaba a su suegro y se preguntaba que cómo le sería a persona alguna posible estar perpetuamente y sin fallo alguno tan en su papel. ¿Cómo era posible a nadie ser general de manera tan continua, general de verdad, y al mismo tiempo presentar aspecto tan idéntico al de un general de guardarropía? Hasta en un entierro, hasta cuando estaba diciendo unas palabras discretas de pésame al viudo. Los labios de Roger temblaban irreprensiblemente debajo del bigote fino y castaño.

«Parece muy impresionado», estaba pensando el general mientras hablaba con Beavis, el viudo. Le daba pena el pobre hombre, aunque no le era simpático. Pues le tenía por hombre tedioso, pedante, demasiado inteligente, y al mismo tiempo estúpido. Lo peor de todo es que no era un hombre a quien le gustase la compañía masculina. Siempre andaba rodeado de faldas. De faldas maternales, de faldas de tías, de las faldas de esposas. Unos cuantos años en el Ejército le hubieran sentado divinamente. Sin embargo, parecía terriblemente impresionado. Maisie había sido una mujercita encantadora. Demasiado buena para su marido, evidentemente…

Al cabo de un rato echaron a andar todos juntos hacia la iglesia. En medio de los demás, Anthony era un enano entre gigantes. La negrura de los otros le aplastaba, oscurecía el cielo, eclipsaba el ámbar de la torre y de los árboles. Iba andando como si se encontrase en el fondo de un pozo peripatético. Sus negras paredes suspiraban rumorosas en torno suyo. El muchacho comenzó a llorar.

No había querido enterarse; hizo todo cuanto pudo para no darse cuenta más que de manera superficial, de manera tan superficial como, por ejemplo, uno sabe que el número treinta y cinco viene detrás del número treinta y cuatro. Pero en aquel pozo negro reinaba el horror concentrado de la muerte. No había escape. Los sollozos estallaron incoercibles. Mary Amberley, que había estado perdida en la extática contemplación de las hojas de oro dibujadas contra el pálido firmamento, lanzó una mirada a aquella criatura que lloraba en otro planeta y volvió a apartar la vista de ella inmediatamente.

«¡Pobre niño!», dijo para sí su padre; y entonces, con énfasis equivocado: «Pobre niño huérfano».

Lo pensó deliberadamente, y se alegró (pues deseaba sufrir) de que las palabras le hubieran causado tanto dolor. Miró a su hijo, vio la cara descompuesta por la pena, la boca herida por el dolor insoportable hasta que los labios llenos y nerviosos se vieron obligados a hacer una mueca, y por encima de toda aquella imagen descompuesta y manchada por las lágrimas, la frente, ancha, despejada, imperturbable en su pureza sin mácula. Lo vio, y su corazón experimentó añadidura de dolor.

—¡Pobre chico! —dijo en voz alta, pensando según hablaba que el dolor les acercaría indudablemente.

Era difícil tratándose de un niño, era difícil mostrarse natural y establecer contacto. Pero indudablemente aquella tristeza, aquel dolor y la comunidad de recuerdos… Apretó la mano pequeña que tenía en la suya.

Llegaron ante la puerta de la iglesia. Él pozo se desintegró.

«Pudiera uno estar en Tibet», pensó tío James al quitarse el sombrero. ¿Por qué no quitarnos también las botas?

Dentro de la iglesia reinaba una oscuridad añosa, y los muchos siglos de piedad rústica habían dejado en ella su perfume. Anthony aspiró dos bocanadas de aquel aire rancidulce y sintió en el estómago una basca. Ya el miedo y la tristeza le habían hecho tragarse el corazón; ahora aquel olor insufrible que quería decir que el lugar estaba lleno de gérmenes… «Lleno de gérmenes». Le pareció escuchar la voz de *ella*, que siempre caminaba cuando hablaba de gérmenes, que se tornaba distinta como si fuera otra persona la que hablase. Normalmente, cuando no estaba enfadada, su voz sonaba dulcemente, de manera perezosa, con una pereza risueña, y no con la pereza del cansancio. Pero los gérmenes la matizaban de ira y al mismo tiempo de temor.

«Cuando notes que huele mal, escupe siempre» le había dicho ella. «Puede haber en el aire gérmenes de tifus».

Al recordar sus palabras advirtió el muchacho que la boca se le llenaba de agua. Pero ¿cómo escupir en la iglesia? Nada podía hacer sino tragarse la saliva. Al hacerlo se estremeció de miedo, de asco y de repulsión. ¿Y si sintiera necesidad de vomitar en aquel lugar apestoso? La aprensión le hizo sentirse aún peor. Y ¿qué hacía uno durante el funeral? Nunca había asistido a ninguno.

James Beavis miró su reloj. Dentro de tres minutos empezaría la cosa. ¿Por qué no insistiría su hermano en que el funeral fuese de la máxima sencillez? La pobre Maisie nunca había dado gran importancia a estas cosas. Fue una mujercita sin gran inteligencia, pero nunca le dio por estas cosas. Su tontería fue tontería corriente, secular. La tontería de la frivolidad femenina corriente. La tontería que la llevaba a leer novelas echada en un sofá, alternando con la tontería de las meriendas con sus amigas, de las

meriendas en el campo, de los bailes y cosas parecidas. Lo increíble es que John se las había arreglado para soportarlo todo, y algunas veces dijérase que incluso le había gustado. Mujeres y más mujeres cloqueando como gallinas alrededor de las mesitas del té. James Beavis frunció el ceño con desprecio airado. Odiaba a las mujeres, a las que tenía asco. Todos esos bultos blandos de su anatomía… ¡Horrible! Y su estupidez, su falta de inteligencia. Sin embargo, había que confesar que la pobre Maisie nunca había sido aficionada a estas cosas. Todo se debía a esos parientes imposibles de la pobrecilla. Tuvo parientes deanes, y lo que es peor, deanesas. John no había querido ofenderlos, con lo que únicamente demostró la debilidad de su carácter. Uno debe ofender a los demás, por cuestiones de principio.

Comenzó a tocar el órgano. A través de la puerta abierta entró una pequeña procesión de sobresalientes. Algunos de los hombres llevaban en las manos lo que parecía ser un gran montón de flores. Resonaron unas salmodias. Se hizo el silencio y entonces comenzó el pastor a hablar con voz extraordinaria. Habló interminablemente, de la resurrección, de Dios, de la muerte, de la bestia de Efeso y del cuerpo físico. Pero Anthony apenas oyó, pues no podía pensar en nada excepto en aquellos gérmenes que persistían en el ambiente a pesar del perfume de las flores. La saliva le continuaba llenando la boca, lo que le obligaba a tragarla a pesar del tifus y de la gripe, y de la horrible sensación de asco que tenía en el estómago. ¿Cuánto duraría aquello?

—Tiene voz de cabra —se dijo James Beavis al escuchar a un lector que entonaba de cara al facistol.

Volvió a mirar al joven yerno de Champernownes. ¿Anderton? ¿Abdy…? Tenía el perfil agradable, de líneas clásicas.

Su hermano estaba sentado con la cabeza inclinada, tapándose los ojos con una mano, pensando acerca de las cenizas que contenía la pequeña arqueta oculta debajo de las flores, las cenizas que fueron su cuerpo.

Acabó el funeral.

«¡Menos mal!», pensó Anthony, y escupió disimuladamente en su pañuelo, lo dobló cuidadosamente y se guardó los gérmenes en el bolsillo.

«Menos mal». No se había puesto malo. Fue tras su padre hacia la puerta y al salir al exterior desde la penumbra respiró con delicia el aire puro. Aún lucía el sol. Miró alrededor suyo y también al cielo pálido. Encima de su cabeza, en la espadaña de la iglesia, dejaron oír sus gritos unas chovas, y el repentino alboroto fue como el ruido de una piedra arrojada contra la superficie de un lago helado, la cual se aleja resbalando por el hielo con ruidos repetidos de vasos que chocan entré sí.

—Anthony, no debes tirar nunca piedras al hielo —le dijo su madre—. Se hielan, y luego los patinadores…

Recordaba cómo se acercó su madre a él, trazando una graciosa curva en el hielo, patinando sobre un solo pie, descendiendo sobre él, pensó, como una gaviota, toda ella blanca, toda ella bella. Y ahora… Volvieron las lágrimas a sus ojos. Pero ¿por qué, Dios mío, por qué insistió ella de aquella manera en que él tratase de patinar?

Le dijo él que no quería, y como ella le preguntase el porqué, le fue imposible al niño decirlo. Tenía miedo de que se rieran de él. La gente que empezaba a patinar hacía el ridículo. Pero ¿cómo iba él a decir tal cosa? Acabó por echarse a llorar delante de todos. La cosa no pudo ser peor. Aquella mañana casi llegó a odiarla. Y ahora estaba muerta. Y allá arriba, en lo alto de la torre, las chovas estaban lanzando piedras contra el hielo del invierno pasado.

Ya estaban junto a la sepultura. *Mr*. Beavis apretó de nuevo la mano de su hijo. Estaba tratando de contrarrestar anticipadamente el efecto que pudieran tener sobre la mente infantil aquellos momentos postreros y dolorosos.

—Sé valiente —susurró. El consejo, además de estar dirigido al niño, se lo dio él a sí mismo.

Anthony se inclinó hacia adelante y miró dentro de la hoya. Le pareció terriblemente honda. Se estremeció y cerró los ojos, y en el mismo instante en que lo hizo la vio aproximarse veloz y graciosa, blanca como una gaviota, y también blanca con aquel vestido de seda, cuando vino a darle las buenas noches antes de ir a cenar convidada fuera de casa, con aquél su perfume que le envolvió cuando se inclinó sobre él ya acostado. Recordó la fresca dulzura de los brazos desnudos.

—Eres como un gato —acostumbraba ella a decirle cuando el niño se restregaba la mejilla contra el brazo materno—. ¿Por qué no ronroneas ya?

—En cualquier caso —pensó tío James satisfecho—, se ha mostrado firme en lo de quemar el cadáver.

Cuando llegara su hora, estaba pensando John Beavis, allí le enterrarían a él. En aquella misma tumba. Sus cenizas descansarían junto a las de ella.

El oficiante estaba hablando otra vez en aquella voz extraordinaria:

—Tú, Señor, que conoces los secretos de nuestros corazones…

Anthony abrió los ojos. Dos hombres estaban bajando a la hoya una pequeña caja de terracota, apenas mayor que una lata de galletas. La caja llegó al fondo; subieron las cuerdas.

—Vuelva la tierra a la tierra —baló la voz de cabra— y las cenizas a las cenizas vuelvan.

—Mis cenizas con sus cenizas —pensó John Beavis—. Mezcladas.

Recordó en aquel instante aquella vez en Roma, un año después de su boda; aquellas noches de junio, y las moscas de fuego bajo los árboles de los jardines de Doria, semejantes a estrellas que se han vuelto locas.

—Y cambiará nuestro cuerpo vil y lo rodeará de gloria…

—¿Vil? ¿Vil? —protestó con toda su alma para sí.

Cayó la tierra, una palada, luego otra. La caja quedó casi cubierta. ¡Era tan pequeña, tan terrible e inesperadamente pequeña…! Se presentó en la imaginación de Anthony la imagen de aquel toro enorme y de la diminuta tacita, surgió en su mente el recuerdo de manera obscena, resistiéndose a desaparecer. Volvieron a gritar las chovas en la torre. Como una gaviota, se acercó a él graciosa y bella. Pero allí estaba el toro, todavía junto a la taza, todavía grosero y detestable; y él era aún más grosero, aún más odioso.

John Beavis soltó la mano que había estado sosteniendo, rodeó los hombros del muchacho con su brazo y apretó el endeble cuerpecillo contra el suyo, más y más cerca, hasta que sintió en su propia carne los sollozos que agitaban al muchacho.

—¡Pobre chico!, ¡Pobre chico huérfano!

OceanofPDF.com

V

8 DE DICIEMBRE DE 1926

—NO TE atreverías —dijo Joyce.

—A que sí.

—A qué no.

—A que sí —insistió Helen con mayor énfasis.

—Te mandarían a la cárcel si te cogieran —le dijo su hermana mayor con sensatez irritante—. No, no te meterían en la cárcel. Eres demasiado joven. Te mandarían a un reformatorio.

Se agolpó la sangre en la cara de Helen.

—Ya estás tú con tus reformatorios —díjole con voz que pretendió ser despreciativa, pero que tembló de enfado irreprimible.

Consideraba los reformatorios como un insulto personal. La cárcel era terrible, tan terrible que tenía cierta grandeza. (Había estado en Chillón y había cruzado el Puente de los Suspiros). Pero un reformatorio… ¡no, no!, eso era completamente despreciable. El reformatorio podía considerarse como situado al mismo nivel de un retrete público o como una estación del ferrocarril del distrito.

—¡Tus reformatorios! —repitió.

Era característico de Joyce el pensar en reformatorios. Siempre se las arreglaba para coger cualquier cosa que fuera divertida o aventurada, derribarla en tierra y arrastrarla por el barro. Y lo que era todavía peor, solía tener razón, pues el barro era la verdad, el barro era el sentido común.

—Tú crees que yo no me atrevo a hacerlo porque *tú* no te atreverías —continuó Helen—. Bueno, pues ya verás cómo lo hago. Para darte en la cabeza. En todas las tiendas en que entremos robaré alguna cosa. En todas. De manera que ya lo sabes.

Joyce empezó a sentirse verdaderamente alarmada. Miró a su hermana. Pero todo lo que Helen le permitió ver en su cara fue un perfil en aquel momento pálido y rígido y una barbilla que se alzaba despreciativa.

—Escucha —empezó a decir gravemente.

—No te escucho —dijo Helen, hablando hacia el aire impersonal y no hacia su hermana.

—¡No seas estúpida!

Helen no respondió. Pudiera el perfil haber sido el de una reina joven esculpido en una medalla. Doblaron la esquina, echaron a andar por la Gloucester Road hacia las tiendas.

Pero ¿y si esta loca hacía lo que había dicho? Joyce cambió de táctica.

—Claro que ya sé que atreverte, te atreves —dijo en tono conciliador, sin obtener respuesta—. Si no es que yo dude que te atrevas.

Volvió a mirar a su hermana, pero el perfil continuaba con los ojos fijos en el aire a varios pies de distancia.

La tienda de ultramarinos estaba en la esquina siguiente, a menos de veinte yardas de allí. No había tiempo que perder. Joyce se tragó lo que quedaba de su orgullo.

—Escúchame, Helen —dijo en tono de súplica, rogando a su hermana con él, que fuese generosa y se apiadase de ella—. Te suplico que no lo hagas.

Vio la escena deplorable con la imaginación. Helen cogida *in fragante*, la ira del tendero, cada vez hablando más alto; se vio a sí misma tratando de explicarlo todo y de disculparlo, pero en vano, debido a la conducta intolerable de su hermana. Pues, naturalmente, allí estaría Helen de pie, en silencio, sin pronunciar una palabra de disculpa o de arrepentimiento, sonriendo calmosa y despreciativamente, como si ella fuera un ser superior y todos los demás completamente despreciables. Lo cual, evidentemente, enfurecería todavía más al abacero. Acabaría por mandar buscar a la

policía. Y entonces… Y ¿qué iba a decir Colin cuando se enterase de ello? Su futura cufiada detenida por robar. Pudiera romper su compromiso.

—¡Te lo ruego, te lo ruego! Por lo que más quieras, no lo hagas.

Pero igual hubiera podido dirigir sus ruegos a la efigie del rey Jorge grabada en una moneda, pidiéndole que se volviera hacia ella y le guiñara un ojo. Pálida, decidida, como una reina joven estampada en plata, Helen siguió andando.

—Por favor, te lo ruego —insistió Joyce casi llorando.

El pensamiento de que quizá pudiera perder a Colín le resultaba intolerable. Insistió una vez más en el momento en que el olor característico de la tienda llegaba hasta ella; estaban a la puerta. Cogió a su hermana por una manga, pero Helen se soltó con un movimiento brusco y entró sin vacilar en el establecimiento. Joyce la siguió temblorosa, como si se dirigiera hacia el cadalso. El joven que servía los quesos y el tocino les dio la bienvenida con una sonrisa. Esforzándose para impedir las sospechas, para propiciar anticipadamente la ira tormentosa que luego se desataría. Joyce le devolvió la sonrisa con amabilidad excesivamente efusiva. Se dio cuenta de ello y cambió la expresión de su cara. Tranquila, calmosa, la gran dama perfecta, pero al mismo tiempo afable. Afable y ¿qué era lo otro? ¡Ah, sí!, *graciosa*, como la reina Alejandra. Siguió a Helen *graciosamente* a través de la tienda. Pero ¿por qué había surgido aquello del robo? Porque cometió la insensatez, conociendo a Helen, de discutir que si uno había recibido una educación buena le era completamente imposible ser criminal. Era evidente lo que a eso contestaría Helen. La culpa había sido totalmente suya.

Su madre había dado la lista de cosas que había que comprar a la más pequeña de las dos hermanas, porque según les explicó *Mrs*. Amberley, con aquel tonillo de orgullo en sus defectos que tanto le molestaban a Joyce, Helen era casi tan alocada como ella misma. La gente no tenía derecho a vanagloriarse de sus defectos. Le voy a enseñar a ser una buena ama de casa, ¡pobrecilla! —añadió con una risita.

De pie ante el mostrador, Helen desdobló el papel, lo leyó y, con voz prosopopéyica y sin sonreír, dijo igual que pudiera hacerlo al dar órdenes a un esclavo:

—Lo primero, café. Dos libras. De la mezcla que vale dos chelines y cuatro peniques.

La dependienta se sintió evidentemente herida por el tono y los modales feudales de Helen. Joyce se sintió obligada a sonreírle con amabilidad redoblada y compensadora.

—Procura estar un poquito más amable —le dijo a su hermana en voz baja cuando la muchacha fue a buscar el café.

Helen guardó silencio, aunque con gran esfuerzo. ¡Amable! Amable con aquella horrible y vil criatura, que bizcaba y no se lavaba lo suficiente debajo de los brazos. ¡Cómo odiaba todo cuanto era feo, deforme y sucio! ¡Lo odiaba, lo detestaba!

—Y por el amor de Dios —continuó Joyce—, a ver si no haces ninguna estupidez. Te prohíbo absolutamente…

Pero en el mismo momento en que hablaba, Helen extendió una mano y sin procurar disimular en absoluto, cogió la pastilla de encima de un complicado edificio de libras de chocolate que se alzaba como la sección de una columna espiral sobre el mostrador; la cogió y con igual indiferente calma de movimientos la colocó cuidadosamente en su cesta.

Antes de que el crimen quedase perpetrado, Joyce dio media vuelta y se alejó. Iba pensando que tal vez pudiera decir que nunca había visto a aquella muchacha. Pero naturalmente sería inútil. Todos sabían que eran hermanas. «¡Oh, Colín!», gritó en silencio para sí.

Una pirámide de langosta en conserva se erguía ante ella. Se detuvo. «Calma», se dijo. «Tengo que tener calma». La golpeaba el corazón aterrado y las langostas color violeta oscuro impresas sobre los marbetes de las latas temblaron ante sus ojos hasta casi marearla. No se atrevía a volver la cabeza; pero por encima de los latidos tumultuosos de su corazón escuchaba para oír los inevitables denuestos.

—¿Le interesaría a usted, señorita, una lata de langosta? —le dijo casi susurrando una voz confidencial que le hablaba al oído.

Joyce, sobresaltada, se estremeció violentamente, pero luego se rehízo y consiguió sonreír y hacer un gesto negativo.

—Es un artículo que podemos recomendar con toda confianza. Si quiere usted probar una lata…

—Y ahora —estaba diciendo Helen con toda calma y en el mismo irritante tono feudal— necesito diez libras de azúcar, pero las tendrán ustedes que mandar.

Salieron de la tienda. El muchacho de la sección de quesos las despidió con una sonrisa; eran chicas guapas y clientes. Joyce logró con un tremendo esfuerzo mostrarse graciosa, pero apenas salieron por la puerta cuando su cara se descompuso, desintegrándose, por así decirlo, en un caos de emoción violenta.

—¡Helen! —dijo, furiosa—. ¡Helen!

Pero Helen continuaba siendo una reina moza sobre una moneda de plata, un perfil mudo.

—¡Helen!

Buscando entre el guante y la manga de su hermana, Joyce encontró un trozo de carne desnuda que pellizcó cruelmente.

Helen apartó bruscamente el brazo, y sin volver la cabeza, aún un perfil, dijo en voz baja:

—Si me molestas más, te voy a tirar al arroyo.

Abrió Joyce la boca para hablar, se arrepintió, y la cerró de nuevo, lo que dio al movimiento un carácter ridículo. Demasiado sabía que, si añadía algo, Helen la tiraría indiscutiblemente al arroyo. Se tuvo que contentar con encogerse de hombros y adoptar una actitud digna.

La verdulería estaba llena de gente; mientras esperaba su vez, Helen no tuvo ninguna dificultad en sustraer dos naranjas.

—¿Quieres una? —le ofreció, insultante, a Joyce, cuando salieron de la tienda.

Ahora fue Joyce la que se convirtió en un perfil de moneda.

En la papelería no encontraron, por desgracia, otros compradores que distrajeran a los dependientes, pero Helen halló el procedimiento de hacer frente a la situación. Cayó de repente al suelo un puñado de calderilla y mientras los dependientes buscaban las monedas de cobre esparcidas por todo el suelo, ella cogió una goma de borrar y tres buenos lápices.

Las dificultades empezaron en la carnicería. Por lo general, Helen se negaba a entrar en la tienda en absoluto, pues el espectáculo y el olor repulsivo de aquellos cadáveres paliduchos le daban asco. Pero aquella

mañana entró sin vacilar a pesar de su repulsión. Le iba en ello el honor. Había dicho «en todas» las tiendas, y no estaba dispuesta a darle ocasión a Joyce de que dijera que había hecho trampa. Durante los primeros treinta segundos, mientras estuvieron sus pulmones llenos de aire sin contaminar que había respirado en la calle, todo fue bien. Pero cuando no tuvo más remedio que respirar…, se llevó el pañuelo a la nariz, más el olor penetrante y áspero de los despojos logró atravesar la barrera del perfume, dominando su dulzura, y así el hálito que comenzó con *Quelques Fleurs*, acabó horriblemente con corderos muertos, mientras que otros que se iniciaron con sangre podrida fueron modulándose insensiblemente hasta quedar convertidos en mezcla de jazmín y algalia.

Salió una compradora y el carnicero se volvió hacia Helen. Era un hombre ya entrado en años, muy grande, con una cara cuadrada y sólida que sonreía a la muchacha desde la altura con benevolencia paternal.

Helen, después de reflexionar que el carnicero se parecía a *Mr*. Baldwin, habló a través de su pañuelo, lo que hizo sonar sus palabras confusamente:

—Una libra y media de solomillo, haga el favor.

El carnicero volvió al cabo de un momento con una masa de carne sanguinolenta.

—Ahí tiene usted un trozo de carne precioso.

El hombre manejaba el trozo informe, rojo y apestoso, con el entusiasmo de un artista.

—Un trozo verdaderamente *bonito* —añadió.

Helen pensó en *Mr*. Baldwin hojeando su Virgilio, pasando las páginas bien leídas de su Webb.

«No volveré a comer carne nunca», se dijo a sí misma. Según *Mr*. Baldwin se volvía de espaldas y comenzaba a cortar la carne, buscó con la vista algo que pudiera robar. A lo largo de una de las paredes de la tienda corría una estantería de mármol, a la altura comente de una mesa, y, sobre ella, en varias bandejas, había una colección de vísceras asquerosas rosadas, purpúreas y de color moreno. Y entre las vísceras un gancho, una gran S de acero, aún manchada una de sus puntas corvas con la sangre del cadáver desentrañado y decapitado que colgó de ella. Helen miró en derredor suyo.

Le pareció el momento oportuno, pues el carnicero estaba pesando la carne, su ayudante hablaba con una vieja de aspecto de *bulldog*, y la cajera estaba ocupada haciendo cuentas. A la puerta de la tienda, Joyce, desinteresada en lo que dentro pudiera ocurrir, pretendía representar con evidente exageración el papel de quien consulta el cielo y se pregunta si la fina llovizna se va a convertir en agua declarada. Helen dio tres rápidos pasos, cogió el gancho y ya iba a colocarlo en* su cesta cuando oyó la voz del carnicero que le decía con paternal solicitud:

—Tenga cuidado, señorita. Si toca usted esos ganchos se va a ensuciar.

La súbita sorpresa le recordó las vertiginosas bajadas de la montaña rusa. Sintió una extraña sensación en el estómago, le ardieron las mejillas, los ojos, la frente, inundados todos por un repentino golpe de sangre. Trató de reír.

—Estaba mirándolo.

Resonó el acero del gancho al volver a ser dejado sobre el mármol.

—No quisiera que se manchara usted la ropa, señorita.

La sonrisa del carnicero era paternal. Cada vez se parecía más a *Mr*. Baldwin.

No supo qué hacer o qué añadir. Se echó a reír nerviosamente y al hacerlo volvió a llenar sus pulmones de aire cadavérico y hediondo. Se reconfortó hundiendo la nariz una vez más en *Quelques Fleurs*.

—Una libra y once onzas, señorita.

Helen dio su conformidad. Pero ¿qué podría robar? ¿Y cómo encontrar el momento adecuado para hacerlo?

Lo único que podía hacer era pedir algo más. Esto le daría tiempo para pensar y ocasión de actuar.

—¿Tiene usted… mollejas?

Sí, *Mr*. Baldwin tenía mollejas, y allí estaban en la estantería con las demás vísceras, cerca del gancho.

—¡Ah!, pues no sé —dijo sin dar importancia al asunto cuando el carnicero le preguntó qué cuántas quería—. Las de siempre, ya sabe usted.

Mientras el carnicero atendía a las mollejas, Helen miró desesperada de un lado al otro. No veía nada en aquella tienda asquerosa que pudiera robar; nada, sino aquel gancho. Y naturalmente, una vez que el carnicero la había

visto coger el gancho, ya no había que pensar en él. No había nada. A no ser que… ¡Eso era! Se estremeció toda ella. Frunció el ceño, y apretó los dientes dispuesta a llevar a cabo su propósito.

—*Y* ahora —le dijo al hombre así que éste hubo envuelto las mollejas —, deme unas salchichas —e indicó con la mano los paquetes de desvaídas salchichas que se amontonaban sobre una estantería en el otro extremo de la tienda.

«Lo haré mientras esté de espaldas», pensó. Pero la cajera ya había acabado sus cuentas, y ahora paseaba la mirada por la tienda. Helen la maldijo, gritando sus denuestos con la imaginación, pero luego la muchacha volvió la cabeza y Helen respiró. Alargó rápidamente una mano, mas en aquel instante volvió la mirada de la cajera hacia ella. Retiró la mano, con igual rapidez. Era demasiado tarde. Míster Baldwin ya regresaba hacia ella con las salchichas.

—¿Algo más, señorita?

—No sé —dijo, vacilando—. Estoy segura de que hay algo más, pero no me acuerdo.

Iban pasando los segundos. Terrible situación. Estaba haciendo el tonto, estaba poniéndose en ridículo. Pero no se dio por vencida.

—Tenemos un cordero precioso, de Gales, que nos ha llegado esta mañana —dijo el carnicero, con aquella voz de artista, como si estuviera hablando de las *Geórgicas*[10].

Helen sacudió la cabeza. No era cosa de empezar a comprar borrego ahora.

—No —dijo decididamente—. Lo que voy a hacer es llevarme otra libra de salchichas.

—¿Otra libra? —preguntó *Mr*. Baldwin, sorprendido.

Helen pensó que era de extrañar. También mostrarían sorpresa en casa.

—Sí, otra libra —dijo, sonriendo amablemente, como si estuviera pidiendo un favor.

El carnicero se alejó nuevamente hacia las salchichas. La cajera seguía escribiendo, la vieja de aspecto perruno no había dejado de hablar con el dependiente. Rápidamente, pues no había momento que perder, Helen se volvió hacia la estantería que había junto a ella. Había decidido coger un

riñón. La piltrafa renal se escurrió asquerosamente entre sus dedos enguantados, como una babosa, como un calamar. Acabó por verse obligada a cogerlo agarrándolo con toda la mano. ¡Gracias a Dios que llevaba guantes! En el momento en que lo soltaba en la cesta, le vino a la cabeza la idea de que por razones desconocidas se veía obligada a llevarse la repugnante piltrafa a la boca tal como estaba, cruda, rezumante, cubierta de escurridiza viscosidad indescriptible, y tenía que morderlo, que paladearlo, que tragarlo. La sacudió un nuevo estremecimiento de asco, esta vez tan violento, que le pareció que algo se le rompía en las entrañas.

Cansada de representar el papel de meteorólogo, Joyce miraba cobijada bajo su paraguas los crisantemos expuestos en el escaparate del florista vecino. Tenía preparado un comentario de singular causticidad destinado a los oídos de Helen cuando saliera, pero al contemplar la cara demudada de su hermana olvidó su justificado mal humor.

—Pero…, ¡Helen! ¿Qué te ocurre?

Por toda contestación, Helen se echó a llorar.

—¿Qué te pasa?

Helen volvió la cabeza, y, sacudiéndola, se llevó la mano a la cara para limpiarse las lágrimas.

—Pero dime…

—¡Oh!

Helen volvió a estremecerse, dejando escapar un grito sordo como si la hubiera picado una avispa. Una expresión de repugnancia atormentadora le arrugó el rostro.

—¡Qué asqueroso, qué asqueroso! —repitió, mirándose los dedos.

Y luego de dejar sobre la acera su cesta se desabrochó el guante, se lo quitó, y con un gesto violento lo arrojó lejos de sí, a la mitad de la calzada.

OceanofPDF.com

VI

6 DE NOVIEMBRE DE 1902

—EL empleado de la estación hizo sonar su silbato y el tren comenzó a rodar en obediencia a la señal. Pasó muy lentamente por delante de los Polvos Insecticidas Keating por los grandes anuncios de Branson, de Pickwick, de Owj & Waverley; luego, con movimientos uniformemente acelerados, por delante del Jabón Pears, de Cárter, de Owbridge; dejó atrás la Fundición Humphrey, el aviso de Llollingdon por Choate; cruzó ante las *Sales de Frutas Eno*, a treinta kilómetros por hora; ante Pears, Pears, Pears; Pears, Pears. Y de repente, el andén y su barrera se hundieron en la tierra y desaparecieron en la campiña esmeraldina. Anthony se recostó en su asiento y exhaló un suspiro de desahogo. Había logrado escapar, había logrado salir de aquel pozo negro al cual le habían arrojado y ya estaba libre de nuevo. Las ruedas del tren cantaban alegremente: «Para-parar-el-tren-tire, para-parar-el-tren-tire de-la-cadena; de-la-cadena; multa-cinco-libras; cinco libras, cinco-libras, cinco-libras». ¡Qué espantosa había sido la comida en casa de la abuela!

—En estos casos el único recurso es trabajar y trabajar —dijo James Beavis.

Su hermano asintió.

—Sí, es lo único —y después de unos momentos de vacilación, añadió —: Recibe uno golpes… —usó una frase que le pareció coloquial. Las frases coloquiales de John Beavis solían estar sacadas de los libros y no de

la vida. Los golpes a que aludían eran una atmósfera sacada de los combates de boxeo que jamás había presenciado.

—Afortunadamente —prosiguió—, tengo mucho trabajo en estos momentos.

Pensó en sus conferencias. Pensó en los artículos escritos para el Gran Diccionario de Oxford. Las montañas de libros, los rimeros de tarjetas, los inmensos ficheros para ellas, las cartas recibidas de sus colegas en filología. Y en aquel estudio profundísimo acerca del lenguaje popular de los tiempos jacobinos.

—No es que uno quiera «echarse para atrás» —añadió, poniendo las dos palabras coloquiales entre los equivalentes sonoros de las comillas gráficas. No deseaba que James pensase que él iba a ahogar su dolor trabajando. Buscó una frase, creyó hallarla y acabó por decir—: Es… un dolor santo.

James asentía una y otra vez con pequeños movimientos de la cabeza, como si de antemano supiera todo cuanto su hermano iba a decir. Su rostro se estremecía con convulsiones continuas, involuntarias y nerviosas. Se sentía atormentado por una impaciencia, que le consumía, por una impaciencia que le roía hasta llegar al hueso.

—Claro, claro.

Asintió por última vez y se hizo el silencio.

«Mañana», pensaba Anthony, «Álgebra con “El Chinche”». No le atraía gran cosa la clase. No tenía facilidad para las matemáticas y *Mr*. Jameson, El Chinche, incluso cuando hablaba en broma, era un profesor aterrador. «Si El Chinche se mete conmigo como la semana pasada…». Recordó la escena y frunció el ceño; la sangre se agolpó en sus mejillas. El Chinche se había metido con él sarcásticamente y le había tirado del pelo. Anthony había llorado (¿y quién no hubiera llorado?), cayó una lágrima sobre la ecuación que estaba tratando de resolver y apareció en el papel un gran borrón. Más tarde, el bruto de Staithes había venido a tomarle el pelo. Afortunadamente, Foxe vino en su ayuda. Se reía uno de Foxe porque era tartamudo, pero en realidad era un chico como pocos.

Llegados a la estación de Waterloo, Anthony y su padre tomaron un coche de punto de dos ruedas. Tío James dijo que prefería ir andando.

—Sólo hay diez minutos de paseo hasta el club —les dijo.

Su mano se acercó instintivamente al bolsillo del chaleco. Miró el reloj, dio media vuelta, y sin añadir otra palabra se alejó por la cuesta abajo.

—Vamos a Euston —le dijo su padre al cochero.

El caballo avanzó cuidadosamente por la fuerte pendiente. El coche se balanceaba como un barco. Anthony canturreó para si el *Washington Post*. Siempre se sentía muy feliz cuando iba en un coche de dos ruedas. Así que llegaron al final de la cuesta, el cochero fustigó al caballo, que emprendió un ligero trote.

Pasaron a través de un olor a cerveza, de un olor a pescado frito… Pasaron a través de *Adiós*, *Dolly Gray*, tocado en una corneta, y torcieron hacia el puente de Waterloo. El tráfico ciudadano rugía y retemblaba alrededor de ellos. Si su padre no hubiese estado allí, Anthony hubiera comenzado a cantar en voz alta.

La tarde aún mostraba una luminosidad humosa por encima de los tejados. De improviso, apareció ante ellos el río cabrilleante, con sus grandes barcazas negras, y un remolcador. Vio la cúpula de San Pablo semejante a un globo que subiera hacia el cielo y la misteriosa Soht Tower.

Un hombre arrojaba migas de pan a las gaviotas desde el puente. Borrosas, casi invisibles, venían patinando por el aire, giraban con un ligero desplazamiento de sus alas grises, y apoyándose contra su velocidad aparecían de súbito iluminadas brillantemente, semejantes a trozos de nieve que destacasen contra los bordes oscurecidos del cielo. Luego trazaban un círculo en el aire, salían de la luz y se dirigían de nuevo hacia la invisibilidad. Anthony las miró y dejó de cantar para sí. Cuando un patinador viene hacia uno deslizándose por el hielo, se inclina de manera semejante.

De repente, como si él también hubiera entendido el significado interno del vuelo de aquellos pájaros, míster Beavis rompió el prolongado silencio y al tiempo que apretaba el brazo de su hijo, dijo:

—¡Pobre chico, pobre niño!

Anthony aguardó, desasogado, las palabras que pudieran seguir a aquellas primeras.

—Ahora —dijo su padre— tenemos que estar muy unidos.

El niño hizo un gesto vago de conformidad.

—Muy juntos —prosiguió el padre—, porque los dos… porque los dos… la queríamos.

Sobrevino de nuevo el silencio. Anthony rogó al cielo que su padre dejara de hablar, pero fue en vano. Volvió a dirigirse a su hijo:

—Los dos le seremos siempre fieles. Nunca nos olvidaremos de ella; nunca haremos nada en contra de su voluntad. ¿Verdad?

Anthony dijo que sí con la cabeza.

—¡Nunca! —repitió su padre con gran énfasis—. ¡Nunca!

Y una vez más se recitó a sí mismo aquellos versos que le habían estado obsesionando durante los últimos días:

Hasta qué edad, dolor o mal
mi cuerpo casen
con esas tus cenizas bienamadas
y llenen el lugar que en tu sepulcro
vacío está, aguarda, espera…

Luego, en alta voz y en tono de desafío, añadió

—Para nosotros ella no morirá nunca, la conservaremos viva en nuestros corazones. ¿Verdad? Vivirá para nosotros —continuó su padre—, para que nosotros podamos vivir para ella, y vivir honradamente, noblemente, como ella quisiera que viviésemos.

Hizo una pausa al borde de lo coloquial, de la manera Me hablar coloquial que en su opinión un niño pudiera entender y apreciar:

—Viviremos…, bueno, como un par de amigos —la palabra sonó bien poco natural, pero insistió en el camino tomado desarrollando el tema con vocablos semejantes—: |Amigos que son «uña y carne». Verdaderos «camaradas».

¿Verdad, Anthony, que vamos a ser camaradas?

Anthony asintió nuevamente. Ardía su rostro atormentado por la vergüenza y el embarazo. «Camaradas». Era una palabra digna de un cuento para niños. *Los Niños de Quinto Año de Santo Domingo*. Leía uno tal cosa y reía. ¡*Camaradas*! ¡Y nada menos que con su padre! Sintió que se ruborizaba. Miró por la ventanilla lateral para esconder su incomodidad y

vio uno de los pájaros grises que bajaba airosamente desde el cielo, hacia el puente; más cerca, cada vez más cerca; viró en el aire hacia la izquierda, refulgió instantáneamente transfigurado, y desapareció.

En el colegio todos se mostraron muy simpáticos. Casi | demasiado simpáticos. Sus compañeros deseaban tanto no ^importunar sus sentimientos privados, y no insultarle con la exhibición de la propia alegría, que después de unas cuantas muestras forzadas y poco naturales de amistad, le dejaron solo. Anthony descubrió que aquello era casi tan malo como el observar, después de cometer alguna acción contraria al código de honor muchachil, que los compañeros se niegan a hablar con uno. Difícilmente hubieran podido hacérselo pasar peor si le hubieran descubierto robando o acusando. Jamás desde los primeros días de su primer curso en el colegio se había encontrado tan terriblemente aislado como aquella tarde.

—Qué lástima que no hayas podido estar aquí esta tarde para el partido —le dijo Thompson cuando se sentaron a cenar, pero se lo dijo en el tono que hubiese podido emplear con un tío que le hubiera venido a ver.

—¿Estuvo bien? —preguntó Anthony con igual cortesía.

—Muy bien. Ganaron ellos, claro. Tres, dos.

Languideció la conversación. Thompson se preguntó qué demonio podía decir ahora. ¿Quizá aquellos versos acerca de la muchacha de Ealing? No. Imposible repetir tal cosa en aquellos momentos, con la madre de Beavis… Entonces, ¿qué? Un pequeño alboroto en el otro extremo de la mesa le ofreció solución providencial a su problema. Le dio excusa para volver la cabeza y preguntar con interés excesivo que qué pasaba. A los pocos segundos todos los demás hablaban y reían juntos. Anthony los miraba y escuchaba desde el otro lado del abismo invisible.

—¡Agnes! —alguien llamó a la criada.

Mark Staithes hizo en voz baja un comentario jocoso acerca de la sirvienta, en voz que ella no pudiera oír. El mostrarse grosero con las criadas era un crimen imperdonable en el colegio de Bulstrode, y precisamente por serlo eran tales chistes reídos con mayor gusto, incluso cuando eran dichos en voz baja.

Los que oyeron las palabras de Staithes soltaron la carcajada, pero el chistoso conservó su gravedad. El permanecer con expresión grave en medio de la risa provocada por uno mismo era indicio de su fuerza y superioridad extraordinarias. Además, estaba tal actitud acorde con la tradición familiar. Ningún Staithes reía jamás de sus propios chistes, epigramas o donaires.

Miró arriba y abajo de la mesa Staithes y vio que aquel desgraciado Benger Beavis, con su carita de bebé, no se reía con los demás, y durante un segundo experimentó un resentimiento apasionado contra aquel mequetrefe que osaba no reírse de un chiste suyo. El insulto resultaba más intolerable todavía debido a la insignificación de quién se lo infirió. Inútil en el campo de fútbol, y casi inútil en el de *cricket*. Para lo único que servía era para estudiar. Valiente cosa que semejante monigote se atreviera a permanecer serio cuando él… Entonces, de repente, recordó que el pobre chico había perdido a su madre, y dulcificando la dureza de su expresión, le miró a través de la distancia que los separaba sonriendo amistosa y amablemente. Anthony devolvió la sonrisa, y luego apartó la mirada, sonrojado y con un sentimiento extraño de culpabilidad, como si le hubieran descubierto cometiendo una acción ruin. La conciencia de la propia magnanimidad, y el embarazo de Benger hicieron renacer el buen humor de Staithes.

—¡Agnes! —llamó—. ¡Agnes!

—Más pan, Agnes, haga el favor.

—¡Pas mam! —dijo Thompson.

Todos rieron de nuevo, no porque la cosa tuviera gracia, sino simplemente porque todos tenían que reír. A esto se sucedieron más trueques de letras en más palabras, que fueron celebrados con risas estruendosas.

—Niños tontos —dijo Agnes; y como cuando al volver con el pan los encontrara aún riendo, dijo—: Sois unos niños chicos —y lo dijo con ánimo de insultarlos.

Pero el golpe no pudo alcanzarlos, estaban protegidos por el éxtasis de la risa. A Anthony le hubiera gustado reír con los demás, pero no se atrevió más que a sonreír, abstraída y cortésmente, como quién se encuentra en un país extranjero, no entiende un chiste y desea demostrar que no tiene ningún

inconveniente en que los demás se diviertan, aunque no pueda él participar de la alegría. Un momento después sintió hambre y se quedó mudo contemplando su plato vacío, pues el pedir «pas man» hubiera sido imposible para él, convertido como estaba en paria sagrado, hubiera sido al mismo tiempo una indecencia y una impertinencia; fuera indecencia porque una persona santificada por la muerte de su madre no debe, evidentemente, decir chistes; y fuera impertinente, pues un extraño no debe emplear el lenguaje reservado a los elegidos. Vaciló y, por fin, dijo poco seguro de sí mismo:

—¿Quieres hacer el favor de pasarme un poco de pan?

Lo dijo en voz baja, pero no logró evitar el rubor que le encendió el rostro, pues las palabras sonaron de estupidez horrible y muy poco naturales.

Thompson, inclinado hacia el muchacho que se sentaba al otro lado, terminaba en aquel instante de recitar su verso. Todos rieron, estruendosamente.

Afortunadamente, Thompson no le había oído pedir el pan. Se sintió mucho más tranquilo. A pesar del hambre que sentía, no volvió a pedirlo.

Ya comenzaban a levantarse en la mesa de la presidencia. El Chinche se puso en pie. Se oyó un ruido horrible de patas de silla que se arrastraban sobre el piso, hasta que todo el comedor pareció quedar lleno del estrépito. Luego, el ruido se evaporó y se hizo de nuevo un silencio absoluto. «Por todos los dones que acabamos de recibir…». Estalló de nuevo el bullicio de las conversaciones y los chicos se agolparon ante la puerta.

Ya en el pasillo, Anthony sintió una mano sobre su brazo,

—Hola, B-B-Benger.

—Hola, Foxe.

Le llamó Foxe, en lugar de «Cara de Caballo», debido a lo que había ocurrido por la mañana. «Cara de Caballo» hubiera sido tan inoportuno, dadas las presentes circunstancias, como pedir «pas man».

—T-t-tengo a-a-algo que ense-enseñárte —dijo Brian Foxe, y su cara melancólica y poco agraciada pareció brillar de repente cuando le sonrió a su amigo.

Solían reírse de Foxe porque tartamudeaba y tenía cara de caballo, pero, en general, todos gustaban de él. Y eso, aunque era algo «empollón» y no jugaba bien a nada. Y era un poquitín *así*, si se trataba de chascarrillos sucios. Además, nunca parecía tener disgustos con los profesores. Pero, a pesar de todo esto, resultaba imposible no encontrarle simpático, pues era muy buen chico. Quizá demasiado buen chico, ya que realmente no estaba bien tratar a los nuevos como él hacía, como si se tratase de sus iguales. ¡Unos bebés de nueve años, los iguales de unos muchachos de once y doce años! ¡Absurdo! No, indiscutiblemente, Foxe andaba equivocado en eso de los nuevos. No era posible duda alguna. Sin embargo, Cara de Caballo era popular.

—¿Qué es? —preguntó Anthony. Sintió hondo agradecimiento porque Cara de Caballo se había mostrado con él natural, como si nada ocurriera. Tan grande fue su agradecimiento que rizo la pregunta en tono desabrido, no fuera el otro a advertir los sentimientos que le embargaban.

—Ven y lo verás —quiso decir Brian; pero no logró pasar de «V-v-v-v-v…». La torturadora reiteración de la letra se prolongó largamente. En cualquier otro momento, Anthony se hubiera reído y hubiera quizá gritado:

—¡Mirad a Cara de Caballo, que no arranca!

Pero aquel día nada dijo, sino que se limitó a pensar que el pobre chico tema mala suerte en aquel defecto.

Brian acabó por desistir de decir «Ven y verás» y en su lugar dijo:

—Lo t-t-tengo en mi-mi caja de ju-juegos.

Bajaron los dos corriendo las escaleras que conducían al oscuro vestíbulo donde estaban guardadas las cajas de juegos.

—Mi-mira —dijo Brian, levantando la tapa de su caja.

Hízolo Anthony, y al ver el lindo barquito de tres mástiles con su aparejo de velas cuadradas de papel, exclamó:

—¡Oye, qué estupendo! ¿Lo has hecho tú mismo?

Brian dijo que sí con un gesto. Aquella tarde le permitieron permanecer a solas en la carpintería y utilizar todas las herramientas que necesitó. Por eso el barco tenía aquel aspecto de cosa acabada por un profesional. Le hubiera gustado explicar todo esto, compartir con Anthony el placer del éxito logrado, pero demasiado sabía él los inconvenientes de su tartamudez.

El placer de contarlo todo se evaporaría en tanto que él procuraba trabajosamente expresarlo. Además, «carpintería» era una palabra terrible.

—Lo p-p-probaremos e-e-esta noche —tuvo que contentarse con decir.

Pero la sonrisa que acompañó las palabras dijérase que excusó debidamente la pobreza de la frase y que al mismo tiempo la compensó sobradamente. Anthony le devolvió la sonrisa. Se entendían muy bien.

Amorosamente, tiernamente, Brian sacó de sus agujeros los tres mástiles, que eran otros tantos fósforos de madera, con sus velas y todo, y los guardó en el bolsillo del interior de su chaqueta. El casco lo guardó en el bolsillo del pantalón. Tañó una campana. Era la hora de acostarse. En obediencia a la señal, Brian cerró su caja. Los dos comenzaron a subir nuevamente las escaleras.

Hoy he g-g-ganado otros-otros ci-ci-cinco juegos con mi .

—¡Cinco! —exclamó Anthony—. ¡Qué tío!

Olvidó que era un paria sagrado y rió abiertamente. Se sentía ahora a gusto, en su ambiente. No volvió a acordarse de ello hasta que, en su camarilla, cogió los polvos para lavarse los dientes.

—Dos veces al día —oyó que le decía su madre en el momento en que metía el cepillo mojado en el polvo *rojizo* que olía a ácido fénico—. Y si te es posible, también después de comer al mediodía. No te olvides de los gérmenes.

—Pero, madre, yo no puedo subir al dormitorio para lavármelos al mediodía.

La herida sufrida en su dignidad (¿creía ella que tenía él tan sucios los dientes?) le había hecho mostrarse grosero. Halló excusa retrospectiva al pensar que era contrario al reglamento del colegio el subir al dormitorio durante el día.

Al otro lado de la separación de madera que dividía su camarilla con la de Anthony, Brian Foxe se estaba poniendo el pijama. Primero la pierna izquierda y después la derecha. Pero en el momento en que iba a subirse los pantalones surgió en su mente un pensamiento tan terrible que casi le hizo exclamar en voz alta:

—¿Y si mi madre muriera?

Todo era posible. Puesto que la madre de Beavis había muerto, le podía ocurrir lo mismo a la suya. La vio echada en su cama, horriblemente pálida. Y escuchó el estertor agónico acerca del cual leemos en los libros. Lo oyó con toda claridad. Era un ruido semejante al que hacen esas carracas grandes que se emplean para ahuyentar a los pájaros. Sonoro e incesante, como si lo hiciera una máquina. No le era posible a un ser humano hacer ruido semejante. Y, sin embargo, de su boca salía. Era el estertor agónico. Se estaba muriendo.

Con el pantalón a medio muslo, Brian permaneció inmóvil; la vista clavada sobre la separación de madera barnizada, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Era terrible. El ataúd; luego, la casa vacía; cuando se acostaba él, no tenía nadie que fuera a darle las buenas noches.

Se sacudió, acabó de subirse los pantalones y se los ciñó atándose la cintura con violencia.

—¡Pero no *está* muerta! —se dijo—. No lo *está*.

Dos camarillas más allá, Thompson ventoseó larga y ruidosamente. Era una habilidad que le había hecho famoso en Bulstrode. Se oyeron aplausos y risas. Hasta Brian se rió, hasta Brian, que generalmente se obstinaba en no apreciar en tales rumores motivo alguno de risa. Pero en aquel instante, era tan ardiente su deseo de distracción, que cualquier motivo le hubiera resultado aceptable. ¡Aún estaba viva! Y aunque no le hubiera gustado a su madre verle celebrar con su risa ocurrencia tan grosera, el muchacho no tuvo más remedio que dejarla estallar en agradecimiento de su alivio. Rió con estruendo. Luego enmudeció repentinamente. Se había acordado de Beavis. Su madre había muerto *de verdad*. ¿En qué estaría pensando? Brian se sintió avergonzado de su risa y de lo que la causó.

Más tarde, cuando apagaron las luces, se subió a la barra más alta de la cabecera de su cama y asomando la cabeza por encima de la separación de madera miró dentro de la camarilla de Anthony.

—O-o-oye —susurró—, ¿q-q-quieres q-q-que veamos c-c-como flo-flota el b-b-barco?

Anthony salió de la cama. Hacía una noche fría. Se puso la bata y las zapatillas. Se subió después silenciosamente a la silla y desde ésta, luego de

apartar la cortina de bayeta, subió al alféizar de la ventana. Volvió la cortina a caer detrás de él, dejándole aislado en el hueco de la ventana.

Era una ventana alta y angosta, dividida en dos por un travesaño de madera. La parte inferior, la más grande, estaba formada por dos hojas de báscula o guillotina. La superior, de menor tamaño, tenía bisagras hacia afuera. Cuando las hojas de la parte inferior estaban cerradas, un niño podía subirse en el reborde que quedaba a la mitad de la ventana, y luego de abrir el ventanuco superior y cuadrado asomar por él la cabeza. Cada ventana, o cada pareja de ventanas, para hablar con propiedad, se abría sobre una vertiente del tejado, y así el muchacho que se asomaba veía la escarpa del tejado, que descendía en fuerte declive por ambos lados hacia la ventana, y enfrente de él, el nivel del travesaño, el canalón que llevaba el agua hasta la bajada.

¡El canalón! Fue Brian el que se dio cuenta de sus posibilidades. Con unas hierbas pegadas por las raíces al barro llevadas al dormitorio de contrabando, se construía el oportuno dique. Una vez acabado, todo era cuestión de coger todos los jarros de agua del dormitorio, e irlos vertiendo uno por uno en el canalón. A la mañana siguiente se suprimían las abluciones. Pero eso no tenía importancia. Un brazo de mar largo y estrecho avanzaba rectilíneo a través de la noche. El barco tallado a navaja flotaría, y aquellos cincuenta pies de longitud acuática convidaban a dar rienda suelta a la imaginación. Si llovía con insistencia, alguien tenía que escabullirse, sin tener en cuenta el peligro, subir al dormitorio y abrir las esclusas del dique, pues de lo contrario, el canalón rebosaba, y al salirse de madre determinaba incómodas investigaciones y castigo doloroso.

Encaramados sobre el precario saliente, entre el frío cristal de un lado y la peluda y áspera bayeta de la cortina por el otro, Brian y Anthony se asomaron a la oscuridad por los ventanucos de sus respectivas camarillas. Únicamente los separaba un tabique de ladrillo a guisa de ajimez y podían hablar susurrando.

—¡Vamos, Cara de Caballo! —ordenó Anthony—. ¡Sopla!

A semejanza del caballero que en ciertos cuadros representa al céfiro, Cara de Caballo sopló. A impulsos de su viento recogido por el velamen de papel el barquichuelo se deslizó por el angosto canal.

—¡Estupendo! —dijo Anthony transportado de gozo; e inclinándose hasta que su mejilla casi tocaba el agua, miró con un ojo medio cerrado y desenfocado a cosa hecha, hasta que el juguete que se acercaba quedó convertido milagrosamente en un inmenso bergantín visto cual un barco fantasma a distancia que navegase en dirección a él en medio del silencio y a través de la oscuridad. Un gran barco, un barco de guerra de ciento diez cañones por banda. El viento del nordeste soplaba sobre su inmenso velamen y el orgulloso navío avanzaba a diez nudos. Acababan de sonar en su cubierta ocho campanadas… Se hizo atrás sobresaltado, pues el mástil delantero acababa de chocar contra su nariz. Volvió a entrar en la realidad de la vida.

—Parece un barco de verdad —le dijo a Brian haciendo virar el barquito en el canalón—. Baja la cabeza y cierra un ojo. Yo soplaré.

El majestuoso navío volvió a su lugar de partida.

—Es como el T-t-t… Como el-como el b-barco del c-cuadro.

Anthony asintió. No le gustaba confesar su ignorancia.

—T-temerario —logró decir el otro por fin.

—Sí, sí —dijo Anthony, con algo de impaciencia, como si ya lo hubiera sabido.

Volvió a agacharse y procuró volver a conjurar la visión de aquel enorme barco de ciento diez cañones que avanzaba impetuosamente impelido por el viento del nordeste, pero no lo logró. El barquito se negó a ser transfigurado. No obstante, era muy bonito.

—Es precioso —dijo en voz alta.

—Un p-p-poquito torci-torcido —dijo Brian, modestamente criticando su obra de arte.

—A mí me gusta así —le aseguró Anthony—. Da la sensación de que el viento le hace escorar.

Escorar. Sintió un extraño placer al pronunciar la palabra. Jamás la había dicho hasta aquel momento y únicamente la había visto en los libros leídos. ¡Qué palabras más admirables! Y buscando una excusa para repetirla, dijo:

—¡Mira, mira! Fíjate cómo escora cuando sopla el viento fuerte.

Sopló a pulmón lleno y el barquito estuvo a punto de zozobrar.

El huracán, se dijo, lo azotó salvajemente desde estribor, arrancando de la gavia la verga superior y el ala del trinquete. Se llevó también el único bote, y el navío escoró hasta que la regala casi tocó el agua… Pero por bellas que fueran las palabras imaginadas, resultaba cansado soplar con tanta fuerza. Alzó la vista del canalón y la paseó por el cielo oscuro; prestó oído al silencio. Estaba la noche en calma extraordinaria y apenas se veían algunas nubes. ¡Y las estrellas…! Allí estaba *Orion*[11], con sus pies sobre las ramas del gran roble. Y Sirio[12]. Y todos los demás cuyos nombres desconocían. Miles y millones de ellas.

—¡Cuántas! —acabó por decir, susurrando.

—¿P-para qué c-crees q-que sirven? —preguntó Brian después de un silencio.

—¿El qué? ¿Las estrellas?

Brian asintió.

Recordó las palabras escuchadas a su tío James y repuso:

—No son para nada.

—P-pero t-tienen q-q-que ser para a-a-algo —objetó Brian.

—¿Por qué?

—P-porque t-t-todo es pa-para a-algo.

—No lo creo.

—P-p-pues p-p-piensa en las a-a-abejas —dijo Brian con no poca dificultad.

Vaciló la seguridad de Anthony. Habían estado dando clase de Botánica con Cara de Torta, dibujando pistilos y otras cosas. Las abejas…, las abejas, sí, desde luego, eran para algo. Trató de recordar lo que le había oído a su tío James. Los hierros no sé qué de la Naturaleza. No se acordaba.

—Y las m-m-montañas —continuó Brian trabajosamente—. N-n-no llovería b-b-bien si no hu-hubiera m-m-montañas.

—Bueno, ¿para qué crees tú que son? —preguntó Anthony indicando las estrellas con un movimiento de cabeza.

—P-p-puede q-q-que estén habitadas.

—Sólo Marte —dijo Anthony con certeza dogmática. Callaron los dos. Pero pasados unos segundos comenzó a hablar Brian con decisión, como si estuviera determinado, costase lo que costase, a aclarar el asunto.

—Algunas v-v-veces me p-p-pregunto si no esta-estarán vivas.

Miró angustiosamente a su compañero preguntándose si se iría a reír. Pero Anthony, que estaba contemplando las estrellas, no hizo sonido ni movimiento alguno que implicara burla, sino que se limitó a hacer gravemente un gesto de asentimiento. El pequeño secreto, inerme y tímido de Brian, se había salvado sin ser herido. Se sintió profundamente agradecido. De repente experimentó una extraña sensación, como si una gran ola, nacida en sus entrañas, fuese aumentando de tamaño según subía por su cuerpo hasta cubrirlo todo. Aquella súbita explosión de amor casi lo asfixió y («¡Si la muerta hubiese sido su madre!») un sentimiento de piedad irresistible le hizo encontrarse íntimamente unido a Benger. Se le contrajo la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Le hubiera gustado extender la mano y tocar la de Benger, pero naturalmente, *eso* no se hacía.

Anthony, en tanto, continuaba contemplando a Sirio.

Vivas, pensaba, vivas. Dijérase que tuviera el cielo un corazón que pulsase luminosamente. Le vino a la memoria inesperadamente el pajarillo que había encontrado durante las últimas vacaciones de Pascua. Estaba caído en el suelo y no podía volar. Su madre le estuvo gastando bromas porque no se atrevía a cogerlo del suelo. Le gustaban los animales grandes, pero por razones desconocidas le horrorizaba tocar cualquier cosa viva de tamaño pequeño. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, había cogido en la mano el pajarillo. Y una vez que lo tuvo en ella, el diminuto ser le pareció un corazón plumoso que latiera contra la palma de su mano y sus dedos, un puñado de sangre caliente y palpitante. Allá arriba, por encima de los árboles, Sirio parecía un corazón también. Vivas. Pero, naturalmente, tío James se hubiera echado a reír.

Herido por las burlas imaginarias y avergonzado de su puerilidad, preguntó en tono desabrido, dejando de mirar las estrellas:

—¡Cómo van a estar *vivas*!

Brian hizo un gesto de dolor, herido por el enfado perceptible en la voz, el cual no se pudo explicar.

—Si Dios está v-v-vivo…

—Mi padre no va a la iglesia —objetó Anthony.

—B-b-bueno, p-p-pero…

¡Qué pocos deseos tenía de discutir!

Anthony no pudo esperar.

—Y no cree en ninguna de estas cosas.

¡Ah, si no fuera por aquella terrible tartamudez! ¡Qué bien lo explicaría todo! Le sería fácil entonces repetir cuánto había escuchado a su madre. Pero, por algún motivo, en aquel momento, incluso las cosas oídas a su madre carecían de importancia. Lo esencial no era el hablar; lo esencial era amar al prójimo, amarle hasta sentir dolor.

—Mi tío ni siquiera cree en Dios. Y yo tampoco —añadió provocativamente.

Brian no aceptó el reto.

—O-oye, o-oye —comenzó a decir impulsivamente—. O-o-oye, B-b-b —y su propia vehemencia le hizo tartamudear más que nunca—. B-b-b-Benger —acabó por decir al fin.

Le producía dolor insoportable ver que la corriente impetuosa de su amor pudiera ser contenida y encauzada hacia otros asuntos. El dique impertinente y grotesco que contuvo su progreso hizo ir subiendo el nivel de su amor hasta que, almacenada la suficiente fuerza dentro de él, pudo hacerle olvidar lo que se hacía y lo que no se hacía, y alargando impulsivamente la mano la dejó descansar sobre el brazo de su amigo. Fueron descendiendo los dedos manga abajo hasta quedar rodeando la muñeca desnuda, y allí, cada vez que un tartajeo se interponía entre sus sentimientos y el objeto de ellos, se apretaban los dedos agarrotados casi en un espasmo de desesperación.

—N-n-no sabes lo q-q-que siento lo de-lo de t-t-t-t-t-tu madre. N-n-no he q-q-queri-querido decírtelo a-antes, d-d- delante d-de los otros. Estaba p-p-p…

Se agarrotó su mano sobre la muñeca de Anthony como si tratara de suplir sus palabras estranguladas por el tartamudeo con la elocuencia directa del tacto, como si procurara darle a entender al otro la existencia dentro de él de aquella ola anegadora, de su fuerza, incólume a pesar del detenimiento temporal de su impetuosidad. Inició la frase nuevamente y logró hacer acopio de fuerzas suficientes para transponer la barrera que le detenía.

—Estaba p-p-pensando q-q-que le hu-hu-hubiera po-po-podido ocurrir a m-m-m-mi m-madre. ¡Q-q-qué horror!

Al iniciarse la frase, Anthony le miró durante un momento con sorpresa, con expresión de sospecha y casi de temor en su cara. Pero según su amigo avanzaba por la frase premiosamente, el instintivo antagonismo inicial se derritió, y ahora, sin sentir vergüenza alguna de ello, comenzó a llorar.

Encaramados precariamente en el angosto y alargado hueco de las ventanas, los dos niños permanecieron largo tiempo en silencio. Las mejillas de ambos estaban heladas por las lágrimas, pero Anthony sentía sobre su muñeca la mano crispada, consoladora, y también pertinaz como la de un hombre que se ahoga.

De súbito, susurraron débilmente unas hojas secas y un golpe de viento cobró fuerza, aumentada, poco a poco en la oscuridad. El pequeño bergantín, cual, si se hubiera despertado de un profundo sueño, comenzó a navegar silenciosamente y con muy decidido aire, avanzando de popa a lo largo del canalón.

Ya las criadas se habían acostado. La casa estaba en silencio. John Beavis salió de su despacho lentamente y fue subiendo a oscuras la escalera. Pasó por el descansillo, por la puerta de la sala, escalón tras escalón, camino del segundo piso. Sonó en la calle rumor de cascos de caballo que se acercaba poco a poco, y luego fue alejándose lentamente. Se hizo de nuevo el silencio, pensó estremeciéndose, de la tumba.

Se detuvo y escuchó durante larguísimos segundos los latidos de su corazón. Entonces, con denodado esfuerzo, subió los últimos dos escalones, cruzó el descansillo a oscuras, abrió la puerta y encendió la luz. Le confortó su propia imagen que le contemplaba pálida desde el espejo del tocador. Encima de éste se veían en su sitio acostumbrado los cepillos de plata, las bandejitas y el alfiletero, la fila de frascos de cristal tallado. Apartó la mirada. Una esquina del cubrecamas rosa y acolchado aparecía doblada, abierto el embozo de la cama. Vio las dos almohadas gemelas, la una junto a la otra, y encima de la cabecera el grabado de la Virgen de la Capilla Sixtina que habían comprado juntos en aquella tienda cercana al Museo Británico.

Dio media vuelta y volvió a verse reflejado por el espejo. Cuando recordaba a su esposa le invadían fúnebres y negros pensamientos. El armario… Cruzó la habitación e hizo girar la llave. Se abrió la pesada puerta con el espejo de luna como si tuviera voluntad propia, y de repente Beavis se vio envuelto por el perfume esencial de la ausente, aquel desvaído perfume a lirios, misteriosamente avivado por el arte cosmético de un perfume más penetrante y caliente. Grises, blancos, verdes, rosas, negros… Vestidos y más vestidos. Era como si hubiera muerto diez veces para ser colgada otras tantas, desmadejada, desprovista horriblemente de cabeza, pero rodeada aún irónicamente por aquel dulce hálito simbólico de su vida. Extendió una mano y tocó la seda suave, el paño, la muselina, el terciopelo y toda la variedad de telas. Al ser movidas, las ropas colgadas despidieron su perfume con mayor intensidad. Beavis cerró los ojos y respiró la presencia real de su mujer. Pero lo que de ella restaba había sido calcinado y sus cenizas reposaban en el cementerio de Llollingdon.

—Espérame allí —susurró articuladamente.

Sintió que algo le atenazaba la garganta. Las lágrimas se acumularon detrás de los párpados apretados. Cerró el armario, se apartó de él y comenzó a desnudarse.

Se dio cuenta entonces de repente de su terrible fatiga. Le costó gran trabajo lavarse. Cuando se acostó se quedó dormido casi instantáneamente.

Por la mañana, cuando la luz del nuevo día y el rumor callejero comenzaron a abrirse paso a través de las capas de oscuridad interna en que estaba envuelto, Beavis soñó que avanzaba por el pasillo que conducía a su aula en King’s College. No avanzaba andando, sino corriendo. El pasillo se había convertido en algo de longitud inmensa y por algún motivo desconocido era de urgencia terrible alcanzar el otro extremo rápidamente para no llegar tarde. Para no llegar tarde ¿a qué? Cuando por fin abrió la puerta del aula, resultó que era la de su alcoba. Maisie estaba en la cama, luchando afanosamente para respirar, con la cara encendida por la fiebre y oscurecida por la terrible inminencia de la asfixia. Dos verdugones paralelos, azulados y lívidos, la cruzaban: eran los labios entreabiertos. La espantable visión, imposible de soportar, le hizo despertar sobresaltado. Por entre las cortinas entraba la luz mortecina. Vio la colcha rosada, el brillo del

espejo de luna del armario. En la calle el lechero iba repartiendo su mercancía dando gritos:

—Leee-ch, leeee-ch.

Halló consuelo bienvenido en la escena acostumbrada y al observar que todo estaba en su sitio. No había sido más que una pesadilla. Entonces dio la vuelta en la cama y vio la otra mitad del amplio lecho. Estaba vacío.

Fueron acercándose las campanadas más y más, abriendo surcos a través de las hondas y templadas capas de sueño, hasta martillear sin piedad sobre la conciencia desnuda y temblorosa. Anthony abrió los ojos. ¡Qué ruido más odioso! Pero no necesitaba levantarse hasta que pasaran otros cinco minutos por lo menos. El calor de las sábanas era celestial. Entonces recordó que la primera clase la daría El Chinche y que sería de álgebra, lo que agotó su placer. El corazón se le angustió. ¡Aquellas terribles ecuaciones de segundo grado! El Chinche volvería a gritarle despiadadamente. No había derecho. Y lloraría. Se le ocurrió en aquel momento que quizá El Chinche no le gritase hoy, a causa de lo que había ocurrido el día anterior, lo que le vino a la memoria de golpe. Luego pensó que Cara de Caballo había estado la noche antes muy cariñoso.

Pero era la hora de levantarse. A la una, a las dos y… ¡a las tres! Brrr, ¡qué frío hacía! Estaba poniéndose la camisa por la cabeza cuando alguien llamó suavemente a la puerta de su camarilla. Con un movimiento brusco logró sacar la cabeza a la luz del día. Abrió la puerta y vio en el umbral a Staithes. Estaba sonriendo y con un gesto al parecer amable, pero no obstante, Anthony se sintió intranquilo. Receloso, pero con una sonrisa hipócrita de bienvenida, comenzó a preguntarle qué quería, pero el otro se llevó un dedo a los labios.

—Ven y verás —dijo en voz baja—. Es algo formidable.

Se sintió Anthony halagado por esta invitación que le hacía quien, por ser capitán del equipo de fútbol, tenía derecho, del cual se aprovechaba corrientemente, a mostrarse desagradablemente grosero con él. Le tenía miedo a Staithes, que le era antipático, y precisamente por esa razón sintió redoblado gusto en que Staithes hubiese venido a él de aquella manera y por su propia voluntad.

La camarilla de Staithes estaba llena de muchachos. El silencio de los conspiradores bullía y hervía de animación dominada. Thompson se había tenido que meter el pañuelo en la boca para sofocar sus risas y Pembroke-Jones[13] estaba doblado en dos por los paroxismos de sus carcajadas silenciosas. A duras penas metido en el estrecho espacio que quedaba entre los pies de la cama y el lavabo, estaba Partridge con la frente apretada contra la separación de madera. Staithes le tocó en un hombro. Partridge se volvió y salió al centro de la camarilla. Su cara pecosa estaba descompuesta por la risa y el chico se rebullía y retorcía como si le fuera a reventar la vejiga. Staithes señaló el lugar dejado vacante y Anthony entró en él con apuro. Aprovechando un nudo en la madera habían hecho un pequeño agujero en ella a través del cual podía espiarse lo que ocurría en la camarilla contigua. Tumbado en la cama, con una camiseta de lana y su braguero, estaba Ledwidge. «El Ojos». Estaba echado con los ojos cerrados detrás de los gruesos lentes de sus gafas con los labios entreabiertos y una expresión apacible, feliz y serena, como si estuviera en la iglesia.

—¿Está ahí todavía? —preguntó Staithes.

Anthony se volvió sonriendo y dijo que sí con la cabeza, después de lo cual volvió a mirar por el agujero. Lo que tenía más gracia era que se tratase de El Ojos, el hazmerreír del colegio, la víctima sempiterna, predestinado por su naturaleza enteca y por su timidez a ser zaherido y perseguido. Este asunto daría motivos nuevos de bromas desagradables.

—Vamos a darle un susto —propuso Staithes, y se subió a la cabecera de su cama.

Partridge, que jugaba de delantero centro para el primer equipo, hizo ademán de encaramarse junto a su capitán, pero Staithes se volvió inesperadamente hacia Anthony y le convidó a subir junto a él. Quería mostrarse especialmente amable con el pobre chico por lo de su madre. Además, le gustaba poner en su lugar a aquel grandullón estúpido de Partridge.

Anthony aceptó la halagadora invitación con veloz alegría de esclavo y se encaramó sobre los barrotes de la cama. Los demás se subieron en los pies de la cama. A una señal de Staithes todos se enderezaron rápidamente y asomando la cabeza por encima de la separación gritaron burlonamente.

Arrancado de esta manera brutal del mísero paraíso artificial en que se hallaba, El Ojos dejó escapar una exclamación de sorpresa, abrió los ojos aterrado, palideció y luego se sonrojó violentamente. Se tiró para abajo con ambas manos de la camiseta, pero era demasiado corta para cubrir su desnudez o su braguero. Era demasiado corta, casi de niño pequeño.

(—Vamos a ver si podemos lograr que duren otro curso —había dicho su madre—. Estas cosas de lana son terriblemente caras. —La buena mujer había hecho un gran sacrificio para poder mandar a su hijo al colegio de Bulstrode).

—¡Tira, tira! —gritó Staithes animándole sarcásticamente en sus esfuerzos.

—¿Por qué Enrique VIII no dejaba que Ana Bolena entrase en el gallinero? —dijo Thompson. Y todos conocedores de la respuesta, naturalmente, rompieron a reír con gran alborozo.

Staithes alzó un pie, se quitó una zapatilla, apuntó y la tiró. La suela pegó a El Ojos en una mejilla. Gritó de dolor, saltó de la cama y quedó de pie, encorvado, con un brazo delgado y huesudo alzado para defenderse la cabeza, mirando con ojos de los cuales las lágrimas empezaban a correr las caras burlonas que le Contemplaban.

—¡Tiradle vosotros las vuestras también! —dijo Staithes.

En aquel momento vio al recién llegado en el umbral de su camarilla.

—¡Hola, Cara de Caballo! —dijo al tiempo que se quitaba la otra zapatilla—; ven a tirar al blanco.

Alzó el brazo, pero antes de que pudiera arrojar la zapatilla, Cara de Caballo saltó sobre el lecho y le agarró por la muñeca.

—¡N-n-no! —dijo—. ¡Q-q-quietos!’

Alargó la mano y cogió también el brazo de Thompson.

Anthony, mirando por encima del hombro a Staithes, tiró su zapatilla todo lo fuerte que pudo. El Ojos se agachó y el proyectil fue a dar ruidosamente contra la pared de enfrente.

—¡B-Beavis! —gritó Cara de Caballo, tan llena de reproche su voz que Anthony sintió una súbita vergüenza.

—No le he dado —dijo, disculpándose, y por motivos extraños se encontró pensando en aquel horrible y hondo agujero del cementerio de

Llollingdon.

Staithes recobró el habla.

—¿Se puede saber lo que te propones, Cara de Caballo? —le dijo agriamente, y quitó de un tirón la zapatilla que tenía Brian en la mano—. Métete en lo que te importe.

—N-n-n-no hay derecho —respondió Brian.

—¿Cómo qué no?

—Cinco c-c-contra u-uno.

—Pero no sabes lo que estaba haciendo.

—N-no m-m-me importa.

—Te importaría si supieras lo que estaba haciendo —dijo Staithes, y procedió a explicar las circunstancias del caso de la manera más salaz que le fue posible.

Brian bajó la mirada al suelo y se encendieron sus mejillas de súbito rubor. Las frases desenvueltas de sus compañeros siempre le hacían sentirse desgraciado, desgraciado y al mismo tiempo avergonzado de sí mismo.

—¡Mira, mira qué colorado se pone la Cara de Caballo! —dijo Partridge.

Todos rieron y ninguno lo hizo de mejor gana que Anthony. Pues Anthony ya había tenido tiempo de sentirse avergonzado de su vergüenza, tiempo de negarse a pensar en aquella hoya del cementerio, tiempo también para descubrir de repente dentro de sí, algo semejante al odio por Cara de Caballo. Si le hubieran pedido que explicase los motivos que para esta rápida animadversión por su amigo pudiera tener, hubiese contestado que la conducta pacata de Brian ante una broma; pero la causa era más honda y oscura. Si odiaba a Cara de Caballo era porque éste era tan bueno, porque tenía el valor de sus convicciones, que Anthony sentía que debieran ser las suyas también, que de hecho lo eran, aunque carecía del suficiente valor para vivir de acuerdo con ellas. Precisamente por el cariño y la admiración que profesaba a su amigo era por lo que ahora le odiaba. O más bien, porque eran muchas las causas que justificaban su admiración de Cara de Caballo y demasiado pocas las que pudieran explicar que Foxe le apreciara a él. Cara de Caballo poseía toda clase de virtudes de las cuales él carecía completamente o, lo que era mucho peor, era incapaz de manifestar.

Aquella explosión de risa, signo de su desprecio, no fue más que la expresión velada del resentimiento y la envidia que le inspiraba la superioridad de un amigo a quien quería y admiraba. Tanto es así, que cariño y admiración suscitaban directamente el resentimiento y la envidia, aunque quedaban por lo general debajo de la superficie, en la subconsciencia, de la cual surgían con vigor en cualquier crisis semejante a la actual.

—Tenías que haberle visto —acabó Staithes. Y ya de mejor humor, se echó a reír. Ahora no había inconveniente que riera.

—¡Con el braguero…! —dijo Anthony en tono de asco despreciativo, como si el estar quebrado añadiera ridiculez a El Ojos.

—Eso, eso; con el braguero —dijo Staithes, y de su voz pudiera colegirse que el braguero, combinado con las gafas de gruesos cristales, hacía que el bombardeo de zapatillas no fuera solamente legítimo en derecho, sino deseable en moral.

—Es un asqueroso —dijo Anthony, aventando las llamas de su indignación a cosa hecha.

Fue entonces cuando por primera vez desde que Staithes comenzó a describir la escena, Brian alzó la vista del suelo para hablar:

—¿P-p-por q-q-qué es peor q-q-q-que los demás? —preguntó en voz baja—. ¿Acaso es el ú-ú-único?

Todos callaron, embarazados. No, claro que no era el único, claro que no. Pero era el único, pensaban todos, que tema gafas y braguero y una camiseta que le estaba corta, el única capaz de hacer ciertas cosas de día y permitir que «le pescaran». Después de todo, existía una diferencia.

Staithes contratacó en otro frente:

—Y ahora escucharemos un sermón al muy reverendo Cara de Caballo.

Esto le hizo recobrar la iniciativa y su posición de superioridad.

—¡Ahí va! —añadió luego en otro tono de voz—. ¡La hora que es! Tenemos que darnos prisa…

OceanofPDF.com

VII

8 DE ABRIL DE 1934>

DIARIO de A. B.

Reflejos condicionados. ¡Qué satisfacción me produjo leer a Pavlov por primera vez! Fue para mí la lectura de los experimentos, el desenmascaramiento definitivo de todas las pretensiones humanas. Cada época tiene sus revolucionarios psicológicos. La Mettrie[14], Hume[15], Condillac[16], y, por fin, el marqués de Sade, postrero y definitivo desenmascarado!, revolucionario absoluto. Pero pocos tienen el valor de ajustarse a los argumentos revolucionarios de las conclusiones de Sade. Y en tanto, la ciencia no dejaba de avanzar. El desenmascaramiento *dix-huitieme* resultó poco adecuado si exceptuamos a Sade. El siglo diecinueve tuvo que comenzar de nuevo. Marx y los darwinistas. Y todavía están con nosotros, Marx de manera obsesiva. En cuanto al siglo veinte, ha producido otro equipo de desenmascaradores: Freud, y cuando ya comenzaba a pasársele el efecto, Pavlov y los partidarios de las investigaciones psicológicas basadas en el estudio objetivo de la conducta. Los reflejos condicionados: esto pareció, bien lo recuerdo, decidir el asunto. Sin embargo, naturalmente, lo que hizo fue sencillamente proponer la doctrina del libre albedrío de nuevo. Pues si pueden ser condicionados los reflejos, resulta evidente que pueden ser vueltos a condicionar. Y el aprender el uso debido del yo, cuando uno ha venido usándolo mal, ¿qué es sino el nuevo condicionamiento de los nuevos reflejos?

Comí con mi padre. Le encontré de mejor humor que en estos últimos años, pero viejo, y lo que es más extraño, disfrutando de su vejez. Se levanta de la silla subrayando la dificultad de la operación, sube con enfática lentitud las escaleras. Supongo que es una manera de aumentar la propia importancia. Quizá también un procedimiento de pedir la compasión ajena cuando se encuentra con ganas de disfrutar de ella. Algo semejante a los vagidos de un niño que desea que su madre venga a mimarle. Son trucos que nos acompañan desde la cuna al sepulcro. Miller dice que la vejez es más que nada una mala costumbre. El uso modifica la función. Si caminamos como si fuéramos víctimas del reumatismo, exigimos al cuerpo esfuerzos musculares de tal violencia que pronto nos convertiremos en verdaderos mártires del reumatismo. Si nos conducimos como ancianos, funcionarán nuestros cuerpos como si fueran verdaderamente viejos; y nuestras sensaciones y nuestros pensamientos serán de viejos. Mucho es cuestión del papel que decidimos representar. Si nos negamos a representar un papel y aprendemos a conducirnos de acuerdo con esa decisión, lograremos evitar el convertirnos en el personaje. Yo creo que esto es verdad en gran medida. En cualquier caso, mi padre representa su actual papel con satisfacción. Una de las ventajas más grandes de ser viejo, siempre que la situación económica en que nos encontremos nos ofrezca seguridad razonable y que nuestra salud sea relativamente buena, es que la senectud nos permite mostrarnos serenos. El sepulcro nos espera en breve; nos hemos habituado a no sentir con demasiada violencia; y por lo tanto no es posible considerar las cosas desde un punto de vista ultraterreno. Por ejemplo, éste fue el punto de vista que adoptó mi padre al hablar de la paz. Me dijo que, desde luego, los hombres están locos y que pronto estallará otra guerra; aproximadamente en 1940. (Es interesante reflexionar que para entonces es casi seguro que ya habrá muerto él). Y será mucho peor que la última guerra; destruirá muy probablemente la civilización de la Europa Occidental. Pero ¿tiene la cosa realmente tanta importancia? La civilización perdurará en otros continentes y seguirá progresando hasta volver a florecer en los países devastados. Lo que ocurre es que la escala de que nos servimos para medir el tiempo es demasiado reducida. Debiéramos considerarnos no como seres humanos que viven en la década tercera del

siglo veinte, sino en un punto infinitesimal colocado entre dos edades glaciales. Y acabó por citarme las palabras de Goethe: *alles Vergängliche ist nur ein Gleichnis*[17]. Todo lo cual es indudablemente cierto, aunque no expresa la verdad completamente. Pregunta: «¿Cómo hemos de cohonestar la creencia de que el mundo es en gran parte ilusorio con la convicción de que a pesar de ello es indispensable mejorar tal ilusión? ¿Cómo podemos sentirnos al mismo tiempo desapasionados, pero no indiferentes, serenos como un viejo y al mismo tiempo dinámicos como un joven?».

OceanofPDF.com

VIII

30 DE AGOSTO DE 1933

MALDITOS tábanos —dijo Helen restregándose el brazo en el punto en el cual iba enrojeciendo.

Anthony nada respondió. Le contempló ella durante algún tiempo en silencio y dijo:

—¿Cuántas costillas tienes?

—Constitución esquizotímica —contestó él sin quitarse el brazo con que se protegía los ojos del sol—. Por eso estoy aquí. Predestinado por el ángulo costillar.

—Predestinado ¿a qué?

—Predestinado a la sociología, y en los intervalos a esto. —Alzó la mano, hizo un pequeño gesto circular y la dejó caer de nuevo sobre la colchoneta.

—Pero ¿qué es «esto»? —insistió ella.

—¿Esto? —repitió Anthony—. Pues… —vaciló sin encontrar las palabras. Le llevaría demasiado tiempo hablar acerca del divorcio temperamental de las pasiones y el intelecto, las sensualidades indiferentes, las ideas esterilizadas—. Pues… tú.

—¿Yo?

—Bueno, te confieso que hubiera podido ser otra —dijo riendo y verdaderamente divertido por su profundo cinismo.

Helen también rió, pero con amargura sorprendente.

—Otra soy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó destapándose los ojos para mirarla.

—Exactamente lo que digo. ¿Crees que estaría aquí *yo*, mi verdadero yo?

—¡Tu verdadero yo! —dijo él burlonamente—. Hablas como un *tesofista*[18].

—Y tú no lo haces como un estúpido —repuso ella—. Y lo haces a propósito. Porque, naturalmente, no lo eres.

Callaron de nuevo durante largo rato. Helen pensaba en largo soliloquio mental: Yo, mi verdadero yo. Pero ¿en dónde y cómo y a qué precio? Sobre todo, a qué precio. Esas mujeres que se sacrifican a sí mismas como la enfermera Cavell y como Florencia Nightingale[19]. Semejante cosa era imposible, y además y sobre todo era ridícula. Frunció el ceño y sacudió la cabeza. Luego abrió los ojos, que había tenido cerrados, y buscó en el mundo externo algo que la distrajera de aquellos pensamientos inoportunos e inútiles. En primer término, vio a Anthony. Le miró durante un momento, y luego como movida por una especie de fascinación que venciera su disgusto, extendió la mano como si lo hiciera para tocar algún animal irresistiblemente extraño y desagradable, y tocó la piel rojiza y arrugada que cubría la gran cicatriz que atravesaba diagonalmente el muslo, una o dos pulgadas por encima de la rodilla.

—¿Te duele todavía? —preguntó.

—Cuando me encuentro flojo. Y algunas veces cuando llueve.

Alzó él la cabeza ligeramente de la colchoneta y dobló al mismo tiempo la rodilla derecha para contemplar La cicatnz.

—Un detalle digno del Renacimiento. Verdaderos pantalones acuchillados.

Helen se estremeció. Luego, con una súbita vehemencia en la voz, dijo:

—¡Debió de ser terrible!, ¡Cómo me repele el dolor!’ —y habló en voz apasionada, como si expresara un profundo resentimiento personal—. Lo odio —insistió para que la oyeran todas las mujeres que dedican sus vidas a los sufrimientos ajenos.

Las palabras de Helen le habían vuelto a hundir en el pasado. Recordó aquel día de otoño, en Tidworth, dieciocho años antes. Estaban haciendo ejercicios de lanzamiento de granadas. Un recluta estúpido había tirado una

demasiado cerca. Volvió a oír los gritos, a contemplarse estremecido por el pánico, a sentir el golpe. Todo le parecía extrañamente remoto ahora, y carente de significado, como algo que se contempla por un anteojo colocado al revés. E incluso el dolor, todos aquellos meses de dolor, se habían encogido hasta dejar casi de existir. Físicamente, fue sin duda lo peor que jamás le había acontecido, pero el lunático responsable de su memoria casi lo había olvidado.

—No puede uno acordarse del dolor —dijo en voz alta.

—Yo, sí.

—No, no puedes. De lo único que puedes acordarte es de la ocasión, de los acompañamientos del dolor.

La ocasión, en casa de la partera en la calle de la Tombe-Issoire; su acompañamiento, la miseria del lugar y la humillación sentida. Al escuchar las palabras de Anthony se endureció la expresión de su cara.

—Es imposible recordar su verdadera calidad —continuó él—. Igual que es imposible acordarse de la calidad del placer físico. Por ejemplo, hoy, hace media hora, no puedes *recordarlo*. No es factible volver a crear lo sucedido. Lo cual es de celebrar —sonrió al decir esto—. Imagínate, si uno pudiera recordar perfectamente los perfumes y los besos. ¡Qué tediosa se nos antojaría su realidad! Y ¿qué mujer de verdadera memoria tendría más de un hijo?

Helen se rebulló intranquila.

—De hecho —continuó él—, los dolores y los placeres son nuevos cada vez que se sienten. Completamente nuevos. Cada gardenia que olemos nos ofrece su perfume por primera vez. Y cada parto…

—Ya estás hablando otra vez como un necio —interrumpió ella airadamente—. Estás mezclando las cosas y confundiéndolo todo.

—Yo creí que estaba aclarándolo —protestó—. Y, en cualquier caso, ¿qué es *todo*?

—Todo es yo, es tú, es la vida verdadera, es la felicidad Y tú no haces más que charlar de vaguedades. Como un necio.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Crees que te muestras singularmente inteligente viviendo como vives? ¿Puede decirse que seas un perito en felicidad?

Las palabras de Anthony conjugaron en la imaginación de ambos la imagen de un ser tímido, emboscado detrás de sus gafas.

¡Aquella boda! ¿Cómo pudo ella aceptarla? Hugh estaba enamorado sentimentalmente, eso era cierto. ¿Pero pudiera aducirse tal cosa como razón suficiente? Anthony especuló sobre la clase de desilusiones que luego sobrevinieron. En su mayor parte, fisiológicas probablemente. Cuando una pensaba acerca de ellas al mismo tiempo que en Hugh, la cosa resultaba cómica. Los labios de Anthony temblaron ligeramente, como si fueran a iniciar una sonrisa. Pero, naturalmente, para Helen el chiste bien pudo ser desastroso. Le hubiera gustado conocer los detalles, pero por otra persona, es decir, sin necesidad de pedirle a Helen que se los contara y sin necesidad de tener que escuchar sus confidencias. Las confidencias eran peligrosas, le ataban a uno, le retenían. Como el papel para cazar moscas; sí, precisamente como el papel para cazar moscas.

Helen suspiró, y luego enderezándose decididamente dijo con voz resuelta:

—Que una persona sea necia no quiere decir que otra deje de serlo. Además, lo que a mí me atañe es cosa mía.

Lo cual, reflexionó él, era de celebrar. Hubo una pausa.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital con esa herida? —preguntó ella en otro tono.

—Casi diez meses. Se me enconó de la manera más repugnante. Tuvieron que operarme seis veces.

—¡Qué horror!

Anthony se encogió de hombros. En cualquier caso, la herida le había evitado el tener que ir a la trinchera. Gracias a Dios.

—Es extraño —siguió diciendo— las formas muy extrañas que toma algunas veces la Gracia Divina. En aquel caso fue un retrasado mental a quien quisieron enseñar a tirar granadas. Si no hubiera sido por él, me hubiesen embarcado para Francia, en donde casi inevitablemente me esperaba la muerte. Es decir, que me salvó la vida —calló durante unos segundos y luego prosiguió diciendo—: Y mi libertad, también me salvó la libertad. Pues yo me hubiera dejado arrastrar por la borrachera de los principios de la guerra. «Ha vuelto a la tierra el honor como un rey». Pero

supongo que eres demasiado joven para haber oído hablar del pobre Rupert. En 1914 estas palabras parecieron tener sentido. «Ha vuelto a la tierra el honor…». Lo que no dijo fue que la estupidez también había vuelto. Allá en el hospital, tuve tiempo suficiente para pensar en la marcha real a través de la tierra, de la estupidez. La estupidez ha vuelto como un rey. No, como un emperador, como el Führer de todos los Arios. Esta reflexión me hizo recobrar el sentido bastante. Y no solamente esto, sino que me liberó. Y todo se lo debí al imbécil que no supo tirar la granada. Se trataba de uno de los más fieles súbditos del gran Führer.

Calló de nuevo durante algunos instantes y prosiguió:

—Hay veces en que casi me da miedo, como a Polícrates, el haber tenido tanta suerte en esta vida. Todo parece haberse puesto a favor mío. Incluso esto —dijo, tocándose la cicatriz—. Tal vez debiera hacer algo para propiciar la envidia de los dioses, algo así cómo tirar al mar un anillo la próxima vez que vaya a bañarme.

Dejó escapar una pequeña risa de buen humor y terminó diciendo:

—Lo malo es que no tengo ningún anillo.

OceanofPDF.com

IX

2 DE ABRIL DE 1903

EN la estación de Paddington, Anthony y su padre subieron a un departamento vacío de tercera clase y esperaron a que el tren emprendiese la marcha. Para Anthony, un viaje en tren era todavía algo de profunda importancia, una especie de sacramento. El alma masculina, aún no madura, es *naturaliter ferrovialis*. Por ejemplo, aquel inmenso monstruo verde, semejante a un dios mitológico, que entraba en la estación bufando y que se detuvo en el andén número uno, a no haber sido por Watt y por Stephenson[20] nunca hubiera entrado rodando con tal majestad en su catedral metropolitana de cristales sucios de hollín. Pero la intensidad de la delicia experimentada por Anthony según contemplaba aproximarse la divina criatura, según llenaba sus pulmones de la estela de carbón y aceite, según escuchaba e imitaba casi inconscientemente el *paff, paff* de su respiración vaporosa y disneica era suficiente demostración de que su corazón de niño estaba preparado de manera misteriosa para la llegada del monstruo, y que la locomotora, al parecer, correspondió indudablemente y de manera muy satisfactoria con una imagen profética y confusa de una locomotora, la cual imagen existiría en la mente de los niños desde el principio de la época paleolítica. *Paff, paff*; luego un silencio, después el rugido terrible y aniquilador del vapor que se escapaba. ¡Admirable! ¡Maravilloso!

Pasaron por ante la ventanilla dos viejas diminutas y gordezuelas, vestidas de negro, y con unos sombreritos que hacían pensar en la reina

Victoria. Iban buscando asientos en un lugar que les ofreciera suficientes garantías de que ni les iban a cortar el pescuezo ni se verían obligadas a escuchar palabras groseras. Míster Beavis presentaba un aspecto respetable. Detuviéronse las viejas y cambiaron impresiones, pero entonces se asomó Anthony a la ventanilla y les puso una cara tan irrespetuosa que las dos se alejaron inmediatamente. Anthony se sonrió triunfalmente. El conseguir viajar a solas era uno de los objetivos del sagrado juego de viajar, era el equivalente más o menos de cantar las cuarenta jugando al bezique[21]. Por así decirlo, cada vez que uno lograba salir de una estación sin que ningún desconocido hubiera subido al departamento, se apuntaba uno cuarenta. Si comía uno en el vagón restaurante, esto equivalía a la escalera: doscientos cincuenta puntos. Y en cuanto al Bezique Doble… (aunque nunca todavía se había apuntado tal cosa) era viajar en vagón cama.

Sonó el silbato y el tren arrancó.

—¡Viva! —gritó Anthony. El juego comenzaba con suerte; las cuarenta nada más empezar. Sin embargo, unos cuantos minutos más tarde lamentó que las viejas no hubieran subido con ellos, pues volviendo a la vida y rompiendo su silencio abstraído, John Beavis se inclinó hacia adelante y tocó la rodilla de su hijo.

—¿Te acuerdas de a cuántos estamos hoy? —preguntó en una voz baja y en tono significativo que Anthony no pudo adivinar a qué se debía.

Anthony le miró con expresión de duda y luego comenzó a representar con énfasis excesivo el papel de quién se esfuerza en resolver un problema matemático de gran dificultad. Algo tema su padre, aunque no fuera fácil decir exactamente el qué, que hacía inevitable la exageración al fingir cualquier cosa.

—Vamos a ver —dijo con voz forzada—, empezamos las vacaciones el 31, ¿o fue el 30? Eso fue el sábado y hoy es lunes…

—Hoy es día 2 —dijo su padre en igual tono de voz, hablando bajo.

Se apoderó el recelo de Anthony. Si su padre sabía la fecha, ¿por qué se la había preguntado?

—Hoy hace exactamente cinco meses —continuó míster Beavis.

—¿Cinco meses? —con un angustioso y repentino vuelco del corazón, Anthony se dio cuenta de lo que su padre quería decir. El 2 de noviembre, el

2 de abril. Hacía cinco meses de la muerte de su madre…

—Todos los días 2 de mes, quedamos en que procuraríamos conservarlos sagrados.

Anthony asintió con un gesto y apartó la mirada, incómodo y con sensación de culpabilidad.

—Unidos el uno al otro por el dolor —dijo míster Beavis.

¿De qué estaba hablando ahora? ¿Y por qué tenía que decir esas cosas? Era terrible; era casi indecente, sí, indecente. Uno no sabía adónde mirar. Era igual que cuando la abuela hacía aquellos ruidos con el estómago después de comer.

Al mirar la cara vuelta de su hijo, y percibir señales de resistencia, se sintió herido y contristado, y advirtió que su tristeza se convertía en algo parecido al resentimiento porque Anthony no sufría tan profundamente como él. Naturalmente, era todavía muy niño, y no podía darse plena cuenta de lo que había perdido, pero, sin embargo, sin embargo…

Anthony sintió consuelo indescriptible al advertir que el tren disminuía su marcha al aproximarse la primera parada. Los suburbios de Slough desfilaron ante él cada vez más lentamente, y quebrantando las reglas del juego sagrado se sintió deseando con toda el alma que alguien subiera al departamento. Y gracias a Dios así ocurrió. Un hombre gordo, de cara abotagada, que en cualquier otro momento Anthony hubiera encontrado odioso. Hoy le dio mentalmente cordial bienvenida.

Míster Beavis se cubrió los ojos con la mano y se acogió al refugio íntimo de un mundo silencioso.

Ya en el coche al que subieron en la estación de Twyford, su padre empeoró todavía el asunto al decir:

—Tienes que procurar portarte lo mejor posible.

—Claro —dijo Anthony secamente.

—Y ser siempre puntual —continuó *Mr*. Beavis—. No mostrarte glotón en las comidas —vaciló, sonrió por adelantado para celebrar las palabras coloquiales que se proponía decir, y prosiguió—: Por muy ricas que sean las cosas que te den. Y a ver si te muestras bien educado y deferente con las criadas.

Salieron de la carretera principal y tomaron por un camino particular que avanzaba sinuoso entre hermosos arbustos de rododendros. A través de un espacio cubierto por una pradera artificial, en la que se veían algunos islotes arbóreos, vieron la fachada estucada de una mansión de estilo georgiano. No era grande, pero sí sólida, cómoda y al mismo tiempo elegante. Se adivinaba que la edificó alguien capaz de citar en cualquier momento y de manera oportuna las palabras de Horacio. El padre de Rachel Foxe, se dijo míster Beavis al contemplar la casa, debió de dejar indudablemente una buena fortuna. Fue ingeniero naval y algo recordaba a *Mr*. Beavis de un invento adoptado por el Almirantazgo. También *Mr*. Foxe tenía dinero: minas de carbón o algo así. ¡Qué bonitas estaban aquellas margaritas sobre el césped debajo del árbol! Pero fue un hombre agrio, callado y de mal genio, que no comprendió su pequeño chiste filológico acerca de la palabra *pencil*, lápiz. Aunque si hubiera sabido entonces que el pobre hombre padecía una úlcera en el duodeno, no se hubiera atrevido a decir el chiste.

Mistress Foxe y Brian salieron a recibirles en el mismo momento en que se detuvo el coche. Los dos muchachos se alejaron juntos. *Mr*. Beavis los siguió, acompañado de la señora de la casa, y entró en la sala. Era una mujer alta, delgada y muy derecha, de porte majestuoso y de expresión tan noble y austera, que *Mr*. Beavis, siempre se sentía algo incómodo en su presencia.

—Los dos le agradecemos a usted profundamente su invitación —dijo —. No puedo expresarle a usted el gran consuelo… —vaciló durante un instante y luego, recordando que era día 2, sacudió la cabeza lentamente y prosiguió en voz baja—: El gran consuelo que será para este pobre huerfanito mío el pasar aquí sus vacaciones con ustedes.

Los ojos claros y castaños de la mujer se oscurecieron al oír estas palabras. Siempre firmes, siempre serios, al cerrarse sus labios llenos, de modelado casi suntuoso, expresaron mayor gravedad de lo corriente.

—Le aseguro a usted que es para mí un verdadero gusto el tenerlo conmigo —dijo en una voz cálida y musical, que vibraba compasiva—. Y le advierto que es una alegría casi egoísta, pues me alegro por Brian.

Sonrió, y observó Beavis que la boca al sonreír dijérase que conservaba de alguna manera, a pesar de su sensibilidad y de su profunda capacidad para sufrir y gozar, aquella gravedad, aquella dureza determinada que la caracterizaba cuando estaba en reposo.

—Sí, egoístamente; porque cuando él es feliz, también lo soy yo.

Míster Beavis asintió con un gesto, y luego dijo suspirando:

—Tiene uno que estar agradecido de que le quede por lo menos esto, el reflejo de la felicidad de otro.

Concedía con estas palabras de manera magnánima que Anthony tema derecho a no sufrir, aunque cuando fuese algo mayor, cuando pudiera darse verdadera cuenta…

Mistress Foxe no continuó la conversación. Encontraba en las palabras del viudo y en el tono de su voz algo que hería sus sentimientos. Pero se apresuró a desechar la impresión que le había causado, reflexionando que, después de todo, lo importante y lo esencial era que aquel pobre hombre había sufrido y todavía sufría. La nota falsa que advirtió, si es que hubo falsedad, era posterior al hecho, y únicamente debía tener en cuenta el sufrimiento indiscutible.

Propuso que dieran un paseo antes de merendar, y según discurrían por el jardín y por el parque hermoseado por árboles y césped, vieron en un claro del terreno, que cubierto de monte bajo limitaba la finca por el Norte, a tres niños tullidos que cogían florecillas silvestres. Iban de mata en mata apoyándose en sus muletas con horrible y brusca agilidad, arrancando las florecillas y dando expresión a su gozo con gritos agudos y discordantes.

Estaban viviendo, explicó *Mrs*. Foxe, en una de las casitas de la finca.

Al hablar de ellos los llamó «tres de mis tullidos».

Así que los niños oyeron la voz de su protectora, alzaron las cabezas e inmediatamente vinieron hacia ella con movimientos desiguales a través del espacio libre de arbustos.

—¡Mire, señora, mire lo que he encontrado!,

—¡Mire las mías, señora!

—¿Cómo se llaman éstas, señora?

Fue ella contestando sus preguntas, les hizo otras a su vez y les prometió ir aquella noche a verlos. *Mr*. Beavis, deseoso de hacer también él

algo por los tullidos, comenzó a hablarles de la etimología de la palabra *primrose*, primavera.

—En inglés antiguo se decía *primerole* —les explicó—. Lo de «rose» fue un error del vulgo.

Los niños le miraban sin comprender. Les habló de similares corrupciones durante algún rato.

Luego sobrevino un silencio y *Mrs*. Foxe cambió la conversación.

—¡Pobrecillos! —dijo cuando por fin la dejaron irse—. Son tan felices, que siente unas ganas de llorar. Y después, pasada una semana, tengo que volverlos a mandar a la miseria de sus casas. Es una crueldad. Pero ¿qué puede hacer una? ¡Hay tantos…! El conservar a unos más tiempo, únicamente se puede conseguir sacrificando a otros.

Continuaron paseando en silencio durante algún tiempo y pensó *Mrs*. Foxe de pronto que también hay tullidos espirituales, gentes cuyas emociones son tan torpes de movimiento y tan escrupulosas, que no pueden emplearlas debidamente; gentes con una especie de joroba o deformidad en su capacidad para expresarse. Tal vez John Beavis fuera uno de éstos. Pero quizá estuviera mostrándose injusta con él y, desde luego, soberbia. «No juzgues y no serás juzgado». Y en cualquier caso, si de verdad fuera un tullido mental, esto únicamente añadiría una razón más para tener mayor compasión de él.

—Ya debe de ser la hora del té —dijo en voz alta.

Y para impedirse a sí misma más juicios temerarios, comenzó a hablar de las escuelas para impedidos que habían sido organizadas, con su ayuda, en Notting Dale y en Saint Paneras. Describió la vida del impedido en su hogar, los padres ausentes trabajando, la soledad total durante el día sin ver una sola cara humana, desprovistos de alimentación adecuada, sin juguetes, sin libros, sin nada que hacer que no fuera estar tumbados y esperar; esperar, ¿a qué? Habló de las ambulancias que ahora iban a recoger a los niños para llevarlos a la escuela, acerca de los pupitres especiales, de las lecciones, de lo dispuesto para darles una comida decente.

—Y nuestro premio —dijo al abrir la puerta de la casa— es esa misma felicidad que rompe el corazón, de la cual le hablaba a usted ahora mismo. No puedo evitar el sentir una especie de reproche, de acusación. Cada vez

que veo esa dicha, me pregunto qué derecho tengo yo para poderla dar tan fácilmente, sencillamente gastando un poco de dinero y tomándome unas muy pequeñas molestias que me producen placer. ¿Qué derecho tengo yo a eso?

Al hacer la pregunta tembló su límpida voz. Alzó las manos en gesto interrogativo, las dejó caer de nuevo y entró rápidamente en la sala.

Míster Beavis la siguió en silencio. Según la escuchaba sintió en su interior un calor amable. Fue una sensación semejante a la experimentada al leer la última escena de *Medida por Medida*, o al escuchar a Joachim en el concierto de Beethoven.

Míster Beavis únicamente pudo quedarse dos noches. Tenía que asistir a una reunión importante de la Sociedad de Filología. Y además, naturalmente, tenía que pensar en su trabajo de colaboración en el Diccionario.

—Lo de siempre —explicó a *Mrs*. Foxe, con afectado tono de piedad por sí mismo y con un suspiro, que ni siquiera en aquellos momentos tuvo la intención de sonar convincentemente. Pues la verdad era que disfrutaba con su trabajo y que se hubiera encontrado perdido sin él—. ¿Está usted segura —añadió— de que Anthony no será para usted demasiada molestia?

—¿Molestia? Mire usted —dijo señalando por la ventana a los dos niños que jugaban sobre la pradera al polo en bicicleta—. Y no es solamente eso, pues la verdad es que en estos días he tomado mucho cariño a Anthony. Tiene algo verdaderamente conmovedor. Da la sensación de encontrarse completamente indefenso. A pesar de ser tan listo, de tener tan buen sentido y de ser tan decidido. Hay algo en su hijo que parece que está a la merced de cualquiera.

«Sí, a merced de cualquiera», se repitió a sí misma, pensando al mismo tiempo en aquella frente despejada y candorosa, en aquellos labios casi temblorosos a fuerza de sersensitivos, en aquella barbilla pequeña y débil. Sería muy fácil herirle y llevarlo por malos caminos. Cada vez que el niño la miraba casi le hacía sentirse responsable de él de manera culpada.

—Y, sin embargo —dijo *Mr*. Beavis—, hay veces en que dijéramos que es capaz de una indiferencia extraña.

No había olvidado aún el episodio del tren. Pues aunque, naturalmente, deseaba que el niño fuera feliz, y aunque ya había decidido que la única felicidad que a él le sería dado 91 conocer sería la de contemplar la dicha de su hijo, aún perduraba su resentimiento de manera oscura y se sentía vejado por el hecho de que Anthony no hubiera sufrido más, porque le parecía que el niño rechazaba el dolor y se resistía a él cuando salía a su encuentro.

—Una indiferencia extraña —repitió.

—Sí —dijo *Mrs*. Foxe, asintiendo—; tiene una especie de armadura que le protege los sitios más vulnerables, pero que al mismo tiempo deja desnudos otros lugares para que las heridas que no tienen importancia le sirvan de distracción como una especie de irritación consoladora. Es una manera de protegerse a sí mismo. Y, sin embargo, —y su voz se hizo más grave y musical—, sin embargo, creo que a la larga sería mejor para él y para su salud espiritual, y aún para su felicidad, si pudiera hacer exactamente todo lo contrario, si se armase contra los pequeños picotazos, contra las heridillas, tanto del placer como del dolor, y ofreciese su invulnerabilidad a los grandes tajos y a las grandes heridas.

—¡Qué verdad es eso! —dijo *Mr*. Beavis, que apreció que aquellas palabras le eran aplicables a él de manera exactísima.

—No, no —dijo *Mrs*. Foxe después de un silencio y volviendo a la pregunta primera con decisión—. Tan lejos está de ser una molestia para mí, que estoy verdaderamente encantada de tenerlo conmigo. Y no solamente por él mismo, sino por lo que significa para Brian e incidentalmente por lo que Brian significa para él. Me encanta verlos. Me gustaría que pudieran pasar juntos todas las vacaciones.

Hizo una pequeña pausa y luego continuó:

—En serio, si no tiene usted hechos planes para el verano, debe usted pensar en ello. Hemos tomado una casita en Tenby para agosto. ¿Por qué no toma usted otra allí?

Míster Beavis juzgó muy acertada la idea, y cuando les fue comunicada a los niños, los dos se mostraron encantados.

—Entonces hasta agosto —le dijo *Mrs*. Foxe a Beavis al despedirle—. Aunque, naturalmente —añadió con un calor que resultó aumentado por el hecho de haberle supuesto un esfuerzo—, nos veremos antes.

El coche avanzó por el camino particular y durante cien yardas o más Anthony le acompañó corriendo y gritando adiós, ondeando el pañuelo con una vehemencia que míster Beavis tomó como señal de la intensidad del dolor que a su hijo le causaba que él se fuera. Pero la verdad era que se trataba únicamente de una manifestación de energía y animalidad rebosantes. Las circunstancias le habían llenado el cuerpo y el alma de la profunda alegría de encontrarse felizmente vivo. Esta alegría exigía expresión física, y la partida de su padre le daba excusa para correr y agitar los brazos. *Mr*. Beavis se sintió profundamente emocionado. «¡Ah! —pensó tristemente—, si hubiera manera de canalizar aquel amor y el que él tenía a su hijo para poder regar con él la aridez de sus relaciones cotidianas… Las mujeres entienden tales cosas mucho mejor. Fue conmovedor ver cómo el pobre niño había respondido al afecto de *Mrs*. Foxe, y quizá —continuó diciéndose—, quizá se debía precisamente a no tener Anthony mujer alguna que encauzase sus sentimientos, su aparente indiferencia por todo. Tal vez un niño no podía llorar debidamente a su madre precisamente por no tener madre. Era un círculo vicioso. La influencia de *Mrs*. Foxe la haría bien, y no solamente en esto, sino de mil otras maneras. —*Mrs*. Beavis suspiro—. Si fuera posible que un hombre y una mujer se asociaran, no unidos en matrimonio, sino para alcanzar un propósito común, en beneficio de los niños que no tienen padre o que no tienen madre. Una mujer buena, admirable e incluso extraordinaria. Pero a pesar de eso, casi quizá por eso, únicamente podía ser una asociación destinada a conseguir un fin común. Nunca una boda. Y en cualquier caso Maisie le esperaba *allí*; no le fallaría él. Pero una colaboración destinada a beneficiar a los niños, eso no implicaría traición alguna».

Anthony volvió a su casa silbando *La Madreselva y la Abeja*. Tenía cariño a su padre, un cariño verdadero, nacido de la fuerza de la costumbre; un cariño parecido al que tenemos al lugar en que hemos nacido o a determinada manera de guisar; pero cariño verdadero, no obstante. El cual cariño, sin embargo, no disminuía en absoluto la incomodidad que experimentaba junto a su padre.

—¡Brian! —gritó al acercarse a la casa.

Llamó a su amigo con algo de embarazo, pues le resultaba extraño llamarle Brian en lugar de Cara de Caballo. E incluso poco de hombres, incluso algo vituperable.

Brian le contestó jugando desde el cuarto de jugar. ¿Cogemos las bicicletas? —dijo Anthony gritando.

En el colegio solían mofarse de Cara de Caballo por su afición a los pájaros.

«¿A qué no sabéis —decía Staithes cogiendo a Cara de Caballo por un brazo— lo que he visto hoy? Dos barriguirrojos y un camaleón flauta».

Resonaban grandes risotadas y Anthony tomaba parte en el coro de los burlones.

Pero allí, en donde nadie había que se burlase de él por el interés que pudiera sentir por las aves migratorias, los nidos y los lugares de reunión de las garzas, Anthony se dedicó a estudiar los pájaros con entusiasmo. Cuando llegaban a la casa mojados y llenos de barro al final de un paseo, antes de que el pobre Brian tuviera tiempo de pronunciar tartajosamente una palabra, Anthony decía:]

—¿A que no sabe usted lo que hemos oído, mistress Foxe? El primer abadejo. El primer reyezuelo.

Y *Mrs*. Foxe decía con verdadero entusiasmo:

—Pero ¡qué magnífico!

Y lo decía de tal manera, que bien no hubieran podido existir nunca los «barriguirrojos» y los «camaleones» del colegio.

Después del té, ya corridas las cortinas y encendidas las luces, *Mrs*. Foxe solía leerles en voz alta. Anthony, que siempre había experimentado un extremo aburrimiento a leer a Walter Scott, encontró que seguía las *Aventuras de Nigel* con apasionada atención.

Se aproximaba la Pascua de Resurrección, y *Nigel* fue guardado. *Mrs*. Foxe les leía en vez de las *Aventuras* trozos del Nuevo Testamento. «Y les dijo: mi alma está triste hasta la muerte: esperad aquí y velad, y habiendo ido adelante un poco, se postró en tierra, y pedía que, si se pudiese, pasase de él aquella hora. Y dijo: Abba, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz, mas no lo que yo quiero, sino lo que tú». La luz formaba una isla redonda en la oscuridad del cuarto y hacia ella avanzaba

un vago promontorio de luminosidad rojiza desde el hogar de la chimenea. Anthony estaba de bruces en el suelo, y desde la alta silla italiana junto a la lámpara bajaban hacia él las palabras transfiguradas por aquella voz cálida y musical, preñadas de significados que nunca había él visto ni oído en ellas hasta aquel momento. «Era, pues, la hora tercia cuando le crucificaron». Los diez latidos de su corazón que midieron el silencio que ahora se hizo, le parecieron a Anthony los martillazos que hacían entrar los clavos. Se pasó los dedos de una mano por la palma suave de la otra. Su cuerpo se puso rígido de horror, y a través de los músculos tensos pasó el violento espasmo de un estremecimiento.

«Y cuando fue la hora de sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona».

Callaron durante buen rato. Tan sólo se oía el rumor del reloj, cuyo tictac medía el tiempo tranquilamente. Las llamas susurraban con rumor de seda en el hogar. Anthony, tumbado de espaldas ahora, contemplaba el techo. De pronto todo lo vio con perfecta claridad. Tío James tenía razón, pero los otros también la tenían. *Mrs*. Foxe había demostrado cómo era posible que unos y otros estuvieran en lo cierto. Un hombre y, sin embargo… También él, animado por aquel ejemplo, haría cosas y llegaría lejos.

Mistress Foxe cogió el libro una vez más. Las finas páginas crujieron al ser vueltas.

«Y cómo pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy de mañana, el primero de los sábados, vienen al sepulcro salido ya el sol, y decían entre sí; “¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?»; mas reparando, vieron revuelta la losa”.

La losa… Pero en Llollingdon había tierra, y tan sólo cenizas en aquella cajita, aquella cajita que no era mayor que una lata de galletas. Anthony cerró los ojos con la esperanza de borrar la odiosa visión; pero allí, destacándose contra la oscuridad rojiza, se recortaban los cuernos y el flequillo triangular de rizos bermejos más vívidos que nunca. Se llevó la mano a la boca y, para castigarse a sí mismo, comenzó a morderse el índice más y más fuerte, hasta que el dolor fue casi insoportable.

Aquella noche, cuando vino a decirle buenas noches *Mrs*. Foxe, se sentó en el borde de la cama de Anthony y le cogió la mano.

—Escúchame, Anthony —le dijo después de un momento de silencio—, no debes tener miedo de pensar en ella.

—¿Miedo? —dijo él confusamente, como si no hubiera entendido.

Pero sí que había entendido; había entendido quizá más de lo que ella quiso decirle. Se agolpó la sangre en sus mejillas como si hubiera cometido una acción vergonzosa. Y sintió terror, como si algo le hubiera cogido, como si le hubiesen descubierto; sintió miedo y, por lo tanto, resentimiento.

—No debes tener miedo al dolor —continuó *mistress* Foxe—. Cuando pienses en ella, te sentirás triste, eso es inevitable. Y así debe ser. La tristeza a veces es necesaria, como una operación, sin la cual no puedes estar sano. Si piensas acerca de ella, Anthony, te dolerá. Pero si no piensas acerca de ella, la condenas a morir nuevamente. El espíritu de los muertos vive en Dios, pero también vive en la memoria de los vivos, quienes al acordarnos de ellos nos hacemos mejores y más fuertes. ¿Verdad que vas a pensar en ella, Anthony?

Anthony expresó mudo asentimiento con la cabeza, bañado en lágrimas. No fueron verdaderamente las palabras que oyó las que le hicieron sentir seguridad en lo que expresaba, sino más bien que las palabras fueron pronunciadas por ella en aquella voz que obligaba a obedecer. Desapareció su miedo y quedaron aplacadas sus sospechas y muerto sus resentimientos. Allí, junto a ella, se encontraba seguro. No corría ningún peligro abandonarse a los sollozos que ahora le subieron irresistiblemente a la garganta.

—¡Pobre Anthony! —dijo ella acariciándole la cabeza—. ¡Pobre Anthony! No tiene remedio, y siempre te dolerá, siempre. Nunca podrás pensar en ella sin sentir dolor. Ni siquiera el tiempo puede hacer desaparecer el dolor por completo.

Hizo una pausa y reinó el silencio durante un largo minuto. Mientras, ella pensaba en su padre y en su marido. El viejo tan imponente, tan majestuoso, como un profeta; pero luego en la silla de ruedas, paralítico y extrañamente encogido, caída la cabeza hacia un lado, babeando sobre su blanca barba y casi incapaz de hablar. Pensó también en el hombre con

quien se casó atraída por su fortaleza, conquistada por el respeto que le inspiraba su honradez. Se casó con él y entonces descubrió que no podía amar. Pues aquélla su fuerza, había descubierto, era una fuerza fría y carente de magnanimidad, y la honradez era una honradez áspera y cruel. Los dolores de su última y larga enfermedad le habían endurecido y amargado y murió implacable, negándose a aceptar la ternura de su mujer hasta el final.

—Sí; siempre tendrás que sentir dolor y tristeza —continuó por fin—, y después de todo —y ahora sonó su voz con cálidos acentos de orgullo, casi de desafío—, no creo que debiéramos de desear que fuera de otra manera. Pero tú no querrías olvidar a tu madre, ¿verdad, Anthony?, ni tampoco que dejara de importarte, aunque ello te supusiera dejar de experimentar algunos pequeños sufrimientos, ¿verdad que no?

Anthony sacudió la cabeza sin dejar de sollozar. Y era verdad. En aquel instante no deseaba escapar. Por algún motivo difícil de comprender era un consuelo estar sufriendo aquel aguzado dolor. Y su cariño por aquella mujer aumentó sobremanera, precisamente porque le había hecho sufrir.

Mistress Foxe se inclinó y le besó.

—¡Pobre Anthony, pobrecillo! —repetía una y otra vez.

Llovió el Viernes Santo, pero el sábado cambió el tiempo y el Domingo de Resurrección amaneció simbólicamente dorado, como a propósito, como una parábola. La Resurrección de Cristo y el renacimiento de la Naturaleza, dos aspectos de un único misterio. El sol, las nubes, como trozos de escultura marmórea sobre el cielo azul claro, parecían corroborar de manera profunda e inexplicable todo cuanto *Mrs*. Foxe había dicho.

No fueron a la iglesia; pero allí sentados sobre el césped, ella les leyó, primero, un trozo de la liturgia del día de Pascua, y después, algunos extractos de la *Vida de Jesús*, de Renán. Acudieron las lágrimas a los ojos de Anthony según escuchaba y sintió un anhelo inefable de ser bueno y hacer algo honorable y honrado.

El lunes llegó un grupo de niños pobres que venían a pasar el día en el jardín y el monte. En Bulstrode, uno los hubiera llamado granujas y hubiese pretendido insultantemente no darse cuenta de su existencia. Asquerosos golfillos. Cuando fueran mayores se convertirían en rufianes y canallas.

Ahí, sin embargo, era muy distinto. Mistress Foxe transformó a los golfillos en niños desgraciados, que probablemente no volverían a ver el campo en todo el año.

—¡Pobres chicos! —le dijo Anthony a *Mrs*. Foxe cuando los vio llegar.

Pero a pesar de la compasión que estaba procurando sentir con toda su alma, a pesar de toda su buena voluntad, en el fondo tenía miedo a aquellos niños escrofulosos, raquíticos y con expresión terrible de personas mayores, con los cuales se había ofrecido a jugar. Los temía y, por lo tanto, no le gustaban. Los encontraba indescriptiblemente extraños. Sus ropas remendadas y sucias, sus botas deformadas, eran como una piel de pigmento distinto del de la suya; su habla grosera de los arrabales hubiera podido ser chino. Incluso su aspecto le hacía sentirse incómodo. Y además aquella manera que teman de mirarle, con odio burlón hacia su traje nuevo y sus raros modales, aquella manera de hablar entre sí que tenían los más audaces y que acababa en risas zumbonas. Cuando se rieron de Brian por su tartamudez, Brian se rió con ellos, y al cabo de un rato dejaron de reír o si lo hacían era amistosamente y casi con piedad. Anthony, por el contrario, hizo como que no observaba sus chanzas. Un caballero, le había sido enseñado siempre de manera explícita y de manera implícita y constante por el ejemplo de sus mayores, un caballero no presta atención a tales cosas. Está por debajo de su dignidad. Y Anthony se condujo como si la risa no existiera, y los chicos continuaron riéndose de él.

La mañana, pasada jugando al escondite y a los pájaros, fue para él una tortura; pero aún quedaba lo peor. Se había ofrecido para ayudar a servir la mesa. El trabajo en sí nada de particular tuvo. Pero el olor a pobreza cuando los veinte niños quedaron reunidos en el comedor le resultó tan repugnante (como la iglesia de Llollingdon, pero mucho peor) que tuvo que salir a escondidas dos o tres veces durante la comida para escupir en la taza del retrete. «¡Cuidado con los gérmenes!». Cuando *Mrs*. Foxe le hizo una pregunta, únicamente pudo contestar con un gesto y haciendo un ruido inarticulado con la boca cerrada, pues para hablar le hubiera sido menester tragar. Tragar, ¿el qué? Era insufrible incluso pensar en ello.

—¡Pobres chicos! —repitió una vez más mientras contemplaba su partida junto a *Mrs*. Foxe y Brian. Se sintió más avergonzado que nunca de

su hipocresía cuando mistress Foxe le dio las gracias por haberse esforzado tanto en entretenerlos.

Así que Anthony subió al cuarto de jugar, *Mrs*. Foxe se dirigió a su hijo para darle también las gracias a él:

—Y a ti también gracias, hijo. Has estado admirable.

El placer le hizo sonrojarse; pero Brian negó con la cabeza.

—T-t-tú lo has hecho t-todo —dijo, y de pronto, porque la amaba tanto, porque era tan buena y tan maravillosa, el niño sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Salieron juntos al jardín. Llevaba ella la mano sobre el hombro del hijo. Olía ligeramente a agua de colonia, y de repente (pues no es fácil decir por qué también esto le pareció a Brian parte de la maravilla de su madre) salió el sol de detrás de una nube.

—¡Mira esos narcisos, qué preciosos! —exclamó ella con aquella voz que conseguía que cualquier cosa que dijera le pareciese a Brian más verdad que la verdad misma—. «Mi corazón de aquel placer se llena…». ¿Te acuerdas, Brian?

El niño, rojo de excitación y con los ojos brillantes, dijo que sí.

—Y b-b-b…

—«Y baila alegre entre narcisos mil».

Le apretó contra sí más estrechamente y una felicidad indescriptible se apoderó de él. Continuaron andando en silencio. Sus faldas susurraban a cada paso, como el mar, pensó Brian, como el mar en Ventnor el año pasado, cuando no podía él dormir de noche debido al ruido de las olas sobre la playa. Acostado en la oscuridad, escuchando la respiración lejana del mar, había sentido miedo y, sobre todo, tristeza, una tristeza terrible. Pero asociado aquel rumor ahora con su madre el recuerdo del miedo, de la tristeza profunda e inmotivada, se hicieron bellos y al mismo tiempo, por motivos difíciles de explicar, reflejaron su nueva belleza sobre la de su madre, que así vio aumentada la suya. Según iba de un lado para otro de la pequeña pradera con sus faldas susurrantes hizo suyo el misterioso significado de la oscuridad ventosa y del incansable revolcarse de las olas.

—¡Pobre Anthony! —dijo *Mrs*. Foxe rompiendo el largo silencio—. Es duro, muy duro.

Y también era duro, pensó, para la pobre Maisie. Aquella criatura graciosa, con sus languideces, su silencio, sus ensimismamientos soñadores y sus súbitas explosiones de actividad risueña. ¿Qué tenía que ver ella con la muerte? ¿Y qué tenía que ver realmente con el nacer? Pensar que Maisie teniendo que educar a un hijo resultaba tan carente de sentido como pensar en Maisie muerta.

—T- t-t-tiene que ser t-t-t —pero como no pudiera decir «terrible», decidió cambiar la palabra—: E-es-espantoso —dijo salvando el obstáculo con trabajo, mientras que su emoción avanzaba impetuosa acompañada de una explosión imaginaria de palabras no pronunciadas e imposibles de pronunciar—. E-espanto no t-t-t-tener madre.

Mistress Foxe sonrió tiernamente e inclinándose acarició la cabeza de su hijo durante un instante con la mejilla.

—También tiene que ser terrible no tener un hijo —dijo.

Y en aquel momento en que hubo dicho esas palabras se dio cuenta de que eran más verdaderas de los que ella se había propuesto, de que eran verdaderas en un plano de existencia más profundo y esencial que aquél en que se movía en aquel momento. Había hablado pensando en el presente; pero si fuera terrible no tenerle ahora, cuánto más terrible hubiera sido sin comparación no haberle tenido *entonces*, después de que a su padre le dio el ataque, durante toda la larga enfermedad de su marido. Durante aquella época dolorosa y de absoluta soledad espiritual su amor por Brian había sido su única posesión. Fue lo único que le quedó. ¡Qué terrible, qué terrible no tener un hijo!

OceanofPDF.com

X

16 DE JUNIO DE 1912

LOS libros. La mesa del cuarto de Anthony estaba cubierta de ellos. Los cinco tomos en folio de Bayle, en la edición inglesa de 1738. La traducción de Rickaby de la *Summa contra Gentiles*. El *Probleme du Style*, por De Gourmont. *Notas Subterráneas*, de Dostoiewsky. Tres tomos de *Cartas*, de Byron. Las obras de San Juan de la Cruz, en español. Las obras de teatro de Wycherley. *Historia del celibato sacerdotal*, por Lee.

Si uno tuviera dos pares de ojos, pensó Anthony al volver a su paseo, Janus podría leer al mismo tiempo el *Candide* y la *Imitación*. La vida es demasiado breve, y son tantos los libros… Miró la mesa voluptuosamente y abrió al azar ahora un libro y luego otro; «no quiso echarse en tierra, leyó, y luego su cuello resultó demasiado grande para la apertura, y el cura se vio obligado a ahogar sus exclamaciones con exhortaciones aún más recias. Quedó rebanada la cabeza antes de que el ojo pudiera apreciar el golpe. Pero cuando ensayó a recobrar la cabeza, aunque la tenía sujeta por el cuello, la primera cabeza quedó cortada por las orejas; las otras resultaron rebanadas con mayor limpieza. La primera me hizo sentirme acalorado y sediento y me hizo temblar de tal manera, que apenas podía sujetar los gemelos de teatro… Pues la felicidad que es la bondad peculiar de una naturaleza inteligente, debe ir junto con algo que a la naturaleza inteligente le sea peculiar. Mas el apetito no es peculiar de la naturaleza inteligente, sino que es encontrado en todas las cosas, aunque de manera diversa y en seres diversos. La voluntad, en cuanto es un apetito, no es característica

peculiar de la naturaleza inteligente, excepto en cuanto depende de la inteligencia; pero la inteligencia es peculiar de la naturaleza inteligente. La felicidad consiste, por lo tanto, en un acto del intelecto sustancial y principalmente más bien que un acto de la voluntad… Incluso en lo más profundo y secreto de mi alma jamás he podido pensar en el amor más que como en una lucha que empieza con el odio y termina con la su lección moral… La primera noche o purgación es amarga y terrible para el sentido, como ahora diremos. La segunda no tiene comparación, porque es horrenda y espantable para el espíritu… Creo que he leído en algún lugar que la precisión ha sido llevada tan lejos, que hubo damas que no consentían en decir *J'ai mangé des confitures*, sino *des fitures*. Por ese camino más de la mitad de las palabras del Diccionario de la Academia Francesa tendrían que ser suprimidas…». Anthony acabó por ponerse a leer *Camino de perfección*, de Santa Teresa. Cuando Brien llegó una hora más tarde había llegado a la «Oración de quietud».

—¿O-ocupado? —preguntó Brian.

Anthony dijo que no con la cabeza. Brian se sentó.

—He ve-enido para p-p-preguntarte si hay algo más que decidir a-a-acerca de m-m-mafiana.

Al día siguiente irían a Oxford, *Mrs*. Foxe y John Thursley y *Mr*. y *Mrs*. Beavis para pasar el día. Brian y Anthony habían decidido convidarlos conjuntamente.

¿Cup de Hock o de Sauterne? ¿Langosta con mayonesa o salmón frío? Y si llovía, ¿qué sería lo mejor que podían hacer por la tarde?

—¿V-v-v-vas a ir esta noche a los F-fabianos[22]? —preguntó Brian así que acabaron de discutir los planes para el día siguiente.

—Naturalmente —respondió Anthony. Aquella noche habría votación para elegir al presidente del próximo curso—. Va a haber poca diferencia entre los votos que tú saques y los que saque Mark Staithes. Necesitarás todos los posibles.

Brian le interrumpió para decirle:

—Me-me he retirado.

—¿Qué te has retirado? Pero ¿por qué?

—Po-po-por varios motivos.

Anthony le miró y sacudió la cabeza.

—No es que a mí se me hubiera ocurrido nunca presentarme. Hay pocas cosas más aburridas que ser presidente de cualquier organización.

Incluso pertenecer a una organización le resultaba singularmente aburrido. ¿Por qué había uno de verse obligado a elegir entre esto o lo otro cuando uno no tenía ningún interés en escoger? ¿En atarse a una serie de principios, cuando era tan esencial el conservar la libertad? ¿El comprometerse a asociarse con tales y cuales personas, cuando era más que probable que lo que uno deseaba era estar a solas? ¿En prometer por anticipado el encontrarse en determinados lugares a determinadas horas? Mucho trabajo le costó a Brian convencerle de que se afiliara a los Fabianos. En todo lo demás su libertad era total.

—Aburridísimo; pero una vez que te has presentado, ¿por qué has retirado tu candidatura?

—M-m mark será mejor presidente que yo.

—Supongo que quieres decir que será más grosero.

—Además te-te-tenía unas ganas t-t-tremendas de q-q-que le eligieran —Brian se interrumpió apesadumbrado, pues sus palabras pensó que pudieran interpretarse como indicio de que él adoptaba una actitud patrocinadora para con Staithes, e inmediatamente procuró remediarlo—. Q-q-quiero decir q-q-que él sabe que lo hará m-m-mejor que yo. M-m-mientras que yo, no había razón…

—Vamos, que has pensado en darle gusto al hombre.

—N-n-ncr, n-n-no; no es eso.

—El gallito cantando sobre el estercolero —continuó Anthony sin hacer caso de las protestas del otro—. Staithes tiene que ser gallito, aunque no sea más que del minúsculo montoncillo de estiércol que son los Fabianos. —Se echó a reír—. ¡Pobre Mark! ¡Cómo sufrirá si no logra llegar a la cima de su montoncito de estiércol! Verdaderamente tienes suerte en preferir los libros —dio unas palmaditas cariñosas sobre las tapas del libro de Santa Teresa—. Pero a pesar de todo, hubiera preferido que no te hubieses retirado. Me hubiera gustado ver a Mark fingiendo que no le importaba que tú le hubieras ganado. Tú vas a leer un ensayo después de la votación, ¿no?

Tranquilizado por el cambio de conversación, Brian asintió con la cabeza y empezó:

—Sobre, sobre el *sin*[23]…

—¿Sobre el pecado?

—S-s-sindicalismo.

Los dos rieron.

Es extraño, si lo piensa uno —dijo Anthony cuando los dos acabaron de reír— que la mera idea de hablar a los socialistas acerca del pecado pueda resultar tan…, no sé, tan absurda. Pecado; socialismo —sacudió la cabeza —. Es imposible, es como cruzar un pato con una cebra.

Podrías hablar del p-p-pecado empezando al revés.

—¿Cómo al revés?

—Empe-empe-empezando por lo social. O-organizando la sociedad t-t-tan bien q-q-que el individuo no p-p-pudiera p-p-pecar.

—¿Y tú crees sinceramente que tal sociedad pudiera existir?

—P-p-puede que sí —dijo Brian sin gran seguridad; pero al mismo tiempo reflexionó que cualesquiera cambios sociales no podían hacer desaparecer aquellos innobles deseos suyos, y ni siquiera pudieran legitimarlos excepto dentro de ciertos límites convencionales. Sacudió la cabeza y acabó por decir—: N-n-no; n-n-no lo sé.

—Yo no veo que pudieras lograr sino transferir los pecados de los hombres de un plano a otro. Pero eso ya lo hemos hecho. Toma por ejemplo la envidia y la ambición. Solían expresarse en el plano de la violencia física. Ahora hemos reorganizado la sociedad de tal manera, que tienen que expresarse principalmente términos de competencia económica.

—La c-c-cual v-v-vamos a hacer desaparecer.

—Con lo cual volveremos a poner de moda la violencia física, ¿no es eso?

—Eso es lo q-q-uee t-t-tú desearías —dijo Brian riendo—. ¡Eres imposible!

Callaron ambos. Brian cogió distraídamente el *Camino de perfección* y, volviendo las páginas al azar, leyó un párrafo aquí y otro allá. Luego dejó escapar un suspiro, cerró el libro y lo colocó en su lugar sacudiendo la cabeza.

—No c-c-comprendo p-p-por qué lees estas cosas, p-p-puesto que no c-c-crees en ellas.

—Claro que creo en ellas. No en su explicación corriente, claro es. Pero sí en los hechos. Y en la teoría metafísica fundamental del misticismo.

—¿Q-quieres decir que no es posible llegar a la v-v-ver-dad por medio de una especie de unión d-d-directa?

Anthony asintió con un gesto:

—*Y* que lo más valioso e importante de la verdad únicamente puede ser conocido por ese camino.

Brian quedó silencioso durante algún tiempo con los codos sobre las rodillas y su larga cara entre las manos contemplando el suelo. Luego, sin alzar la vista, dijo:

—Me parece q-q-que estás t-tra-tratando de hacer d-dos c-co-cosas distintas al mismo, al mismo tiempo. C-c-contra-p-poniendo el escepticismo y la religión o c-c-cualquier clase de idealismo —añadió, pensando en el sarcasmo con que Anthony gustaba de hacer volver a la realidad a cualquiera que demostrase un entusiasmo excesivo por algo—. Y usan-usando e-eso —dijo señalando hacia el *Camino de perfección*— p-p-para contra-contraponerlo a los argumentos cien-científicos c-c-cuando te conviene.

Anthony volvió a encender su pipa antes de contestar.

—¿Y por qué no vamos a aprovecharnos de la mejor manera posible de las dos maneras de pensar? —preguntó, tirando la cerilla apagada al fuego —. De *todas* las maneras de pensar. ¿Por qué no?

—¿Y la c-c-consistencia, la unidad de pro-propósito?

—No le doy ninguna importancia a la unidad de propósito. Sí se la doy a la plenitud. Creo que todos tenemos el deber de desarrollar todas nuestras posibilidades. Todas. Considero estúpido limitarse al cultivo de una sola. ¡Unidad de propósito! Las ostras tienen unidad de propósito. Las hormigas tienen unidad de propósito.

—Y los s-santos.

—Eso me confirma en mi determinación de no ser santo.

—P-p-pero ¿c-cómo vas a hacer nada sin unidad de p-p-propósito? Es la p-p-primera condición esencial para el éxito.

—¿Y quién te dice que yo quiero alcanzar el éxito, que yo quiero lograr algo? —preguntó Anthony—. No deseo tal cosa. Lo que quiero es *ser*, de manera completa. Y quiero *saber*. En la medida que saber es hacer, acepto sus condiciones con absoluta unidad de propósito —señaló con la boquilla de su pipa los libros que había sobre la mesa.

—No-no aceptas las c-con-condiciones de esa clase de sa-sapi-sapiencia —replicó Brian, señalando una vez más hacia el *Camino de perfección*—. Orar, ayunar y t-t-to-todo eso.

—Porque eso no es saber, es una clase de experiencia. Hay muchísima diferencia entre saber y experimentar Entre aprender álgebra, por ejemplo, y hacer el amor.

Brian no sonrió y, sin alzar siquiera la vista del suelo dijo:

—P-p-pero c-c-crees que las e-experiencias místicas le p-p-ponen a uno en c-con-contacto con la verdad.

—Y hacer el amor, también.

—¿T-t-tú crees? —dijo Brian esforzándose para hacer la pregunta.

Le disgustaba hablar de tales asuntos en aquellos momentos más que nunca, pues estaba enamorado de Joan; enamorado, y, sin embargo, aunque se despreciaba a sí mismo por ello, deseándola groseramente, vilmente.

—Si la mujer está bien elegida, sí —respondió Anthony con aire experimentado, como si él hubiera conocido amorosamente a toda clase de mujeres.

De hecho, aunque le hubiera resultado bochornoso el contestarlo, no había conocido en tal sentido ninguna.

—Entonces —dijo Brian con repentino deje irónico— n-n-no necesitas pre-pre-preocuparte del lado ascético.

—Me contento sencillamente con *conocer* el camino de perfección —dijo Anthony sonriendo.

—Yo c-creo que además querrás ex-exp-experimentar-lo —dijo Brian después de una pausa.

—No vale la pena. Eso es lo malo de todas las actividades basadas en una unidad de propósito. Le cuestan a uno su libertad. Se encuentra uno arrinconado y prisionero.

—P-pero si quieres gozar de la ver-verdadera libertad tienes que aceptar la prisión. Es la con-condición esencial de la- de la libertad… de la ver-verdadera libertad.

—¡La verdadera libertad! —repitió Anthony, parodiando el tonillo de un predicador calvinista—. Esa manera de argumentar siempre me subyuga. Lo contrario de una cosa no es lo contrario. ¡Oh, no; de ninguna manera!; es la misma cosa, la misma cosa tal como es *verdaderamente*. Pregúntale a un reaccionario lo que es ser conservador; te responderá que es el verdadero socialismo. Coge el órgano periodístico de la sociedad de fabricantes de bebidas alcohólicas. Lo encontrarás lleno de artículos acerca de la belleza de la «verdadera templanza». Los abstemios resulta que no son más que personas dominadas por el grosero deseo de no beber; pero la *verdadera* templanza es algo muchísimo más refinado. La verdadera templanza es tomarse una botella de clarete en todas las comidas y tres *whiskies* después de cenar. Yo, personalmente, soy partidario de esta verdadera templanza, porque no me gusta la templanza. Pero me gusta la libertad. Y por eso no quiero tener nada que ver con la verdadera libertad.

—Lo q-q-que no quita pa-para que sea la v-v-verdadera libertad —insistió el otro obstinadamente.

—¿Qué es un nombre? —prosiguió Anthony—. La contestación es que lo es casi todo, si el nombre es bueno. Libertad es un nombre maravilloso. Por eso te muestras tan inclinado a hacer uso de él. Crees que, si llamas a la cárcel libertad verdadera, tentarás a algunas personas a entrar en la prisión. Y lo peor es que tienes razón. Para la mayor parte de la gente, el nombre tiene más importancia que la cosa en sí. El vulgo seguirá al hombre que repita más a menudo y con más fuerte voz el nombre. Y, además, no cabe duda que «Libertad verdadera» es un nombre más agradable que libertad a secas. «Verdad» es una de las palabras mágicas. Si la combinamos con la magia de la palabra «Libertad», el efecto es tremendo. —Hizo una pausa—. Es curioso —añadió en otro tono de voz, como si se tratase de un aparte— que no hable la gente acerca de la «Verdad verdadera». Supongo que es que suena demasiado extraño. Verdad verdadera, verdad verdadera —repitió como si experimentara con el sonido de las dos palabras—. No; evidentemente no puede ser. Es como decir «beri, beri» o «pita, pita». No se

puede tomar en serio. Si queremos que lo contrario de la verdad resulte aceptable, tenemos que llamarlo «Verdad espiritual», o «Verdad interna», o «Verdad suprema», o incluso…

—P-pero hace un m-mo-momento estabas di-ciendo que *hay* una verdad más alta. Un algo q-que s-solamente puede ser co-conocido m-m-místicamente. T-t-te estás contra-contradiciendo.

—Ése es uno de los privilegios de la libertad —dijo Anthony riéndose, y luego añadió más seriamente—; Además, existe esa diferencia entre conocer y experimentar. La verdad conocida no es la misma que la verdad experimentada. Debiera haber dos palabras.

—T-t-te las arreglas para escaparte de todo.

—No de *todo*, de todo no. Siempre quedarán ésos —dijo señalando a los libros—. El conocimiento. La prisión del conocimiento, porque naturalmente la sabiduría es una prisión. Pero siempre me encontrarás dispuesto a permanecer en esa cárcel.

—¿S-siempre?,

—¿Por qué no?

—Un lujo excesivo, yo di-diría.

—Todo lo contrario. Es un caso de despreciar los placeres y abrazarse a los días laboriosos.

—Q-q-que al mismo tiempo son de-deliciosos.

—¡Claro que sí! ¿Por qué no va a buscar uno el placer en el trabajo?

No es eso exactamente. U-uno no gusta de a-ap- ap-aprovecharse de sus p-p-privilegios.

—El mío bien pequeño es —dijo Anthony—. Unas seis horas a la semana —añadió, mencionando la renta que había heredado de su madre.

—Y t-todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—La suerte d-de -q-que te g-g-gusten estas cosas —e inclinándose rozó con los dedos los tomos en folio de Bayle—. Y t-tam-también tus dotes intelectuales.

—No puedo hacerme artificialmente estúpido —objetó Anthony—. Ni tú tampoco.

—N-n-no, p-p-pero p-p-podemos usar lo q-q-que tenemos para otras cosas

—Para cosas para las cuales no servimos —dijo Anthony sarcásticamente.

Brian no hizo caso del tono de las palabras escuchadas y continuó diciendo con aumentada pasión y sinceridad:

—C-c-como una espe-especie de acción de gracias. —¿Gracias? ¿Por qué?

P-p-por t-t-t-to-todo lo q-q-q-que nos ha sido dado. P-p-para empezar, el dinero. Y los cono-conocimientos, los gus-gustos, la c-c-capacidad para cr-cr-cr… —Quería decir «crear», pero no pudo lograrlo y tuvo que contentarse con decir—: …hacer co-cosas. El dedicarse al estudio, al arte. Es co-co-mo buscar la propia salva-salvación; p-p-pero hay también un-un reino de D-d-dios que espera ser conquistado.

—¿Por los Fabianos? —preguntó Anthony en tono de ingenuidad fingida.

—Entro otros, p-p-por los Fa-fabianos.

Callaron los dos durante medio minuto. Brian estaba preguntándose si se atrevería a decirlo, cuando, como si se hubiera roto un dique de pronto, sus vacilaciones desaparecieron arrastradas por un impulso irresistible.

—He decidido —dijo en voz alta, y el sentimiento que puso en sus palabras fue tan grande que se levantó de la silla sin darse cuenta de lo que hacía y comenzó a pasear por la habitación—, he decidido que c-c-continuaré estudiando filosofía, li-literatura e hist-historia hasta te-te- tener treinta años. Entonces habrá llegado el m-m-momen- to de hacer otra cosa. Algo más directo.

—¿Más directo? ¿En qué sentido?

—En el sentido de llegar hasta la gente. De ins-instaurar el reino de Dios.

La misma intensidad de su deseo de comunicar lo que sentía le dejó mudo.

Al escuchar las palabras de Brian, al mirar la cara ardiente y grave de su amigo, Anthony se sintió emocionado hasta el fondo de su ser; se sintió

emocionado, y por eso mismo se sintió obligado en cierta manera a reaccionar ante su propia emoción y ante la de su amigo con una burla.

—Lavándoles los pies a los pobres, por ejemplo, y secándoselos con tus cabellos. Lo encontrarás bastante difícil si te quedas calvo prematuramente.

Más tarde, cuando Brian se hubo ido, se sintió avergonzado de su burla innoble, y al mismo tiempo humillado por el automatismo irreflexivo con que había dado expresión a la chanza. Como esas ranas a quienes les ha sido cortada la espina dorsal, y que se estremecen cuando se les aplica una gota de ácido sobre la piel. Reflejos independientes del cerebro.

Soltó una palabrota en voz alta y volvió a coger su libro.

De nuevo se encontraba absorto en la lectura del *Camino de perfección*, cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta y una voz deliberadamente áspera en imitación de la de un sargento que da órdenes durante un desfile, le llamó por su nombre.

—¡Malditas escaleras! —dijo Gerry Watchett al entrar—. ¿Por qué diablos vives en este agujero repugnante?

Gerry tenía la piel rubia, facciones pequeñas y poco pronunciadas y pelo castaño dorado y ondulado. Era un muchacho agraciado, pero agraciado desagraciadamente, pues a pesar de su estatura y de su cuerpo vigoroso, tenía casi lindura de muchacha. Para quien le mirara descuidadamente, tenía un aire de frescura e inocencia *arcadiana*[23a], las cuates quedaban desmentidas o contradichas al hacerse el examen más detenido, por la insolencia de sus ojos azules, por la ligera sonrisa sarcástica y despreciativa que se dibujaba una y otra vez en su cara, y por la sorprendente bastedad de aquellas manos de dedos gruesos y uñas cortas.

Anthony le indicó una silla, pero el otro sacudió la cabeza.

—No, no puedo. He entrado un momento nada más para decirte que te espero a cenar esta noche.

—No puedo.

—¿Por qué no? —dijo Gerry con un gesto de mal humor.

—Tengo que ir a una reunión de los Fabianos.

—¿Y a eso llamas una razón para no venir a cenar conmigo?

—Como lo he prometido…

—Entonces te espero a las ocho.

—Pero…

—¡No seas estúpido! ¿Qué te importan los Fabianos? Una reunión de comadres.

—Pero, ¿qué razón voy a dar?

—Les dices cualquier mentira. Diles que has tenido mellizos esta tarde.

—Está bien —acabó Anthony por decir—. Iré.

—Os estoy sumamente agradecido por el honor que me dispensáis, señor. Si me hubieras dicho que no, te hubiera roto el pescuezo. Bueno, hasta luego. —Se detuvo en la puerta para decir—: Van a venir Bimbo Abinger, y Ted, y Willie Monmouth, y Scroope. También quise que viniera Gorchakov, pero el muy imbécil se me ha puesto enfermo en el último momento. Por eso he tenido que recurrir a ti —añadió en voz natural, lo que hizo que sus palabras resultasen más ofensivas que cualquier énfasis. Dio media vuelta y se fue.

Brian le había preguntado una vez, al surgir el nombre de Gerry durante una conversación, que si le gustaba. Y porque la pregunta despertó en su memoria algo poco placentero, Anthony había respondido, con desabrimiento innecesario, que naturalmente que le gustaba.

—¿A santo de qué crees que iba a ir con él si no me gustase? —preguntó a Brian entre irritado y receloso.

Brian no había contestado, y la pregunta lanzada al aire había vuelto contra el que la hizo exigiendo respuesta. ¿Por *qué* frecuentaba la compañía de Gerry? Pues la verdad era que no le gustaba el tal sujeto, que le había herido y humillado y estaba dispuesto a herirle y humillarle de nuevo en la primera ocasión que tuviera. Y sin provocación de ninguna clase, por divertirse, porque le divertía humillar a los demás, porque tenía un talento natural para causar dolor a los otros. Entonces, ¿por qué, por qué?

Anthony se vio obligado a confesarse que parte del secreto poco lisonjeador era su *snobismo*. La causa era absurda y ridícula, pero persistía el hecho no obstante de que hallaba gusto en tratar a Gerry y a sus amigos. El estar en relaciones de intimidad con estos jóvenes aristócratas y ricos, y al mismo tiempo el comprender que él era superior a ellos en inteligencia, en gustos y en juicio, y en todas las cosas que *verdaderamente* tenían importancia, resultábale satisfactorio para su vanidad.

Los jóvenes bárbaros que admitían su superioridad intelectual, esperaban que él pagase su admiración divirtiéndoles. Era su íntimo, verdad; pero era su íntimo como Voltaire fue íntimo de Federico el Grande o como Diderot lo fue de la emperatriz Catalina. El filósofo cortesano no resulta siempre fácil de distinguir del bufón real.

—¡Bien por el Profesor! —soba decir Gerry para celebrar cualquier frase feliz de Anthony, aplaudiendo verdaderamente el ingenio, pero también mostrándose patrocinador y ofensivo.

—¡A ver, otra copa para el Profesor! —decía otras veces, como si se tratase de un organillero italiano que tocase por las calles.

La punzada de las humillaciones recordadas fue tan aguda como el picotazo de un insecto. Anthony se levantó de la silla con violencia y comenzó a pasear por la habitación con gesto ceñudo.

Un *snob* de la clase media tolerado porque era divertido. El pensamiento le resultaba odioso y mortificante. Se preguntó que por qué lo soportaba, que por qué era tan necio. Y decidió escribir una nota a Gerry comunicándole que no podía asistir a la cena. Pero fue pasando el tiempo y la esquela seguía sin escribir. Pues, después de todo, pensaba, también la cosa tenía ventajas y llevaba anejas ciertas compensaciones. Una velada pasada con Gerry y sus amigos era exhilarante y educativa. Exhilarante y educativa no a causa de cualquier cosa que ellos pudieran decir o pensar, pues todos eran estúpidos y de ignorancia sin fondo; pero a causa de lo que eran, o de lo que las circunstancias habían hecho con ellos. Pues gracias a su dinero y a su posición social, podían vivir en una libertad que solamente le era conocida a Anthony por haber leído acerca de ello o por haberla imaginado. Para ellos, la mayor parte de las restricciones que siempre habían coartado la libertad de Anthony ni siquiera existían. Se tomaban de la manera más natural del mundo prerrogativas acerca de las cuales Anthony solamente podía teorizar, e incluso en el terreno de lo hipotético tenía que justificarlas con todos los recursos de una metafísica cuidadosamente pervertida, de una teología mística ingeniosamente adulterada. Aquellos bárbaros ignorantes, a causa tan sólo de sus circunstancias sociales y económicas, se conducían naturalmente como él no hubiera osado conducirse, ni siquiera después de leer todo lo que

Nietzsche había dicho acerca del superhombre y cuánto Casanova escribió sobre las mujeres. Tampoco precisaban estudiar a Patanjali o a Jacob Boehme para hallar excusas a sus intoxicaciones alcohólicas o sensuales, sino que se emborrachaban y se conducían amorosamente como si se encontraran en el Jardín del Paraíso. No se encaraban con la vida tímidamente y en medio de disculpas, como le ocurría a Anthony, ni soñando desde detrás de las barras de una reja, sino con la serena e insolente seguridad de quienes están convencidos de que Dios desea que se diviertan y de que ha decretado la aquiescencia sin excepción de su prójimo a todos sus deseos.

Es verdad que también ellos estaban en cierta manera atados por sus prejuicios; también ellos se mostraban algunas veces tan dispuestos, como el pobre Brian a encerrarse en sí mismos en la prisión de un código convencional. Pero tanto el código como los prejuicios eran peculiares a la casta a que pertenecían, y por lo tanto, Anthony no podía encontrarlos dotados de autoridad inexcusable. El ejemplo de aquellos mozos le libraba de las cadenas que su educación había acumulado sobre él, pero era impotente para atarle con aquellas otras cadenas que ellos arrastraban durante toda la vida. Así, cuando estaba en su compañía, se sentía libre del poder coactivo de lo que se consideraba respetable, del miedo paralizador a la opinión ajena, y las máximas inhibitorias de la prudencia de la clase media se desvanecían como por encanto; pero cuando Bimbo Abinger se negaba indignado a escuchar el consejo de que vendieran la inmensa y monstruosa casa vieja que le comía las tres cuartas partes de sus rentas, cuando Scroope se quejaba de que tendría que presentarse diputado antes de heredar el título, Anthony únicamente experimentaba el asombro divertido de un explorador que observa los bailes religiosos de una tribu de salvajes. Un ser racional no permite ser convertido al culto de un ídolo africano; pero no se niega algunas veces a adoptar ciertas costumbres, siquiera sea de manera temporal, de los indígenas. El culto del ídolo significa la aceptación de ciertas prohibiciones; la adopción de las costumbres indígenas significa la libertad. «La Verdadera Libertad». Anthony se sonrió. Su buen humor y su ecuanimidad habían renacido. Un *snob*, un *snob* de la clase media. Indudablemente. Pero había razones para su *snobismo*, y estaba justificado.

Y si aquellos aristocráticos mozos bárbaros tendían a considerarle como una especie de bufón distinguido, tal era el precio que tenía que pagar por el regalo de la libertad que le hacían. Para asociarse con los Fabianos no tenía que pagar precio alguno, pero qué poco tenían que ofrecerle. Las doctrinas socialistas pudieran liberar el intelecto teóricamente en cierta medida; mas el ejemplo de los jóvenes bárbaros era una liberación en el terreno de lo práctico.

Lo siento verdaderamente —garrapateó en un papel, para mandar luego la nota a Brian—. *Me acabo de acordar que estoy comprometido para cenar esta noche. Comprometido era una de las palabras de su padre, una palabra que le resultaba detestable por encontrarla afectada, y la cual le había venido espontáneamente a la pluma al escribir la mentira. «¡Ay de mí!» (y también ésta era una locución acostumbrada de su padre), no podré escuchar tu conferencia sobre el pecado. Me gustaría encontrar la manera de excusarme, pero no veo la manera de hacerlo.*

Tuyo,

A.

Para cuando trajeron la fruta todos los comensales estaban bastante borrachos. Gerry estaba contándole a Scroope su aventura con la baronesa alemana que había conocido en el barco, camino de Egipto. Abinger, aunque carente de auditorio, estaba recitando cortas poesías festivas y licenciosas: *La Muchacha de Wick, el Viejo de Devizes, el Joven llamado Maclean…*, todo un diccionario biográfico nacional. Ted y Willie discutían acaloradamente acerca de las cacerías de perdices. El único de los presentes que se callaba era Anthony. El hablar hubiera puesto en peligro la delicada felicidad de que estaba gozando. Aquella última copa de champaña le había trasladado a un mundo nuevo, extraordinariamente bello, precioso y significativo. Las manzanas y las naranjas amontonadas en el frutero de plata eran gemas enormes. A la luz de las velas, las copas en lugar de vino contenían un gran berilo amarillo, sólido y transparente. Las rosas tenían el matizado aspecto de la seda y la rutilante belleza y concreción de forma del

metal o del vidrio. Incluso los sonidos estaban helados y eran cristalinos. Los versos picarescos que aludían a la Muchacha de Kiew resultaban equivaler en sus oídos a un trozo de jade esculpido, y aquella discusión tan violenta como inútil acerca de las perdices se asemejaba a una cascada en el rigor del invierno. *Le transparent glacier des vols qui n'ont pas fui*[24] pensó con placer aumentado. Todo tenía un brillo y una claridad supernaturales, y al mismo tiempo todo era remotísimo y carecía de significado. Las caras que se veían alrededor de la mesa, destacándose iluminadas contra la penumbra del resto del comedor, pudieran ser «cosas» vistas a través de una gruesa luna de cristal en un acuario iluminado. Y el acuario, de alguna manera misteriosa, no solamente estaba allí para ser visto, sino también dentro de él mismo, dentro del observador. Al mirar a través del límpido cristal aquellas flores acuáticas y aquellas gemas submarinas, él también se convertía en pez, pero en un pez genial, en un pez que también era dios. Ichthus: *Iesos Christos theou huios soter*. Su divina alma de pez colgaba allí, suspendida en el elemento extraño, mirando, mirando a través de ojos inmensos que todo lo percibían, que todo lo entendían, pero no participaban en nada de lo que observaban. Incluso sus propias manos que descansaban sobre la mesa delante de él, habían dejado de ser *suyas* en todo sentido verdadero. Desde la soledad de su pecera las miraba con la misma admiración despegada y feliz que le hacían sentir frutas y flores, o aquellos otros trozos transfigurados de vida muerta que eran las caras de sus amigos. ¡Manos bellísimas! ¡Qué maravillosamente pensadas para la ejecución de sus funciones innumerables!, apuntar las escopetas de dos cañones hacia las aves voladoras, acariciar baronesas alemanas en los barcos, ejecutar escalas imaginarias sobre el mantel, y así sucesivamente. Contempló con delicia los movimientos de sus dedos, el suave juego de los tendones debajo de la piel. ¡Manos exquisitas!, pero que no formaban parte verdadera de él mismo, de su alma de pez esencial en aquel acuario no temporal, como tampoco las manos de Abinger que pelaban un plátano, o las de Scroope, que encendían un cigarro puro, tenían nada que ver con él. No soy mi cuerpo, no soy mis sensaciones, ni siquiera soy mi mente. Soy el que soy. *Om*[25] el que *om*. OM, la palabra sagrada

que Le representa. Dios no está limitado por el tiempo. Pues el Uno no está ausente de nada, y sin embargo de todo está separado.

—¡Oye, Profesor!

Sintió que le daba en la mejilla una cáscara de naranja. Alzó la vista y miró.

—¿En qué diablos estás pensando? —le preguntó Gerry con aquella voz raspante que le gustaba superponer a la suya como una máscara horrenda.

Las aguas momentáneamente removidas del acuario, volvieron a quedar inmóviles. De nuevo un pez, un Pez divino y feliz de manera remota. Anthony le sonrió con indulgencia serena.

—Estaba pensando en Plotinio —respondió.

—¿Por qué en Plotino[26] el que *om*?

—Qué ¿por qué en Plotino? Pero… es evidente, señor mío. La Ciencia es la razón, y la razón es plural. —El pez había encontrado su lengua; la elocuencia fluía desde el acuario a torrentes y sin esfuerzo—. Pero si uno por casualidad se encuentra en estado de ánimo particularmente *implural*, entonces, ¿en qué va uno a pensar sino en Plotino? A no ser que prefiráis a Dionisio el Falso[27], o a Eckhart[28], o Santa Teresa. El vuelo del solitario hasta la soledad. Incluso Santo Tomás se ve obligado a admitir que no hay mente capaz de contemplar la Divina sustancia a no ser que se divorcie de los sentimientos corporales, ya sea gracias a la muerte o a algún éxtasis. A algún éxtasis, repito. Pero éxtasis siempre es un éxtasis, sea debido a lo que sea debido, al champaña, a decir OM, a mirarse la nariz, a hacer el amor (preferiblemente en un trasatlántico, Gerry). ¿Qué dicen las olas? ¡Deliquio, éxtasis! Lo están aullando. Hasta que, no lo olvides, hasta que la respiración corpórea, e incluso el movimiento de nuestra sangre humana quedan suspensos, y quedamos dormidos físicamente, y nos convertimos en un alma viva mientras que con ojo sereno…

—Había un muchacho en Birmania —comenzó a declamar repentinamente Abinger.

—Sereno gracias al poder de la armonía —continuó Anthony hablando más recio.

Abinger recitó la segunda línea del verso que hablaba de las razones que para murmurar de su prometido tenía la novia del muchacho de Birmania.

—Y el profundo poder de la alegría —vociferó Anthony—, vemos… —Abinger desarrolló el cuarto y quinto verso que explicaban como las quejas de la novia, una vez casados, desaparecieron gracias al cambio de conducta del muchacho que había en Birmania.

—Advertimos la vida de las cosas. La vida de las cosas, os digo. ¡La vida de las cosas! ¡Al diablo los Fabianos!

Anthony volvió a su alojamiento como a las doce menos cuarto, y al entrar en su cuarto de estar, le sorprendió desagradablemente ver que alguien se levantaba de una silla con la impaciencia violenta de un muñeco que salta de una caja de sorpresa.

—¡Qué susto…!

—¡Al fin! —dijo Staithes. Su cara de facciones acusadas tenía una expresión de impaciencia mal humorada—. Llevo más de una hora esperándote. —Luego añadió con desprecio—: Estás borracho.

—Cualquiera diría que tú no lo has estado nunca. Me acuerdo…

—También yo me acuerdo —le interrumpió Staithes—. Eso fue el primer año. Ahora tengo algo mejor que hacer.

En su primer año, cuando creyó necesario demostrar que era más hombre, más ruidoso y más bebedor que el que más.

—Eso crees tú —dijo Anthony.

—Tengo unos siete minutos —dijo Staithes mirando el reloj—. ¿Estás lo bastante sereno para escucharme?

Anthony se sentó con dignidad y en silencio.

Bajo de estatura, pero ancho de hombros y fuerte, Staithes permaneció de pie sobre él casi amenazadoramente.

—Se trata de Brian.

—¿De Brian? —preguntó Anthony, y luego añadió con una sonrisa de comprensión—: Eso me recuerda que tengo que felicitarte por ser nuestro futuro presidente.

—¡Estúpido! —dijo Staithes airadamente—. ¿Te crees que iba yo a aceptar limosnas? Cuando él retiró su candidatura, yo también retiré la mía.

—¿Y has dejado que ese pelma de Mumby salga elegido?

—¿Qué diablos me importa a mí Mumby?

—¿Qué nos importa a ninguno de nosotros, ninguno de los demás? —dijo Anthony sentenciosamente—. Nada, nada en absoluto, afortunadamente.

—¿Qué quieres decir insultándome de esa manera? —¿Quién? ¿El desgraciado de Mumby?

—No; Brian.

—Brian creyó que así te haría un favor.

—No me interesan sus favores. ¿Por qué no se puede conducir normalmente y como es debido?

—Porque le place conducirse como un cristiano.

—Bueno, pues dile de mi parte que haga el favor de mostrarse cristiano con otros en lo sucesivo. A mí que me deje en paz con sus bondades.

—Por lo visto, lo que quieres es otro gallo con quien pelear. ¿No es eso?

—¿Qué quieres decir?

—Que, si no, no te divierte estar en lo alto del montón de estiércol. Mientras que Brian tiene la teoría de que todos seamos alegres capones bien avenidos. Está bien. En cuanto a lo que se refiere a los estercoleros, opino como Brian. Ya no estoy tan conforme con él si se trata de cuestión de gallinas.

Staithes volvió a mirar su reloj.

—Tengo que irme.

Cuando ya estaba en la puerta se volvió y añadió:'

—No olvides decirle lo que te he dicho yo. Brian me es simpático y no quiero pelearme con él. Pero si trata otra vez de mostrarse caritativo y cristiano…

—El pobre chico perderá para siempre tu estima —concluyó Anthony.

—¡Bufón! —dijo Staithes, y cerrando la puerta violentamente echó escaleras abajo.

Ya solo, Anthony tomó el quinto tomo del *Diccionario Histórico* y empezó a leer lo que Bayle tenía que decir acerca de Spinoza[29].

OceanofPDF.com

XI

8 DE DICIEMBRE DE 1926

CONDAR *intra meum latus*. ¡Es el único lugar de refugio que nos queda!

Anthony sacó la hoja de papel de su máquina de escribir, la colocó con las demás que tenía delante de sí sobre la mesa, las unió todas con una grapa, y comenzó a leer lo que había escrito. El capítulo XI de sus Elementos de Sociología trataría del Individuo y sus conceptos acerca de la Personalidad. Se había pasado el día anotando sin método unos cuantos pensamientos preliminares.

«*Cogito ergo sum*[30]» leyó. Pero ¿por qué no *caco ergo sum? Eructo ergo sum* o, incurriendo en silepsis, ¿por qué no *fatuo ergo sumus*? Torpes preguntas. Pero ¿qué es la personalidad?

«Mac Taggart conoce su personalidad por percepción directa; otros por descripción. Hume y Bradley no conocen las suyas en absoluto, ni creen que existan. Todo esto tiene tanta utilidad como contarle a un diablo calvo los pelos imaginarios. Lo que realmente tiene importancia es que "Personalidad" es una palabra común de significado generalmente aceptado».

«¿De qué habla la gente cuando discute mi personalidad?». No del *Homo cacans*[31], ni del *homo eructans*[32] y ni siquiera, exacto de manera muy superficial, del *homo futuens*[33]. No, hablan acerca del *homo sentiens*[34] (absurdo latín) y del *homo cogitans*[35]. Y cuando yo hablo en público acerca de «mí mismo» hablo de los dos *homines*. Mi

«Personalidad», en el actual sentido convencional de la palabra, es lo que yo pienso y siento, o más bien lo que reconozco que pienso y siento. *Caco, eructo, fatuo*, yo nunca reconozco que la primera persona del singular de tales verbos se refiera a *mí*. Únicamente cuando por cualquier razón afectan palpablemente mis sentimientos y pensamientos es cuando los a procesos que representan quedan dentro de los límites de mi «personalidad». (Esta censura consigue convertir en cosa a sin sentido a toda la literatura. Las obras dramáticas y las novelas no son verdaderas).

«Así, lo personal» es lo laudable, o mejor dicho, lo que es laudable en potencia, pero no lo que está sin diferenciar moralmente".

«También es lo duradero. Las experiencias muy breves son todavía menos perdonables que lo censurable o que las experiencias meramente vegetativas. Únicamente se hacen perdonables cuando están ayudadas por la memoria».

«Si analizamos la materia, vemos que está compuesta de espacios vacíos y de cargas eléctricas. Tomemos una mujer y un palanganero. Son de especie diferente. Pero las cargas eléctricas componentes de ambos son de clase similar. Y aún más extraño, cada una de estas cargas eléctricas componentes difiere en cuanto a su especie de la mujer o del palanganero considerados como todos. Los cambios cuantitativos, si son suficientemente grandes, llevan consigo cambios cualitativos. Ahora bien, las experiencias humanas son análogas a la materia. Si las analizamos, nos encontramos confortados por una serie de átomos psicológicos. Una elevada cantidad de estos átomos constituyen una experiencia normal, y una selección de experiencias normales constituyen la "personalidad". Cada átomo individual es distinto de la experiencia normal y todavía más diferente de la personalidad. Por el contrario, cada átomo en una experiencia dada se asemeja al átomo correspondiente de otra. Considerando microscópicamente, el cuerpo de una mujer es como palanganero, y la experiencia de Napoleón es exactamente igual que la de Wellington».

«¿Por qué imaginamos que existe la materia sólida? Debido a la naturaleza rudimentaria de nuestros órganos sensorios. Y ¿por qué imaginamos que tenemos experiencias y personalidades coherentes? Porque nuestra mente trabaja despacio y tiene muy débiles poderes analíticos.

Nuestro mundo y los que vivimos en él son creación de la estupidez y la vista defectuosa».

«No obstante, en estos últimos tiempos la calidad del pensamiento y de la vista han mejorado. Tenemos instrumentos que nos muestran la materia reducida a muy pequeñas partes, y una técnica matemática que nos permite pensar en partes todavía más pequeñas».

«Los psicólogos no tienen instrumentos nuevos, sino únicamente nuevas técnicas de pensar. Todas sus invenciones son puramente mentales, técnicas de análisis, de observación, hipótesis de trabajo. Gracias a los novelistas y a los psicólogos profesionales podemos pensar acerca de nuestra experiencia en términos de átomos y de instantes, y no sólo en términos de trozos y de horas. Antes, únicamente los hombres de genio podían ser psicólogos tolerables. Comparemos la psicología de Chaucer con la de Gower, o incluso con la de Boccaccio. Compárese la de Shakespeare con la de Ben Johnson. La diferencia no es solamente de calidad, sino también de cantidad. Los hombres de genio sabían *más* que sus contemporáneos meramente inteligentes».

«Hoy hay un conjunto de conocimientos, una técnica, una hipótesis de trabajo. La cantidad de cosas que un hombre sencillamente inteligente puede conocer es enorme, muy superior a las que puede llegar a conocer un genio que emplee exclusivamente la intuición».

«¿Les supuso una desventaja a los Gower y los Jonson su ignorancia? En absoluto. Su ignorancia era la sabiduría normal de sus tiempos. Unos cuantos monstruos intuitivos quizá conocieran más que ellos, pero la mayoría sabía todavía menos».

«Y aquí una digresión, que, sociológicamente hablando, es más importante que el tema del cual se aparta. La personalidad está sujeta a la moda. Modas que varían temporalmente como el miriñaque y la falda atada a los tobillos, y modas que varían en espacio, como los taparrabos de la Costa de Oro y los chaqués de la Bolsa londinense. En las sociedades primitivas, todos usan, y desean usar, la misma personalidad. Pero cada sociedad tiene un vestido psicológico diferente. Entre los pieles rojas de la costa del Noroeste del Pacífico, la personalidad ideal era el egotista ligeramente loco que competía con sus rivales en el plano del dinero y del

consumo conspicuo. Entre los indios de las llanuras, era la del egotista que compite con los demás en la esfera de las hazañas guerreras. Entre los indios de Pueblo, la personalidad ideal no era ni la de un egotista, ni la de un consumidor conspicuo, ni la del guerrero, sino la del hombre perfectamente gregario que se esfuerza insensatamente para no distinguirse, que conoce los ritos y los gestos tradicionales y trata de ser exactamente igual que todos los demás».

«Las sociedades europeas son grandes y racial, económica y profesionalmente heterogéneas; por lo tanto, la ortodoxia es difícil de imponer y hay varios ideales contemporáneos de personalidad. (Notemos que fascistas y comunistas están tratando de crear un único ideal aceptable; en otras palabras, están tratando de lograr que los europeos industrializados se conduzcan como los salvajes del centro de África, o los esquimales. Estos esfuerzos están condenados de antemano al fracaso, pero, en tanto, fascistas y comunistas tendrán ocasión de divertirse atormentando a los herejes)».

«¿Cuáles modas imperan en nuestro mundo? Tenemos, naturalmente, las modas corrientes de carácter comercial, suministradas por las modestas costureras "de la esquina". Mas luego tenemos la *haute couture. Ravissante personalité d'intérieur de chez Proust. Maison Nietzsche et Kipling; personalité de sport. Personalité de nuit, création de Lawrence. Personalité de bain, par Joyce*[36]. Es interesante observar que de todas éstas la *personalité de sport* es la única que realmente cuenta como personalidad en el sentido aceptado de la palabra. Las otras son en mayor o menor grado impersonales, porque son, en mayor o menor grado atómicas. Y esto nos lleva otra vez a Shakespeare y Ben Jonson. | Un pragmatista tendría que decir que la psicología de Jonson es más "verdad" que la de Shakespeare. La mayor parte de sus contemporáneos, es un hecho que se percibieron a sí mismos y fueron percibidos como Humores. Hizo falta que viniera Shakespeare para que comprendiera lo mucho que quedaba fuera de los límites del Humor y detrás de la máscara convencional. Pero Shakespeare era una minoría de uno, o de dos si colocamos junto a él a Montaigne. Los Humores "funcionaban"; las personalidades complejas y parcialmente atomizadas de Shakespeare no funcionaban».

«En el cuento de la Ropa Nueva del Emperador el niño advierte que el gran hombre está desnudo. Shakespeare invirtió el proceso. Sus contemporáneos creían ser Hombres desnudos; él vio que estaban cubiertos por todo un armario ropero de trajes de máscara psicológicos».

«Tomemos a Hamlet. Hamlet vivía en un mundo cuyo mejor psicólogo era Polonio. Si él hubiera sabido tan poco como Polonio se hubiese sentido feliz. Pero sabía demasiado; y en esto consiste su tragedia. Léase su parábola de los instrumentos músicos. Polonio y los demás consideraban axiomático que el hombre es un pito de un penique, provisto solamente de media docena de registros. Hamlet sabía que, por lo menos en potencia, él era toda una orquesta sinfónica».

«Ya loca, Ofelia revela el secreto. "Sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser". Polonio sabe muy claramente lo que él y otras personas *son*, dentro de las convenciones imperantes. Hamlet sabe esto, pero también sabe lo que pueden ser prescindiendo del sistema en vigor de máscaras y humores».

«¡Ser el único hombre de su época que supo lo que las gentes pueden ser, además de lo que convencionalmente son! Shakespeare tiene que haber pasado muy malos ratos».

«Le correspondió a Blake racionalizar el atomismo psicológico para convertirlo en sistema de filosofía. El hombre, según Blake, y más tarde según Proust y también según Lawrence, es sencillamente una sucesión de estados. Es el final de la personalidad en el antiguo sentido de la palabra. (Entre paréntesis, puesto que esto queda fuera de los dominios de la sociología: ¿Es esto el comienzo de una nueva clase de personalidad? La del hombre total, sin tachaduras, sin selecciones, sin canalizar, para cambiar la metáfora, a lo largo de ninguna alcantarilla particular de *Weltanschauung*[36a], del hombre, en pocas palabras, que es de hecho lo que puede ser. Tal hombre es la antítesis de cualquiera de las variantes del hombre cristiano fundamental de nuestra historia. Y sin embargo, en cierto sentido, también es la realización de aquella personalidad ideal concebida por Jesús en el Evangelio. Igual que la personalidad ideal de Jesús, el hombre total, sin expurgar, sin canalizar 1) no es farisaico, es decir, no está interesado en las convenciones ni en la posición social, ni hinchado de

orgullo por ser mejor de los demás; 2) es sencillo, al aceptarse a sí mismo, al negarse a exaltarse por encima de su naturaleza humana; 3) es pobre de espíritu, puesto que "él" (su ego) no exige nada y se contenta con lo que una personalidad del tipo antiguo juzgaría miseria psicológica y filosófica; 4) es como un niño, en su aceptación del dato inmediato de la experiencia por el propio dato, y al negarse a pensar en el mañana, a su disposición de que los muertos entierren a sus muertos; 5) no es ni hipócrita ni mentiroso, ya que no hay modelo fijo al cual los individuos deban pretender asemejarse)».

«Pregunta: ¿Existió realmente la personalidad antigua? En el año *m* los hombres sienten *x* en el contexto *z*. En el año *n* sienten la misma *x* en un contexto completamente diferente, *p*. Pero *x* es una emoción mayor de significado vital para la personalidad. Y sin embargo, *x* es experimentado en contextos que cambian con las convenciones de la moda. "Antes la muerte que el deshonor". Pero el honor es como las faldas femeninas. Se ha llevado largo, se ha llevado corto, se ha llevado amplio, estrecho, con falda bajera, sin pantalones. Hasta 1750, se esperaba del hombre que se sintiera mortalmente deshonrado, y de hecho así se sentía, si veía a un hombre pellizcar en una nalga a su hermana. Era tan intensa su indignación que no había más remedio que procurar matar al ofensor. Hoy, el honor ha emigrado de las partes carnosas de la anatomía de nuestras parientes femeninas, y se asienta en otros lugares. Y así, indefinidamente».

«De manera que ¿qué *es* la personalidad? ¿Qué *no* es la personalidad?».

«*No* es el total de nuestra experiencia. *No* es el átomo o el instante psicológico. *No* es las impresiones sensibles como tales, ni la vida vegetativa como tal».

«*Es* la experiencia en trozos grandes y por horas. *Es* los sentimientos y el pensamiento».

«Y ¿quién hace esta selección de la experiencia total y sobre qué base? Algunas veces la hacemos *nosotros*, sea quien sea *nosotros*. Pero otras veces, con igual frecuencia, la hacen en lugar nuestro la insapiencia colectiva de una clase, o de toda la sociedad. En gran medida, la "personalidad" no es de nuestra propiedad particular».

«Este hecho se aprecia hoy de manera vaga, pero cada vez más amplia. Simultáneamente, cada vez aumenta más el número de los que hacen uso de las técnicas modernas para verse a sí mismos y ver a los demás microscópicamente e instantáneamente, además de en trozos grandes y por horas. Además, al poseer una hipótesis de trabajo acerca de la subconsciencia, cada día son más los que se dan cuenta de sus motivos secretos, y de esta manera perciben el muy importante papel que desempeñan en su vida los elementos no apreciados y vegetativos de la experiencia. ¿Con qué resultados? Que el antiguo concepto de la personalidad ha comenzado a desmoronarse. Y no solamente el concepto, sino también el hecho. Las "personalidades fuertes" y hasta las "personalidades definidas" se están haciendo menos corrientes. Los fascistas tienen que hacer grandes esfuerzos para fabricarlas deliberadamente, mediante procesos educativos adecuados. Una educación que es una simplificación, un escamoteo que presupone la supresión del conocimiento psicológico y la inculcación del respeto por la ignorancia psicológica. Odiosa política, pero sospecho que inevitable, y desde el punto de vista sociológico acertada. Pues nuestra agudeza psicológica es muy probablemente dañosa para la sociedad. La sociedad necesita Humores sencillos a lo Johnson, y de ningún modo colecciones amorfas de estados semiconscientes. Lo cual es un ejemplo más de lo perjudicial que pueda ser demasiada sabiduría y una técnica científica exagerada».

«Una vez más, Hamlet arroja luz. Polonio es una persona de manera mucho más evidente y definida que el príncipe. Tanto, que la personalidad de Hamlet es tan indefinida que los críticos han dedicado miles de páginas a la discusión de dicha personalidad, pues sabía demasiado para tenerla. Tenía conciencia de su experiencia total, átomo a átomo e instante a instante, y no aceptaba ningún principio que le sirviera de guía para escoger un grupo de átomos ordenados que representaran su personalidad y no otra. Para él mismo y para los más, no era más que una sucesión de estados más o menos incongruentes. De ahí, la perplejidad experimentada en Elsinore y la que han experimentado los críticos desde entonces. Honor, Prejuicio, Amor…, todos los artilugios de la escenografía que coadyuvan a presentar de manera verosímil la personalidad corriente, en el caso de Hamlet no pueden

utilizarse. Hamlet es su propio termita, y desde la torre en que se hallaba, a fuerza de comer ha acabado por encontrarse sobre un montón de serrín. Tan sólo una cosa impide a Polonio y a los demás darse cuenta inmediata del hecho: sea cual sea el estado de su mente, el cuerpo de Hamlet permanece aún intacto, inatomizado, macroscópicamente presente a los sentidos. Y, después de todo, quizá sea ésa la razón verdadera de que creamos en la personalidad: la existencia y la persistencia de los cuerpos. Y tal vez, haya la realidad que haya en la noción de continuidad individual y coherente, dicha realidad sea una función de la persistencia física. "¡Qué pelo, qué tipo tiene! Tiene una personalidad *encantadora*». Cuando oí eso en el autobús de la Quinta Avenida, me hizo reír. Cuando lo probable es que debí escuchar las palabras como si las pronunciara Spinoza. Pues ¿qué es lo más personal de un ser humano? No su mente, sino su cuerpo. Un Hearst, un pueden influir sobre mis sentimientos y coaccionar mis opiniones. Pero ninguna propaganda logrará que mi digestión o mi metabolismo se identifique con los suyos. *Cogito, ergo Rothermere est.* Pero *caco, ergo sum*".

«Y de ahí viene, sospecho, esa insistencia que se ha observado durante los últimos años en defender los derechos del cuerpo. De los Boy Scout a los efebos de moda, y de Elizabeth Arden a D. H Lawrence (uno de los más poderosos destructores de la personalidad que ha habido, por cierto. En sus obras no hay "caracteres"). Siempre y en todas partes, el cuerpo. Ahora bien, el cuerpo tiene un mérito enorme, está *ahí* de manera indudable. Mientras que la personalidad, como estructura mental, puede estar en pedacitos, roída como la torre de Hamlet hasta quedar convertida en un montón de serrín. Hoy día, solamente los que son bastante estúpidos y los que carecen de sensibilidad, tienen personalidades fuertes y acusadas. Solamente los bárbaros entre nosotros "saben lo que son". Los civilizados tienen conciencia de lo que "pueden ser", y, por lo tanto, son incapaces de saber, práctica o socialmente, lo que son. Han olvidado el arte de elegir una personalidad del total de su experiencia atómica. En medio de tan movedizas tierras, de estos lugares en mudanza perpetua, se alza el cuerpo con la firmeza roqueña de una montaña simbólica».

Jesu, pro me perforatus,
Condar intra tuum latus[37].

«Incluso la fe anhela hallar cavernas templadas de carne perforada. ¡Cuánto más angustiadas han de ser las necesidades de un escepticismo que ha dejado de creer hasta en su propia personalidad! *Condar intra* meum latus!».

Anthony dejó sobre la mesa el *rimero* de cuartillas mecanografiadas, e inclinándose hacia atrás se balanceó precariamente sobre dos patas de la silla. No estaba mal, pensaba. Pero existían omisiones evidentes y generalizaciones imposibles de justificar. Había escrito del mundo en general como si el mundo en general fuera igual que él, impulsado, claro está, por sus deseos de que lo fuera. Pues entonces, ¡qué sencillo sería! ¡Y qué agradable! Cada hombre una sucesión de estados encerrados en la carne de su propio costado. Y si fuera menester algún otro principio de coherencia, siempre había algún interés intelectual, absorbente y subyugador, como por ejemplo, la Sociología, para suplementar el cuerpo persistente. *Condar intra meum laborem*[38]. En vez de lo cual… Suspiró. A pesar de *Hamlet*, a pesar de los *Libros de Profecías*, de *Du cote de chez Swann* y de *Mujeres Enamoradas*, el mundo seguía estando lleno de Humores Jonsonianos. Lleno de malvados de melodrama, de los no menos lamentables héroes de las películas, lleno de Poincaré[39], de Mussolini y Northcliffe[40], lleno de enredadores ambiciosos y avarientos de todas las clases y categorías.

Se le ocurrió una idea, dejó que la silla quedara apoyada de nuevo sobre sus cuatro patas y cogió la pluma estilográfica:

Postrera flaqueza de mente noble, la fuente primaria, quizá la única del pecado. Mente egregia, mente maligna. Árbol conocido por su fruto. ¿Qué frutos anhelan los ambiciosos, los que buscan la fama? Entre otros: guerra, nacionalismo, competencia económica, esnobismo, lucha de clases, lucha de razas. Camus tiene razón al hablar de la necedad de Satanás al tentar a un ser practicador de «ahimsa[41]*», por definición, con fama, poder, ambición, cosas cuyos frutos inevitables son violencia,*

coacción. Comparado con buscadores de fama, sensualidad pura casi no es dañina. Si Freud tiene razón y sexo supremo, debiéramos vivir casi en el Paraíso. Desgraciadamente, tiene razón sólo a medias. Adler[42] *también tiene razón a medias. «Hinc illae lac*[43]*».*

Miró su reloj. Las siete y veinte, y tenía que estar en Kensington a las ocho. En el baño se preguntó cómo se desarrollaría la velada. Ya hacía doce años que se había peleado con Mary Amberley. Doce años durante los cuales únicamente la había visto de lejos, en algunas exposiciones de pintura un par de veces, y en la sala de un amigo común. «Ni siquiera deseo volver a hablarte nunca», le había escrito él en su última carta. Sin embargo, cuando unos días antes la invitación reconciliatoria de Mary había aparecido inesperadamente entre el resto de las cartas que le aguardaban sobre la mesa aprestada para el desayuno, la había aceptado inmediatamente, y la había aceptado en el mismo tono que pudo apreciar en la invitación, con naturalidad, como si nada de insólito tuviera y sin hacer referencia explícita alguna al pasado, excepto aquel «Sí, ya hace mucho tiempo que no he cenado en el número 17». Después de todo, ¿por qué no? ¿Qué sentido tenía hacer las cosas definitiva e irrevocablemente? ¿Qué derecho tenía el hombre de 1914 para determinar la conducta del hombre de 1926? El hombre de 1914 había sido una encarnación de la ira, de la vergüenza, de la aflicción, de la perplejidad. Hoy su estado de ánimo era de alegre serenidad entreverada, en cuanto a lo que se refería a Mary, con curiosidad manifiesta. ¿Qué clase de mujer sería ahora, a los cuarenta y tres años, si no erraban sus cálculos? ¿Era Mary tan divertida realmente como sus recuerdos le decían? ¿O fue su admiración solamente uno de los frutos, absurdos y deliciosos, de su inexperiencia juvenil? ¿Resultaría el cisne ser un vulgar pato? ¿O sería todavía un cisne ligeramente implume (¡pobre Mary!) a causa de los años? Bajó apresuradamente las escaleras y salió a la calle todavía haciéndose preguntas.

OceanofPDF.com

XII

30 DE AGOSTO DE 1933

UN rumor suave acarició los bordes semiconscientes de su torpor mental, ganó en potencia, remendando el ruido de un caracol marino que es acercado lentamente al oído atento y acabó por convertirse en estrépito brutal que insistía con osadía creciente en ser advertido. Anthony abrió sus ojos durante el tiempo preciso para ver que el aeroplano volaba casi exactamente por encima de ellos y volvió a cerrarlos deslumbrado por la intensidad azul del cielo.

¡Malditos artefactos! —dijo, y luego añadió con una risa—. Desde allí arriba nos podrán contemplar perfectamente a vista de Dios.

Helen no respondió, pero sonrió sin abrir los ojos. Imaginó a un personaje olímpico que los contemplara desde la altura con ojos saltones y gesto de curiosidad malévola y condenatoria. La idea del visitante celestial resultaba irresistiblemente cómica.

—David y Betsabé —continuó—. Desgraciadamente, a cien millas por hora…

Un inexplicable gañido agudo puntuó el estrépito de la máquina. Abrió nuevamente los ojos Anthony a tiempo para ver un bulto oscuro que caía velocísimo hacia ellos. Dejó escapar un grito, e hizo un movimiento rápido y automático para protegerse la cara. El objeto cayó con ruido violento pero sordo, de pella, sobre la azotea como a una o dos yardas del lugar en que estaban echados. Las gotas de un líquido templado los salpicaron con violencia sobre la piel, y luego, cuando la brisa sopló súbitamente del

Oeste, se helaron las gotas sobre la epidermis inesperadamente. Guardaron silencio durante un segundo interminable.

—¡Qué barbaridad! —dijo Anthony, por fin, en voz baja.

Estaban los dos salpicados de sangre de los pies a la cabeza. A sus pies, sobre un charco rojo, vieron el cadáver casi informe de un foxterrier. El vehemente rugido del aeroplano que se alejaba ya no era más que un zumbido ronco, y el oído volvió a advertir el chirrido áspero de las cigarras.

Anthony respiró profundamente y haciendo un esfuerzo consiguió reír de una manera muy poco convincente.

—Ahí tienes otra razón para no sentir amor hacia los perros.

Se levantó, y con la cara fruncida por el asco, se miró el cuerpo salpicado de sangre.

—¿Vamos a bañarnos? —preguntó volviéndose hacia Helen.

Permanecía inmóvil, sentada, mirando con los ojos muy abiertos los despojos horriblemente destrozados del animal. Estaba muy pálida, y una salpicadura de sangre había dejado en su rostro una larga raya roja que iba diagonalmente desde la parte derecha de la barbilla para acabar debajo del ojo izquierdo luego de atravesarle la boca.

—Te pareces a lady Macbeth —dijo él, esforzándose de nuevo a tomar la cosa en broma—. *Allons* —añadió, tocándola en el hombro—. «Bórrate, oh, mancha vil». Se me está secando esta porquería encima. Parece *sindeticón*[44].

Helen se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar por toda respuesta.

Durante un momento, Anthony permaneció inmóvil y de pie, viéndola allí encogida, en la desesperanzada abyección de su desnudez manchada de sangre y escuchando el doloroso rumor de su llanto. «Como *sindeticón*». Resonó desagradablemente en sus oídos el eco de sus propias palabras. Una gran piedad le llenó, y luego se sintió movido de manera casi violenta por el amor hacia aquella mujer herida y sufriente, aquella *persona*, *sí*, aquella persona a quien no había hecho ningún caso, de quien había prescindido deliberadamente, como si careciera de existencia excepto considerada como instrumento de placer. Ahora, al verla arrodillada y sollozante, todas las ternuras que había sentido por aquel cuerpo, todo el afecto implícito en sus

relaciones y que jamás había sido expresado, parecieron descargarse fulminantemente y desahogar los sentimientos acumulados sobre aquella persona, sobre aquel espíritu encarnado que ahora lloraba, soledoso, detrás de las manos protectoras.

Se arrodilló junto a ella en la colchoneta y con un gesto que pretendió expresar todo cuanto sentía, le rodeó con un brazo la espalda.

Mas al advertir el contacto se apartó ella instintivamente, cual si la hubiera tocado algo inmundo. Sacudió la cabeza con un movimiento instintivo y violento.

—Pero… ¡Helen! —protestó estúpidamente convencido de que se trataba de algún error, ya que era imposible que, no sintiera ella lo que él sentía. Todo sería cuestión de hacerle comprender lo que le había ocurrido a él. De nuevo volvió a descansar la mano sobre el hombro desnudo y dijo:

—Pero te aseguro mi afecto…, mi cariño…

Ni siquiera en aquel momento pudo comprometerse empleando la palabra «amor».

—¡No me toques! —exclamó ella casi inarticuladamente y apartándose de él.

Retiró él la mano, pero permaneció donde estaba, arrodillado junto a ella, sumido en un silencio de perplejidad infeliz. Recordó los tiempos en que ella quiso amar, y cómo él la había huido, cómo se había negado a ofrecerle o a aceptar otro amor que el superficial y físico, expresado de vez en cuando por sus cuerpos. Ella acabó por aceptar sus condiciones, y las aceptó de manera tan completa que ahora…

—Helen —se atrevió a repetir, pues era menester que ella comprendiera.

Helen volvió a sacudir la cabeza.

—Déjame —dijo, y como viera que él no se movía, descubrió su cara, que ahora aparecía ridículamente embadurnada de sangre y le miró—. ¿Por qué no te vas? —le preguntó esforzándose para expresar con la voz un resentimiento frío y desapasionado ante la insistencia de él de forzar su presencia. Entonces, volvieron a fluir las lágrimas inesperadamente—. ¡Vete, vete! Te lo suplico.

Quebrósele la voz y, volviendo la cabeza, hundió nuevamente la cara en el refugio de las manos.

Anthony vaciló durante un momento, pero como se diera cuenta de que al permanecer allí únicamente lograría empeorar el asunto, se puso de pie y se alejó, reflexionando que era preciso darle tiempo de que recobrara el dominio de sí misma.

Se bañó, se vistió y bajó al cuarto de estar. Las fotografías seguían esparcidas sobre la mesa tal como las dejó. Se sentó y comenzó a clasificarlas metódicamente por asuntos en pequeños montoncillos.

Mary, con un sombrero de plumas; Mary, protegida por un velo, subiendo dificultosamente a un «Renault» de antes de la guerra; Mary bañándose en Dieppe con un traje de mangas hasta el codo y pantalones bombachos cubiertos hasta la rodilla por un faldellín. Su madre en un jardín; dando de comer a las palomas de la Plaza de San Marcos; su tumba en el cementerio de Llollingdon; su padre con un bastón de alpinista; atado a un guía en una escarpa nevada; con Pauline y las dos niñas; tío James en su bicicleta; tío James con un sombrero de paja de cinta con lunares; remando en el Serpentine; hablando, diez años más tarde, con los soldados convalecientes en el jardín de un hospital. Brian; Brian, con aquella otra persona que fue Anthony, en el colegio; Brian, en una barca, en el río, con Joan y *Mrs*. Foxe; Brian, montañero, en la región de los Lagos. Aquella muchacha con la que tuvo amores en Nueva York el año 1927, si no recordaba mal. Su abuela. Sus tías. Media docena de fotografías de Gladys…

Media hora más tarde oyó los pasos de Helen, cuidadosos y lentos al principio, según bajaba las precipitadas escaleras que descendían desde la azotea, y luego rápidos por el pasillo. Después, escuchó ruido de agua en el cuarto de baño. Tenía que darle tiempo. Decidió conducirse con ella como si nada hubiera ocurrido. Cuando entró en la habitación la saludó casi alegremente.

—¿Qué tal? —le preguntó con buen humor, alzando la vista de las fotografías; mas al ver aquella cara pálida, pétrea y serena vaciló su seguridad.

—Me voy —dijo.

—¿Ahora? ¿Antes de comer?

Helen dijo que sí con un gesto.

—Pero, ¿por qué?

—Lo prefiero —se limitó ella a responder.

Anthony calló, dudando si debía protestar, insistir a decirle todas las cosas que había procurado expresar en la azotea. Pero aquel dominio de sí misma que veía expresado por la cara endurecida le decía claramente por anticipado que todos sus esfuerzos serían vanos. Más tarde, cuando se le hubiera pasado el primer arrebato, cuando hubiera tenido tiempo suficiente…

—Está bien —dijo en voz alta—. Te llevaré en coche al hotel.

—No, iré andando.

—¿Con este calor?

—Iré andando —repitió ella inapelablemente.

—Está bien, si prefieres coger una insolación…

Trató de sonreír, sin gran éxito.

Salió Helen por la puerta de cristal a la terraza, y súbitamente, aquella cara pálida y de piedra quedó encendida por el reflejo de su pijama. «De nuevo en el infierno», dijo para sí al mismo tiempo que salía detrás de ella.

—¿Para qué sales? —le preguntó ella.

—Te acompañaré hasta la verja.

—No es preciso.

—Lo prefiero.

Ella no le devolvió su sonrisa, sino que continuó andando en silencio.

A cada lado de la escalinata que bajaba al jardín, crecían sendos arbustos floridos y jugosos. En el aire caldeado, el perfume de sus flores, a su vez intrínsecamente caliente, tenía una dulzura intensa y violenta.

—Delicioso —dijo Anthony en voz alta cuando atravesaron el área perfumada de los capullos—. Casi demasiado delicioso. Pero ¡mira! —añadió con otra voz cogiéndola de la manga—. ¡Mira, mira!

Recién estrenada su vida voladora, acababa de salir de la crisálida una mariposa, reluciente y pimpante, y acababa de posarse sobre uno de los racimos de flores moradas. Las alas, de amarillo desvaído con marcas negras, con sus adornos concéntricos azules y rojos, estaban extendidas

bajo la caricia del sol. Sus bordes delanteros imitaban la curva graciosa de un sable, y desde los extremos de esta línea inicial se aguzaban elegantemente para formar las dos largas colas de las alas posteriores. Parecía la mariposa un símbolo, un jeroglífico representativo de la velocidad alegre y airosa. Las alas, abiertas, temblaban a impulsos del exceso de vida incoercible, de una energía apasionada. Rápidamente, vorazmente, pero con la precisión extraordinaria de un movimiento de soberbia destreza, la criatura hundió la trompa desenroscada en las diminutas flores de forma de trompeta que componían la florida bola. Con rápido movimiento de cabeza y tórax la trompa penetró en la flor para ser luego retirada y hundida con igual certeza y rapidez entre los labios de otra flor y después otra, hasta que todos los capullos a su alcance quedaron explorados, lo que hizo necesario mudanza apresurada de postura para acercarse a otras flores aún no saqueadas. Una y otra vez se hundió la trompa hasta la profundidad viva de las flores expectantes, hasta los hontanares ocultos y envainados de aquella dulzura caliente y enajenadora. Una y otra vez, movida por concupiscencia incansable, con la intensísima pasión de una glotonería certera y bien dirigida.

Estuvieron contemplando el insecto en silencio durante un largo minuto. Entonces, Helen, alargó la mano rápidamente y sacudió el tallo en que crecían las flores que saqueaba la mariposa. Mas antes de que su dedo tocara las flores, voló la criatura luminosa y reluciente. Un rápido batir de alas, una larga y graciosa curva descendente, otro convulsivo aleteo, otra curva catenaria, larga y descendente, prolongada ya ascendente. La perdieron de vista detrás de la casa.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó él.

Como si no hubiera oído la pregunta, Helen bajó apresuradamente los escalones y echó a andar por el caminillo enarenado. Llegada a la verja del jardín, se detuvo y dio media vuelta.

—Adiós, Anthony.

—¿Cuándo volverás?

Helen le miró durante unos segundos sin hablar, luego sacudió la cabeza y respondió:

—No voy a volver.

—¿Que no vas a volver? ¿Qué quieres decir?

Mas ya ella había cerrado con fuerza la verja y con los largos pasos de costumbre se alejaba rápidamente por el camino polvoriento bajo los pinos.

La vio alejarse Anthony, comprendiendo que al menos por el momento era inútil hacer nada. Si la seguía no lograría más que empeorar la cosa. Quizá más tarde, aquella noche, cuando hubiera tenido tiempo de reflexionar… Mas según regresaba por el caminillo del jardín a través del perfume ahora inadvertido de las flores, se preguntó con inquietud si podría hacer algo para remediar la cosa, aunque pasara el tiempo. Conocía la obstinación de Helen y, además, ¿qué derecho tenía él ahora, después de tantos meses de renunciar a todo derecho, de negarse a aceptar cualquier derecho?

—¡Qué estúpido! ¡Qué loco! —dijo en voz alta según abría la puerta de la cocina.

Procuró recobrar la cordura quitando importancia y convirtiendo en nimio todo lo ocurrido. La cosa fue desagradable, sin duda alguna. Pero no lo suficiente para justificar que Helen se condujera como si estuviese representando un papel en una tragedia de Ibsen. Representando una variante de *Casa de Muñecas*, en tono menor, se dijo a sí mismo, procurando reducirlo todo a una frase convenientemente ridícula, cuando no había ni muñeca, ni casa, pues en realidad no podía quejarse de que Hugh, su marido, hubiera pretendido nunca encerrarla, ni de que él tampoco atentara jamás contra su libertad. Antes, al contrario, siempre había insistido en que se considerara libre. Su libertad llevaba aneja la de él, pues si Helen hubiera sido su esclava, él, forzosamente, se hubiera convertido en esclavo de ella.

En cuanto a sus propios sentimientos en la azotea, aquella súbita explosión de ternura, aquel vehemente deseo de conocer y amar a la persona sufriente escondida dentro de aquel cuerpo deseable que perdió inesperadamente toda importancia, fueron desde luego verdaderos; fueron hechos de una experiencia directa. Pero después de todo pudieran ser explicados, con lo que se desvanecerían, como meras exageraciones en un momento de emoción, de su muy natural piedad al verla afligida. Lo esencial era el tiempo. Si él le daba tiempo, Helen volvería a escucharle lo

que él quiso decirle, y él ya no quería decirle ninguna de las cosas que ella acababa de negarse a oír.

Abrió la refrigeradora eléctrica y vio que *madame* Cayol le había preparado algo de ternera fría y una ensalada de pepino y tomate. Madame Cayol tenía una afición desmedida platónica (es decir, consistía su afición en ver a los demás comerla) por la ternera y se la servía continuamente. Anthony no encontraba la ternera, comida especialmente de su gusto, pero prefería comerla a tener que discutir la minuta con *madame* Cayol. Pasaban algunas veces semanas enteras sin que se le presentase la necesidad de decir cosas más complicadas que *Bon jour and A demain, Mme. Cayol, and Il fait beau aujourd'hui, or Quel vent!*[45],, según los casos. Veía a la mujer dos horas por la mañana, limpiaba la casa, preparaba algo de comer, ponía la mesa y volvía a irse. Anthony era servido, pero casi sin darse cuenta de la servidora. Aquel acuerdo lo juzgaba él todo lo perfecto que un acuerdo terreno puede ser. El comer ternera fría resultaba precio barato por este servicio.

Anthony se sentó a la mesa de la terraza, que quedaba en la sombra de la gran higuera, dispuesto a comer bien y volviendo las hojas de su último libro de notas mientras lo hacía. Se dijo que no había nada como el trabajo para hacerle olvidar a uno sus sentimientos personales y particulares; nada como una buena y eficaz generalización. Quedó prendida su vista sobre la palabra «libertad», y recordando la satisfacción sentida un par de meses antes cuando dejó aquellas ideas escritas sobre el papel, comenzó a leer.

«Acton quiso escribir la Historia del Hombre en términos de una Historia de la Idea de la Libertad sin escribir al mismo tiempo una Historia del Hecho de la Esclavitud.

»El Hecho de la Esclavitud, o, mejor dicho, de las Esclavitudes. Pues a lo largo de sus sucesivos ensayos para poner en práctica la Idea de la Libertad, el hombre ha ido cambiando constantemente de una esclavitud a otra.

»La esclavitud primera es la esclavitud del estómago vacío y de la estación no propicia. Es decir, la esclavitud de la naturaleza. De la naturaleza se escapa a través de la organización social y de los inventos técnicos. En una ciudad moderna resulta imposible olvidar la existencia de

la naturaleza; particularmente de la naturaleza de las manifestaciones más inhumanas y hostiles. La mitad de la población de Europa vive en un universo de manufactura completamente casera. Desaparece la esclavitud de la naturaleza. Surge instantáneamente otra clase de esclavitud. La esclavitud de las instituciones: instituciones legales, instituciones castrenses, instituciones económicas, instituciones educativas, artísticas y científicas.

»Toda la historia moderna es una Historia de la Idea de la Libertad en contra de las Instituciones. También la Historia del Hecho de la Esclavitud a las Instituciones.

»La naturaleza carece de sentido. Las instituciones, como obra del hombre que son, tienen significado y propósito. Las circunstancias cambian más rápidamente que las instituciones. Lo que antes tenía sentido carece hoy de él. Una institución anticuada se asemeja a una persona que aplica razonamientos lógicos a una situación imaginaria creada por una idea fija o una alucinación. Algo semejante ocurre cuando las instituciones aplican literalmente la ley a los casos individuales. Las instituciones actuarían racionalmente si las circunstancias consideradas existieran verdaderamente. Pero de hecho no existen. El ser esclavo de una institución no difiere gran cosa de ser esclavo de un paranoico que sufre alucinaciones, pero está, sin embargo, en posesión de todas sus facultades mentales. El esclavo de la naturaleza es el esclavo de un idiota que ni siquiera tiene la inteligencia bastante para sufrir alucinaciones.

»La revolución contra las instituciones conduce a la anarquía temporal. Pero la anarquía supone caer esclavo de la naturaleza, y para un hombre civilizado el ser esclavo de la naturaleza resulta más intolerable que el ser esclavizado por las instituciones. Se escapa de la anarquía creando nuevas instituciones. Algunas veces no hay período de anarquía, de esclavitud temporal bajo la naturaleza, sino que los hombres pasan de un grupo de instituciones a otro grupo.

»Son cambiadas las instituciones como consecuencia de los esfuerzos humanos para convertir en hecho la Idea de la Libertad. Es menester que pase algún tiempo para apreciar el hecho de la nueva esclavitud. De esto resulta que en todas las revoluciones contra lo instituido hay una especie de

alegre luna de miel durante la cual creen las gentes que al fin han logrado la libertad verdadera. “Gozo sin par vivir aquel nacer jocundo”. Y no se experimenta este gozo únicamente en los albores de la Revolución Francesa. Recordemos, por ejemplo, la purísima felicidad prevalente al amanecer el movimiento franciscano, al amanecer la Reforma, al amanecer el Cristianismo y el Islam. E incluso al amanecer la Guerra Mundial. Esta luna de miel puede acontecer que dure hasta veinte o treinta años, pasados los cuales el hecho de la nueva esclavitud es advertido por la conciencia humana. Se percibe que la idea de la libertad no ha sido convertida en hecho por el último cambio, y que las nuevas instituciones exigen servidumbre tan rigurosa como las antiguas. ¿Qué hacer? Desechar las nuevas instituciones en favor de otras más nuevas. ¿Y cuándo se acabe *esta* luna de miel? Mudar de nuevo las instituciones nuevas por otras novísimas. Y así sucesivamente sin duda alguna.

»En cualquier sociedad dada, la libertad existe como hecho únicamente para un número muy reducido de individuos. Una posición económica favorable es condición ineluctable de por lo menos una libertad parcial. Mas si la libertad ha de acercarse algo más al ideal, es preciso también que coincidan en el individuo circunstancias propicias de carácter intelectual psicológico y biográfico. Aquellos individuos en quienes coinciden todas estas circunstancias favorables no son esclavos de las instituciones. Para ellos, las instituciones existen solamente como una especie de sólido andamiaje en el cual pueden ejecutar libremente cuántos movimientos gimnásticos les plazca. La rigidez de la sociedad, considerada como todo, les permite a estos pocos privilegiados traspasar los límites intelectuales y morales establecidos, sin riesgo alguno ni para ellos ni para la comunidad en su conjunto. Todas las libertades individuales, y no existe libertad que no sea individual, precisan para ser disfrutadas la existencia de una u otra forma de esclavitud general».

Cerró Anthony el libro incapaz de leer ni una sola línea más. No es que sus palabras se le antojaran menos verdaderas ahora que cuando las escribió. A su manera, y en su esfera, eran ciertas. ¿Por qué entonces todas le parecían completamente falsas y erróneas? No deseaba discutir el asunto

consigo mismo y entró en la casa y se sentó a leer la *Historia de los Inventos Mecánicos*, por Usher.

A las cuatro y media se acordó de repente del perro muerto. Unas cuantas horas más, y con aquel calor… Se dirigió hacia el cobertizo en donde estaban guardadas las herramientas jardineras. El suelo del descuidado jardín estaba cocido por el sol y presentaba casi la consistencia del ladrillo. Para cuando hubo cavado el hoyo estaba empapado en sudor.

Subió a la azotea pala en mano. Allí estaba el perro. Las manchas de sangre sobre su cuerpo, sobre la balaustrada y sobre las colchonetas habían adquirido un color herrumbroso. Después de varios ensayos fracasados logró coger en la pala los restos del perro y arrojarlos, con las moscas y todo, pues las moscas se negaron a abandonarlos, por encima de la barandilla. Bajó al jardín y como si estuviera participando en una horrible carrera de esas que suponen recorrer cierta distancia con un huevo en una cuchara, recogió nuevamente el perro y lo llevó atravesado asquerosamente sobre la pala hasta su sepulcro. Cuando regresó a la casa sentía tales bascas que tuvo necesidad de beber una copa de coñac, bajó a la playa y estuvo nadando largo rato.

A las seis, ya vestido de nuevo, cogió el automóvil y fue al hotel para hablar con Helen. Calculaba que para entonces ya se le habría pasado la primera impresión y estaría mejor dispuesta para escucharle. Olvidó todo lo referente a la *Casa de muñecas* y a la sensatez que había procurado conservar pensando en ella. Se sintió henchido, según conducía, de vivísima exultación. Dentro de unos cuantos minutos volvería a verla, estaría explicándole los descubrimientos inesperados que había hecho por la mañana: el descubrimiento de que la quería, el descubrimiento de que había sido un necio y muchísimo peor que un necio. Le resultaría difícil y casi imposible decir estas cosas acerca de sí mismo, pero precisamente por esa razón, el pensamiento de que iba a pronunciarlas le llenaba de profunda alegría.

Detuvo el coche a la puerta del hotel y entró apresuradamente.

—*Madame Ledwidge, est-elle dans sa chambre, mademoiselle*?

—*Mais non, monsieur. Madame vient de partir*.

—*Elle vient de partir*?

—*Madame est allée prendre le rapide a Toulon*[46].

Anthony miró su reloj. El tren ya había salido. Con aquel miserable automóvil no tema posibilidad de llegar a Marsella antes de que el tren saliera para París.

—*Merci, mademoiselle, merci* —dijo adoptando por la fuerza de la costumbre el tono de cortesía excesiva con el cual se protegía contra las asechanzas inquietantes del mundo de las clases bajas.

—*Mais de ríen, monsieur*.

Regresó a la casa, preguntándose si no debía sentirse satisfecho por haberse librado de Helen de aquella manera, y experimentando al mismo tiempo gran tristeza. El cartero había estado en la casa mientras él estuvo ausente. Leyó una carta de su agente de Bolsa, que le recomendaba que vendiera por lo menos parte de las acciones de una mina de oro que había heredado de su tío James. No parecía probable que fueran a subir más, en vista de lo cual lo más sensato sería venderlas aprovechando su actual cotización elevada e invertir el dinero en acciones industriales inglesas de comprobada seguridad, tales como… Tiró la carta sobre la mesa. Como de costumbre, las circunstancias habían estado conspirando en favor suyo, anegándole bajo la buena suerte de forma maligna. En medio de la crisis económica se hallaba más rico que nunca. Más rico, cuando todos los demás se encontraban más pobres, más libre, mientras que ellos se hallaban más irremediablemente esclavizados. El anillo de Polícrates… Dijérase que los dioses habían iniciado su venganza.

Se acostó temprano, y a las dos le despertó aquella horrible pesadilla, harto conocida, que le había amargado las noches con cierta frecuencia desde su mocedad y que persistía aún en la madurez. Esencialmente siempre era la misma. Por lo general, poco era lo que resultaba visible durante la pesadilla, pero siempre experimentaba la misma vaga sensación de estar acompañado, de encontrarse rodeado de seres imprecisos. Se metía en la boca un bocado de comida indeterminada, la cual inmediatamente aumentaba de volumen entre sus dientes, se hacía progresivamente más elástica y al mismo tiempo más pegajosa, hasta quedar convertida en una especie de mordaza untada de algo semejante a la goma viscosa, la cual se secaba formando una espesa capa sobre los dientes, la lengua y el paladar.

La asfixia gradual, acompañada de un asco indescriptible, proseguía. «Aquello» iba aumentando irremisiblemente de tamaño, cobrando mayor viscosidad pegajosa y obturadora. Trataba de tragar, trataba de hacerlo a pesar de la presencia bochornosa y oscura de aquellos desconocidos, y trataba también de escupir, pero siempre en vano. Al fin se veía forzado a meterse el dedo en la boca y utilizándolo como un gancho ir sacándose de la boca trozo tras trozo de la materia que le ahogaba. Pero también esto era inútil, pues la mordaza seguía expandiéndose y la capa que le cubría interiormente toda la boca iba aumentando de espesor y de consistencia. Se salvaba del tormento al despertar sobresaltado. Aquella noche, el expansivo trozo de comida estaba relacionado vaga y horriblemente con el perro. Se despertó temblando. Una vez despierto le fue imposible volver a conciliar el sueño. Una inmensa acumulación de recuerdos despreciados se apoderó de su conciencia. Aquellas fotografías. Su madre y Mary Amberley. Brian en la cantera, cuyo recuerdo le trajo a la memoria el olor de la carne calentada por el sol, y después de muerto, en el fondo del precipicio, entre las moscas… como el perro aquel…

OceanofPDF.com

XIII

20 DE MAYO DE 1934

AYER por la noche pronuncié mi segundo discurso. Sin gran azoramiento. La cosa es bastante sencilla una vez que decide uno que no importa gran cosa hacer el ridículo. Pero resulta deprimente. En cierto sentido, las quinientas personas congregadas en la sala no forman un todo concreto. Se encuentra uno hablando a un nombre colectivo, a una abstracción y no a un grupo de individuos. Únicamente los que están convencidos de antemano, total o parcialmente, desean entender al orador. Los demás son de ignorancia invencible. Durante una conversación particular, es posible sentir la seguridad de lograr que nuestro interlocutor haga un esfuerzo, aunque lo haga a disgusto, para entendernos. Pero la existencia de un auditorio confirma al incomprensivo en su incomprensión. Y muy particularmente si puede dirigir al orador preguntas después del discurso. Algunas de las razones de que esto sea así son evidentes. Sólo el hecho de levantarse en público y ser blanco de las miradas constituye un placer; en muchos casos un placer tan agudo que llega a resultar doloroso. Orgasmos atormentadores anejos a la expresión de nuestro propio yo. El placer resulta aumentado si la pregunta es hostil. La hostilidad es una declaración de independencia personal. Deja sentado el hecho de que si quien pregunta no está en la tribuna ello se debe ex-] elusivamente a causas accidentales, o si no a una confabulación odiosa y rufianesca para impedirle su acceso a las alturas. Las interrupciones y las preguntas que sufren los oradores son claro está, por lo general, completamente irrelevantes. Los

interruptores (como todos nosotros) viven en su mundo particular y no hacen esfuerzo alguno para trasladarse al mundo ajeno. La mayor parte de las discusiones ce lebradas en público son otros tantos juegos de despropósitos celebrados o conducidos en idiomas distintos y sin la ayuda de intérpretes.

Mark estuvo en la sesión y luego se complugo en aumentar mi melancolía en mi alojamiento.

—Igual sería ir a hablarles a las vacas en el prado.

Me sentí fuertemente tentado de expresar mi conformidad. Todas mis antiguas costumbres mentales, de manera de vivir, de sentir, me empujaban a dar mi asenso a esa opinión, ¡insensato mundo éste, en el cual nada en absoluto puede ser llevado a cabo! Lo cual me parece muy satisfactorio. Le deja esto libre a uno para irse por su cuenta (en vista de que nada mejor hay que hacer) y reunir los datos precisos para escribir un tratado de sociología, que es la ciencia de la insensatez humana. Anoche, mientras hablaba con Mark, observé el gran placer que experimentaba yo al comentar la imbecilidad de mi auditorio y de los seres humanos en general. Lo advertí y me contuve. Lo cual logré reflexionando que había sido esparcida la simiente, y que, si un solo grano germinara, ya con eso habría valido la pena de celebrar el acto. Y valdrá la pena, aunque ninguna germine, en beneficio mío, como ejercicio que me ayude a hacerlo mejor la vez que viene.

No aludí a nada de esto. Únicamente dejé de hablar y supongo que cambió mi expresión. Mark, que todo lo observaba, comenzó a reír, y previó el momento en que yo llegaría a referirme a cualesquiera grupos y personas anteponiendo al nombre el adjetivo «querido». «Los queridos comunistas», «los queridos fabricantes de armamentos», «el querido general Goering».

Reí, pues Mark estuvo gracioso con la más salvaje de sus comicidades. Pero después de todo, si tuviera uno amor y bondad suficientes, podría estar seguro de provocar en cierta manera el nacimiento de amor y bondad dentro de casi cualquiera con quien tuviera relación, en cuyo caso casi cualquiera sería verdaderamente «querido». Hoy, la mayoría de la gente parece más o menos imbécil y odiosa: la culpa es por lo menos tanto nuestra como suya.

24 DE MAYO DE 1934.

Esta mañana me he pasado cuatro horas trabajando con mis notas. ¡Placer extraordinario! ¡Con qué facilidad cae uno de nuevo en las garras de la estudiosidad no interrumpida y en el manoseo complacido de las ideas! Cae uno en esa «vida superior», que es sencillamente la muerte sin lágrimas. Paz, irresponsabilidad… Todas las delicias de la muerte inmediatas y presentes. Antaño era menester refugiarse en un monasterio para encontrarla. Pagaba uno los placeres de la muerte con obediencia, pobreza y castidad. Hoy pueden conseguirse gratis en el mundo. La muerte en absoluto seca de lágrimas. La muerte con sonrisas, la muerte con los placeres del lecho y de la mesa, la muerte en privado, sin nadie que vocifere órdenes. Supone la convención corriente que los estudiosos, los filósofos y los hombres de ciencia son gentes poco prácticas; pero ¿qué otra clase de hombres ha logrado que el mundo los acepte y, lo que aún es más asombroso, los continúe aceptando de acuerdo con la tasación que de sus méritos ellos mismos han hecho? Perdieron los reyes su derecho divino, y parece ser que los *plutócratas*[47] van a perder el suyo. Mas los adeptos de la Vida superior continúan siendo clasificados en una categoría egregia. Tal es el fruto de la persistencia. Persistencia en el autobombo, persistencia en denigrar a los demás. Año tras año, durante los últimos sesenta siglos, han venido diciendo que ellos son los elegidos y los demás los réprobos, que ellos son el Espíritu y los demás el mundo. Una y otra vez, con igual reiteración con que Pears anuncia su jabón. Hasta que ya hoy la cosa ha sido aceptada cual si de un axioma se tratara. De hecho, la Vida superior es sencillamente un acertado sucedáneo de la muerte, un procedimiento perfeccionado de escapar las responsabilidades de la vida más eficaz que el alcohol, que la morfina o que la afición desmedida a la lujuria o la riqueza. El alcohol y las drogas destruyen la salud. Antes o después, los rijosos se ven envueltos en responsabilidades. Los que persiguen lo material, nunca pueden conseguir todos los sellos, los floreros chinos, las casas, la variedad de lirios o lo que quiera que sea que busquen, que les gustaría poseer. Su

procedimiento de escapar no es más que un suplicio de Tántalo. Mientras que el adicto a la vida llamada superior escapa a un mundo en donde su salud no corre peligro y en donde existe una mínima cantidad de responsabilidades y tormentos. Un mundo además considerado tradicionalmente como superior al mundo de quienes aceptan las responsabilidades. El que rehuye estas responsabilidades abrazando la profesión de Alto Vividor, lo hace con la conciencia perfectamente tranquila, pues es muy fácil encontrar en la vida del estudioso y del investigador equivalencias a todas las virtudes morales. Algunas, claro es, no son equivalencias, sino verdaderas virtudes morales; la perseverancia, la paciencia, el olvido de sí mismo y otras semejantes. Buenos medios para fines que pueden ser malos. Pues se puede trabajar con laboriosidad y entusiasmo en cualquier cosa, desde la física atómica a la falsificación y la trata de blancas. El resto son virtudes éticas trasladadas a una clave mental. La *castidad* de las formas artísticas y matemáticas. La *pureza* de la investigación científica. La *valentía* del pensamiento. La *audacia* de las hipótesis. La *integridad* de la lógica. La *templanza* de las opiniones. La *humildad* intelectual ante los hechos. Todas las virtudes cardinales con traje de máscara. Llegan los profesos de esa vida superior a considerarse como santos, como santos del arte de la ciencia y de las letras. Una santidad puramente figurada y metafísica tomada *au pied de la lettre*.

Bienaventurados los pobres de espíritu. La Vida superior incluso tiene equivalentes para la pobreza espiritual. Como hombre de ciencia procura conservarse libre de prejuicios. Mas no es eso todo, pues la pobreza ética de espíritu lleva consigo el no pensar en el mañana, el dejar que los muertos entierren a sus muertos y el perder la vida para ganarla. Nuestro adepto a la Vida superior puede parodiar estas renuncias. Lo sé, pues yo mismo lo hice y me felicité por haberlo hecho. Vive de manera continua y responsable solamente en el otro, en el más alto mundo. En éste se despega del pasado; se niega a comprometerse para el futuro; no tiene convicciones, sino que vive en el momento; renuncia a su propia identidad, excepto a la que tiene como hombre egregio, y se convierte sencillamente en una sucesión de estados anímicos. Vive en pobreza que sobrepasa la franciscana, la cual puede, no obstante, ser combinada con un placer superior al napoleónico en

el ejercicio del imperialismo. Solía yo pensar que carecía de fuerza de voluntad, mas hoy advierto que la empleaba más con los pensamientos que con la gente. La conquista de una provincia desconocida del conocimiento, la derrota de un problema, el obligar a las ideas a que se asocien o a que se separen, forzar sin piedad a las palabras recalcitrantes a que se ajusten a determinados diseños. He ahí todo el placer de los dictadores sin ninguno de sus riesgos ni responsabilidades.

OceanofPDF.com

XIV

8 DE DICIEMBRE DE 1926

A LA HORA de la cena ya se había convertido en un cuento, el más reciente del repertorio de Mary Amberley. El más reciente, y tan bueno como los mejores y más clásicos de la colección, se dijo Anthony luego de escucharla atenta y críticamente. Se daba cuenta ahora que desde que recibió la invitación de Mary, su curiosidad había estado matizada por cierta esperanza vengativa de que Mary hubiera cambiado para empeorar, ya de manera relativa y a sus ojos particulares, o de manera absoluta a causa de los doce largos años que habían transcurrido; deseaba en cierto modo que hubiera degenerado de lo que era o de lo que él había imaginado que era en los tiempos en que la amó. Al observar que la Mary que él recordaba apenas había cambiado, sintió algo semejante a la desilusión, lo cual él mismo se confesaba luego que fue una reacción ruin. Cuarenta y tres años tenía, pero conservaba su cuerpo la misma delgadez de siempre y se movía con la agilidad de antaño. Y hasta con agilidad aumentada, pues pudo advertir que ahora Mary se mostraba ágil de manera consciente y que representaba el papel de una persona que es perpetuamente arrastrada por impulsos juveniles a conducirse de manera rápida y violenta, y representaba este papel en circunstancias en las cuales fuera imposible haber sentido tal impulso si en verdad fuese natural. Antes de cenar le llevó a su alcoba para enseñarle los desnudos de Pascin que acababa de comprar. Subió el primer tramo de escaleras a velocidad normal y hablando mientras lo hacía; pero al recordar de repente que la lentitud de ascensión de las escaleras es señal de

edad harto madura, comenzó a correr; no, a correr no, se corrigió Anthony al recordar la ocasión más tarde, pues lo que hizo fue dispararse. Y cuando volvieron a la sala se dejó caer sobre el sofá con tal vigor y se sentó luego sobre sus piernas con movimiento tan juguetón, que ninguna muchacha de dieciséis años hubiera podido hacer otro tanto. La Mary de 1914 nunca se había conducido de manera tan juvenil. Ni hubiera podido hacerlo, reflexionó Anthony, aunque lo hubiera deseado, con todas aquellas faldas, enaguas, etcétera. Mientras que ahora, vistiendo tan breve faldellín… La cosa era absurda, pero Anthony decidió que todavía no resultaba absurda de manera dolorosa. Pues Mary todavía podía pretender que su aspecto era juvenil. Apenas gastada, su cara todavía brillaba, aunque a través de ligero estigma del cansancio, con toda su antigua vitalidad risueña. En cuanto a sus habilidades, aquella improvisación, e improvisación tuvo que ser, puesto que la cosa tan sólo había ocurrido aquella mañana; aquella improvisación sobre el tema del riñón robado por Helen fue sencillamente una obra maestra.

—Voy a hacer que me lo embalsamen —terminó en un tono jocoso y serio, preñado de risa dominada—. Que lo embalsamen y…

Pero como una botella de limonada gaseosa que se abre de repente, Beppo Bowles derramó las burbujas de su conversación:

—Yo te daré la dirección de un embalsamador —sonrió, cerró una y otra vez los ojos y se retorció nervioso. Todo su cuerpo gordezuelo y florido pareció participar en lo que había dicho, y dijérase que cada uno de los órganos de su anatomía tomaban parte en la función de hablar.

—Tengo la dirección por haberla visto en el *Órgano de las Artes funerarias* —acarició el aire con un gesto declamatorio y prosiguió—: ¡Embalsamadores! ¿Observáis en vuestras obras que tienen un aspecto desagradable y ceroso? En ese caso…

Mistress Amberley rió, quizá con demasiado entusiasmo, pues no gustaba que la interrumpieran en medio de un cuento. Beppo era, sin embargo, encantador. Tan animado como un chiquillo, a pesar de su barriguita y de la calva incipiente de su coronilla —tan animado como una muchacha algunas veces—. Sin embargo…

Ahora fue ella la que le interrumpió diciendo:

—¡Delicioso! —e inmediatamente, dirigiéndose al resto de los comensales, continuó—: Como iba diciendo, voy a hacer que lo embalsamen y después lo colocaré debajo de una de esas campanas de cristal.

—Como la vida —dijo Beppo, que no pudo evitar la nueva interrupción de limonada gaseosa; pero ninguno de los presentes se enteró de que se trataba de una alusión a *Adonais*[48] y tuvo él que reír su gracia a solas.

—Una de esas campanas de cristal —siguió diciendo Mary Amberley sin hacer caso de la interrupción— que hay en las casas de huéspedes con pájaros dentro. Con pájaros *disecados*.

El énfasis con que dijo la última palabra, como si fuera una alemana que prolongase una *o* modificada, tuvo un efecto extraordinariamente cómico por razones difíciles de comprender.

Anthony decidió que la voz de Mary era mejor que nunca. Tenía en la actualidad una ligera ronquera parecida a la pelusilla que cubre una fruta, a la neblina a través de la cual se contempla ciertos días de verano la catedral de San Pablo desde el puente de Waterloo. La interposición de aquella cortina de gasa oscurecedora parecía hacer más profundas y enriquecer las bellezas del panorama vocal que había al otro lado de ella. Prestó más atención que nunca, procurando grabar en su memoria las cadencias de su habla y analizarlas hasta dejarlas resueltas en sus sonidos componentes. En su libro proyectado, los *Elementos de Sociología*, incluiría un capítulo dedicado a «Sugestión de masas y propaganda». Una de las secciones de tal capítulo la dedicaría al asunto de «Ruidos fascinadores». El ruido, por ejemplo, fascinador y excitante de Savonarola o de Lloyd George[49]. Los ruidos fascinadores y sedantes de las salmodias; los ruidos fascinadores e hilarantes de Robey y Little Tich; el ruido fascinadoramente afrodisíaco de ciertos actores y actrices, de ciertos cantantes, de ciertas sirenas y Don Juanes en la vida particular. El don de Mary le pareció a Anthony ser el de hacer un ruido que era simultáneamente afrodisíaco y cómico. Era capaz de emitir sonidos que suscitaban al mismo tiempo risa y deseo, pero nunca tristeza, piedad o indignación. En momentos de tensión emotiva (y no le era fácil a Anthony olvidar aquellas terribles escenas que acostumbraba a hacer), perdía el dominio de la voz, la cual caía en un caos de ronquera

chillona. El sonido de sus palabras de queja, de reproche o de pena provocaban en quien las oía solamente cierta incomodidad física. Mientras que en el caso de *Mrs*. Foxe, siguió pensando, solamente la música de lo que decía era bastante para ganar la voluntad y la condolencia de quien la escuchaba. Tenía el mismo don misterioso que encumbró a Robespierre y que le hizo posible a Whitefield[50], con tan sólo repetir dos o tres veces algunas exclamaciones piadosas, que el más endurecido réprobo comenzase a llorar copiosamente. Pues hay ruidos fascinadores capaces de convencer a quien los escucha de la existencia de Dios.

Cuando Mary dijo «pájaros disecados» todos rieron, todos tuvieron que reír. Incluso Colin Egerton, incluso Hugh Ledwidge. Y eso que desde que Beavis entró en la sala, Hugh se había encontrado sobre ascuas. Beavis, a quien él siempre procuró evitar. ¿Por qué Mary no se lo había dicho antes? Durante un momento imaginó que se trataba de un complot y que Mary había invitado a Beavis a propósito para avergonzarle, porque sabía que aquel hombre había sido testigo de su humillación en el colegio de Bulstrode. Y había dos de ellos: Staithes (pues sabía que Staithes vendría después de cenar) y Beavis. Hugh se había acostumbrado a encontrarse con Staithes en esta casa y ya no le importaba, pues Staithes evidentemente había olvidado el incidente. Pero Beavis, siempre que se encontraba con él, le parecía a Hugh que le miraba de manera extraña. Y ahora Mary le había invitado adrede para que le recordara el asunto a Staithes, y los dos se unirían para atormentarle con sus recuerdos. Sus recuerdos acerca de su cobardía en el campo de fútbol, de cómo se había echado a llorar cuando haciendo ejercicios de salvamento de incendios le llegó a él el turno de descolgarse por la maroma; de cómo había acusado a un compañero ante El Chinche, y de cómo le obligaron en consecuencia a pasar corriendo por entre dos líneas de compañeros airados que blandían toallas retorcidas y mojadas a guisa de palos; recuerdos de cómo le habían descubierto asomando la cabeza por encima de la separación de las camarillas. Hugh se estremeció. Pero luego pensó que no era lógico de ninguna manera suponer que se tratase de un complot. Sin embargo, se alegró de ver, cuando bajaron a cenar, que estaba separado de Beavis. No sería fácil conversar con Helen en medio. Después de la cena haría lo necesario para rehuir su compañía.

En cuanto a Colín, permaneció sentado durante toda la cena en medio de un asombro que, según aumentaba, según se encontraba más y más extraño a todo aquello, fue entremezclándose progresivamente con enfado y censura. Hasta que acabó por decirse a sí mismo lo que tenía firme intención de decirle a Joyce en la primera oportunidad que se presentara: «Yo puede que sea tonto y todo eso», y esa confesión fue hecha por su voz interior en un tono de desprecio sereno, como si se tratase de una confesión de fuerza y no de debilidad; «yo puede que sea tonto y todo eso, pero por lo menos, por lo menos sé lo que es admisible y lo que es intolerable». Todo esto le diría a Joyce y bastante más, y Joyce (la había él mirado en medio de uno de los cuentos imposibles de Beppo y salió al encuentro de su mirada la de la muchacha, humilde, consternada y suplicante), Joyce se mostraría de total acuerdo con todo lo que él iba a decir. Pues la pobre niña era como una especie de niña abandonada, una niña abandonada de excelente familia, que por algún error incomprensible había caído en brazos de una madre loca e imposible, que la forzaba, en contra de sus naturales deseos, a asociarse con aquellos… aquellos… (No pudo encontrar palabra justa que describiese a Beppo, pues las que halló justas no eran pronunciables). Y él, Colín Egerton, sería el San Jorge que la rescatara. El hecho de que, como una niña pura, caída en garras de tratantes de blancas, necesitaba ser salvada era uno de los motivos por los que se sentía Colín tan fuertemente atraído por Joyce. Se sentía enamorado de ella, entre otros motivos, porque le repelía violentamente aquel asqueroso degenerado (¡*ésa* era la palabra!), Beppo Bowles, y la aprobación que le merecía todo cuanto Joyce era y hacía, estaba proporcionada a la opinión condenatoria —cuyo vigor resultaba reforzado por cierto pánico— de la madre de Joyce. Y, sin embargo, a pesar de parecerle mal, a pesar del miedo que le inspiraban aquella lengua aguzada y temerosa, aquellas miradas irónicas y taladrantes, no pudo evitar el reír 130 con los demás. Aquellos «pájaros disecados» bajo sus campanas de cristal fueron realmente irresistibles.

Para Mary Amberley la risa era como el champaña, fuente de placentero calor y de estímulo.

—Mandaré también poner una placa tallada en su base —continuó diciendo, alzando la voz para dominar la algazara—. «Fue robado este riñón

por Helen Amberley, quien para ello hubo de arriesgar la vida…».

—¡Mamá, cállate ya! —dijo Helen sonrojada y sintiendo una mezcla de placer y enfado—. ¡Haz el favor!

Era indiscutiblemente agradable ser la heroína de un relato escuchado por todos los presentes con notorio interés, pero la protagonista del cuento también resultaba algo ridícula. Le molestaba que su madre estuviera aprovechándose de su conducta estúpida.

—«… y de vencer su repugnancia y sus objeciones morales por las carnicerías, sostenidas desde su más tierna infancia» —prosiguió Mary. Luego, cambiando el tono, añadió—: ¡Pobrecita mía! Los malos olores siempre han sido su punto flaco. Las carnicerías, las pescaderías… Y nunca podré olvidar la única vez que la llevé a la iglesia.

«Una vez nada más —pensó Colín—. No es de extrañar que haga cosas así».

—Aunque he de admitir —exclamó Mary— que los fieles rústicos en una mañana de domingo lluviosa resultan, hay que confesarlo, bastante malolientes. ¡Es *ensordecedor*!, y, sin embargo…

—Es el olor de santidad —interrumpió Anthony, y luego, volviéndose a Helen—: También yo lo he sufrido. ¿Te decía tu madre de pequeña que escupieras cuando notaras un mal olor? La mía, sí. Lo cual me hizo pasar malos ratos en la iglesia.

—No escupió —respondió Mary por su hija—. Lo que hizo fue vomitar. Encima del abrigo de astracán de la vieja lady Worplesdon. No pude volver a frecuentar la sociedad respetable desde entonces, gracias a Dios.

Beppo burbujeó sus protestas tratando de refutar las imputaciones implícitas. Abandonando el tema renal, la conversación se deslizó por otros derroteros.

Helen permanecía sentada en silencio, ignorada de los demás. Dijérase que la luz de su cara se había extinguido de súbito. «No volveré a comer carne», se había dicho, y allí, delante de sus ojos, empalado en su tenedor, tenía un trozo rojizo y espantable de cadáver de vaca. «Soy imposible», pensó. *Pas sérieuse*, había dictaminado la vieja Mme. Delécluze. Y aunque como mujer dedicada profesionalmente a dar los últimos toques a la educación femenina de las muchachas encomendadas a sus cuidados, |

difícilmente hubiera podido esperarse de la vieja arpía una opinión diferente, sus palabras eran ciertas. En el fondo eran completamente exactas. «No soy seria, no soy…». En aquel momento advirtió que la voz que había estado sonando inarticuladamente a su derecha, como si hablara desde una distancia inmensa, en realidad se dirigía a ella:

—… Proust —oyó que decía la voz y se dio cuenta también que había pronunciado la misma sílaba por lo menos otras dos veces.

Volvió la cabeza, rojo el rostro de embarazo, y vio la cara de Hugh Ledwidge vuelta hacia ella con expresión vaga e incierta. Hugh sonrió vacuamente, brillaron sus gafas y apartó la mirada. Helen se sintió con esto doblemente confusa y penitente.

—Perdona, pero no he oído bien… —logró decir con un esfuerzo.

—Es igual, es igual; no tiene importancia.

No tenía importancia; pero le había costado casi cinco minutos elaborar aquel gambito literario sobre el tema de Proust. Cuando Hugh vio que Beavis estaba enzarzado en conversación con Mary y Beppo, decidió que no tenía más remedio que decir algo a Helen. Pero ¿él qué?, ¿qué podía decirle uno a una muchacha de dieciocho años? Le hubiera gustado decir algo personal, algo incluso no exento de galantería. Por ejemplo, acerca de su vestido. «¡Qué bonito es tu vestido!». Pero no; eso era un poco vago e insuficientemente específico. «Te va muy bien con el color de la piel, de los ojos». ¿De qué color tenía los ojos, por cierto? Pudiera también preguntarle acerca de las fiestas a que había asistido. ¿Iba a muchas fiestas? ¿Con sus (y adoptaría un tono de ligera superioridad) amigos? Pero eso era demasiado difícil para él. Además, no le gustaba pensar en ella acompañada de amigos, la prefería virginal: *du bist wie eine Blume…*[51] También pudiera decir, en tono grave y con una sonrisa: «Dime, Helen: ¿cómo es la gente joven *de verdad* hoy en día? ¿En qué piensa y qué opina de todo?». Helen pondría los codos sobre la mesa, se volvería hacia él y le diría exactamente todo lo que él deseaba saber acerca de aquel mundo misterioso, el mundo en el que la gente bailaba e iba a fiestas y cultivaba las relaciones personales sin perceptible interrupción; le diría todo. Todo o, más probablemente, nada, y quedaría él burlado por impertinente. No, no; no era ése el camino en absoluto. Todo esto no eran más que vanas imaginaciones, expresión de

deseos no realizados. Fue entonces cuando se le ocurrió la pregunta referente a Proust. «¿Qué le parecía Proust?». Pregunta impersonal y consoladora, pregunta que pudo hacerle sin sentirse torpe o poco natural. Gracias a su impersonalidad, pudiera brotar de ella fácilmente toda una larga discusión, siempre en abstracto, siempre, por así decirlo, dentro de un tubo de ensayo, pero de contenido íntimo y emotivo que pudiera versar incluso sobre (no, no; sin embargo…, nunca se sabía; era repugnante; pero…) temas fisiológicos. Durante una conversación acerca de Proust, resultaría posible decir cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, aunque todo ello fuera expresado en términos de la más estricta crítica literaria. La idea era excelente. Se volvió hacia Helen:

—Supongo que te gusta Proust tanto como a todos los demás.

No obtuvo contestación. Le llegaron desde la cabecera de la mesa retazos inconexos de la conversación que Mary sostenía con Beavis y Beppo. Estaban discutiendo las costumbres de sus amigos. Colín Egerton estaba narrando las peripecias de una cacería de tigres en las provincias centrales. Hugh tosió e insistió:

—Supongo que eres partidaria de Proust, como todos nosotros.

Mas aquel perfil melancólico no dio señales de vida. Hugh, cada vez menos seguro de sí mismo, insistió una vez más:

—Me gustaría que me dijeras —dijo en voz más alta, que le sonó poco natural— tu opinión acerca de Proust.

Helen continuó contemplando algún objeto invisible que habría sobre la mesa, un poco más allá de su plato. *Pas seriéuse*. Estaba pensando en todas las cosas carentes de seriedad que había hecho en su vida, en todas las cosas necias, ruines y terribles de su pasado. Una especie de embarazoso pánico comenzó a apoderarse de Hugh. Experimentó algo semejante a lo que pudiera sentir si en medio de Piccadilly hubiese advertido que empezaban a caérsele los pantalones. Cualquiera otra persona la hubiese tocado en el brazo y preguntado en qué estaba pensando. La cosa no podía ser ni más fácil ni más sencilla. El incidente quedaría así convertido en una broma, y en una broma a costa de ella. Le hubiera permitido colocarse al punto en una posición de superioridad zumbona. «¿Soñando de día y en la mitad de una cena? ¿Acerca de qué? ¿Acerca de quién?». Situación de hombre de

mundo sabia e irónica. Entonces ella se sonrojaría, reiría forzadamente, y todo porque él se lo mandaba, porque él la dominaba. Con igual pericia que un buen torero, agitaría la breve muleta y ella embestiría locamente, a ciegas, y se pondría en evidencia de manera tan absurda como encantadora, hasta que él, perfilando el estoque… Mas, aunque todo esto fuera sencillo, aconsejable, y llevara consigo notorias ventajas estratégicas, Hugh encontró absolutamente imposible iniciar el primer movimiento. Allí estaba el desnudo brazo de Helen, delgado como el de una niña pequeña, mas no podía él extender la mano y tocarlo. Y aquel chiste acerca de los ensueños en mitad de la cena… no podía ser. Sus cuerdas vocales se resistían a vibrar adecuadamente. Pasaron treinta segundos, treinta segundos de desaliento e incertidumbre siempre en aumento. Entonces, de improviso, como si despertara de un sueño, Helen le miró y le preguntó que qué había dicho. Mas no era posible repetir la pregunta nuevamente.

—Es igual, es igual; no tiene importancia.

Volvió la cabeza para otro lado. ¡Por qué, oh, por qué tenía que ser él tan necio, y de incompetencia tan ridícula! ¡A los treinta y cinco años! *Nel mezzo del cammin*[52]. Se imaginó al Dante en similares circunstancias. Dante, con su perfil burilado, avanzando impetuoso, igual que un navío de guerra espiritual. ¿Qué podía él decirle ahora en lugar de aquella pregunta ya imposible acerca de Proust? ¿Qué?

Fue ella la que acabó por tocarle el brazo a él.

—Perdona, perdóname —dijo realmente contrita.

Estaba tratando de hacer algo que disculpase su conducta nefanda, su conducta frívola, al haberse comido la bien manoseada vaca de *Mr*. Baldwin. Además, le gustaba Hugh. Era simpático. Se había tomado no pocas molestias en acompañarla a ver aquellas cosas mejicanas del Museo. «Estoy citada con *Mr*. Ledwidge» —dijo al llegar. Los conserjes le habían mostrado entonces encantadora deferencia. La condujeron a su despacho particular, el despacho particular del subdirector del Departamento, como si fuera ella un personaje distinguido. Un eminente arqueólogo que visita a otro. Y la verdad era que fue muy interesante. Aunque se le habían olvidado la mayor parte de las cosas que Hugh le había dicho, lo cual era un indicio más de su terrible falta de seriedad.

Al pedirle perdón lo hizo con verdadera sinceridad. Comprendía perfectamente lo que estaría sintiendo Hugh.

—Mi abuela es sorda, y sé perfectamente lo desagradable que es tener que repetir algo. Se siente uno un estúpido. Como *Mr*. Shandy y el reloj. Algo así, si comprendes lo que quiero decir. Perdóname.

Le apretó el brazo con gesto suplicante, y poniendo luego los codos sobre la mesa se volvió hacia él adoptando exactamente la actitud confidencial que él había imaginado.

—Escucha, Hugh —prosiguió—, tú eres serio, ¿verdad? ¿Comprendes? *Sérieux*.

—Pues no sé, supongo que sí —tartamudeó él, que acababa de darse cuenta con bastante retraso de lo que Helen había querido decir con aquella referencia a *Mr*. Shandy, lo que le produjo confusión profunda.

—Si no fueras serio no estarías en el Museo.

—No —admitió él—; probablemente, no.

Pero después de todo, estaba pensando todavía preocupado con *Mr*. Shandy, existe el conocimiento teórico. Demasiado bien lo sabía él. Un conocimiento teórico al cual no correspondía ninguna experiencia verdadera, un conocimiento teórico no llevado a la práctica, no vivido. «¡Dios mío!», se quejó para sí

—Bueno, pues yo no soy seria —estaba diciendo Helen.

Se sintió necesitada de hablar, de pedir socorro. Había momentos en los que cuando por una u otra razón dudaba de sí misma, todo lo que la rodeaba se le antojaba terriblemente vago e inseguro. Todo. Aunque de hecho se reducía la cosa a la inseguridad de su madre. Helen profesaba verdadero cariño a su madre, pero al mismo tiempo tenía que confesarse que su madre no servía para nada. Una vez le dijo a Joyce que su madre era como una broma pesada de mal gusto. «Crees que te vas a sentar en ella, pero de repente te quitan la silla y te caes de espaldas y te das un golpe terrible en el…». Mas todo el comentario que hizo Joyce, la muy estúpida, fue que no debía usar semejantes palabras. No obstante, había que reconocer que Joyce era una silla en la cual se podía una sentar con toda confianza, pero también era una silla inadecuada, una silla para ocasiones de poca importancia y ¿para qué servía eso? Joyce era demasiado joven, y aunque hubiera tenido

muchos más años, no hubiese entendido verdaderamente nada. Desde que era novia de Colin parecía entender todavía menos cosas. ¡Qué hombre más estúpido! Sin embargo, silla, era silla. Una silla tan firme como una montaña. Desgraciadamente, era un asiento de forma tan extraña que quien lo ocupaba se encontraba obligado a adoptar las posturas más grotescas e incómodas. Ahora bien, como a Joyce no parecía importante la incomodidad, Colín era una silla de su gusto. Helen, sin ninguna silla a mano en un mundo agotador, casi la envidiaba. Allí estaba Hugh. Helen se dejó caer pesadamente sobre el asiento que le ofrecía.

—Lo malo que yo tengo es que soy demasiado frívola. —No puedo creerlo— replicó él.

No puedo comprender por qué había dicho tal cosa, pues evidentemente debió animarla a confesarse con él en lugar de asegurarle que no tenía pecados de que acusarse. Dijérase que tenía miedo en secreto, precisamente de aquello que había deseado.

—No creo que seas…

Afortunadamente, nada de cuánto Hugh pudiera decir bastaba para impedir que continuara ella por el camino emprendido. Estaba decidida a emplearle como asiento.

—Sí, sí; te lo aseguro. No puedes imaginar lo frívola que soy. Verás, te voy a decir…

Media hora más tarde, estaba él ocupado en la sala de atrás en escribir para Helen una lista de los libros que debiera leer. *Filósofos Griegos Primitivos*, por Burnet; *Phaedrus*, *Timacus*, *La Apología* y el *Symposium*, traducido por Jowett; *La Pequeña Antología de Moralistas Griegos*, seleccionada por Comford; Marco Aurelio; cualquier buena traducción de Lucrecio; el *Plotino*, de Inge. Ahora hablaba con naturalidad y confianza en sí mismo, autoritario y docente y se conducía como un ser vivo que se encuentra nuevamente en su elemento.

—Estos libros te darán una idea aproximada de lo que pensaban los antiguos.

Asintió ella con un gesto. La expresión de su cara según leía la lista escrita a lápiz era grave y decidida. Ya había determinado que iba a usar gafas y que pediría que la pusieran una mesa en su alcoba para poder

sentarse allí sin interrupciones, con todos los libros amontonados junto a ella y recado de escribir sobre la mesa. Libros de apuntes, o mejor aún ficheros alfabéticos. Sería la suya una vida completamente nueva, una vida animada por un propósito. Alguien puso en marcha el gramófono que había en la sala, y los pies de Helen comenzaron a moverse rítmicamente acompañando la música como por propia iniciativa. Uno, dos, tres; uno, dos, tres… Era un vals. Pero, ¿en qué estaba pensando? Frunció el ceño y dejó de mover el pie.

—En cuanto a los pensadores modernos —estaba diciendo Hugh—, los dos libros indispensables, base de toda cultura moderna, son —y escribió apresuradamente al mismo tiempo que hablaba— los *Ensayos*, de Montaigne, y los *Pensamientos*, de Pascal. Esos dos son indispensables —añadió subrayando los nombres—. Luego harás bien en echar un vistazo al *Discurso sobre el Método*.

—¿Método de qué? —preguntó Helen.

Pero Hugh no oyó la pregunta.

—Lee también a Hobbes, si tienes tiempo —siguió diciendo con fuerza y confianza cada vez mayores—. Luego, Newton. Eso es esencial. Porque si no conoces la filosofía de Newton, no puedes comprender por qué la ciencia se ha desarrollado como lo ha hecho. Encontrarás todo lo que necesitas en los *Fundamentos Metafísicas de la Ciencia Moderna*, de Burt.

Callaron los dos mientras él escribía. Habían llegado Tom y Eileen y Sybil. Helen los oía hablar en la sala contigua, pero no obstante conservó la vista clavada con decisión sobre el papel.

—Luego, Hume. Mejor será que empieces por los *Ensayos*. Son extraordinarios. ¡Qué sentido, qué inmensa sagacidad!

—Sagacidad —repitió Helen, y sonrió encantada.

Sagacidad. Sí, ésa era exactamente la palabra que ella había estado buscando, efectivamente lo que le gustaría ser; sagaz, como el elefante, como el perro de pastor, o también como Hume si esto resultaba preferible. Pero al mismo tiempo, seguiría siendo ella misma: sagaz, pero joven; sagaz, pero alegre y atractiva; sagaz, pero impetuosa y…

—No voy a obligarte a leer a Kant —dijo Hugh indulgentemente—. Pero creo —y comenzó de nuevo a escribir con el lápiz—, creo que tendrás

que leer un par de kantianos modernos. Por ejemplo, la *Filosofía del Como Si*, por Vaihinger, y la *Biología Teórica*, de von Uezhüll. No, no olvides que toda la ciencia del siglo veinte acusa la influencia de Kant, tanto como la ciencia del siglo dieciocho y del siglo diecinueve estuvo influenciada por Newton…

—¡Helen!

Miraron los dos sobresaltados a su interruptor y vieron la cara sonriente y de agraciada insolencia de Gerry Watchett. Sus ojos de un azul brillante engastados en medio de la tez curtida por el sol fueron de uno al otro con mirada burlona. Dio un paso más hacia ellos, descansó con gesto familiar una mano sobre el hombro de Helen, dio dos o tres cariñosas palmaditas en él y preguntó:

—¿Qué hacéis? ¿Palabras cruzadas?

Como si fuera su caballo, pensó Hugh con indignación. Y en efecto, el aspecto de Gerry era precisamente de mozo de cuadra. Aquel pelo ensortijado, entre dorado y castaño, aquella cara de facciones romas, al mismo tiempo infantil y dura, pudieran haber pertenecido a cualquier mozo de cuadra cuidador de caballos de carrera.

Helen sonrió con la que pretendió ser una sonrisa de despreciativa superioridad, una sonrisa de intelectual.

—A ti te parecerían palabras cruzadas —respondió, y luego, cambiando el tono, preguntó—: Os conocéis, ¿verdad?

—Sí —contestó Gerry, y sin quitar su mano derecha del hombro de Helen, alzó la izquierda en gesto caricaturesco que remedaba un saludo militar—. Buenas noches, mi coronel.

Hugh devolvió el saludo tímidamente. Toda su fuerza, toda la confianza en sí mismo, se desvanecieron al verse forzado a volver desde el mundo de los libros al de la vida personal. Se sentía como un albatros en tierra seca, torpe, inútil y feo. Sin embargo, hubiera sido muy fácil haber sonreído intencionadamente y haber dicho: «Sí, conozco a Gerry, le conozco muy bien». Y el tono de sus palabras hubiera implicado que le conocía como vendedor de acciones sin valor, como jugador profesional, como conquistador no menos profesional. Decían las hablillas que era el amante

de tumo de Mary Amberley. «Le conozco, ya lo creo que le conozco, le conozco *divinamente*».

Hubiera sido sencillo decirlo, pero no lo dijo, sino que se limitó a sonreír tímidamente y a llevarse la mano hasta la sien.

En tanto, Gerry se había sentado sobre el brazo de un sofá y estaba contemplando a través del humo de su cigarrillo a Helen con una insolencia calmosa y tranquila, apreciando, pudiera decirse, cada una de sus características: los cascos, las cuatrillas, la grupa, el hocico.

—¿Sabes, Helen, que te estás poniendo cada día más bonita? —acabó por decir.

Helen echó para atrás la cabeza y se rió ruborizada.

Pero de pronto su cara se endureció con rigidez poco natural. Se apoderó de ella la furia, molesta con Gerry por su impertinencia, y molesta sobre todo con ella misma por haber encontrado de su gusto la impertinencia, por haber reaccionado con puntualidad automática y humillante ante el insultante halago. ¡Ruborizarse risueña como cualquier colegiala! ¿Y la *Filosofía del Como Sí*, las gafas de cerco de concha, la nueva vida y el fichero alfabético? Bastó que un hombre le dijera que era bonita y todo ello desapareció instantáneamente como si nunca hubiera existido. Se volvió hacia Hugh buscando protección y ayuda, pero en el mismo momento en que sus ojos se encontraron con los de él, Hugh apartó la mirada, su rostro adquirió una expresión de ensimismamiento meditabundo y pareció estar pensando en alguna otra cosa. Helen se preguntó si estaría ofendido con ella al ver que el piropo de Gerry le había causado gusto. Pero su placer fue inevitable, fue como el súbito cerrar de ojos de quien escucha un disparo cercano. Debiera él entenderlo, debiera darse cuenta de que ella deseaba ardientemente comenzar una vida nueva y ser sagaz. Y en vez de mostrarse comprensivo, le veía indiferente y negándose a socorrerla. No había derecho.

Detrás de aquella máscara fría e indiferente, Hugh se sentía más que nunca igual que el albatros de Baudelaire:

Ce voyageur alié, comrne il est gauche et veule!
Luí, naguere si beau, qu'il est comique et laid[53]*!*

¡Ah, aquellos audaces y majestuosos vuelos a través de la azul limpidez kantiana!

En el cuarto vecino el gramófono trompeteaba: «Si, señor, ella es mi niña». Gerry silbó un par de compases y luego dijo:

¿Qué tal te parecería un poquito de fox-trot, Helen? A no ser, claro está, que no hayas terminado todavía con el Coronel —dijo mirando burlonamente a Hugh—. Pues no quisiera interrumpiros.

Ahora fue Helen la que miró a Hugh.

Pues, no sé… —comenzó a decir vacilante.

—No, no, de ninguna manera. Vete, vete —dijo Hugh sin alzar la vista.

En el momento en que hablaba se preguntó qué le había hecho proclamar su propia derrota aún antes de que se celebrara la batalla. ¡Dejarla en manos de aquel mozo de cuadra! ¡Necio, cobarde! Sin embargo, se dijo tímidamente, Helen preferiría muy probablemente la compañía del rufián. Se levantó, murmuró algo acerca de que iba a preguntar a alguien, algo acerca de algo, y se alejó hacia la puerta que daba al descansillo de la escalera.

«Si no desea mi compañía… —pensó Helen herida—, si no cree que vale la pena de estar conmigo…». Se sentía ofendida.

—Mutis el Coronel —dijo Gerry—. Bueno, ¿bailamos?

Se levantó y acercándose a ella le ofreció la mano. Helen la tomó y se ayudó para levantarse del bajo sillón que ocupaba. «No, señor, no diga quizá», cantó Gerry al rodearle la cintura con el brazo a su pareja. Juntos se lanzaron a la corriente ondulada de la música. Trenzaron su camino por entre sillas y mesas y se dirigieron bailando hacia la puerta que daba a la otra habitación.

OceanofPDF.com

XV

JUNIO DE 1903 —ENERO DE 1904

EL proceso se había convertido en un rito, en un sacramento, según las palabras de John Beavis: un sacramento de comunión. Primero al abrir el armario, el manoseo de los vestidos. Cerraba los ojos, respiraba el perfume que despedían las ropas, el perfume suave y dulce de su cuerpo, que le llegaba a través del abismo cada vez más ancho del tiempo. Luego, los cajones. Los tres de la izquierda guardaban su ropa interior. Los saquitos de espliego estaban atados con cintillas azules. El encaje del camisón que ahora se desdobló había tocado… Ni siquiera mentalmente se atrevió a pronunciar la palabra pechos, pero se imaginó las carnales redondeces que subían y bajaban con la respiración debajo de la complicación laberíntica de los hilos del encaje. Recordó luego las noches en Roma, y por fin pensó en Lollingdon, en la hoya, la tierra y el silencio espantable y oscuro. Volvió a doblar y guardar la prenda. Les llegó el turno a los dos cajones más pequeños de la derecha: los guantes que habían enfundado sus manos, los cinturones que ciñeron su cuerpo y que ahora él se puso apretadamente alrededor de la muñeca o rodeando la cabeza como una filacteria. Terminaba el rito con la lectura de sus cartas, de aquellas cartas pueriles y conmovedoras que le escribió siendo novios. Al hacerlo, el dolor de Beavis resultaba colmado. Terminado el acto ritual, podía acostarse, con una espada más clavada en el corazón.

Mas en los últimos tiempos la espada había perdido algo de su aguzamiento acerado. Dijérase que la muerte, hasta entonces tan

terriblemente viva, había comenzado a morir ella misma. El rito estaba perdiendo su magia. La consumación sacramental resultaba cada día más difícil y era, cuando la lograba, menos dolorosa y, por lo tanto, menos satisfactoria. Pues lo que durante todos aquellos meses había logrado que mereciera la pena vivir, fue precisamente el dolor de su pérdida. El deseo y la ternura resultaron privados brutalmente de su objeto. Fue una amputación dolorosa en extremo, insoportable. Y ahora este dolor, lo único que le quedaba de ella, esta inapreciable angustia, se le estaba escapando, estaba muriendo, como la misma Maisie había muerto.

Aquella noche le pareció que el dolor se había desvanecido completamente. Hundió la cara en los perfumados pliegues de los vestidos, extendió los encajes y la seda que llevó ella sobre la carne, sopló dentro de los guantes y contempló el desinflamiento paulatino de la imagen de su mano, que iba muriendo, muriendo, hasta que la falsa epidermis quedaba de nuevo colgando y *horra* hasta de vida imitada… Pero los ritos no surtieron efecto. John Beavis no logró conmoverse. La sabía muerta, se daba cuenta de su terrible pérdida, pero no sintió nada acerca de la pérdida, nada sino una especie de vacuidad polvorienta del espíritu.

Se acostó fracasado, humillado hasta cierto punto. La única justificación de los ritos mágicos es que tengan éxito, pues cuando no logran suscitar los debidos resultados emotivos, el oficiante se queda con la desagradable impresión de que ha estado haciendo el ridículo.

Seco de espíritu, como una momia en la vacuidad polvorienta de su propia tumba, John Beavis no logró dormirse hasta pasado mucho tiempo. Las doce; la una; las dos, y cuando ya comenzaba a desesperar y a creer que no podría conciliar el sueño, se quedó dormido y comenzó a soñar que Maisie estaba junto a él. La vio tal como era el primer año de su matrimonio, con el pecho subiendo y bajando debajo de los encajes al compás de la respiración, con los labios entreabiertos en un gesto de inocente sumisión. La tomó en sus brazos.

Fue aquélla la primera vez desde que murió que soñó con ella en circunstancias distintas de las de su agonía.

Despertó avergonzado, y cuando ya entrado el día vio a miss Gannett evidentemente esperándole, como de costumbre, en el pasillo que conducía

a su aula, hizo como que no la veía y pasó ante ella presurosamente, con la cabeza baja, ceñudo, fingiendo estar abstraído en la consideración de algún problema filológico abstruso e insoluble.

Al día siguiente por la tarde fue a casa de su vieja tía Edith, que «recibía», como todas las semanas. Naturalmente, aunque Beavis simuló gran sorpresa al verla, allí estaba miss Gannett, como él supuso, pues jamás se perdía un jueves en casa de su tía Edith.

—Ayer iba usted con una prisa terrible —le dijo ella así que tuvo el tiempo de reponerse de su fingida sorpresa.

—¿Yo? ¿Cuándo? —preguntó él como si no comprendiera.

—Sí, ayer, después de la lección.

—¿Estaba usted allí? No la vi.

—Ahora se cree que hice novillos y que no asistí a la conferencia —se quejó ella dirigiéndose a una tercera persona inexistente.

Desde que le conoció dos meses antes en casa de su tía Edith, miss Gannett había asistido puntualmente a todas las lecciones dadas en público por Beavis. «Para cultivar mi jardín —solía explicar con voz de broma y al mismo tiempo grave— que está bien necesitado de cultivo…».

—No he dicho semejante cosa —protestó Beavis.

—Le enseñaré a usted las notas que tomé.

—No, no; se lo ruego —dijo él juzgando que le había llegado el turno de mostrarse gracioso—; no tiene usted idea de lo que me aburren mis conferencias.

—Está bien. Pues casi me atropelló usted en el corredor después de la lección.

—¡Ah! ¿Fue entonces?

—Jamás he visto a nadie andar tan de prisa.

—Sí —dijo él asintiendo con la cabeza—, llevaba mucha prisa. Tiene usted mucha razón. Iba a una reunión del Comité. Una reunión de especial importancia —añadió con gran efecto.

Abrió ella los ojos todo lo posible y su voz dejó de ser alegre para tornarse, igual que la expresión de su rostro, profundamente grave.

—Algunas veces debe de resultar aburrido —dijo— ser una persona tan importante, ¿verdad?

Míster Beavis sonrió desde la altura a la niña seria e impresionada que le miraba, a la niña inocente que era también una mujer joven, gordezuela y bonita, aunque algo chata, una mujer de veintisiete años. La sonrió complacido al mismo tiempo que se atusaba el bigote.

—No tan importante, no tan importante —protestó—, no tan…

Se interrumpió, contrajo la boca, le brillaron los ojos y dio a luz la frase chancera.

—Algo menos… «olímpico» de lo que usted cree.

Aquella mañana el correo le trajo una carta solamente. Era de Anthony. *Mr*. Beavis rasgó el sobre.

Bulstrode, 26 de Junio.

Queridísimo padre: Muchas gracias por tu carta. Creí que íbamos a ir a Tenby en vacaciones. ¿No lo arreglaste con Mrs. Foxe? Foxe dice que ella nos espera, así que quizá no debiéramos ir a Suiza como dices que vamos a hacer. Ayer tuvimos dos partidos de cricket. El primer equipo contra Sunny Bank y el segundo contra Mumbridge. Ganamos los dos, así que fue estupendo. Yo jugaba en el segundo y conseguí seis tantos sin salir del juego. Hemos empezado un libro que se llama Lettres de mon Moulin, en francés, y me parece un tostón. No tengo más noticias, de manera que recibe todo el cariño de tu hijo

Anthony

P.D. No se fe olvide escribirle a Mrs. Foxe, porque Foxe dice que está creída que vamos a Tenby.

Míster Beavis frunció el ceño al leer la carta, y en cuanto hubo terminado el desayuno se sentó inmediatamente para contestarla.

Earl's Court Square 27-VI-03

Queridísimo Anthony: Me ha desilusionado que hayas recibido con tan poco entusiasmo las que creí que serían para ti bonísimas noticias. A tu edad, no me cabe duda de que hubiera celebrado el proyecto de «ir al

extranjero», y muy particularmente a Suiza. Mi conversación con Mrs. Foxe fue muy vaga. No obstante, le escribí una carta tan pronto como se me presentó la oportunidad de explotar la Oberland de Berna en compañía grata, lo cual tuve la suerte de que ocurriera hace unos días, y me hizo suspender los vagos planes referentes a Tenby. Si quieres ver el lugar exacto al cual iremos, toma tu mapa de Suiza, busca los Interlaken y el lago de Brienz, dirígete hacia el este desde el extremo del lago hasta Meiringen y desde allí hacia el sur en dirección a Grindelwald. Nos alojaremos al pie del Puerto de Scheideck, en Rosenlaui, casi a la sombra de famosos gigantes como el Jungfrau, Weisshorn y Co[54]*!. No conozco el lugar, pero todos los informes que me dan me hacen concebirlo como un paraíso, como un sitio «formidable».*

Me alegro mucho de que dejaras tan bien el pabellón de tu colegio durante el partido. Debes, querido Anthony, procurar superarte a ti mismo sin descanso. Tengo la esperanza de que el año que viene consigas el gran honor de ser elegido para formar parte del primer equipo y de lucir las insignias correspondientes.

No puedo estar de acuerdo con tu mala opinión de Daudet que te hace calificar su obra de «tostón». Sospecho que su «tostonería» es más bien debida a las dificultades que su lectura puede encerrar para quien no conoce bien la lengua francesa. Cuando hayas llegado a dominar el idioma, creo que apreciarás el tierno encanto de su estilo y la agudeza de su ingenio.

Espero que estarás trabajando mucho para compensar esa desgraciada dificultad que encuentras para estudiar matemáticas. Te he de confesar que tampoco yo descollé nunca en las ciencias exactas, y esto me permite darme cuenta más perfectamente de las dificultades que tienes que vencer. Pero la industria tiene resultados milagrosos, y estoy seguro de que si «empollas» el Álgebra y la Geometría, podrás, sin duda alguna, alcanzar el año que viene tantos conocimientos en esas asignaturas como cualquier ganador de becas.

Con todo cariño, tu padre,

J. B.

—¡No hay derecho! —dijo Anthony, cuando acabó de leer la carta de su padre. Acudieron las lágrimas a sus ojos. Se sentía víctima de una injusticia insoportable.

—¿Q-q-q-qué di-dice? —le preguntó Brian.

—Ya lo tiene decidido. Le ha escrito a tu madre que vamos a no sé qué cochino sitio de Suiza, en vez de ir a Tenby. No hay derecho.

Arrugó la carta y la tiró airadamente al suelo. Luego, se volvió de espaldas y buscó alivio a su indignación dando patadas a su casa de juegos.

—¡No hay derecho, no lo hay! —repetía una y otra vez.

También Brian tomó la cosa a pecho. Tenía planeado pasarlo tan bien en Tenby, lo tenía todo tan admirablemente preparado de antemano con la imaginación, que aquel repentino desmoronamiento de sus queridos proyectos le dejó consternado. Todo el porvenir yacía destrozado a sus pies.

—B-b-bueno —dijo al cabo—, en Suiza t-también lo pasarás bien.

Y movido por un impulso repentino, al cual le hubiese sido difícil encontrar explicación, se agachó, cogió del suelo la carta de *Mr*. Beavis, la alisó y se la alargó a Anthony.

—T-toma; t-tu carta.

Anthony la miró durante unos instantes, abrió la boca como si fuera a hablar, volvió a cerrarla y se guardó la carta en el bolsillo.

La «grata compañía» en la que iban a explorar la Oberland de Berna resultó ser, cuando llegaron a Rosenlaui, miss Gannett y su antigua compañera de colegio, miss Louie Piper. *Mr*. Beavis se refería a ellas diciendo «las muchachas», o con un toque de la comicidad filológica, que tan de su gusto era, «las damiselas», *dominicellae*, doble diminutivo de *domina*. ¡Las señoras diminuto-chiquitinas! Cada vez que pronunciaba la palabra, sonreía para sí. Para Anthony, las damiselas resultaron ser dos mujeres insoportables y entradas en años. Piper, la delgada, parecía una institutriz. Hallaba preferible a la Gannett, gorda y vieja, a pesar de su risa terrible, afectada y chillona, a pesar de aquella manera que tenía de resoplar y sudar al subir las cuestas. La Gannett tenía, por lo menos, buena intención. Afortunadamente, en el hotel había otros dos chicos ingleses. Es verdad que eran de Manchester y que hablaban con un acento raro, pero

eran buenos chicos y conocían un número verdaderamente extraordinario de cuentos verdes. Además, habían descubierto a espaldas del hotel una cueva oculta en el bosque, en la que tenían escondidos cigarrillos. Cuando volvió a Bulstrode, Anthony hizo saber con orgullo que habían fumado casi todos los días de las vacaciones.

Míster Beavis fue a pasar la tarde de un sábado de noviembre en Bulstrode. Estuvieron viendo jugar al fútbol durante algún tiempo, y luego emprendieron un paseo tedioso que afortunadamente acabó en la hostería de «Las Armas Reales». *Mr*. Beavis pidió *crumpets* y «unos huevos al plato para este valiente», frase que acompañó de un guiño bondadoso dirigido a la camarera, como si compartiera un secreto, y «dulce de cereza. ¿No es el que te gusta, el de cereza?».

Anthony dijo que sí. En efecto, el dulce de cereza era su preferido, pero tantos mimos y consideraciones comenzaron a despertar sus recelos. ¿A qué venía todo aquello? ¿Iba a decirle algo acerca de sus estudios? ¿Le iría a pedir que se presentase el verano siguiente para competir a una beca? ¿Iría a hablarle acerca de…? Se sonrojó. Pero, después de todo, nada podía saber su padre acerca de tal cosa. No era posible. Acabó por darse por vencido. No pudo imaginar de qué se trataba. Mas cuando después de un largo silencio su padre se inclinó hacia él y le dijo que tenía que darle una noticia importante, Anthony adivinó inmediatamente lo que iba a escuchar.

«Se va a casar con esa mujer, con la Gannett», se dijo. Y, en efecto, eso era lo que pensaba hacer *Mr*. Beavis. A mediados de diciembre.

—Será una compañera para ti —le dijo su padre—, una camarada, con esa alegría juvenil y fresca que tiene. Será una camarada, además de una segunda madre.

Anthony inclinó la cabeza. Pero ¿qué quería decir con eso de que sería una compañera para él? Pensó en ella, gorda, subiendo las cuestas en medio de resoplidos, colorada, apestando a sudor, verdaderamente apestando. Y de repente le resonó en los oídos la voz de su padre.

—Pauline quiere que la llames por su nombre de pila. Será más… agradable y simpático…, ¿no crees?

Anthony dijo que sí, porque evidentemente no podía decir otra cosa y se sirvió más dulce de cereza.

—¿La tercera persona del singular del *aoristo*[55] de rizemi? —preguntó Anthony.

Cara de Caballo no lo supo. Staithes dio la contestación correcta.

—¿Y la segunda del plural pluscuamperfecto de erjomai?

La vacilación de Brian se debió a algo más grave que su tartamudez.

—Esta noche estás pez, Cara de Caballo —dijo Anthony, y señaló con el dedo a Staithes, quien volvió a acertar la respuesta—. Muy bien, Staithes —entonces repitió la manida broma de El Chinche—: «Los sedimentos caen al fondo del vaso. El fondo del vaso se llama…» —y al hablar imitó, parodiándola, la voz sonora y grave de El Chinche.

—¡Pobre Cara de Caballo! —dijo Staithes, dándole una palmada en la espalda. Ahora que Brian le había dado ocasión de demostrar que sabía menos gramática griega que él, Staithes casi pudiera decirse que le profesaba verdadero cariño.

Ya habían dado las once hacía un buen rato y ya las luces debieron apagarse hacía tiempo. Estaban los tres apretujados en el retrete. Anthony, según correspondía a su papel de examinador, estaba sentado majestuosamente sobre la taza, y los otros dos se hallaban a sus pies, sentados en el suelo. Hacía una noche templada de mayo. Faltaban menos de seis semanas para los exámenes de los candidatos a becarios. Brian y Anthony se presentaban a competir por sendas becas en el colegio de Eton; Staithes buscaba alcanzar una beca para el de Rugby. Al iniciarse el curso después de las últimas vacaciones de Navidad, Staithes había regresado a Bulstrode para anunciar que se proponía presentarse a examen para una beca. La noticia causó el consiguiente asombro, y a sus admiradores y cortesanos no poca consternación. Que los «empollones» eran desagradables era un axioma aceptado de antiguo. Y ahora salía nada menos que Staithes anunciando su intención de presentarse a examen para una beca con los demás «empollones», con Benger Beavis, con Cara de Caballo y con aquel asqueroso El Ojos. Aquello tenía todos los visos de una traición a los ideales más sagrados.

Staithes los tranquilizó, primero con palabras y después con hechos. La idea había sido de su padre. No por cuestiones de dinero, se apresuró a

explicar. A su padre no le daba una higa del dinero. Buscaba únicamente el honor y la gloria y el seguir una costumbre ya tradicional en la familia. Su padre, sus tíos, hermanos de su padre, todos habían alcanzado becas. No podía él ser menos que ellos. Lo cual no quería decir que el estudiar no fuera una grandísima lata, y que todos los «empollones» que «empollaban» porque les gustaba hacerlo, como Cara de Caballo y Beavis, o pensando en el dinero, como el miserable de El Ojos, no fuesen unos verdaderos gusanos. Y para demostrarlo, comenzó a burlarse del tartajeo y de los «barriguirrojos» de Cara de Caballo y organizó una campaña contra El Ojos por su cobardía en el campo de fútbol, lo cual complementó pinchando a Beavis en el trasero con una plumilla durante el estudio. Desde entonces, aunque se puso a estudiar con gran ahínco, compensó esta conducta reprobable poniendo mayor entusiasmo que nunca en los juegos y explicando a cuántos quisieron oírle que el estudio era una «tabarra», y que estaba seguro de que de ningún modo pasaría los exámenes necesarios para ganar una beca.

Así que consideró que su honor estaba a salvo, cambió de táctica con Beavis y Cara de Caballo, y después de mostrarse con ellos durante algún tiempo cada vez más cordial, acabó por proponerles la fundación de una sociedad de socorros mutuos destinada a la preparación de los exámenes. Él fue quien al comenzar el curso de verano propuso las reuniones diarias por la noche en el excusado. Brian quiso incluir al Ojos en las reuniones, pero los otros dos protestaron; además, pudieron demostrar que en el excusado de ninguna manera cabía un cuarto estudiante. Brian tuvo que contentarse con ayudar al Ojos durante el día, dedicándole de cuando en cuando media hora. La noche y el retrete quedaron reservados para el triunvirato.

—Estoy a-algo cansado —dijo Brian para explicar su fracaso con los verbos griegos aquella noche.

Su palidez y la transparencia azulada de su tez debajo de los ojos daban testimonio de la verdad de sus palabras, mas para Mark Staithes éstas no fueron más que una excusa de Brian para disminuir la amargura de su derrota a manos de uno que no llevaba estudiando años y más años, como ellos dos, sino tan sólo unos cuantos meses. La excusa no era sino una

confesión implícita de inferioridad. Sintiéndose triunfador, Staithes pudo mostrarse magnánimo.

—¿Qué te ocurre, hombre? Vamos a descansar un rato —dijo.

Anthony sacó del bolsillo de su bata tres galletas de jengibre, algo blanduchas, menester era confesarlo, a causa de su edad, pero no por eso aceptadas con menor alegría.

—Ojalá tuviera yo alguna esperanza de pasar los exámenes —dijo Staithes por milésima vez desde que había decidido presentarse candidato a becario.

—La t-tienes.

—No, no la tengo. Es sencillamente una idea descabellada de mi padre. Completamente descabellada —repitió sacudiendo la cabeza; pero la verdad era que sentía un orgullo muy agradable al recordar con alegría las palabras de su padre: «Nosotros, los Staithes… Cuando uno se llama Staithes… Eres tan listo como cualquiera de nosotros y no tienes menos arrestos»; hizo un esfuerzo para suspirar desalentado y dijo en voz alta—: No tengo ninguna probabilidad.

—Sí la t-t-tienes, de v-v-veras.

—¡Qué va!

Se negaba a admitir la posibilidad de su éxito. De esa manera, si no lograba la plaza, podría decir riéndose, que ya suponía él lo que iba a ocurrir; y si conseguía la beca, como en su fuero interno esperaba que ocurriera, su triunfo resultaría mayor. Además, cuanto con más insistencia asegurase que no pasaría el examen, tantas veces escucharía aquellas delectables palabras que aludían a su éxito posible y aun probable. Un éxito, además, logrado en el terreno de sus compañeros, un éxito conseguido a pesar de sus negativas insistentes a tomar en serio esta ridiculez del estudio hasta que comenzó el último curso.

Fue Benger quien le rindió tributo ahora:

—El Chinche cree que pasarás. Le oí hablar ayer con Jacko acerca de ti.

—¿Qué sabe El Chinche? —dijo Staithes con un gesto despectivo, pero a través de su máscara de desprecio brillaron de placer sus ojos castaños—. Y en cuanto a Jacko…

El súbito ruido del picaporte, subido y bajado con urgencia, sobresaltó a los tres amigos.

—¡A ver, muchachos, a ver si os dais prisa! —oyeron que susurraba una voz a través del ojo de la cerradura—. Tengo un dolor de vientre que no me tengo.

Brian se levantó rápidamente del suelo.

—T-t-tenemos que dejarle entrar.

Pero Staithes le obligó a sentarse de nuevo.

—No seas bobo —dijo, y luego, volviéndose hacia la puerta, añadió—: Vete a uno de los de abajo, estamos ocupados.

—Es que tengo mucha prisa.

—Entonces, cuanto antes te vayas, mejor.

—¡Eres un cerdo! —protestó él, susurrante.

Oyeron entonces una exclamación apurada, y el ruido de unos pies calzados de zapatillas que bajaban las escaleras movidos por la urgencia de un miedo pánico.

—Que aprenda. ¿Le damos otro repaso a la gramática griega? —dijo Staithes sonriendo con malevolencia.

Indignado anticipadamente, James Beavis había advertido el gradual aumento de su irritación minuto a minuto desde que llegó a la casa de su hermano. Toda ella apestaba horriblemente a matrimonio. Casi era imposible respirar en tal ambiente. Y allí estaba John, absorbiendo las irradiaciones invisibles de un calor oscuro y femíneo, llenándose los pulmones ávidamente del aire viciado, profundamente satisfecho, repugnantemente feliz. Como una marmota, se le ocurrió pensar a James Beavis, que se aprieta amorosa contra su hembra, piel peluda contra piel peluda, en su angosta madriguera subterránea. No era otra cosa la casa, una madriguera, en la que John ocupaba una de las cabeceras de la mesa parecido a una marmota delgada, mientras que en la otra se veía a la marmota-mujer pingüe y blanda, y entre ellos, a un lado, él mismo, con el estómago revuelto y los sentimientos airados, y en el otro el desgraciado Anthony, como un ser silvestre y habituado al aire puro que ha sido cazado y arrastrado a la prisión de la madriguera de marmotas. Su indignación le

hizo sentir una piedad y un afecto no menos violento por aquel niño desgraciado, y simultáneamente cordial simpatía retrospectiva por la pobre Maisie. Siempre la tuvo en vida por estúpida, y mujer de necedad tan frívola como irremediable. Ahora, la boda de John, y la atmósfera opresivamente connubial que rodeaba a la excesivamente feliz pareja, le hicieron olvidar el juicio que Maisie le mereció en vida y llegó a pensar en ella como si hubiese sido una mujer excepcional. («Al menos, tuvo cierta delgadez graciosa»). Sacrificada póstumamente por su marido ante el altar de aquella marmota femenina, carnosa y repugnante. ¡Un asco! Su indignación era inevitable.

Mientras tanto, Pauline desistió de repetir del *soufflé* de chocolate.

—Anda, un poquito más, cariño —insistió el marido.

Pauline exhaló una imitación de suspiro, con el cual pretendió expresar su ahíto, y dijo:

—No puedo.

—¿Ni siquiera por ser de *chocolata* —John Beavis siempre empleaba el vocablo original azteca.

Pauline miró con expresión traviesa la fuente que contenía la *gollería* y dijo:

—No debiera… —con lo cual pretendió expresar que su hartazgo no era tan completo como pudiera suponerse.

—Anda, sí, un poquito nada más —insistió él.

—Mírale, tratando de cebarme para que engorde —se quejó ella en broma—. Me está tentando.

—Pues, anda, peca.

El suspiro que Pauline se extrajo del pecho ahora fue de verdadera mártir.

—Está bien —dijo, obediente.

La criada que había estado aguardando impasible el resultado de esta controversia, le ofreció de nuevo la fuente. Pauline se sirvió.

—Así me gustan las niñas buenas —dijo *Mr*. Beavis en un tono y con un guiño que expresaban jocosamente una imitación divertida de sus sentimientos paternales—. Y ahora, tú, James, sigue el buen ejemplo que te dan.

El asco y el enfado de James eran de tan inusitada violencia que no osó abrir la boca por miedo de decir alguna barbaridad. Se contentó con sacudir la cabeza rechazando la oferta.

—¡Y tú, Anthony, no quieres más *chocolata*! ¿Vas a despreciarle al pobre?

Y como Anthony aceptara la invitación, su padre volvió a decir:

—Así me gusta. Hay que… —dudó durante unos segundos y acabó diciendo—: Hay que llenar la «andorga».

OceanofPDF.com

XVI

17 DE JUNIO DE 1912

LA charla gárrula de Anthony según se dirigían a la estación era síntoma e indicio de los remordimientos que sentía. Aquella profusión de palabras, aquella brillantez de su atención, pretendían compensar a Brian de su conducta la noche anterior. Y no es que Brian se hubiera quejado, pues antes al contrario dijérase que procuraba muy especialmente no aludir a la ofensa sufrida la víspera. Su silencio le sirvió a Anthony de excusa para eludir temporalmente toda mención desagradable acerca de Mark Staithes. Llegaría el momento inevitable en que se vería obligado irremediablemente a sacar la conversación temida (¡qué aburrimiento estas disputas ajenas, tan complicadas y tediosas!); pero por el momento juzgó que sería mejor esperar, esperar que Brian aludiese al desagradable asunto. Mientras esto ocurriera, su conciencia intranquila le hacía mostrarse con Brian más cordial que de ordinario, a hacer esfuerzos inusitados para hablar de manera interesante, y para indicar que escuchaba con especial atención a su amigo. Mostróse interesado en la poesía de Edward Thomas según descendían por Beaumont Street; en Bergson al pasar por delante del colegio de Worcester; en la nacionalización de las minas de carbón según cruzaban el puente de Hythe; y, finalmente, bajo el viaducto y al subir el largo repecho que conduce a la estación, interesado en Joan Thursley.

—Es ra-ra-rarísimo q-que no la hayas co-co-conocido —dijo Brian rompiendo con evidente esfuerzo un silencio relativamente largo.

—*Dis aliter visum*[56] —respondió Anthony en el mejor estilo clásico de su padre; aunque, naturalmente, si él hubiera aceptado la invitación de *Mrs*. Foxe para pasar unos días en Twyford, los dioses, pensó, hubiesen cambiado de parecer.

—Q-quiero q-que os seáis mutua-mutuamente simpáticos.

—Nos lo seremos, sin duda.

—Joan n-no es m-muy lista. P-p-por lo menos a p-prime-ra vista. Te da la sensación de que lo ú-nico q-que le interesa es el c-c-c… —no pudo decir «campo» y decidió recurrir a la perífrasis no obstante su aparente afectación —, son los a-asuntos ru-rurales. P-perros, p-pájaros y esas cosas.

Asintió Anthony, y de repente le vinieron a la memoria los barriguirrojos y los camaleones flautas de los buenos tiempos de Bulstrode, lo que le hizo sonreír imperceptiblemente.

—P-pero c-cuando se la conoce mejor —prosiguió trabajosamente Brian— ves que es más lista de lo que ap-apa- renta. T-tiene un oído mag-magnífico para la p-p-p…, los versos. W-wordsworth y M-meredith, por ejemplo. Siempre m-me está asom-asombrando con sus acertadas opi-opiniones.

Anthony se sonrió sarcásticamente para sí. Meredith, naturalmente.

Calló Brian, preguntándose cómo podría explicarlo todo, y si valía la pena de procurar hacerlo. Todo estaba en contra suya, su defecto físico, la dificultad de expresar verbalmente lo que tenía que decir, la posibilidad de que Anthony ni siquiera deseara entender sus palabras y que decidiera mostrarse cínico y simular que no estaba allí.

Brian pensó en la primera vez que la vio. Recordó su embarazo al descubrir a dos personas desconocidas en la sala cuando entró en ella para tomar el té, aún sofocado y con el pelo mojado por la lluvia. Su madre pronunció un nombre: *Mrs*. Thursley. Al estrechar la mano de aquella mujer delgada y vestida sin elegancia, comprendió que se trataba de la esposa del nuevo vicario. Eran sus modales tan corteses que ceceaba al hablar, y su sonrisa tenía una luminosidad deliberada.

—*Y* ésta, es Joan.

Le alargó la muchacha la mano y él la estrechó. Su cuerpo cenceño se movió tímidamente como extrañando la presencia del desconocido, y fue un

movimiento no sólo de timidez, sino de gracia adorable, como el de un árbol joven que se inclina ante la caricia del viento. A Brian le pareció lo más bello, y al mismo tiempo lo más conmovedor, que nunca había visto.

—Hemos estado oyendo que es usted aficionado a los pájaros —dijo *Mrs*. Thursley, que intensificaba aquella sonrisa excesivamente luminosa, de cristiana profesional—. Joan también. Es una verdadera ornitóloga.

La muchacha rechazó, sonrojada, tal clasificación.

—Le gustaría muchísimo tener a alguien con quien hablar de sus dichosos pájaros. ¿Verdad, Joan?

El embarazo de Joan era tan marcado que le resultó completamente imposible contestar.

Mientras miraba la cara teñida de rubor, Brian se sintió lleno de ternura compasiva. Comenzó su corazón a latir desaforadamente, y con una mezcla de miedo y de jubilosa exaltación, se dio cuenta de que algo extraordinario e irrevocable había acontecido.

Recordó luego aquella ocasión, cuatro o cinco meses más tarde, en la que fueron los dos invitados a casa del tío de ella en el Sussex Oriental. Separada de sus padres, Joan pareció transformarse, mas no en otra persona, sino en su personalidad fundamental, en la muchacha feliz y locuaz que de ningún modo podía ser en su casa. Pues en ésta vivía constantemente constreñida. El perpetuo gruñir de su padre salpicado de súbitas explosiones airadas, la atemorizaban. Y aunque quería a su madre, se sentía prisionera del amor de ésta y se daba cuenta vagamente de que este afecto servía en cierto modo para explotarla a ella. Añadíase a esto la atmósfera helada y entumecedora de pobreza vergonzante en que vivía, la tensión perpetua de aquella lucha para guardar las apariencias, para conservar el aspecto de su superioridad social. Joan hallaba imposible mostrarse tal como era en su casa, pero en esta otra espaciosa y amable de Iden, entre sus habitantes tranquilos y normales, se sintió liberada y experimentó una felicidad transfiguradora. Brian, deslumbrado, se enamoró de ella otra vez como si ya no lo estuviera.

Pensó también en aquel día en que fueron de paseo a las marismas de Winchelsea. Estaban los espinos en flor; esparcidas sobre la amplia llanura tapizada de hierba, las ovejas con sus corderos simulaban constelaciones de

estrellas blancas; en lo alto, el firmamento parecía vivo en sus nubes blancas que volaban rendidas al viento. ¡Inefable belleza! Surgió inopinadamente dentro de él la idea de que iban caminando a través de la imagen de su amor. El mundo era su amor, y su amor, el mundo; y el mundo resultaba preñado de misterios, cubierto de capas y más capas de contenido indescifrable. La prueba de la bondad de Dios flotaba sobre aquellas nubes, estaba patente en las ovejas que pastaban, fulgía en cada uno de los matorrales encendidos por sus capullos incandescentes, y también en él y en Joan según cruzaban cogidos de la mano la pradera, manifestándose en su felicidad. Su amor, el de él, le pareció que en aquel momento apocalíptico era más que suyo; de manera misteriosa era equivalente de aquel vientecillo, de aquel brillar del sol, de aquellos blancos fulgores que relucían contra el verde y el azul de la primavera. Lo que él sentía por Joan estaba implícito en el mundo, y tenía un significado divino y universal. La amaba infinitamente, y por esta razón podía amar a todo el mundo, tanto como la amaba a ella.

El recuerdo de aquellas sensaciones era precioso para él, tanto más precioso ahora debido a que la naturaleza de sus sentimientos había sufrido un cambio. Aquél su amor infinito, transparente y en apariencia puro como agua de manantial, se había cristalizado al pasar el tiempo en deseo específico.

Et son bras et sa jambe, et sa cuisse et ses reins, polis comme de l'huile, onduleux comme un cygne, passaient devant mes yeux clairvoyants et sereins, et son ventre et ses seins, ces grappes de ma vigne[57].

Desde que Anthony le hizo leer el poema, estos versos le habían obsesionado. En un principio de manera impersonal, pero más tarde llegaron a asociarse definitivamente con la imagen de Joan. *Polis comme de l'huile, onduleux comme un cynge*. Imposible olvidarlo. Las palabras estaban siempre ante él, indelebles, como un remordimiento, como él recuerdo de un crimen.

Entraron en la estación y vieron que aún tenían que esperar cinco minutos. Los dos muchachos comenzaron a pasear arriba y abajo por el

andén.

Con un esfuerzo para exorcizar el fantasma vergonzoso de aquellos pechos, de aquel vientre suave como el aceite, Brian se decidió a hablar.

—M-mi m-madre la q-quiere mucho.

—Eso es magnífico —dijo Anthony.

Mas en el momento en que pronunció las palabras se le antojó que había expresado su beneplácito con énfasis exagerado. Si él se enamorara, no se le ocurriría ciertamente llevar a la chica para que fuera inspeccionada por su padre y por Pauline. No les competía a ellos expresar opinión favorable o desfavorable sobre el asunto. Verdad era que mistress Foxe podía ser tomada más en serio que su padre o que Pauline, pero no obstante no vería uno con gusto probablemente ni siquiera la interferencia de *Mrs*. Foxe, y aún era probable que resultara todavía más enojosa que la de otras personas, precisamente debido a su indiscutible superioridad. Pues esta superioridad le daba, en cierta manera, algo parecido a un derecho. No podría uno despreciar su opinión con igual facilidad que, por ejemplo, la de Pauline. Anthony tenía gran cariño a *Mrs*. Foxe, la respetaba y la admiraba, pero precisamente por eso reconocía en ella una posible amenaza para su libertad. Pues quizá se mostrara disconforme con su manera de pensar y verdaderamente si la conociera se mostraría indiscutiblemente contraria a ella. Y aunque sus críticas estarían basadas sobre los principios del cristianismo liberal que profesaba y aunque evidentemente, este modernismo era tan absurdo y tan incompatible con la razón como cualquier fetichismo extravagante, a pesar de sus pretensiones de ser científico, a pesar de todo eso, sus palabras, por ser suyas, serían de peso, y no habría más remedio que tenerlas en cuenta. Por lo cual hacía él todo cuanto podía por no tener que escucharlas. Ya hacía más de un año desde la última vez que aceptó una invitación para pasar una temporada en el campo con Brian y su madre. *Dis aliter visum*. Pero se sentía no poco nervioso ante su inminente encuentro con ella.

Entró el tren rugiendo en agujas; y un minuto más tarde, allí estaban todos al final del andén: *Mr*. Beavis con un traje gris, junto a él Pauline, opulenta y de malva, con la cara encendida apopléticamente por el resplandor de su sombrilla morada, y detrás de ellos *Mrs*. Foxe, erguida y

majestuosa, y una muchacha alta con un sombrero de alas anchas y caídas y un traje con flores estampadas.

Míster Beavis adoptó para saludar aquel aire cómico de parodiada grandeza que Anthony encontraba exasperante.

—«Seis almas preciosas» —citó al posar la mano sobre el hombro de su hijo—, o mejor dicho, cuatro almas preciosas, pero todas ellas deseosas de la bienaventuranza. Y, por cierto, que hoy hace una bienaventuranza bastante calurosa —añadió brillándole de buen humor los ojos.

—Hola, Anthony —dijo *Mrs*. Foxe con voz armoniosa y llena de afecto —; hace mil años que no te veo.

—Sí, hace ya bastante tiempo —respondió Anthony con una risa embarazosa.

Estaba procurando recordar todas las complicadas razones que había dado para no aceptar las invitaciones, pues era indispensable no contradecirse. ¿Fue en Pascua o fue en Navidad cuando pretextó la necesidad de trabajar en el Museo Británico como razón para quedarse en Londres? Advirtió que alguien le tocaba en un brazo, y agradecido a la excusa que se le presentaba de interrumpir la peligrosa conversación, volvió la cabeza rápidamente.

—Joan —estaba Brian diciéndole a la muchacha del vestido estampado —, e-éste es Ant-Aanthony.

—Encantado —murmuró—. He oído hablar mucho de ti…

Bonito pelo, se dijo, y aquellos ojos color de avellana tenían un brillo admirable y una expresión viva. Pero el perfil era demasiado pronunciado, y aunque los labios estaban bien dibujados, la boca era excesivamente grande. Acabó por decidir que su aspecto era harto bucólico, y el vestido sin duda hecho en casa. Él prefería algo más urbano.

—Bueno, Virgilio, muéstrenos el camino —dijo míster Beavis.

Abandonaron la estación y fueron andando lentamente por la acera de la calle que quedaba en sombra hacia el centro de la ciudad. Entre las gracias incesantes de su padre, que pretendía dar a entender que era aquélla su primera escapada del trabajo en veinte años (lo que Anthony encontraba particularmente irritante) fueron avanzando en compañía de los recuerdos de *Mr*. Beavis acerca de la fraseología peculiar al Oxford de sus tiempos de

estudiante. Mistress Foxe le escuchaba y hacía las preguntas oportunas en los momentos debidos. Pauline se quejaba de trecho en trecho del calor, le brillaba la cara, y Anthony, que la seguía de cerca envuelto en un silencio taciturno, advirtió con disgusto la intensificación desagradable del olor habitual de su madrastra. Le seguían Joan y Brian y llegaban hasta él retazos inconexos de su conversación.

—Un halcón magnífico, grande… —estaba diciendo ella. Tenía la voz grave y hablaba rápidamente—. Yo creo que era un *circaeto*.

—¿T-te-tenía rayas en la co-cola?

—¡Eso, eso! Unas rayas oscuras sobre un fondo claro.

—Enton-entonces era una hem-hembra. Las hem-hem- bras ti-tienen rayas en la co-cola.

Anthony se rió sarcásticamente.

Pasaban en aquel momento por delante del Museo Ashmolean. Una mujer que salía de él lentamente y al parecer profundamente desconsolada agitó en el aire inesperadamente la mano y llamó por su nombre de pila a *Mr*. Beavis, y después, cuando se volvieron todos para mirarla, a mistress Foxe.

—¡Pero si es Mary Champernowne! —dijo *Mrs*. Fose—, o quizá debiera decir Mary Amberley.

O quizá no debiera decir, pensó para su fuero interno, Mary Amberley, ya que el matrimonio se había divorciado.

El nombre y la cara conocida produjeron en la mente de *Mr*. Beavis solamente una sensación agradable de reconocimiento sorprendido. Se quitó el sombrero en parodia cómica y afectada del gesto tal como antiguamente se hacía y dijo:

—Bien hallada, bien hallada, mi querida señora.

Mary Amberley estrechó la mano de *Mrs*. Foxe.

—¡Qué suerte la mía! —dijo con verdadero entusiasmo.

Tanta cordialidad hubo de sorprender a *Mrs*. Foxe. La madre de Mary era amiga suya, pero Mary siempre se había mantenido distante. Y en cualquier caso, desde que se casó frecuentó compañías de un mundo que *Mrs*. Foxe no conocía y del cual tenía opiniones poco favorables.

—¡Qué suerte, qué suerte! —repitió la otra, volviéndose hacía *Mr*. Beavis.

—La suerte es nuestra por completo —dijo él, galantemente—. Conoce usted a mi mujer, ¿verdad? ¿Y al joven heredero? —dijo con los ojos brillantes de buen humor al mismo tiempo que temblaban regocijados su bigote y las comisuras de su boca. Descansó una mano sobre el brazo de Anthony—. Al famoso heredero.

Mary sonrió mirando a Anthony y observó éste que era extraña su sonrisa, una sonrisa torcida, que no entreabrió los labios, y que parecía querer decir algún secreto no expresado.

—No te he visto —dijo— desde que…

Desde el entierro de la primera *Mrs*. Beavis. Pero como no fuera posible decir tal cosa terminó la frase diciendo:

—No te he visto desde que eras así de alto —y alzando la mano enguantada hasta la altura del ojo midió con pulgar e índice una estatura como de una pulgada.

Anthony rió nervioso, intimidado, aunque admiró la belleza, la alegría y la elegancia de la mujer.

Mistress Amberley estrechó la mano de Joan y de Brian y luego, volviéndose hacia *Mrs*. Foxe, siguió diciendo:

—Me sentía como Robinson Crusoe —explicó con aquella cordialidad poco corriente—. Naufragada —se detuvo con insistencia cómica sobre la última sílaba—. Completamente naufragada y reina de todo cuanto mis ojos veían.

Según avanzaban lentamente cruzando la calle de St. Gile comenzó a narrar una complicada historia acerca de unas vacaciones pasadas en la pequeña sierra de Cotswolds; sobre una cita con unos amigos con quienes debía encontrarse en Oxford, ya camino de su casa, el día 18; de su viaje desde Chipping Campden; de cómo ella llegó puntualmente al lugar convenido, de cómo esperó y de cómo fue aumentando su impaciencia y su enfado hasta que descubrió que había llegado un día antes de la fecha convenida y que no era día 18, sino día 17.

—Esas cosas sólo me pasan a mí.

Todos rieron de buena gana, pues estuvo el relato lleno de fantasías inesperadas y extravagantes, y fue narrado con una voz que se ajustaba con extraordinaria sutileza a las palabras, una voz que sabía atropellar las frases o irlas soltando lentamente, y que se hacía confusa o imposible de oír cuando era menester, sugiriendo en lugar de pronunciar, mil ideas encantadoras.

Incluso *Mrs*. Foxe, que no quería hallar divertida a la mujer a causa de aquel divorcio, halló imposible el resistirse al encanto del relato.

Para Mary Amberley la risa de los que la escuchaban tenía el efecto del champaña, le daba calor placentero y llenaba todo su cuerpo de exultación cosquilleante. Eran, sin duda, los que la escuchaban gente aburrida y filistea, pero incluso el aplauso de los tediosos y de espíritu tardo resulta amable y vigorizador. Brillaban sus ojos y ardían sus mejillas.

—Completamente digno de mí —se quejó, así que hubo acabado de reírse, pero el gesto de crítica de sí misma fue una caricatura; en realidad, sentía profundo orgullo de su incompetencia, la cual consideraba como parte de su encanto femenino—. Y aquí estoy, naufragada, en medio de una isla desierta.

Continuaron todos andando en silencio. El que más y el que menos iba pensando que no habría más remedio que convidarla a comer, pensamiento que en el caso de mistress Foxe resultaba enojoso, y en el de Anthony embarazoso, pero agradable. Iban a comer en sus habitaciones, y como anfitrión, a él le correspondía hacer la invitación. Ardía en deseos de convidarla, pero no sabía lo que pensarían los demás si lo hacía. ¿No sería necesario preguntar a los otros antes? Mas *Mr*. Beavis le ahorró el hacerlo al convidarla por su cuenta.

—Creo que nuestro banquete nos permite incluir en la fiesta a un invitado más, ¿no es así, Anthony?

—Pero… no puedo importunarlos —protestó volviéndose hacia el hijo luego de mirar al padre. Parecía un chico simpático, despierto e inteligente. Y nada feo.

—Le aseguro… de veras, le aseguro —repetía Anthony con tanta sinceridad como incoherencia.

—Está bien, si realmente no estorbo.

Le dio las gracias con una sonrisa repentina y confidencial, casi de complicidad, como si existiera entre ellos algún convenio, como si de todos los presentes ellos fueran los únicos capaces de comprender de qué se trataba.

Después de la comida hubo que acompañar a Joan a ver las cosas notables de Oxford; *Mr*. Beavis tenía una cita con un colega filólogo en la Woodstock Road, y Pauline dijo que prefería descansar un poco hasta la hora del té. Dejaron a Mary a cargo de Anthony. Su responsabilidad le resultó tan deliciosa como alarmante.

Ya en el coche de alquiler de dos ruedas que los conducía hacia el puente de Magdalen, *Mrs*. Amberley le miró con una cara iluminada súbitamente por una expresión traviesa.

—Al fin libres —dijo.

Anthony asintió y le devolvió la sonrisa con gesto comprensivo, conspirador, y contestó:

—Son un poco pesados. Quizá debiera presentarle mis excusas.

—Yo he pensado muchas veces en fundar una sociedad, cuyo objeto sería el abolir las familias. No se debiera permitir a los padres acercarse a sus hijos.

—Eso era lo que opinaba Platón —dijo él pedantemente.

—Sí; pero Platón quería que los niños fuesen martirizados por el Estado en lugar de serlo por sus padres y por sus madres. Mi punto de vista es que no deben sufrir a manos de nadie.

—¿Sufrió usted mucho de pequeña? —preguntó él, atreviéndose a suscitar un tema personal.

—De la manera más espantosa. Pocos niños han tenido que aguantar tanto amor como yo. El afecto casi me mató. Desde luego, me convirtió en tullida mental. Me costó muchos años librarme de mi deformidad.

Callaron ambos. Pasado un minuto le miró ella con expresión embarazosa, como si estuviera examinando un objeto en venta, y dijo:

—La última vez que te vi fue en el entierro de tu madre.

La asociación subterránea de ideas entre esta frase y las que la habían precedido le hizo sonrojarse abochornado, como si alguien hubiera dicho alguna inconveniencia delante de señoras.

—Sí; lo recuerdo —repuso él confusamente.

Y al mismo tiempo que habló se sintió irritado consigo mismo por su sonrojo y al mismo tiempo sintió vergüenza por haber consentido que aquel comentario remotamente implícito en la frase y poco favorable a su madre hubiera pasado en silencio y sin protesta, y avergonzado también del escaso deseo que tuvo de protestar.

—En aquella época eras un niño horroroso y escuálido —prosiguió ella, mirándole críticamente—. ¡Qué horrorosos son siempre los niños!, tanto, que parece mentira que puedan llegar a convertirse en seres humanos presentables. Naturalmente, muchos de ellos nunca llegan a serlo. Es desconsolador, ¿no te parece?, que la mayor parte de la gente sea tan fea, tan estúpida, tan absolutamente, tan irremediablemente aburrida.

—Espero que yo no sea uno de la mayoría —dijo Anthony, sacudiendo su embarazo con un violento esfuerzo de la voluntad y alzando los ojos hacia ella.

Mistress Amberley sacudió la cabeza y dijo con la mayor naturalidad y con expresión completamente seria:

—No; precisamente estaba pensando que has escapado con todo éxito de los horrores de la niñez.

Volvió a sonrojarse Anthony, pero esta vez fue de placer.

—Vamos a ver: ¿cuántos años tienes ahora?

—Veinte, casi veintiuno.

—Y yo cumpliré treinta este invierno. Es extraño —siguió diciendo Mary— cómo estas cosas cambian de significado. La última vez que te vi, esos nueve años eran un abismo que nos separaba. Un abismo que parecía entonces imposible de salvar. Pertenecíamos a especies distintas. Y, sin embargo, aquí estamos sentados el uno junto al otro, en el mismo lado del abismo y como si fuera la cosa más natural del mundo. Y hoy lo es.

Volvió la cara hacia él y le sonrió con aquella sonrisa llena de significado sin expresar y sin entreabrir los labios. Sus ojos oscuros brillaban alegremente.

—¡Ah!, ya estamos en el colegio de Magdalen —continuó diciendo, sin darle tiempo a Anthony para comentar sus palabras, lo cual produjo al muchacho considerable desahogo, pues en medio de su aturdimiento y

excitación no hubiera sabido qué contestar—. ¡Qué falto de inspiración puede ser algunas veces el gótico de la última época! ¡Tan mezquina! No es de extrañar que Gibbon no tuviera muy buena opinión de la Edad Media.

Quedó Mary en silencio repentino al recordar la ocasión en que su marido dijo esta frase acerca de Gibbon. Fue uno o dos meses después de su boda. El despreocupado aire con que su marido criticaba cosas que la educación de Mary le hacían considerar como sagradas y exentas de todo posible juicio, le produjo al principio tanto escándalo como pasmo; pero el escándalo estuvo acompañado de delicia y emoción. Pues siempre resultaba placentero jugar al pim-pam-pum con los ídolos. Y en aquellos días, Roger todavía era adorable.

Suspiró, y luego, algo irritada, se sacudió aquellos recuerdos sentimentales y continuó hablando acerca del odioso estilo arquitectónico.

Se detuvo el coche en el puente, bajaron de él y se dirigieron andando hacia el embarcadero. Tumbada sobre los almohadones de la barca de fondo plano, Mary conservaba el silencio, mientras que Anthony hacía remontar lentamente la corriente a la barca usando la pértiga para ello. Iba deslizándose el mundo de verdor ante los ojos medio cerrados de la mujer. La verde penumbra de los árboles alzaba sus arcos por encima de las sombras oliváceas y los reflejos aleonados y glaucos del agua, y por entre los intersticios crepusculares de la bóveda esmeraldina se veían praderas verdioro salpicadas de islotes formados por olmos.

El aire estaba perfumado por el ligero aroma de las hierbas acuáticas, y era tan suave y templada la caricia que Mary sentía en el rostro, que difícilmente le era posible darse cuenta de las fronteras que separaban su yo de lo que le rodeaba, hasta el punto que allí permanecía echada sin conciencia de paredes divisorias, derritiéndose aletargadamente en el seno del verano circundante.

De pie en la parte posterior de la batea fluvial, Anthony la podía mirar cómo desde un puesto de centinela. Allí estaba, a sus pies, desmadejada e inerme. Según manejaba la larga pértiga con la fácil destreza de que tan orgulloso se sentía, Anthony se consideró, al contemplar a la mujer, fuerte, superior y admirable, lo que le llenó de exultación. Ya ningún abismo los separaba. Ella era una mujer y él un hombre. Alzó la pértiga que durante

algún tiempo dejó arrastrar indolentemente por el agua y con gracioso movimiento y fuerte músculo la clavó en el fondo y se apoyó sobre ella con vigor. La clavó en el barro con todas sus fuerzas. Puso en juego sus músculos todos para vencer la resistencia y la barca se movió veloz hacia delante. Desclavada la pértiga del fondo del río, de nuevo siguió a la barca a remolque durante unos instantes, mas luego, con igual graciosa elegancia que antes, subió, bajó, se clavó e impulsó. Abrió ella los ojos y se quedó mirándole con aquella indiferencia interesada que tanto le había azorado en el coche. Toda su varonil petulancia se disipó como por encanto.

—Pobre Anthony —dijo ella, y al decirlo sonrió de tal manera, que tuvo Anthony la sensación de que la cara quedaba ahora más cercana a él—, me da calor incluso el mirar trabajar así.

Amarrada la barca convenientemente, fue él a sentarse junto a ella sobre los almohadones, en el sitio que ella le hizo apartando y recogiendo sus faldas.

—Supongo que tu padre no te coacciona demasiado —dijo ella, volviendo a suscitar el tema de conversación que los ocupó en el coche.

Anthony sacudió la cabeza.

—Ni procura tampoco hacerme víctima de chantaje con su cariño, espero.

Anthony se sintió inopinadamente embargado por un sentimiento de lealtad filial

—Yo creo que siempre me ha querido mucho.

—Claro, claro —dijo Mary Amberley con impaciencia—; no creas que he supuesto que te pegaba palizas.

Anthony no pudo aguantar la risa, pues la idea de ver a su padre perseguirle enarbolando un palo le resultó irresistiblemente cómica.

—Nunca ha estado lo suficientemente cerca de mí —dijo, ya serio— para poderme golpear. Siempre nos ha separado un abismo infranqueable.

—Sí; tu padre me parece que tiene un talento especial para crear abismos infranqueables. Y, sin embargo, parece que tu madrastra se lleva bien con él. Y tengo entendido que tu madre también. Pero el matrimonio es extraño y no se puede una basar en deducciones sacadas de él —dijo sacudiendo la cabeza—. Las parejas más evidentemente incompatibles se

las arreglan para vivir juntas, y, sin embargo, otras que son evidentemente compatibles, se separan. Gentes tediosas e inaguantables son adoradas y personas encantadoras resultan odiadas. ¿Por qué? ¡Cualquiera lo sabe! Supongo que en general se trata de lo que Milton llama el «lecho genial», genial en el sentido de procreador.

Se detuvo cómicamente sobre la primera sílaba de «genial»; pero Anthony procuraba con tal ansiedad que no pudiera ser advertida su sorpresa al oír mencionar de la manera más natural lo que hasta aquel momento él juzgó inmencionable delante de una mujer, que no se atrevió a reír, pues pudiera su risa ser interpretada como la reacción automática de un colegial al escuchar cualquier salacidad, y, por lo tanto, ni siquiera sonrió, sino que de la manera más grave, igual que pudiera hacerlo para mostrarse conforme con la exactitud de una proposición geométrica, inclinó varias veces la cabeza lentamente y dijo en tono serio y judicial:

—Sí; supongo que generalmente ésa es la razón.

—¡Pobre *Mrs*. Foxe —siguió diciendo Mary—; me imagino que no habrá conocido mucha «genialidad» en ese aspecto!

—¿Conoció usted a Foxe?

—De niña solamente. A la edad en la que una persona mayor resulta tan aburrida como cualquier otra. Pero mi madre me habló muchas veces de él. Un verdadero animal. Y virtuoso a más no poder. El Señor me libre de los animales virtuosos. Los animales fieros ya resultan bastante desagradables, pero por lo menos nunca demuestran su animalidad por cuestión de principio. Son inconscientes y, por lo tanto, pueden llegar a resultar agradables algunas veces, aunque sea por equivocación. Mientras que los virtuosos, ésos nunca se olvidan de portarse como animales ni un minuto. ¡Pobre mujer! Creo que lo pasó horriblemente mal. Eso, sí; ahora se está desquitando con su hijo.

—Pero… ¡si le adora! Y Brian la adora a ella.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Todo el amor que nunca recibió de su marido, todo el que ella jamás le pudo dar a él, ahora está siendo derramado sobre la cabeza de ese pobre y desgraciado muchacho.

—No es nada desgraciado.

—Quizá él no lo advierta. Todavía puede que no se dé cuenta. Pero espera y verás —calló durante unos instantes y luego añadió—: Tú tienes suerte. Mucha más suerte de la que te figuras.

OceanofPDF.com

XVII

26 DE MAYO DE 1934

PAZ y literatura; pero ¿de qué clases? Puede uno concentrarse sobre la Economía: barreras comerciales, monedas enfermas, impedimentos a la emigración, los intereses particulares decididos a obtener beneficios a cualquier coste, y así sucesivamente. O puede uno concentrarse sobre la Política: peligros del concepto del Estado soberano como ente completamente inmoral, cuyos intereses resultan absolutamente incompatibles con los de otros Estados soberanos. Puede uno proponer remedios políticos y económicos: tratados comerciales, arbitrajes internacionales, seguridad colectiva. Muy razonadas recetas recomendadas a continuación de un diagnóstico acertado. Pero ¿ha tenido el diagnóstico en cuenta suficientes datos y querrá el enfermo seguir el tratamiento prescrito?

Surgió la pregunta durante una discusión celebrada hoy con Miller. La pregunta ha de ser respondida negativamente. No puede el enfermo seguir el tratamiento prescrito por una razón muy sencilla, y es que no hay tal enfermo. Los Estados y las naciones no existen como tales. Lo único que existe es gente que vive en ciertas zonas determinadas y que tiene ciertas ideas fijas. Las naciones no cambiarán de política particular. Todos los Gobiernos, incluso el de Hitler, incluso el de Stalin, incluso el de Mussolini, son representativos. La conducta de una nación no es más que una proyección aumentada de la conducta individual. O, más exactamente, una proyección de los deseos secretos y de las intenciones del individuo. Pues

todos quisiéramos conducirnos bastante peor de lo que nuestras conciencias y de lo que la opinión pública nos permiten. Una de las grandes atracciones del patriotismo es que da realidad a nuestros peores deseos. Representados por nuestra nación, nos podemos permitir el mostrarnos crueles, matones y fulleros. Y demostramos así, al mismo tiempo que nos sentimos virtuosos en sumo grado. Pues cometidos los crímenes en nombre de la patria, resulta amable y decoroso el asesinar, el mentir, el torturar. Las buenas políticas internacionales son proyecciones de buenas intenciones individuales y han de ser de idéntica naturaleza que los deseos benevolentes y las buenas intenciones individuales. La propaganda pacifista tiene que ser dirigida a la gente además de a los Gobiernos; debe comenzar simultáneamente en la periferia y en el centro.

Hechos empíricos:

Uno. Todos somos capaces de amar otros seres humanos.

Dos. Ponemos límites a ese amor.

Tres. Podemos sobrepasar todos esos límites *si nos lo proponemos*. (Es un hecho observable que cualquiera que lo desea puede vencer una antipatía personal, un sentimiento de clase, un odio nacional, un prejuicio de raza. No es fácil, pero es posible para quien tiene voluntad suficiente y sabe cómo llevar a la práctica sus buenas intenciones).

Cuatro. El amor que se expresa en buenos tratos engendra amor. El odio que resulta en malos tratos engendra odio.

A la luz de estos hechos, resulta evidente lo que las normas políticas personales, entre clases e internacionales, debieran ser. Pero, una vez más, el saber no resulta particularmente eficaz. Todos sabemos, y casi todos nos conducimos en contra de nuestra sabiduría. Como de costumbre, se trata de hallar los métodos mejores de implantar las buenas intenciones. Entre otras cosas, la propaganda en favor de la paz debe incluir instrucciones detalladas referentes al arte de modificar el carácter.

Ya veo
que son los condenados así, y es su peor azote,
cual el mío yo soy, sus propias personas sudorosas.

El infierno es la incapacidad de ser otro, en lugar de la criatura que uno es normalmente a juzgar por su conducta.

Camino de casa entré en el urinario de Marble Arch y vi allí a Beppo Bowles enzarzado en una conversación con uno de esos muchachos de pantalones de franela y sin sombrero que parecen estudiantes universitarios y son probablemente escribientes o dependientes de tienda. ¡Pobre desgraciado! Mi presencia le causó embarazo infinito. No hice más que saludarle desde lejos. El infierno de Beppo: un urinario subterráneo con tazas infinitas que se alejan en todas direcciones y en cada uno de ellas un muchacho. «Su propia persona sudorosa…».

OceanofPDF.com

XVIII

8 DE DICIEMBRE DE 1926

LLEGABAN más convidados sin cesar, en su mayoría jóvenes, amigos y amigas de Joyce y de Helen. Todos atravesaban la sala en cumplimiento de su deber hasta el rincón en que estaba *Mrs*. Amberley sentada entre Beppo Bowles y Anthony, la saludaban y se alejaban presurosos para ponerse a bailar.

—No le dejan a uno olvidar su edad —dijo Anthony.

Pero Mary, o prefirió simular que no había oído o estaba verdaderamente absorta en lo que Beppo le estaba contando con entusiasmo desmedido y burbujeante acerca de Berlín, el sitio más divertido de la Europa contemporánea. ¿En dónde sería posible encontrar, por ejemplo, profesionales del amor especializadas en atender a los masoquistas? ¡Con botas altas, con botas de verdad! Pues ¿y el museo de Sexología? ¡Qué fotografías y qué modelos en cera! ¡Casi demasiado *trompe-l'oeil*! Y todos aquellos pasmosos objetos japoneses de cuerno, aquellas extrañas e ingeniosas prendas para los exhibicionistas… Para no hablar de los encantadores de bares lésbicos y de los *cabarets*, en los que los muchachos se presentaban vestidos de mujer…

—Ahí viene Mark Staithes —dijo *Mrs*. Amberley interrumpiéndole, y saludó con la mano a un hombre bajo y ancho de hombros que acababa de entrar en la sala—. No me acuerdo si lo conoces —prosiguió, dirigiéndose a Anthony.

—Solamente hace treinta años —repuso él, aludiendo de nuevo con gusto malicioso y de manera exagerada a su juventud perdida. Si él ya no era joven, entonces Mary había dejado de serlo hacía nueve años por lo menos.

—Pero a veces hemos pasado varios años sin vernos —añadió, calificando su anterior frase—. Durante la guerra, por ejemplo, y todo el tiempo que pasó en Méjico. Y desde que volvió apenas le he visto. Me alegro mucho de esta ocasión de volverle a ver.

—Es un bicho raro —dijo Mary.

Lo dijo pensando en aquella ocasión, recién llegado de Méjico, haría unos dieciocho meses, cuando Mark vino a su casa por primera vez. Su aspecto, su manera de conducirse, digna de cualquier salvaje ermitaño, la había atraído violentamente. Ensayó con él todos sus recursos de seducción, pero sin lograr nada en absoluto. Staithes los había despreciado, mas de manera tan completa y total, que Mary no se sintió ofendida por el desprecio, convencida de que no hubo tal desprecio, sino tan sólo una *exhición* de síntomas, que diagnosticó juiciosamente o como de impotencia o, lo que le resultaba menos probable, aunque nunca, pero que *nunca*, podía una estar completamente segura, del homosexualismo.

—Es un bicho raro —repitió, y decidió que en la primera oportunidad que se le presentara indagaría la opinión de Beppo acerca de la segunda hipótesis.

Beppo lo sabría a buen seguro. Se conocían siempre los unos a los otros. Volvió a saludar al recién llegado, y le invitó, alzando la voz para dominar el ruido del gramófono, a que se sentara con ellos.

Staithes cruzó la habitación, acercó una silla y se sentó. Él pelo le nacía ahora a mayor distancia de los ojos y por encima de las orejas ya le griseaba. Su cara morena, aquella cara de ermitaño que Mary encontró tan interesante, estaba surcada de arrugas. Su estructura interna no resultaba oscurecida por capa alguna de grasa. Cada uno de los músculos faciales aparecía distintamente debajo de la piel, acusados en las mejillas y en el mentón como en esos muñecos de hombres desarrollados que hubo en las aulas de Anatomía del Renacimiento. Cuando sonreía; y cada vez que esto ocurría dijérase que la desollada estatua cobrase vida y expresara su

tormento, podía apreciarse exactamente el mecanismo del gesto dolorido; se observaba la tirantez hacia arriba y hacia fuera del músculo cigomático mayor, la acción lateral del risorio y la contracción de los grandes esfínteres alrededor de los párpados.

—¿Interrumpo? —preguntó paseando la mirada de inquisidor astuto por los tres presentes.

—Beppo me estaba contando cosas de Berlín —dijo Mary.

—Me fui allí para no aguantar las molestias de la huelga general —explicó Beppo.

—Muy natural —dijo Staithes, y su cara expresó la agonía de su divertido desprecio.

—¡Aquello es un paraíso! —exclamó Beppo como si se le saltara el tapón.

—Compartes las opiniones de lord Haldane acerca de Berlín. Lo encuentras tu hogar espiritual, ¿no es eso?

—Carnal —corrigió Anthony.

Encantado de confesarse culpado, Beppo rió chillonamente.

—Sí. ¡Esos «transvestitistas»! —añadió extáticamente.

—Estuve allí este invierno —dijo Staithes—. Asuntos de negocios. Pero, naturalmente, tiene uno que pagar también el tributo debido al placer. Aquella vida nocturna…

—¿La encontraste divertida?

—Irresistiblemente divertida.

—¿Lo ves? —dijo Beppo triunfalmente.

—Uno de aquellos seres se sentó en mi mesa —prosiguió Staithes—, y hasta bailé con él. Parecía una mujer.

—Es imposible distinguirlos —exclamó Beppo muy excitado, como si fuera él el responsable del hecho.

—Cuando acabamos de bailar se pintó un poquito la cara y bebimos unos vasos de cerveza. Entonces me enseñó unas fotografías pornográficas. De esas quirúrgicas, anafrodisíacas, ya sabéis. Muy desalentador. Tal vez por eso decayó la conversación. En cualquier caso, quedamos callados y sin saber qué decir. Ni «ello» ni yo sabíamos qué decir. Estábamos en calma chicha.

Staithes extendió sus manos delgadas y huesudas horizontalmente, como si las hiciera flotar por encima de una superficie completamente lisa.

—Una calma chicha total. Hasta que de repente el ser hizo algo de lo más inesperado. Supongo que se trataba de uno de sus gambitos habituales; pero me impresionó, porque no lo conocía. Me preguntó que si quería ver una cosa, y en cuanto le dije que sí, comenzó a rebuscar en las interioridades de su blusa. «¡Mira!», me dijo. «Ello» sonreía triunfalmente, como quien acaba de echar el as de la muestra o, mejor dicho, la pareja de ases de la muestra, pues lo que depositó sobre la mesa fue una pareja. Una pareja de magníficos pechos artificiales hechos de esponja de goma rosada.

—¡Qué asco! —exclamó Mary Amberley, en tanto que Anthony reía y la cara redonda de Beppo expresaba consternación—. ¡Qué porquería! —insistió Mary.

—Sí; pero muy satisfactorio —dijo Staithes, acompañando sus palabras de aquella mueca de infinito sufrimiento que hacía las veces de sonrisa en su rostro—. Considero satisfactorio que las cosas ocurran como deben ocurrir, de manera artística, de manera simbólica. Dos pechos de goma entre dos vasos de cerveza. Eso es lo que debiera ser el vicio. Y cuando eso fue lo que *fue*, me sentí tan satisfecho como si algo hubiese ocupado su adecuado lugar automáticamente. Inevitablemente, bellamente. Sí, *bellamente*, bellamente repugnante.

—Sin embargo, —insistió Beppo—, no negarás que una ciudad en la que puede suceder tal cosa es admirable. En público; en *público*, fíjate bien —añadió con gran sinceridad—. El Gobierno alemán es el más tolerante del mundo. Eso no lo puedes negar.

—No, desde luego; no lo niego. Tolera a todo el mundo. Y no sólo a las muchachas de pechera planchada y a los muchachos con pechos de goma, sino también a los monárquicos, a los Junkers, a los Krupp, a los comunistas. Y a todos sus enemigos de cualquier índole.

—Eso me parece muy bien —dijo Mary.

—Y a mí maravilloso. Hasta que sus enemigos se alcen y lo destruyan todo.

—Pero puesto que son tolerados, ¿por qué van sus enemigos a querer destruir al Gobierno?

—¿Que por qué? Muy sencillo, porque *ellos* no son partidarios de la tolerancia. Y hacen muy bien.

—Eres un bárbaro —protestó Beppo.

—Como debe serlo quien vive en una época de barbarie. Vivimos en la Edad Media. Vosotros sois supervivientes de la época de los Antoninos.

Los miró a los tres con su sonrisa desollada y sacudió la cabeza. Luego siguió diciendo:

—Os imagináis que estáis aún en el primer tomo de la *Decadencia del Imperio Romano,* por Gibbon. Y la realidad es que estáis ya en el tercero.

—Pero… ¿quieres decir que…? —Mary se interrumpió y dijo—: Ahí está Gerry.

Cuando Anthony la oyó y cuando vio a Gerry Watchett en persona que entraba a compás de un fox-trot acompañado de Helen, sacó la cartera rápidamente, examinó el dinero que en ella tenía y dijo:

—Menos mal. Hoy me coge con dos libras nada más.

Gerry le había sorprendido el mes antes llevando encima diez libras y apoyando su petición en una historia que sonaba poquísimo probable, se las pidió y las obtuvo prestadas. Naturalmente, Anthony no debió dar oídos al inverosímil cuento y debió negarse a prestar el dinero. Diez libras eran más dinero del que él podía prescindir sin incomodidad. Así se lo dijo a Gerry, pero no tuvo la suficiente firmeza para persistir en su negativa. Le costó más de quince días de economías muy severas el compensar la pérdida de las diez libras. Encontraba profundamente desagradable el economizar; pero el decir que no y el continuar diciéndolo a pesar de la insistencia de Gerry y de sus reproches, hubiera sido todavía más desagradable. Anthony siempre se mostraba dispuesto a sacrificar sus derechos en aras de su comodidad. Teníale la gente por hombre desinteresado, y a él le hubiera gustado aceptar tal opinión y hacía cuánto podía para ello; pero la conciencia que tenía de lo que era la verdad le desengañaba con más frecuencia de lo que él hubiera juzgado deseable. Cuando comprendía que el diagnóstico ajeno estaba equivocado, aceptaba el hecho con buen humor. Riéndose estaba ahora al repetir:

—Sólo dos libras. Afortunadamente, esto entra en mis posibilidades.

Se interrumpió, pues por detrás de la espalda de Mary, Beppo le había dado un golpecito en el hombro, y ahora estaba haciéndole muecas significativas. Anthony miró a Mary, y vio que seguía contemplando fijamente y con el ceño fruncido a los dos recién llegados.

—Me dijo que no vendría esta noche —dijo como si hablara consigo misma.

Luego, procurando dominar el ruido de la música con la voz, llamó a Gerry en un tono que había perdido repentinamente todo su encanto y que recordaba a Anthony muy desagradablemente aquellas escenas insoportables en las que él, ya hacía muchos años, representó a disgusto su papel. Comprendió entonces lo que ocurría y sintió lástima de la pobre Mary.

Gerry se volvió hacia ellos y, con la expresión de quien alude a un buen chiste compartido en secreto, dirigió una rápida sonrisa a Mary y hasta algo que se asemejó a un guiño picaresco, hecho lo cual se inclinó nuevamente sobre su pareja y reanudó su conversación con ella.

Mary se sonrojó de súbita ira. ¡Hacerle muecas a ella! Era intolerable. Intolerable, pero típico de Gerry. Aparecer así, sin avisar, bajando de las nubes, y ponerse a bailar con otra mujer con toda frescura, como si fuese la cosa más natural del mundo. Verdad que en esta ocasión se trataba solamente de Helen, pero esto se debía indudablemente a que no había encontrado ninguna otra mujer con quien bailar que fuera menos tolerable. ¡El muy sinvergüenza!, pensó según le seguía con sus miradas mientras bailaba. Hizo entonces un esfuerzo, dejó de mirarle y procuró volver a la conversación.

—… un país como éste —estaba diciendo Staithes—, un país en donde la cuarta parte de la población está formada por auténticos burgueses y en donde otra cuarta parte quisiera serlo.

—Exageras —protestó Anthony.

—En absoluto. ¿Cuántos votos saca en las elecciones el Partido laborista? Una tercera parte del total. Estoy dispuesto a concederte generosamente que algún día llegue a sacar la mitad. El resto de la población es burguesa, ya sea por miedo, o interés o artificialmente, por

snobismo o imitación. Es sencillamente pueril creer que se puede conseguir lo que uno busca por métodos constitucionales.

—¿Y por métodos no constitucionales?

—Ésos ofrecen alguna probabilidad.

—No muchas —dijo Anthony—. Con las armas modernas…

—Lo sé, lo sé —dijo Staithes—. Si utilizan su fuerza, *si* la utilizan, la clase media evidentemente puede ganar la batalla. Muy probablemente la podrían ganar incluso sin tanques ni aeroplanos, simplemente porque son, en potencia, mejores soldados que los pertenecientes al proletariado.

—¿Mejores soldados? —protestó Beppo pensando en sus amigos, los soldados de la Guardia.

—Sí, debido a su educación. Un burgués recibe un adiestramiento de diez años, la mayor parte de ellos pasados internos en un colegio, lo cual añade importancia al hecho. Mientras que el hijo de un obrero vive en su casa y apenas asiste al colegio durante seis o siete años, y como externo. Dieciséis años de obediencia y de *esprit de corps*. No es sorprendente que la batalla de Waterloo fuese ganada en los campos de juego del colegio de Eton. Si los burgueses utilizan debidamente, aunque no sea más que la mitad de los medios a su disposición, si los utilizan sin piedad, la batalla es suya

—¿Crees que no los utilizarán?

Mark se encogió de hombros.

—Desde luego, los republicanos alemanes no parecen dispuestos a utilizarlos. Y fíjate en lo que ocurrió aquí durante la huelga general. Incluso la mayor parte de los industriales estaban dispuestos a llegar a una transacción.

—Por la sencilla razón —dijo Anthony— de que no se puede ser industrial con éxito si no se tiene la costumbre de transigir. No se dirigen los negocios con la fe, sino regateando.

—En cualquier caso —siguió diciendo Mark—, persiste el hecho de que no utilizaron los medios coercitivos de que disponían. Eso es lo que le permite a uno tener alguna esperanza de que una revolución pueda alcanzar el éxito. Siempre que sea fulminante. Pues, naturalmente, una vez que los burgueses se dieran cuenta de que verdaderamente corren peligro, entonces

olvidarían inmediatamente todos los escrúpulos. Pero su vacilación puede durar lo suficiente, creo yo, para que una revolución sea posible. Incluso unas cuantas horas de vacilación a causa de sus escrúpulos pudiera bastar. Sí, existen ciertas posibilidades de éxito a pesar de los tanques. Pero la revolución tiene que estar dispuesta a aceptar riesgos, lo cual no hicieron los imbéciles del Congreso de Sindicatos. Ni tampoco sus dirigidos. Se mostraron tan escrupulosos como los burgueses. Esto es consecuencia de la cristiandad evangélica. No tenéis idea de la cantidad de sermones y de himnos religiosos que se escucharon durante la huelga. Fue asombroso. Pero siempre es conveniente saber lo peor que puede ocurrir. Tal vez la nueva generación… —Sacudió la cabeza—. Pero ni siquiera de ello me fío.

Cuando Gerry pasó ante ellos de nuevo, llamó a Mary, pero ésta se negó a advertir el saludo. Volvió la cabeza fríamente, y pretendió estar escuchando con gran interés lo que Anthony decía.

—¡Qué estúpida! —pensó Gerry al ver la cara de Mary vuelta hacia Anthony. Se volvió hacia su pareja y dijo en voz alta:

—¿Te parece que pongamos este disco otra vez?

Helen hizo un gesto afirmativo con expresión de intensa felicidad.

La música celestial, las visiones beatíficas… Pero ¿por qué el cielo ha de ser monopolio del oído y del ojo? También los músculos al moverse perciben el paraíso. El cielo no es solamente una luz o una armonía, sino que también es un baile.

—Un momento —dijo Gerry cuando pasaron por delante del gramófono.

Le aguardó Helen inmóvil mientras él daba cuerda a la máquina; inmóvil, colgándole los brazos inertes. Tenía los ojos cerrados. Estaba procurando aislarse del mundo, permanecer más allá de la existencia. En aquella vacuidad inmóvil, equidistante de dos cielos de dinamismo, la existencia carecía de sentido.

Cesó la música durante un instante, y luego volvió a empezar a la mitad de un compás. Helen, con los ojos cerrados, se dio cuenta de que Gerry se había movido, de que estaba junto a ella dominándola con su estatura, de que su brazo le rodeaba la cintura.

—¡Adelante! —dijo.

Una vez más entraron juntos en la música, en el cielo de los músculos que se movían rítmica y armónicamente.

Todos callaban. Decidida a no prestar atención alguna a aquel mamarracho, Mary se volvió hacia Staithes.

—¿Y esos perfumes tuyos? —preguntó con interés fingido y de buen humor falso.

—Viento en popa —contestó él—. He tenido que comprar tres alambiques y tomar más obreros.

Mary sonrió sacudiendo la cabeza.

—Encuentro completamente grotesco que seas perfumista.

—¿Por qué?

—Porque eres el hombre menos frívolo que conozco, el menos galante, el *misógino*[58] más implacable de cuántos he encontrado en mi vida.

(O impotente, se dijo, u homosexual; no cabía duda; y a juzgar por todo aquel relato de lo ocurrido en Berlín, muy probablemente impotente).

Staithes dibujó con sus facciones una burlona sonrisa de sufrimiento exquisito.

—¿No se te ha ocurrido que ésas pudieran ser buenas razones para ser perfumista?

—¿Buenas razones?

—Sí, el ser perfumista es una manera de expresar la falta de galantería.

El hecho era que se había dedicado a la fabricación de perfumes por pura casualidad. Le había llamado la atención un anuncio publicado en el *Times* ofreciendo una pequeña fábrica que se vendía barata. Pura suerte. Pero ya lanzado el asunto, convenía a la buena opinión que de sí tenía, decir que había elegido su profesión deliberadamente, para expresar el desprecio que le inspiraban las mujeres a quienes vendía sus productos. Esta mentira, que correspondía a sus deseos y en la cual ya casi creía él mismo como si fuera verdad, le colocaba en una posición de superioridad con respecto a todas las mujeres en general, y en este momento con respecto a Mary en particular. Se inclinó hacia ella, le tomó una mano como si fuera a besarla, mas en lugar de hacerlo se limitó a olfatearla para luego dejarla caer de nuevo.

—Por ejemplo —dijo—, ese perfume que llevas tiene algalia.

—¿Por qué no la va a tener?

—En efecto, no hay motivo ninguno para que no la tenga, si da la casualidad de que eres aficionada al excremento de ciertos mamíferos.

Mary hizo un gesto de repugnancia.

—En Abisinia tienen granjas de gatos de Algalia. Dos veces por semana, cogen un palo y enfurecen a los gatos hasta que consiguen irritarlos y asustarlos concienzudamente. Es en estos momentos cuando segregan la porquería, como los niños que se mojan los pañales cuando tienen miedo. Los cogen entonces con unas tenazas, para que no muerdan, y les sacan el contenido de la pequeña bolsa que tienen cerca del ano. Lo hacen con una cucharilla, y lo que sacan es una especie de grasa amarillenta bastante semejante a la cerilla de los oídos. Cuando está sin diluir, apesta de la manera más insoportable. Nos la mandan a Londres dentro de cuernos de búfalo. Inmensas cornucopias llenas de cerilla auricular, oscura y apestosa. Y a ciento diecisiete chelines la onza. Es uno de los motivos por los que los perfumes cuestan tan caros. Los pobres no se pueden permitir el lujo de embadurnarse con porquería de gato. Tienen que contentarse con cosas más sencillas, como el *isoeugenol*, o el *fenil-acético-aldehido*.

Colín y Joyce habían dejado de bailar y estaban sentados en el descansillo, a la puerta de la sala. Estaban solos. Se le presentaba a Colin la oportunidad de desahogarse de la indignación virtuosa que se había ido acumulando dentro, desde la cena.

—La verdad, Joyce —comenzó—, es que algunos de los invitados de tu madre…

Joyce le miró con ojos que expresaban no solamente temor, sino adoración.

—Sí, ya lo sé —dijo excusándose—. Lo sé.

E inmediatamente se apresuró a mostrarse conforme con él acerca de la degeneración de Beppo, del cinismo de Anthony Beavis. Y como viera que su novio disfrutaba con su indignación, y que ella en lugar de sufrir las consecuencias de ésta, más bien pudiera decirse que salía favorecida, le comunicó espontáneamente que el hombre que acababa de llegar y que

ahora estaba sentado junto a su madre era un bolchevique. Sí, Mark Staithes era comunista.

Al fin pudo Colin dar expresión a la frase que había estado pensando durante toda la velada.

—Yo puede que sea un estúpido y todo eso —dijo asumiendo una actitud de humildad que ocultaba la excelente opinión que de sí tenía y el buen concepto que le merecía la extraordinaria virtud de su vulgaridad—. Puede que yo sea un ignorante y que esté mal educado desde el punto de vista de la cultura, pero por lo menos —y aquí cambió su tono, pues estaba expresando que advertía perfectamente la singularidad extraordinaria de su naturaleza de hombre corriente— por lo menos, vamos, sé lo que *se hace* y lo que *no se hace*. Si es que uno es un *caballero*.

Subrayó con el tono algunas de las palabras de su frase con objeto de que sonaran ligeramente cómicas, lo cual demostraría que no carecía él del sentido de lo jocoso. Hablar en serio de lo que uno tomaba en serio era precisamente una de las cosas que no se hacían. Aquel ligero matiz de comicidad demostraba más convincentemente que cualquier énfasis o cualquier temblor de voz, que él tomaba las cosas *muy* en serio como un caballero completamente corriente y excepcionalísimo debía tomarlas. Así lo entendió Joyce, que le miró con adoración y le oprimió la mano.

Bailar, bailar… ¡Ah, pensó Helen, si una pudiera seguir bailando siempre! ¡Si no fuera menester perder tanto tiempo haciendo otras cosas! Cosas malas por lo general, cosas estúpidas, cosas de las que se arrepentía una después. Al bailar, perdía su vida para salvarla, perdía su identidad para convertirse en algo más grande que ella, perdía sus perplejidades y el desprecio de sí misma al adquirir una certidumbre luminosa y armónica, perdía su mal carácter y devenía perfecta, perdía los recuerdos de un pasado ingrato, desaparecía el futuro amenazador, y reinaba en su voz un presente eterno de felicidad consumada. Incapaz de pintar, incapaz de escribir, incapaz hasta de cantar una tonada sin desafinar, al bailar se convertía en artista. Y en algo más que en una artista; en una diosa creadora de un nuevo cielo y una tierra nueva, una creadora que se complacía al ver su obra y encontrarla buena.

—Sí, señor, ella es mi chica; no, señor…

Gerry dejó de canturrear y dijo:

—Anoche gané sesenta libras al *póker*. No está mal, ¿eh?

Helen le sonrió e hizo un gracioso gesto de asentimiento, envuelta en un silencio extático. Maravilloso, maravilloso; todo era maravilloso, absolutamente todo.

—Y me es difícil explicarte —decía Staithes— lo mucho que me divierte escribir esos anuncios. Me refiero a esos acerca del aliento maloliente y del olor del sudor.

—¡Qué horror! —dijo Mary, estremeciéndose—. ¡Qué asco! Hay una sola convención social del tiempo de la Reina Victoria que encuentro deseable, y es la convención que prohibía hablar de semejantes cosas.

—Que es precisamente la razón por la que resulta tan divertido hablar de ellas —dijo Staithes mirándola alegremente con los esfínteres de los ojos contraídos—. Resulta agradable obligar a los seres humanos a que se den cuenta plenamente, *verbalmente*, de lo muy repugnantes que son ellos y los demás. Ésa es la delicia de tal clase de anuncios. Sacuden a la gente, y la obligan a ver la realidad.

—*Y* la obligan a comprar —dijo Anthony—. No hay que olvidar los dividendos.

Staithes se encogió de hombros.

—Los dividendos son incidentales.

Y era verdad, se dijo Anthony, según miraba a su amigo, era evidente que Staithes no hablaba por hablar. Para él, los beneficios obtenidos con su negocio tenían una importancia secundaria.

—Lo verdaderamente divertido —prosiguió Staithes dirigiéndose a Mary— es romper las barreras protectoras y convencionales con que os rodeáis. Dejaros inermes ante los ataques del hecho percibido plenamente, de que ni podéis prescindir del prójimo, ni podéis evitar la repulsión que el prójimo os inspira.

OceanofPDF.com

XIX

7 DE JULIO DE 1912

MISTRESS Foxe estaba estudiando la agenda en que apuntaba las obligaciones sociales que tenía contraídas. Una larga serie de anotaciones referentes a reuniones de comités directivos, visitas filantrópicas, funciones en asilos para niños tullidos, ensombrecían las páginas del librillo. Era menester recordar, además, las visitas sociales, los tés en la vicaría y las comidas en Londres. Y, no obstante, lo sabía anticipadamente, el verano que se aproximaba presentaba una perspectiva *horra* de significado. Por muchas que fueran las ocupaciones que devorasen sus horas, siempre experimentaba una sensación de vacío cuando Brian no estaba junto a ella. Otros años, en la vacuidad de su vida, hubo una cuña sólida y palpable durante la estación veraniega, pero este mes de julio, luego de pasar Brian en su casa una o dos semanas partiría para Alemania con objeto de aprender el idioma. Era esencial. Sabía ella la necesidad de este viaje y deseaba sinceramente que tuviera lugar. No obstante, cuando llegó el momento de su partida lo encontró la madre doloroso. Hubiera deseado poder ser verdaderamente egoísta y haber conservado a Brian junto a ella.

—Mañana a estas horas —dijo cuando Brian entró en la habitación— estarás atravesando Londres camino de la estación.

Asintió él en silencio, descansó una mano sobre el hombro de su madre, se inclinó y le dio un beso.

Mistress Foxe alzó la vista hacia él y sonrió. Luego, olvidando durante un momento que se había prometido no decirle nada acerca de lo que sentía,

habló así:

—Mucho me temo que este verano me voy a encontrar muy sola.

Se arrepintió inmediatamente de sus palabras, motivo de la expresión de tristeza que apareció en la cara de Brian. Se arrepintió y al mismo tiempo no pudo reprimir el gozo que le causaba ver en él señales inequívocas de su amor y de su preocupación por la felicidad de su madre.

—A no ser —se apresuró a añadir— que lo llenes tú con tus cartas. Me escribirás, ¿verdad?

—Cl-cl-cl… N-naturalmente que t-te escribiré.

Mistress Foxe le propuso que fuera a dar un paseo, andando o en el cochecillo. Brian consultó su reloj, contrariado.

—P-pero voy a comer con los Th-Thursley —dijo manifiestamente incómodo—. No t-t-tendríamos mucho t-t-t… lugar para ello. —¡Cómo odiaba el pobre Brian estas circunlocuciones a que le obligaba su tartajeo!

—¡Qué tonta soy! —exclamó *Mrs*. Foxe—. Se me había olvidado por completo.

Y era cierto que se le había olvidado. Al darse cuenta de nuevo y súbitamente de que, en aquel último día de su estancia junto a ella, estaría ausente durante largas horas, sintió una nueva punzada en el corazón. Procuró con un esfuerzo que no se reflejase el dolor que sentía ni en su cara ni en su voz.

—Bueno, pero al menos tendremos tiempo de dar una vuelta por el jardín.

Salieron por la ventana rasgada que daba a la terraza, y echaron a andar por el largo caminillo bordeado de plantas. Estaba el día nublado pero caluroso y casi sofocante. Bajo el cielo gris, las flores tenían un brillo que casi parecía artificial. Llegados al final del camino dieron la vuelta y regresaron por él en silencio.

—Me alegro que haya sido Joan —dijo *Mrs*. Foxe por fin—. Y me alegra que la quieras tanto. Aunque es una lástima que os hayáis conocido tan pronto, pues me temo que va a pasar mucho tiempo antes de que os podáis casar.

Brian asintió en silencio con un gesto.

—Será un tiempo de prueba —continuó ella—. Difícil y quizá no demasiado feliz. Sin embargo —y la emoción hizo temblar su voz—, me alegro de que haya ocurrido. Me alegro mucho. Porque creo en el amor.

Creía en el amor como los pobres creen en el cielo en que hallarán gloria y premio póstumos; creía en el amor porque nunca lo había conocido. Sintió respeto por su marido, admiró lo que en él había de admirable, le quiso por lo que era merecedor de su afecto; y sintió piedad maternal por él al ver sus muchas flaquezas. Mas nunca hubo entre ellos pasión transfiguradora y las demostraciones físicas del marido fueron siempre para ella un ultraje apenas soportable. Nunca le había amado. Por esto precisamente creía en la realidad del amor con tanta fuerza. Era menester que existiera el amor para que el saldo desfavorable de su propia experiencia personal pudiera ser compensado, aunque en cabeza ajena. Además, existía el testimonio de los poetas. Existía, no era posible dudar de que existía, ni de que era ciertamente maravilloso, santo, como una revelación.

—El amor es como una gracia especial —continuó— que Dios nos concede para ayudarnos, para hacernos más fuertes y mejores, para librarnos del mal. El rechazar lo que es malo resulta fácil cuando uno ha aceptado lo que es bueno.

Es fácil, pensó Brian cuando ambos quedaron en silencio, aunque uno no haya aceptado lo bueno. Aquella mujer que se sentó con ellos en la mesa del «Café-Concert» cuando Anthony y él estaban aprendiendo francés en Grenoble… No fue nada difícil resistir aquella tentación.

—*Tu as l'air bien vicieux*[59] —le había dicho la mujer durante el primer entreacto; y luego, dirigiéndose a Anthony había añadido—: *II doit etre terrible avec les femmes, hein*[60]?

Luego les propuso que fueran a su casa con ella:

—*Tous les deux, j'ai une petite amie. Nous nous amusons bien gentiment. On vous fera voir des choses drôles. Toi qui es si vicieux—ça t'amusera*[61].

No, aquello no resultó difícil de resistir, aunque no había visto él aún a Joan ni la conocía. Las tentaciones terribles no son las de lo malo, sino las de lo que es mejor. En Grenoble fueron las tentaciones de lo que es mejor

en literatura. *Et son ventre, et ses seins, ces grappes de ma vigne… Elle se coula a mon coté, m'appela des noms les plus tendres et de noms les plus effroyablement grossiers, qui glissaient sur ses levres en suaves murmures. Puis elle se tut et comenta a me donner ces baisers qu'elle savait*[62]… Las creaciones de los mejores estilistas habían resultado ser mucho más peligrosas y atractivas, mucho menos resistibles que las sórdidas realidades del «Café-Concert». Y ahora que había aceptado la mejor de todas las realidades posibles, la atracción de lo vil era todavía menor y había dejado de constituir, ni remotamente, una tentación. Si sintió tentaciones alguna vez, nacieron de lo egregio, pues nunca le fue posible desear a aquella criatura ruin, vulgar, infrahumana del «Café-Concert». Pero Joan era bellísima, Joan era egregia, Joan participaba de sus intereses; y precisamente por estas razones la encontraba deseable. Precisamente porque era «lo mejor» (y en esto residía aquella paradoja que le causaba dolor y perplejidad) la deseaba de manera inoportuna, físicamente.

—¿Te acuerdas de aquellos versos de Meredith? —dijo mistress Foxe rompiendo el silencio. Meredith era uno de sus autores preferidos—. En los *Bosques* —aclaró, abreviando cariñosamente el título del poema hasta casi convertirlo en un apodo.

Citó los versos:

Amor, el gran volcán,

de tierra vil el fuego al cielo arroja,

—El amor —continuó— es una especie de piedra filosofal. No solamente nos libera, sino que nos transmuta. Convierte la escoria en oro, cambia la Tierra en Cielo.

Brian volvió a asentir con el gesto. Y, sin embargo, pensaba, aquellos cuerpos voluptuosos y desprovistos de cara, creados por los estilistas habían tomado facciones de Joan. A pesar del amor, o precisamente debido al amor, el *súcubo*[63] ahora tenía un nombre y una personalidad.

Dio las doce el reloj de la cuadra, y su primera campanada provocó una explosión silenciosa de palomas, que cual copos de nieve subieron en torbellino contra la oscuridad brumosa de los olmos que crecían más allá.

—¡Qué maravilla! —dijo *Mrs*. Foxe con intensidad que puso sordina a su voz.

Pero ¿y si de repente se quedase sin ningún dinero?, se le ocurrió a Brian de pronto. ¿Y si Joan fuese tan pobre como aquella desgraciada de Grenoble y careciera en absoluto de ningún recurso, y no se le ofreciese alternativa alguna?

Murió lentamente en el aire la campanada postrera y fueron las palomas cayendo una a una desde lo alto sobre el palomar de la torreta del reloj.

—Puede que tengas que marcharte si quieres llegar puntualmente —dijo *Mrs*. Foxe.

No se le ocultaba a Brian el disgusto con que su madre prescindía de su compañía, y aquella demostración de su generosidad le hizo sentirse culpado y al mismo tiempo, pues no deseaba tenerse por criminal, le hizo experimentar algo parecido al resentimiento.

—N-n-no v-voy a tardar una hora —dijo casi desabridamente—; p-p-para hacer tr-tres millas en b-b-bicicleta.

Un segundo más tarde se sintió avergonzado de sí mismo por el acento irritado de su voz, y desde aquel instante procuró mostrarse más afectuoso que de costumbre.

A las doce y media montó en bicicleta y se dirigió a casa de los Thursley. Abrió la criada la puerta de estilo gótico del siglo XIX, y entró en la casa olorosa a postre de leche perfumado de repollo. Como de costumbre. La vicaría olía siempre a postre casero y col. Era un síntoma, según había descubierto, de pobreza y como tal le daba una sensación de incomodidad moral, como si él hubiera cometido alguna mala acción y ahora sufriera los remordimientos consecuentes.

Le condujeron hasta la sala, *Mrs*. Thursley se levantó del escritorio con la actitud de una anciana distinguida y salió a su encuentro.

—¡Ah, mi querido Brian! —exclamó, y su sonrisa de cristiana profesional resultó perlada, por el fulgor de su dentadura postiza—. ¡Qué gusto verte! —Le tomó la mano y la retuvo contra la suya—. ¿Y tú querida madre, cómo está? Supongo que muy triste de que te vayas a Alemania. Pero todos estamos tristes de perderte —continuó con la misma voz halagadora, que hizo que Brian se sonrojase incómodo y se rebullese sin saber qué decir.

El decir cosas gratas a la gente, sobre todo si se trataba de gente rica, de influencia, y posiblemente útil, era una costumbre de *Mrs*. Thursley. Si alguien le hubiera pedido que la explicara, hubiese respondido que era una costumbre cristiana. Amar al prójimo; ver las buenas cualidades de todos; crear una atmósfera de caridad y confianza. Pero más allá de los Emites de esta confesión, quizá incluso allende de su conciencia, sabía que la mayor parte de la gente deglute con glotonería las alabanzas, por absurdas que sean, y que siempre está dispuesta a pagar por ellas de una o de otra manera.

—Pero aquí tenemos a Joan —exclamó interrumpiendo las lisonjas destinadas a su huésped; y añadió luego en un tono intencionado—: Ahora no querrás seguir hablando con esta vieja, ¿verdad, Joanie?

Los dos muchachos callaron, turbados.

Abrióse en esto la puerta violentamente y entró en la habitación *Mr*. Thursley con no menor violencia.

—¡Mira esto! —gritó en voz que la rabia hacía temblar, y mostrando un tintero de cristal—. ¿Cómo queréis que trabaje con el tintero lleno de posos? Toda la mañana me la he pasado mojando la pluma, y volviéndola a mojar, incapaz de escribir de una vez más de dos palabras…

—Papá, está aquí Brian —dijo Joan con la esperanza, que de antemano sabía vana, de que la presencia de un invitado hiciera que su padre callara avergonzado.

Míster Thursley, con su nariz aún blanca de ira, miró ferozmente a Brian, le estrechó la mano, y prescindiendo de él continuó con sus quejas descomedidas.

—Siempre pasa igual en esta casa. ¿Cómo queréis que se pueda hacer nunca un trabajo serio?

Joan imploraba en silencio al cielo que hiciera callar a su padre. Brian se decía que bien pudo el protestante llenar él mismo el tintero, y se admiraba que nadie se lo dijera.

Pero *Mrs*. Thursley era completamente incapaz de decir y hasta de pensar nada semejante. Su marido tenía que pensar en sus sermones, en sus artículos para el *Guardián*, en sus estudios sobre el neoplatonismo. De ninguna manera podía esperarse de él que se llenase el tintero. Para ella

tanto como para él resultaba evidente, y veintinco años de esclavitud ofrecida y aceptada de manera natural habían convertido la cosa en axioma, que no podía él hacer semejante cosa. Otrosí, si ella insinuara que su marido no tenía razón por todos conceptos, la furia de éste se tornaría aún más colérica, y resultaba imposible predecir qué cosas haría o diría en presencia de Brian. Pudiera ser espantoso. Comenzó a excusarse por el estado del tintero, a excusarse por su cuenta, por cuenta de Joan, por cuenta de las criadas. El tono de su voz procuraba ser al mismo tiempo humilde y tranquilizador. Hablaba como si se dirigiera a una criatura mezcla de divinidad temerosa y de perro salvaje que pudiera morder en cualquier momento. El batintín anunciador de las comidas, sonoro en tal medida que hubiera podido ser escuchado desde los desvanes hasta los sótanos de una mansión ducal, retumbó fragorosamente hasta adquirir potencia de *fortissimo* atronador, lo que obligó a callar incluso al vicario. Mas así que murió gradualmente el horrísono tañido, se reanudaron las quejas.

—No es como si yo pidiera nada extraordinario.

Pensó *Mrs*. Thursley que se aplacaría la fiera así que hubiera comido algo, y abrió el camino hacia el comedor seguida de Joan. Cedió Brian el paso al vicario, mas en medio de su cólera supo éste recordar su educación. Puso la mano sobre el hombro de Brian y le empujó hacia la puerta, sin cesar ni un instante en su bombardeo a larga distancia contra el blanco que su mujer le ofrecía en retirada.

—No pido más que tranquilidad y los materiales más elementales y las condiciones más sencillas para trabajar. Un verdadero mínimo. Y no lo consigo. La casa siempre está ruidosa como una estación de ferrocarril, y el tintero en tal estado de abandono que lo único que tengo para escribir es un poco de cieno negruzco.

Mistress Thursley avanzaba como encogida, humillada la cabeza, bajo el implacable bombardeo. Pero Joan, advirtió Brian, se había puesto rígida, y el exceso de tensión de sus músculos había hecho perder la gracia a su figura.

Cuando llegaron al comedor, vieron que ya aguardaban allí los dos hermanos pequeños de Joan, de pie detrás de sus respectivas sillas. Así que

los vio *Mr*. Thursley abandonó el tema del tintero para desarrollar cumplidamente el del bullicio de la casa.

—Como una estación de ferrocarril —repitió, y su indignación volvió a estallar con renovada intensidad—. George y Arthur no han hecho más que subir y bajar la escalera como dos energúmenos y dar vueltas chillando por el jardín en toda la mañana. ¿Por qué no puedes hacer que se estén quietos?

Ya todos estaban de pie ante sus respectivos lugares: Mistress Thursley en una de las cabeceras de la mesa, su marido en la otra; los dos muchachos a la izquierda de ella; Joan y Brian a su derecha. Permanecieron todos de pie, aguardando a que el vicario dijese la bendición.

—Como salvajes —dijo *Mr*. Thursley; las llamas de la ira le envolvían, se sentía lleno de un calor cosquilleante y horriblemente delicioso—. ¡Cómo salvajes!

Hizo un gran esfuerzo, y sumió en el pecho su larga y hendida barbilla, tras de lo cual quedó en silencio. Aún persistía la palidez que la ira indujo en su nariz, cuyas aletas se contraían y expandían como criaturas acuáticas vistas dentro de un acuario, latiendo con pulso regular pero agitado. Aún conservaba en la mano derecha el tintero.

—*Benedictus benedicat, per Jesum Christum Dominum nostrum* —dijo, por fin, en su voz de rezar, que era hueca, muy ligeramente temblorosa y llena de significado trascendental.

Todos se sentaron con el ruido característico que sigue a una inmovilidad forzada durante algún tiempo.

—Gritando y vociferando —dijo *Mr*. Thursley desechando su tono piadoso y volviendo a emplear su voz áspera y aguda—, ¿cómo puede uno trabajar así?

Soltó con golpe sonoro el tintero sobre la mesa delante de él y desdobló su servilleta.

En la otra cabecera de la mesa *Mrs*. Thursley trinchaba con extraordinaria rapidez un trozo de carne de cerdo rellena de pato picado.

—Pasa esto a tu padre —le dijo al chico más cercano, comprendiendo que era esencial que su marido comenzara a comer lo antes posible.

Uno o dos segundos después la criada ofrecía a su amo las verduras. Llevaba el delantal y la cofia almidonados a la perfección, y ella misma se

movía con la exactitud de un soldado de la Guardia que lleva varios años de instrucción militar. Las fuentes que contenían las verduras eran horrendas, pero fueron de elevado precio. Las cucharas eran de sólida plata, pesadas y victorianas. Con ellas se sirvió el vicario patatas cocidas en primer lugar y luego col, hecha puré y moldeada en forma de pequeños ladrillos verdes y húmedos.

—Las mujeres son incapaces de comprender lo que es el trabajo serio —insistió *Mr*. Thursley, solazándose con su enfado; luego comenzó a comer.

Cuando *Mrs*. Thursley acabó de servir a los demás el cerdo relleno, se atrevió a pronunciar unas palabras.

—Brian está a punto de marcharse a Alemania.

Alzó la mirada de su plato *Mr*. Thursley, que masticaba muy rápidamente y utilizando para ello los dientes como un conejo.

—¿A qué parte de Alemania? —preguntó lanzando una mirada aguda e interrogando en dirección a Brian. La nariz había recobrado su colorido rosado habitual.

—M-Marburgo.

—Allí está la Universidad, ¿no?

Brian dijo que sí con la cabeza.

Míster Thursley comenzó a reír de muy sorprendente manera, sin que nada hiciera esperar el arrebato, con un ruido semejante al del carbón que se descarga por una rampa.

—No cojas el vicio de beber cerveza con los estudiantes.

La tempestad había acabado. En parte por puro agradecimiento y en parte para hacer creer a su marido que había encontrado el chiste irresistible, *Mrs*. Thursley también se echó a reír.

—No, no —exclamó—, no hagas eso,

Brian sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Agua o sifón? —le preguntó la criada confidencialmente, sonando toda ella a almidón que se resquebraja y a ballenas que se doblan según se inclinó sobre él

—A-agua, p-por favor.

Acabada la comida, vuelto el vicario a su despachó, mistress Thursley propuso con aquélla su voz alegre y embarazosa, llena de segunda intención, que los dos muchachos fuesen a dar un paseo.

Se cerró la puerta ojival detrás de ellos. Y como un prisionero que recobra por fin la libertad, Joan respiró profundamente.

Estaba el cielo todavía nublado, y por debajo del cercano techo de nubes grises apreciábase la dulzura del aire lacio de fatiga, como si estuviera exhausto y rendido bajo la carga excesiva del verano. En el bosque, en el cual penetraron abandonando la carretera, la quietud resultaba opresiva, como el silencio intencionado de los seres sensibles, grávido de pensamientos no confesados y de sentimientos ocultos. Un pájaro trepador oculto a la vista de los muchachos comenzó a cantar, mas el rumor claro y alegre dijérase llegar hasta ellos desde tiempos y lugares remotos. Continuaron andando cogidos de la mano, pero separados por el silencio del bosque y también por el más denso y profundo de las emociones no expresadas. El silencio de las quejas que su lealtad le impedía a Joan pronunciar, y el de la piedad que a no ser que ella decidiera desahogarse le parecía a Brian que no era posible expresar sin insultarla;’ el silencio de los deseos anhelosos de ella de hallar consuelo en brazos de Brian, y el silencio de los deseos que no quería él sentir.

Pasaba el camino que llevaban por un soto de frondosos rododendros, y de repente se encontraron en un angosto desfiladero formado por dos muros altos e impenetrables de follaje verdinegro. Era aquélla una soledad dentro de otra soledad, imagen del silencio íntimo que los envolvía socavado visiblemente en el mayor silencio del bosque.

—D-da c-c-casi m-miedo —susurró él, cuando quedaron inmóviles escuchando el latir de sus propios corazones, el suave resuello de sus pechos y todas las palabras no pronunciadas que flotaban alrededor de ellos; escuchando estas cosas, pues ninguna otra había que escuchar.

De repente Joan no pudo aguantar más y su queja estalló espontáneamente y en contra de su voluntad:

—¡Cuándo pienso lo que va a ser mi casa…!, ¡Ay, Brian, quisiera que no tuvieras que irte!

Miróla Brian, y al ver aquellos labios temblorosos, aquellos ojos a los que las lágrimas prestaban brillo añadido, sintió que se deshacía derretido por su ternura y piedad.

Tartamudeando su nombre, la rodeó con los brazos. Joan permaneció inmóvil durante algún tiempo, doblada la cabeza y descansando la frente sobre el hombro de él. El pelo de la muchacha rozó los labios de Brian, a quien le pareció el cabello cargado de electricidad, al aspirar su perfume. De pronto, como si despertara de un sueño, se movió ella y apartándose algo de él alzó los ojos hasta su rostro. Su mirada tenía una fijeza desesperada y casi inhumana.

—¡Joan! —susurró él.

La única contestación de Joan fue sacudir la cabeza.

Mas, ¿por qué? ¿A qué implícito ruego se negaba con el gesto?

—Pero, Joan… —dijo con acento preocupado.

Tampoco habló ella ahora, sino que se limitó a mirarle, y una vez más movió lentamente la cabeza de un lado a otro. ¡Cuántas negativas expresaba aquel gesto sencillo! Se negaba a quejarse, se negaba a sí misma la posibilidad de la dicha, decía con triste insistencia que todo el amor de ambos de nada servía para paliar el dolor de la ausencia, expresaba su decisión de no aprovecharse de la piedad del muchacho, de no provocar, por mucho que ella lo deseara, palabras más apasionadas de confesión.

De pronto, Brian le cogió la cara con ambas manos, e inclinándose sobre ella la besó en los labios.

Mas de súbito, sin aviso alguno, como en obediencia precipitada a una orden inaudible, Brian se separó de ella. Creyó ella caer al suelo privada del apoyo, mas volvió la fuerza a sus rodillas a tiempo justo. Vaciló sobre los pies inseguros, recobró el equilibrio y sintió al punto la humillación de la afrenta sufrida. Se había ella apoyado sobre él, entera, alma y cuerpo, y él la había dejado caer, él había retirado labios y brazos y pecho para abandonarla sin aviso, helada, horriblemente expuesta e inerme, como si la hubiese dejado desnuda. Abrió los ojos llenos de reproches y le vio a poca distancia, de pie, pálido, con gesto furtivo y extraño. La miró durante un instante y luego desvió los ojos.

Su sentimiento de orgullo ante el ultraje sufrido desapareció para dejar el lugar a la preocupación.

—¿Qué te pasa, Brian?

Volvió Brian a contemplarla brevemente, de nuevo apartó los ojos y dijo en voz baja y grave:

—Quizá sea mejor que volvamos a casa.

Era un día de finales de setiembre. Bajo el cielo azul pálido, los objetos distantes presentaban un aspecto triste, de ternura exquisita, envueltos en sutil neblina. Dijérase estar el mundo remoto y no presente, como un recuerdo o un ideal.

Se detuvo el tren. Brian hizo señales al único mozo, pero bajó llevando él mismo la más pesada de las maletas. Al exigir el esfuerzo a sus músculos, descargaba su conciencia de parte del peso que su capacidad para comprar la ayuda de un hombre pobre le hacía sentir cada vez con mayor violencia según pasaban los años.

El mozo se acercó corriendo y casi arrebató la maleta de sus manos. También él tenía conciencia.

—Déjeme usted a mí, señorito —dijo con acento casi indignado.

—Hay ot-otras dos d-dentro —dijo, y antes de que lograra acabar la frase el mozo ya había subido al tren para apoderarse del resto del equipaje.

—¿Q-quiere que le a-ayude? —preguntó Brian.

El hombre era viejo, unos cuarenta años mayor que él, calculó Brian. Tenía blanco el pelo y surcada de arrugas la cara, pero no obstante le llamaba «señorito», le llevaba las maletas y recibía con agradecimiento la propina de un chelín.

El viejo ni siquiera respondió. Bajó las maletas de la red airosamente, con evidente orgullo de su destreza forzuda.

Brian sintió que alguien le tocaba en el hombro y se volvió rápidamente. Era Joan.

—¡En nombre de la ley! —dijo.

Pero la risa que sirvió de fondo a sus palabras resultó forzada y sus ojos expresaban la ansiedad acumulada durante muchas semanas de perplejidad. Todas aquellas cartas extrañas, rezumantes de desdicha, que él le había

escrito desde Alemania la habían dejado en dolorosa incertidumbre, sin saber qué pensar, ni qué sentir, ni qué esperar de él cuando regresara. Verdad que las cartas contenían reproches solamente para él mismo, reproches de una violencia cuya intensidad le resultó incomprensible a Joan. Pero en la medida en que ella fue responsable de lo que ocurrió en el bosque (y naturalmente que alguna responsabilidad le cabía, ¿por qué no?, ¿qué tenía un beso de malo?), sintió que los reproches también iban dirigidos contra ella. Y si la reprochaba, ¿podría quererla todavía? ¿Qué sentía por ella, qué sentía acerca de sí mismo y acerca de las relaciones que los unían? Incapaz de retrasar ni un minuto el conocimiento de las contestaciones a estas preguntas, salió a escondidas de su casa y fue a la estación a esperarle.

Brian la contempló incapaz de hablar. No esperaba verla tan pronto, y al encontrarse ante ella de aquella manera e inadvertido para la ocasión, se sintió desfallecer. Alargó la mano mecánicamente, y Joan la tomó en la suya y la estrechó fuertemente, como si con este vigor buscara obligarle a comprender la realidad del amor que le profesaba. Pero aún duraba el saludo y sintió deseos de apartarse de él, temerosa, incierta, sin saber qué cambios pudieran haber ocurrido en él, y, al fin, se separó de él como hubiese podido hacerlo si de un desconocido se tratara.

La gracia de aquel movimiento tímido e inquieto conmovió a Brian hasta el fondo del alma, como le ocurrió la primera vez que la vio. A pesar del embarazo que lo motivó, el movimiento tuvo la gracia gentil de un árbol joven doblado por el viento. Eso fue lo que pensó entonces. Y ahora había vuelto a ocurrir. La belleza del movimiento de nuevo fue una revelación, pero esta vez más acerba que la primera, por implicar que de nuevo se había convertido él en una persona desconocida, aunque la fuerza con que le apretó la mano fuera una protesta casi violenta en contra de la mudanza.

Según le miraba, la cara de Joan pareció vacilar, y la artificial alegría que la iluminó momentos antes se apagó para dejar en su lugar una pequeña aprensión.

—¿No te alegras de verme, Brian?

La pregunta deshizo el encantamiento. Brian pudo sonreír de nuevo y recobró el habla.

—¿A-alegrame?

Por respuesta la besó en una mano.

—N-no esp-p-peraba verte aquí. Ca-casi me has asustado.

La expresión de su cara la tranquilizó. Durante aquellos primeros segundos de silencio, su cara inmóvil y petrificada se le había antojado ser la de un enemigo. Ahora, gracias a aquella sonrisa le vio transfigurarse y convertirse en el Brian que ella había querido. En el Brian susceptible, amable y bueno; y aun bello a causa de su bondad, bello a pesar del cuerpo larguirucho y desmadejado, de aquellos miembros de movimientos zafios y desarticulados.

Arrancó el tren ruidosamente, cobró velocidad y desapareció. El mozo se alejó en busca de una carretilla: Quedaron solos al final del andén.

—Creí que ya no me querías —dijo ella después de un largo silencio.

—¡P-p-pero…, Joan! —protestó él.

Se sonrieron los dos. Pero pasado un momento, Brian apartó la mirada. ¿Quererla?, pensaba. Precisamente lo malo era que la quería demasiado, que la quería de forma indebida, aunque era ella «lo mejor».

—Creí que estabas enfadado conmigo.

—¿P-p-por qué iba a estar enfadado? —preguntó él, sin mirarla.

—Ya sabes por qué.

—No me enfadé con-contigo.

—La culpa fue mía.

Brian sacudió la cabeza.

—N-n-no lo fue.

—Sí, sí, sí lo fue —insistió ella.

El recuerdo de lo que había sentido mientras la tuvo en sus brazos en el desfiladero oscuro formado por los rododendros le hizo sacudir la cabeza con mayor energía.

Volvió el mozo con su carretilla, y comenzó a hablar del tiempo, a comentar las noticias y las hablillas del día. Le siguieron, representando en beneficio del buen hombre el papel de extras en la comedia de la localidad.

Cuando ya llegaban casi a la salida, Joan le puso una mano sobre el brazo y le dijo:

—No pasa nada, ¿verdad? Puedo sentirme feliz, ¿no?

Sonrió él sin hablar y asintió con un gesto.

Mientras iban camino de la casa en el carricoche, no pudo olvidar Brian aquella súbita iluminación de la cara de ella como respuesta al gesto mudo de asentimiento. Y todo cuanto él podía ofrecerle a cambio de tanto amor era… Volvió a pensar en el soto de los rododendros y le embargó la vergüenza.

Cuando supo por Brian que Joan había ido a esperarle a la estación, *Mrs*. Foxe sintió una punzada de resentimiento. ¿Qué derecho tenía…? ¡Antes que su propia madre! Y, además, qué mala fe. Pues Joan había aceptado su invitación a comer al día siguiente de la llegada de Brian, lo cual quería decir que reconoció tácitamente el derecho de la madre a disfrutar a solas de su hijo durante veinticuatro horas. Y resultaba que había ido a escondidas a la estación para recibirle en el momento en que se bajara del tren. A mistress Foxe le pareció esto casi una falta de honradez.

Los celos y la indignación apasionada de *Mrs*. Foxe duraron tan sólo unos segundos, pues la misma intensidad con que los sentía aceleró su reconocimiento de que eran irrazonables e indignos. No expresó su cara señal alguna de ellos y consiguió escuchar el relato tartamudeante de Brian acerca del encuentro en la estación con una sonrisa. Antes de que acabase Brian de hablar, no solamente había logrado ella que no se trasluciera en su cara lo que sentía, sino que desapareciera el sentimiento de su corazón. Todo lo que quedó fue su opinión impersonal acerca de la conducta de Joan que juzgó sin pasión alguna y únicamente con ligero dolor como poco sincera. Juzgó que la muchacha no había hecho bien en adelantarse a ella a escondidas.

No había hecho bien y, sin embargo, reflexionó, su conducta era muy comprensible y excusable. Cuando una está enamorada… Joan tenía un carácter impulsivo y apasionado, lo cual, reflexionó *Mrs*. Foxe, tema sus ventajas. Los impulsos pueden conducirnos hacia el mal, pero también hacia el bien, y si fuera posible canalizar aquella honda e impetuosa corriente de vida que fluía por dentro de la muchacha, si fuera posible dirigirla, si fuera posible alentarla en sus aspiraciones buenas y generosas, Joan llegaría a ser una persona magnífica. Magnífica, insistió en su fuero interno *Mrs*. Foxe.

—Bueno —dijo al día siguiente cuando Joan vino a comer—, ya me he enterado de que descubriste a nuestro pájaro migratorio todavía volando, antes de que tuviera tiempo de posarse.

Habló en tono cariñoso y sonriendo encantadoramente, pero, no obstante, Joan se sonrojó como si la acusaran.

—No le importó a usted, ¿verdad?

—¿Importarme? ¿Por qué iba a importarme? Lo único que creía es que habíamos quedado en que sería hoy cuando os vierais, pero, naturalmente, si no pudiste esperar…

—Perdóneme —dijo Joan, pero algo que se asemejaba al resentimiento enconado sintió que le subía hasta el pecho y que allí le ardía.

Mistress Foxe le puso la mano en el hombro a la muchacha con un gesto cariñoso y dijo:

—Vamos al jardín, a ver si está Brian allí.

OceanofPDF.com

XX

DE DICIEMBRE DE 1926

HUGH LEDWIDGE salió disimuladamente de la sala de atrás buscando reconfortarse con la soledad, pero se topó en el descansillo con Joyce y Colín. Y, al parecer, Colín sentía tremendo interés por los indígenas de ciertos remotos lugares y siempre había ardido en deseos de hablar con un etnólogo profesional acerca de sus experiencias durante una *shikar*, o cacería. Hugh se vio obligado a escuchar durante casi media hora las indocumentadas necedades del muchacho acerca de la India y de Uganda. Se sentía tremendamente fatigado. No deseaba más que escapar, huir de aquella casa de cotorras parlanchinas y refugiarse en el silencio delectable y en las páginas de un libro.

Al fin, le dejaron, gracias a Dios, y llenándose los pulmones demoradamente se dispuso a hacer frente a la postrera prueba del día, la de las despedidas. Las despedidas obligatorias al final de una velada eran una de las cosas que Hugh odiaba más cordialmente. Tener que exponerse una vez más a los contactos personales, verse obligado en medio del cansancio y de la sed de soledad a sonreír, a decir banalidades, a fingir de nuevo hipócritamente… ¡Qué odioso lo encontraba todo! Y era singularmente desagradable cuando se trataba de Mary Amberley. Había noches en las que aquella mujer parecía negarse rotundamente a tolerar la partida del que venía a despedirse, noches en las que se agarraba a él desesperadamente como si se estuviera ahogando. Preguntas, confidencias, discusiones escabrosas sobre los asuntos amorosos de los demás, cualquier cosa para

lograr que el que se iba permaneciera junto a ella unos cuantos minutos más. Dijérase que consideraba la partida sucesiva de cada invitado como muerte de un fragmento de su propio ser. Hugh sintió que se le encogía el corazón según atravesaba la estancia hacia la señora de la casa. ¡Maldita mujer!, y realmente la odiaba; la odiaba por las razones de costumbre; pero, además y especialmente, porque Helen continuaba bailando aún con aquel mozo de cuadra, y ahora también porque advirtió de repente, a través de la niebla de su miopía, que Staithes y aquel hombre Beavis estaban sentados junto a ella. Todos sus pensamientos insensatos acerca de la fabulosa conjura volvieron a apoderarse de él instantáneamente. Habían estado hablando de él, de su conducta el día que hacían ejercicios para caso de incendio en el colegio, de él y su timidez en el campo de fútbol, de él cuando le arrojaron las zapatillas por encima de la separación de las camarillas. Pensó durante un instante dar la vuelta y salir de la casa sin despedirse de nadie, pero advirtiendo que ya le habían visto, se dijo que sospecharían los motivos de su huida y que esto los haría reír con mayores ganas que nunca. Volvió a recobrar la sensatez y comprendió que no había confabulación alguna. ¿Cómo iba a haberla? Y aunque Beavis se acordara, ¿qué razones podía tener para hablar de ello? Sin embargo…, sin embargo… Se irguió procurando que sus hombros estrechos quedaran lo mejor disimulados que pudiera ser y avanzó resueltamente hacia la emboscada que preveía.

Afortunadamente, Mary le dejó ir casi sin protesta.

—¿De verdad tienes que irte? ¿Tan pronto?

Y eso fue todo, parecía distraída, como si pensara en otra cosa.

Beppo dejó oír el gorgoteo de unas amabilidades banales; Staithes se limitó a inclinar la cabeza; y le llegó el turno a Beavis. Aquella sonrisa suya, ¿era lo que parecía ser, un gesto vago y de amistad convencional? ¿O quizá ocultaba significados secretos, e implicaba recordatorios burlones de las vergüenzas de antaño? Hugh dio media vuelta y se alejó presuroso, preguntándose por qué iría a tales estúpidas fiestas. Mas iba una y otra vez, sin corregirse de ello, aunque sabía perfectamente lo mucho que en ellas se aburría y lo carentes de sentido que eran todas ellas.

Staithes se volvió a Anthony y le dijo:

—¿Te das cuenta de quién es ése?

—¿Quién, Ledwidge? ¿Es alguien de particular?

Staithes lo explicó.

—¡El Ojos! —dijo Anthony riendo—. ¡Claro, ahora me acuerdo! ¡Pobre Ojos, qué brutos éramos con él!

—Por eso yo hago siempre como si no supiera quién es —dijo Staithes con su sonrisa anatómica de piedad y desprecio—. Creo que sería caritativo que tú hicieras lo mismo.

El proteger a Hugh Ledwidge le producía verdadero placer.

No tenía razón de ser, eran aburridas y humillantes, sí, humillantes, iba pensando Hugh, pues siempre encontraba en tales reuniones motivos de humillación. Un Beavis que reía, un Watchett insolente como un lacayo malcriado.

Oyó el ruido de unos pies que bajaban la escalera apresuradamente.

—¡Hugh! ¡Hugh!

Se detuvo como si le hubieran sorprendido haciendo algo malo y dio media vuelta.

—¿Por qué te vas así, sin siquiera despedirte de mí?

—Me pareció que estabas muy ocupada —dijo tratando de echar la cosa a broma, mirando a Helen desde detrás de sus gafas, pero luego quedó asombrado y silencioso, casi sobrecogido.

La vio tres escalones por encima de él, descansada una mano sobre la barandilla, inclinándose hacia delante como si fuera a echarse a volar. Pero, ¿qué le había ocurrido? ¿Qué milagrosa mudanza era aquélla? El rostro que le miraba desde la altura parecía relucir con una luz interna. Aquélla no era Helen, sino una criatura supernatural. Confortado por tan ultraterrena belleza, se sonrojó al recordar la innoble cuchufleta y su sonrisa al hablarla.

—¿Ocupada? Pero si no hacía más que bailar.

Fue como si un Moisés ingenuo e inconsciente dijera a los asombrados israelitas: «Sólo estaba charlando con Jehová».

—Es muy feo lo que has querido hacer y no tiene excusa —continuó ella, y luego, como si se le acabara de ocurrir una idea peregrina

repentinamente, prosiguió—: ¿O es que te has enfadado conmigo por algún motivo?

Empezó él por negar con la cabeza, pero al pensarlo mejor se sintió obligado a explicarle algo más claramente.

—Enfadado, no; nada más que un poquito insociable.

La interna luz que ardía en la cara de Helen pareció aumentar con súbitas y más intensas llamas temblorosas. ¡Insociable! ¡Qué cosa más exquisitamente divertida! El baile la había tornado perfecta, había transformado la tierra en cielo. Y la idea de que uno pudiera sentirse «insociable» (¡qué palabra más absurda!), que uno pudiera sentir algo que no fuera desbordante amor por todos y por todo, era tan gracioso que no pudo evitar la risa.

—¡Qué divertido eres, Hugh!

—Celebro que lo pienses así —repuso él en tono ofendido y volviendo la cabeza.

La seda de sus faldas susurró apresuradamente; una suave fragancia de su perfume acarició la mejilla de Hugh. Helen le miraba desde el escalón inmediato, desde muy cerca.

—¿Te ha molestado por decirte que eres divertido?

Alzó los ojos nuevamente y se encontró con la cara luminosa de la muchacha a la altura de la suya. Aplacado por la expresión de sincera congoja que vio reflejada en ella, contestó negativamente con la cabeza.

—No he querido decir divertido en sentido malo. Quise decir que…, ya sabes: divertido… de manera simpática. Eso, divertido, pero muy simpático.

En determinadas circunstancias amenazadoras, una chanza oportuna constituye una defensa eficaz. Sonrió Hugh, se llevó la mano derecha al corazón e iba a decir: *Je suis pénétré de reconnaissance*[64], en reconocimiento a aquella clasificación que le convertía en persona simpática. Su reacción automática ante las halagadoras palabras fue la de adoptar el papel de gracioso cortesano y hacer aquel gesto florido y gentil. *Je suis pénétré…*

Pero Helen no le dio tiempo de refugiarse tras el parapeto de la broma dieciochesca, pues en cuanto terminó de hablar, le colocó las manos sobre

los hombros y le besó en la boca.

Quedó él casi aniquilado por la sorpresa y la confusión durante un momento y asfixiado por una especie de felicidad turbulenta.

Helen se apartó ligeramente y le miró. Le vio demudado, pálido, como si hubiera visto un fantasma. Sonrió la muchacha, pues ahora le encontraba más divertido que nunca, e inclinándose hacia él volvió a besarle.

La primera vez que le besó, lo hizo movida por la plenitud de vida que sentía dentro de sí, porque se encontraba perfecta en un mundo perfecto. Pero la cara asustada que ahora vio se le antojó tan absurdamente cómica, que aquélla su plenitud de vida perfecta quedó transmudada en travesura picaresca. La segunda vez que le besó lo hizo en broma, en broma y al mismo tiempo empujada por la curiosidad. El segundo beso fue un experimento hecho con espíritu de investigación científica e hilarante. Fue un experimento de vivisección llevado a cabo con el permiso oficial, de lo perfecto y justificado por la felicidad. Además, Hugh tenía una boca extraordinariamente agradable. Jamás había besado ella labios de semejante plenitud y blandura, y la experiencia le había resultado sorprendentemente agradable. No se trataba solamente de observar científicamente lo que ahora haría la absurda criatura, sino que también buscó sentir una vez más aquella fresca elasticidad contra sus labios que se extendía velozmente y de manera casi insoportable por toda la superficie de su cuelgo, como si fuera sucesivamente acariciado por sutiles alas de mariposa.

—Fuiste muy bueno al tomarte tantas molestias conmigo —dijo, como para justificar la segunda caricia.

Las mariposas habían vuelto a aletear deliciosamente y se habían posado con temblor eléctrico y alas vibrantes sobre su pecho.

—Tanta molestia por mi educación.

—¡Helen! —fue todo lo que él pudo susurrar, y antes de que tuviera tiempo para pensarlo, la rodeó con sus brazos y la besó.

Sus labios por tercera vez, y aquellas mariposas apresuradas sobre su epidermis…; pero ¡qué pronto se apartó de él!

—¡Helen! —repitió él.

Quedaron contemplándose en silencio, pues ahora que ya había tenido tiempo para descansar, Hugh se encontró sumido en el más horrible

embarazo. Dejó caer las manos furtivamente, apartándolas del cuerpo de ella. No sabía qué decir, o más bien lo sabía, pero no podía pronunciar las palabras; el corazón le latía con violencia dolorosa. «Te quiero, te quiero», estaba diciendo, estaba gritando, desde el otro lado de su silencio abochornado. Pero no dijo palabra. Siguió sonriendo con expresión vacua y luego bajó los ojos, los ojos, pensó, que indudablemente presentaban a través de los gruesos cristales de sus gafas horrendo aspecto de ojos de pez.

«¡Qué raro es!», pensó Helen; pero su risa científica ya se había apagado. La vergüenza de Hugh resultó contagiosa.

—Estoy decidida a leer todos esos libros —dijo para poner fin a la situación imposible—. Y, por cierto, me tienes que dar la lista.

Agradecido de que le hubiera facilitado un tema de conversación posible, Hugh volvió a alzar los ojos hasta que ella, durante un instante tan sólo, por no desear exhibir con demora excesiva su naturaleza saltona de ojos de pez.

—La completaré y te la enviaré.

Al cabo de uno o dos segundos se dio cuenta de su prodigalidad de haber derrochado en una sola frase el precioso tema impersonal de los libros. Persistió el silencio atormentadoramente hasta que, por fin, desesperado, pues ya nada había que decirle, decidió despedirse. Procuró que su voz expresara amor infinito y dijo:

—Buenas noches, Helen.

Fue su intención que aquellas palabras tuvieran la elocuencia de todo un discurso. Pero ¿percibiría ella la elocuencia y comprendería la profundidad de sus implicaciones? Se inclinó hacia adelante y volvió a besarla, rápidamente, con gran ligereza, dándole un beso de devoción tierna y respetuosa.

Pero no había contado con Helen. El embarazo que nubló momentáneamente su perfección audaz se evaporó al contacto de sus labios y volvió a ser la investigadora regocijada dedicada a la vivisección.

—Bésame otra vez, Hugh —dijo.

Y cuando él obedeció, prolongó ella la caricia y le obligó a conservar sus labios contra los suyos segundo tras segundo.

El ruido de las voces y la música aumentó de repente. Alguien había abierto la puerta de la sala.

—Buenas noches, Hugh —susurró ella con la boca junto a la de él.

Le soltó y se lanzó escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos.

Cuando Gerry la vio salir corriendo del cuarto para despedirse de Ledwidge, se sonrió cínicamente. La vio arrebolada, con los ojos brillantes, como si hubiera bebido una botella de champaña, completamente borracha por el baile. Era divertido verlas perder la cabeza del tal manera, perderla con tanto entusiasmo, perderla sin reservas y completamente. Perderla sin quedarse con nada, tirando todo por la ventana, por así decirlo. La mayor parte de las muchachas eran desagradablemente avarientas y calculadoras. Se limitaban a perder solamente la mitad de la cabeza y a conservar con cuidado la otra mitad para poder representar el papel de doncellas ultrajadas. ¡Las muy coquetas! Pero con Helen advertía uno que el motor ya no podía rendir más. Helen pisaba el acelerador a fondo y no se le daba un ardite de los obstáculos que en su camino pudieran surgir. Gerry encontraba esto muy de su gusto, y gustaba de ello no solamente porque tenía la esperanza de aprovecharse de la cabeza perdida, sino también de manera desinteresada, pues no podía menos de admirar a quienes se abandonaban a sus ímpetus y les importaban bien poco las consecuencias. Tales personas le parecían admirables, generosas y valientes. Así era él cuando el estado de su bolsillo se lo permitía. Redaños; eso era lo que tenía Helen, redaños. Y también gran temperamento, comenzó a decir con gran satisfacción en el momento en que alguien le tocó en el hombro y le hizo interrumpir sus reflexiones con sobresalto. Su sorpresa se convirtió casi instantáneamente en furia. Nada le molestaba tanto como que le sorprendieran desprevenido en lugar de en guardia. Se volvió bruscamente, pero al advertir que la persona que le había tocado era Mary, procuró reajustar la expresión de su cara. No lo logró plenamente, pues sus ojos, duros y airados, desmintieron la dulzura de su sonrisa.

Pero Mary estaba ella misma demasiado airada para observar las señales del enfado de Gerry.

—Quiero hablarte —le dijo en voz baja, que procuró hacer normal y tranquila, pero que tembló a pesar de todos sus esfuerzos.

«Escena tenemos», pensó Gerry, al mismo tiempo que su enfado aumentaba a causa de aquella mujer tediosa.

—Pues habla —dijo en voz alta y con aire ofensivo de indiferencia.

Sacó su pitillera, la abrió y la brindó a Mary.

—Aquí, no —dijo Mary.

—Perdón, no sabía que no dejaran fumar aquí —dijo él, como si no entendiera la intención de Mary.

—¡Estúpido! —dijo ella con explosión de rabia—. ¡Ven! —dijo después, agarrándole de una manga y casi arrastrándole hacia la puerta.

Helen, que subía corriendo las escaleras, llegó a tiempo de ver a su madre y a Gerry que salían al descansillo y se dirigían escalera arriba, hacia los pisos superiores de la alta casa. Se dijo que tendría que buscar a algún otro para bailar y entró sin otra reflexión en la sala. Un momento más tarde encontró a Peter Quinn, muchacho desmedrado, con el cual no tardó en deslizarse nuevamente en el paraíso del baile.

—¡Qué plancha! —dijo Anthony, cuando la señora de la casa salió de la sala acompañada de Gerry—. No sabía que Gerry estuviese de tumo.

—¡Pobre Mary! —dijo Beppo, suspirando y moviendo la cabeza.

—Antes al contrario, rica Mary —dijo Staithes—. Será pobre más tarde.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Anthony.

—Se pondría furiosa contigo si trataras de hacerlo.

—¡Esas lamentables compulsiones! —dijo Anthony, sacudiendo la cabeza—. Como los cuclillos en agosto, como los ciervos en octubre.

—Observé en ella señales de compulsión hacia mí —dijo Staithes—. Cuando la conocí. Pero pronto la curé. Y entonces surgió ese rufián de Watchett.

—Resulta fascinador observar las cosas que pueden llegar a hacer estos aristócratas —dijo Anthony en tono de entusiasmo científico.

La cara desollada de Staithes se arrugó con una mueca de desprecio.

—No es más que un chulo vulgar —dijo—. Me resulta completamente incomprensible cómo le pudiste soportar en Oxford.

De hecho, estaba diciéndose que Anthony había aguantado a Gerry movido exclusivamente por el más innoble servilismo.

—Le soporté exclusivamente movido por mi *snobismo* —dijo Anthony, privando a su interlocutor de gran parte de su gusto con la paladina confesión—. Pero he de insistir que gentes de la calaña de Gerry son parte esencial en toda educación liberal. Cuando era rico tenía algo verdaderamente magnífico. Una especie de audacia indiferente y desinteresada. Ahora… —alzó una mano y la dejó caer de nuevo—. Ahora, tienes razón, es un chulo vulgar. Pero eso es precisamente lo que encuentro tan profundamente interesante, la gran facilidad con que los aristócratas se convierten en chulos. Y es muy comprensible si se considera la cosa con alguna reflexión. He aquí un hombre educado en la creencia de que tiene una especie de derecho divino a todo lo mejor que hay. Mientras disfruta de sus derechos, obedece al código de *noblesse oblige*, del honor y de todo lo demás. Naturalmente, se conduce inevitablemente con insolencia. Pero con honradez. Ahora bien: le quitamos sus rentas e inmediatamente pueden ocurrir las cosas más peregrinas. Por definición, la Providencia dispuso que gozara de todo lo bueno del mundo; por lo tanto, se deduce que tiene derecho a disponer de los medios precisos para conseguir esas cosas buenas que el mundo ofrece, y, por lo tanto, también es perfectamente lógico que cuando tales medios no pueden conseguirse de manera legítima, está justificado el hacerse con ellos de manera ilegítima. En otros tiempos, nuestro buen Gerry se hubiera podido dedicar al bandidaje o a la simonía. Hubiera sido un *condottiere* admirable o un obispo protestante casi perfecto. Pero hoy el Ejército y la Iglesia se han hecho mucho más respetables, demasiado profesionales. No hay lugar en ellos para los aficionados. El noble empobrecido se ve obligado a dedicarse a los negocios. A vender automóviles. A vender en comisión obligaciones y acciones. A dar con su nombre un aire de solvencia a compañías más o menos fraudulentas. Todo ello acompañado naturalmente, si es presentable, de la discreta prostitución de su cuerpo. Si tiene la suerte de haber nacido con facilidad de palabra, puede ganarse la vida bastante bien dedicándose al chantaje y a la tercería dentro de ciertos límites aceptables en sociedad, dedicándose a cronista de salones *Noblesse oblige*[65], pero también la

pobreza tiene sus exigencias. Y cuando las dos obligan simultáneamente, ¡ah!, entonces ha llegado el momento de que nosotros, los de la clase media, nos abrochemos los bolsillos cuidadosamente, en vez de lo cual… —terminó encogiéndose de hombros—. ¡Pobre Mary!

Arriba, en la alcoba, el torrente de reproches e insultos, fluía impetuoso e incesante de la boca de Mary. Gerry ni siquiera la miraba. Parecía absorto en la contemplación del *Pascin*[66] que colgaba encima de la chimenea. El cuadro mostraba dos mujeres desnudas, escorzadas sobre una cama.

—Me gusta este cuadro —dijo con intencionada indiferencia, aprovechando una pausa que hizo Mary para respirar—. Se puede apreciar que el pintor acaba de terminar de hacer el amor a esas chicas. A las dos. Al mismo tiempo —añadió.

Mary palideció. Le temblaron los labios, y las ventanas de la nariz se abrieron como si estuvieran dotadas de vida propia e indomeñable.

—¡No me has estado escuchando! —gritó—. ¡Eres asqueroso, eres imposible!

Y el torrente de reproches volvió a correr con igual vehemencia que antes.

Aunque de espaldas a ella, Gerry continuó contemplando los desnudos de Pascin. Por fin, echando una última bocanada de humo de tabaco, arrojó la colilla en la chimenea y se volvió.

—Cuando hayas acabado —dijo con voz aburrida—, podemos acostarnos.

Muda de ira, Mary le miró furiosa.

—Me parece lo más acertado —añadió él, sonriendo irónicamente y dirigiéndose hacia ella— si tenemos en cuenta que eso es lo que realmente quieres.

Cuando estuvo cerca de ella extendió las manos con un ademán invitador. Eran las manos grandes y estaban atildadas inmaculadamente, pero también eran bastas, carentes de sensibilidad, brutales. «Horribles, odiosas», pensó Mary al contemplarlas. Tanto más odiosas ahora, porque fue precisamente su fealdad y su rudeza lo que primero le atrajo de él y lo

que bochornosamente seguía atrayéndola en aquel momento, a pesar de los muchos motivos que tenía para odiarle.

—¿No vienes? —le preguntó él en igual tono irónico.

Mary, por toda respuesta, trató de abofetearle; pero más rápido que ella, Gerry le cogió la mano en el aire, y cuando Mary trató de emplear la otra, también ésta quedó sujeta antes de que pudiera descargar el golpe. Quedó en su poder sin poder soltarse.

Aún sonriendo y sin decir palabra fu© Gerry empujándola de espaldas hacia el lecho, paso a paso.

—¡Bestia! —repetía ella sin cesar y esforzándose por desasirse sin lograrlo y hallando en ello un placer extraño.

La empujó él contra el bajo diván, más y más, inexorablemente, hasta que Mary acabó por perder el equilibrio y cayó sobre la colcha, de espaldas, mientras que Gerry, con una rodilla sobre la cama, se inclinaba sobre ella, aún dibujada en su cara aquella sonrisa de guasa.

—¡Bestia! ¡Bestia!

—Existe una correlación concreta entre la civilización y la sexualidad —estaba diciendo Anthony—. Cuanto más alta la una, más intensa la otra.

—¡Caramba! —dijo Beppo entre burbujas de placer—: ¡qué civilizados debemos de estar!

—Civilización quieres decir pan y libros para todos. Filetes y revistas ilustradas para todos. Proteínas de primera clase para el cuerpo y cuentos románticos de cuarta clase para el espíritu. Y esto en un mundo seguro, urbano, en el que no existen ni peligros ni fatigas físicas. En una ciudad como ésta, por ejemplo, uno puede vivir durante varios años sin necesidad de darse cuenta de que existe la Naturaleza. Todo cuanto en ella hay es obra del hombre, es puntual y es cómodo. Pero la comodidad y la conveniencia pueden resultar opresivas para la gente, que busca también la excitación, y los peligros y las sorpresas. ¿Dónde podrán hallarlos? Ocupados en ganar dinero, en la política, de cuando en cuando en la guerra, en el deporte y, finalmente, en la sexualidad. Pero la mayor parte de la gente no puede jugar a la Bolsa, ni tomar parte activa en la política; la guerra se está convirtiendo en algo demasiado desagradable, y los deportes más complicados y

peligrosos están reservados para los ricos. Así, pues, únicamente resta la sexualidad. Según aumenta la civilización material, aumenta paralelamente la intensidad y la importancia de lo sexual. Tiene que aumentar inevitablemente. Y puesto que al mismo tiempo la buena alimentación y la literatura han aumentado la cantidad de apetito disponible… —se encogió de hombros y acabó diciendo—: La cosa está perfectamente clara.

—Lo explicas todo —exclamó Beppo entusiasmado—. *Tout comprendre, c'est tout pardonner*[67].

Se sentía encantado de que la dialéctica de Anthony ofreciese no solamente la absolución, sino indulgencia plenaria a todos (pues Beppo deseaba altruístamente que su felicidad fuera compartida universalmente) y por todos, absolutamente todos, desde los encantadores *barmen* de Tolón hasta aquellas muchachas calzadas de botas altas (que no le interesaban en absoluto) de la Kurfürstendamm[68].

Staithes calló. Estaba pensando que, si el progreso social únicamente quería decir mayor bestialidad para más gentes, entonces… entonces… ¿qué?

—¿Os acordáis de aquella frase del doctor Johnson? —siguió diciendo Anthony con alegre voz. La frase le había venido a la memoria inopinadamente, como un regalo inesperado de su subconsciencia a su razón discursiva, un regalo enriquecedor de su pensamiento, que completaba su argumentación y extendía su alcance. Su voz reflejaba el repentino y triunfante placer que experimentaba—: ¿Cómo es? «Raras veces está un hombre ocupado tan inocentemente como cuando gana dinero». Algo así. Admirable. —Se rió de buena gana y prosiguió diciendo —: La inocencia de quienes esclavizan a los pobres, pero se abstienen de tocar a la mujer del prójimo. La inocencia de Ford, la inocencia de Rockefeller. El siglo diecinueve fue el «siglo de la inocencia», de esa clase de inocencia. Y el resultado es que ahora casi nos mostramos dispuestos a decir que pocas veces se encuentra un hombre tan inocentemente como cuando está haciendo el amor.

Hubo un silencio. Staithes miró su reloj.

—Ya va siendo hora de irse de aquí —dijo—. Pero el problema —añadió paseando la mirada por la sala—, el problema es encontrar a la

señora de la casa.

Se levantaron los tres, y mientras Beppo iba presuroso para saludar a dos conocidos jóvenes al otro lado de la estancia, Anthony y Staithes se dirigieron a la puerta.

—Estábamos buscándote —dijo Anthony— para despedirnos.

—¿Tan pronto? —exclamó Mary con un súbito acceso de ansiedad.

Pero los dos se mantuvieron firmes. Dos minutos más tarde Staithes, Gerry y Anthony echaban a andar juntos calle arriba.

Fue Gerry el que rompió el silencio.

—Estas viejas… —dijo en tono reflexivo y rencoroso, al tiempo que sacudía la cabeza. Luego añadió más alegremente—: ¿Os apetece una partida de *póker*?

Pero Anthony no sabía jugar y a Staithes no le apetecía hacerlo, por lo que Gerry hubo de ir en busca de compañeros más comprensivos.

—Menos mal que se ha ido —dijo Mark—. ¿Te parece venir a mi casa para charlar una hora?

Lo que le había ocurrido, pensaba Hugh según se dirigía a su casa, era lo más importante, lo más extraordinario y lo más increíble de toda su vida. Tan bonita, tan joven. Tan esbelta. (Si se hubiera ella arrojado al Támesis y él la hubiera salvado… «¡Helen, pobrecita Helen!», y ella hubiera murmurado agradecida: «¡Hugh, Hugh!»). Pero incluso sin necesidad de suicidio el suceso era suficientemente pasmoso. Su boca sobre la de él. ¿Por qué no se había mostrado más animoso y con mayor presencia de ánimo? ¡Cuántas cosas pudo él decir, cuántas pudo insinuar!, y, sin embargo, desde cierto punto de vista, era mejor el haberse conducido como lo hizo, estúpida, tímida e ineptamente. Y era mejor, porque demostraba de manera más contundente que ella le quería; porque añadía valor a la conducta de Helen, tan joven, tan pura y tan espontánea, independientemente de la de él. A pesar de su falta de competencia, a pesar, casi pudiera decirse, de su resistencia, Helen le había puesto las manos sobre los hombros y le había besado. Le había besado a pesar de todo, se repitió entre triunfal y asombrado, sin dejar por eso de experimentar bochorno por su debilidad, por su incapacidad. A pesar de todo. *Non piu andrai*[69], comenzó a

canturrear mientras andaba. Luego, como si la húmeda noche londinense fuera una mañana primaveral en el campo, rompió a cantar abiertamente:

Delle belle turbando il riposo,
Narcisetto, Adoncino d'amor…..…[70]

En cuanto llegó a su casa se sentó inmediatamente ante su mesa y comenzó a escribir:

Helen, Helen… Si repito las sílabas durante demasiado tiempo acaban por perder su sentido, se convierten en el silencio de mi habitación en un ruido desprovisto de significado y aterrador. Pero si digo tu nombre dos o tres veces nada más, ¡qué dulzura, qué riqueza, qué plenitud la suya! Resuenan en él ecos de elocuencia extraordinaria y llena de recuerdos. No son, para mí, recuerdos de la Helena griega. A esa Helen la veo como una mujer ya madura, sencillamente la mujer de Menelao y amante de París. Nunca fue joven verdaderamente, con esa juventud exquisita, de flor, que es la tuya. No. A quien veo a través del nombre es a la Helen de Edgard Allan Poe. A la belleza que lleva de nuevo al viajero hasta las costas de la tierra en que nació. Mas no al hogar obvio y mundano de las pasiones, sino a ese otro más lejano, más raro, más bello, que se eleva por encima de las pasiones y las trasciende. Más allá de ellas, por encima de ellas, y, no obstante, las incluye a pesar de ir más lejos, de subir más alto…

La carta resultó larga, pero la terminó con tiempo suficiente para llegar, aunque hubo de correr para ello, al buzón de la recogida de medianoche. La triunfal exultatación que sintió al volver ahora a su casa no estuvo entreverada de otras sensaciones menos gratas. Olvidó su timidez, su cobardía humillante y solamente recordó aquella alegría gozosa y elevadora que sintió mientras escribía la carta Exaltado por encima de su acostumbrado yo, olvidó al desnudarse guardar el braguero en la cómoda para que no lo descubriese *Mrs*. Brinton al entrarle el té por la mañana. Permaneció en la cama largo rato ocupado en pensamientos tiernos,

paternales, poéticos, pensando al mismo tiempo con deseo, pero con un deseo de tan gentil amabilidad, que la lascivia adquiría la calidad de una oración; pensando en la exquisita juventud de Helen, en su inocencia, en su esbeltez, en su inocencia esbelta y en aquellos besos inesperados y extraordinarios.

OceanofPDF.com

XXI

31 DE AGOSTO DE 1933

HELEN llamó al timbre y luego quedó escuchando. Nada pudo oír que alterase el silencio que reinaba al otro lado de la puerta. Había llegado directamente desde la estación, después de una noche pasada en el tren. Todavía no eran las diez y su madre estaría aún durmiendo. Volvió a llamar, y al cabo de un rato insistió nuevamente. Estaría dormida profundamente, a no ser, naturalmente, que hubiese pasado la noche fuera de casa. ¿En dónde? ¿Con quién? Recordó aquel horroroso ruso que había conocido en casa de su madre la última vez que estuvo en París y frunció el ceño. Llamó a la puerta por cuarta y por quinta vez. Dentro del piso sonó un rumor repentino, provocado indudablemente por el timbre. Helen suspiró, en parte tranquilizada al comprender que su madre únicamente había estado dormida, y en parte, con temor de lo que los minutos o las horas inmediatas le reservaran. Se abrió al fin la puerta y salió por ella un olor compuesto de efluvios de gatos, de éter y de comida. Y allí, en el umbral, vio a su madre con su pijama rosa y sucio, despeinado el cabello teñido de color naranja, aún guiñando y con la cara hinchada por el sueño. Durante un segundo, la cara fue una máscara inexpresiva, abotargada y vieja, de incomprensión estupefacta; luego, de repente, cobró vida, cobró casi juventud al sonreír con verdadero placer.

—¡Qué alegría!: —exclamó *Mrs*. Amberley—, ¡qué gusto volver a verte!

Si no hubiera sabido, por acérrima experiencia, que esta alegría, y este afecto serían sucedidos inevitablemente, en el mejor de los casos, por un abatimiento rencoroso, y en el peor de ellos, por un ataque de furia violenta y vesánica, Helen se hubiera sentido conmovida por el calor con que su madre la recibió. Pero sabedora de lo que la esperaba, se limitó a permitir que la besara, y con cara pétrea, e inexpresiva cruzó el umbral para entrar en la pesadilla espantable y harto conocida de la vida de su madre.

Esta vez descubrió que la pesadilla tenía un elemento cómico.

—Todo por esa infernal vieja de *femme de tríénage* —explicó *Mrs*. Amberley ya dentro del pequeño y oloroso vestíbulo—. Se ha dedicado a robarme las medias, y cuando salí, dejé la alcoba cerrada con llave. Y perdí la llave. Ya sabes lo que soy —añadió con gran satisfacción, vanagloriándose por la fuerza de la costumbre de sus distracciones, de las cuales siempre había estado muy orgullosa—. No tengo remedio.

Sacudió la cabeza y se sonrió con aquella sonrisa suya y conspiradora. Señaló a la parte baja de la puerta, uno de cuyos tableros mostraba un agujero oblongo, y con voz en la que vibraba el regocijo siguió diciendo:

—Cuando entré tuve que romper la puerta. ¡Tenías que haberme visto dando golpes con la plancha! Afortunadamente la puerta parece hecha con madera de caja de cerillas. Barata y lamentable como todo lo de este piso asqueroso.

—¿Y entraste a gatas?

—Así.

Mistress Amberley se puso a cuatro patas, metió la cabeza por el agujero, se torció para poder meter el hombro y el brazo, y luego con agilidad sorprendente tiró y empujó con manos y pies hasta que sólo sus piernas permanecieron en el vestíbulo. Primero una y después la otra desaparecieron las piernas por el agujero, y un instante más tarde, como si asomara por una perrera, surgió la cara de *Mrs*. Amberley, algo sofocada.

—¿Ves? Es de lo más sencillo. Y lo más divertido es que esa bruja de *madame* Roget es tan gorda que no tiene posibilidad alguna de meterse por aquí. De manera que ya no tengo que preocuparme más de las medias.

—¿Quieres decir que no entra nunca en tu cuarto?

—No ha entrado desde que perdí la llave, y de eso ya hace tres semanas —contestó *Mrs*. Amberley triunfalmente.

—Pero ¿quién te hace la cama y limpia la habitación?

Mistress Amberley vaciló durante unos instantes y luego respondió, algo irritada:

—Pues… yo, naturalmente.

—¿Tú?

—¿Por qué no?

Mistress Amberley miró desde su perrera a su hija con expresión de desafío. Callaron ambas durante buen rato hasta que al fin las dos rompieron a *reír* al mismo tiempo.

—Bueno, vamos a ver —dijo Helen sonriendo al mismo tiempo que se ponía a gatas.

Su cara de piedra se había dulcificado y vuelto a cobrar vida. Sintió calor cordial dentro de sí. Tuvo su madre un aspecto tan absurdo mirándola desde su perrera, un aspecto tan pueril y ridículo, que Helen sintió de nuevo amor por ella. Le fue posible amarla mientras se reía de ella, o quizá precisamente porque se estaba riendo de ella.

Mistress Amberley retiró la cabeza.

—Está un poco desordenado —dijo mientras Helen entraba por el agujero de la puerta, y según hablaba, aún de rodillas, escondió debajo de la cama un montón de ropa sucia y los restos de la comida del día anterior.

Ya de pie, Helen paseó la mirada por la alcoba. La suciedad era peor de lo que había creído, mucho peor. Procuró seguir sonriendo, pero sus músculos faciales se negaron a obedecerla.

Tres días más tarde, Helen estaba de viaje nuevamente hacia Londres. Abrió el periódico inglés que había comprado en la estación de París y comenzó a leer con uniforme indiferencia acerca de la crisis, del partido de *cricket* con los australianos, de los nazis, de la política social norteamericana. Suspiró y volvió la página. Impresas con tipo grande leyó unas palabras: «Una primera novela exquisita». Y debajo de éstas, en cuerpo más pequeño, otras palabras decían: «*El Amante Invisible*, por Hugh Ledwidge. Crítica de Catesby Rudge». Helen dobló el periódico para que le resultara más manejable y comenzó a leer con atención intensa y fija:

«Pensé que se trataba de un libro más, como otro cualquiera. Y ya estaba a punto de dejarlo a un lado sin leer, cuando por fortuna, algo, quizá una intuición mística, me hizo cambiar de propósito. Lo abrí, comencé a hojearlo, mirando una frase aquí y otra allá, y pronto me di cuenta de que las tales frases eran gemas, joyas de cristal tallado. Decidí leer el libro. Eran las nueve de la noche. A las doce, continuaba absorto en la lectura. No me acosté hasta las dos de la madrugada y cuando lo hice, un torbellino de entusiasmo reinaba en mi mente producido por la obra maestra que acababa de leer».

«¿Cómo puedo describir este libro? Pudiera llamarlo una fantasía. Y en cierto modo, esa descripción es buena. *El Amante Invisible* es una fantasía, pero una fantasía acerba al mismo tiempo que airosa; profunda al mismo tiempo que ligera e interesante; amasada con lágrimas, pero también compuesta de sonrisas; al mismo tiempo de gracia finísima y de alta espiritualidad. Todo el libro está lleno de gracia descorazonada, y toda su risa está cubierta por el rocío de las lágrimas. A todo lo largo de la obra corre una vena de pureza ingenua e infantil, que resulta infinitamente refrescante en un mundo lleno de freudianos, de novelistas salaces y de gentes de parecida calaña. Esta fantasía del amante invisible, pero siempre presente, siempre vigilante, perpetuamente rendido, y de su amada infantil, tiene una inocencia casi celestial. Si buscara describir el libro con una sola frase, diría que es la historia de Dante y Beatriz narrada por Hans Andersen…».

Estas palabras, al mezclarse con los recuerdos que tenía de los pocos y lamentables ensayos de Hugh para hacerle el amor, provocaron en la mente de Helen una especie de violenta reacción química, soltó la carcajada, y como la ridícula frase aún resonara en su mente, y los recuerdos grotescos fuesen renovándose sin cesar y con intensidad aumentada y con detalle mayor, más doloroso y escuálido, la risa continuó irreprimible. ¡La historia de Dante y Beatriz narrada por Hans Andersen! Corrían las lágrimas histéricas por sus mejillas, respiraba con dificultad, y los músculos de su garganta se contrajeron con una especie de calambre insufrible. Pero continuó riendo, incapaz de callar. Dijérasela posesa por un demonio.

Afortunadamente viajaba sola. Cualquiera que la viera la hubiera tomado por loca

Ya en el coche, camino del piso de Hugh, y de su piso también, a pesar de Dante y de Beatriz y de Hans Andersen, se preguntó si Hugh ya se habría acostado, y trató de imaginar la violencia del disgusto que le produciría el verla. No le había avisado de su llegada y estaría inadvertido para soportar el choque de su grosera presencia física. ¡Pobre Hugh!, pensó con piedad burlona. Disfrutando con sus diversiones privadas e invisibles, como el Dante y su fantasma y tener que sufrir la aparición de la *signora* Alighieri. Según Helen buscaba en su bolso la llave de la puerta del piso, se dio cuenta que aquella noche, la invisible soledad del dueño de la casa ya había sido destruida. Alguien estaba tocando el piano y se oían rumores de risas y voces. Hugh estaba dando una fiesta al parecer. E inmediatamente Helen se vio entrando dramáticamente, como el fantasma de Banquo[71], y la visión le produjo singular placer. La lectura de aquel artículo había trasladado todo su ser a una clave festiva. Todo se le antojaba una broma inmensa, extravagante y desaforada, y sino lo era debiera serlo. Abrió la puerta silenciosamente, y sintiendo dentro de ella un agradable cosquilleo de anticipación de lo que iba a ocurrir, entró en el vestíbulo. Vio en el perchero cierto número de sombreros desconocidos, y también los había sobre las sillas. Dos de ellos eran sombreros buenos y de precio, nuevos y de forma elegante; los demás eran viejos y deformes, sombreros evidentemente de intelectuales pobres. Sobre la mesa de mármol vio unas cartas, y la fuerza de la costumbre la llevó a examinarlas Vio que una de ellas venía a su nombre, y advirtió por la letra que era de Anthony. También aquello era una broma. ¿Se creería de verdad que iba ella a leer sus cartas? ¡Grandísimo majadero! Metió el sobre sin abrir en su bolso, y avanzó de puntillas hacia su alcoba ¡Qué ordenado estaba todo, que muerto! Como un panteón familiar con las fundas puestas para el verano. Se quitó el abrigo y el sombrero, se lavó, se peinó, se pintó la cara, y con igual silencio que había venido volvió de puntillas al vestíbulo y quedó de pie a la puerta de la sala, tratando de adivinar por el sonido de las voces quiénes eran los visitantes. Beppo Bowles era uno de ellos; aquellas risas chillonas, aquellos grititos, aquellos gorgoteos no dejaban lugar a duda. Y Mar Staithes. Y una

voz de la cual no estaba segura, y otra suave y confidencial que pertenecía indudablemente a Croyland. Y ¿quién sería el extranjero ridículo que hablaba tan lenta y prosopopéyicamente en voz monótona? Estuvo a la puerta durante un largo minuto, y luego hizo girar el pomo lentamente, abrió poco a poco la puerta y se escabulló dentro de la habitación sin hacer ningún ruido. Nadie advirtió su entrada. Mar Staithes estaba al piano, con Beppo, un Beppo más gordo que nunca; y a su lado, más calvo, mas *nervioso* que nunca y completo con su barba, Croyland, apoyado en el instrumento y mirando a Mark mientras hablaba. Hugh estaba sentado en el sofá junto al fuego al lado del dueño de la voz que no pudo reconocer y que resultaba pertenecer a Caldwell, el editor, naturalmente de *El Amante Invisible* y al recordar el asunto tuvo dificultad para reprimir otro ataque de risa. Se sentaba con ellos un hombre joven que nunca había visto hasta aquel momento, un hombre joven, de pelo rubio de aspecto de esparto, y una cara colorada, que en aquel momento tenía una expresión de seriedad casi infantil. Evidentemente, éste era el poseedor del acento extranjero, probablemente alemán.

Llegó el momento.

—Buenas noches —dijo avanzando hacia ellos.

La sorpresa fue general, pero el pobre Hugh pegó un salto como si le hubieran disparado un cañonazo junto a la oreja. Y al susto inicial sucedió una expresión de espanto desmayado irresistiblemente cómica.

—Hola, Hugh —dijo ella.

Hugh miró a la cara que reía, incapaz de hablar. Desde que comenzaron a publicarse las primeras gacetillas elogiosas acerca de su libro, se había sentido más fuerte que nunca y completamente seguro. Y de pronto, aparecía Helen, aparecía para humillarle, aparecía para avergonzarle con su testimonio.

No esperaba… —comenzó a decir incoherentemente— quiero decir, que no creía, que… digo que por qué…

Pero Caldwell, quien tema fama de ser buen orador de banquetes, le interrumpió, y alzando la copa, que en la mano tenía, dijo:

—A la Musa. La Musa y también la heroína de la obra maestra, pues no creo que sea indiscreción el decirlo.

Encantado por la felicidad de sus propias palabras, sonrió benevolentemente a Helen, y luego, volviéndose hacia Hugh, con un gesto de propietario bondadoso, le dio unos golpecitos en el hombro y le dijo:

—Bebe, hombre, bebe. Esta vez no es un elogio para ti. Subrayó la frase con una risa hueca y sonora y Hugh hizo lo que le decían, llevándose a los labios el vaso de *whisky*, y apartando la mirada…

—Gracias, gracias —exclamó Helen. La risa hervía dentro de ella como el agua en una olla. Dio una mano a Caldwell y la otra a Hugh—. No podéis imaginaros mi emoción. Dante y Beatriz y Andersen… ¡Pero si suena delicioso!

—Ese artículo horrible… —protestó Hugh sonrojado.

—¿Por qué lo has conservado tan en secreto? —le interrumpió ella.

Sí, por qué, por qué, estaba pensando Hugh; y también que había sido una locura publicar el libro sin antes enseñárselo a Helen. Quiso enseñárselo, pero siempre en el último momento lo encontró demasiado difícil y embarazoso. Sin embargo, el deseo de publicarlo persistió, y aun creció, hasta que, por fin, insensatamente, había llevado el original a Caldwell y una vez que éste lo hubo aceptado, convino con éste lo necesario para que se publicara antes de que Helen regresara del extranjero. ¡Como si esto pudiera conseguir que ella no se enterara de su existencia! ¡Qué locura! Y la demostración de que él estuvo loco era la presencia de Helen allí aquella noche, con su extraña sonrisa y aquella luminosidad brillante en los ojos. La amada infantil del niño era de audacia irresistible, y esa osadía era uno de sus principales encantos, la heroína era un *enfant terrible. Pero* la verdadera Helen era de una audacia que casi parecía demoniaca. Era capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa en absoluto.

—¿Por qué tanto secreto? —insistió ella.

Hugh se excusó con ruidos inarticulados.

—Debiste decirme que eras Dante Andersen. Entonces yo hubiera procurado representar adecuadamente el papel que me correspondía, una especie de Beatriz y la Vendedora de Cerillas a medias. ¡Buenas noches, Beppo! ¡Hola, Mark! ¿Cómo está usted, míster Croyland?

Todos se habían acercado a saludarla abandonando el piano.

Míster Croyland representó a la perfección el papel de un caballero viejo estilo, al saludar a una mujer joven y bonita. Se mostró benevolente, con unos toques de frivolidad y un ligero matiz de galantería.

—¡Qué sorpresa más encantadora! —dijo en la voz suave modulada y extática que generalmente reservaba para describir las pinturas del *quattrocento* o para hablar con las personas famosas o muy ricas. Después, con un gesto que expresaba muy bellamente la explosión impulsiva de su afecto, *Mr*. Croyland hizo un emparedado con sus dos manos y la de Helen, que quedó formando Ja capa central del mismo. Eran sus manos muy blancas y suaves y pequeñas y lindas de manera casi terrible. Helen reflexionó que comparadas con las de él eran las suyas, tan morenas, dignas de una campesina. La barba plateada y profética de míster Croyland se partió con una sonrisa que debió ser graciosa confirmación de sus palabras y gestos, pero que debido a su incongruente anchura y a la súbita ferocidad con que aparecieron todos los largos y amarillos dientes, más bien pareció desmentir los exquisitos modales del caballero. Aquella sonrisa pertenecía a un anterior míster Croyland que había ganado una cantidad de dinero nada despreciable comprando y vendiendo cuadros de pintores famosos; las manezuelas blancas y sus gestos cariñosos, la voz dulce y extática y las palabras conmovedoras que pronunciaba, eran de la propiedad de aquel otro Croyland, personaje etéreo cuyo único interés era el arte.

Helen retiró la mano.

—¿Conoce usted esas vasijas de loza que venden en Montecatini, *Mr*. Croyland? Usted que conoce tan bien Italia… —dijo Helen—. Las venden para tomar las aguas purgantes. Son blancas y tienen una inscripción en letras doradas que dice: *Io son Beatrice che ti faccio andare*[72]

—¡Qué irreverencia! —exclamó *Mr*. Croyland alzando las manezuelas horrorizado.

—Es la clase de chiste que más me divierte. Sobre todo, ahora que me he convertido en Beatriz.

Advirtió Helen que el muchacho rubio estaba cuadrado como a una yarda al oeste de donde ella se encontraba, procurando, sin duda alguna, llamarle la atención, lo que la hizo interrumpirse y alargarle la mano.

El muchacho la tomó, saludó doblándose por la cintura y la apretó con sumo vigor al mismo tiempo que decía:

—Giesebrecht.

Helen se echó a reír de aquel nuevo chiste y respondió:

—Ledwidge —a lo que añadió luego como si se le acabara de ocurrir—: *Geboren* Amberley.

Desconcertado por la inesperada contestación, el muchacho volvió a saludar inclinándose en silencio.

Intervino Mark Staithes para explicar que Ekki Giesebrecht era un descubrimiento suyo. Era un refugiado venido de Alemania. Y no a causa de su nariz, añadió según la sacaba del grupo formado alrededor del sofá, sino debido a sus opiniones políticas. Era ario, pero comunista, comunista entusiasta y sin reservas.

—Cree que en cuanto todos los hombres tengan el mismo dinero dejarán de ser crueles automáticamente. Y también que el poder irá a parar a manos de los mejores. Y está completamente convencido de que nadie que alcance el poder será capaz de abusar de él ni de desear semejante cosa. —Staithes sacudió la cabeza y prosiguió—: No sabe uno si admirar o envidiar a estas gentes o si dar gracias a Dios por no ser uno de idiotez tan integral. Y para que la cosa sea más complicada todavía, es un idiota de bondad absoluta. Un burro con las virtudes morales de un santo. Y a esto se debe que sea un propagandista tan magnífico.

Acercó una silla para Helen, volvió a sentarse al piano y comenzó a tocar los primeros compases de *Für Elise*, de Beethoven.

—Lo malo es —siguió diciendo— que nada da el resultado apetecido. Ni la fe, ni la inteligencia, ni la santidad, ni la villanía, nada.

Helen estaba mirando hacia el otro extremo de la habitación.

—Supongo que ese color de pelo es natural —dijo hablando consigo misma, más bien que con su acompañante.

Cogió un emparedado y un vaso de vino blanco de la bandeja.

El grupo formado en el otro extremo de la habitación se había deshecho. Beppo y *Mr*. Croyland se acercaban en aquel momento al piano. Staithes sonrió al verlos y reanudó la discusión que quedó interrumpida por la llegada de Helen.

—Tenemos la alternativa de hacernos estetas.

—Dices la palabra como si se tratara de un insulto —protestó Beppo con el mal humor que se le había desarrollado con la edad. La vida le estaba tratando mal, aumentando su calvicie, y su gordura, haciendo que los jóvenes se negasen con creciente insistencia a considerarle su contemporáneo. ¿Por qué ha de avergonzarse uno de vivir para la Belleza?

La idea de Beppo viviendo la Belleza, con la barriga que el chaleco no lograba de ninguna manera reducir y con el pantalón apretado, con su coronilla calva y sus rizos de paje florentino, casi logró que Helen se atragantara de risa con el vino.

—«Bendecido sea Dios, por las cosas *moteadas*» —murmuró *Mr*. Croyland desde las profundidades de su butacón—. He estado leyendo otra vez la poesía del Padre Hopkins. Es de una acerbidad conmovedora. Como una daga. “¡Qué bella conducta la de las nubes, sacos de seda!”.

Suspiró y sacudió la cabeza pensativamente.

—Las cuento entre las cosas que le hieren a uno con su belleza. Hieren, pero sostienen y hacen que la vida resulte digna de ser vivida.

Sobrevino un silencio catedralicio.

—Sé un buen chico, Beppo, y dame un poco más de *hock* —dijo Mary con un esfuerzo para que no se advirtiera en su voz la risa.

Míster Croyland estaba sentado ensimismado, con los ojos entreabiertos, habitante de un universo superior.

Cuando cesó el ruido cristalino del chocar de los vasos volvió a hablar iniciando sus palabras con una nueva cita.

—«La madurez lo es todo, sobria certeza de una dicha viva». *Viva* —insistió—; viva con vida penetrante. Hay, además, claro está, cuadros, los Watteaus de Dresden, la *Transfiguración*, de Bellini, y esos retratos de Rafael en el Palacio Pitti. Diques continentes del alma. Y también ciertas filosofías, la de Zaratustra[73], la del [74]. —Hizo un gesto vago con su manita gordezuela—. Sin ellos uno estaría perdido, perdido.

—¿Y con ellos salvado? —dijo Mark desde el taburete del piano, y sin esperar respuesta, siguió diciendo—: Ojalá me sienta yo salvado. Pero todo ello parece tener poca sustancia. Incluso lo poco que es intrínsecamente sustancial. Pues resulta evidente que la mayor parte de lo que el hombre ha

pensado es pura necedad. En cuanto al arte, en cuanto a la literatura… no hay más que mirar los museos y las bibliotecas. El noventa y nueve por ciento de lo que contienen son sandeces y mamarrachos.

—Pero los griegos —protestó *Mr*. Croyland—, los florentinos, los chinos…

Trazó en el aire un gesto de exquisita gracia, como si estuviese acariciando el perfil de una porcelana de Sung, como si siguiese con el dedo el trazado de las curvas graciosas de una nereida del Renacimiento. Sonrió sutilísimamente, con la que quiso ser una expresión digna de una Madonna de Luini; mas siempre, al entreabrirse el bosque piloso de su barba, surgían aquellos dientes grandes y amarillos, feroces y rapaces; y esto ocurría incluso cuando peroraba acerca de los frescos de la Schifanoia[75], incluso cuando susurraba, cual si se tratase de un secreto *órfico*[76], el nombre de Vermeerde Delft[77].

No obstante, Mark insistió en que todo era casi invariablemente mamarrachadas y sandeces. Y aquello, que no era ni lo uno ni lo otro, se limitaba a ser sencillamente aceptable.

—Lo que yo o lo que cualquiera de los que aquí estamos, pudiéramos hacer con un poco de constancia. Y si uno se conoce a sí mismo, si uno se da cuenta de la miserable ineptitud del ser capaz de llevar a cabo tales cosas, la verdad, resulta difícil convencerse de que tales obras hayan de ser tomadas muy en serio.

A juzgar por el ceño de *Mr*. Croyland resultaba patente que no se consideraba él tan miserable.

—No quiere esto decir —explicó Staithes—, que no pueda uno disfrutar de tales cosas por razones que carecen de verdadera importancia. Podemos disfrutar, por ejemplo, de su habilidad si somos, en cierta manera, o técnicos o intérpretes. La gradual progresión de las notas graves, valga por caso, mientras la mano derecha modula aparentemente al azar. Esto resulta invariablemente encantador. Pero también es encantadora la habilidad del carpintero. No, al final de cuentas, esas cosas que no pasan de buenas no son merecedoras de nuestro verdadero interés, por mucho que logre el talento del artista. En último término, carece de valor y se diferencia de lo mediocre solamente, de manera relativa. Así, el componer como Brahms

¿qué es, después de todo, sino un procedimiento mucho más complicado e intelectual que componer como lo hace Meyerbeer? Mientras que lo que hace Beethoven está tan distante de las mejores cosas de Brahms, como de las peores de Meyerbeer. La diferencia es específica; se encuentra uno en otro mundo.

—En otro mundo —repitió *Mr*. Croyland susurrando reverentemente—. Pero si eso es precisamente lo que he estado tratando de que admita usted. Llevados de la mano por el arte excelso entramos en otro mundo.

Beppo expresó su conformidad con entusiasmo efervescente.

—Un mundo —insistió *Mr*. Croyland— de dioses y de ángeles.

—Tampoco hay que olvidar a los amantes invisibles —dijo Helen, que según bebía el dorado vino iba encontrando todo aquello cada vez más digno de carcajadas estentóreas.

Míster Croyland no hizo caso de la interrupción.

—El otro mundo —prosiguió—. Los grandes artistas nos conducen al *cielo*.

—Pero no nos dejan quedamos en él —objetó Mark—. Nos lo muestran fugazmente y luego nos dejan caer de nuevo pesadamente al barro. Mientras dura la visión es maravillosa. Pero es demasiado breve. E incluso durante el tiempo que permanezco en el cielo acompañado por ellos, no puedo dejar de preguntarme si aquélla es todo, si no hay más, si no se puede ir más allá. Este otro mundo no es suficientemente «otro». Incluso Macbeth, hasta la misa en *Re*, incluso la «Asunción» del Greco —sacudió la cabeza. Estas cosas solían satisfacerme. Pero ahora, ahora me encuentro pidiendo más, algo más celestial y menos humano. Sí, menos humano—repitió. El rostro desollado se contorsionó para dibujar una sonrisa martirizada—. Siento algo parecido a lo que experimentó la enfermera Cavell. La pintura, la música, la literatura, el pensamiento… No es bastante.

—¿Qué es bastante, entonces? —preguntó Beppo—. ¿La política? ¿La ciencia? ¿El ganar dinero?

Staithes fue rechazando con un gesto de cada una de estas palabras, y aún con su sonrisa anatómica, miró a Beppo, en silencio durante algunos instantes y respondió:

—No; no hay nada que baste.

—Hable usted por su cuenta —dijo *Mr*. Croyland—. A mí me bastan esas cosas —y según acababa de hablar, hizo descender los teloncillos de sus párpados y se retiró nuevamente a las fragosas soledades de su espíritu.

Según le miraba, Staithes se sintió movido por un deseo airado de pinchar y desinflar el globo de la satisfacción antipática del viejo, de arrancar de un tirón un trozo de la envoltura de aquel gran saco de gas cultural, con cuya ayuda *Mr*. Croyland lograba elevar las miserables transacciones de marchante hasta las alturas enrarecidas de la estética pura.

—¿Y la muerte? ¿Las encuentra usted eficaces contra la muerte? —insistió en un tono que de repente había adquirido un timbre brutal de juez severo.

Calló durante algún tiempo, y el viejo quedó envuelto en un silencio horrible y significativo, el silencio de quienes en presencia de un condenado o de un incurable pretenden discretamente olvidar el próximo y fatal desenlace.

Y ni siquiera son eficaces contra la vida —siguió diciendo Mark, más piadoso—; contra la vida en cualquiera de sus aspectos más desagradables o peligrosos.

—Como, por ejemplo —dijo Helen rompiendo a reír—, cuando un perro se cae desde un aeroplano.

—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó Beppo.

—El Padre Hopkins no puede salvarnos de los perros —siguió ella, casí incapaz de hablar por la risa—. Estoy de acuerdo contigo, Mark. Un buen paraguas, cualquier día… Míster Croyland se levantó del sillón.

—Tengo que irme a la cama. Y tú —dijo poniendo una manita blanca sobre el hombro de Helen con benevolencia casi apoteósica— debieras hacer lo mismo. Estás cansada del viaje.

—Quiere usted decir que le parece que estoy borracha —respondió Helen, enjugándose los ojos—. Puede que no le falte razón por completo, pero ¡qué bueno es reír por una vez!

Cuando *Mr*. Croyland se hubo ido acompañado de Beppo, Staithes miró a Helen y le dijo:

—Te encuentro muy rara esta noche, Helen, ¿qué te sucede?

—Estoy divertida.

—¿Por qué?

—Por todo. Pero empezó la cosa con el Dante. El Dante y Andersen. Si estuvieras casado con Hugh comprenderías por qué eso es tan enormemente divertido. Imagínate a Europa si se hubiera encontrado de repente con que el toro era Narciso.

—Me parece que no debieras hablar tan alto —dijo Staithes mirando hacia el otro extremo del cuarto, en donde Hugh, con expresión de suprema desdicha en el rostro, pretendía mostrarse interesado en una animada discusión que tenía lugar entre Caldwell y el joven alemán.

Helen también miró haca ellos durante un segundo, y luego, volviéndose hacia Mark, dijo con un indiferente encogimiento de hombros:

—Si él dice que es invisible, ¿por qué no voy a decir yo que no se me oye? —de nuevo brillaron sus ojos alegremente—. Voy a escribir un libro que se llame *La Amante Inaudible*. Una mujer que dirá exactamente lo que piensa acerca de sus amantes, mientras ellos le hacen el amor, pero ellos no la podrán oír. No oirán ni palabra.

Bebió el vino que quedaba en su vaso y volvió a llenarlo.

—¿Y qué dirá de ellos?

—La verdad, nada más que la verdad. Que el Don Juan romántico no es más que un farsante. Lo malo es que me temo que en la realidad no lo averiguaría hasta bastante después. Pero, no importa; al novelista se le puede otorgar permiso para el empleo de las licencias poéticas, para que coincida en un mismo instante el *esprit d'escalier* y el suceso romántico. La luz de luna, y «amor mío» y «te adoro» y todas esas sensaciones extraordinarias, y al mismo tiempo «no eres más que un vulgar ratero», nada si no «un timador canallesco y rastrero». Luego aparecería el amante espiritual: Hans Dante —sacudió la cabeza—: ¡Manes de Kraft Ebbing[78]!

—¿Y qué le dice ella?

—¡Ah, buena pregunta! —Helen volvió a beber—. Afortunadamente, no se oye lo que dice. Quizá será mejor que nos saltemos ese capítulo y que lleguemos al episodio del sabio epicúreo. «Te crees hombre por qué no eres impotente». Eso es lo que dice. «Pero la verdad es que no eres un hombre, eres infrahumano, a pesar de tu sapiencia, o quizá debido a tu sabiduría.

Eres peor que el ratero desde algunos puntos de vista». Y entonces, ¡cataplún!, como una señal del cielo cae el perro.

—¿Pero qué perro?

—Pues el perro del cual no puede protegerse el Padre Hopkins. El perro que estalla como una bomba al caerse de un aeroplano. ¡Cataplún!

La excitación de su risa bullía y burbujeaba dentro de ella buscando expresión, buscando salida; y la única manera de calmarlo era mediante un ultraje, algún gesto violento hecho en público y que hiriera sus propios sentimientos o los de otras personas.

—Casi nos cayó encima a Anthony y a mí —siguió diciendo y encontrando un extraño desahogo al hablar del suceso inmencionable en público y con gesto risueño—. Estábamos en la azotea de su casa. Tomando un baño de sol, como en el paraíso. Y de repente, cayó ese perro desde las nubes y estalló. Te digo que *estalló* —y acompañó la palabra con un gesto violento de las manos—. Sangre de perro de los pies a la cabeza. Nos empapó. A pesar de lo cual, ese imbécil va y me escribe una carta —abrió su bolso y la sacó—. Supongo que se imagina que la voy a leer, como si no hubiera pasado nada, como si aún estuviésemos en el paraíso. Siempre le he dicho que es un imbécil. ¡Toma! —dijo alargándole la carta a Staithes—. Ábrela y lee lo que dice ese majadero. Supongo que algo gracioso, algo ligero y divertido, preguntas graciosas acerca de los motivos que pudieron metérseme en la cabecita para irme.

Como notara que Mark conservaba en su mano la carta sin abrir:

—¡Vamos! ¿Por qué no la abres?

—¿De verdad quieres que la lea?

—¡Naturalmente! Léela en voz alta. Léela con expresión —dijo haciendo vibrar ridículamente la *r* de la última palabra.

—Está bien.

Mark rasgó el sobre de la carta y desdobló las finas cuartillas en que estaba escrita.

—«Fui a buscarte al hotel» —comenzó Mark a leer lentamente, frunciendo el ceño al esforzarse para descifrar la escritura menuda y apresurada—, «pero ya te habías ido. Fue algo semejante a la muerte»,

—¡Idiota! —comentó Helen.

—«Probablemente es ya demasiado tarde y es inútil; pero siento que debo procurar decirte en esta carta algunas de las cosas que quise decirte ayer tarde de palabra. En cierto modo este método me resulta más fácil, pues soy de singular inepcia cuando se trata de establecer contacto puramente *personal* con otro ser humano. Pero también es mucho más difícil, porque estas palabras escritas serán palabras y nada más que palabras que te llegarán flotando en el vacío, sin el apoyo, sin la vida de mi presencia física».

Helen se rió despreciativamente.

—¡Como si eso hubiera sido una recomendación! —dijo, sirviéndose más vino.

—«Lo que quise decirte —continuó Mark leyendo— es esto: que inesperadamente (como una conversión, como una inspiración) mientras estabas ayer arrodillada en la azotea después de que ocurrió aquel horror…».

—Quiere decir el perro —dijo Helen—. ¿Por qué no lo dice?

—«… me di cuenta de repente…». —Mark se interrumpió—. Escucha, no puedo seguir.

—¿Por qué no? Insisto en que sigas —dijo Helen, muy excitada.

—No tengo ningún derecho —dijo Mark sacudiendo la cabeza.

—El derecho te lo doy yo.

—Sí, ya lo sé. Pero él no me lo ha dado.

¿Qué tiene él que ver con eso? Ahora que la carta es ya mía…

—Sí, pero es una carta de amor.

—¿Una carta de amor? —preguntó Helen incrédulamente; luego se echó a reír—. ¡Eso es magnífico, eso es sublime! Ven, dámela.

Le arrebató violentamente la carta de las manos y buscó con la vista el lugar en que Mark había dejado de leer

—¿Dónde estábamos? Sí, aquí… «… arrodillada en la azotea después de que ocurrió aquel horror me di cuenta de que había estado representando contigo una farsa indigna».

Helen iba declamando las frases retóricamente y acompañándolas de gestos ampulosos.

«Comprendí que, a pesar de todos los complicados fingimientos, de que todo era sencillamente una manera de pasar el rato, irresponsable y sin importancia, te amaba verdaderamente». Me amaaaba —repitió alargando la palabra hasta convertirla en una caricatura—. ¿No te parece admirable? Me amaaaba verdaderamente.

Volvió la mirada hacia el otro extremo de la habitación y llamó con fuerte voz a su marido.

—¡Hugh!

—Helen, estáte quieta.

Pero el deseo, o la necesidad de consumar el ultraje era irresistible.

Se sacudió con impaciencia la mano que Mark le había puesto sobre el brazo para recomendarle prudencia, volvió a gritar el nombre de Hugh, y cuando todos la miraron, agitó en el aire la carta y dijo:

—No quería más que decirte que me amaaaba verdaderamente.

—Por el amor de Dios, ¿quieres callarte?

—Desde luego, no quiero callarme —respondió volviéndose hacia Mark —. ¿Por qué no voy a darle la buena noticia a Hugh? Le encantará, puesto que él mismo me aaama tanto. ¿Verdad, Huguito?

Volvió a agitar la carta en el aire con la cara sofocada y brillante de excitación.

—¿Verdad que sí?

Hugh no respondió, y se limitó a permanecer sentado en su silla, mirando al suelo, pálido e incapaz de decir palabra.

—¡Claro que sí me quieres! —respondió ella por él—. A pesar de que las apariencias… O mejor dicho —se corrigió riendo—, a pesar de las apariencias, o desapariciones, pues no hay que olvidar que tu amor siempre fue invisible… Sí, sí, adorado Huguito, completamente invisible. Sin embargo…, a pesar de todas las desapariciones que pudieran indicar lo contrario, tú me aaamas, ¿verdad, Huguito? ¿Verdad que sí? Anda, contesta —insistió una y otra vez, tratando de que él hablara.

Hugh se levantó de la silla y salió de la habitación casi corriendo.

—¡Hugh! ¡Hugh! —dijo Caldwell, gritando.

Nadie contestó. Caldwell miró sucesivamente a todos los presentes.

—Creo que alguien debe ir y ver si no le pasa nada —dijo con la solicitud maternal de un editor que ve a un trozo de propiedad suya, de calidad literaria excelente, dirigirse impetuosamente quizá hacia el suicidio. Se puso de pie apresuradamente y salió corriendo detrás de Hugh. Sonó un portazo.

Todos quedaron en silencio y al fin rompió la risa de Helen inesperadamente.

No se asuste, Herr Giesebrecht —dijo dirigiéndose al muchacho alemán —. Se trata de una pequeña escena de una familia típicamente inglesa. *Die Familie im Wohnzimer* como sobamos aprender en el colegio. *Was tut die Mutter? Die Mutter spielt Klavier. Und was tut der Vater? Der Vater sitzt in einem Lehnstuhl und raucht seine Pfeife*[79]. Nada mas que eso, Herr Giesebrecht, nada más. Una familia burguesa completamente típica.

—Burguesa —repitió el muchacho inclinando gravemente la cabeza—. Tiene usted más razón de la que cree.

—¿Sí?

Es usted una víctima —continuó él muy lentamente y separando cuidadosamente las palabras unas de otras— una victima de la sociedad capitalista. Está llena de vicios…' Helen echo la cabeza para atrás y comenzó a reír con mas tuerza que nunca. Cuando logró dominarse con gran esfuerzo dijo con voz entrecortada:

—No crea que me estoy riendo de usted. Es usted muy amable. Y probablemente tiene mucha razón acerca de la sociedad capitalista. Pero es que en este momento precisamente, no sé por qué, me ha parecido… algo

—Perdóneme.

—Tenemos que irnos -dijo Mark, levantándose—. Buenas noches, Helen.

El alemán también se levantó y vino hacia ellos

—Buenas noches, Mark. Buenas noches, *Mr*. Giesebrecht. Vengan ustedes otro día. La próxima vez prometo portarme mejor.

El alemán le devolvió la sonrisa y dijo:

—Volveré siempre que usted quiera.

OceanofPDF.com

XXII

8 DE DICIEMBRE DE 1926

MARK vivía en una casa pobretona de la Fulhan Road. Oscura, de ladrillo moreno con adornos de terracota; dentro, linóleo de dibujo; trozos de alfombra roja de Axminster en las paredes, papel ocre salpicado de ramilletes de amapolas, de rosas verdes y granates; sillas y mesas de roble oscurecido; cortinas de *reps*; pies de bambú que sostenían tiestos azules y vidriados. La horrenda fealdad, pensó Anthony; era tan completa, tan absoluta, que únicamente podía suponerse que era intencionada. Indudablemente, Mark había elegido rodearse de la máxima fealdad que pudo encontrar, seguramente para castigarse a sí mismo, aunque no pudo Anthony adivinar por qué crimen.

—¿Cerveza?

Anthony asintió con un gesto.

Mark abrió la botella y llenó un vaso Él no bebió.

—Veo que sigues tocando —dijo Anthony, señalando el piano.

—Algo —confesó Mark—. Siempre es un consuelo.

El hecho de que la Pasión de San Mateo, por ejemplo, o que la Sonata de Hammerklavier tuviera autores humanos era fuente de esperanza. Resultaba concebible que llegara algún día la humanidad a parecerse algo más a Juan Sebastián. Si no hubiera clavicordios bien templados no valdría la pena de desear la revolución.

—Si todo lo que puede hacer una revolución es convertir a la humanidad corriente en otra humanidad corriente ligeramente distinta, la

cosa no vale la pena.

Anthony protestó, diciendo que valía desde luego la pena para un sociólogo para quien tales mudanzas resultan interesantísimas.

—¿El contemplarlas o el tomar parte en ellas?

—El contemplarlas, naturalmente.

Un espectáculo de comicidad inagotable por su naturaleza grotesca y de variantes infinitas. Mas al mirar de cerca, podían apreciarse las uniformidades debajo de la diversidad, las reglas fijas de aquel juego permanentemente distinto.

—La revolución transforma a la humanidad corriente en una humanidad corriente de variedad distinta. Para ti eso es terrible. Para mí es precisamente lo que quisiera ver antes de morirme, la puesta en práctica de las teorías: observar, después de tu reforma catastrófica, cómo las mismas uniformidades de antes se ajustan de manera ligeramente distinta. Me resulta difícil imaginar nada más satisfactorio. Lo comparo con el placer de deducir lógicamente la existencia de un nuevo planeta y descubrirlo luego con el telescopio. En cuanto al aumento del número de los Juan Sebastianes… —se encogió de hombros—, igual pudieras imaginar que aumentara el número de los hermanos siameses como consecuencia de tu revolución.

Tal era la diferencia entre la literatura y la vida. En los libros, la proporción de personas excepcionales en relación con el número de gente vulgar es alta, mientras que en la vida es baja.

—Los libros son opio —dijo Mark.

—Exactamente. Por eso me parece dudoso que haya nunca una literatura proletaria. Incluso los libros proletarios hablarán de proletarios excepcionales. Y los proletarios excepcionales tienen tan poco de proletarios como de burgueses tienen los burgueses extraordinarios. La vida es tan vulgar que la literatura tiene que tratar de lo excepcional. Talentos excepcionales, fuerzas excepcionales, posición social y riqueza de excepción. De ahí vienen esos personajes geniales de literatura, esos grandes capitanes, esos duques y esos millonarios, todos ellos gente acondicionada por las circunstancias, qué únicamente pueden inspirarnos una piedad infinita, pero cuyas vidas no es posible encontrar auténticamente

dramáticas. Pues el drama exige la existencia de la libertad para elegir, y para elegir es esencial que existan determinadas condiciones sociales o psicológicas. Por eso, los personajes de la literatura imaginativa son siempre reclutados en las páginas de los diccionarios biográficos de gente notable.

—¿Pero crees verdaderamente que los ricos y los poderosos son libres?

—Al menos más libres que los pobres, en cuanto están menos sujetos a las exigencias de lo material y a la voluntad ajena.

—No conoces a mi padre —dijo Mark sacudiendo la cabeza—, ni a mis lamentables hermanos…

Recordó Anthony que en los tiempos de Bulstrode, Mark siempre aludía a la autoridad de los miembros de su familia: «Porque mi padre…», o «porque mi hermano, que está en Cambridge…».

—Toda la vil camada de los Staithes —siguió diciendo Mark.

Comenzó a describir al Staithes que era Caballero Gran Cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge y Subsecretario Permanente. Y muy feliz que se hallaba de ello, completamente convencido de su extraordinario mérito.

—Como si realmente tuviera alguna dificultad el llegar a lo que él ha llegado. Como si su carrera triunfal tuviera el más mínimo mérito. Él se cree una maravilla —dijo Mark, con una mueca sin epidermis, de asco y de desprecio.

Y había otro Staithes, los de la nueva generación, que también se creían seres admirables. Uno de ellos estaba en Delhi, heroicamente ocupado en tratar despóticamente a los indios incapaces de defenderse. Otro estaba en la Bolsa, en donde cosechaba sus éxitos. ¡Y qué éxitos! Éxitos como explotador de la avaricia y la locura de los miserables y los jugadores. Encima de lo cual se vanagloriaba de ser un verdadero Don Juan profesional.

Mientras bebía la cerveza, Anthony se preguntó que por qué no iba a estarle permitido al pobre agente de Bolsa divertirse un poco.

—Y tú los llamas libres —terminó diciendo Mark—. Pero, ¿cómo puede ser libre quién está empeñado en subir? ¿Cómo va a subir si está atado a su escala de mano?

—Pero las escaleras sociales —objetó Anthony— se hacen más anchas según se suben. En su parte más baja apenas hay lugares para colocar el pie. En su parte más alta, los travesaños tienen veinte yardas de ancho.

—Quizá resulte más amplio el acomodo que ofrecen que aquél de que disfruta un empleado de Banco, pero, sin embargo, no son tales travesaños lo suficientemente anchos para mí. Ni están bastante altos ni, sobre todo, están lo suficientemente limpios.

¡Qué furor el de su familia cuando se alistó durante la guerra como soldado raso! Les pareció un insulto. Eran incapaces de comprender que cuando está uno en situación de elegir, es más digno preferir ser soldado raso que teniente de Estado Mayor.

—Tienen alma de boñiga, y, por tanto, únicamente son capaces de pensar «aboñigadamente». Sobre todo, no pueden concebir que haya quien piense de manera distinta. La boñiga llama a la boñiga y cuando le responde alguien no «aboñigado», no comprende en absoluto.

Cuando acabó la guerra, su padre le tenía buscado un magnífico puesto en la Banca, en la Casa Lazarus y Coit nada menos, el cual le había costado gran trabajo conseguirle. Era un puesto que presentaba un maravilloso porvenir para un hombre joven, inteligente y activo, es decir, para Staithes. Su padre había insistido, casi líricamente, que antes que llegara a los cincuenta años estaría ganando anualmente una cantidad de libras representada por una cifra de cinco guarismos. Cuando Mark respondió que no tenía el propósito de -aceptar el puesto de ninguna manera, su padre se sintió herido, apenado y ofendido mortalmente.

—El pobre hombre me preguntó cien veces por qué no lo tomaba, sin poder comprender que el puesto era tan bueno que me era imposible aceptarlo. Era tan injustamente bueno, tan innoblemente bueno… Naturalmente, él no lo podía comprender. De acuerdo con sus ideas, yo debía lanzarme sobre él sin dudarlo, como todos los puercos *grasenos* personificados en uno solo. Y en lugar de hacerlo así me marché a Méjico para dirigir una plantación de café.

—Pero, ¿sabías algo acerca de la explotación de los cafetales?

—Ni palabra. Eso fue precisamente una de las cosas que me hicieron encontrar deseable el puesto. Cuando aprendí algo sobre el asunto, lo dejé y

me vine aquí para ver si era posible encontrar algo que hacer.

—¿Lo has encontrado?

Mark se encogió de hombros. ¡Cualquiera lo sabía! Se había afiliado al Partido, distribuía propaganda, ayudaba económicamente la labor, mediante los beneficios obtenidos de claveles sintéticos, hablaba en público y escribía artículos. Y quizá todo ello no sirviera para nada en absoluto. O tal vez el auspicioso momento se presentara algún día…

—¿Y entonces? —preguntó Anthony.

—¡Ah, entonces! Ésa es la cosa. Al principio todo irá bien. Las revoluciones son encantadoras al principio, mientras que únicamente se trata de librarse de la gente de arriba. Pero luego, si la cosa tiene éxito… ¿qué? Todo se reduce a más aparatos de radio, a más bombones, a más salones de belleza, a más mujeres jóvenes más sabias acerca de la manera de evitar la maternidad. Es descorazonador. En cuanto se le da a la gente ocasión de disfrutar más de la vida material, se aprovechan de ello inmediatamente y con gran gusto. Esa libertad acerca de la cual hablabas hace poco, esa libertad de los que ocupan los puestos más encumbrados de la escala social, no es más que un permiso para hacer el cerdo, y si no el cerdo, el fanático, el fariseo pagado de sí mismo, como mi buen padre. O las dos cosas al mismo tiempo, como mi admirable hermano. En Rusia no han tenido ocasión de hacer el cerdo. Pero supón que su experimento económico alcanza el éxito y que las circunstancias dejan de obligarles a ser ascetas como hasta ahora, ¿qué puede impedirles el convertirse en Babbitts dirigidos por una minoría de Staithes ambiciosos?

Anthony se sonrió.

—Una nueva fase del juego, conducido de acuerdo con las reglas de siempre.

—Mucho me temo que tengas razón. Desde luego, la opinión es perfectamente ortodoxa desde el punto de vista marxista. La conducta y la manera de pensar son el resultado de las circunstancias económicas. Si reproducimos las circunstancias de Babbitt resulta inevitable, según Marx, que se reproduzcan las costumbres. ¡Qué porvenir!

Se levantó, fue hacia el piano y acercando una silla se sentó ante el teclado diciendo:

—Vamos a quitarnos el mal sabor de boca de todo eso.

Colocó las manos abiertas por encima de las teclas y las dejó inmóviles durante algunos segundos. Luego comenzó a tocar la *Tocata y Fuga en do* de Bach. Pasados unos segundos, los dos se encontraron en otro universo, en un mundo donde resultaba inconcebible que hubiera Babbitts o Staithes.

Llevaba Mark tocando unos dos minutos, cuando se abrió la puerta y apareció una mujer de cierta edad, huesuda y cara equina, vestida con un traje de seda castaña y rodeado el cuello por unas pieles apolilladas. Entró de puntillas, verdadera personificación del silencio en una pantomima exagerada, pero consiguiendo hacer tal cantidad de ruidos distintos y molestos zapatos que crujían, sedas que susurraban, abalorios que entrechocaban, tintineos de joyuelas suspendidas de cadenillas de plata—que era menester oírlo para creerlo. Mark continuó tocando sin volver la cabeza. Anthony, algo azorado, se levantó y saludó con una inclinación. El extraño ser hípico le hizo señal de que volviera a su lugar, y con una última explosión de ruido tomó asiento en el sofá.

—¡Exquisito! —exclamó la mujer cuando acabó Mark—. Sigue tocando, Mark.

Pero Mark se levantó, negándose a ello con un gesto.

—Te voy a presentar a miss Pendle —le dijo a Anthony, y luego, dirigiéndose a la vieja, añadió—: Anthony Beavis, estuvo conmigo en Bulstrode.

Anthony le dio la mano, y ella correspondió con una sonrisa. Tenía la dentadura postiza y le ajustaba mal. Los dientes eran de una blancura y de un fulgor muy poco probables.

—¡Ah! ¿De manera que estuvo usted con Mark en Bulstrode? ¡Extraordinario!

—¿Qué es extraordinario? —preguntó Mark—. ¿Qué nos sigamos hablando?

—No, no —y con gesto juguetón, miss Pendle dio a Anthony un cachecito en el brazo, que le pareció a éste macabro—. Sabes perfectamente

lo que quiero decir. Siempre ha sido así, *Mr*. Beavis. Incluso cuando era un muchacho. ¿Se acuerda usted?

Anthony dijo que sí obedientemente.

—¡Tan agudo y sarcástico! Incluso antes de que usted le conociera en Bulstrode. ¡Terrible!

Hizo brillar sus incisivos postizos en dirección a Mark. —Fue mi primer discípulo, y yo fui su primera maestra. Anthony supo mostrar la debida galantería:

—Permítame que le dé a Mark mi enhorabuena y que le exprese a usted mi sentimiento.

Miss Pendle miró a Mark.

—¿Crees que necesito que me tengan lástima, Mark? —preguntó cómo una muchacha que está tratando de provocar un piropo.

Mark sonrió y se encogió de hombros por toda respuesta. Luego dijo:

—Voy a hacer un poco de té. Tú querrás una taza de té, ¿verdad, Penny?

Miss Pendle aceptó la oferta con un gesto y Mark salió de la habitación.

Estaba preguntándose Anthony no poco inquieto lo que pudiera decirle a aquel intranquilizador rocín humano, cuando miss Pendle se volvió hacia él y comenzó a hablar.

—Mark es admirable, verdaderamente admirable.

Los dientes falsos brillaron, y las palabras salieron por entre ellos con una vehemencia incongruente y bien poco caballar. Anthony se sintió incapaz de sobrellevar el disgusto que aquello le causó.

—Nadie sabe lo «buenísimo» que es —continuó con voz melosa—, y no le gusta que se diga. Pero no me importa; yo quiero que se entere la gente.

Afirmó con tal violencia gesticulando, que las cuentas de su collar sonaron al entrechocar.

—El año pasado estuve mala.

Siguió explicando que gastados los ahorros no pudo encontrar otra colocación. Ya desesperada, escribió a algunas otras personas para quienes había trabajado en otros tiempos, y entre ellas, a *Sir* Michael Staithes.

—*Sir* Michael me mandó cinco libras. Me las arreglé con ellas durante algún tiempo, pero luego tuve que volver a escribir. *Sir* Michael me respondió que no podía hacer nada por mí. Pero, por lo visto, mencionó el asunto a Mark. ¿Y qué creerá usted que hizo Mark?

Miró a Anthony en silencio, un verdadero caballo transfigurado, con expresión de triunfo y de ternura mezclados, con sus ojos castaños de párpados rojizos llenos de lágrimas.

—¿Qué hizo?

—Vino adonde yo vivía entonces. Tenía alquilada una habitación en Camberwell. Vino a verme y me llevó con él. Me llevó en aquel mismo instante, sin esperar más que el tiempo justo que necesité para hacer el equipaje, y me trajo aquí. Y aquí estoy, llevándole la casa desde entonces. ¿Qué le parece, *Mr*. Beavis?

Le temblaba la voz y tuvo que secarse los ojos, pero aún resonaba su voz triunfalmente.

—Diga usted, ¿qué le parece?

Anthony estaba tratando de decidir lo que de verdad le parecía, pero mientras tanto decidió decir que le parecía maravilloso.

—Maravilloso —repitió el caballo en tono aprobador—. Eso es precisamente lo que es. Pero no vaya usted a decirle que yo se lo he contado. Se pondría furioso conmigo. Es como esas palabras del Evangelio que dicen que no debemos dejar a la mano izquierda que sepa lo que hacemos con la mano derecha. Así es él.

Volvió a secarse los ojos y se sonó la nariz.

—Cuidado, ahí viene.

Antes de que Anthony pudiera intervenir, la mujer se levantó de un salto y atravesó la habitación como una flecha

en medio de una tormenta de ruidos de toda índole y abrió la puerta. Entró Mark portador de una bandeja con un juego de té y un plato de galletas variadas.

Miss Pendle sirvió el té, dijo que no debía comer nada a tan altas horas de la noche y cogió una galleta redonda bañada de azúcar rosado.

—*Y* ahora —dijo en aquel tono juguetón de antes—, cuénteme usted qué clase de chico era el señorito Mark en Bulstrode. Segura estoy de que

no haría más que travesuras —añadió dando un mordisco a la galleta.

—Era bastante gallito y me hizo pasar malos ratos —dijo Anthony.

Interrumpió miss Pendle sus mordisqueos para sonreír y dijo:

—¡Niño malo! —e inmediatamente ambas mandíbulas comenzaron a funcionar de nuevo.

—Jugaba al fútbol tan bien que tenía derecho a gallear.

—Sí, fuiste capitán del equipo, ¿verdad?

—No me acuerdo —dijo Mark.

—¡No se acuerda! —repitió miss Pendle mirando triunfalmente a Anthony—. Eso es digno de él. ¡No se acuerda!

Cogió una segunda galleta, apartando las corrientes para elegir una bañada, y comenzó a mordisquear nuevamente con la pasión insensata y concentrada de quienes no han conocido otro placer sensual que el del paladar.

Así que la vieja se hubo retirado a su habitación, los dos hombres se sentaron de nuevo cabe el fuego. Guardaron silencio durante algún tiempo.

—Resulta conmovedora —dijo Anthony al fin.

Mark no respondió inmediatamente, pero luego dijo:

—Excesivamente conmovedora.

Le miró Anthony y vio en su rostro una demostración de la anatomía de la ironía sardónica. Volvieron a callar. El reloj que estaba sustentado por dos ninfas envueltas en ropajes de bronce dorado, dejó oír su voz entre las porcelanas de Dresden imitadas que se apretujaban sobre varias repisas de la complicada chimenea. Miró Anthony todo aquello y volvió a decidir qué tanta fealdad tema que responder a un plan preconcebido, y se confirmó en su creencia según iba considerando aisladamente ultraje por ultraje inferido al buen gusto.

Y aquel pobre jamelgo viejo ¿sería quizá el más grande y el más monstruoso de todos aquellos muñecos, figurillas y bujerías?

—Me encuentro sorprendido de que no lleves un cilicio, o ¿lo llevas? —dijo Anthony.

OceanofPDF.com

XXIII

1 DE JUNIO DE 1934

ESTA noche, cenando con Mark, he visto a Helen por primera vez desde mi regreso de América.

Significado de una cara. Una cara puede ser un símbolo, representante de tantas cosas que serían menester varios tomos para exponerlas sucesivamente y con minucia. Una vasta suma, para la persona sobre la que actúa como símbolo, de sentimientos y pensamientos, de sensaciones, impresiones, juicios y experiencias recordados; todo expresado sintética y simultáneamente de golpe. Cuando la vi entrar en el restaurante fue como la visión instantánea de la vida que tiene el hombre que se ahoga. Una vida fútil, mala y poco satisfactoria; una visión llena de pesadumbres. ¡Tantas elecciones equivocadas, tantas oportunidades desperdiciadas irrevocablemente! Y aquella cara contristada no era tan sólo el símbolo indirectamente expresivo de la suya. Una historia de cuyas tristezas y amarguras soy yo responsable, al menos en parte. Si yo hubiera aceptado el amor que ella quiso darme, si yo hubiera consentido amar (pues hubiera podido amar). En cambio… Mas preferí ser *libre*, pensando en mi *trabajo*, o, en otras palabras, permanecer esclavizado en un mundo en el cual la libertad es imposible, pensando en mi diversión. Insistí yo que todo quedara reducido a una sensualidad irresponsable y rechacé el amor. En otras palabras, exigí que fuera ella el medio para lograr el fin de mi satisfacción física y desprendida y, paralelamente como es natural, en trocarme yo en medio utilizable por ella.

Es curioso la poca importancia que parece tener el haber sido, técnicamente, «amante». No califica tal hecho ni mis sentimientos, ni la indiferencia de ella. Existe una máxima de La Rochefoucauld, que nos habla de las mujeres que olvidan los favores que han hecho a sus amantes en el pasado. Solía gustarme este dicho porque era cínico; pero en realidad es simplemente la expresión del hecho de que lo que se pretende que no tenga importancia; por ejemplo: la sensualidad, no tiene importancia. Observo que, en el complejo conglomerado de mis pensamientos, sentimientos y recuerdos actuales, apenas tiene entrada el deseo físico. A pesar de que mis recuerdos son de satisfacciones intensas y completas. Es sorprendente hasta qué punto el erotismo es cuestión de elección y enfocado. Hoy pienso poco ya en términos eróticos; pero podría hacerlo sin desear hacerlo. En su capacidad de fuente y receptor en potencia de placer, enfocamos nuestra atención sobre la satisfacción sensual. El erotismo adquiere inmensa importancia y grandes cantidades de energía resultarán encauzadas en canales que la conducen hacia determinados lugares. Mas si elegimos un concepto distinto del individuo, otro punto focal, la energía fluye en otras direcciones, y el erotismo se convierte entonces en algo poco importante relativamente.

He pasado una buena parte de la vida discutiendo acerca de la paz y de la justicia social. Mark se ha mostrado todo lo sarcástico y desagradable que ha podido con Miller y con lo que llama mi descendencia neocristiana.

—Si los necios desean sacarse las entrañas los unos a los otros, déjalos; en cualquier caso, nada puedes hacer para evitarlo. Los necios siempre serán necios.

Yo insistí que incluso los brutos pueden llegar a ser humanos. *Homo non nascitur, fit*[80]. O sea, que se hace a sí mismo empleando los elementos y las potencialidades de hombre con los cuales nace.

El punto de vista de Helen estuvo basado en la acostumbrada dialéctica comunista: No habrá paz ni justicia social sin una «liquidación» preliminar de los capitalistas, liberales y demás gente. ¡Como si fuera posible emplear medios violentos e injustos para lograr la paz y la justicia! Los medios determinan los fines y han de ser de índole similar a la de los fines postulados. Los medios intrínsecamente distintos de los fines postulados,

alcanzan fines semejantes a ellos mismos, en lugar de parecidos a los fines que se buscaban. La violencia y la guerra producirán una paz y una organización social dentro de las cuales estará encerrado el germen de más violencias y más guerras. La guerra que tuvo lugar para acabar con la guerra resultó, como de costumbre, una paz esencialmente guerrera; la revolución para conseguir el comunismo dio por resultado una organización social jerárquica, en donde una minoría gobierna por la fuerza, a la de Mettemich-Hitler-Mussolini, y en la cual la capacidad de oprimir a los demás por el mero hecho de ser rico, quedó suplantada por el derecho a oprimir, por el derecho de pertenecer a la oligarquía. La paz y la justicia social únicamente pueden ser alcanzadas por medios justos y pacíficos. Y la masa únicamente llegará a conducirse de manera justa y pacífica cuando haya sido enseñada individualmente a conducirse de tal manera, incluso en aquellas circunstancias en que resultaría más fácil mostrarse violento e injusto. La educación del individuo en estas direcciones ha de ser simultáneamente física y mental. Debe incluir el conocimiento de cómo usar de sí mismo y el conocimiento de para qué ha de usarse. Mark expresó su opinión de que estas teorías eran una mezcla Neo-Ignatius y neo-Sandow.

Mark tomó un coche y nosotros fuimos andando, pues era la noche admirable, toda la distancia que hay desde Soho hasta Chelsea. Estaban cerrados los teatros ya. Inesperadamente, Helen se puso de excelente buen humor malicioso. Fue comentando en voz alta el aspecto de las gentes con quienes nos cruzábamos. Como si estuviéramos en la Casa de Fieras. Algo azorante, pero divertido y sagaz, como cuando indicó a los elegantes muchachos de sombrero de copa, que procuraban presentar igual aspecto que el personaje que ilustra los anuncios de los cigarrillos De Reszke Aristocrat, o que cerraban y abrían sus pitilleras al estilo del gran actor Gerald du Maurier; a las mujeres que pretendían imitar a las de *Vogue*, o a los anuncios caros de cruceros invernales y abrigos de pieles, con la cabeza erguida, los párpados medio cerrados, con gesto de pretendida elegancia aristocrática o arrastrándose encogidas como las vampiresas de la pantalla, sacando el vientre igual que si estuvieran esperando mellizos. ¡Qué modales

más lastimosos son los que la gente de hoy admira! Antaño prefirieron las imitaciones de Cristo; hoy, la imitación de Hollywood.

Cuando llegamos a barrios más tranquilos, quedamos en silencio. Entonces me preguntó Helen si era feliz. Respondí que sí, aunque era difícil decir si la palabra feliz era adecuada. Añadí que lo que me sentía era más sustancial, más completo, más interesado en todo, más alerta. Si no me encontraba feliz exactamente, tenía por lo menos mayores posibilidades de felicidad. Y volvimos a callar. Entonces me dijo ella:

—Creí que nunca más podría verte después de lo de aquel perro. Luego apareció Ekki y el perro perdió su importancia. Pero por otro motivo nada tiene importancia, si vamos a pensar en ello, excepto *el comunismo*.

Mas las últimas palabras las añadió como un pensamiento de última hora. Algo semejante a una expresión de piedad pronunciada por la fuerza de la costumbre. Dije yo que nuestras metas eran las mismas, aunque los medios elegidos fueran distintos. Para ella, el fin justifica los medios; para mí, los medios justifican el fin. Quizá, añadí, algún día llegará a darse cuenta de la importancia de los medios.

3 DE JUNIO DE 1934.

Durante mi lección de hoy con Miller me encontré repentinamente más adelantado en la teoría y en la práctica de la técnica. Para aprender el debido uso de uno mismo es necesario primeramente desarraigar todos los usos indebidos del propio ser. Hay que negarse a procurar el logro apresurado de la meta buscada empleando lo equivalente (en términos personales, psicofisiológicos) a la revolución violenta; desarraigar esta tendencia, concentrarse sobre los medios conducentes al final buscado, y entonces actuar. Este proceso supone el conocimiento de los usos malos y buenos, el saber distinguirlos. Por instinto. Resultan entonces aumentadas nuestra conciencia de los hechos y nuestra facultad de dominarnos. Conciencia y potencia; las cosas triviales adquieren nuevo significado. Aún más: nada resulta trivial o baladí. El lavarse los dientes, el ponerse los zapatos; tales cosas quedan reducidas por la costumbre de su mal empleo a

una especie de tediosa inexistencia. Hay que adquirir conciencia, hay que desarraigar, hay que dejar de ser ambicioso y de desear alcanzar rápidamente la meta, hay que concentrarse sobre los medios, y entonces la tediosa inexistencia se convierte en realidad absorbente e interesante. En el último libro de Evans-Wentz sobre el Tibet encuentro, entre *Los Preceptos de los Gurus*, la siguiente recomendación: «Conserva perpetuamente la conciencia despierta al andar, al sentarte, al comer, al dormir». Recomendación que, como la mayor parte de las recomendaciones, observo que no va acompañada de las necesarias instrucciones para ponerla en práctica. En esta otra técnica, los preceptos van acompañados de instrucciones; es uno enseñado en el método de conservarse alerta. Y no es esto todo. La facultad de estar alerta y la del dominio de sí mismo son transferibles. La destreza lograda durante el proceso conducente al conocimiento del aspecto muscular del cuerpo-mente puede ser utilizada para la exploración de otros aspectos. Existe una habilidad aumentada para descubrir los motivos de cualquier acto realizado, para apreciar correctamente la calidad de un sentimiento, el significado real de un pensamiento. A la par, se adquiere conciencia más clara y consistente de lo que ocurre en el mundo externo, y el juicio asociado con esa más elevada conciencia resulta mejorable. También es transferido al autodominio. Adquirido el arte de evitar los movimientos musculares indeseables, se adquiere el arte de evitar más complicadas manifestaciones de la propia conducta. Y no sólo esto; existe la prevención además de la cura. Supuesta una correlación adecuada, muchas de las ocasiones de conducirse indeseablemente dejan de surgir. Por ejemplo, desaparecen las ansiedades y depresiones neuróticas, cualquiera que sea su historia. Pues observemos: la mayor parte del historial de los seres humanos durante su niñez y adolescencia es desastroso; no obstante, solamente algunos llegan a experimentar neurosis graves. Y éstos son, precisamente, aquéllos que se emplearon a sí mismos excepcionalmente mal. (Adviértase las malas posturas físicas, típicas de los neuróticos y los dementes. Espalda encorvada, músculos tensos, cabeza humillada). Reducar. Enseñar de nuevo el uso físico correcto. Así quitaremos la piedra clave del arco constitutivo de la personalidad neurótica. La personalidad neurótica se derrumba. En su

lugar se logra una personalidad en la cual todos los hábitos de la utilización de lo físico son buenos. Y el buen empleo de lo físico supone (puesto que el cuerpo-mente es indivisible excepto analíticamente) el uso debido de la mente. La mayoría somos ligeramente neuróticos. Incluso neuróticos leves suponen ocasiones infinitas de conducta errónea. Al enseñar el uso debido desaparecen las neurosis y, por tanto, muchas ocasiones de errar. Hasta ahora, la ética preventiva se ha considerado como externa al individuo. Reformas sociales y económicas llevadas a cabo con el propósito de eliminar ocasiones de proceder equivocadamente. Esto es importante. Pero no basta, ni mucho menos. La creencia de que es suficiente, hace que el concepto del progreso sustentado por los reformadores sociales carezca de sentido. El conocimiento de que carece de sentido siempre me ha producido placer. El pinchar con un alfiler grandes globos hinchados es una de las diversiones más encantadoras. Pero algo infantil, y cansa con el tiempo. Por tanto, muy satisfactorio es encontrar que existe procedimiento de dar sentido a lo falto de sentido. Un método de lograr el progreso desde dentro además de desde afuera. Progreso no solamente como ciudadano, como vigilante de una máquina, como beneficiado por la máquina, sino también como ser humano.

El evitar es bueno, mas no puede eliminar necesidad de curar. La capacidad para curar la mala conducta parece esencialmente similar a la capacidad para curar la mala coordinación. Se aprende esta última al aprender el debido uso de uno mismo. Hay transferencia. Capacidad inhibitoria y de dominio. Se hace más sencillo inhibirse de los impulsos indeseados. Más fácil seguir y también advertir y aprobar los buenos. Más fácil convertir en hechos las buenas intenciones, y ser paciente, apacible, amable, generoso, casto.

OceanofPDF.com

XXIV

23 DE JUNIO Y 5 DE JULIO DE 1927

NO PODÏA pagárselo verdaderamente, pero eso no tenía importancia. Mary Amberley estaba habituada a hacer cosas más fuertes del alcance de sus posibilidades económicas. Era muy sencillo: vendía un poquito de papel del Estado, y ya estaba. Ya resultaba posible el viaje en automóvil por Italia, y posibles desnudos de Pascin, las cuentas en Fortnum y Masón. Y posible resultaba, por fin, encontrarse en Berkshire, en una deliciosa casita antigua, perfumada por el aroma de los vasos de *pot-pourri*, con magníficos tilos en el jardín, en medio de la sonriente campiña que llegaba hasta la misma puerta trasera, milla tras millas de suave desnudez verde bajo un cielo amable. No podía Mary pagar tal casa, pero ¡era tan bonita, tan perfecta! Y después de todo, ¿qué eran ciento cincuenta libras esterlinas de papel del Estado?, ¿qué rentaban? Unas cinco libras al año, después de pagados los impuestos. Y ¿qué eran cinco libras al año? Nada. Absolutamente nada. Además, Gerry iba a invertir más deseablemente el capital de Mary, y si éste se había encogido, sus rentas pronto comenzarían a aumentar. El próximo año podría pagar la linda casita, y anticipándose a la prevista época de felicidad y abundancia, allí estaba, sentada debajo de un tilo y rodeada de sus invitados.

Helen estaba tumbada detrás de su madre, sobre una alfombra, medio incorporada, apoyándose en un codo. No prestaba atención a lo que decían los demás. Era la vista de tan exquisita belleza, que realmente no era posible prestar atención a Anthony, que estaba hablando del papel

representado por la máquina en la Historia; no, lo único que podía hacer en tales celestiales circunstancias era jugar con el gatito. Había descubierto que el juego preferido del gato era el de la alfombra. Se cogía una rama fina y larga, la cual se metía por debajo de una esquina de la alfombra, muy lentamente, hasta que su extremo aparecía por debajo de la alfombra, semejante a la cabeza de un animal que sale cautelosamente de su madriguera. Avanzaba un poquito, receloso, y entonces, súbitamente Helen tiraba de la ramita y el animal se hundía velocísimo en su agujero. Algo le había asustado y le había hecho huir. Mas luego, haciendo acopio de valor, volvía a salir, se abría paso receloso por entre los tallos de la hierba para luego retirarse nuevamente a terminar su comida bajo el amparo de la alfombra. Pasaban unos larguísimos segundos, y de repente surgía como un muñeco lanzado hacia delante por un muelle, como si se arrojara sobre un peligro para cogerlo inadvertido, y luego retirábase a su cobijo con igual celeridad. Una vez más, vacilante, a disgusto, únicamente empujado por la necesidad brutal y en contra de su prudencia, salía al descubierto, sabedor, pudiera decirse, de estar predestinado como víctima, previendo la terrible suerte que le aguardaba. Durante todo este tiempo el gatito atigrado había estado observando las idas y venidas con una ferocidad luminosa e inexpresiva. Cada vez que la ramita se escondía debajo de la alfombra, el gato se acercaba arrastrándose y con infinitas precauciones unas pulgadas más. Cada vez más y más cerca, hasta que llegó el instante de apercibirse para el salto final y definitivo. Los ojillos verdes todo lo espiaban con expresión cómica de amenaza; el cuerpo diminuto encerraba tan excesiva intensidad de propósito feroz, que no solamente el rabo, sino todos los cuartos traseros temblaban a resultas de la presión emotiva. En tanto, por encima de todo ello, los tilos susurraban con el viento suave, y las salpicaduras redondas de luz dorada iban y venían silenciosamente por encima del césped. Al otro lado de la pequeña pradera arriates y macizos ardían al sol como si estuvieran verdaderamente encendidos, y más allá las lomas ondulantes de la campiña, semejantes a bestias inmensas que durmieran, mientras la sombra bermeja de las nubes acariciaba sus ijares. Todo ello era de tal belleza celestial, que Helen de vez en cuando no podía soportarlo, y entonces soltaba la ramita, cogía el gato y se restregaba la

mejilla contra la piel sedosa mientras susurraba a la bestezuela palabras incoherentes que imitaban infantiles balbuceos, y le alzaba hasta que quedaba cómicamente en alto con las diminutas garras ante la cara de ella, colgando, y las narices de los dos casi tocándose. Helen miraba aquellos ojos de un verde luminoso e inexpresivo hasta que el pobre animal comenzaba a maullar con tan lastimeros sones, que era menester volver a dejarle en el suelo.

—¡Pobrecito!, ¿te he hecho daño? —murmuraba arrepentida.

Pero la mesurada tortura del gatito ya había servido su propósito, que no era sino permitir el desahogar a Helen, absorbiendo o derramando parte de la excesiva felicidad que sentía, con lo cual volvía ésta a resultar tolerable. Cogió la rama de nuevo. Comprensivo, pues ya el gato había perdonado por completo, el animal inició el juego nuevamente.

El timbre de una bicicleta hizo que Helen alzase la vista Era el cartero, que avanzaba por el camino del jardín con el correo de la tarde. Se puso Helen de pie rápidamente y, sin soltar al gatito, fue caminando rápidamente hacia la casa, con la esperanza de que ello no fuera advertido. Se encontró en la puerta con la criada que salía llevando las cartas. Había dos para ella. La primera que abrió era de Joyce y estaba escrita en Aldershot, en el campamento permanente y principal del Ejército de Gran Bretaña. (No pudo reprimir su sonrisa al leer la dirección impresa en la cabecera del papel. «Joyce vive ahora en Aaaaldershot, solía decir su madre, alargando la primera sílaba del nombre con una especie de énfasis hueco y un tono de incredulidad ligeramente asombrada, como si realmente fuera inconcebible que una hija suya pudiera encontrarse en semejante lugar. En Aaaaldershot una hija mía», y su voz conseguía convertir este suburbio militar en algo tan fabulosamente extraño como el Tibet, en algo tan horrendo y remoto como la inconcebible Liberia. «Está viviendo en Aaaaldershot como una verdadera *mem-sahib.*»)

Unas líneas nada más —comenzó Helen a leer, aún sonriendo— *para agradecerte tu carta tan simpática. Me preocupa lo que dices acerca de las cosas que toma mamá para dormir. Eso, eso no puede ser bueno para ella. Colin cree que debiera hacer más ejercicio. Tal vez pudieras darle la*

idea de montar a caballo. Yo he estado dando lecciones en estos últimos tiempos, y es estupendo, cuando te acostumbras. Ya estamos instalados, y no tienes idea de lo deliciosa que nos ha quedado la casita. Colín y yo tuvimos que trabajar como negros, pero los resultados nos han compensado. Al principio tuve que hacer muchas visitas de lo más azorantes; pero todo el mundo ha estado muy amable conmigo y ahora ya me encuentro una de ellos. Colín os recuerda con cariño.

Tu hermana.

JOYCE.

La otra carta, y ésta fue la que hizo que Helen saliera al encuentro del cartero, era de Hugh. Si las cartas hubiesen sido llevadas a Mary al jardín, si las hubiese distribuido en público… El pensamiento de lo que su madre hubiera podido decir acerca de la carta de Hugh hizo que Helen se sonrojara de vergüenza y de cólera. No hubiera la presencia de tanta gente hecho callar a Mary Amberley, sino antes al contrario, sus comentarios no hubieran tenido otra razón de ser escuchados por los reunidos en el jardín. Cuando estaban solas, Helen generalmente no tenía que escuchar más que una palabra zumbona; pero en presencia de otras gentes Mary Amberley se sentía inspirada por su auditorio para lanzarse a complicadas descripciones y complejos comentarios.

—Hugh y Helen —decía— son una mezcla de Sócrates y Alcibíades y Don Quijote y Dulcinea.

Había momentos en que Helen odiaba a su madre.

—Es un caso —dijo la voz de su madre en la memoria de Helen—, un caso de «no pudiera amarte tanto si no amase aún más la etnología».

Helen tenía que sufrir un poco a causa de las tales cartas. Rasgó el sobre de la que tenía en la mano.

24 de junio de 1927.

Es el día de San Juan, Helen. Pero eres demasiado joven, probablemente, para dar especial importancia al significado de los días. Llevas en el mundo unos siete mil días, y es menester haber vivido por lo

menos diez mil para comenzar a darse cuenta de que el número de días no es indefinido y que uno no puede hacer con ellos exactamente lo que apeteciera. Yo llevo aquí más de trece mil días y su acabamiento ya está a la vista; las infinitas posibilidades se han estrechado muy notablemente. Ha de hacerse uno el vestido cortándolo de acuerdo con la cantidad de tela de que disponga, y la tela de que dispone uno no solamente es exigua, sino también de clase especial, y generalmente de clase mediana. Cuando es uno joven, cree poder hacer con su tiempo toda clase de prendas espléndidas y fantásticas, capotes militares, sacerdotales casullas, togas universitarias; las apretadas mallas de Nijinsky[81]*, los calzones color de pizarra de Rimbaud y la camisa roja de Garibaldi. Mas cuando ha vivido unos diez mil días, comienza a darse cuenta de que mucha será su suerte si consigue hacer con el tiempo que tiene a su disposición un traje de diario presentable. Es un despertar ingrato y desanimador; y el día de San Juan es uno de los días que nos hacen comprender la verdad. El día más largo, uno de los sesenta o setenta días más largos de los veinticinco mil disponibles. Y ¿qué he hecho con este día más largo, más largo entre tan pocos, entre días tan uniformes y vulgares? El catálogo de mis quehaceres fuera humillante, absurdo y sin sentido. Lo único merecedor de encomio y razonable en cualquier sentido profundo del vocablo, puedo decir que ha sido pensar un poco en ti, Helen, y escribirte esta carta…*

—¿Ha habido alguna carta de particular? —preguntó mistress Amberley cuando su hija regresó de la casa.

—Sólo una nota de Joyce.

—¿De nuestra *mem-sahib*?

Helen asintió con un gesto.

—Está viviendo en Aldershot —dijo Mary, dirigiéndose a los demás—. En Aaaaldershot —y alargó la primera sílaba hasta que por arte de magia el lugar se convirtió en algo ridículo e irreal, y el hecho de que Joyce viviera allí se trocó en mito fantástico y ligeramente inconveniente.

—Tienes que dar gracias al cielo de no encontrarte tú misma viviendo allí —dijo Anthony—. Después de todo, allí debieras encontrarte, como hija de general que eres.

Quedó Mary desconcertada durante un momento por la intervención, pues se disponía a desarrollar muy fantásticas variantes sobre el tema de Aldershot, mas pronto recobró su buen humor al advertir que Anthony le dio con sus palabras oportunidades aún más suculentas.

—Sí, ya lo sé —exclamó alegremente—. Hija de un general y ¿te das cuenta de que pudiera ser en este momento esposa de un coronel? Estuve a punto de casarme con un militar. Faltó poquísimo para ello. Era el hombre más arrebatadoramente guapo que he conocido. Pero de marfil —dijo dándose unos golpecitos en la frente—, de marfil macizo. Fue mi suerte que, además de guapo, fuera insoportablemente aburrido. Si hubiera tenido nada más que una chispa de inteligencia, me hubiera ido a la India con él. ¿Qué hubiera sido de mí? No es posible imaginarlo.

—No es posible —dijo Beppo, salpicando la repetición con su risa.

—Antes al contrario —dijo Anthony—, el imaginarlo es sencillísimo. Todas las tardes, de seis a ocho, en el club; recepciones en el Palacio del Gobernador; adulterio durante el verano, polo en el invierno; complicaciones incesantes con los criados indios; dificultades económicas incesantes y disgustos caseros perpetuos; ataques intermitentes de paludismo y disentería; un paquete mensual de novelas de segunda mano llegado del Club de Libros del *Times*, y el acercamiento inexorable de la vejez, a doble velocidad de la corriente en Inglaterra. Si se ha estado en la India, pocas cosas hay más fáciles de imaginar.

—¿Y crees que todo eso me hubiera pasado *a mí*?

—¿Qué otra cosa pudiera haberte ocurrido? No imaginarás que hubieses seguido comprando cuadros de Pascin en Quetta.

Mary se echó a reír.

—O leyendo a Max Jacob en Rawalpindy. Hubieras sido una *mem-sahib*, como todas las demás *mem-sahibs*. Quizá te hubieras encontrado un poco más aburrida y poco satisfecha que las demás, pero *mem-sahib* hubieras sido en cualquier caso.

—Supongo que tienes razón —dijo Mary—. ¿Pero de verdad crees que estamos tan completamente a merced de las circunstancias?

Anthony dijo que sí con la cabeza.

—¿No crees que yo las he escapado?

—No veo motivo para suponerlo.

—Pero eso quiere decir que realmente no existo. *Yo* —repitió poniéndose una mano sobre el pecho— no existo verdaderamente.

—No, claro que no. En ese sentido absoluto, no existes. Eres un compuesto químico, y no un elemento.

—Pero si uno realmente no existe, será menester preguntarse por qué…

—Porque se preocupa uno tanto de las cosas —le indicó Anthony al verla vacilar—. Tanto gritar, tantas exclamaciones de victoria y tanto rechinar de los dientes. A causa de las aventuras de un yo que verdaderamente no es un yo, sino que es el resultado de una serie de accidentes. Naturalmente, en el momento en que empieza uno a hacerse estas preguntas, advierte que no hay motivo para tantas demostraciones. Y entonces se acaban las demostraciones, si uno es sensato. Como yo —añadió sonriendo.

En el silencio que siguió, Mary repitió para sí que entonces uno deja de hacer demostraciones, y pensó en Gerry. Pero ¿cómo era posible mantener la actitud indiferente, cuando un hombre era tan estúpido, tan egoísta y tan brutal como Gerry y al mismo tiempo tan insoportablemente deseable? Era odioso, mas cuando pensó que pasados unos días llegaría a la casa, experimentó en todo su cuerpo una picazón caliente y conturbadora. Cerró los ojos y respiró profundamente.

Helen se había alejado hacia el otro extremo de la pradera, aún llevando en brazos al gatito, como si fuera un niño pequeño peludo. Sentía necesidad de encontrarse sola, a distancia suficiente para no escuchar aquellas risas, aquellas voces ásperas desprovistas de significado. Iba pensando en aquellos siete mil días, y repitiéndose la cifra una y otra vez. No era solamente que el sol, ya en decadencia, prestara a todo belleza tan solemne y rica, sino también el resultado de pensar en los días fugitivos, en las limitaciones humanas, en la disolución final e inescapable.

—Siete mil días —dijo en voz alta—, siete mil días.

Acudieron las lágrimas a sus ojos y apretó el gato dormido más fuertemente contra su pecho.

Pasaron por Savernake, por el Caballo Blanco, por Oxford. Entre medias, el rugido y el estrépito del «Bugatti» de Gerry, la embestida del viento, los súbitos movimientos involuntarios y feroces a causa de curvas y baches, el terror, y al mismo tiempo la delicia de la velocidad disparatada. Ya estaban de vuelta. Le pareció haber estado ausente durante un siglo, y al mismo tiempo que no se había movido de la casa. Se detuvo el automóvil, pero Helen no hizo ademán de bajar de él.

—¿Qué te pasa? —preguntó Gerry—. ¿Por qué no bajas?

—Me parece tan definitivo… —respondió ella, suspirando—. Como romper un encantamiento, como salirse de un círculo mágico.

—¿Mágico? —repitió él en son de pregunta—. ¿Qué clase de magia, blanca o negra?

—Pía como los caballos —contestó Helen, riendo—. Deliciosa y horrible. A ti te debieran meter en la cárcel por conducir como conduces. O en un manicomio. Pues creo que eres un loco criminal. Pero me ha encantado —dijo al abrir la puerta y bajar del automóvil

—Me alegro mucho —respondió él sonriendo con aquella sonrisa que de tan estudiada manera no expresaba amor alguno. Metió la velocidad, y dio la vuelta a la casa como una exhalación, dirigiéndose al garaje y dejando en pos una estela apestosa de aceite de ricino quemado.

«Encantadora», iba pensando Gerry, al mismo tiempo que se decía que fue excelente astucia la de mostrarse con ella como si fuera su hermano mayor, alegre, bonachón y honrado. Buen cebo. La cosa era que la caza se habituara a verle a uno. Dentro de poco tiempo le podría dar de comer en la mano. La verdadera dificultad era Mary. ¡Qué pesadez de vieja!, pensó sintiéndose dominado de repente por un odio profundo. Celosa, suspicaz y *métome en todo*. Cualquiera diría que él era de su propiedad. Forzándole perpetuamente a soportar su compañía, y las caricias de su cuerpo de vieja. Según llevaba a cabo las maniobras precisas para meter el coche en el garaje, una mueca de asco se reflejó en su cara. Menos mal que le había dado aquel enfriamiento al hígado o lo que quiera que fuese. Eso la tendría tranquila durante algún tiempo y sin estorbar.

Sin pararse a quitarse el abrigo, y sin recordar para nada la enfermedad de su madre, ni la existencia de Mary, Helen cruzó el vestíbulo casi corriendo e irrumpió en la cocina.

—¿En dónde está *Tompy*, *Mr*. Weeks? —preguntó a la cocinera—. Tengo que verle.

El efecto del sol, del campo y del Bugatti de Gerry fue que Helen experimentase ahora necesidad perentoria de coger en brazos al gatito. Como la apasionada insistencia se le antojase realmente excesiva, ahora añadió para explicarla:

—Esta mañana no tuve tiempo de verle. Como salimos tan de prisa…

—Me parece que no está bueno, miss Helen —dijo mistress Weeks, mientras guardaba su costura.

—¿Que no está bueno?

—Le he puesto ahí —dijo la cocinera levantándose de la silla y dirigiéndose hacia el cuartito de lavar los platos—. Aquí hace más fresco, y el pobrecito siente mucho el calor. No sé qué le ocurre —añadió con voz en parte de conmiseración y en parte de queja. *Tompy* le daba lástima, pero también sentía lástima de sí misma por las molestias que *Tompy* le había ocasionado.

El gato estaba a la sombra, debajo del fregadero. Helen se puso en cuclillas junto al cesto y alargó la mano para cogerlo, pero inmediatamente volvió a retirarla con una ahogada exclamación de horror, como si hubiese tocado algo profundamente repelente.

—Pero ¿*qué* le ha ocurrido? —exclamó.

La piel atigrada del animal había perdido su tersura, su suavidad sedeña, y estaba húmeda, desigual y apelmazada. Tenía cerrados los ojos, de los cuales se escapaba una supuración amarillenta. También le supuraba el hocico, como demostraban las manchas que envilecían el bello dibujo de la piel de la cara. Aquel delicioso y diminuto *Tompy* con quien ella estuvo jugando el día anterior, aquel ser cómico y exquisito que ella subió en alto con una mano y que presentó un aspecto tan encantadoramente indefenso; el animal contra el que ella se restregó la cara, cuyos ojos miró de cerca con los suyos, había desaparecido, y allí, en su lugar, yacía ahora un trapo desmadejado y sucio, un trozo de basura viva. Como aquellos riñones,

pensó de repente asqueada; e inmediatamente sintió vergüenza de sí misma por haber pensado tal cosa y por haberse apartado automáticamente del gato, incluso antes de haberse dado cuenta de lo que estaba pensando.

—¡Qué ruin soy! —pensó—. ¡Qué absolutamente ruin! Allí estaba *Tompy*, enfermo, afligido, quizá muriendo. Y ella se había sentido demasiado delicada, incluso para tocarle. Hizo un esfuerzo para vencer su repugnancia, alargó la mano nuevamente, cogió al gatito y comenzó a acariciarle el lomo húmedo y despeinado con la mano libre, teniendo que hacer para ello un gran esfuerzo. Acudieron las lágrimas a sus ojos y comenzaron a correrle por las mejillas.

—¡Es terrible, es terrible! —repitió con voz entrecortada.

¡Pobre *Tompy*, pobre *Tompy* bello, adorable, gracioso! Asesinado. Y aún peor que asesinado: reducido a un pedazo escuálido de inmundicia, sin razón alguna, de la manera más insensata. Y tuvo que ser precisamente en aquel día maravilloso en que las nubes flotaban por encima del Caballo Blanco, en que el sol se filtraba por entre la enramada del bosque de Savernake. Y para que la cosa resultara todavía peor, el desvalido animalillo le daba asco, el tocarle le resultaba intolerable, como si fuera uno de aquellos repulsivos riñones. De nada servía tenerlo en la mano y acariciarlo, pues no alteraba en absoluto lo que estaba sintiendo. Podía ser hecho el gesto a pesar del asco; pero el asco persistía. Persistía a pesar de su amor.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo alzando la cara bañada en lágrimas hacia *Mrs*. Weeks.

—Que yo sepa, no podemos hacer nada. Los gatos son difíciles… —dijo la cocinera sacudiendo la cabeza.

—Pero…, ¡algo habrá que hacer!

—Dejarlos tranquilos —insistió *Mrs*. Weeks, con un pesimismo reforzado evidentemente por su determinación de no tomarse molestia alguna por el enfermo—. No le pasará nada, señorita —añadió luego compadecida de la tristeza de la muchacha, con ánimos de consolarla—. No llore usted. Se pondrá bueno durmiendo.

Sonaron unos pasos sobre las losas del patio y entraron por la ventana abierta las notas de «Sí, señor, es mi muchacha», silbadas algo desafinadamente. Helen se puso en pie abandonando la postura que tenía y

asomándose a la ventana llamó a Gerry. La sorpresa de éste al ver su cara llorosa hizo que Helen le explicara:

—Ha ocurrido una cosa terrible.

En las manos grandes y poderosas de Gerry, *Tompy* presentó un aspecto aún más mísero y desvalido que antes. Pero ¡qué tierna solicitud y qué competencia vio Helen en aquellas manos! Al ver cómo iba lavándole los ojos y el hocico de la purulencia, Helen se asombró de la delicadeza y exactitud de sus movimientos. Y entonces pensó, con renovada vergüenza de su ineptitud, que todo lo que ella supo hacer fue acariciar el lomo despeinado y sentir asco al hacerlo. No tenía remedio. Y cuando él le pidió ayuda para conseguir que *Tompy* tragara media pastilla de aspirina desleída en leche, derramó la medicina estúpidamente.

—A ver, deja; quizá me las arregle yo mejor solo —dijo Gerry-

Palabras que hicieron rebosar su humillación.

Mary hervía de indignación. Allí estaba febril y dolorida, y aumentando su calentura y sus dolores a fuerza de preocuparse pensando en la vesánica manera de conducir de Gerry, y ahora entraba Helen en la habitación como si tal cosa, cuando ya llevaba dos horas largas en la casa. Dos horas durante las cuales ni siquiera se le había ocurrido subir para ver cómo estaba su madre, *su madre*, quien, necia que era, había estado sufriendo la angustia indecible de creer que había tenido un accidente.

—Es que *Tompy* se estaba muriendo —le explicó He- yen—. Ahora ya se ha muerto.

Estaba muy pálida y con los ojos rojos de llorar.

—Está bien, si es que prefieres un gato a tu madre…

—Además, estabas dormida. Si no lo hubieras estado, habrías oído el ruido del coche cuando volvimos.

—Eso es; ahora échame en cara que me quedara traspuesta —se quejó Mary amargamente—. ¿Crees que no tengo derecho a descansar de los dolores durante unos minutos? Y, además, no estaba dormida. Estaba delirando. He perdido la cabeza varias veces durante el día. Claro que oí volver al coche.

Miró el frasco de *Somnifaine*[82] que había sobre la mesilla de noche, y la sospecha de que también Helen hubiese reparado en él aumentó todavía

su indignación.

—Siempre he sabido que eras una egoísta, pero la verdad, nunca creí que lo fueses tanto.

En cualquier otro momento, Helen hubiese prorrumpido en defensa acalorada de sí misma, o en lágrimas si las acusaciones le resultaran justificadas. Pero aquel día se encontraba demasiado mísera para llorar más, y harto apabullada por la vergüenza y la desdicha para hallar dolorosas, ni siquiera, las más atrabiliarias acusaciones. Su silencio avivó aún más la furia de su madre.

—Siempre creí que eras egoísta simplemente porque no tenías el suficiente juicio para pensar. Pero ahora veo que lo que te falta es el corazón. No tienes corazón. Después de que he sacrificado por ti los mejores años de mi vida, ¿qué me das a cambio? —preguntó con voz temblorosa; y realmente creía en la existencia de aquel sacrificio y se hallaba conmovida por su grandeza y convertida en mártir por él—. Todo lo que consigo es la indiferencia más cínica. Por tu parte, igual pudiera estarme muriendo en una cuneta; poco se te daría. Sentirías más la muerte de tu gato. Y ahora, vete. ¡Vete! —gritó—. ¡Vete ahora mismo, que ya has conseguido que me vuelva a subir la liebre! ¡Vete!

Gerry, después de cenar solo, pues Helen se quedó en su habitación pretextando que le dolía la cabeza, subió a hacer compañía a Mary. Se mostró singularmente encantador, solícito y cariñoso con ella, hasta el punto de que Mary olvidó todos los muy razonables motivos de queja que tenía y volvió a enamorarse de él, una vez más, aunque ahora por causas completamente distintas. Su amor no se debió, esta vez, a que Gerry fuera agraciado, dominador de manera insolente, y amador impiadoso y competente, sino a que le veía amable, juicioso, cariñoso, es decir, a que Gerry era todo lo contrario de lo que hasta entonces había sido.

A las diez y media, Gerry se levantó de la silla.

—Te tocan las gotas para dormir.

Mary protestó, pero él insistió diciendo que así dormiría mejor.

La dosis normal de «Somnifaine» era de treinta gotas, pero Gerry echó cuarenta y cinco para estar completamente seguro de que Mary dormiría. Luego le remetió la ropa (como mi niñera —dijo Mary riendo, mientras él

lo hacía), y después de besarla, casi con ternura maternal, apagó la luz y salió de la habitación.

El reloj de la iglesia del pueblo dio las once. ¡Qué tristes, pensó Helen al escuchar las lejanas campanadas, qué desamparadas! Se le antojó estar escuchando la voz de su propio espíritu, cuyo eco le devolvía misteriosamente los muros negros de la noche circundante. Una, dos, tres, cuatro… Cada una de aquellas notas dulces y cascadas parecía más triste que la precedente, y dijérase que subía desde las profundidades de una soledad más extremada. *Tompy* había muerto, y ella no fue capaz de darle una cucharada de leche con aspirina, ni había sabido sobreponerse al asco instintivo.

Egoísta y sin corazón. Su madre estaba en lo cierto. Pero solitaria, además de egoísta, indefensa y sin apoyo entre todas las torvas amenazas carentes de sentido que mataron a *Tompy*. Su pecho descorazonado hablaba con aquella voz angustiada de la campana; toda ella estaba rodeada por la noche vacía y enorme.

—¡Helen!

Volvió la cabeza sobresaltada. La oscuridad de la habitación era impenetrable.

—Soy yo —continuó diciendo la voz de Gerry—. Estaba intranquilo por ti. ¿Estás bien?

El susto y la sorpresa del primer momento dejaron su lugar a una sensación de enfado causada por la intromisión de Gerry en la intimidad de su desdicha.

—No has debido preocuparte —dijo fríamente—. Estoy perfectamente.

Gerry se acercó invisible, envuelto en el sutil y mezclado aroma del tabaco turco, pasta dentífrica perfumada con menta y loción de quina. Helen sintió que una mano le rozaba un tobillo a través de la ropa de cama y toda ésta quedó ligeramente inclinada hacia un lado al sentarse Gerry en el borde.

—Me remordía un poco la conciencia —continuó—. Tanto rizar el rizo en el «Bugatti» esta mañana.

El tono de su voz implicaba una sonrisa invisible y el brillo cariñoso de unos ojos escondidos en la oscuridad.

Helen no respondió. Callaron los dos durante largo rato.

«Mal comienzo», pensó Gerry, frunciendo el ceño en la oscuridad. Luego decidió cambiar de táctica.

—No puedo olvidar al pobrecillo *Tompy* —dijo en voz completamente distinta—. Es curioso lo que puede sufrir uno al ver a un animal enfermo. Parece tan *injusto.*…

Pasados unos minutos logró que corrieran las lágrimas de Helen, lo cual dio excusa para consolarla…

OceanofPDF.com

XXV

20 DE MAYO DE 1931

AQUELLO fue otro «golpe» terrible. Fitzsimmons, Jeffries, Jack Johnson, Carpentier, Dempsey, Gene Tunney[83]. Surgían y desaparecían los campeones, pera la metáfora con la que míster Beavis describía la sucesiva pérdida de sus seres queridos permanecía sin alteración.

Sí; un golpe terrible. Y no obstante, le pareció a Anthony advertir en la voz de su padre algo parecido a una nota triunfal según le escuchaba narrar, después de comer, sus recuerdos de tío James cuando era muchacho.

—¡Pobre James! ¡Qué pelo más rizado tenía… *Nos et mutamur*[84]!

Los acentos de dolor y de piedad se mezclaban con algo parecido a la satisfacción, la satisfacción del viejo que se advierte aún vivo y todavía capaz de asistir a los entierros de sus contemporáneos y de gente más joven que él.

—Dos años —insistió—. Yo le llevaba casi dos años enteros. Cuando estábamos en el colegio, yo era Beavis *major*.

Sacudió la cabeza tristemente, pero los ojos, viejos y cansados, aparecían iluminados por una luz imposible de disimular.

—¡Pobre James! —suspiró—. En estos últimos tiempos nos vimos poco. Desde su conversión… No lo he podido comprender nunca. James, nada menos que James, hacerse católico…

Anthony no respondió, pero estaba pensando que no le resultaba nada sorprendente. Su tío James fue educado en ja escuela de Bradlaugh, de manera atea. Su manera de ser le hubiese permitido ser perfectamente feliz

exhibiendo su ateísmo, desafiando cósmicamente a todo y a todos, pregonando su desesperación inflexible.

—Supersticiones —dijo *Mr*. Beavis despectivamente.

—No sé —insistió Anthony—. En cualquier caso, es una obra de arte. La muerte en sí no es más que una especie de travesía tormentosa, aunque bastante peor. Esos ritos logran convertirla en algo digno y significativo.

Todos callaron. La criada cambió los platos y trajo el postre.

—¿Un poquito de tarta de manzana? —preguntó Pauline cortando la cubierta de pasta.

—De empanada, Pauline, de empanada —dijo míster Beavis en tono severo—. ¿Cuándo vas a aprender que la tarta no está cubierta? Lo que tiene «techo» es empanada.

Se sirvieron nata y azúcar.

—Por cierto —dijo Pauline de repente—, ¿os habéis enterado que a *Mrs*. Foxe le ha dado un derrame cerebral?

Anthony y su padre dijeron que no con la cabeza.

—Pues me lo dijo ayer Maggie Clark.

—¡Pobrecilla! —dijo *Mr*. Beavis, y luego añadió en tono más reflexivo —: Es curioso cómo deja uno de ver a la gente, incluso a la que formaba parte de nuestras vidas. No creo haber visto a *Mrs*. Foxe más de media docena de veces durante los últimos años. Y, sin embargo, antes…

—No tema sentido del «humor» —dijo Pauline, como si esto lo explicara.

Míster Beavis se volvió hacia Anthony:

—Supongo que tampoco tú las has… tratado mucho… desde que le ocurrió *aquello* a su pobre hijo…

Anthony dijo que no con un gesto. No le resultaba agradable que le recordaran todo lo que había hecho para no seguir tratando a *Mrs*. Foxe. Le vinieron ahora a la memoria aquellas largas y cariñosas cartas que le había escrito ella el primer año de la guerra, a las cuales él había contestado brevemente, por fórmula, hasta que dejó de contestarlas en absoluto. Las últimas ni siquiera las había abierto, pero movido por una especie de remordimientos supersticiosos no se había decidido a tirarlas a la basura. Al menos una docena de sobres azules, escritos con la letra grande, clara y

suelta de *Mrs*. Foxe, permanecían aún en uno de los cajones de su mesa. Su presencia era, por algún oscuro motivo difícil de explicar, una especie de ungüento milagroso sanador de los ardores de sus remordimientos. Pero su eficacia curativa no resultaba totalmente satisfactoria. La pregunta de su padre le hizo sentirse desazonado y se apresuró a cambiar la conversación.

—¿Qué has estado estudiando en estos últimos tiempos? —le preguntó.

Míster Beavis sonrió y comenzó a explicar sus recientes investigaciones acerca de las locuciones idiomáticas modernas del inglés hablado en los Estados Unidos. ¡Qué sabrosísimas expresiones! ¡Qué riqueza de neologismos y de metáforas profundamente originales! Se extendió sobre el tema con gusto, citando frase tras frase con delectación.

—Todo eso es chino —dijo Pauline, riendo.

En su cara, plácida y redonda, la risa irradiaba en ondas concéntricas de carne blanda y rosada. Todas sus redundantes papadas temblaban como si fueran de gelatina.

¡Qué buenos eran los dos!, estaba pensando Diana. Pero ¡qué bobos, también! Sin embargo, Anthony no tenía derecho a criticarlos, y el muy impertinente, so capa de aquella manifiesta cortesía, los estaba criticando sin duda alguna. Diana sintió profunda indignación. Nadie tenía derecho a criticar a sus padres excepto ella, y quizá su hermana. Procuró encontrar alguna cosa desagradable que decirle a Anthony, pero ni él le dio oportunidad de hacerlo ni tenía ella especial disposición para enhilar epigramas. Se hubo de contentar con mirarle ceñudamente. En cualquier caso, ya era hora de irse al laboratorio.

—Bueno, tengo que irme —dijo, levantándose, y hablando de aquella manera abrupta y tajante corriente en ella—. Y te prohíbo que te comas todos esos bombones —añadió al inclinarse para despedirse con un beso de su madre—. Órdenes del médico.

—Todavía no eres médico, hijita.

—Lo seré el año que viene.

Pauline se metió en la boca un bombón tranquilamente.

—Bueno; pues puede que el año que viene deje de comer chocolate.

Anthony se fue pasados unos minutos. Según atravesaba el barrio de South Kensington, se encontró pensando nuevamente en *Mrs*. Foxe. Un

derrame cerebral. ¿Estaría paralítica? Cambió la conversación tan apresuradamente que Pauline no tuvo ocasión de decirlo ni de dar detalles. Se la imaginó en la cama, incapaz de valerse por sí misma, medio muerta, y se espantó al advertir que experimentaba, en medio de la piedad, cierta satisfacción y algo semejante al consuelo. Pues, después de todo, *Mrs*. Foxe era el principal testigo de cargo, la persona que pudiera declarar contra él con mayor eficacia. Muerta, o medio muerta ya no podía ser llamada ante el Tribunal, y ausente ella, el peligro de cargos contra él no tendría mayor importancia. Parte de él se alegraba de las noticias escuchadas a Pauline. Se alegraba, aunque esto le causara bochorno insufrible. Procuró pensar en otra cosa y subió a un autobús para llegar antes a la Biblioteca.

En ella permaneció cerca de tres horas, reuniendo datos acerca de la historia de los Anabaptistas. Luego fue andando hasta su casa, en Bloomsbury. Esperaba aquella noche a Gladys para cenar. Un poco pesada había estado últimamente, pero, sin embargo… Sonrió disfrutando por adelantado el placer de la velada.

Quedó en ir a las seis, pero eran ya las seis y cuarto y Gladys no había aparecido. Tampoco llegó a las seis y media. Ni a las siete. Ni a las siete y media. A las ocho, Anthony estaba contemplando aquellos sobres azules, cuyos matasellos mostraban fechas de 1914 y 1915, dirigidos con la letra de *Mrs*. Foxe, contemplándolos y preguntándose, con mal humor, que había sucedido a la ira y la impaciencia que al principio le causó la espera, si debiera abrirlos. Aún estaba haciéndose esta pregunta, cuando sonó el timbre del teléfono. Era Mark Staithes para preguntarle si tenía algún compromiso para cenar. Se había organizado una cena a última hora. Iría Pitchley y su mujer, la psicóloga, y aquel político indio, Sen, y también Helen Ledwidge…

Anthony volvió a meter las cartas en el cajón y salió apresuradamente de la casa.

OceanofPDF.com

XXVI

5 DE SETIEMBRE DE 1933

ERAN más de las dos. Tumbado en la cama, Anthony escudriñaba la oscuridad. No podía conciliar el sueño. Dijérase que alguien, algún extraño maligno, habitante de su mismo cuerpo, ahuyentara el sueño a cosa hecha. Afuera, las cigarras raspaban incesantemente su música, compuesta del tema único de su propia existencia. Muy de tarde en tarde, se encendía en la noche gradualmente la voz de un gallo que cacareaba, y el ruido iba aumentando más y más, acercándose, hasta que todos los gallos de los jardines vecinos comenzaban a lanzar al aire sus desafíos, contestando los gritos con gritos. Luego, sin motivo, callaba uno tras otro, y el ruido iba haciéndose más y más apagado al alejarse. Al alejarse, pensó Anthony, aguzando el oído para que no quedara atrás del rumor huidizo, al alejarse para atravesar toda la extensión de Francia y cubrirla con una ola presurosa de cacareos entrecortados. Quizá durante varios centenares de millas. Hasta que en algún lugar la ola se detendría y comenzaría a avanzar rápidamente en la dirección opuesta. Quizá desde el Mar del Norte, pasando por los campos de batalla, por los aledaños de París, y, de ave lejana en ave lejana, atravesando bosques, las llanuras de Beauce, subiendo y bajando las montañas borgoñesas, corriendo como un río sonoro y aéreo por el valle del Ródano dejando atrás Valence, Orange, Signon, circundando Arles y Aix y cruzando las desnudas lomas de la Provenza. Hasta que, por fin, al cabo de una hora llegaría de nuevo hasta sus oídos, anegando con su inundación

tumultuosa y chillona el agrio canto de las cigarras, incesante sucedáneo del silencio.

Le vino a la memoria de repente un párrafo de *El hombre que murió,* de Lawrence, y agradecido de haber encontrado una excusa para interrumpir durante algún tiempo su vana persecución del sueño, encendió la luz y bajó al otro piso en busca del libro. Encontró la página deseada: «Cuando salió cantó el gallo joven. Fue un grito inmaduro, fracasado. Pero la voz del ave expresó algo más que enojo. Expresó su necesidad de vivir y su canto fue canto de vida triunfal. El hombre que murió permaneció contemplando el pollo que había escapado para ser nuevamente apresado, y le vio esponjándose, alzándose sobre las patas, irguiendo la testa y abriendo el pico para retar nuevamente a la muerte con la vida. Resonó el grito valiente, y aunque disminuido su empuje por la cuerda que le tenía atado por una pata, estalló con brío. El hombre que había muerto miró a la vida desnuda, y vio una tremenda decisión que rugía por doquier en olas, ora encrespadas y tormentosas, ora sutiles, con sus cabezas de espuma que surgían del azul invisible; un gallo negro y naranja o las lenguas verdes de fuego que brotaban de las más altas ramas de la higuera. Todas aquellas cosas y criaturas primaverales se manifestaban encendidas de deseo y por la expresión de sí mismas. Se manifestaban como olas espumosas surgidas de la inundación invisible y azul del deseo, del mar invisible y vasto de la energía, y aparecían coloreadas y tangibles, evanescentes, pero inmortales. El hombre que había muerto contempló la vuelta tumultuosa a la existencia de cosas que no habían muerto, pero no pudo ver ya su trémulo deseo de ser y existir. En vez de éste, su desafío resonante y retador a todas las demás cosas existentes…».

Anthony leyó hasta el final la historia del hombre que murió y volvió nuevamente a la vida, el hombre identificado con el gallo joven que se escapó. Luego puso el libro en su sitio y se volvió a la cama. La espuma de las olas de aquel mar invisible de deseo y fuerza. Pero la vida, la vida como tal, protestó silenciosamente, no bastaba. ¿Cómo podía uno hallar satisfacción en la esencia anónima de la mera vida, en una energía ni siquiera individual, que a pesar de toda su misteriosa divinidad era, sin embargo, inconsciente y estaba por debajo del Bien y del Mal?

Chirriaban incesantemente las cigarras, y al filo de las cuatro, el canto de los gallos volvió a llegar veloz desde la distancia para luego alejarse y perderse en la distancia, camino de Italia.

La vida irrepresible, *vital*. Pero, pensó, había otros emblemas de mayor vigor que el canto del gallo y que los pimpollos que brotan del esqueleto de la higuera, blanca en invierno como los huesos. Recordó una película que había visto de la fertilización del huevo de una coneja. Vio los filamentos espermáticos, de una cuarta de largo sobre la pantalla, luchando ferozmente por alcanzar su meta, la esfera semejante a una luna del huevo. Incontables, disparados desde todas las direcciones, con sus *flagella* vibrando desesperadamente. Ya los primeros habían alcanzado su objetivo y estaban hundiéndose en él, atravesando la capa externa de materia viva, arrancando en su prisa células enteras que se desprendían flotando y se perdían. Por fin, uno de los invasores penetraba hasta el más íntimo reducto vivo del núcleo y la fertilización quedaba consumada. Súbitamente, la esfera, inerte hasta aquel instante, se estremecía. Se contraía con un violento espasmo, su superficie redonda y lisa se arrugaba y adquiría de algún modo resistencia impenetrable contra los ataques de los demás filamentos que se arrojaban en vano contra ella. Luego el huevo comenzaba a dividirse, replegando sus paredes sobre sí mismas hasta que se unían en el centro, y la célula quedaba convertida en dos. Repetían la operación estas dos células para convertirse en cuatro, y las cuatro se multiplicaban en ocho, en dieciséis. Dentro de ellas las partículas de protoplasma se agitaban sin cesar, como guisantes en una olla hirviente, pero con energía propia, movidas por propio impulso.

Comparados con aquellos diminutos fragmentos de materia viva, el gallo vocinglero, las cigarras que repetían infinitamente el hecho de su existencia, resultaban vivos tan sólo de manera precaria. La vida vista por el microscopio resultaba más, mucho más, vehemente e irreprimible que en mundos más vastos. Irreprimible de manera consoladora y a la par espantable. Pues, indudablemente resultaba espantable aquella terrible inconsciencia, aquel deseo indomable y retador. Horrendas en verdad aquellas manifestaciones de una pasión inframental, de aquel egotismo violento e impersonal. Intolerables, a no ser que uno pensara en ellas solamente como materia prima y energía disponible.

Sí, eso, materia prima y corriente de energía. Impresionante por su cantidad y duración. Pero, desde el punto de vista cualitativo, su valor resultaba ser únicamente el de sus posibilidades. No tendría utilidad apreciable hasta no ser convertida en otras cosas, hasta no ser empleada en el logro de un propósito ulterior. Para Lawrence, el mero propósito animal era suficiente y satisfactorio. El gallo, cantador, luchador y procreador de manera anónima. Y el hombre no menos anónimo que el gallo. Más valía ese anónimo desprovisto de mente, insistía, que las míseras relaciones de los seres humanos, conscientes solamente de manera parcial, civilizados solamente en parte.

Pero Lawrence jamás había aplicado el ojo a un microscopio, nunca había visto la energía biológica en su estado no diferenciado y básico. No había querido verlo, rechazaba la visión microscópica por cuestión de principio, temeroso de lo que pudiera revelar. Razón tuvo para su miedo. Aquellas profundidades insondables de lo indecible, y su hervor irreprimible, le hubieran aterrado. Defendió la idea de que la materia prima fuera elaborada, pero elaborada hasta cierto punto nada más; de que la prístina energía retadora se utilizase para los fines, relativamente más altos, de la existencia animal, pero no de la existencia superanimal. Con manifiesta arbitrariedad y carencia de lógica. Pues estos otros propósitos ulteriores, estas otras organizaciones, existían y no podían ser despreciados. El animal humano, al moverse espacial y temporalmente, los hallaba en su camino, indiscutibles, reales y verdaderos.

El pensar; el logro del conocimiento. Ésos eran los propósitos para los que él había empleado la energía que bullía bajo el microscopio, que cacareaba retadoramente en la oscuridad. El pensamiento como fin, el conocimiento como meta. Y, ahora, de repente, resultaba de manera manifiesta que no eran más que medios, materias primas como la misma vida. Materias primas; y Anthony adivinaba, *sabía*, lo que el producto terminado tendría que ser, y parte de su persona se rebelaba contra tal conocimiento. ¿Cómo aceptar el trabajar para convertir su materia prima de vida, de pensamiento, de conocimiento, en semejante cosa, a su edad y siendo como era un ser humano civilizado? La idea era ridícula. No era aquello otra cosa que reminiscencias indeseables del neoplatonismo, como

el terror de su padre por las menos agradables realidades de la existencia, como aquellas salmodias de los obreros durante la Huelga General. Los dolores de cabeza, las *bascas*, resultantes de la filosofía bebida el día antes. Pero también pensaba desconsoladamente, con otra parte de su cerebro, que no lograría nunca transformar su materia prima en un producto terminado, que no sabía por dónde empezar, que le detenía el miedo a pecar de necio, que le faltaba el valor, la paciencia y la fuerza de voluntad necesarios para ello.

Cerca de las siete, cuando ya el sol se alzaba sobre el horizonte más allá de las persianas, cayó en un sueño profundo, del cual despertó tres horas más tarde para encontrarse con Mark Staithes, que, de pie junto a su cama, le contemplaba a través del mosquitero pon la sonrisa de una gárgola guasona y curiosa.

—¡Mark! —exclamó asombrado—. ¿Qué diablos…?

—Delicioso —dijo, señalando el mosquitero de muselina—. Completamente digno de una joven desposada. Muy *premiere communion*. Te he estado contemplando mientras dormías.

—¿Hace mucho?

—No temas —dijo respondiendo a la pregunta no formulada, pero implícita en el tono de enojo de Anthony—. No te delatas hablando dormido. Antes al contrario, engañas a quienes te contemplan. Jamás he visto a nadie presentar un aspecto de tan marcada inocencia como el que tenías debajo de ese velo. Como el infante Samuel. ¡Encantador!

Esta palabra, usada por Helen la mañana de la catástrofe, le hizo fruncir el ceño. Al cabo de unos segundos dijo:

—¿A qué has venido?

—Para pasar unos días contigo.

—No recuerdo haberte invitado.

—Ya veremos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que quizá lo descubras después.

—¿Descubra el qué?

—Que querías invitarme sin saberlo.

—¿Por qué crees semejante cosa?

Mark cogió una silla, la acercó y se sentó en ella antes de contestar.

—Vi a Helen la noche en que volvió a Londres.

—¿Sí? —dijo Anthony con el tono más desinteresado que pudo—. ¿En dónde?

—En casa de Hugh. Hugh tenía gente en casa. Hubo algunos momentos desagradables.

—¿Por qué?

—Porque Helen quiso que fueran desagradables. Estaba en un estado de ánimo bastante raro.

—¿Te dijo lo que le ocurría?

Mark dijo que sí con un gesto.

—*Y* hasta me obligó a leer tu carta. Por lo menos el comienzo. Luego me negué a seguir.

—¿Qué te hizo leer mi carta?

—En voz alta. Insistió en ello. Pero, como ya te he dicho, estaba muy rara.

Callaron ambos durante buen rato y luego Mark dijo:

—Por eso he venido.

—¿Suponiendo que me alegraría el verte? —preguntó Anthony, irónicamente.

—Suponiendo, en efecto, que te alegrarías de verme —repuso Mark, gravemente.

Después de otro silencio, Anthony repuso:

—Después de todo, quizá tengas razón. Claro está, desde cierto punto de vista —dijo sonriendo—. No lo tomes a mal. Me molestaría extraordinariamente ver a cualquiera en estos momentos. Pero, desde otro punto de vista, me alegra que hayas venido. Y esto sí debes tomarlo personalmente. Porque creo que es posible que tengas una idea… —dijo vagamente—, que sepas si hay alguien que pudiera…

Iba a decir, alguien que pudiera ayudarle, pero la idea de ser socorrido se le antojaba tan desagradable, le resultaba tan parecido a los consuelos que escucha la familia después de la muerte de alguno de sus miembros, a las conversaciones francas que un maestro celebra con un muchacho para prevenirle contra los peligros de la lujuria, que se interrumpió bruscamente.

—Creo —dijo empezando nuevamente desde otro punto de vista— que si alguien puede hacer algún comentario inteligente acerca de lo sucedido, esa persona eres tú.

Asintió Mark en silencio y reflexionó lo característico que era de aquel hombre estar hablando de comentarios inteligentes, incluso en aquellos momentos.

—Tengo la sensación —siguió diciendo Anthony lentamente, venciendo la resistencia que advierta dentro de sí a hablar del asunto— de que me gustaría acabar de una vez, arreglar las cosas. Sobre una base distinta —logró decir como si fuera una confesión hecha en el potro—. La actual… —prosiguió sacudiendo la cabeza—. Me aburre…

Luego, como si advirtiera, avergonzado, lo ridículamente inadecuada y la falsedad peor que ridícula de la frase, que disminuía excesivamente la realidad de las cosas, añadió en voz resuelta:

—No sirve. Es una base que no puede aguantar más peso que un fantasma. Y empeñado en emplearla, sólo he logrado convertirme ya en duende. Durante estos últimos días —siguió diciendo lentamente, después de una breve pausa—, he experimentado una extraña sensación de no estar *aquí*, de no haber estado aquí hace años. Desde que…, bueno, no sé exactamente desde cuándo. Probablemente, desde antes de la guerra.

No pudo referirse a Brian.

—De no estar *aquí* —repitió.

—Muchos son los que no están aquí —dijo Mark—. Como personal al menos. Únicamente como animales, como funciones encamadas.

—Animales y funciones encarnadas —repitió Anthony—. Tú lo has dicho. Pero en la mayoría de los casos no pueden elegir. La inexistencia les es impuesta por las circunstancias. Sin embargo, yo pude elegir. Si no «estoy aquí» es a propósito.

—Y ¿quieres decir que acabas de descubrir tu… ausencia?

—No, no; me he dado cuenta siempre de ella, naturalmente. Pero de manera teórica. Como uno sabe que…, bueno, por ejemplo, que hay pájaros que viven en simbiosis con las avispas. Como hecho curioso, y nada más. No permití yo que fuera otra cosa. Y tenía mis motivos justificados para ello. Mi trabajo: un exceso de vida personal lo estorbaría. Y mi necesidad

de sentirme libre; libertad para pensar, libertad para entregarme a mi pasión de conocer el mundo. Y libertad por ella misma. He querido ser libre por encontrar intolerable no serlo.

—Eso lo entiendo, siempre que haya alguien capaz de disfrutar la libertad. Y siempre que ese alguien tenga conciencia de su libertad, y gane ésta venciendo los obstáculos que estorban la libertad. Pero ¿cómo puedes ser libre, si no existes?

—Yo siempre lo he expresado de otra manera. ¿Cómo ser libre, o puesto que es mejor pensar en ello de manera impersonal, cómo puede existir la libertad mientras perdure el yo? Un «yo», un «tú», ha de ser consciente y responsable, ha de elegir y ha de comprometerse. Pero si uno se libra del «tú», se libra de la responsabilidad y de la necesidad de ser consciente. Queda uno libre, entonces, como una sucesión de estados no condicionados, no comprometidos a nada, sin pasado y sin porvenir, excepto en el sentido en que uno no puede librarse voluntariamente ni de sus recuerdos ni de sus previsiones. ¡Qué estupidez la de Sócrates! —dijo después de una breve pausa—. ¡Imaginar que basta con conocer lo que uno debe hacer para hacerlo! Prácticamente, lo sabe uno siempre, pero lo más corriente es que no lo hagamos. O tal vez tú no eres así —añadió en otro tono y hablando a Mark a través del mosquitero—. Uno tiende a achacar los propios defectos a los demás. En mi caso es la debilidad, para no hablar de la timidez —añadió con una risa que surgió automáticamente, motivada por la inveterada costumbre que Anthony tenía de esconderse dentro de sí mismo en el mismo instante en que decía algo que pudiera asemejarse a una confidencia personal y que pudiera hacer creer a su interlocutor que hablaba completamente en serio—. La timidez y la cobardía abierta, y la indolencia en todo aquello que no tiene relación con mi trabajo.

Volvió a reír, como si todo aquello fuera absurdo y no mereciera la pena decirlo y acabó:

—Solemos olvidarnos de que los demás no son como nosotros, que pueden ser constantes y de voluntad acerada. Tal vez tú hagas siempre lo que sabes que debes hacer.

—Siempre —respondió Mark—. Y lo hago esté bien o esté mal —añadió haciendo la demostración de la anatomía de la sonrisa.

Anthony se dejó caer sobre las almohadas, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y quedó en silencio. Pasado un rato se volvió hacia Staithes y le preguntó bruscamente:

—¿No sientes tú nunca que no puedes tomarte la molestia de hacer lo que has decidido hacer? Por ejemplo, ahora mismo estaba pensando por qué diablos te he estado hablando como lo he hecho, por qué he estado dándole vueltas en la cabeza a estas cosas antes de llegar tú, por qué me empeño en decidirme a hacer algo. Pensando que probablemente lo mejor es olvidar todo esto, rehuirlo, seguir viviendo como hasta la fecha, tranquila, apaciblemente. Aun cuando esta paz resulte mortal. Fatal, mortal, pero deseable a pesar de ello —sacudió la cabeza—. Y probablemente, si no hubieras aparecido tú para hacer que decidiera hacer algo impulsado por la vergüenza, probablemente no hubiese hecho nada. Hubiera escapado de todo esto y hubiera reanudado mi vida tranquila. Y muy posiblemente —añadió riendo— eso es lo que acabaré por hacer.

Apartó el mosquitero, salió de la cama y dijo:

—Me voy a bañar.

OceanofPDF.com

XXVII

27 DE MAYO DE 1914

CUANDO Anthony bajó para desayunar, se encontró con su padre explicando a las dos niñas la etimología de los nombres de las cosas que estaban comiendo:

—… es, sencillamente, otra forma de potaje. Decimos *porridge* igual que —y le brillaron los ojos de buen humor al decirlo— pudiéramos decir, pero espero que vosotras no lo digáis, «espaturrarse» en vez de «espatarrarse».

Las dos niñas siguieron comiendo impasibles.

—¡Ah, Anthony! —siguió diciendo *Mr*. Beavis—. Más vale tarde que nunca. ¡Cómo! ¿Que no quieres «potaje» hoy? Pero tomarás una chuleta de Aberdeen, ¿no?

Anthony se sirvió róbalo ahumado y se sentó en su sitio.

—Tienes una carta —dijo su padre alargándole un sobre—. Es de Brian, ¿no?

Anthony asintió con un gesto.

—¿Sigue gustándole su trabajo en Manchester?

—Creo que sí —respondió Anthony—. Pero trabaja demasiado. Está en la redacción del periódico hasta la una o las dos de la madrugada. Y desde que termina de comer hasta la hora de la cena trabaja preparando su tesis.

—Puede ser, pero siempre es agradable ver a un muchacho que tiene la fuerza de voluntad para procurar convertir sus ambiciones en realidad.

Porque, naturalmente, no necesita trabajar tanto. No es como si su madre no tuviera «*comquibus*».

El «comquibus» exasperó a Anthony de tal manera que, aunque juzgaba absurda la actitud de Brian respondió a su padre con tono desabrido:

—No quiso aceptar dinero de su madre. Por cuestión de principio.

Quedó cortada la conversación por las niñas, quienes habían terminado el *porridge* y pidieron que les cambiaran los platos y les sirvieran «chuletas de Aberdeen». Anthony se aprovechó para comenzar a leer la carta.

Ya hace mucho tiempo que no tengo noticias tuyas.

Aquí todo sigue lo mismo, o seguiría igual si yo me encontrara algo más animado. Pero vengo durmiendo menos de lo corriente, y el funcionamiento interno deja algo que desear. Esto me ha hecho tomar con algo de mayor calma la preparación de la tesis, pues el trabajo del periódico no es posible abandonarlo. Todo esto me hace desear que llegue el momento de esos días que pensamos pasar juntos en Langdale. No me falles, por lo que más quieras. ¡Qué tedioso resulta el cuerpo cuando se empeña en no funcionar como es debido! Y hasta cuando funciona bien. Es incómodo y de lo menos moderno. Algunas veces me rebelo indignado contra esta predestinación física a la escatología y a la obscenidad.

Escríbeme pronto y dime cómo estás, lo que has leído últimamente y si has conocido a alguien interesante. Y ¿me quieres hacer un favor? Joan está en Londres ahora, viviendo con su tía y trabajando para la Sociedad Filantrópica. Su padre no quería, pues prefería tenerla en casa para poder hacer el déspota. Su idea le supuso una larga batalla, de la que acabó por salir victoriosa. Ya lleva en Londres casi un mes, de lo cual me alegro mucho; pero al mismo tiempo tengo ciertos temores. Si pudiera ausentarme durante los finales de semana, iría yo mismo, pero me es imposible. Y en cierto sentido tal vez sea mejor así. En mi presente estado de salud apolillada, estropearía la fiesta; y, además, existen ciertas complicaciones. No te las puedo explicar por carta, pero procuraré hacerlo cuando vengas al Norte en julio. Tienes mejor cabeza que yo. Lo cual es el verdadero motivo por el que no te hable del asunto, temiendo que me tuvieras por memo. ¡Tal es la imbecilidad humana! Pero ya hablaremos de todo esto. Mientras tanto, te agradeceré que vayas a verla,

que la lleves a comer a algún sitio, que le hables y que me digas luego qué impresiones tiene de Londres, lo que piensa de la vida en general y todas esas cosas. Tiene que haber sido un cambio muy violento, desde las soledades del campo a Londres, desde la pobreza odiosa a una casa rica, desde la sujeción a su padre, tiránico y de genio insoportable, a la independencia. Un cambio muy repentino, y aunque lo celebro, me da algo de miedo el efecto que pueda tener sobre ella. Ya me dirás.

Con el afecto de siempre,

B.

Anthony cumplió el encargo aquel mismo día. Pudo observar en Joan la misma timidez de antaño cuando la saludó estrechándole la mano en el vestíbulo del restaurante; la misma sonrisa de embarazo, y el mismo movimiento de huida esbozada. En cuerpo y cara la encontró más mujer que la última vez que la vio, un año antes, y también la halló más bonita, muy probablemente debido al hecho de estar mejor vestida.

Pasaron al comedor y se sentaron. Anthony eligió la comida y encargó una botella de «Vouvray», hecho lo cual se lanzó a sus exploraciones.

¿Le gustaba Londres?

Lo adoraba.

¿Y el trabajo?

La cuestión de oficina, tal vez no. Pero trabajaba tres veces a la semana en una Casa-cuna.

—Me encantan los niños.

—¿Incluso esos pequeños horribles y malolientes?

Esto indignó a Joan.

—¡Son deliciosos! Me encanta trabajar entre ellos. Además, me permiten disfrutar de Londres sin que me remuerda la conciencia. Me parece como si con eso pagase mis bailes y mis teatros.

Su timidez natural interrumpía su charla continuamente, que parecía atravesar sucesivamente zonas de luz y de sombra. Unas veces hablaba con dificultad, apenas abriendo los labios, con voz baja y poco clara y la vista desviada; pero de pronto una oleada de súbito entusiasmo hacía desaparecer

la timidez, ya fuera de delicia, o de tristeza, o de risa imposible de reprimir, y entonces miraba a Anthony con ojos expresivos de una repentina y sorprendente seguridad en sí misma. La voz, antes apenas perceptible, se hacía clara; los dientes, fuertes y blancos, relucían entre los labios, abiertos en una sonrisa de franca expresión. Luego, no menos súbitamente, dijérase asombrada de la propia audacia, Anthony adquiría el carácter de un posible crítico. ¿Qué estaría pensando? ¿Había dicho ella alguna tontería? Le vacilaba la voz, la sangre teñía sus mejillas y la mirada huía para quedar fijada en el plato. Y durante los próximos minutos Anthony no lograba sacarle más que breves y balbuceantes respuestas a sus preguntas, risas esbozadas y faltas de sinceridad como premio a sus esfuerzos para mostrarse ingenioso y divertirla. Pero la comida y la bebida acabaron por surtir su efecto, y según avanzaba el almuerzo, Joan se fue encontrando más a gusto con Anthony. Comenzaron a hablar de Brian.

—No debieras consentir que trabajara tanto —dijo él.

—¿Crees que no hago lo que puedo? —y luego añadió con algo de calor airado—: Es su manera de ser. Es tan terriblemente estrecho de conciencia…

—Tu obligación es lograr que tenga la conciencia más ancha —dijo Anthony sonriendo, y esperando que ella contestara con su sonrisa.

Pero Joan, en lugar de sonreír, frunció el ceño y su cara adoptó una expresión de mal humor y resentimiento.

—Es muy fácil hablar para los demás —dijo en voz baja.

Callaron los dos. Joan permaneció con la mirada baja, sorbiendo su vino.

Se le ocurrió a Anthony entonces por primera vez que si Brian aceptase el vivir a costa de su madre, Joan y él ya podrían estar casados. ¿Por qué diablos…?

La explicación surgió al llegar el melocotón helado «Melba».

—Es difícil hablar de ello —dijo Joan—. Apenas he aludido al asunto con ninguna otra persona. Pero tú eres diferente. Hace ya mucho tiempo que conoces a Brian y eres su mejor amigo. Y te darás cuenta. No sé, pero creo que puedo hablar contigo acerca de ello.

Curioso, pero también intranquilo, Anthony murmuró algunas vaguedades corteses.

No advirtió ella señales de embarazo evidentes en Anthony, pues éste era para ella en aquellos momentos solamente una oportunidad, bien hallada, de poder desahogar con palabras todo el vasto dique de sentimientos ingratos, que ya llevaban harto tiempo sin encontrar oportuna salida.

—Es otra vez esa conciencia que tiene. ¡Si supieras…! ¿De dónde ha sacado esa idea suya de que el amor tiene algo que es malo? Quiero decir el amor corriente, el feliz. Pues él cree que hay algo malo en ello, que no debiera sentirlo.

Apartó de sí el plato, se inclinó hacia adelante y luego de poner ambos codos sobre la mesa, comenzó a hablar más bajo, en un tono más íntimo, de los besos que Brian le había dado y de los que luego se avergonzó, y de los besos que, en castigo de sí mismo, se había negado luego a darle.

Anthony la escuchaba atónito. «Existen ciertas complicaciones», decía Brian en su carta. La expresión no hacía justicia a lo que ocurría. Esto era sencillamente una locura. Trágica, pero también grotesca y absurda. Se dijo que Mary encontraría la historia singularmente ridícula.

—Me dijo que quería ser digno de mí —continuó Joan—. Digno del amor. Pero lo único que consiguió fue que yo me sintiera indignada. Indigna de todo y en todos los sentidos. Y culpable, como si hubiese hecho algo malo. Y también sucia, si entiendes lo que te quiero decir, como si me hubiese caído en el barro. Pero, dime, Anthony, ¿verdad que no hay ningún mal en ello? Quiero decir que… ¿verdad que no hemos hecho nada que esté mal? ¿Qué todo ha sido… inocente? ¿Por qué dice Brian que es indigno y hace que yo me sienta indigna también? ¿Por qué? —insistió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Siempre ha tenido esas tendencias —dijo Anthony—. Tal vez su educación… Su madre es una mujer admirable —dijo adoptando sin darse cuenta de ello ciertos modos de expresión usados siempre por *Mrs*. Foxe—. Pero tal vez, por eso mismo, un poquito… opresiva.

Joan expresó su asentimiento con gestos vigorosos, pero no habló.

—Tal vez su madre le ha hecho apuntar demasiado alto —prosiguió Anthony—, demasiado alto por todos y en todos los conceptos, si comprendes lo que quiero decir, incluso cuando no está siguiendo el ejemplo de su madre. Por ejemplo, eso de no querer coger el dinero de su madre…

Joan se lanzó sobre el nuevo tema con pasión:

—Exactamente, ¿por qué tiene él que empeñarse en ser distinto de todo el mundo? Después de todo, hay gente perfectamente buena en el mundo que no cree necesarias tales cosas. Aunque, te advierto —dijo mirando rápidamente a Anthony para sorprender en su cara cualquier gesto de reprobación o de chanza y lanzarse sobre él— que le admiro por ello enormemente. Enormemente —repitió con tono retador, y luego, adoptando el tono de crítica que en Anthony no hubiese tolerado, pero que ella tenía derecho a usar gracias a los sentimientos que Brian la inspiraba—. Pero a pesar de eso, no veo qué tendría de malo que aceptase dinero de su propia madre. Yo creo que la culpa es de ella.

—Pero… él me dijo que su madre le había insistido que lo aceptara —dijo Anthony, sorprendido.

—Bueno, ella hizo como que quería que lo aceptara. Estuvimos allí los dos unos días a finales de mayo para hablar del asunto. Ella le dijo una y otra vez que no había nada malo en que aceptara dinero de ella, que debía pensar en mí y en casarse. Pero cuando Brian le contestó que yo estaba de acuerdo con él en que no lo aceptase…

—¿Y estabas de acuerdo? ¿Se lo habías dicho? —interrumpió Anthony.

Joan bajó los ojos.

—Hasta cierto punto —respondió malhumoradamente. Luego alzó los ojos con súbito furor—: ¿Cómo iba a decirle que no estaba de acuerdo con él? Era lo que él quería hacer, y lo que hubiese hecho, aunque yo no hubiera estado conforme. Además, ya te he dicho que su gesto tenía y tiene una gran nobleza. ¡Claro que le dije que estaba conforme! Pero esto no quería decir que yo no *quisiera* que aceptase el dinero. Y ésa fue la falsedad de su madre: pretender que yo me negaba a aceptar el dinero y felicitarnos a los dos por nuestra decisión, decirnos que era un gesto muy hermoso, y todas

esas cosas. Con lo cual, claro está, le animó a seguir en sus trece. Todo es cosa de ella, créeme. Mucho más de lo que tú te figuras.

Calló y Anthony juzgó que lo mejor sería no hablar más del asunto. Era imposible prever las cosas que Joan pudiera decir si le permitía continuar hablando de *Mrs*. Foxe.

—¡Pobre Brian! —dijo en voz alta, refugiándose en la expresión de un lugar común—: Lo mejor es enemigo de lo bueno.

—¡Justo! —exclamó ella—. El enemigo de lo bueno. Brian quiere ser perfecto, y mira los resultados. Se tortura él mismo y me tortura a mí de paso. ¿Qué derecho tiene a hacerme que llegue a creer que soy una sucia y una malvada? Porque eso es lo que consigue, aunque yo no he hecho nada malo. Ni él, si a eso vamos. Pero lo que quiere es que yo sienta hacia *él* lo que él siente hacia mí. Sucio y malvado. ¿Por qué me lo pone todo tan difícil? ¡No puede ponérmelo más difícil!

La voz trémula, las lágrimas ya corrían por su cara. Sacó el pañuelo y se las enjugó rápidamente.

—Perdóname. Me estoy poniendo en evidencia, pero ¡si supieras lo duro que todo esto está siendo para mí! ¡Le he querido tanto! Y quiero seguir queriéndole. Pero parece} como si él se empeñara en hacerlo imposible. Debiera ser todo tan bonito…, ¡y él se empeña en convertirlo en algo feo y horrible!

Hizo una pequeña pausa y luego añadió en voz baja que apenas se oyó:

—Muchas veces me pregunto si podré continuar así mucho más tiempo.

Anthony se dijo si querría decir aquello que Joan hubiera decidido ya acabar con Brian, si había conocido a alguien que se mostrara dispuesto a quererla menos trágicamente y más normalmente que su amigo. No era probable. Pero le pareció muy posible que antes o después conociera a un hombre así. En su estilo, aunque desde luego no era su tipo, Joan era bonita. No faltarían candidatos. Y si se presentaba uno que fuera aceptable, ¿podría rechazarle, aunque su conciencia le aconsejara hacerlo?

—Muchas veces sueño con la casa en que vamos a vivir —dijo Joan, rompiendo el silencio—. Voy de una a otra habitación, y todo es encantador. Si vieras qué cortinas y qué fundas de butacas tan bonitas… Y floreros con

flores por todas partes —suspiró, hizo una brevísima pausa y añadió—: ¿Entiendes tú que no quiera aceptar el dinero de su madre?

Anthony dudó durante unos segundos y luego respondió en tono que no le comprometía en nada:

—Entenderlo, lo entiendo; aunque creo que yo no lo haría.

Volvió ella a suspirar.

—Eso es lo que yo creo también.

Miró el reloj, recogió los guantes y dijo:

—Tengo que irme.

Al abandonar la intimidad para volver al mundo prosaico de la gente y los quehaceres, volvió a apoderarse de ella la timidez. ¿Le habría estado aburriendo? ¿La tendría él por una tonta? Le miró a la cara, procurando adivinar sus pensamientos, y luego bajó la vista al suelo:

—Mucho me temo que he estado hablando demasiado acerca de mí misma —murmuró—. La verdad, no sé qué derecho tengo a darte la lata con mis preocupaciones…

—Lo único que quisiera —protestó él— es poder ayudarte.

Joan volvió a mirarle y le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Has hecho mucho, sencillamente escuchándome.

Salieron del restaurante, y así que la dejó en un autobús, Anthony fue andando hasta el Museo Británico, tratando de decidir durante el camino lo que debía escribir a Brian. ¿No sería lo más prudente lavarse las manos y limitarse a escribir una nota diciendo que Joan estaba bien y parecía contenta? ¿O debía explicar que Joan le había contado todo y proceder a razonar, a advertir y a aconsejar? Pasó por entre las inmensas columnas de la entrada a la fresca oscuridad del interior del museo. Todo un sermón, pensó con desagrado. Si pudiera tratar el problema como debiera ser tratado, esto es, como una divertida anécdota *rabelesiana*… Pero difícilmente pudiera suponerse que el pobre Brian lo considerase desde ese punto de vista. Aunque le vendría admirablemente pensar por una vez en términos sacados de Rabelais. Anthony mostró su tarjeta de lector al ordenanza y fue andando por el pasillo hacia la sala de lectura. Eso era lo malo, pensó, el no poder influir sobre nadie para lograr que se trocase en otra persona, ni el poder utilizar, para influir sobre una persona, otros

medios que aquéllos cuya validez es de antemano reconocida por la persona sobre la cual deseamos influir. Empujó la puerta, la abrió y se encontró bajo la cúpula, respirando el perfume desvaído y acre de los libros. Millones de libros. Y todos aquellos centenares de miles de autores, siglo tras siglo, cada uno de los escritores convencido de estar en lo cierto, convencido de ser poseedor del secreto esencial, convencido de poder convencer al resto del mundo imprimiendo sus puntos de vista. Cuando, de hecho, las únicas personas que alguien ha convencido son aquéllas a quienes las circunstancias y la naturaleza han convencido de antemano, ya sea de hecho o en potencia. Y ni siquiera de ésas pudiera uno fiarse; las circunstancias cambian, y lo que resulta convincente en enero no es necesario que resulte convincente en agosto. El bibliotecario le entregó los libros que tema reservados para él, y Anthony se alejó con ellos hacia su acostumbrado lugar. Montañas de espíritu paridas con dolores interminables. ¿Con qué resultado? *Si ridiculum murem requiris, circumspice*[85]. Complacido con esta invención, miró en su derredor contemplando a sus compañeros de estudio: los hombres, como focas; las mujeres, apagadas, los indios, o depauperados o excesivamente gordos; los patriarcas, bigotudos; los jóvenes, con gafas. Herederos de todas las épocas. Si la cosa se tomaba en serio resultaba deprimente, pero también irresistiblemente cómica. Se sentó y abrió su libro en el lugar en que suspendió la lectura el día antes. Era *Tableau de l'lnconstance des Mauvais Anges*, por De Lancre. *Le Diable était en forme de bouc, ayant une queue et au dessous un visage d'home noir, au elle fut contraíate de baiser…*[86] Anthony rió silenciosamente para sí. Ya tenía otra cosa que contar a Mary.

A las cinco dejó los libros en la mesa del encargado y tomó el metro desde Holborn hasta la Gloucester Road.

Unos minutos más tarde se encontraba a la puerta de la casa de Mary Amberley. Le abrió la doncella. Anthony le sonrió con familiaridad y asumiendo los privilegios de un íntimo de la casa subió de dos en dos los escalones camino de la sala, en la cual entró sin que nadie le anunciara.

—Tengo un cuento que contarte —dijo según cruzaba el cuarto.

—Espero que será grosero —dijo Mary desde el sofá.

Anthony le besó la mano, saludo afectado que había adoptado con ella de algún tiempo a esta parte.

—Para los groseros, todo es grosero.

_—Sí, afortunadamente. —Y con aquella sonrisa asimétrica que le era característica, fulgiéndole los ojos por entre los párpados medio cerrados, siguió diciendo—: Una imaginación salaz es un banquete perpetuo.

La frase era antigua y no era de Mary, pero la risa de Anthony le produjo satisfacción a pesar de eso. Fue su risa cordial, larga y sonora, más larga y más sonora de lo que el donaire pudiera justificar. Pero es que Anthony no estaba riéndose del ingenioso dicho, el cual no era más que la excusa de su risa. Su risa fue provocada por toda la situación extraordinaria y divertida, y no por cualquier estímulo individual. El poder hablar con libertad acerca de cualquier cosa (absolutamente de *cualquier* cosa) con una mujer, con una señora que era, además, su amante, que había leído a Mallarmé, que era amiga personal de Guillaume Apollinaire; y oír a la tal señora predicando lo que practicaba y hablar sin dar a la cosa ninguna importancia acerca de camas, retretes, la fisiología de lo que era menester llamar *l'amour* (pues las palabras sajonas aún estaban prohibidas), todo esto era para Anthony al cabo de dos años y a pesar de las infidelidades de Mary de cuando en cuando, una mezcla enajenadora de frutos prohibidos, desahogo y cosquillas delectables. En el universo de su padre, en el de Pauline y de sus tías, tales cosas sencillamente no existían, pero el hecho de su no existencia se manifestaba de manera positiva, dolorosa, imposible de que pasara inadvertido. Como el hipnotizado a quien se le ha mandado que no vea en el cinco de tréboles más que un pedazo de cartulina virgen, ellos se negaban a ver las cosas que juzgaban indeseables y guardaban un silencio digno de una confabulación, acerca de todo cuanto su fingida ceguera no les permitía ver. Incluso las funciones fisiológicas de los animales resultaban imposibles de ver; y se guardaba el silencio acerca de los cuadrúpedos. Por ejemplo, aquel episodio del cabrito, hoy tema de una de las anécdotas preferidas por Anthony. Cómico de manera exquisita, pero ¡cuánto más cómico ahora que cuando ocurrió, casi dos años antes de que él conociera a Mary! Estaban merendando en el odiado Puerto de Scheideck, con la Weisshorn alzándose amenazadora sobre ellos, y con unas gencianas,

cuidadosamente recogidas por míster Beavis, a sus pies, cuando se llegó a ellos un cabrito joven atraído por la sal que estaban espolvoreando sobre los huevos duros. Recelosas y con algo de asco entremezclado con delicia, las dos niñas, hermanastras de Anthony, permitieron al chivo que les lamiera las manos, mientras Pauline sacaba una fotografía y *Mr*. Beavis, cuyo interés en asuntos cabríos era principalmente filológico, citaba a Teócrito. ¡Pastoral escena! Mas de pronto, el chivo se abrió de piernas y sin dejar de contemplar a la familia Beavis con ojos inexpresivos a través de sus pupilas sesgadas, procedió a desbeber encima de las gencianas.

—¡Qué poca mantequilla nos han puesto hoy!

—¡Qué bonita está hoy la Weisshorn!

Las frases respectivamente dichas por *Mr*. Beavis y por Pauline al mismo tiempo, procuraron no advertir lo ocurrido.

Él miraba con aire quejoso un emparedado, ella miraba hacia la lejanía, enfocada su atención y su vista en lo distante, y con una nota en su voz completamente digna de Wordsworth.

Las dos niñas se tragaron apresuradamente con aire de culpabilidad sus incipientes risas y con la cara helada apartaron la vista del cabrito y de la hermana propia. El mundo de *Mr*. Beavis y de Pauline y de las tías, puesto en peligro momentáneamente, recobró su paz y su respetabilidad.

—¿Y tu cuento? —le preguntó Mary cuando hubo dejado de reír.

—Lo oirás —dijo Anthony.

Calló mientras encendía un cigarrillo, considerando lo que iba a contar y la manera cómo lo contaría. Tenía grandes esperanzas puestas en su cuento, quería contarlo bien, con gracia y con profundidad psicológica, convirtiéndolo al mismo tiempo en erudito y sabio. Era menester que Mary pagase doble tributo de risa y admiración.

—¿Conoces a Brian Foxe? —comenzó.

—Sí, claro.

—¡Pobre Brian!

Con su tono, mediante el empleo del adjetivo peyorativo, Anthony estableció su superioridad, afirmó su derecho, el derecho del vivisector sabio y científico a anatomizar y examinar. ¡Pobre, pobrecillo Brian!

Mary esbozó una sonrisa, la cual le sirvió de acicate para esforzarse aún más. Para esforzarse a costa de Brian. Pero en aquel momento no se le ocurrió pensar en eso.

Pero cuando Mary pronunció la frase que en aquellos momentos era su preferida y habló de las «reacciones uterinas de *Mrs*. Foxe», Anthony se aprovechó con avidez de las palabras y comenzó a aplicarlas no solamente a mistress Foxe, sino a las relaciones de Joan y hasta de Brian, logrando un nuevo chiste gracias al absurdo tísico de tal cosa. Las reacciones uterinas de Brian, que le impulsaban hacia la castidad, en contra de sus instintos, y las reacciones uterinas de Joan hacia los deseos normales: he ahí todo un drama. Un drama, explicó, cuya existencia solamente había sospechado. Pero ya no era preciso adivinar: ahora lo sabía. Lo sabía merced a la declaración de un testigo irrecusable. ¡Pobre Joan!, dijo el vivisector extendiendo sobre la mesa de dirección otro ejemplar.

—¡Cómo dos degenerados! —fue el comentario de Mary, así que Anthony hubo terminado.

El virulento desprecio que oyó en su voz, hizo que Anthony se diera cuenta, por primera vez desde que empezó su cuento, de que Brian era su amigo y de que Joan se sentía verdaderamente desolada. Ahora, demasiado tarde ya, quiso explicar que a pesar de todo aquello, no obstante, las apariencias, admiraba y respetaba a Brian más que a ninguna otra persona en todo el mundo.

—No debes pensar —dijo con la imaginación a Mary, de manera retrospectiva— lo que no es; yo quiero a Brian con gran sinceridad.

Desarrolló el tema con peregrina elocuencia, siempre con la imaginación. Pero no pudo la retórica interna borrar el hecho de que había traicionado a un amigo y que había cometido una acción reprobable y aún malvada, sin excusa de ningún género. Mientras estuvo narrando la historia, la malicia que en ello puso le pareció ser manifestación de su agudeza, y la traición un hecho indispensable sin el cual el ejercicio de su agudeza resultaría imposible. Pero ahora…

Se encontró inesperadamente confundido e incapaz de hablar, abrumado bajo el peso de los propios reproches que se hacía.

—Me dio una pena tremenda Joan —balbuceó, procurando arreglar la cosa—. Le he prometido que haré todo lo que pueda para ayudarla, y lo haré. Pero ¿qué puedo hacer? Ésa es la dificultad. ¿Qué?

Exageró su perplejidad, pues al encontrarse perplejo podía excusar su conducta en cierto grado. Comenzó a convencerse a sí mismo de que había traicionado a Joan, que había contado todo, exclusivamente con el propósito de pedir consejo a Mary, como mujer de mundo y de experiencia.

Pero la experimentada mujer de mundo le estaba mirando de la manera más alarmante. A través de los párpados casi cerrados brillaba un fulgor de sorna. La comisura izquierda de la boca estaba subida irónicamente.

—Lo más admirable de tu persona —dijo con voz judicial— es tu inocencia.

Fueron tan afrentosas las palabras que Anthony olvidó instantáneamente a Joan, a Brian y su conducta reprochable, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera su vanidad herida.

—Mil gracias —respondió, procurando sonreír como si hallara el juicio sumamente divertido.

¡Inocente! Mary le juzgaba inocente. Después de los días pasados en París, después de todos aquellos chistes acerca de las reacciones uterinas.

—Eres tan deliciosamente joven… ¡Conmovedor!

—Celebro mucho que lo pienses así —respondió él, pero ya la sonrisa iba convirtiéndose en mueca y advirtió que la sangre se le agolpaba en la cara.

—De manera que viene una muchacha y se te queja de que no la han besado bastante. Y hete aquí preguntando solemnemente que qué puedes hacer para ayudarla. Y ahora te estás ruborizando igual que una remolacha. ¡Eres adorable y estoy loca por ti!

Le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—Ven, arrodíllate aquí en el suelo.

Anthony obedeció no poco amostazado. Le miró durante algún tiempo en silencio Mary, con la misma expresión alegre y burlona, y al fin le dijo:

—¿Quieres que te enseñe lo que puedes hacer por ella? ¿Quieres?

Dijo él que sí con un movimiento de la cabeza, pero ella continuó sonriendo con expresión interrogativa desde alguna distancia.

—No sé si no es una imprudencia hacerlo —dijo—. ¿No irás a aprenderte la lección demasiado bien? ¿No tendré celos luego?

Sacudió la cabeza y sonrió, con una sonrisa distinta, alegre y acivilizada.

—Pero, no. No me parecen bien los celos.

Le tomó la cara entre sus dos manos y le dijo susurrando

—Mira, esto es lo que puedes hacer para ayudarla —y al mismo tiempo que hablaba le atrajo hacia sí.

Sintióse humillado Anthony al ver la seguridad casi despreciativa con la que Mary se apropiaba del papel principal, pero ninguna vergüenza o resentimiento podían anular la conciencia que su cuerpo tuvo del conocido cosquilleo de placer y deseo. Se abandonó a los besos.

Sonaron las campanadas de un reloj y a continuación oyeron los dos ruidos de voces infantiles que se acercaban. Mary se retiró, y le apartó a él poniéndole una mano sobre la boca.

—Ahora tienes que mostrarte doméstico —dijo riendo—. Son las seis. Mi hora de hacer de madre amante.

Anthony se puso en pie y con intención de que la escena presentase un aspecto deseable se alejó hacia el fuego, puso los codos sobre la chimenea y se quedó contemplando una acuarela de Conder.

Se abrió la puerta con violencia y una niña de encantadores mofletes y como de cinco años de edad entró en la habitación acompañada de los gritos que daba, semejantes a los pitidos de un tren expreso. Sin detener su carrera, se dirigió hacia su madre y se arrojó en sus brazos. Otra niña le seguía, tres o cuatro años mayor que la primera.

—¡Helen! —gritaba sin cesar, y su cara, que retrataba la de una institutriz en deliciosa parodia, expresaba la condenación más evidente de la conducta de su hermana—. ¡Helen! Mamá, dile a Helen que no debe chillar así.

Pero Mary se limitó a reír, mientras acariciaba la cabeza de la niña más pequeña pasando la mano con los dedos abiertos como un peine por el pelo espeso y rubio.

—Joyce cree en los diez mandamientos —dijo Mary volviéndose hacia Anthony—. Nació creyendo en ellos, ¿verdad, hija? —le preguntó

rodeándole con su brazo y besándola—. Mientras que Helen y yo… somos duras de corazón, incircuncisas de los pies a la cabeza e incapaces de volver la cara.

—La nana dice que no puede volver el cuello por las corrientes.

E inmediatamente se sintió profundamente ofendida, cuando Mary, Anthony y hasta Helen, contagiada por la risa de los mayores, comenzaron a reír ruidosamente.

—¡Pues es verdad! —protestó Joyce, dolida y con los ojos llenos de lágrimas ante la injusticia de aquellas risas—. Lo ha dicho la nana.

OceanofPDF.com

XXVIII

25 DE JUNIO DE 1934

¡QUÉ fácilmente puede uno convertirse en un Stiggins vestido a la moderna! En un personaje mucho más sutil, y, por lo tanto, mucho más odioso que el de Dickens, y también mucho más peligroso. Stiggins era demasiado estúpido para ser intrínsecamente malvado o capaz de hacer gran daño a otras personas. Mientras que, si yo me lo propusiera verdaderamente, es difícil calcular las cosas que podría hacer, la gran distancia que pudiera recorrer por el camino de la mentira esencial. Y aun sin proponérmelo no cabe duda que podría ir lejos, según pude advertir horrorizado hoy, cuando me encontré hablándoles a Purchas y a tres o cuatro de sus muchachos. Les hablé de la actitud antropológica de Miller; de la paz como método de vida y como norma internacional, aludiendo a que el método de vida era esencial para que cualquier norma tuviera la más remota esperanza de éxito permanente. Hablé con gran claridad, profunda y convincentemente. Los pobres diablos me escuchaban con la lengua colgando. De manera mucho más convincente de lo que el mismo Purchas hubiera podido hacerlo, pues el estilo músculo-jocundo-cristiano empieza por ser eficaz, pero pronto acaba por dar la impresión a quienes escuchan de que les están hablando desde las alturas. Lo que desean quienes oyen es que el orador se muestre completamente serio y que sus palabras resulten comprensibles, sin embargo. Y es ésta una habilidad que poseo por casualidad. Allí estaba yo, discursando magistralmente acerca de la vida espiritual y gozando intensamente con mi maestría, felicitándome en

secreto, no sólo por mi inteligencia, sino también por mi bondad, cuando de repente me di cuenta de quién era: Stiggins. Hablaba de la teoría del valor, del sacrificio de uno mismo, de la paciencia, sin poseer conocimiento alguno acerca del ejercicio de tales virtudes. Y hablando de tales cosas, lo que es todavía peor, delante de personas que habían practicado lo que yo les estaba predicando, predicándoles de manera tan admirable que los papeles quedaron injustamente invertidos: eran ellos los que me escuchaban a mí en lugar de ser yo quien los escuchara a ellos, como sería razonable. El descubrimiento de lo que estaba haciendo lo hice de repente. Se apoderó de mí la vergüenza. Y, sin embargo, doblemente vergonzoso fue esto, continué hablando. Pero no durante mucho tiempo. Al cabo de uno o dos minutos me vi obligado a callar, a excusarme, a insistir en que no tenía derecho a hablar.

Demuestra esto lo muy fácil que es convertirse en Stiggins por error y si darse cuenta. Mas la falta de propósito no es excusa válida. Uno es responsable del error, el cual es provocado, naturalmente, por el placer que se experimenta en sentirse más inteligente que los demás, en dominarlos empleando el talento para lograrlo. ¿Cómo es que no se da uno cuenta? Porque no se ha tomado jamás la molestia de analizar los motivos que le impulsan, y no los analizamos porque generalmente los tales motivos no redundan en beneficio de nuestro carácter. Algunas veces, por el contrario, examinamos esos motivos, mas nos decimos tales mentiras acerca de ellos que llegamos a concluir que son buenos. Tal es la convicción de Stiggins, siempre pensando en sí mismo. Siempre he condenado a quienes exhiben su superioridad y a quienes desean dominar a los vulgares, creyéndome libre o casi libre de tales debilidades. Pero libre de ellas en cierta medida, ahora lo comprendo, gracias a la indiferencia que me ha hecho huir de la gente, merced $_{a}$ las circunstancias externo-económicas e interno-intelectuales que me han convertido en sociólogo en lugar de un banquero, en administrador, en ingeniero, y me han aislado del contacto con mis semejantes. El rehuir estos contactos, he podido comprender, está mal; pero en el mismo instante en que los establezco, me encuentro exhibiéndome, y procurando dominar a los demás. Exhibiéndome como hubiera podido hacerlo Stiggins, lo que aún empeora la cosa más y procurando ejercer mi dominio mediante el empleo puramente verbal de virtudes que no ejerzo. Resulta humillante el descubrir

que las buenas cualidades que creemos tener son el resultado debido, más que a otra cosa, a las circunstancias y a la mala costumbre de sentir indiferencia, el cual, y las cuales me han hecho rehuir las ocasiones de conducirme de manera reprobable, o digna de loa, si a eso vamos, pues muy difícil es conducirse bien o mal excepto en relación con otros. Y es aún más humillante descubrir que cuando con un esfuerzo de la voluntad logramos crear las necesarias oportunidades, respondemos ante ellas inmediatamente conduciéndonos de manera indeseable. Nota: meditar sobre las virtudes contrarias a la vanidad, a la apetencia de poder, a la hipocresía.

OceanofPDF.com

XXIX

24 DE MAYO DE 1931

ESTABAN subidos los visillos; el sol brillaba sobre el tocador. Helen, como de costumbre, aún permanecía en la cama. ¡Eran tan largos los días! Encamada en el calor hipnótico de su propio cuerpo debajo del edredón, acortaba su duración con el sueño, con pensamientos vagos e inconexos, leyendo sin prestar gran atención. Esta mañana, el libro que leía era un tomo de poemas de Shelley. *Templada fragancia*, leyó, articulando con un susurro audible las palabras «dijérase caer de sus vestidos leves».

Imaginó un ser de largas piernas con ropajes de muselina blanca, de hombros caídos y pechos altos.

… sus vestidos leves
y su cabello suelto. Y ahí donde el añoso árbol
desdobla el aire de su presta marcha…

(Ahora el ser corría, con los ligeros zapatos de puntera cuadrada sujetos por cintas que se entrecruzaban pierna arriba destacando su negrura sobre la media blanca).

… la brisa suave su perfume sacia;
y olor de selva en el alma siente,
que el sentido percibir no puede,

como ardiente rocío que se funde
en el pecho de un capullo helado…

El capullo entreabierto de la rosa desapareció para surgir en su lugar la cara extrañamente torcida de Mark Staithes. Recordó lo que le había escuchado la otra noche de los perfumes. Almizcle, ámbar gris… Y Henri Quatre con *bronhidrosis* de los pies. *Bien vous en prend d'être roi; sans cela on ne vous pourrait souffrir. Vous puez comme charogne*[87]. Hizo un gesto de asco. Hugh olía a leche agria.

Dio la hora un reloj. Nueve, diez, once, doce. ¡Las doce! Sintió remordimientos e inmediatamente después decidió comer en la cama. Una voz, la de Cynthia, resonó acusadora en su memoria: «Debieras salir más, ver más gente». Pero la gente, la gente de Cynthia, era horriblemente aburrida. Cerró los ojos y vio a su madre darse unos golpecitos en la cabeza al tiempo que decía: «De marfil macizo». Estúpida sin remedio, ignorante, de mal gusto, tarda. «Lo que pasa es que a mí me educaron por encima de mis posibilidades mentales», le había dicho a Anthony una noche antes. «Y si ahora tengo que alternar con gentes tan necias y tan incultas como yo, es un tormento, un verdadero tormento».

Cynthia era encantadora, sin embargo. Siempre lo fue, desde que estuvieron juntas en el colegio. Pero el marido de Cynthia… ¡aquel perro pachón! Y los muchachos de Cynthia, y las muchachas de los muchachos… «Mi amigo Fulanito», «mi amiga Zutanita». ¡Qué insoportables encontraba estas expresiones, y aún más la manera que tenían de pronunciarlas con aquel tonillo picaresco y tímido que parecía implicar toda serie de cosas! A pesar del cual, la mayor parte de ellos eran de una conducta intachable. Y en los pocos casos en que no lo eran, la cosa se le antojaba todavía peor, pues le parecía que se trataba de una doble hipocresía. No eran decentes y simulaban con aquel tonillo no serlo, lo simulaban nada más. ¡Qué tedioso, qué insoportablemente tedioso era el aire de todo ello, clásico de la alta sociedad inglesa! Y siempre estaban jugando a algo. «¡Ah, el deporte! Cada hogar, un colegio elegante», dijo Mary Amberley surgiendo de un pasado *premorfínico*. Ver a más gentes de ésas, hacer más cosas de las que hacía… Sacudió la cabeza.

¡Esposa! ¡Hermana! ¡Ángel!
Piloto de la suerte de curso sin estrellas…

¿Tenía aquello sentido verdaderamente? ¿Querría decir algo maravilloso que ella no había experimentado jamás? Pero, sí; sí lo había experimentado.

Allá en el campo inmortal
mi espíritu debió adorar al tuyo,
presencia de mi Dios en lar de dioses…

Le resultaba humillante reconocerlo, pero persistía el hecho de que con Gerry había conocido exactamente lo que aquellas Eneas expresaban. La presencia de un dios en un lugar divino. También la presencia en el lecho de un estafador que era, además, un virtuoso en el arte de amar. Encontró un placer perverso en insistir con la mayor brutalidad que le fue posible en la grotesca disparidad entre los hechos y lo que fueron sus propios sentimientos.

… te adoro; sí, y siento
que en la fontana de mi ser, un sello
conserva dulce y pura el agua
que allí brota por ti…

Helen rió en silencio. Dio el cuarto el reloj, lo que le hizo pensar nuevamente en Cynthia y en su consejo. Había otras gentes. Las gentes con las que se reunía cuando Hugh y ella asistían a alguna comida del Museo o de la Universidad. «Esas gentes temerosas de Dios —volvió a escuchar a su madre—, que insisten en temer a un Dios del cual ya han prescindido». El temor de Dios en comités. El temor de Dios durante las sabias conferencias. Su temor a través de las interminables discusiones académicas acerca de la Sociedad de Estructura Planeada. Pero, ¿cómo era posible eliminar mediante el planeamiento la apostura de Gerry o su sabiduría de amador? ¿O el crecimiento irreprimible del feto en la matriz? «Un plan de construcción de casas coordinado, que abarque toda la nación». Le pareció

estar escuchando la voz sincera y persuasiva de Frank Ditchling. Frank tenía la nariz remangada, de grandes ventanas, las cuales parecían contemplarla a una insistentemente, como un par adicional de ojos. «Redistribución de la población… Ciudades satélites… Cinturones de campo verde… Ascensores en las casas de las clases humildes…». Todo lo escuchó Helen, víctima de la hipnosis provocada por aquellas ventanas de la nariz que la miraban sin parpadear, y en aquellos momentos, mientras hablaba Frank, le había parecido todo admirable y digno de cualquier sacrificio. Pero más tarde… Los ascensores eran cómodos, y ojalá lo tuviera ella en su casa. Muy agradable resultaba pasear por un cuidado parque. Pero ¿qué efecto tendría la cruzada de Frank Ditchling sobre cualquiera de los problemas esenciales? Una política sabia acerca de la edificación de casas no lograría que su madre dejara de ser sucia, ni la libraría de la terrible esclavitud de su cuerpo. Y Hugh, ¿cambiaría Hugh o dejaría de ser Hugh al ser trasladado a una ciudad satélite con ascensores? ¿Sería distinto del Hugh que ahora tenía que subir cuatro pisos a pie en Londres? ¡Hugh! Pensó despreciativamente en sus cartas, en todas las cosas delicadas y bellas que había escrito, y pensó luego en el hombre, en el marido de la realidad diaria. «Dime en qué te puedo ayudar, Hugh». Le había ordenado sus papeles, había mecanografiado sus notas, había consultado datos en la Biblioteca pera ahorrarle el trabajo de hacerlo. Pero Hugh se limitó siempre a sacudir la cabeza: o no necesitaba ayuda o ella era incapaz de ayudarle. «Hugh, quiero ser una buena esposa». No le fue fácil pronunciar esas palabras, recordando la risa de su madre, de Mary. Pero las dijo, y las dijo con sinceridad; pues era cierto que deseaba ser una buena esposa. Zurciendo calcetines, calentándole un vaso de leche a la hora de acostarse, documentándose acerca de los temas que le interesaban a él, en una palabra, quiso ser *sérieuse* por primera vez y de manera esencial. Pero Hugh no quería que fuese una buena esposa, no quería, al parecer, que fuese nada. Únicamente una presencia divina en un lugar divino. Y este lugar eran sus cartas. Para Hugh ella no existía excepto como finalidad del sistema postal. Ni siquiera la quería en su lecho, o por lo menos no la quería en él de manera particular y en el sentido corriente. ¡Cinturones de campo verde!

Todo ello no tenía nada que ver con la cuestión. Pues la cuestión eran aquellos silencios de Hugh durante las comidas, aquella expresión de mártir que ponía si ella estaba trabajando. La cuestión eran aquellas caricias furtivas en la oscuridad, de cuya existencia pareciera él avergonzarse, el repulsivo aislamiento y la dulzura de una sensualidad en la cual el único papel de ella era puramente ideal. La cuestión era aquella expresión de desconsuelo, casi de horror y de asco, que vio en el rostro de Hugh cuando a las pocas semanas de casados tuvo ella que guardar cama a causa de un ataque de gripe. Hugh se mostró solícito, y al principio Helen se sintió conmovida y agradecida, pero así que descubrió el esfuerzo heroico que le supuso cuidar de su cuerpo enfermo, la gratitud se disipó por completo. Considerado en sí mismo, el tal esfuerzo era indudablemente digno de admiración. Pero lo que no pudo ella perdonar fue que resultase necesario el esfuerzo. Pues ella deseaba ser aceptada tal como era, incluso en medio de la fiebre, incluso en el momento de vomitar bilis. En aquel libro de misticismo que había leído, halló un relato de cómo *madame* Guyon había recogido del suelo un gargajo de flema y saliva de aspecto horrendo y se lo había metido en la boca para poner a prueba su voluntad. Enferma, fue ella una prueba de la voluntad de Hugh. Y desde aquel día, Hugh había experimentado todos los meses el horror secreto que le inspiraba su cuerpo. Aquello era un insulto insoportable, y sería igualmente intolerable en cualquiera de las ciudades satélites inventadas por Ditchling, en el mundo sabiamente planeado por aquellos ateos temerosos de Dios.

Por otra parte, allí estaba Fanny Carling. «El Ratón», la llamaba Helen, a causa de su tamaño pequeño, de su colorido gris, de la rapidez silenciosa de sus movimientos. Pero era un ratón místico. Un ratón de ojos azules e inmensos, que reflejaban un asombro perpetuo producido por lo que veían más allá de la apariencia de las cosas. Un ratón atónito, pero también feliz, con una felicidad que Helen encontraba al mismo tiempo casi indecente y a pesar de ello deseable. «¿Cómo puede una creer en cosas que son evidentemente falsas?», le preguntó un día en parte por malicia y en parte porque deseaba verdaderamente conocer el secreto inestimable. «Viviendo», respondió «El Ratón». «Si vives como es debido, todas estas cosas te resultan verdaderas de manera evidente». Y entonces comenzó a

hablar de manera incomprensible acerca del amor de Dios, del amor por las cosas, del amor al prójimo a través de Dios. «No sé de qué me estás hablando; no te entiendo». «Porque no quieres entenderme, Helen». ¡Qué respuesta más estúpida e irritante! «¿Cómo sabes lo que quiero?».

Helen suspiró y volvió a leer:

Nunca fui fiel a esa muy grande secta
cuya doctrina es que todos escojamos
amigo o amante entre el gentío oscuro,
(Mi amigo Fulanito).

y a los demás, sabios o bellos al frío
olvido condenemos, aunque es precepto
de moral moderna, y el camino cierto
que con paso cansado recorren los míseros siervos
que van hacia su lugar entre los muertos
por el amplio camino del mundo; y de esa manera
encadenados a un amigo, quizá a un enemigo celoso
hacen el viaje más largo y aún más tedioso.

El viaje más largo, más tedioso, se repitió. Pero podía resultar igual de largo e igual de tedioso con varios que con uno, con Bob y Cecil y Quentin y Hugh.

En eso, el Amor del oro y del barro se distingue,
que el dividirlo no es robarlo.

—No lo creo —dijo en voz alta, y en cualquier caso no hubo mucho amor que dividir—. El pobre Cecil nunca le había hecho sentir más que lástima, y jamás pretendió otra cosa. Con Quentin todo se había reducido a una cuestión de… higiene. En cuanto a Bob, Bob la había querido de verdad y ella había hecho todo cuanto pudo por cobrarle afecto sincero.

Pero bajo aquellos modales encantadores, bajo aquella apostura de semidiós no había nada en absoluto. Y considerándole como amante, era imposible no apreciar su extrema torpeza, su falta de pulimento y su absoluta incomprensión. Rompió con él a las pocas semanas. Tal vez ése fuera su sino; sentirse conmovida solamente por hombres como Gerry, ser amada por hombres como Hugh y Bob y Cecil: rendirse ante la crueldad y la ruindad y ser adorada por la incompetencia.

Sonó el timbre del teléfono. Cogió el auricular.

—¿Quién es?

Le contestó la voz de Anthony Beavis. La llamaba para convidarla a cenar con él al día siguiente.

—Encantada —respondió, aunque había prometido salir con Quentin.

Cuando se dejó caer nuevamente sobre las almohadas, sonreía. Hombre inteligente, el tal Beavis. Valía por cincuenta de aquellos Cecil y Quentin. Divertido, agradable y nada feo. ¡Qué simpático estuvo la otra noche con ella durante la cena en casa de Staithes! Se había esforzado en estar simpático. Mientras que el necio y presuntuoso de Pitchley había hecho todo lo posible para estar grosero y adoptar actitudes de superioridad. Helen se había preguntado durante la cena si Anthony se sentiría atraído por ella, y había esperado que la contestación fuera afirmativa. Ahora, la invitación recibida le daba razones no ya para esperar, sino para pensar que sí. Comenzó a canturrear. Luego con una repentina energía arrojó las ropas los pies de la cama. Acababa de decidir que no comería en la cama.

OceanofPDF.com

XXX

2 DE JULIO DE 1914

MARY AMBERLEY se había aburrido extremadamente durante la primavera y a principios de verano. Anthony era un chico encantador indudablemente. Pero dos años es mucho tiempo, y ya había perdido su novedad. Además, menester era confesar que el muchacho estaba excesivamente enamorado. Resultaba agradable, naturalmente, ver a un muchacho enamorado de una, pero no si la violencia era extremada y si la cosa duraba demasiado. Pues entonces los tales muchachos resultaban pesados, comenzaban a imaginar que tenían determinados derechos y el objeto de su amor deberes definidos. Lo cual era intolerable. ¡Qué tediosas discusiones había tenido con Anthony en París acerca de aquel crítico de arte! Mary no recordaba haber visto a nadie tan furioso. Y como resultara que el crítico de arte al ser tratado en la intimidad le aburriera bastante, decidió dejarse convencer por los ruegos y las lágrimas de Anthony, y halló en ello no poco placer. Pero, en principio, la cosa estaba mal. No le gustaba ser amada en semejante forma, constreñidora de su voluntad. Muy particularmente si la constricción duraba excesivamente. Le gustaban las cosas breves, tajantes y divertidas. La próxima vez, cuando se tratara del crítico de arte, no permitiría que Anthony se saliera con la suya. Pero lo malo era que a excepción de Sidney Gattick, cuyos modales y cuya voz no estaba segura de poder tolerar, no había nadie a la vista. El mundo se le antojaba un lugar del cual todas las cosas divertidas y excitantes hubieran desaparecido súbitamente como por ensalmo. El único remedio era

provocar que acontecieran tales deseables cosas. Esto era, y no otra cosa, lo que la llevaba a insistir con Anthony acerca del «tratamiento de Joan», con una persistencia totalmente desproporcionada al interés que sentía por Joan o por Brian Foxe. Insistía, con la esperanza de que surgiera del asunto algo que aliviase la tediosa vacuidad de la vida.

—¿Qué tal va ese tratamiento? —preguntó aquella tarde del mes de julio.

Anthony respondió con un largo relato, cuidadosamente ensayado, acerca de su posición como buen tío, acerca de cómo iba logrando poco a poco que le aceptaran como hermano mayor; cómo pensaba desarrollar por paulatinos avances imperceptibles la relativa intimidad del hermano mayor hasta convertirse en primo sentimental; logrado lo cual, procedería a…

—Y la verdad es —le interrumpió Mary— que no estás haciendo nada en absoluto.

—No, no —protestó Anthony—. Voy con calma, usando la debida estrategia.

—¡Estrategia! —repitió ella despectivamente—. ¡Puro miedo!

Anthony lo negó, pero enrojeció sin poder remediarlo. Pues la verdad era que Mary decía la verdad hasta cierto Punto. Tenía miedo. A pesar de los dos años que ya duraban sus amores con Mary, no se había librado de su timidez y todavía carecía de la suficiente confianza en sí mismo cuando se hallaba ante una mujer. Mas no sólo era timidez lo que le detenía. Eran también los remordimientos, el afecto y la lealtad. Pero de tales cosas era imposible hablar con Mary. Mary se hubiese limitado a decir que estaba disfrazando su miedo con diversos trajes de máscaras y se negaría a creer en la realidad de tales sentimientos. Y lo peor era que no le faltarían razones para justificar su falta de credulidad, pues después de todo pocas señales dio de remordimiento, de afecto o de lealtad cuando le narró el cuento por primera vez. ¡Cuántas veces desde entonces, con ira retrospectiva e inútil, se había maldecido por su conducta! Y procurando no aceptar la responsabilidad por entero, buscando lograr que Mary la compartiera, también maldijo a Mary. La maldijo porque no la oyó decir que al traicionar a su amigo lo hizo exclusivamente por estupidez y vanidad; la maldijo por haberle escuchado sin objetar al relato.

—Lo que te pasa —continuó Mary implacablemente— | es sencillamente que te falta valor para besar a una mujer. Lo único que sabes hacer es poner una de esas caras tiernas, melancólicas e irresistibles tuyas y suplicar que te seduzcan.

—¡Qué tontería! —dijo él, enrojeciendo más todavía.

—Joan no te seducirá —siguió diciendo Mary sin hacer caso alguno de la interrupción—. Es demasiado joven para sentirse tentada, pues tu especialidad es aprovecharte 1 del instinto maternal y hasta una niña de tres años lo tiene y sería capaz de sentir lástima de ti. Pero en cuanto a seducirte… No; eso no es de esperar hasta que pase bastante tiempo. Una muchacha de veinte años no puede hacerlo.

—Te diré —dijo Anthony procurando desviar la conversación del desagradable análisis de su carácter— que nunca me ha gustado Joan gran cosa. Es demasiado rústica. Y, además, demasiado niña —añadió, y nada más lo hubo dicho se arrepintió, pues Mary se abalanzó sobre él nuevamente como un halcón.

—¡Demasiado niña! ¡Ésa sí que es buena! Pues, ¿y tú? Habla de la paja y de la viga. Pero, después de todo —añadió volviendo al ataque en el mismo punto en que antes se había interrumpido—, es muy natural que tú te quejes de ella. Joan *es* demasiado joven para ti. Demasiado joven para lanzarse sobre ti y devorarte. Lo suficientemente niña para esperar que seas tú el que saltes sobre ella. ¡Pobrecilla! Se ha equivocado de hombre. Tan pocos besos conseguirá de ti como del novio ascético. Aunque te las das de civilizado.

Los interrumpió la doncella, que anunció:

—Señora, *Mr*. Gattick.

Grande, florido, casi irradiando luz visible emanada de su interior confianza y de su satisfacción en sí mismo, Sidney Gattick entró a grandes zancadas. Su voz resonó mientras los saludaba y luego al preguntar a Mary por su salud. Tenía la voz grave, de una virilidad tal que únicamente la voz de un director de escena representando el papel de hombre viril pudiera igualar. Y en aquel momento Anthony observó que también su perfil, demasiado noble para resultar creíble, era de actor. Y después de todo, le hizo preguntarse el desprecio nacido de los celos que le inspiraban los

éxitos mundanos de su rival, ¿qué eran los abogados sino actores? Actores inteligentes, pero inteligentes con el talento de los estudiantes que aprenden el arte de pasar exámenes, capaces de «empollarse» un caso y de olvidarlo en el mismo momento de la sentencia, igual que los estudiantes preparan el examen de Lógica, o que estudian los Actos de los Apóstoles o los asuntos de cualquier examen para conseguir un modesto aprobado. Eso ni es verdadera inteligencia ni supone razonar coherentemente. Eso no es más que la mente de un estudiante, encamada en el cuerpo de un actor y manifestada mediante la voz campanuda del histrión. Y por ese talento, la sociedad le pagaba a aquel hombre de cinco a seis mil libras al año, y el hombre se tenía por persona de importancia, sabia y notable y juzgaba tener derecho a hablarle a él desde las alturas. Y no es que a él le importara, reflexionaba Anthony, que aquel ser hueco, sonoro y finchado se tuviera por superior a él. La cosa resultaba sencillamente risible a fuerza de ser absurda. Pero a pesar de ser absurda, y en medio de sus risas, la actitud petulante de aquel imbécil le resultaba humillante. Por ejemplo, el modo en que imitó en aquellos momentos la actitud de un anciano y distinguido militar, de un noble propietario de grandes fincas, y la manera que tuvo de darle unas palmaditas en la espalda y de decirle: «¿Qué hay, muchacho?», todo ello resultaba intolerable. Sin embargo, aquella vez a Anthony le pareció que la naturaleza intolerable del gesto vaha la pena de ser tolerada. Aquel tipo pudiera ser un necio presuntuoso e inaguantable, pero no cabía duda que su llegada le había salvado de los ataques de Mary. Delante de Gattick no podía seguir hablando de Joan.

Pero al así pensar no había tenido en cuenta a Mary, su aburrimiento y la necesidad imperiosa que sentía de que algo divertido y fuera de lo corriente viniera a distraerla sin tardanza. Pocas cosas hay más divertidas que el mostrar mal gusto adrede, ni más agradables que presenciar el espectáculo del azotamiento ajeno. Antes de que Gattick tuviera tiempo de acabar sus sonoros saludos, Mary volvió al penoso asunto de unos minutos antes.

—Cuando tenías la edad de Anthony —empezó— ¿esperabas siempre a que la mujer te sedujera?

—¿Yo?

—Sí.

Repuesto de su sorpresa, Gattick sonrió con toda la sapiencia de un sazonado don Juan, y respondió con su voz más viril de *jeune premier*[88]:

—Claro que no.

Rió complacido y luego siguió diciendo:

—Antes al contrario, sospecho que mi audacia era entonces admirable. Muchas veces me valió una bofetada. Pero muchas más… no —e hizo una mueca significativa.

—Anthony prefiere sentarse y esperar. Esperar a que la mujer se le insinúe.

—¡Pero, hombre, Anthony! ¡Ésa es una técnica deplorable! —y una vez más su voz implicó el ideal de unos mostachos castrenses, de la gruesa tela tejida a mano del caballero rural.

—Figúrate que hay una chica que está esperando a que la besen —siguió diciendo Mary— y Anthony no tiene el valor bastante para abrazarla y darle un beso.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa, Anthony?

—Niego los hechos —dijo Anthony encogiéndose de hombros y procurando, sin éxito, dar a entender que todo aquello le tema sin cuidado.

—¿Qué hechos niegas? —preguntó Mary.

—Niego que me falte el valor.

—Pero no la has besado, ¿no es eso? —insistió Mary.

Cuando Anthony reconoció la exactitud de este hecho prosiguió:

—Yo me limito a deducir lo que resulta evidente juzgando los hechos. Tú eres abogado, Sidney; dime si la deducción no es perfectamente legítima.

—Completamente justa —dijo Gattick, y ni el mismo presidente del Supremo hubiera podido hablar con mayor seguridad. Togas flotantes y enormes pelucas le rodeaban fantasmalmente. Se había convertido en la personalización de la Justicia.

Anthony abrió la boca para hablar, pero la cerró sin decir palabra. Delante de Gattick y con Mary determinada a mostrarse «civilizada», ¿cómo podía expresar sus sentimientos? Y si sus sentimientos eran realmente ésos, volvió a preguntarse una vez más, ¿por qué le había

contado el asunto a Mary en primer lugar?, y ¿por qué lo había contado en tales términos, como si fuese un cómico vivisector? Por vanidad, por vergüenza y también porque estaba enamorado de ella y dispuesto siempre a complacerla, costara lo que costara, aunque ello supiera el sacrificio de sus sentimientos. (Cuando le contó las confesiones de Joan, se vio obligado a admitir, no había sentido más que deseos de entretener a Mary y de hacer que riera). Pero tampoco esto podía expresarlo. Ni Gattick sabía las relaciones que él tenía con Mary, ni debía sospecharlo. Pero, aunque Gattick no hubiera estado allí presente, la cosa no hubiese resultado sencilla. Mary se hubiera reído de su romanticismo, de su romanticismo acerca de Brian, de Joan y aún de ella misma; le hubiera juzgado ridículo por hacer una montaña de un grano amoroso de arena.

—La gente se empeña —solía decir Mary— en convertir el *mons Veneris* en el monte Everest. ¡Qué dislate!

Cuando por fin habló Anthony, fue para decir:

—No lo hago, sencillamente, porque no quiero.

—Porque no te atreves —insistió Mary.

—Claro que me atrevo.

—No te atreves —dijo Mary con los ojos brillantes; lo estaba pasando admirablemente.

Campanudo, con un ligero matiz de guasa en su voz prosopopéyica, el presidente del Supremo volvió a hablar.

—La evidencia de culpabilidad es abrumadora.

—Estoy dispuesta a apostarte algo. Si la besas antes de que pase un mes, te doy cinco libras.

—Pero ¿no te digo que no quiero hacerlo?

—No, no. Una apuesta es una apuesta. No puedes escurrir el bulto así. Si lo haces antes de que pase un mes, te ganas cinco libras. Y si no, me tendrás que pagar una libra a mí.

—Eres demasiado generosa —dijo Gattick.

—Una libra nada más —repitió Mary—, pero no volveré a hablarte en toda mi vida.

Se miraron los dos durante unos segundos en silencio. Anthony había palidecido. Mary, con los labios apretados, sonreía maliciosamente. Los

ojos le brillaron de risa por entre los párpados entreabiertos.

¿Por qué tenía que martirizarle de aquella manera?, se Preguntó Anthony. ¿Por qué se empeñaba en conducirse de manera tan vil? La odiaba, la odiaba tanto más a causa de sus deseos, a causa de sus recuerdos placenteros y de sus esperanzas de renovado placer, a causa de su ingenio y de su experiencia, a causa, resumiendo, de todo lo que hacía inevitable que él hiciera todo cuanto a ella se le antojara. Incluso aquellas cosas que sabía él que eran sandias y malvadas.

Según le miraba Mary, vio en los ojos del muchacho rebeldía y odio, pero cuando al fin Anthony bajó la mirad ella repitió:

—No volveré a hablarte. Puedes estar seguro. Hablo e serio.

Estaba colgando Anthony el sombrero al llegar a su casa cuando oyó la voz de su padre que le llamaba.

—Ven un momento, Anthony. Te voy a enseñar una cosa.

Entró en el despacho de su padre con gesto desabrido que *Mr*. Beavis no pudo advertir, pues estaba demasiado ocupado en lo que hacía.

—Me estaba entreteniendo un rato con el mapa —dijo míster Beavis, que estaba sentado ante su mesa con un mapa de Suiza abierto sobre la carpeta.

Sentía afición apasionada por los mapas, en parte debido a lo mucho que le gustaba andar, y en parte a causa del interés que despertaban en él los nombres de los pueblos.

—Comballas —murmuró sin alzar la vista del mapa—. Chamossaire, es magnífico. Es una verdadera pena —añadió luego volviéndose hacia Anthony— que tu conciencia no te permita tomarte unas vacaciones y venir con nosotros.

Anthony, que había pretextado que sus estudios para ganar una plaza en la Universidad le impedían alejarse de Inglaterra, con lo cual lograba permanecer junto a Mary, asintió gravemente:

—A esas grandes alturas es completamente imposible estudiar en serio.

—Por lo que puedo juzgar —dijo *Mr*. Beavis, que se había vuelto a enfrascar en el estudio del mapa— debemos poder hacer unas excursiones magníficas en la vecindad de los *Diablerets*[89]. Y ¡qué nombre más

delicioso! —añadió entre paréntesis—. Por ejemplo, la subida al Col du Pillon —dijo recorriendo con el dedo el sinuoso trazado de una carretera—. ¿Ves desde ahí?

Anthony se inclinó algo más por cumplir.

—No, no puedes. Te lo estoy tapando todo con la mano. Se enderezó y se rebuscó afanosamente en los bolsillos. —¿En dónde diablos…?— comenzó a decir frunciendo el ceño.

Mas de repente, cuando la más atrevida chanza filológica de su repertorio le vino a la memoria, desapareció el ceño y sonrió:

¿En dónde he puesto mi pene pequeñín?, ¿o para hablar más propiamente, mi diminuto, mi archidiminuto pene?

Tan sorprendido quedó Anthony que únicamente logró mirar a su padre inexpresivamente y azorado para corresponder a la mirada alegre y luminosa del filólogo.

—Mi lápiz, mi *pencil*, en inglés —tuvo que explicar míster Beavis—. De *penecillus*, diminuto de *peniculus*, doble diminuto de *penis*. Lo cual, como sabes —dijo encontrando por fin el archidiminuto objeto en el bolsillo del pañuelo interior—, en un principio quiso decir «cola». Y. ahora, ataquemos nuevamente el Pillon.

Aplicó el lápiz al mapa y siguió el tortuoso trazado de la carretera.

—Cuando lleguemos a lo alto del puerto, tiraremos hacia el norte noroeste, para rodear el Mont Fornettaz hasta que…

Fue aquélla la primera vez, estaba pensando Anthony, que su padre había aludido delante de él a la fisiología sexual.

OceanofPDF.com

XXXI

6 DE SETIEMBRE DE 1933

—LA MUERTE —dijo Mark Staithes— es lo único que no hemos logrado hacer vulgar por completo. Y no por falta de ganas, claro. Somos como perros en una acrópolis. Trotamos de un lado a otro con nuestras vejigas inagotables, alzando con grandísimo gusto la pata ante cualquier,] estatua. La mayor parte de las veces nos salimos con la nuestra. El Arte, la Religión, el Heroísmo, el Amor…, todos los hemos mancillado. Pero la Muerte, la muerte se nos ha resistido hasta ahora. No hemos logrado envilecer *esa* estatua. Al menos, hasta la fecha. Pero el progreso sigue progresando.

Demostró la anatomía de la sonrisa. Sus manos huesudas hicieron un gesto amplio y expresivo:

—Cuanto mayores las esperanzas, los futuros proliferadores… Un día, sin duda, algún genio de la perrera se las arreglará para subir lo bastante alto y dejar en medio del rostro de la estatua con excelente puntería su tributo mojado. Pero, afortunadamente, el progreso no ha ido tan lejos aún. La muerte aún persiste.

—Persiste —repitió Anthony—. Pero la cortina de humo es ya muy espesa. Nos las arreglaremos para no acordarnos de ella casi nunca.

—Casi, pero nada más que casi. La muerte perdura, resiste a todos los exorcismos. Intacta. Y aún más que intacta. Tenemos cortinas de humo mayores y mejores que nuestros padres, pero más allá de esa cortina, el enemigo más formidable que nunca. La muerte ha crecido, casi estoy por

decir, al desaparecer los consuelos y las esperanzas Ha crecido hasta casi adquirir el gran tamaño que tuvo cuando las gentes verdaderamente creían en el infierno, pues para quien se dedica a ver películas, a leer periódicos, a contemplar partidos de fútbol, a comer chocolates, todo ello a la moderna, la muerte *es* el infierno. Cada vez que la cortina de humo cede un poco y la gente atisba durante un segundo más allá de ella, queda aterrada. Ese pensamiento me parece consolador —volvió a reír—. Compensa muchas cosas. Compensa, incluso, la existencia de esos perrillos en la acrópolis.

Tras una breve pausa, siguió diciendo en otro tono de voz.

—Es un consuelo pensar que la muerte nos ha permanecido fiel. Todo lo demás ha desaparecido tal vez, pero la muerte —repitió— nos es fiel. Si decidimos arriesgar la vida, podemos arriesgarla como antes.

Se levantó de la silla, dio un par de vueltas por la habitación y se detuvo delante de la silla de Anthony.

—Verdaderamente —dijo—, es a hablarte de eso a lo que he venido.

—¿De qué?

—De eso de arriesgar la vida. Hace algún tiempo que vengo encontrándome como preso en un cenagal, hundido hasta el cuello en la humanidad civilizada —hizo una mueca como el que advierte de repente un olor nauseabundo—. No hay más que una solución: buscar de nuevo el peligro. Sería como una bocanada de aire puro. Y he pensado que quizá también tú…

Dejó la frase sin acabar.

—Nunca he aceptado el peligro —dijo Anthony después de algún rato —. Alguien me lo hizo aceptar una vez —añadió, pensando en el recluta bisoño y en la granada de mano.

—¿Crees que ésa es una razón para no empezar ahora?

—Lo malo —dijo Anthony, frunciendo el ceño—, lo malo es que yo he sido siempre un cobarde. Un cobarde moral, desde luego. Y tal vez también un cobarde físico, aunque eso no lo sé. No lo sé, pues nunca he tenido oportunidad de averiguarlo.

—Yo diría que ésa es una razón más, y fuerte, para que lo ensayes.

—Puede ser.

—Si se trata de cambiar la base de la vida propia ¿no crees que lo mejor sería cambiarla de manera explosiva?

—¿Y convertirse, de paso, en cadáver?

—No, no. Aceptar un riesgo. No hablo de suicidio. El proyecto en que ando pensando es sencillamente peligroso. Pero nada más.

Volvió a sentarse.

—El otro día recibí una carta —continuó diciendo— de un antiguo amigo mío de Méjico. Trabajé con él en el cafetal. Se llama Jorge Fuentes. A su estilo, se trata de una persona notable.

Esbozó la historia de don Jorge. Sitiado por los revolucionarios en su casa de campo en el valle de Oaxaca. La mayor parte de los demás terratenientes habían huido. Él fue uno de los muy pocos que decidieron resistir. Al principio, le ayudaron sus dos hermanos. Pero los dos murieron. A uno le mataron a distancia, de un tiro, al otro con arma blanca, a machetazos, en una emboscada que le prepararon entre los cactos. Él siguió luchando solo. Un día, mientras recorría a caballo sus tierras, una docena de revolucionarios se las arreglaron para entrar en su casa. Cuando volvió se encontró en el patio con los cadáveres de su mujer y de sus dos hijos pequeños. Desde aquel momento le pareció que ya no valía la pena seguir luchando. Permaneció en aquella vecindad el tiempo suficiente para matar a tiros a tres de los asesinos, y luego abandonó su patrimonio y se puso a trabajar para otros. En esa época le conoció Mark. Ya poseía otra vez casa propia y algo de tierra. Era agente de la mayor parte de los agricultores de la costa del Pacífico del Estado de Oaxaca. Les buscaba peones en las montañas y era el único hombre de quién se fiaban los indios, pues era el único que nunca procuraba engañarlos. Pero durante los últimos tiempos habían surgido determinadas complicaciones. Don Jorge se había dedicado a la política, era jefe de un partido, se buscó enemigos y se hizo con amigos casi igualmente peligrosos. En aquellos tiempos era de la oposición y el gobernador del Estado le estaba persiguiendo igual que a sus amigos. Según don Jorge, este gobernador era una mala persona, hombre corrompido, injusto y, además, poco popular. No debiera resultar difícil librarse de él. Don Jorge esperaba que ante o después parte de las tropas del gobernador se le pasarían. Pero antes de lanzarse a la aventura le había escrito a Mark que

si existía alguna probabilidad de que se encontrara en un futuro próximo en la vecindad de Oaxaca.

—¡Pobre Jorge! Tiene una fe conmovedora en la certeza de mi juicio.

Mark se echó a reír. El chancearse de la fe que don Jorge tenía en él y el ocultar al mismo tiempo los motivos de dicha fe, le causó un íntimo regocijo. Pudo explicarle a Anthony cómo una vez el grandísimo bobo se había dejado apresar por unos bandidos, y pudo relatarle las circunstancias en que fue rescatado. Él relato era ameno y el papel desempeñado por Mark fue muy honroso. Pero el callar todo esto le producía más placer que el que pudiera hallar en contarlo.

—Es verdad que mi juicio es mejor que el suyo. Pero eso no supone gran cosa. Don Jorge es valiente; valiente como un león, pero temerario y alocado. Su *coup d'etat* será un fracaso.

—Supongo que a no ser que tú estés allí para ayudarle. Y ¿vas a ir?

—Sí. Le he escrito que me pondré en camino en cuanto consiga dejar arregladas mis cosas en Inglaterra. Y se me ha ocurrido que quizá tú…

De nuevo dejó la frase sin acabar y miró a Anthony interrogativamente.

—¿Crees que la causa es buena? —preguntó Anthony al cabo de unos segundos.

Mark se echó a reír.

—Tan buena como cualquier otra causa política en Méjico.

—¿Basta eso?

—Para lo que yo me propongo, sí. Y en cualquier caso, ¿qué es una buena causa? Que el tirano sea un comisario comunista o que lo sea un *Gauleiter*[90], no parece que la diferencia sea muy grande. Un tirano siempre es un tirano, cualquiera que sea el color de su camisa.

—Entonces, ¿se trata de la revolución por la revolución?

—No; de la revolución por mí. De la revolución en beneficio de todos los hombres que participan en ella, en beneficio de todos los que sean capaces de encontrarla tan divertida como yo la voy a encontrar.

—Supongo que sería una buena cosa para mí —dijo Anthony al cabo de algún rato.

—Yo estoy seguro de que lo sería.

—Aunque me da un miedo atroz, incluso a esta distancia.

—Eso hará el experimento todavía mucho más interesante.

Anthony suspiró hondamente.

—Está bien; iré contigo.

Luego añadió con súbita vehemencia:

—Es la idea más estúpida y más carente de toda cordura que he oído en mi vida. Por lo tanto, como siempre he sido inteligente y sensato…

Se echó a reír y cogió su pipa y el tabaco.

OceanofPDF.com

XXXII

29 DE JULIO DE 1934

HOY he estado con Helen escuchando a Miller hablar en Tower Hill, a la hora de cenar. Había mucho público. Habló bien, mezclando muy acertadamente los argumentos con los chistes y los latiguillos. El tema, la paz. Paz en todas partes o paz en ninguna. La paz es imposible si no se aplican en la esfera internacional los principios de las relaciones personales. Quienes, en el hogar, en la fábrica y en la oficina se conducen despóticamente con sus inferiores no pueden esperar lógicamente que los Gobiernos que los representan se conduzcan como pacifistas. La hipocresía y la sandez de quienes abogan por la paz entre los Estados mientras que ellos guerrean dentro de sus familias y de sus oficinas y talleres. Hubo muchas interrupciones mientras hablaba, a cargo de comunistas. ¿Cómo puede ser logrado algo sin una revolución? ¿Sin liquidar a los individuos y a las clases que estorban el progreso social? Y otras interrupciones semejantes. Respuesta (dada con excelente buen humor e ingenio): los medios determinan los fines. La violencia y la coacción dan el ser a una sociedad que no es comunista, sino que es, cómo la rusa, jerárquica, gobernada por una oligarquía que se apoya en una policía terrorista, y todo lo demás.

Después de un cuarto de hora aproximadamente, un interruptor, joven y airado, se subió al pequeño muro sobre el cual estaba Miller de pie y le amenazó con tirarle de allí a puñetazos si no se callaba. El público tomó la cosa a broma, animando al valiente. El interruptor, cada vez más furioso,

fue avanzando y acabó por ponerse en guardia delante de Miller, como un boxeador. «Cállate o te rompo las narices…» le dijo a Miller. Miller se quedó inmóvil, sonriendo, con las manos caídas y le dijo que bueno, que no tenía inconveniente en que le tirara de allí a puñetazos. El atacante se movió amenazadoramente, le puso un puño a una pulgada de la nariz. El viejo no se estremeció ni dio señales de miedo o de enojo. El joven tomó impulso y le dio un puñetazo, pero en lugar de hacerlo en la cara le dio en el pecho, bastante fuerte. Miller vaciló, perdió el equilibrio y cayó entre el público. Pidió perdón sonriendo a la gente sobre la cual había caído, y volvió a subir al muro. Se repitió la cosa. Nuevamente amenazó el muchacho la cara de Miller, pero volvió a darle en el pecho, al ver que Miller no hacía ademán de defenderse. Miller volvió a caer y volvió a subir. Otra vez lo tiró abajo. Otra vez subió. Esta vez el mozo le dio en la cara, pero con la mano abierta. Miller volvió a enderezar la cabeza y dijo: «¡Venga, un penique tres golpes!». El atacante le tiró otra vez entre la gente. Miller subió, miró su reloj y dijo: «Todavía faltan diez minutos para que tengas que volver a trabajar. Prueba otra vez». Pero esta vez ya no pudo más que amenazarle con el puño cerrado y llamarle reaccionario asqueroso. Entonces se alejó por el muro, perseguido por las risas de todos, por sus chistes y silbidos del gentío. Miller continuó con su discurso.

La reacción de Helen fue curiosa. Primero, congoja al ver el espectáculo de la brutalidad del joven para con el viejo. Luego, enfado con Miller por dejarse tirar del muro sin oponer resistencia. ¿Razón de este enojo? Oscura; Pero creo que le molestó el éxito de Miller. La irritó que el más joven hubiera quedado reducido, psicológicamente, a la impotencia. La irritó la demostración de que existe una alternativa que no es el terrorismo y un procedimiento no violento de combatirlo. «Es un truco», me dijo. «No es un truco fácil», repuse, y añadí que desde luego yo me consideraba incapaz de hacerlo. «Cualquiera puede aprenderlo, si se lo propone», dije ella. «Puede que sí —dije—, en cuyo caso, tal vez valiera la pena que todos procuráramos aprenderlo». Ella: «Es una estupidez». Yo: «¿Por qué?». Encontró difícil responder. Luego dijo: «No es natural». Esta razón procedió a desarrollarla en términos de filosofía de la igualdad. Ella: «Quiero ser como los demás. Tener los mismos sentimientos e intereses. No

quiero hacerme diferente Quiero ser una persona corriente, y no una que se siente orgullosa de haber aprendido un truco difícil, como ese Miller tuyo». Le dije que todos aprendemos trucos difíciles, como conducir un automóvil, trabajar en oficinas, leer y escribir, cruzar la calle. ¿Por qué no íbamos a aprender también este otro truco difícil? Tanto más cuanto que es un truco que puede resultar muchísimo más útil. Si todos lo aprendiéramos, entonces todos podríamos permitirnos ser igual que los demás, todos podríamos compartir los sentimientos ajenos sin peligro, seguros de compartir una cosa buena y no una cosa mala. Pero no pude convencerla. Cuando le propuse que nos reuniéramos con Miller para córner, se negó. Dijo que no quería conocerlo, que el obrero que le tiró tema razón, que Miller era un reaccionario que se disfrazaba envolviéndose en un manto de justicia económica, pero al fin y al cabo un propagandista conservador. Su insistencia de que los cambios en la organización social no bastan, que han de ser acompañados por cambios en las relaciones personales, y de ellas deben surgir, ¿qué era sino un argumento a favor de las teorías conservadoras? Acabó diciendo que Miller era pernicioso. Luego añadió que también lo era yo. Pero me dejó que la llevara a comer. Lo cual indica la poca importancia que le da a mi capacidad de convencerla de nada. Argumentos: pudiera yo aducir muchas razones, y muy buenas, pero la *conducta* de Miller fue lo que la impresionó. Las razones no hubieran tenido eficacia. Miller puso en práctica su doctrina, no se limitó a predicarla. La confianza de Helen de que yo no soy capaz de hacer mella en sus convicciones es de lo más insultante. Tanto más cuanto que sé que tiene razón.

Perseverancia, valor, resistencia. Todos, frutos del amor. Si se ama suficientemente la bondad, la indiferencia y la pereza resultan inconcebibles. El valor nos es dado, como le es dado a la madre que defiende a su hijo. Además, no se Jeme al enemigo que es amado, haga lo que haga, amado a causa de las posibilidades de bondad encerradas en él. En cuanto al dolor, al cansancio, a las censuras: los soportamos con buen humor, porque nos parecen tener poca importancia en comparación con la bondad que amamos y perseguimos. ¡Qué enorme abismo me separa de semejante estado! El hecho de que Helen no temiera mi calidad de ser

pernicioso (por ser solamente retórica) y temiera la de Miller (porque su vida está identificada con sus teorías) me recordó dolorosamente la existencia del abismo.

OceanofPDF.com

XXXIII

18 DE JULIO DE 1914

SE ALZÓ el telón y apareció Venecia ante sus ojos, verde a la luz de la luna, y Rodrigo y Iago hablando en una calle solitaria.

¡Luz, luz! —gritó Brabantio desde su ventana. Y al punto quedó la calle llena de gentío, resonó ruido de espadas y armaduras, surgieron antorchas y linternas de la penumbra verdosa…

—De lo más vulgar, me temo —dijo Anthony cuando cayó el telón al final de la primera escena.

Joan le miró, sorprendida.

¿Tú crees? Bueno, puede que sí —añadió rindiendo el tributo hipócrita del profano al entendido, pues le había parecido maravilloso—. Te advierto que ésta es la quinta vez que vengo al teatro en toda mi vida.

—¿La quinta vez? —preguntó él, incrédulamente.

Mas ya otra calle se ofrecía a sus ojos, y más hombres armados, y Iago, animado y audaz, y el mismo Othello, digno como un rey, majestuoso de gesto y de palabra; y cuando apareció Brabantio con todos sus hombres, mientras las antorchas arrancaban reflejos a picas y alabardas, ¡qué serenidad heroica la suya! «Guardad vuestras espadas, pues pudiera atacarlas el rocío». Una especie de angustia corrió arriba y abajo por la espina dorsal de Joan cuando se alzó la mano morena y las espadas se humillaron en obediencia al mandato irresistible hasta quedar apuntando al suelo.

—Los versos los dice bien —admitió Anthony.

La sala de Consejos mostraba la riqueza de sus reposteros; los senadores, vestidos de púrpura, entraban y salían. Y allí estaba nuevamente Othello. Aún majestuoso, pero con una majestad que se expresaba no en mandatos como antes, ni en el gesto imperioso de su mano, sino que se manifestaba en un plano más elevado que el del mundo real, en la música apacible y egregia del relato de sus amores:

De cuevas sin confín, desiertos vanos,
bravas canteras y rocas y montañas
cuyas testas rozan el cielo
hube ocasión de hablar.

Los labios de Joan se movieron repitiendo las frases conocidas, conocidas pero transfiguradas por la voz y el gesto del actor, por la escena, de tal manera que, aunque las sabía de memoria le pareció escucharlas por primera vez. Y allí estaba Desdémona, surgiendo en su delicada fragilidad de la pesadez magnífica de su vestido. Suntuoso brocado y debajo de él, la amabilísima inconsciencia del cuerpo de una mujer joven; y por debajo de las palabras espléndidas, la voz de una muchacha.

Mi señor natural,
hasta hoy hija vuestra fui,
mas he aquí a mi esposo.

De nuevo volvió a sentir aquella angustia que le recorría la espalda. Ya se fueron todos, Othello, Desdémona, senadores, soldados, toda la belleza, toda la nobleza, dejando solamente en la estancia vacía a Iago y a Rodrigo susurrando como conspiradores: «Así que esté saciada de su amor, daráse cuenta del error de su elección». Y después aquel soliloquio terrible, malvado, astuto, consciente de sí mismo…

El aplauso, las luces del entreacto, le parecieron un contrasentido blasfemo, y cuando Anthony le ofreció comprarle una caja de chocolates, Joan la rechazó casi con indignación.

—¿Crees que hay verdaderamente gente como Iago? —preguntó.

Anthony sacudió la cabeza.

—Los hombres no se dicen nunca que el mal que están haciendo es mal. O lo hacen sin pensar, o inventan razones para creer que está bien. Iago es un malvado que expresa acerca de sí mismo el juicio que sus acciones merecen a los demás.

Volvieron a apagarse las luces. Se encontraban en Chipre. Llegó Desdémona bajo el sol rutilante; luego, Othello. ¡Qué ternura protectora la de su gran amor!

Se puso el sol. En la penumbra cavernosa, entre muros pétreos, hombres que beben, que pelean, música áspera de espada contra espada, y de nuevo Othello, majestuoso y autoritario, que impone el silencio, que los obliga a todos a la obediencia. Majestuoso e imponente por última vez. Pues en las escenas que seguían, ¡qué terrible fue contemplar a aquel gran soldado, alto dignatario, veneciano pulido, deshacerse a consecuencia de los ataques terribles de Iago, convertirse de nuevo en africano, en un salvaje, en una bestia sin gobierno y primitiva! «Pañuelo…, confesiones, pañuelo…, nariz, orejas y labios, ¿es posible?». Y entonces la determinación de la muerte. «No empleéis el veneno, estranguladla en el lecho por ella envilecido». Luego, aquel terrible estallido de su ira contra Desdémona, el golpe dado en público; y en la intimidad humillante de la estancia de puerta asegurada, aquel coloquio entre la muchacha postrada de hinojos y Othello, momentáneamente sensato otra vez, pero sensato con la cordura villana e innoble de Iago, cínico sabedor únicamente de lo malo, tan creyente en la Posibilidad de lo vitando.

Os pido yo perdón;
toméos por una veneciana astuta
que casó con Othello.

Tuvo su voz una nota horrible de burla, y tras sus palabras se iluminaba el sonido espantable de una risa austera Joan comenzó a temblar sin poderlo impedir.

—No lo puedo soportar —le dijo a Anthony en voz baja entre dos escenas—. Esto de saber lo que va a pasar… Es demasiado espantoso. No

lo puedo soportar.

La violenta intensidad de sus sentimientos le había mudado el color.

—Vámonos entonces, sin esperar más —dijo Anthony.

—No, no. Tengo que verlo hasta el final. No tengo más remedio.

—Pero si no lo puedes aguantar…

Volvió a subir el telón.

Era Bárbara doncella de mi madre,
amaba, mas su amor probó estar loco
y la dejó; cantaba ella de sauces.

El corazón le latía a Joan violentamente; el conocimiento anticipado de lo que venía le causaba angustias mortales.

Desdémona comenzó a cantar con voz de niña, dulce, pero sin vigor y con escaso arte.

Cabe la higuera lloraba
sus suspiros la cuitada,
cantando al verde sauce.

Lo que ocurría en el escenario quedó confuso para Joan a causa de las lágrimas que le llenaban los ojos y corrían por sus mejillas.

Por fin, todo acabó. Ya estaban en la calle nuevamente.

Joan se llenó los pulmones de aire con ansia.

—Me gustaría andar y andar, millas y más millas, sin parar.

—Pues con esa ropa no puedes —dijo él en tono abrupto

Joan le miró con expresión dolorida y asombrada a la vez.

—Estás enfadado conmigo.

—¿Enfadado? —dijo él sonriendo y con la cara encendida, procurando quitar importancia a sus palabras—. ¿Por qué voy a estar enfadado?

Pero Joan tenía razón. Era cierto que estaba furioso. Furioso con todos y con todo lo referente a aquella situación insufrible: con Mary, por haberle metido en aquello; con Joan, por ser la causa de la apuesta monstruosa; con

Brian, por ser el responsable de todo ello como primera causa; incluso con Shakespeare, con los actores y con el gentío que los rodeaba.

—No pongas esa cara de mal humor —le rogó ella—. ¡Lo he pasado tan bien! ¡Si supieras lo maravillosa que todo me ha hecho sentirme! Pero tengo que tener cuidado con esa maravilla. Es como si llevara una copa llena hasta los bordes. La más mínima sacudida, y se verterá. Déjame que la lleve hasta casa sin derramarla.

Las palabras de Joan le hicieron sentirse aturdido y casi culpable.

—¿Estás segura de que la podrás llevar sin peligro de derramarla en un coche? —preguntó riendo nerviosamente.

Aceptó ella la propuesta con cara gozosa. Anthony hizo una seña a un coche que pasaba, el cual se detuvo ante ellos. Subieron y cerraron la portezuela. El cochero sacudió las riendas. El jamelgo comenzó a andar al paso, y luego, obediente al restallido de la fusta, comenzó a trotar a disgusto. Avanzaron por la Coventry Street, atravesaron el fulgor del Circus, entraron en Piccadilly. Por encima del campanario de la iglesia de San Jaime, la oscuridad diluida del firmamento estaba encendida por un resplandor cobrizo. La larga fila de faroles cuyas luces se reflejaban sobre la oscuridad pulida de la calzada presentaba un aspecto de tristeza inexpresable, y dijérase recordar la muerte. Mas ya estaban allí los árboles del Green Park, luminosos, en donde la luz de un farol subía hasta sus hojas, presentando una frescura ultraterrena y más primaveral. También la vida estaba presente además de la muerte.

Joan iba callada, sosteniendo firmemente dentro de ella la frágil copa de aquella extraña felicidad que era al mismo tiempo la más intensa de las tristezas. Desdémona había muerto, y también Othello, y aquellos faroles cuya ringlera se alejaba hacia la eternidad bordeando calles aguzadas por la perspectiva, eran símbolos de igual fatal destino. Y, no obstante, la melancolía de aquellas Eneas paralelas convergentes, y el dolor de la tragedia presenciada, eran elementos tan esenciales a su presente felicidad, como la delicia provocada por el esplendor de la poesía, como su placer al advertir la belleza significativa y casi alegórica de aquellas hojas iluminadas. Pues aquél su gozo no era una emoción particular que excluyera las demás; lo formaban todas las emociones, era un estado, por

así decirlo, de emoción general y no diferencial. Los semitonos cromáticos y diatónicos de horror, delicia, piedad y risa resonaban todos aún armoniosamente dentro de ella. Allí sentada, detrás del trotón perezoso, serena, contenía su serenidad de manera implícita, el germen de todas las pasiones que pudieran crecer de manera repentina. Tristeza, delicia, temor, risa: todas estaban allí al mismo tiempo, ensambladas de manera imposible dentro de su mente. Apretaba amorosa contra sí el hecho de aquel precario milagro.

Un coche de dos ruedas, iba pensando él. Era la clásica oportunidad. Ya casi había llegado a la esquina de Hyde Park; debiera él ya estar por lo menos sosteniéndole una mano. Pero Joan permanecía sentada junto a él como una estatua, con la mirada clavada sobre el infinito, ausente en otro mundo. Si él la hiciese volver rudamente a la realidad se sentiría ultrajada.

Decidió que tendría que inventar una mentira que contar a Mary, lo cual no sería en verdad nada fácil, pues Mary tenía un sagacísimo instinto para descubrir las falsedades.

Obediente al mandato de las riendas, se detuvo poco a poco el viejo caballo. Habían llegado. Harto breve le pareció a Joan el viaje, pues hubiera gustado permanecer en el coche eternamente, apretando en silencio contra su regazo la inexpresable felicidad. Bajó a la acera con un suspiro.

—Tía Fanny me encargó que, si volvíamos antes de que se acostara, te hiciera entrar para despedirse de ti.

Quería esto decir, reflexionó Anthony, que había desaparecido su última posibilidad de éxito, y así pensando siguió a Joan, subió las escaleras y entró en el vestíbulo en penumbra.

—Tía Fanny —llamó Joan en voz baja al abrir la puerta de la sala.

La habitación estaba a oscuras y no hubo contestación. —¿Se ha acostado?

Ella se volvió hacia Anthony y dijo que sí con la cabeza. Permanecieron ambos en silencio durante un momento.

—Tendré que irme —dijo él al fin.

—Lo he pasado maravillosamente, Anthony. No tienes ni idea.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien.

Aunque Anthony sonreía, estaba pensando con no poca aprensión que después de todo su última oportunidad no había desaparecido.

—Ha sido mejor que pasarlo bien —dijo ella—. Ha sido… no sé cómo explicarme lo que ha sido.

Sonrió y luego añadió, alargando la mano:

—Buenas noches.

Anthony le estrechó la mano y le dio las buenas noches a su vez, mas decidiendo de repente que si no lo hacía entonces no lo haría nunca, se aproximó más a ella, le rodeó la espalda con el brazo y la besó.

La naturaleza repentina de su decisión y el embarazo que le embargaba dieron a sus movimientos tan torpe y abrupto aspecto que bien pudieran ser los que hubiese hecho si fueran el resultado de un violento impulso que salta por encima de toda barrera, incapaz de permanecer disimulado más tiempo pese a cualquier esfuerzo. Se posaron primero sus labios sobre la mejilla de Joan, mas luego hallaron la boca. Hizo ella ademán de rehuir el beso, pero el gesto de repulsa cesó nada más que iniciado. Su boca se unió a la de él atraída por fuerza irresistible. Todas las emociones vagas y difusas que se habían acumulado dentro de ella durante la velada, pudiera decirse que se cristalizaron en rededor de su sorpresa, del deseo que en Anthony le pareció apreciar de manera evidente y de aquel placer casi insoportable, que partiendo de sus labios le inundó el cuerpo entero y tomó posesión de su alma. El asombro y la ira del primer segundo resultaron engullidos por una apocalipsis de novísimas sensaciones. Fue como si una apacible oscuridad resultase violentamente iluminada, como si las cuerdas aflojadas de un instrumento hubiesen sido tensadas y ahora vibraban con acentuados sonidos más agudos y penetrantes que nunca, hasta que luminosidad y tensión se anularon a sí mismas como consecuencia de su propia intensidad desmesurada. Joan experimentó la sensación de ir quedando vacía por dentro. En su interior se abrían espacios inmensos, abismales y de espantable negrura.

Anthony advirtió el peso inerte y muerto del cuerpo que tenía en los brazos. Tanto lo advirtió, que la inesperada pesadumbre estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Vaciló y, luego, con un esfuerzo, la sujetó con mayor vigor contra sí.

—¿Qué te ocurre, Joan?

No respondió ella; pero apoyó la frente sobre el hombro acogedor de Anthony. Comprendió éste que si la soltaba caería redonda al suelo. Tal vez se había puesto mala. En ese caso, tendría que pedir ayuda, despertar a la tía, explicar lo ocurrido… Procuró hallar desesperada solución a su apuro y miró a su alrededor. La lámpara del vestíbulo lanzaba su luz a través de la puerta abierta manchando el suelo de la sala con un gran cuadro luminoso. Al fin de la mancha de luz vio un sofá con funda de cretona amarilla, se inclinó y le pasó el otro brazo por debajo de las corvas. Luego, gracias a un gran esfuerzo, pues encontró que Joan pesaba más de lo que había calculado, la levantó del suelo y la llevó por el estrecho caminillo de luz que acababa en la oscuridad hasta dejarla sobre el sofá con toda la dulzura que el peso excesivo de la muchacha le permitió.

Se arrodilló en el suelo junto a ella y le preguntó dulcemente:

—¿Te encuentras mejor?

Joan suspiró profundamente y se pasó una mano por la frente, abrió luego los ojos y le miró durante un instante. Después, vencida por la timidez y la vergüenza, se tapó el rostro con ambas manos.

—Perdóname —dijo con voz baja—. No sé lo que me ha pasado. Me sentí desmayar de repente.

Volvió a enmudecer. Las luces ardían de nuevo, las cuerdas tensas vibraban otra vez, pero de manera tolerable y no imposible de soportar. Separó las manos y miró a Anthony sonriendo turbada.

Ya los ojos de Anthony se habían acostumbrado a la penumbra y la miró preocupado a la cara. Afortunadamente, no advirtió en ella señal alarmante. No tendría que despertar a la tía. Fue tan grande su desahogo, que le tomó una mano y se la apretó tiernamente.

—¿Estás enfadado conmigo, Anthony?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Tienes sobrada razón para ello. Desmayarse así…

Experimentó una extraña sensación de desnudez en la cara y, retirando la mano que Anthony tenía sujeta con la suya, volvió a esconderse detrás de su amparo para ocultar su vergüenza. Desmayarse de aquella manera… El recuerdo la humillaba. Pensó entonces en aquel gesto repentino, callado y

violento de Anthony. «Me quiere», se dijo. Pero ¿y Brian? Mas la ausencia de Brian dijérase elevada a una potencia mayor. No estaba allí con intensidad sin precedentes, no estaba allí hasta el punto de nunca haber estado. Todo lo que allí había era aquella presencia viva junto a ella, la presencia aún no manifestada, pero a la espera, aguardando la oportunidad de manifestarse nuevamente, de aquellos besos. Advirtió que le subía el pecho, aunque no recordaba haber respirado profundamente, como si el aire penetrara en sus pulmones a instancias de una fuerza ajena a ella. «Me quiere», se repitió. Esto justificaba lo que había ocurrido. Dejó caer las manos que le ocultaban el rostro, le miró durante unos segundos, y luego, susurrando su nombre, atrajo hacia sí la cabeza de Anthony.

—Bueno, ¿qué ocurrió? —le preguntó Mary desde el sofá en el momento en que entró en la habitación.

La expresión taciturna que advirtió en la cara de Anthony hizo que se juzgara ganadora de la apuesta, y esto la molestó. Se sintió irritada de repente con él, doble y triplemente airada por su falta de arrestos, porque no le profesaba amor suficiente para procurar ganar la apuesta a pesar de su apocamiento, porque con su pusilanimidad ahora la obligaba a tomar una decisión que no encontraba de su gusto en absoluto. Después de pasar un día recorriendo el campo en automóvil con Gattick había llegado a la conclusión de que era insufrible. Comparado con él, Anthony era el hombre más encantador del mundo. Y no tenía ningún deseo de despedirle ni siquiera de manera temporal. Pero su amenaza fue solemne y explícita, y si ahora no la llevaba a cabo, desaparecería toda su autoridad. Y el grandísimo necio la iba a obligar a cumplir la amenaza.

—Ya veo que eres un cobarde y que has perdido la apuesta —le dijo reprochándole furiosa.

—No; he ganado.

Mary le miró dudosa.

—Me parece que estás mintiendo.

—No miento —respondió Anthony, sentándose en el sofá, junto a ella.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara tan tétrica? No es muy halagador para mí, la verdad.

—¿Por qué me has obligado a hacerlo? —dijo él con cierta violencia—. Ha sido una idiotez.

También había sido una canallada, pero eso no lo podía decir sin correr el peligro de que Mary se riera de él.

—Demasiado sabía yo que era una estupidez, pero insististe.

Su voz era desabrida y chillona.

—Y ahora, Dios sabe el lío en que me he metido.

Ni el lío en que había metido a Joan y a Brian, naturalmente.

Dios lo sabe.

Pero, ¡explícate, hombre, explícate! No me hables como si fueras un profeta menor.

Le brillaban los ojos de risa y de curiosidad. Adivinaba que algo deliciosamente divertido y fantástico había acontecido.

—Hice lo que querías —dijo Anthony, taciturno.

—¡Todo un héroe!

—No tiene maldita la gracia.

—¡No me digas que te abofeteó!

Anthony frunció el ceño malhumorado y negó con un gesto.

—Entonces, ¿cómo lo tomó?

—Eso es lo malo. Lo tomó en serio.

—¿En serio? ¿Quieres decir que te amenazó con acusarte a papá?

—Quiero decir que se ha creído que estoy enamorado de ella. Quiere terminar con Brian.

Mary echó la cabeza para atrás y dejó oír su risa fresca, rica y vibrante.

—No es ningún chiste —dijo Anthony ofendido.

—Te equivocas —dijo Mary enjugándose los ojos y respirando profundamente—. Es un chiste, estupendo, de los mejores que he oído. ¿Qué vas a hacer?

—Tendré que explicarle que todo ha sido un error.

—Va a ser una escena admirable.

—No; le escribiré una carta.

—Tan valiente como de costumbre —dijo Mary al tiempo que le daba una palmadita en la rodilla. Pero cuéntame los detalles. ¿Cómo la dejaste

que llegara a creer tal cosa? ¿Cómo puede haberse creído que estás enamorado? ¿Cómo es posible que quiera acabar con Brian? ¿No pudiste cortar la cosa?

—Fue difícil —murmuró él, evitando el mirar a Mary cara a cara—. La situación…, bueno, la cosa es que…

—¿Quieres decir que perdiste la cabeza?

—Si prefieres decirlo así… —admitió él muy a disgusto.

¡Qué necio, qué grandísimo necio había sido! Naturalmente, cuando ella se volvió hacia él en la oscuridad, debió retirarse, debió rechazar sus besos, debió hacer que Joan comprendiera que el beso que le dio no había querido decir nada. Pero en lugar de hacerlo, aceptó los besos ofrecidos, en parte por desidia, en parte por cobardía, porque el rechazarlos hubiera exigido un esfuerzo y explicaciones nada fáciles de dar; en parte, también, por piedad, por una piedad inoportuna, pensando que al rechazarla la hubiese humillado, y el causar sufrimientos y presenciar su efecto le resultaba muy desagradable. Y una vez aceptados los besos, una vez que hubo disfrutado de ellos, los devolvió con un fervor que sabía no era sino resultado de un momento de sensualidad que nada quería decir, que nada tenía que ver con ella, pero el cual, ahora le resultaba evidente y nunca se le ocultó el hecho, Joan suponía como provocado específicamente por ella, y del cual ella se consideraría objetivo especial irreemplazable. Un observador imparcial diría que él había hecho todo lo humanamente posible, que no había desperdiciado ningún esfuerzo, para dar la mayor cantidad posible de ideas falsas en el tiempo más breve que pudo.

—¿Cómo vas a escapar de todo eso?

Anthony la odió por formular la pregunta que le estaba atormentando. Ya había dicho que escribiría una carta, pero, evidentemente, eso no era una respuesta. Ahora lo repitió.

—¿Y qué vas a decir a Brian?

—Mañana voy a reunirme con él. Vamos a pasar unos días juntos en Los Lagos —contestó él incongruentemente.

—Como Wordsworth —dijo Mary—. Va a ser una excursión muy agradable. ¿Y qué te propones decirle exactamente acerca de Joan? —insistió inexorablemente.

—Le explicaré.

—¿Y si Joan se lo explica todo antes que tú y de manera distinta?

—No; le he dicho que no quiero que escriba a Brian antes de que yo hable con él.

—Y ¿crees que te va a hacer caso?

—¿Por qué no me lo va a hacer?

Mary se encogió de hombros y le miró sonriendo, con su sonrisa asimétrica, reluciéndole las pupilas por entre medias de los ojos entornados.

—Si vamos a eso, ¿por qué te va a hacer caso?

OceanofPDF.com

XXXIV

3 DE MARZO DE 1928

«REORGANIZACIÓN…». «Reajustes…». «Reducción del capital en vista de las condiciones actuales del mercado». Anthony dejó de leer la página impresa y miró a Mary, que, incorporada en la cama con ayuda de las almohadas, le estaba mirando con una fijeza embarazosa.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué quiere decir?

Con el pelo teñido de un color naranja absurdo, un rizo despeinado le caía por la frente. Al inclinarse hacia él al mismo tiempo que le hacía la pregunta, se abrió su mañanita. Bajo los encajes nada limpios del camisón se apreciaba la perdida firmeza de su pecho.

—Quiere decir en medio de todos esos ambages que se declaran en bancarrota.

—¿En bancarrota?

—Sí, en bancarrota. Parece que pagarán el treinta por ciento…,

—Pero si Gerry me dijo que los negocios les iban muy bien —protestó en tono de queja airada.

—Gerry no lo sabe todo —explicó Anthony caritativamente.

Pero, naturalmente, el muy rufián sabía perfectamente lo que ocurría. Lo supo, e hizo que Mary comprase las acciones precisamente por saberlo, después de haber recibido una comisión de las gentes que querían librarse de los valores antes de que viniera la catástrofe.

¿Por qué no le preguntas a él estas cosas? —dijo en un tono que implicaba algo del enfado que sentía de que le hubieran metido en los

asuntos poco claros de la mísera tragedia de Mary el mismo día de su regreso de Nueva York. Supuso que todos los demás la habían abandonado cuando comenzó a entregarse al vicio de la morfina. Ausente de Inglaterra durante seis meses, era él el único de todos sus amigos que aún no había tenido motivo para huir de la morfinómana. Su ausencia había conservado la mutua amistad, como rodeada de hielo, en el mismo estado en que se encontraba cuando él se fue a América. Así que recibió el aviso urgente de Mary de que fuese a verla, no tuvo excusa para negarse a ello. Además, la gente exageraba, y Anthony se dijo que probablemente Mary no había caído tan bajo como se decía.

—¿Por qué no se lo cuentas a él? —repitió, irritado.

—Se ha ido al Canadá.

—¡Ah, se ha ido al Canadá!

Hubo un silencio. Anthony dejó el papel sobre la colcha. Mary lo cogió y lo volvió a leer, por centésima vez, con la esperanza absurda y vana de descubrir esta centésima vez algo nuevo en el texto, algo diferente.

Anthony la miró. La luz que había encima de la mesilla iluminaba el perfil con brillantez reveladora y cruel. ¡Qué hundidas tenía las mejillas! ¡Y aquellas arrugas alrededor de la boca! ¡Aquellas bolsas de piel descolorida debajo de los ojos! Al recordarla tal como la había visto el verano pasado en Berkshire, Anthony se quedó espantado. La morfina le había robado veinte años de vida en la mitad de otros tantos meses. Y no solamente fue su cuerpo el que había destrozado, pues la droga también le había cambiado el carácter, transformándola en otra persona. En otra persona. Y ahora pudo ver que no hubo exageración en las hablillas: en otra persona mucho peor.

Por ejemplo, aquella habitual distracción que fue amable, aquella vaguedad que la caracterizó y de la cual ella solía mostrarse irritantemente engreída, como si se tratase de otro encanto femenino, ahora había degenerado hasta quedar trocada casi en la indiferencia del idiota. Todo lo olvidaba, de nada se daba cuenta, y sobre todo nada le importaba. Dijérase que no podía tomarse la molestia de pensar. El pelo teñido grotescamente, probablemente con esperanza de recobrar parte de la belleza que ella misma inevitablemente tenía que darse cuenta de haber perdido, presentaba un aspecto despeinado y sucio. Un manchón de pintura roja, torpemente

superpuesto a su labio inferior, agrandaba éste y lo dejaba disforme y asimétrico. Una colilla quemó el edredón alguna vez, y por el agujero redondo salían plumas que volaban como copos de nieve cada vez que Mary se movía. Las fundas de las almohadas aparecían llenas de manchas de carmín de los labios y de yema de huevo. Sobre el embozo se veía la mancha morena de café derramado. Entre su cuerpo y la pared se veía precariamente inclinada la bandeja en la cual le trajeron la cena. Aún manchado de salsa, un cuchillo había caído sobre la colcha.

Mary arrugó con un movimiento repentino y airado el papel que leía.

—¡Ese canalla! —dijo con voz que la rabia hacía temblar—. ¡Ese canalla, que me obligó a invertir todo mi dinero en esto! ¡Y mira lo que ha pasado!

Comenzó a llorar y las lágrimas teñidas de negro por el afeite grasiento que cubría las pestañas dejaron surcos negruzcos sobre sus mejillas.

—Lo hizo a propósito —siguió diciendo con voz entrecortada por sus sollozos airados—. Lo hizo por hacerme daño. Es un sádico. Le gusta hacer daño a la gente. Lo hace por placer.

Anthony estuvo a punto de decir que lo hacía por lucro, pero se detuvo a tiempo. Le pareció que Mary conseguía hallar cierto consuelo en la creencia de que había sido estafada, no a causa de vulgares motivos comerciales, sino de manera gratuita, debido a una maldad aliada a la pasión amorosa y surgida de ella. Sería poco piadoso privarla de tal ilusión. Era preferible que la pobre mujer pensara aquello que encontrase menos humillante y doloroso. Además, cuanto menos la contradijera, antes dejaría de llorar, o al menos así lo esperaba él. Tanto por prudencia como por consideración, Anthony se limitó a decir que sí con un gesto, lo cual a nada le comprometía.

—Cuando pienso en todo lo que hice por él —dijo Mary con un estallido de ira.

Pero mientras ella recitaba el incoherente catálogo de sus generosidades y bondades, Anthony no pudo evitar el pensar en lo que Gerry había hecho por ella. Y sobre todo pensó, sin poderlo remediar, en los términos que generalmente empleaba Gerry para describir lo que había hecho. Términos groseros, de extravagante cinismo. Términos de vileza increíble. Al

escuchar a Gerry, sentía uno primero sorpresa, mas luego la risa borraba la sorpresa; y más tarde quien le escuchaba sentía vergüenza de que brutalidades tan inadmisibles pudieran contener elemento alguno de verdad liberadora. Y, sin embargo, eran ciertas.

—La gente más inteligente de Londres —siguió Mary diciendo sin interrumpir sus sollozos—. A todos los conoció en casa.

—Estas brujas viejas —le pareció a Anthony oír decir a Gerry— son capaces de todo para conseguir lo que buscan.

—Y no es que él apreciara a la gente inteligente —siguió diciendo Mary —. Era demasiado estúpido para eso y demasiado inculto.

—Y no es mala verdaderamente •— siguió diciendo la voz de Gerry en la memoria de Anthony—. No es mala, si se le da bastante. El problema es precisamente ése; y te aseguro que no es nada sencillo.

—¿Qué voy a hacer? —el tono de Mary dejó de ser airado para convertirse en otro expresivo de la lástima que a sí misma se tenía—. ¿Qué voy a hacer? Sin un penique. Vivir de limosnas.

Anthony procuro consolarla. Algo quedaba todavía. Una suma bastante considerable. Si vivía económicamente, si tenía mucho cuidado, no pasaría hambre.

—Pero tendré que dejar esta casa —le interrumpió ella.

Y cuando él confirmó esta suposición, Mary prorrumpió en lamentaciones renovadas con mayor frenesí. El abandonar la casa se le antojaba peor que el quedar en la miseria y el vivir de la caridad ajena, peor porque era más concebible, porque era una contingencia más cercana a las realidades de su vida actual. ¿Cómo podría vivir sin sus cuadros y sus muebles? La fealdad le causaba tal congoja que casi pudiera decirse que la enfermaba. Y luego, las habitaciones pequeñas; encerrada en estancias angostas se sentía inmediatamente atacada de claustrofobia. ¿Y cómo podría arreglárselas sin sus libros? ¿Cómo podría trabajar al quedarse pobre? Pues estaba decidida a trabajar y ya tenía pensado el escribir un estudio crítico de la novela francesa moderna. ¿Y cómo iba a hacerlo si le quitaban sus libros?

Anthony rebulló impacientemente en su silla.

—Yo no te digo que hagas una cosa determinada. Estoy diciendo que algo tendrás que hacer.

Ambos callaron durante largo rato. Entonces, con una Pequeña sonrisa que Mary quiso hacer amable y conmovedora le dijo:

Ahora te has enfadado conmigo.

—En absoluto. Lo único que hago es pedirte que te des cuenta de la situación.

Se levantó de la silla, y prescindiendo el peligro de resultar complicado inexorablemente en la desgracia de Mary, expresó simbólicamente su derecho a la libertad comenzando a pasear con inquietud por la habitación. Mientras lo hacía se dijo que debiera hablar a Mary acerca de la morfina, tratar de convencerla de que ingresara en un sanatorio para curarse, tanto por ella como por la pobre Helen. Pero conocía a Mary y sabía que empezaría a protestar que gritaría y montaría en cólera, con lo que la escena degeneraría en algo semejante a una disputa en una taberna. O lo que sería todavía peor, mucho peor, pensó, estremeciéndose, se mostraría arrepentida, haría promesas y se desharía en lágrimas. Anthony se encontraría entonces convertido en su único amigo, en solidario sostén moral de su vida. Acabó por no decir nada, asegurándose a sí mismo que sería inútil, que no era posible razonar con los morfinómanos.

—Tienes que enfrentarte con los hechos —dijo en voz alta.

Un mero lugar común, pero ¿qué otra cosa pudiera haber dicho? De la manera más inesperada, con un entusiasmo y una sumisión que Anthony halló muy alarmante, Mary se mostró conforme con él. Absolutamente conforme. Era inútil llorar errores pasados. De nada valía edificar castillos en el aire. Lo que era menester era un plan, toda una serie de planes, maduros, prácticos y sensatos para organizar su nueva vida. Le sonrió como si fueran cómplices, como si estuvieran los dos envueltos en una misma conspiración.

Receloso y a disgusto, Anthony aceptó su invitación de que se sentara en la cama. Comenzó ella a desarrollar sus planes, muy serios y muy sensatos. Tomaría un pisito en Hampstead. O una casa diminuta en cualquier calle humilde de las que salen de la King’s Road, en Chelsea. Y

podría dar de vez en cuando algunas reuniones económicas. Sus amigos verdaderos acudirían a ellas a pesar de su humildad.

—¿Verdad que vendrán? —insistió con patética ansiedad de escuchar la confirmación de sus deseos.

—Claro, claro —tuvo que decir Anthony.

Mas no sería la humildad de las reuniones lo que determinaría la ausencia de los invitados, sino la suciedad, la sordidez, la morfina, aquel olor atosigante a éter perceptible en su aliento.

—Daré fiestas en las que cada uno de los invitados tendrá que traer una botella. Será muy divertido —dijo con la cara iluminada por la alegría—. ¿Qué botella traerás tú, Anthony?

Antes de que él pudiera contestar, siguió ella hablando.

Un momento más tarde comenzó a explicarle las insinuaciones que le había hecho George Wyvern recientemente las cuales resultaban no poco violentas en vista de las circunstancias, y teniendo en cuenta que también Sally Wyvern… Bueno, ya sabía él.

Sonrió con aquella enigmática sonrisa suya, de labios cerrados, mirándole por entre los párpados. Y lo que era realmente extraordinario era que también Hugh Ledwidge había venido dando señales últimamente…

Anthony le escuchaba atónito. Aquel grupo de exigüidad patética, formado por los pocos amigos verdaderos que le quedaban, había sido transformado, como por arte de magia, en nada menos que apasionados amantes. ¿Creería ella verdaderamente en sus propias invenciones? Pero en cualquier caso, siguió pensando Anthony, no tenía importancia que creyera en ellas o no, pues tales ficciones, aún no creídas, tenían evidentemente el efecto de animarla y de hacerla recobrar, al menos por unos momentos, una alegre confianza en sí misma.

—Aquella vez en París —estaba diciendo en tono confidencial—. ¿Te acuerdas?

Esto ya era insoportable.

—El Hotel des Saints-Peres —dijo con voz que una risa subterránea tomaba grave y vibrante.

Anthony asintió sin levantar la cabeza. Evidentemente quiso ella hallar en él un eco de su risa significativa e inusitada, buscó que reconociera la

escabrosa referencia contenida en sus palabras acerca de la broma en otros tiempos habitual entre ellos. Debido a su estancia en aquel hotel de París, en su vocabulario particular el nombre del establecimiento había adquirido un significado especial y procaz. Al recordarlo, Anthony frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía Mary a…?

Iban pasando los segundos. Haciendo un supremo esfuerzo para llenar el helado abismo de silencio, Mary insistió sobre el tema:

Lo pasamos muy bien —dijo en tono sentimental y añorador.

Sí, muy bien —dijo Anthony en el tono menos enfático que pudo.

¡Mi querido Anthony! —dijo Mary de repente, cogiéndole una mano.

Anthony, aterrado, procuró retirar la mano sin ofender a Mary. Pero los dedos calientes y secos no aflojaron su presa.

—Fuimos unos locos en pelearnos —siguió diciendo Mary—. Mejor, fui una loca.

—No, no —dijo cortésmente.

—Aquella apuesta estúpida… —dijo sacudiendo la cabeza—. Y luego, Sidney…

—Hiciste lo que querías.

—No; hice lo que no quería —respondió ella rápidamente—. Se pasa una la vida haciendo lo que no desea, de la manera más necia y perversa. Elegimos lo peor. Entre Hiperión y el sátiro… naturalmente, el sátiro.

—Para determinados propósitos —dijo Anthony incapaz de resistir la tentación— el sátiro pudo resultar mucho más satisfactorio.

Mary no pareció haberle oído. Suspiró, cerró los ojos y continuó diciendo:

—Siempre hacemos lo contrario de lo que deseamos siempre.

Le soltó la mano, y entrecruzando las dos suyas detrás de la cabeza, se recostó sobre las almohadas en aquella actitud tan conocida de Anthony, que allá en el Hotel des Saints-Peres encontró tan deliciosa en medio de su grácil indolencia, tan inmensamente excitante gracias a la garganta blanca y redonda que se le ofrecía como la de una víctima propiciatoria a aquellos senos turgentes y alzados por la postura debajo de los encajes. Pero ahora el encaje estaba sucio y roto, los pechos colgaban cansados, abrumados por el propio peso, y la garganta de la víctima ya no era una columna redonda y

lisa de carne blanquísima, sino que mostraba los pellejos, las arrugas, los hoyos de la carne hundida entre los tendones abultados.

Abrió Mary los ojos y Anthony pudo apreciar con sorpresa y desagrado que le miraba exactamente igual que antaño, con aquella mirada entre desmayada y cínica, entre alegre y de abandonada languidez que él encontró quince años antes en París invitadora de manera irresistible. Fue la mirada de 1913 en la cara de 1928, tristemente arrancada del debido contexto. La miró aterrado durante uno o dos segundos, y por fin consiguió romper el silencio.

—Tendré que irme.

Mas antes de que pudiera levantarse, Mary se inclinó rápidamente hacia él y le puso las manos sobre los hombros.

—No, no te vayas. Quédate.

procuro repetir la invitación risueña, voluptuosa, pero no logró evitar que una gran ansiedad se reflejara en sus ojos.

Anthony sacudió la cabeza, y a pesar del nauseabundo olor a éter, procuró sonreír según mentía acerca de una cena a la cual había prometido acudir a las once. Dulcemente, pero con movimientos firmes y decididos, levantó de sus hombros las manos que procuraban retenerle y se puso de pie junto a la cama.

—Buenas noches, Mary. *Bon couragel*.

Habló con voz cálida, pues ahora ya podía permitirse el mostrarse cariñoso. Le estrechó ambas manos, e inclinándose luego sobre ellas besó primero la una y después la otra. Ya de pie, con el camino de la libertad franco ante él, se consideró autorizado a tomarse libertades de contenido emotivo casi extravagante. Mas, en lugar de acompañarle por tal camino, Mary le miró con ojos inmóviles y petrificados por la íntima desdicha que experimentaba. La máscara que Anthony había ajustado cuidadosamente para que expresara afecto caliente y travieso se le antojó repentinamente que desafinaba de muy horrible manera con la situación. Casi notó en los músculos de su cara de manera física su incongruencia, se sintió necio, hipócrita y cobarde y cuando se dirigió a la puerta y bajó las escaleras casi lo hizo corriendo y como si escapara.

«Si una mujer», estaba leyendo Helen en la Enciclopedia, «se administra a sí misma cualquier veneno o cualquier pócima nociva, o si emplea de manera ilegal un instrumento o cualesquiera medios para provocar su propio aborto, será culpable de…».

Oyó en esto los pasos de Anthony sobre las escaleras, se levantó y fue andando rápidamente hacia la puerta para salir al descansillo.

—¿Qué?

No correspondió con sonrisa alguna a la que él le dedicó, ni simuló placer alguno al verle. La cara que alzó hacia él estuvo tan trágicamente desnuda de toda mueca convencional como poco antes lo estuvo la de su madre.

—Pero ¿qué te ocurre, Helen? —exclamó.

Helen le miró durante unos segundos en silencio y luego comenzó a peguntarle acerca de aquellas acciones y a pedirle detalles de la situación económica.

Mientras iba él respondiendo a sus preguntas, se dijo que era natural que Helen encontrase todo aquello desagradable. Pero desagradable hasta aquel punto, se dijo volviendo a mirarle, eso no lo había esperado. No hubiera sido igual si Helen hubiera profesado un acendrado cariño a su madre.

Y, realmente, en vista del frenético egoísmo de Mary, difícilmente hubiera podido esperarse de ella. Además, ya hacía casi un año que la desgraciada mujer había comenzado a ponerse morfina, y parecía lógico pensar que en este tiempo el horror de la situación ya hubiera perdido parte de su intensidad. Sin embargo, nunca había visto Anthony cara expresiva de mayor pesar. No parecía justo que tanta juventud y tanta dulzura se asociaran con una expresión de congoja tan intensa. El verla le hizo sentirse culpado y responsable de manera oscura. Pero cuando él hizo otro gesto de piedad, Helen se limitó a sacudir la cabeza y a volver la cara al mismo tiempo que decía:

—Será mejor que te vayas.

Dudó Anthony durante unos instantes, pero acabó por irse. Después de todo, ése era el deseo de Helen. Aún experimentando la sensación de culpabilidad, mas también profundamente aliviado, cerró la puerta de la

calle detrás de él, respiró a pulmón lleno, y se alejó en dirección a la estación del ferrocarril subterráneo.

Helen siguió leyendo el tomo de la Enciclopedia.

… será culpable de crimen grave. La pena por este crimen es de trabajos forzados durante toda la vida, o no menos de tres años, o pena de cárcel durante no más de dos años. Si el hijo nace vivo…

Mas no pudo encontrar detalles acerca de los venenos eficaces, ni descripción de los instrumentos que pudieran utilizarse, ni de su empleo. Estos defectos informativos de la Enciclopedia cerraban para ella otro camino de escape. ¡Tanta tontería acerca de los trabajos forzados! Dijérase que todo el mundo conspiraba contra ella para dejarla encerrada a solas con su secreto imposible y espantable.

El reloj de la salita trasera dio las once melancólicamente. Helen se levantó, colocó el pesado tomo en su lugar y subió las escaleras en dirección a la alcoba de su madre.

Mary estaba ocupada, cuando su hija entró, en llenar una jeringuilla hipodérmica de una pequeña ampolla de cristal, y eran sus movimientos cuidadosos y precisos de manera desacostumbrada. Miró sobresaltada hacia la puerta cuando ésta se abrió. Hizo ademán de esconder la jeringuilla y ampolla debajo de las ropas de la cama, mas temerosa de derramar porción alguna del precioso líquido interrumpió su ademán apenas iniciado.

—¡Vete! —dijo, frenética—. ¿Por qué entras sin llamar? Te prohíbo que entres en mi alcoba sin llamar antes repitió con voz aún más aguda, celebrando haber encontrado motivo que justificara su rabia.

Permaneció Helen inmóvil en el umbral durante un segundo, como si no pudiera creer lo que sus ojos veían, y luego cruzó la habitación decididamente y se acercó a su madre.

—Dame esas cosas —dijo alargando la mano.

Mary se retiró hacia la pared.

—¡Vete de aquí! —gritó.

—Pero…, me prometiste…

—No es verdad.

—Sí me lo prometiste, mamá.

—¡Mentira! ¡Además, haré lo que me dé la gana!

Helen alargó la mano sin hablar y cogió a su madre por una muñeca. Mary comenzó a lanzar gritos tan desaforados que, temerosa Helen de que bajaran los criados para ver qué ocurría, soltó la muñeca de su madre.

Cesaron los gritos, mas la mirada de la morfinómana fue de malevolencia aterradora.

—Si me haces tirar una gota de esto —dijo con voz que la furia tornaba temblorosa—, te mato. Te mato —repitió

Ambas se miraron en silencio durante algún tiempo, y roe Helen la que habló la primera.

—Quisieras matarme —dijo lentamente—, porque no te dejo matarte. —Se encogió de hombros y añadió—: Está bien; si verdaderamente quieres matarte…

Dejó la frase sin terminar y su madre la miró en silencio. Le vinieron a la memoria las palabras que le había dicho Anthony unos minutos antes y de repente comenzaron a correrle las lágrimas por las mejillas. La compasión por sí misma le rebosaba por los ojos.

—¿Tú crees que yo quiero hacer esto? —dijo sollozando—. Lo odio, lo abomino. Pero no lo puedo evitar.

Helen se sentó sobre la cama y abrazó a su madre.

—Vamos, mamá, no llores. Todo se arreglará.

Se sentía profundamente conmovida.

—La culpa de todo la tiene Gerry —gritó Mary, y sin darse cuenta del estremecimiento instintivo de Helen, continuó; La culpa de todo en absoluto. Siempre supe que era un canalla, incluso en los momentos en que más le quise.

Como si su madre se hubiera convertido repentinamente en una persona desconocida, a quien no fuera correcto tocar, Helen dejó de abrazarla.

—Pero ¿le quisiste? —susurró incrédulamente—. Ya sabes lo que te quiero decir.

Respondiendo a una pregunta muy distinta, anticipándose a contestar reproches que no habían sido hechos, repuso Mary:

—No lo pude evitar. Fu… fue como *esto* —e hizo un pequeño movimiento con la mano que sostenía la jeringuilla hipodérmica.

—¿Quieres decir —preguntó Helen hablando muy lentamente, y como si venciera con gran esfuerzo una repugnancia difícil de soportar— quieres decir que Gerry fue… tu amante?

El tono insólito en que Helen habló logró que Mary, por primera vez desde que comenzó la conversación, tuviera verdadera conciencia de la existencia real y personal de su hija. La miró con expresión de asombro.

—Pero… ¿no lo sabías?

Confrontada por aquella palidez extraordinaria, por aquellos labios que temblaban de manera incoercible, la más vieja de las dos mujeres se sintió llena de algo parecido al remordimiento.

—Perdóname, hijita. No podía imaginar… Eres todavía muy joven; no puedes comprender. No puedes… Pero ¿adónde vas? ¡Vuelve, Helen, vuelve!

Resonó el portazo dentro de la habitación. Mary hizo un movimiento como si se dispusiera a seguir a su hija, luego lo pensó mejor, y en lugar de salir tras ella volvió a su ocupación de llenar cuidadosamente la jeringuilla de las inyecciones.

OceanofPDF.com

XXXV

4 DE AGOSTO DE 1934

VOLVÍ no poco deprimido de una velada con Helen y media docena de sus jóvenes amigos políticos. ¡Qué apasionados deseos de liquidar a todos los que no están de acuerdo con ellos! Y qué convicción más sincera de que la liquidación es necesaria.

Es repugnante, pero también es natural. Al considerar los problemas de la reforma exclusivamente desde el punto político y económico resulta necesario aprobar y practicar la liquidación.

Consideremos la historia reciente. El industrialismo ha crecido *pari passu*[91] con la población. Ahora, en donde los mercados aumentan, los dos problemas principales de toda sociedad industrial se resuelven por sí solos. Los nuevos inventos pueden crear la escasez técnica de empleos; pero al aumentar los mercados esto se cura. Cada individuo quizá posea poder adquisitivo inadecuado; pero el número de individuos aumenta. Muchos poderes adquisitivos pequeños equivalen a menos y mayores poderes adquisitivos.

Nuestra población está estacionaria ahora y pronto disminuirá. Los mercados se encogerán en lugar de aumentar. Por lo tanto, ya no habrá solución automática de problemas económicos. La restricción artificial de la natalidad exige el uso de una inteligencia política coordinadora. Es menester un plan en gran escala. De lo contrario la máquina no funcionará. En otras palabras: los políticos tendrán que ser veinte veces más inteligentes que hasta ahora. ¿Igualará la oferta de inteligencia a la demanda?

Además, como insiste Miller continuamente, la inteligencia no existe aislada. El hecho de planear inteligentemente modifica las emociones de quienes planean. Consideremos la política inglesa. Hemos llevado a cabo reformas en abundancia, pero sin aceptar nunca los principios sobre que descansan. (Comparación de los títulos del rey con su posición actual. Comparación de nuestras protestas de que nunca tendremos nada que ver con el socialismo, con las realidades del gobierno autoritario). No existen planes en gran escala en la política inglesa y apenas existe alguno si pensamos en términos de los principios primeros. ¿Resultados? Entre otros, que la política inglesa ha sido en general bondadosa. La razón es sencilla. Trata con problemas prácticos según surgen sin referencia alguna a principios básicos; la política es cuestión de discusión. Ahora quienes discuten empiezan a perder la paciencia, como monstruos con forma humana. Mas esto es precisamente lo que los hombres de principios y los que planean sistemáticamente no pueden evitar el hacer. Un principio es bueno, por definición; un plan es para el bien de la gente. De cuyos axiomas se deduce lógicamente que aquellos que están en desacuerdo con uno y no desean ayudar a poner en práctica el plan, son enemigos de la bondad y de la humanidad Dejan de ser hombres y mujeres para trocarse en personificaciones del mal, en demonios encarnadas. El matar a hombres o mujeres está mal; pero el matar a los demonios es una obligación. De aquí se deduce el Santo Oficio, Robespierre y la *Ogpu*[92]. Los hombres que tienen una fuerte fe religiosa y revolucionaria, los hombres que poseen planes bien pensados para fabricar la suerte de sus prójimos, ya sea en este mundo o en el próximo, han demostrado ser más crueles, de manera más sistemática y más a sangre fría, que los demás. Quienes piensan en términos de principios básicos se ven obligados a utilizar las ametralladoras. Un Gobierno animado por un plan total para la mejora de la sociedad es un Gobierno que emplea la tortura. *Per contra*, si olvidamos los principios y carecemos de plan, si nos limitamos a resolver los problemas a medida que surgen, uno a uno, podemos permitirnos tener policías sin armas, libertad de palabra y *habeos corpus*. Admirable. Pero ¿qué ocurre cuando una sociedad industrial aprende:

a) a realizar avances técnicos a velocidad constantemente acelerada; y

b) a limitar artificialmente la natalidad? Respuesta: O aprende a organizarse de acuerdo con los principios generales políticos y económicos, o se hunde. Pero los Gobiernos animados por principios y planes han sido generalmente tiránicos, han empleado espías policíacos y métodos terroristas. ¿Hemos de resignarnos a la esclavitud y la tortura por mor de la coordinación?

De una parte, el fracaso, y de la otra la Ogpu. Verdadero dilema, si el plan es principalmente económico y político. Mas pensemos en términos de hombres, mujeres y niños individuales, en lugar de pensar en Estados, Religiones, Sistemas Económicos y abstracciones semejantes; entonces existe una esperanza de librarse de los cuernos del dilema. Pues si empezamos por considerar a personas concretas, advertimos inmediatamente que la libertad, que el no sentirse esclavos, es indispensable para que se desarrollen hasta llegar a ser seres humanos en toda su plenitud; que la forma de prosperidad económica que consiste en poseer cosas que no son indispensables no tiende a lograr el bienestar del individuo; que cuando se llena el ocio con diversiones pasivas, eso no es ninguna bendición; que las comodidades de la vida urbana se compran a un precio fisiológico y mental a todas luces excesivo; que una educación que permite al educado emplearse mal, carece de valor por completo; que una organización social cuyos resultados son que cada pocos años los individuos que la forman se vean obligados a asesinarse mutuamente, no puede ser buena. Y así sucesivamente. Mas si comenzamos por pensar en el Estado, en la Fe, en el sistema económico, entonces se transvalúan los valores por completo. Los individuos han de asesinarse mutuamente porque lo exigen los intereses de la Nación; han de ser educados para que piensen en los fines y desprecien los medios, porque allí están los maestros y no conocen otro método; han de vivir en ciudades, han de tener ocio para leer los periódicos e ir al cine, han de ser animados a comprar cosas que no precisan porque existe el sistema industrial y ha de continuar existiendo; han de ser tiranizados y

esclavizados; de lo contrario pudieran pensar por sí mismos, lo que supondría quebraderos de cabeza para quienes los gobiernan.

Fue instituido el descanso sabático para el hombre. Mas se conduce el hombre como los fariseos e insiste en que él fue creado para todas las cosas (la ciencia, la industria, la nación, el dinero, la religión, las escuelas) que fueron en realidad creadas para él. ¿Por qué? Porque tiene tan escasa conciencia de sus propios intereses como ser humano que se siente tentado irresistiblemente a sacrificarse ante estos ídolos. La cosa tiene mal remedio, a no ser que el ser humano se dé cuenta de sus intereses como ser humano, y que una vez consciente de tales intereses se decida a actuar de acuerdo con ellos. Y quiere esto decir aprender el uso debido de uno mismo y aprender a dirigir la mente. Casi es tedioso y aburrido el ver cómo siempre vamos a parar a lo mismo. Sería agradable que existiese otro camino para resolver nuestras dificultades. Un atajo, un método que no necesitara de otro esfuerzo personal que el que es necesario para depositar el voto en una urna o para dar orden de que fusilen a «un enemigo de la sociedad». Sería agradable encontrar un método de salvación externo, algo así como una dosis de calomelanos.

OceanofPDF.com

XXXVI

19 DE JULIO DE 1914

EN el tren que le llevaba hacia el Norte, Anthony iba pensando en lo que le esperaba. Dentro de dos días, dentro de tres a lo máximo, tendría que contarle a Brian lo que había ocurrido y se vería obligado a escribir a Joan. ¿En qué palabras? ¿Qué excusas hallaría para su proceder? ¿Debería contar todo lo referente a su apuesta con Mary sin omitir detalle? Desde su punto de vista, la verdad tenía ciertas ventajas. Si la dijera, podría echar buena parte de la culpa de lo ocurrido, si no toda ella, a Mary, pero a riesgo de ser tenido por persona de muy débil carácter. Y no era ésta la única desventaja; pues para Joan la verdad resultaba terriblemente humillante. Por mucha culpa que le echase a Mary, siempre perduraría el ultrajante insulto inferido a Joan. ¡Ah, si pudiera decirle la verdad a Brian y dar a Joan alguna explicación!

Pero eso no era posible. Tendría que contarles a los dos el mismo cuento, y el cuento no podría ser la verdad debido a Joan. ¿Qué les diría? ¿Qué explicación de los hechos resultaría menos vergonzosa para él y menos dolorosa para Joan. En términos generales, decidió que lo mejor era decir que había perdido la cabeza, que se había dejado arrebatar por un impulso repentino, un impulso que luego lamentó y consideró insensato. Era otra persona quién la había besado: eso es lo que le escribiría a Joan. Otra persona, pero demasiado «otra». Pues no hallaría ella de su gusto que quien estuvo con ella en el cuarto en penumbra fuera una especie de mono que surgió y desapareció sin dejar rastro. La persona que la había besado

tendría que ser él en parte. Lo bastante «él» para haber sentido por ella verdadero cariño y verdadera piedad; pero tendría que ser otro para permitir que las circunstancias de la velada transformaran el efecto y la piedad en… ¿qué? ¿Amor? ¿Deseo? No, tendría que evitar al decir cualquier cosa tan específica como éstas; le sería necesario hablar de una confusión, de una locura temporal que había estropeado unas relaciones tan admirables, y así sucesivamente, y mientras tanto solamente podría decir que se encontraba apenado y avergonzado; que ahora más que nunca estaba seguro de que Brian era la única persona digna de ella, que las dificultades surgidas entre ella y Brian eran temporales solamente y que pronto… Y todo lo demás.

Sí, la carta sería relativamente fácil. Lo malo era que tras la carta se esperaría de él un número indeterminado de entrevistas y de explicaciones; que tendría que aguantar reproches, escuchar confidencias, y quizá defenderse contra declaraciones apasionadas. Mientras tanto tendría que hablar con Brian, pues en el caso de Brian lo primero sería una entrevista. Cuanto más pensaba en estas entrevistas, más difícil hallaba imaginar el papel que Brian desempeñaría en ellas. Anthony procuró pensar en la manera mediante la cual pudiera dejar perfectamente aclarado que no estaba enamorado de Joan, que Joan había perdido momentáneamente la cabeza, como él perdió la suya, que nada había cambiado, y que todo lo que Brian tenía que hacer era buscar a Joan y besarla él mismo. Pero ¿lograría convencer a Brian? Siendo Brian como era le parecía probable, y cuanto más pensaba en ello más probable se le antojaba, que no conseguiría convencerle. Brian era hombre incapaz de imaginar que pudiera besarse a una mujer por ninguna otra causa menos urgente que el amor más profundo y cordial. Cuando escuchara que Joan había sido besada y que había devuelto los besos, era más que posible que por mucho que se le hablase de cabezas perdidas, nada le convenciese de que se trataba de algo que nada tenía que ver con un amor apasionado, irresistible y profundísimo. Y entonces, ¿qué haría Brian? Se sentiría herido, naturalmente, se sentiría traicionado, pero probablemente no haría reproche alguno. No, cosas mucho peores pudieran ocurrir. Probablemente, Brian se consideraría culpable de todo lo ocurrido, renunciaría a todos sus derechos, se negaría a creer a Anthony cuando éste le jurara que no estaba enamorado y que todo

había sido una broma estúpida; insistiría, pues esto supondría para él terrible sacrificio, en que Joan se uniese con el hombre a quien verdaderamente amaba y que verdaderamente la amaba a ella. Y entonces, si Joan se mostraba conforme con este punto de vista, lo cual era muy probable, pensó Anthony aterrado al recordar la manera en que ella respondió a sus besos, lo cual más que probable era casi seguro… Ni veía tampoco por qué hubiese de esperarse de él que hiciera tal cosa. Pediría un crédito con la garantía de los valores de que era poseedor, un crédito suficiente para irse al extranjero durante seis meses o un año si fuera necesario. Mientras la campiña de la parte central de Inglaterra desfilaba ante sus ojos en corriente impetuosa a través de la ventanilla, se reclinó sobre el respaldo del asiento y se imaginó en Italia, o si Italia no estaba bastante lejos, en Grecia, en Egipto, incluso en la India, en la Malasia o en Java. Con Mary; pues, naturalmente, Mary tendría que acompañarle al menos durante parte de su viaje. Podría dejar a las niñas con alguien de la familia. Egipto, reflexionó con espíritu práctico en medio de sus fantasías, era barato en verano; y en cuanto a estas amenazas de guerra mundial, se trataba sencillamente de una alarma estúpida. ¿Sería Luxor tan impresionante como parecía en las fotografías? ¿Y el Partenón? ¿Y los trópicos? Fue navegando con la imaginación de isla en isla por el mar Egeo; fumó haxix en los barrios bajos de El Cairo, comió *bhang*[93] en Benarés, imitó ligeramente a José Conrad en las Indias Orientales, y ligeramente a Loti, a pesar de su estilo algo cromolitográfico, entre las muchachas de color de cobre y las gardenias, y, aunque todavía le resultaba imposible admirarle con igual entusiasmo que Mary, también imitaría discretamente a Gauguin en los mares del Sur. Estas escapadas futuras e hipotéticas también le ofrecían huida verdadera en la realidad, hasta el punto de que, durante mucho tiempo, sentado en su asiento de esquina, olvidó completamente los motivos de su proyectada huida al exotismo. La memoria de lo ocurrido, la temerosa anticipación de lo que iba a ocurrir, únicamente le volvieron cuando el tren pasó por Shap Fell, lo que le hizo pensar que en menos de una hora se encontraría hablando con Brian en el andén de Ambleside. Todas las preguntas de antes surgieron ante él exigiendo respuesta con urgencia más desesperada que nunca. ¿Qué diría? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué

respondería Brian? ¿Qué contestaría Joan así que recibiera su carta? ¡Preguntas horrendas! Pero ¿por qué se había él colocado en situación de tener que responder y escuchar las respuestas a ellas? ¡Qué estúpido había sido al no huir inmediatamente! En estos momentos ya podría estar en Venecia, en Calabria, en un barco surcando el Mediterráneo. Fuera del alcance de cualquier carta. Seguro y feliz, y en completa ignorancia del resultado de su conducta. Y libre. En vez de todo lo cual se había quedado allí insensatamente y había consentido convertirse en esclavo de las circunstancias suscitadas por su gran sandez. Pero ni siquiera ahora era demasiado tarde. Podría descender del tren en la próxima estación, volver a Londres, pedir un crédito, y partir para el extranjero dentro de veinticuatro horas. Mas cuando el tren se detuvo en Kendal, permaneció sentado en donde estaba. No se atrevió a tomar una decisión tan repentina e importante. Odiaba el sufrimiento, y miraba con terror a lo que los próximos días y venideras semanas pudieran tener en reserva. Mas su miedo del dolor no era tan grande como el miedo que tenía a actuar. Encontró más fácil aceptar pasivamente cualquier cosa que pudiera acaecerle, que tomar una determinación y ajustar a ella su conducta.

Cuando el tren se puso en marcha nuevamente, fue examinando una por una todas las razones que justificaban su decisión. Brian le esperaba, y tanto pudiera conturbarle que no llegara Anthony, que muy fácilmente pudiera ocurrir, que se pusiera en camino hacia Londres inmediatamente para ver de averiguar ciertas cosas con rapidez inconveniente. Además, ¿cómo explicar su viaje a su padre? Sin contar con que no había verdadero motivo para suponer que Mary le quisiera acompañar, pues ya tenía hechos sus planes para el verano y era más que probable que no los quisiera cambiar. Y mientras él estaba ausente, era imposible calcular los rivales que pudieran presentarse. Además, el escapar era una cobardía, continuó diciéndose, e inmediatamente después reflexionó que probablemente podría rehuir las consecuencias de sus actos en Inglaterra, tan bien como en cualquier otro sitio. Un poco de tacto, un poco de resistencia pasiva…

Brian estaba esperándole en la estación, y cuando Anthony le vio sintió una punzada de piedad y de pena. El contraste entre el hombre y sus ropas era de una incongruencia lastimosa. La chaqueta de gruesa tela deportiva,

los calzones, de igual tela, sujetos a la rodilla, las medias de lana y las botas con grandes tachuelas, la gran mochila, todo ello era símbolo de energía y de buena salud rústica. Pero el Brian que exhibía los tales emblemas era la negación viva de todo cuanto significaban. Su cara alargada estaba demacrada y pálida. La nariz parecía más larga que nunca, los ojos estaban más hundidos que antes y los pómulos se pronunciaban más notablemente. Cuando empezó a hablar, su tartajosa habla parecía haber empeorado.

—Pero ¿qué te ocurre? —exclamó Anthony poniendo una mano sobre el hombro de su amigo—. Tienes un aspecto endiablado.

Emocionado por estas demostraciones de preocupación verdadera (era extraordinario, se dijo Brian, la gran simpatía que parecía emanar de Anthony algunas veces) y también enojado hasta cierto punto porque Anthony le había descubierto, Brian murmuró unas palabras confusas diciendo que estaba algo cansado y que necesitaba unas vacaciones.

Pero luego resultó que sus ideas acerca del descanso que necesitaba, consistían en caminar veinte millas diarias subiendo los montes más altos que había en las cercanías.

Anthony le miró con expresión de reproche.

—Lo que debieras hacer es estarte tumbado —le dijo. Pero bien pudo observar que el consejo desagradó a Brian. Pues era para éste una especie de dogma que el ejercicio violento era intrínsecamente bueno. Bueno, debido a las poesías de Wordsworth, y también bueno a causa de las ideas peculiares de su madre acerca del cristianismo, según las cuales pudiera decirse que los paisajes desempeñaban el papel de la revelación.

—M-m-e gusta andar —insistió Brian—. Ayer v-v-vi una m-m-merla de agua. Esto está lleno de p-p-pájaros.

La sincera congoja que Anthony sintió al ver el estado en que su amigo se encontraba le había hecho olvidar a Joan y todo lo ocurrido durante los últimos días, pero la mención de los pájaros (de los *paaajaros*, de los barriguirrojos) le recordó con violencia los sucesos. Súbitamente avergonzado, como si le hubieran descubierto haciendo un gesto de hipocresía, Anthony retiró la mano del hombro de Brian. Recorrieron en silencio el andén y salieron a la calle. Brian quería mandar el equipo con un

mozo e ir andando hasta la casita de Langdale. Anthony propuso tomar un coche.

—No debes andar ya más hoy.

Y cuando Brian protestó que aún no había hecho suficiente ejercicio aquel día, Anthony cambió de táctica y dijo Que el cansado era él, que el viaje fue pesado, y que en cualquier caso no podía andar ni con aquella ropa ni con aquellos zapatos. Después de tratar que Anthony le permitiera ir andando solo hasta Langdale, a lo que Anthony se negó, Brian subió al coche.

—¿Has v-v-visto a Joan estos últimos días?

Anthony respondió afirmativamente con la cabeza.

—¿C-c-cómo estaba?

—Muy bien —respondió Anthony en ese tono entre alegre y vago en que respondemos preguntas acerca de gentes que no nos interesan particularmente.

La mentira, pues mentira de ocasión fue, le salió espontáneamente. Con ella, su mente se defendió de la pregunta de Brian tan automática y prontamente como el cuerpo lo hace al cerrar los ojos, al alzar una mano, al dar un paso atrás cuando se ve amenazado por un puño. Pero nada más dichas las palabras, lamentó su concisión y el tono de indiferencia en que las pronunció y se dijo que debía calificarlas y aclararlas con información suplementaria dada en tono más grave. No debía perder tiempo; debía, por el contrario, confesarlo todo sin tardanza. Pero pasó el tiempo sin que hallara Anthony dentro de sí fuerzas bastantes para hablar, y a los pocos segundos ya estaba ennobleciendo su silencio, su cobardía, al darles el nombre de consideración; y también se dijo que no estaría bien hablar tan aprisa, que tenía que tener consideración del precario estado de salud de su amigo, que su verdadera obligación era aguardar la ocasión propicia, quizá al día siguiente, o al otro, esperar el momento en que Brian estuviera mejor dispuesto para escuchar las nuevas.

—¿No c-c-crees que esté p-p-pre-preocup-p-ada? Qu-qu- quiero decir acerca del retraso de nuestra b-b-boda.

—Hombre, naturalmente; no le gusta —admitió Anthony.

—N-n-ni m-m-mí. P-p-pe-pero creo que así deb-deb- debe ser. Y cr-cr-creo qu-qu-que a la larga se c-c-convencerá de que t-t-tengo razón.

Guardó silencio y luego añadió:]

—Si yo est-est-estuviera com-comp-completamente seguro de t-t-tener razón… P-p-pero hay v-v-ve-veces en que p-pien-pienso si no será como una especie de egoísmo.

—¿El qué?

—At-atenerse a los p-p-principios que uno tiene, sin p-p-pensar en los demás. Los demás son t-t-tal vez incluso m-más importantes que lo que uno sabe que es un pr-pr-principio bueno. E-p-e-pero p-p-por otra parte, si uno desp- desprecia los pr-pr-principios… ¿Qu-qué cr-cr-crees t-tú? —acabó mirando a Anthony con expresión acongojada.

—El descanso sabático, para el hombre fue hecho —respondió Anthony. Y mientras hablaba se dijo que Brian era un insensato al no aceptar el dinero que le ofrecían y al no casarse con Joan sin más retraso. Si no hubiera sido por esto, Joan ya estaría casada, no hubiera él tenido que escuchar confidencias de ninguna especie, no hubiera tenido lugar la sandia apuesta, ni los besos, ni ninguna de las detestables consecuencias de los besos. Además, no había que olvidar a la pobre Joan. Casi logró sentirse indignado virtuosamente con Brian, porque éste no había conseguido comprender el principio fundamental cristiano, de que el descanso del sábado fue instituido para el hombre y que no fue el hombre creado para el sábado. ¿Pero fue realmente instituido para el hombre, le preguntó una inoportuna voz interior, hasta el punto de que un hombre tuviese derecho, por una vulgar apuesta, a perturbar el equilibrio de los sentimientos de otra persona, hasta el punto de romper una larga amistad y de traicionar a un amigo?

En tanto, Brian estaba pensando en la discusión que Joan y él habían tenido dos meses antes con su madre acerca del asunto.

Su madre le había preguntado si seguía creyendo que no debía tomar el dinero que ella le ofrecía, y cuando él respondió que sus opiniones no habían cambiado, *Mrs*. Foxe procedió a darle toda clase de razones para demostrar ere no habría mal alguno en que tomaran el dinero. El sistema económico que hacía posibles tales cosas bien pudiera ser que fuera malo, y

que todos tuviésemos obligación de hacer lo posible para cambiarlo; pero mientras tanto, era legítimo emplear los medios al alcance de cada uno para aliviar a las víctimas del erróneo sistema, tanto como para fomentar la causa de la necesaria reforma.

—Al menos, ésa ha sido siempre mi opinión— acabó diciendo su madre.

Y Brian opinó que su madre había hecho perfectamente y jamás se le pasó por las mientes censurarla por haberse aprovechado de su dinero ni considerar que tal cosa pudiera ser digna de censura. Pero sus circunstancias y las de él eran distintas. Como hombre que era, él tema oportunidades de ganarse la vida, las cuales ella no había tenido nunca. Además, cuando ella quedó viuda se vio enfrentada por ciertas obligaciones que él…

Pero, ¿y Joan? —le interrumpió su madre—. ¿No crees que ella constituye para ti una obligación? —le preguntó poniendo la mano, al hablar, sobre el brazo de la muchacha con un gesto cariñoso.

Ninguno de los tres habló durante unos segundos de silencio embarazoso y expectante, y ya Brian comenzaba a preguntarse si Joan no hablaría y qué diría y qué haría en tal caso, cuando la muchacha respondió a la pregunta de mistress Foxe.

—Entonces Brian era un niño —dijo Joan—. Yo soy una persona mayor. Soy responsable de mí misma. Y comprendo las razones de Brian.

Brian alzó los ojos y la miró agradecido. Pero vio que la cara de Joan tenía una expresión helada y remota. Se encontraron las miradas de ambos, pero Joan apartó la suya rápidamente.

—¿Entiendes sus razones? —preguntó *Mrs*. Foxe.

Joan asintió.

—¿Y te parece bien?

Joan vaciló un segundo y luego volvió a decir que sí con un gesto y dijo:

—Si Brian cree que tiene razón…

Su madre los había mirado a los dos.

—Creo que sois una pareja de valientes —dijo; y fue el tono de su voz tan bello, vibró con tanta riqueza y emoción, que las palabras pronunciadas

parecieron adquirir un nuevo y más alto significado. Brian sintió que su juicio había sido confirmado solemnemente.

Pero más tarde, recordó con perplejidad y dolor, así que Joan y él quedaron a solas y él procuró darle las gracias por lo que había hecho, Joan se volvió hacia él con expresión entre resentida, amarga y airada:

—Quieres a tus ideas más que a mí. Sin comparación.

Brian se sacudió, volviendo a la realidad, miró los árboles que crecían al borde de la carretera, las montañas suntuosamente sombreadas e iluminadas por el sol de última hora de la tarde, las islas marmóreas de nube en el cielo, todo lo miró, vio que era hermoso y halló la belleza completamente desprovista de significado.

—¡Ojalá sup-supiera qu-qu-qué hacer! —dijo.

Otro tanto pensaba Anthony, aunque no lo dijo.

OceanofPDF.com

XXXVII

OTOÑO, 1933

LE LLEVÓ a Mark más tiempo del que había calculado el liquidar sus negocios, y hubo momentos durante las largas semanas que precedieron a su partida en los que Anthony sintió fuertes tentaciones de abandonar el proyecto ridículo y volver a la delicia ultraterrena del sol mediterráneo e ideas abstractas.

—¿Qué vas buscando, realmente? —le preguntó a Mark, algo irritado.

—Divertirme —fue todo lo que Mark se dignó responder.

—Y ¿qué pretende tu amigo don Jorge con esa mísera revolución que se trae entre manos? ¿Qué cree que va a conseguir?

—Su gloria personal.

Pero ¿y los campesinos, los indios?

Ésos se quedarán exactamente igual que antes, se quedarán en el lugar que ocuparán siempre, irremisiblemente: debajo.

~~No obstante lo cual, ¿crees que merece la pena ir a ayudar a ese don Jorge?

Me merece la pena a mí —dijo Mark sonriendo anatómicamente—. Y te merece la pena a ti. A ti te merece la pena muchísimo.

—Pero a los peones, no, supongo.

—A los peones nunca les merece la pena. ¿Qué sacaron en limpio los peones de la revolución francesa? ¿Y los rusos? Lo más, lo más, unos cuantos años de ilusiones. Luego, igual o peor servidumbre que antes. Una

servidumbre quizá dorada, pintada de purpurina, pero esencialmente, exactamente la misma.

—*Y* supones que te voy a acompañar para divertirme —dijo Anthony, furioso, pensando en el Mediterráneo y en sus libros—. Es una pura sandez, es una locura imbécil.

—En otras palabras, tienes miedo. Está bien, ¿por qué no? Pero si tienes miedo, por lo que más quieras, dilo. Ten el valor de reconocer tu cobardía.

¡Cómo odiaba a Mark por decirle estas y parecidas verdades! Si no hubiera sido por *Mr*. Beavis, por aquella entrevista con Helen, y finalmente con Beppo Bowles, quizá hubiera tenido el valor suficiente para decir que tema miedo y para echarse atrás. Pero los tres se lo hicieron imposible. En primer lugar, su padre, aún hundido en su madriguera connubial, entre faldas, etimologías y efluvios de mujeres de pelo rojo, pero conturbado en mayor medida que Anthony nunca le había visto, herido, indignado, amargamente dolido. La presidencia de la Sociedad de Filología, que le pertenecía a él sin género de duda alguno, le había sido concedida a Jenkins en lugar de a él. ¡A Jenkins! Un ignorantuelo vulgarizador, la antítesis del verdadero erudito. Un charlatán, un estafador filológico, un verdadero gángster, para usar un americanismo.

La elección de Jenkins había sido un golpe mortal para míster Beavis. De ser un hombre que representaba mucha menor edad de la que tenía, se había convertido en un hombre que representaba su verdadera edad, en un viejo, y en un viejo cansado, en un viejo consumido interiormente.

—Estoy preocupada —le dijo Pauline a Anthony—. Se está matando. Y por semejante tontería. No consigo hacerle comprender que la cosa no tiene ninguna importancia. O, mejor dicho, no consigo que *sienta* que no tiene importancia. Porque verlo, lo ve, pero sigue dándole vueltas al asunto en la cabeza.

Incluso si nos escondemos en la más honda madriguera sensual, iba pensando Anthony de regreso a su casa, incluso cuando vivimos en el más placentero otro mundo intelectual, no podemos sustraernos a las asechanzas, del destino. Y comprendió de manera instantánea que después de haberse pasado toda la vida tratando de vivir en total desacuerdo con las normas que inspiraban la conducta de su padre lo único que habría logrado

era llegar a ser exactamente lo que era su padre: un hombre escondido en una madriguera. Con la muy pequeña diferencia de que en su caso la madriguera era intermitentemente adúltera en vez de ser permanentemente connubial, como la de su padre, y que sus ideas versaban acerca de la sociedad en lugar de sobre las palabras. Por el momento había salido de su madriguera; le habían expulsado de ella azuzándole hurones. Pero sería sencillo, y muy tentador, volver a ella. Volver a enterrarse y sentirse a gusto y seguro. Mas no; seguro, no; ésa era la cosa. Un Jenkins cualquiera pudiera ser elegido presidente de esto o de lo de más allá en cualquier momento, y entonces, indefenso en su madriguera mental y sensual, quedaría a la merced de cualquier pasión pueril. Fuera de su agujero, tal vez aprendiera el arte de defenderse contra tales contingencias. Decidió acompañar a Mark.

Pero durante los días siguientes la tentación se le volvió a presentar insistentemente. A pesar del espectáculo de la puerilidad mortal de su padre, la vida tranquila se le antojaba en extremo apetitosa. Se decía una y otra vez que Mark estaba loco, que iban a cometer una sandez y que su trabajo sobre temas sociológicos tenía, después de todo, importancia, que ayudaría a otros a ver claramente las cosas. Se decía si no tenía el *deber* (aunque juzgaba ridícula esta palabra) de continuar con su trabajo. Pero un día, como seis semanas después de su regreso a Londres, vio a Helen y a Beppo. La misma tarde. Su encuentro con Helen fue casual. La vio en la Sala Francesa de la Galería Nacional. Estaba Anthony agachado para ver de cerca el «Mont Sainte Victorie» de Cézanne, cuando advirtió que otros dos visitantes del museo se habían detenido detrás de él. Se apartó algo para dejarles ver el cuadro y continuó examinando meticulosamente las pinceladas del pintor.

Pasaron unos segundos. Entonces oyó una voz masculina que decía con pronunciado acento extranjero:

—Y mira ahora aquí cómo el pequeño burgués del siglo XIX trató de escapar del industrialismo. ¿Por qué ha de pintar esos paisajes tan románticos? Porque desea olvidar los nuevos procedimientos industriales de fabricación. Porque no quiere pensar en el proletariado. Por eso.

Sí; supongo que ésa es la razón —dijo otra voz, que Anthony reconoció sobresaltado. Era la voz de Helen.

Estaba preguntándose qué haría cuando la voz volvió a hablar:

—¡Pero si es Anthony!

Sintió que una mano le tocaba en el brazo. Se enderezó, se volvió hacia Helen e hizo los ruidos y gestos consonantes con una sorpresa deliciosa. Aquella cara que cuando él la vio por última vez se le mostró pétrea y burlona, o desfigurada por la mueca del placer insufrible, y luego salpicada de manchas de sangre y descompuesta de manera terrible por una pena imposible de ser expresada, por último, tan dura como en un principio y con mayor rigidez pétrea que nunca, aquella cara estaba ahora viva de manera bellísima, tierna e iluminada interiormente por una especie de alegría inmutable. Helen le miró con la mayor naturalidad. Dijérase que todo el pasado había quedado abolido y que para ella tan sólo existía el presente.

—Éste es Ekki Giesebrecht —dijo.

El muchacho rubio se inclinó rígidamente mientras se estrechaban las manos.

—Se ha tenido que escapar de Alemania. Le hubieran matado por sus opiniones políticas.

No fueron celos lo que sintió al mirar de una cara alegre a otra cara alegre. No fueron celos, sino un pesar tan agudo que pudiera ser comparado con un dolor físico. Un dolor que no cesaba y que no disminuía ante la solemne incoherencia de la breve disertación de Helen acerca del Arte como Manifestación de los intereses de Clase. Mientras escuchaba pudo reír para sí; fue capaz de reflexionar con regocijo acerca de los fantásticos productos secundarios del amor, en cuestiones de gusto, de opiniones políticas, de creencias religiosas. Pero más allá de su risa, debajo de sus reflexiones irónicas, el dolor de su desdicha persistía.

Rechazó la invitación de Helen a que tomara el té con ellos.

—He prometido ir a ver a Beppo —explicó.

—Dale recuerdos míos —dijo Helen, y luego le preguntó si había visto a Hugh desde su regreso a Inglaterra.

Anthony respondió que no.

—Vamos a separarnos, ¿sabes?

—Mis mejores deseos de que vuestro divorcio sea muy feliz —dijo Anthony esforzándose para sonreír, y se alejó rápidamente.

Según iba andando a través de la tarde apagada y humosa, pensó en aquella cara radiante y dulce y sintió, al mismo tiempo que el dolor de su desdicha, un más profundo dolor causado por el desagrado que a sí mismo se inspiraba Desde su regreso a Londres había hecho la vida que acostumbraba hacer cuando estaba en la capital. Comidas con hombres de letras y de negocios, otras cenas en las cuales las mujeres conseguían conservar la conversación más escandalosa y divertida. El éxito fácil y carente de significado, *que* sus talentos y cierto encanto natural le permitían alcanzar en semejantes reuniones, le había hecho olvidar el disgusto consigo mismo, había ocultado su dolor como la droga disimula la neuralgia o el dolor de muelas. Aquel encuentro con Helen había hecho perder instantáneamente a la droga analgésica su virtud y le había dejado sin defensa contra el dolor en nada disminuido por el anodino de efecto pasajero, y aun aumentado por él. Pues al darse cuenta de que había aceptado el consuelo de un opiado de tan mísera calidad, fue nuevo motivo de disgusto que se añadió a todos los demás. ¡Y pensar que había estado considerando juiciosamente el volver de nuevo a la antigua vida de apacible tranquilidad! Apacible de manera tan miserable, apacible de manera tan inhumana, y apacible, a pesar de sus demoradas horas de reflexión, de manera tan insensata. Los planes de Mark pudieran ser estúpidos y hasta dignos, dignos de acérrima censura, pero por malos que fueran, resultaban preferibles a la paz del trabajo y a los momentos extemporáneos de sensualidad junto al ideal Mediterráneo.

Ya a la puerta del piso de Beppo oyó voces, la de Beppo y la de otro hombre. Llamó al timbre. Paso el tiempo. La puerta seguía cerrada. Seguían hablando las voces, de manera inarticulada para él, pero la de Beppo sonaba chillona y la del desconocido era una sucesión de ladridos gradualmente más sonoros, lo que indicaba que estaban disputando. Volvió a llamar al timbre. Escuchó otra serie de gritos y de ladridos y luego el rumor de pasos apresurados. Se abrió la puerta violentamente y apareció Beppo. Estaba sofocado, con la calva de la coronilla brillante e Detrás de él, muy erguido y con talante castrense, vio a un muchacho de basta apostura, con un bigotito recortado y el pelo moreno empañado en brillantina. Iba vestido con un traje azul y presentaba un aspecto de elegancia muy poco convincente.

—Entra, pasa —dijo Beppo respirando afanosamente.

—¿Interrumpo?

—No, no. Mi amigo ya se iba… Es… *Mr*. Simpson. Se va ahora mismo.

—¡Ah! ¿Se iba? —preguntó el muchacho en voz significativa y con acento de Nottinghamshire—. No estaba enterado.

—Quizá sea mejor que me vaya yo —dijo Anthony.

—No, no. Te lo ruego —dijo Beppo, y su voz tuvo acentos de súplica desesperada.

El muchacho se echó a reír.

—Quiere protección, eso es lo que le pasa. Cree que le voy a hacer víctima de un chantaje. Lo cual me resultaría fácil si lo deseara —miró a Anthony con ojos expresivos e insolentes—. Pero no quiero.

Procuró expresar con el rostro una profunda indignación moral que diera a entender los altísimos principios por los que se regía su conducta.

—No lo haría ni por mil libras —siguió diciendo—. Es un truco de canallas, es lo que yo digo.

Abandonó la consideración de estas generalidades éticas, amainó su indignación moral, aterrizó desde las alturas, por así decirlo, y la enfocó sobre Beppo.

—Pero la avaricia también es digna de los canallas. Y tú —añadió señalando a Beppo con un dedo acusador—, eres un cerdo asqueroso y un agarrado. Eso es lo que eres. Ya te lo he dicho antes y te lo repito ahora. Y me importa un bledo quien me oiga. Porque lo puedo demostrar. Un cerdo asqueroso y un agarrado.

—Bueno, bueno —dijo Beppo en el tono de quién se entrega incondicionalmente; luego cogió a Anthony de un brazo y le dijo—: Haz el favor de pasar al cuarto de estar, ¿quieres?

Anthony obedeció. En el vestíbulo se cambiaron unas cuantas frases susurradas. Luego, después de unos momentos de silencio, se oyó el ruido de la puerta al cerrarse con violencia y Beppo entró pálido y acongojado en la habitación. Traía los dedos gruesos y blancos crispados alrededor de su cartera. Guardó apresuradamente el objeto comprometedor en el bolsillo del pañuelo. Entonces, burbujeando de rabia con igual intensidad que burbujeaba de risa, estalló:

—No andan más que detrás del dinero —dijo como una botella de cerveza de jengibre recién destapada—. Ya lo has visto tú mismo. ¿Para qué voy a disimular? Dinero, y nada más que dinero.

Prosiguió acusándolos vehementemente, apiadándose de sí mismo, en una larga e incoherente diatriba formada por destaponamientos, ruido de burbujas y chillidos.

—Ya lo acabas de ver —dijo—. ¡Qué sordidez! ¡Qué bajeza!

Su desdicha rebosaba como a impulsos de una presión interna de ácido carbónico. La agitación le obligó a levantarse de la silla y a comenzar a pasear por la habitación, ofreciendo a Anthony ora la visión de su chaleco protuberante la rica corbata comprada en Sulka, la cara con su pinjante de papadas, la calvicie reluciente de sus entradas, ora las vastas asentaderas cubiertas por pantalones a cuadros desvaídos, la chaqueta negra que ascendía en forma de pera hasta los hombros estrechos y la melenita rizada de paje florentino que caía sobre el cuello desde el desierto de su coronilla calva.

—Y no soy avaro. Otras muchas faltas tengo, Dios lo sabe, pero no ésa.

Aquella noche le telefoneó a Mark que reservara los billetes en el barco para la travesía.

OceanofPDF.com

XXXVIII

10 DE AGOSTO DE 1934

HOY ME ha hablado Helen otra vez de Miller. Me ha hablado de él con algo parecido a un resentimiento violento. (Ciertos recuerdos, ciertas cadenas de pensamientos, son como una muela dolorida que hemos de estar tocando perpetuamente para asegurarnos de que aún nos duele). La actitud de no violencia: esta vez resultó ser no sólo un truco insignificante, sino también un crimen moral. Si está uno convencido de que la gente es malvada, no tiene derecho a procurar que se conduzca debidamente. Conformes. ¿Pero qué métodos tienen mayores probabilidades de éxito? ¿La violencia? Pero la violencia puede hacer que la gente se conduzca bien tan sólo de manera temporal, momentánea; no resultará de ella la realidad de la buena conducta genuina y permanente. Me acusó de rehuir el asunto, de refugiarme en un idealismo vago. Todo resultó ser consecuencia del odio que profesaba a los nazis. Paz para todos, menos para los nazis y por contagio, para los fascistas. Éstos deben ser castigados, exterminados de manera dolorosa, como las ratas. (Nota: Todos somos pacifistas en un 99 por 100. Partidarios del Sermón de la Montaña, siempre que se nos tolere conducirnos como Napoleón o Tamerlán[94] en nuestro 1 por 100 particular, de casos elegidos por nosotros mismos. Paz, la más perfecta paz, siempre que podamos lanzarnos a la guerra que consideramos deseable. Resultado: Todos somos víctimas predestinadas de la guerra, excepcionalmente permisible a alguna otra persona. El pacifismo 99 por 100 no es más que

otro nombre del militarismo. Si hemos de conocer la paz, el pacifismo deberá ser 100 por 100).

Discutimos largamente. Luego callamos. Acabó por empezar a hablarme de Giesebrecht. Le han ejecutado después de Dios sabe qué espantables torturas.

—¿Te sorprende que piense así acerca de los nazis?

No me sorprende en absoluto. Tampoco me sorprenden los nazis. Lo sorprendente fuera hallar en ellos tolerancia y en ella perdón. Dijo:

—La persona que pudiera perdonar desapareció al desaparecer Ekki. Fui buena mientras él permaneció junto a mí. Ahora soy mala. Si él continuara a mi lado, tal vez pudiera perdonarlos por haberle dado muerte. Pero tal condición es imposible en sí misma. No podré perdonar jamás.

Pude contestar de varias maneras, naturalmente. Pero me pareció que no tenía derecho por ser yo lo que era, por conducirme de la manera que lo hago. Helen comenzó a explicarme lo que Ekki fue para ella. Un hombre al que pudo amar sin sentir vergüenza, inevitable en el caso de Gerry; un hombre al que pudo amar con todo su ser, Y «no solamente de vez en cuando, con parte de mi persona, en una azotea; ni sencillamente por divertirme, en un estudio, antes de cenar». Luego volvió una vez sobre el mismo tema: Ekki la hacía ser buena, verdadera, la había limpiado de egoísmo y la había hecho feliz. «Mientras estaba con él era otra mujer. O tal vez fui yo misma por primera vez». Luego: «¿Te acuerdas cómo te reíste de mí aquella vez en la azotea, cuando te hablé de mi “verdadera? persona»”. ¡Ya lo creo que me acordaba! En aquel momento ni siquiera era yo lo bastante real para advertir la distancia que me separaba de la realidad. Fue luego, cuando la vi llorar, cuando me di cuenta de que había rechazado su amor deliberadamente, cuando pude percibirlo.

Después de un silencio: «Al principio creí que podría enamorarme de ti, casi tan profundamente como luego me enamoré de Ekki».

Y yo, naturalmente, hice todo lo que pude para evitarlo.

Se le iluminó la cara de repente con una especie de ludibrio malicioso, que me recordó a su madre: «Es extraordinario lo graciosa que puede resultar una tragedia si la miramos desde el otro lado, al revés». Luego

añadió sonriendo: «¿Te imaginas que me quieres ahora? ¿Qué me aaamas?».

No era la imaginación; la quería.

Alzó una mano como los guardias del tráfico. «Nada de escenas de película. Tendría que echarte de aquí si comenzaras con bromas de ésas. Lo cual no quiero hacer. Porque, aunque sea extraño, me gustas. A pesar de todo. Creí que nunca podría volver a encontrarme a gusto a tu lado, después de lo del perro». Volvió a iluminarse su cara con aquella luz desagradable. «¡Son tantas las cosas que creí que no volvería a hacer nunca! Como, por ejemplo, volver a hacer una buena comida. Sin embargo, a los tres días estaba comiendo como si tal cosa. Y hacer el amor. Eso se me antojaba ser un sacrilegio inconcebible. Y, sin embargo, a los tres o cuatro meses ya estaba pensando en ello y soñando sobre el tema. Y uno de estos días supongo que me encontraré pasando de los sueños a los hechos. Y lo haré "sin compromiso de ninguna clase", como te dicen cuando te mandan una máquina aspiradora a casa para que la pruebes. Lo haré exactamente igual que antes». Se echó a reír. «Probablemente, contigo, Anthony. Hasta que nos caiga otro perro encima. ¿Estarías tú dispuesto a empezar de nuevo?».

Como antes, no. Quería dar más y recibir más.

«Para tomar, y recibir hacen falta dos personas». Cambió el tema de la conversación. Me preguntó que con quién estaba jugando al amor ahora, y cuando respondí que con nadie me preguntó si resultaba difícil y desagradable la continencia y que por qué me había dado por imitar a Mark Staithes. Traté de explicar que no estaba imitando a Mark, que éste practicaba el ascetismo por el ascetismo, y también por sí mismo para poder sentirse más despegado de todo, más «él», y en mejor situación para mirar desde arriba a los demás. Mientras que lo que yo estaba procurando lograr era evitar las ocasiones de afirmar mi diferenciación individual por medio de la sensualidad. El odio, la ira, la ambición, niegan explícitamente la unidad humana; la lujuria, la glotonería hacen otro tanto de manera indirecta e implícita, al insistir de manera exclusiva sobre la experiencia individual; y en el caso de la lujuria al emplear a otras personas como medios instrumentales para conocer tal experiencia. Aunque de manera menos peligrosa que la malevolencia y las pasiones que nos inclinan a

buscar la superioridad personal, el prestigio, la posición social privilegiada, la lujuria es incompatible con el pacifismo; con el cual únicamente puede ser compatible si deja de ser un fin egocéntrico y se convierte en un medio para unificar a través del amor a dos individuos independientes. Tal unión particular es paradigma de la unión general.

OceanofPDF.com

XXXIX

25 DE MARZO DE 1928

CANDO cerraba los ojos, veía Helen la oscuridad rojiza poblarse de manera extravagante y caótica. Le recordaba una estación de ferrocarril, llena de gentes apresuradas y de voces. Fulgían los colores y las formas se destacaban vigorosamente, relucientes, con la fuerza más real de las formas y los colores vistos a la luz de un reflector poderoso. Dijérase que la fiebre hubiera provocado dentro de su cabeza a un abigarrado gentío, hubiera encendido las luces y puesto en marcha el gramófono. En aquel escenario iluminado con brillantez poco natural, los fantasmas iban y venían a su placer, con un desprecio feroz de los deseos de Helen. Iban y venían, parlaban, gesticulaban, representaban sus dramas enrevesados e insensatos sin cesar, sin consideración para el cansancio de la espectadora, sin piedad, despreciando el deseo ardiente de Helen de quedar a solas y poder descansar. De vez en cuando, con la esperanza de que el mundo entero eclipsara aquella bulliciosa fantasmagoría, Helen abría los ojos. Pero la luz le hacía daño, y a pesar de aquellos ramilletes de rosas del papel que cubría la pared, a pesar de la colcha blanca y de las bolas *tuetálicas* de los pies de la cama, a pesar del espejo, de los cepillos para el pelo, de la botella de agua de colonia, las imágenes del otro lado de los párpados seguían viviendo sus vidas particulares. Una vida vehemente, dislocada, que tenía tan poco que ver con ella, como si se tratara de una historia inventada por un desconocido; pero, de repente, de manera fulminante e insoportable, todo

ello adquirió un significado tremendo y se hizo suyo, *de ella*, de manera atormentadora.

Aquella mañana, por ejemplo, aquella tarde (¿era mañana o tarde? El tiempo se había convertido en algo sin fin e inexistente: pero, en cualquier caso, podía medirlo diciendo que Mme. Bonifay acababa de entrar a verla, apestando, *apestando,* a ajo y a ropa interior sucia) estuvo en un vestíbulo inmenso, con estatuas. Estatuas doradas. Reconoció a Voltaire, treinta codos de alto, y uno de esos camellos chinos, pero gigantesco. La gente se distribuía en grupos graciosos y armónicos, como los actores que aparecen en un escenario. Como que *estaban* en un escenario. Representaban una obra de intriga, abundante en escenas de amor y de tiros de revólver. ¡Qué brillantez la de los reflectores! ¡Con qué claridad y énfasis iban recitando sus papeles los actores! Cada palabra era un tañido de campana, cada personaje era una luz refulgente.

«¡Arriba las manos…! ¡Te adoro! ¡Si logramos que la muchacha caiga en la trampa…!». ¿Quiénes eran y qué decían? De súbito, inesperadamente, comenzaron a hablar de aritmética. Sesenta y seis yardas de linóleo, a tres chelines y once peniques la yarda. Y la mujer que empuñaba el revólver se había convertido inopinadamente en miss Cosmas. Ya no había ningún Voltaire ni camello dorado alguno. Únicamente el encerado negro. Miss Cosmas siempre le tuvo manía, porque Helen era torpe en Matemáticas, y siempre se condujo con ella de manera odiosa y arbitraria. «A tres con once», gritaba miss Cosmas, «a tres con once». El número de *madame* Bonifay era precisamente el once, y de nuevo se vio Helen avanzando por la *rué* de la Tombe-Issoire, y advirtió cómo aumentaba su miedo hasta hacerla enfermar con cada paso que daba. Caminaba cada vez más lentamente, con la esperanza de no llegar nunca. Pero las casas se acercaban impetuosas hacia ella, se abalanzaban en su dirección, como las escaleras móviles del ferrocarril subterráneo. Se abalanzaban contra ella, pasaban vertiginosas. De pronto, apareció el número once, y se detuvo junto a ella, silenciosamente. Mme. Bonifay, *Sage Femme de 1ére Clase*[95]. Helen se detuvo mirando las palabras, exactamente igual que en la realidad hizo dos días antes; luego pasó de largo, como entonces. Un minuto nada más, se suplicó a sí misma, un minuto para darse tiempo a serenarse, de sentirse

más tranquila. Echó a andar calle arriba y se halló en un jardín con su abuela y con Hugh Ledwidge. Era un jardín amurallado, en uno de cuyos extremos crecía un pinar. Salía del pinar un hombre corriendo, un hombre que padecía una espantosa enfermedad cutánea en la cara. Eritemas, pústulas *arcoladas* y repugnante *exfoliación*. Pero todo lo que su abuela dijo fue que Dios le había escupido en el rostro, y todos rieron. En medio del bosque de pinos, vio al penetrar en él que había una cama, e inmediatamente, sin transición, se encontró acostada en ella, contemplando la representación de otra obra con muchos personajes, o tal vez fuera la misma obra. Los actores relucían bañados por la luz de los reflectores, sus palabras resonaban en sus oídos como campanas, pero ni le era posible reconocerlos, ni entender lo que decían. Allí estaba Gerry, sentado sobre el borde de la cama, besándola, acariciándola en el brazo y los pechos. «¡Gerry! ¡No hagas eso! ¡Nos va a ver toda la gente! ¡Estate quieto!». Pero cuando procuró apartarle de sí le halló *inmovible*, como un trozo inmenso de granito; y mientras tanto, manos y labios iban dando suelta a sutiles y veloces mariposas de placer que aleteaban debajo de su piel; y el horror, la vergüenza de ser observada por toda aquella gente le producía una especialísima congoja física, que no era una mariposa, sino un inmenso escarabajo, nauseabundo al tacto y, sin embargo, repugnantemente delectable. «¡¡No, Gerry, no!!». Todo le vino entonces fulminantemente a la memoria. Aquella noche en que murió el gato, y todas las noches posteriores, y luego los primeros síntomas, la angustia creciente, el día que ella le telefoneó para escuchar que se había ido al Canadá; por fin, lo del dinero, aquella noche con su madre… «¡Te odio!», había aullado; pero logró por fin apartarle de sí con esfuerzo desesperado, y en el mismo instante sintió una punzada de dolor tan penetrante y agudo que olvidó durante un instante el delirio para volver a la realidad física e inmediata. Fue cediendo el dolor, y el otro mundo, el de la calentura, se apoderó de ella nuevamente poco a poco. Ya no hay Gerry; ahora veía a *madame* Bonifay. A Mme. Bonifay con aquello en la mano. *Je vous ferai un peu mal*[96]. Ya no estaba en la cama del pinar, sino sobre el diván del gabinete de Mme. Bonifay. Apretó los dientes como los apretó entonces. Pero esta vez fue peor, porque sabía lo que iba a ocurrir. Los actores continuaban

representando sus papeles a la luz cegadora de los reflectores. Y echada sobre el diván como estaba, comprendió que también ella tomaba parte en la representación, externamente, y ya no era ella, sino otra persona en traje de baño y con ubres inmensas, como las de lady Knipe. ¿Y qué podía evitar que sus pechos adquirieran aquel tamaño? Con voces claras como campanas y totalmente incomprensibles, los actores discutían esta posibilidad. La posibilidad de una Helen de pechos disformes, de una Helen con rollos de carne grasienta en las caderas, de muslos surcados por profundas arrugas, de una Helen con filas y más filas de hijos, todos gritando, todos hediendo a leche agria, con los pañales mojados. Mas allí estaba Joyce, empujando un cochecito de niño por las calles de Aldershot. Sacaba del coche al niño. Le daba de mamar. Horripilada, fascinada, Helen le contemplaba agarrándose, succionando. Aplastada contra el pecho, la carita de rana expresaba una glotonería irresistible que iba desapareciendo gradualmente, según iba quedando lleno el estómago, para ser remplazada por otra de éxtasis imbécil. Pero sus manos eran completamente humanas, eran milagros diminutos de la más delicada elegancia. ¡Manezuelas irresistibles! Le cogía el niño a Joyce, lo apretaba contra su seno, inclinaba la cabeza para poder besar aquellos dedos pequeños y adorables. Pero lo que tenía en brazos era un gatito agonizante, eran aquellos riñones sangrantes de la carnicería, era aquella cosa horrenda que al abrir los ojos vio que Mme. Bonifay cogía con indiferencia y llevaba a la cocina en una palangana.

Fue llamado el cirujano a tiempo y Helen ya estaba fuera de peligro. Una vez tranquilizada, *madame* Bonifay recobró el buen humor *rabelesiano*[97] y maternal de costumbre.

Al hablar de la operación que había salvado la vida a Helen, casi lo hacía guiñando con picardía. *Ton petit curetage*[98], decía con una especie de jovialidad intencionada, como si estuviera hablando acerca de un placer ilícito. Para Helen cada matiz de aquella voz alegre era un insulto más y una humillación añadida. Ya estaba limpia de fiebre y en medio de su debilidad conservaba la lucidez. Ya habitaba nuevamente el mundo de la realidad. Al volver la cabeza se podía ver en el espejo del armario. Le daba cierta satisfacción observar su delgadez, la palidez de su cara, las sombras de un

azul translúcido que le rodeaba los ojos y el aspecto mortecino y apagado de éstos. Hubiera podido darse polvos, pintarse los labios, teñirse las mejillas y devolver el brillo a sus cabellos mate y desordenados usando el cepillo, pero una cierta perversidad le hacía preferir la palidez y el desaliño. «Como un gatito», se decía. Reducida a la categoría de un guiñapo de carne fláccida, transformada en algo repelente; de ser una criatura alegre y vital convertida en una cosa semejante a aquellos riñones, a aquella cosa indecible que Mme. Bonifay… Se estremeció. Y encima de todo, *ton petit curetage*, dicho en el mismo tono que pudiera emplear para decir *ton petit amoureux*[99]. Aquello era la humillación final y definitiva. Odiaba a aquella mujer bestial, pero al mismo tiempo se alegraba de que fuera tan vil. Aquella ordinariez jocunda era adecuada y ajustaba bien con todo lo demás. Pero así que Mme. Bonifay salía de la habitación, Helen lloraba silenciosamente con lástima infinita y terrible de sí misma.

Regresó Mme. Bonifay inesperadamente y la sorprendió llorando. Era la segunda mañana después del *petit curetage*. Tenía la cara bañada en lágrimas. La mujer, verdaderamente apiadada, procuró consolarla. Pero sus palabras de consuelo apestaban, como de costumbre, a cebolla. Asqueada físicamente y también irritada por aquella intromisión indiscreta en su intimidad, Helen rehuyó la mirada, y cuando *madame* Bonifay insistió en reconfortarla, sacudió la cabeza y le dijo que la dejara. Vaciló Mme. Bonifay durante un instante y luego obedeció, no sin antes lanzar contra ella, cual guerreros de Partía, un postrer insulto al referirse cariñosamente a una carta llegada para ella, la cual dejó sobre la almohada. Seguramente sería de *él*. A pesar de todo, tenía buen corazón…

Pero la carta resultó ser de Hugh.

¡Unas vacaciones en París! —decía la carta—. *¡Cómo te envidio, Helen, desde mi perrera, rodeado de mis chucherías! París a mediados de verano. Bello y alegre, como jamás logrará serlo esta ciudad de distancias embozadas en niebla. Londres es siempre funéreo, incluso al sol. Añora uno el brillo claro e inequívoco de París. ¡Cómo me gustaría estar ahí! Por egoísmo, ante todo, por el placer de estar contigo, de encontrarme fuera de Londres y del Museo. Pero también altruistamente,*

por ti, porque me preocupa el pensar en ti completamente sola en París. Teóricamente, con la cabeza, estoy tranquilo, pues sé que no es probable que te ocurra nada. Pero, sin embargo, me gustaría estar junto a ti, protector, invisible, de manera que no advirtieras mi presencia, que no te importunara mi devoción, pero también de tal manera, que experimentaras la confianza que nos da el ser dos en lugar de uno. Y no es que fuera yo paladín deseable para un apuro, mucho me temo. (¡Cómo me odio a veces por mi vergonzosa ineptitud!). Mas mejor sería tenerme a mí que carecer de toda ayuda tal vez. Y nunca te importunaría, nunca invadiría tu soledad ni interferiría con nada. No existiría, excepto en el momento de tu necesidad. Mi premio sería estar cerca de ti, el verte y el escucharte; mi premio sería el que recibe quien sale de un lugar polvoriento a un jardín y mira los árboles floridos y escucha el rumor de las fuentes.

Nunca te lo he dicho (temí que te rieras y quizá rías en efecto al leerlo ahora; pero no me duele, pues al fin y al cabo es tu risa), pero muchas veces me siento a contarme cuentos, a escucharme relatos en los que siempre estoy junto a ti, como te he dicho quisiera encontrarme a tu lado en París. Vigilando para que no te sobrevenga mal alguno, ahorrándote peligros y recibiendo en pago la frescura de tu belleza, el calor de tu fuego, la luz cegadora de tu pureza brillante…

Airada como si la ironía de la frase fuera maliciosa, Helen arrojó la carta sobre la cama. Pero pasada una hora la volvió a coger y comenzó a leerla de nuevo desde un principio. Después de todo, era consolador saber que había alguien que la consideraba con amor.

OceanofPDF.com

XL

11 DE SETIEMBRE DE 1934

HE ESTADO con Miller viendo unas películas documentales científicas. Fertilización, división de las células, desarrollo. Un remozamiento de la visión de pesadilla del año pasado de la fuerza vital más que *bergsoniana*[100], de un último Dios Sombrío, mucho más sombrío, extraño y violento de lo que Lawrence imaginó. Materia prima que, en su plano inhumano, es ya un producto perfectamente acabado. Luego proyectaron una película sobre las lombrices de tierra. Escena amorosa de una semana de duración, lombriz hermafrodita, dentro de un tubo de viscosidad. Después una película de belleza increíble: la vida de la moscarda. Los huevos. Las larvas sobre un trozo de carne en estado de Putrefacción moderada, blancas como la nieve, semejantes a un rebaño de corderos en un prado. Huyen de la luz. Tras cinco días de crecimiento, se entierran, escarban, fabrican su capullo protector. A los doce días surge la mosca. ¡Fantástico proceso de resurrección! Un órgano de la cabeza se infla como un globo. Se infla de tal manera que las paredes del capullo se abren. La moscarda sale con esfuerzo. Ahora es de fototropismo positivo en lugar de negativo, como su larva. (¡Milagro de segundo orden o incidental!). Se va abriendo camino, escarbando, hacia la luz. Llegada a la superficie, se la ve literalmente hincharse de aire, come con una bomba, su cuerpo blando y mojado, alisar sus alas obligando que fluya la sangre en las venas. Es un espectáculo pasmoso y conmovedor.

Le pregunté a Miller cuáles serán los resultados de la vulgarización de esta clase de hechos, qué ocurrirá al ser conocidos estos mundos incomparablemente más increíbles y menos probables que cuánto imaginan los fabricantes de utopías, mundos que hasta hace muy pocos años eran conocidos de un puñado de personas solamente. ¿Qué efectos tendrán al ser descubiertos por el vulgo? Miller se rió. «Tendrán exactamente el efecto que la gente desee que tengan. Quienes prefieran pensar en el sexo y en el dinero continuarán pensando en el sexo y en el dinero. Por muy estentóreamente que el cinematógrafo proclame las glorias de Dios». Persistencia de la idea ingenua según la cual la consecuencia de las circunstancias favorables ha de ser, inevitable y automáticamente, buena. De nuevo materia prima que exige colaboración. Creemos en él progreso automático porque nos enseñaron a creer amorosamente en esa estupidez, porque es consoladora. Consoladora porque nos permite hacer responsables de nuestras acciones y de nuestra falta de acción a otra cosa fuera de nosotros mismos.

OceanofPDF.com

XLI

DICIEMBRE 1933

EN Colón, ya al caer de la tarde, tomaron un coche y avanzaron por una explanada. Blancuzco, como un inmenso ojo de pez, el mar permanecía en mortal inmovilidad. Unas palmeras, desmedidamente altas y finas, se alzaban contra el fondo de una puesta de sol tarjeta postal, como símbolos de una desesperación resignada. Las fosas nasales apreciaban en el aire calentón la contextura de vapor algodonoso. Nadaron durante algún tiempo en el tibio ojo de pez y luego regresaron a la oscuridad creciente de la ciudad.

Después de la cena, los ricos podían acudir a los *cabarets*, que les ofrecían números de bailes, bebidas costosas y prostitutas de blancura legítima, a diez dólares. En las calles apartadas, las mujeres mulatas se sentaban en el umbral de sus puertas abiertas, que daban directamente a sus alcobas iluminadas, esperando a los pobres.

—Si uno poseyera una conciencia realmente severa —dijo Anthony según regresaban al hotel ya avanzada la noche— supongo que tendría que procurar coger la sífilis.

Olor a sudor, a alcohol, a alcantarilla y podredumbre, baratos; a la mañana siguiente el canal, las grandes esclusas, el barco que va subiendo desde un océano para luego ir descendiendo hasta otro. Obra superhumana explicó Mark sonriendo anatómicamente, que hizo posible el transportar zorras y *whisky* por mar, en lugar de hacerlo por tierra, desde Colón a Panamá.

El barco puso rumbo al Norte. Una vez cada dos o tres días, tocaban en algún puerto pequeño para tomar carga a bordo. Salida de los plátanos cargados en San José; una gran araña, tamaña como un puño y peluda, logró llegar hasta el camarote. En aguas de Champerico, cuando las barcazas les trajeron sacos y más sacos de café, un indio se cayó al mar y se ahogó.

De noche, no parecía que se moviera el barco, sino las estrellas. Iban ascendiendo lentamente, en diagonal, quedando colgadas en la parte más alta de su trayectoria y luego se lanzaban hacia abajo, ensayaban dirigirse hacia la derecha, volvían a enmendar su curso hacia la izquierda y comenzaban de nuevo a subir hacia el cénit.

—Algo repugnante —fue la opinión de Anthony—, pero muy bello.

Aquello era una manera positiva sobre la ordinaria mecánica celeste. Podía uno permanecer tumbado contemplándolas indefinidamente.

Staithes dijo en tono de satisfacción y al mismo tiempo amenazador, que pasados dos días llegarían a Puerto San Felipe.

Puerto San Felipe era un villorrio de chozas, con algunos cobertizos de madera cercanos a la orilla destinados al almacenaje de café. El agente de don Jorge en el puerto los ayudó a pasar la aduana. Era un español de pura raza, medio muerto por las enfermedades tropicales que sufría, pero aún cortés y discreto.

—Ésta es su casa —les aseguró según subían el sendero en cuesta que conducía a su casa de un piso.

El acceso estaba protegido por una galería sombreada de orquídeas, entre cuyas ramas colgaban innumerables jaulas de cotorras verdes que gritaban sin cesar.

Una mujer escuálida, vieja prematuramente y agotada, agotada desesperadamente, más allá del límite de sus fuerzas, salió de la casa arrástrenlo los pies para darles la bienvenida y para excusarse por anticipado de la pobreza de la hospitalidad. Puerto San Felipe era un lugar miserable, sin comodidades, y además, les explicó, la niña no estaba bien, no estaba nada bien. Mark le preguntó qué ocurría. La mujer le miró con ojos inexpresivos, apagados por el cansancio, y respondió vagamente que tenía calentura, calentura y dolor de cabeza.

Entraron en la casa y les fue mostrada una niña acostada en un camastro, que movía incesantemente la cabeza de un lado al otro, como si buscara en vano algún lugar fresco en que descansar la mejilla y una postura que proporcionara alivio a su dolor. Estaba la habitación llena le moscas y de la cocina salía un pronunciado olor a pescado frito. Según miraba a la niña Anthony recordó a Helen aquel día en la azotea, volviendo la cabeza de un lado al otro torturada por el placer.

—Debe de ser mastoiditis —dijo Mark—. O tal vez meningitis.

En aquel momento, la niña sacó los brazos de debajo de las sábanas y agarrándose la cabeza con ambas manos comenzó a moverla con aumentada violencia hasta que, al fin, cayó en terrible paroxismo y comenzó a dar aullidos.

En respuesta inmediata, las cotorras de la galería redoblaron sus gritos, que adquirieron una intensidad ensordecedora.

—Calla, calla —repetía la madre sin cesar; al principio con voz de mimo, luego con insistencia creciente, suplicando, exhortando, ordenando a la niña que se callara, que disminuyera su dolor. Continuaron los gritos y la cabeza siguió agitándose violentamente.

Torturas de dolor; torturas de placer. A merced de la piel y del moco, a merced de aquellas hebras de nervios.

—Calla, calla —repitió la mujer, casi enfurecida.

Se inclinó sobre la yacija y bajó a la fuerza los brazos alzados de la niña. Luego, sujetando las dos huesudas muñecas con una mano, procuró con la otra impedir que la cabeza se moviera sobre la almohada. La niña se debatió luchando contra la madre sin dejar de gritar. La mano descarnada de la mujer se apretó alrededor de las muñecas y ejerció presión mayor sobre la frente. Pensaba, probablemente, que si lograba suprimir las manifestaciones del dolor, quizá cesaría éste, quizá la niña dejara le gritar, y quizá se sentara sonriendo en la cama, ya curada.

—Calla, calla —le ordenó, con los dientes apretados.

Gracias a un esfuerzo violento, la niña logró soltarse *as muñecas de la mano garruda e inmediatamente los brazos volaron en auxilio de la cabeza. Mark la tocó en el hombro. La mujer volvió la cabeza.

~~Mejor será que la deje usted —dijo Mark.

Obedeció la mujer, se enderezó y fue hacia la puerta que daba a la galería. Anthony y Mark la siguieron. Nada podían hacer por la enferma.

¡Ésta es su casa!

Afortunadamente no era cierto que lo fuese. Fueron cesando los gritos de la enferma, pero aquel olor a pesando frito, las cotorras entre las orquídeas… Mark declinó cortésmente una invitación a almorzar. Salieron de nuevo al sol abrumador. Los *mozos* habían cargado la impedimenta en unas acémilas, y las mulas de silla aguardaban, atadas a la sombra de un árbol, ya dispuestas. Ambos se calzaron unas espuelas inmensas y montaron.

El sendero subía tortuosamente desde la costa a través de un bosque que la sequía había teñido de plata y de rosa sucio. Muy erguido sobre su silla vaquera, Mark iba leyendo *Tomón de Atenas,* en su edición de bolsillo de las Tragedias. Cada vez que volvía una página espoleaba a la mula, y durante unos cuantos trancos la bestia aceleraba la subida para luego volver al lento paso de unos segundos antes.

En el hotel de Tapatlan, en que pasaron la noche, Anthony fue picado, por primera vez en su vida, por las chinches. A la mañana siguiente tuvo un ataque de disentería. Al cuarto día se encontró capaz de salir y ver lo que en la localidad valía la pena de ver. El último terremoto había destruido la iglesia casi totalmente. Una masa densa, negra y brutal de murciélagos pendía de las vigas, simulando ciruelas maduras; un chico indio, andrajoso y descalzo, estaba barriendo los excrementos. Los santos barrocos aleteaban y gesticulaban en los altares, víctimas de un paroxismo helado de devoción. Salieron nuevamente a la plaza del mercado, en donde, misteriosas y como emboscadas en oscuros mantos, las indias, de tez morena, estaban sentadas sobre el polvo delante de sus montoncillos de fruta y de verdura agostadas. La carne, expuesta sobre el mostrador del carnicero, estaba cubierta por una costra de moscas. Pasaban los borricos sacudiendo rítmicamente las largas orejas, moviendo rápida y silenciosamente sus menudos cascos sobre el polvo. Las mujeres iban y venían sin ruido, llevando sobre la cabeza latas de petróleo llenas de agua. Desde la sombra de los sombreros de anchas alas, ojos oscuros dotados de un brillo inexpresivo y serpentino miraban a

los forasteros con absoluta falta de curiosidad, de interés, de conciencia de que existieran.

—Estoy cansado —dijo Anthony.

No habían andado mucho, pero en Tapatlan, incluso el vivir y el tener conciencia de algo resultaba agotador.

—Cuando me muera —siguió diciendo—, éste es el rincón del infierno a que seré condenado. Lo he reconocido inmediatamente.

El bar del hotel era una estancia tenebrosa y semejante a una cripta, con un techo abovedado aguantado por un pilar central de mampostería mucho más ancho de lo que ludiera esperarse, calculado para resistir los temblores de los terremotos. Mark lo bautizó El Osario Sajón, y en él dejó instalado a Anthony sentado en una butaca de mimbre mientras él fue al cuarto en busca de un pañuelo.

Un mejicano, joven, vestido con elegante riqueza, con pantalones de montar y un inmenso sombrero de fieltro, estaba apoyado sobre el mostrador fanfarroneando en beneficio de la dueña, quien le escuchaba hablar de los caimanes que había cazado en los cenagales del delta del Coppalita, de la firmeza con que había manejado a los indios que fueron a hacer la cosecha de café en sus fincas y del dinero que esperaba ganar cuando vendiera dicha cosecha.

«Está algo borracho», se dijo Anthony, mientras escuchaba desde el asiento.

Estaba escuchando y estaba disfrutando también con el mejicano, cuando se volvió éste hacia él, e inclinándose con la grave formalidad de quien está tan borracho que por fuerza ha de hacerlo todo con lentitud inevitable, le preguntó si el caballero extranjero quería beber un vaso de tequila con él.

El cansancio había empeorado muy notablemente la poca habilidad de Anthony como conversador en castellano. Sus esfuerzos para explicar que había estado enfermo, y que no le convenía beber alcohol, pronto le tornaron incoherente. El joven mejicano le escuchó mirándole muy fijamente con sus ojos oscuros, brillantes como los de los indios, pero distintos de los de éstos por estar dotados de vivísima expresión. Eran los suyos ojos de europeo y se apreciaba en ellos un interés intenso y

apasionado y una percepción de delicado foco. Siguió Anthony su trabucado discurso cuando inopinadamente los ojos adquirieron un brillo nuevo y amenazador. Descompuso la muy agraciada cara el enojo, y al cerrarse violentamente las manos grandes y rapaces sus nudillos quedaron blancos. El hombre avanzó airado:

—Usted me desprecia —gritó.

El desmedido movimiento y la violencia de su tono cogieron a Anthony de sorpresa e incapaz de dominar su reacción instintiva se sintió presa de un miedo pánico. Se levantó con torpeza y luego de refugiarse detrás de su silla comenzó a explicar con voz que quiso que fuera apaciguadora y conciliatoria, pero que pese a sus esfuerzos para hacerla grave y pausada temblaba chillona, que de ningún modo quiso despreciar a nadie, y que se trataba sencillamente de lo que luego de buscar en vano una expresión médica satisfactoria se vio obligado a describir como un dolor de estómago.

Por algún motivo, la palabra «estómago» le pareció al mejicano colmar el insulto de manera intolerable. Algo dijo con voz estentórea, algo incomprensible, pero indudablemente vituperoso. Se llevó la mano al bolsillo trasero del calzón y avanzó nuevamente hacia Anthony empuñando un revólver mientras la patrona pedía a voces auxilio.

—¡No, no! —gritó Anthony sin saber lo que decía, y luego, con agilidad extraordinaria, logró con un brinco refugiarse detrás del grueso pilar sustentador de la bóveda.

Desapareció de su vista durante un segundo el mozo. Pero mientras permanecía detrás del pilar, Anthony comenzó a imaginarse que avanzaba hacia él de puntillas, creyó ver surgir el revólver de detrás de la columna cuadrada y apuntarle al rostro; creyó sentirlo apoyado contra la espalda, oír el disparo ya. Se apoderó de él un terror tan intenso que le pareció comparable con el dolor físico más agudo que imaginarse pudiera. El corazón le latía más violentamente que nunca y sintió bascas incoercibles. Venciendo su terror con la ayuda de otro más vivo, asomó la cabeza por la izquierda. El mejicano estaba a dos yardas de distancia, contemplando el pilar con fijeza feroz. Le vio Anthony moverse rápidamente, y con un grito de horror dio un salto y asomó la cabeza por la derecha, dio otro salto y la asomó por la izquierda, luego brincó de nuevo hacia la derecha.

Se dio cuenta de que no podía continuar los brincos durante mucho más tiempo, pero el pensamiento de que el revólver iba a aparecer por detrás de la columna le hizo saltar una vez más y espiar de nuevo a su enemigo.

Nuevo movimiento del muchacho, y nuevo salto de Anthony.

Lo que mayor terror le producía era el imaginado ruido del disparo. El ruido horrible, súbito, aniquilador, como el de aquella explosión muchos años antes. Sintió que los párpados adquirían un rigor intolerable y que le temblaban sin que él pudiera remediarlo, dispuestos a cerrarse velozmente, previendo el espantable suceso. Las pestañas vibraban delante de su vista. Como a través de una neblina vio que se abría la puerta, y que entraba Mark, que atravesaba rápidamente la habitación y que cogía al mejicano por la muñeca… Se disparó el revólver. El disparo, amplificada su detonación por paredes y techo, fue de sonoridad catastrófica. Anthony dio un agudo grito, como si hubiese resultado herido, y cerrando los ojos se aplastó contra la pilastra. Únicamente capaz de advertir las náuseas, el dolor que sentía en el perineo y los retortijones de las entrañas, aguardó, convertido en encarnación temblorosa del miedo, el ruido de un segundo disparo. Aguardó un tiempo que se le antojó ser de varias horas. Unas voces ininteligibles charlaban cerca de él. Al fin, sintió que algo le tocaba en un hombro.

¡No!, ¡no! —gritó, y abriendo los ojos, cuyos párpados aún se apercibían para cerrarse, vio a Mark, que demostraba músculo por músculo, la sonrisa regocijada de un amigo de buen humor.

—Desapareció el peligro. Ya puedes salir.

Anthony salió de detrás de la columna profundamente avergonzado y humillado. El mejicano estaba nuevamente apoyado sobre el bar bebiendo. Cuando se acercaron a él se volvió, y salió a su encuentro con los brazos abiertos.

—¡*Hombre*! —le dijo a Anthony mientras le estrechaba la mano afectuosamente—. *¡¡Hombre!!*

La humillación de Anthony subió de todo punto.

OceanofPDF.com

XLII

15 DE SETIEMBRE DE 1934

DURANTE estos días pasados he desarrollado una meditación alrededor de una frase de William Penn: «La fuerza puede vencer, pero el amor conquista; y el que perdona primero, gana dos laureles».

«La fuerza puede vencer». Veo con la imaginación a los hombres haciendo uso de su fuerza. Primero, mano a mano. Con los puños, con cuchillos, con porras, con látigos. Verdugones, rojos o huesos rotos cuyos extremos astillados salen punzantes a través de la piel, caras horriblemente tumefactas y sangrantes. Luego procuro imaginar, en mi propio cuerpo el dolor de un dedo machucado, de palos y latigazos en el rostro, del contacto ardiente de un hierro al rojo. Todas las brutalidades y torturas a corta distancia. Luego, la fuerza desde lejos. Balas de ametralladora, los explosivos, los gases, ya sean asfixiantes o corrosivos, el fuego de los lanzallamas.

La fuerza, por fin, como coerción económica. Niños famélicos de vientre hinchado y brazos y piernas como palillos de tambor. Mujeres ya viejas a los treinta años. Y esos cadáveres vivos que vemos en las esquinas de las calles en Durham y Gales del Sur, o que avanzan arrastrando los pies por el barro.

Sí; la fuerza puede vencer. Vencer al dar muerte, vencer hiriendo, vencer por medio del hambre y del terror. Visión de rostros atemorizados con expresión del más abyecto servilismo. El gerente, vociferando desde

detrás de su mesa; el escribiente, abrumado por la amenaza de despido. La Fuerza: negativa violenta de la verdadera unidad del hombre.

«La Fuerza puede vencer; pero el Amor conquista». Repaso la historia del mismo Penn entre los pielrrojas. Recuerdo cómo Miller acostumbraba a desvanecer las sospechas y la hostilidad de los indios en los poblados montañeros. Pienso en Pennell, en la frontera del Noroeste; en los Cuáqueros durante el hambre en Rusia. En Elizabeth Fry y Damien.

Después consideré el afecto expresado en términos políticos. La insistencia de Campbell-Bannerman de que Inglaterra pagara reparaciones a los boers, vencidos por ella, a pesar de las protestas, a pesar de las profecías dignas de Casandra hechas por hombres «sensatos y prácticos», como Arthur Balfour[101]. El amor conquista, incluso en la forma torpe y descompuesta de una buena constitución política. «El que perdona primero, gana los laureles». En África del Sur, los ingleses perdonaron a aquéllos a quienes ellos mismos habían ofendido, lo cual es casi tan difícil como perdonar a quienes nos han injuriado, y de esta manera recibieron un premio que jamás pudieran alcanzar mediante la aplicación prolongada de la fuerza. Nadie ha ganado premio alguno a consecuencia de la guerra de 1914, porque ningún combatiente ha perdonado aún a aquellos que le ofendieron ni a quienes él ultrajó.

Aplicado de manera consistente, el amor siempre acaba por ganar, en cualquier circunstancia. Es un hecho demostrado empíricamente. El amor es la mejor política, la de mejores resultados. Y es la mejor, no solamente por lo que se refiere a los amados, sino también en lo concerniente al amador. Pues el amor halla fuentes de energía dentro de sí mismo. De dentro de él mismo surgen los medios para llevar a cabo las normas inspiradas en él. Para persistir en el amor es menester paciencia, valor y constancia. Pero el amor genera estos medios precisos para su continuación. El amor conquista en beneficio de aquello que es amado; el amador es paciente y valeroso.

Y ¿qué es lo amado? La bondad y la capacidad para la bondad de todos los seres humanos, incluso de aquellos que se ocupan activamente en negarse a convertir en realidad dicha capacidad potencial con relación al mismo amador. Cuando es de intensidad suficiente, puede el amor hacer

desaparecer incluso el temor a los enemigos activos a quienes inspira la malevolencia.

Termino presentando a los ojos de mi mente la idea de lo bueno, inmóvil. Lo bueno, inmanente en potencia, trascendente como ideal consumado; concebible en su perfección, pero asimismo susceptible de ser puesto en práctica, de ser encarnado, al menos de manera parcial, en cualquier situación en que podamos encontrarnos. «La idea de lo bueno» no es una frase feliz. Pues, verdaderamente, se trata de todo un sistema de pensamientos y sentimientos. Es este sistema el que coloco inmóvil ante mí y el que percibo de golpe, en su totalidad, el que sitúo sin palabras, sin imágenes, no de manera discursiva, como una entidad sencilla y simple. Lo considero, hasta que, al cabo, he de retirarme de nuevo, de acudir a los vocablos, de volver (volver, sí, pero con aumentada conciencia, refrescado, reabastecido, por así decirlo) a la vida.

17 DE SETIEMBRE DE 1934.

Me llamó Helen para que la ayudara a entretener a su hermana y a su cuñado, recién llegados de la India. Tuve que vestirme de etiqueta, por primera vez este año porque Colin no consentiría en ser visto en el teatro o en el *grill* del Savoy excepto de frac. Una velada tediosa. Joyce, desvaída y macilenta prematuramente. Colin, interesado disimuladamente en cuerpos más rotundos y lozanos. Ella, celosa y chinche; él, enojado de estar atado a ella y a los hijos, culpándola a ella de la rigidez de su propio código, el cual no le permite ser el libertino que le gustaría ser. Los dos, con impaciencia crónica provocada por el otro. De vez en cuando, un estallido de mal humor, un intercambio de palabras airadas o injuriosas. Colin tenía además otras causas de mal humor. Inglaterra, al parecer, no muestra respeto suficiente por los oficiales y los caballeros. Los cocheros se conducen impertinentemente, las clases bajas le dan empujones en la calle. «Dicen que éste es un país para blancos». (Esto, después de la segunda copa en el bar del teatro, en el entreacto). «No lo es. A mí dame Poona, sin género de duda alguno».

Pienso: todos tenemos nuestro Poona, escondrijos para huir de la realidad desagradable. El peligro, como Miller nunca se cansa de decir, de la meditación, es que se convierta en un escondrijo de esa clase. El quietismo puede ser sencillamente la satisfacción de un vicio. Ciertos dones especiales son comparables con la masturbación. Pero masturbación dignificada por los falsos místicos, que la practican con los nombres más sagrados de la terminología religiosa y filosófica. La vida contemplativa de los tales puede ser un sucedáneo intelectual de Marlene Dietrich, un asunto para meditaciones eróticas en el crepúsculo. La meditación tiene un valor, pero no como fin grato, sino como medio para lograr cambios deseables de la propia personalidad y de la manera de vivir. Vivir contemplativamente, no es vivir en un Poona deliciosamente voluptuoso y halagador; es vivir en Londres, pero vivir en él, de manera distinta de los londinenses típicos.

OceanofPDF.com

XLIII

20 Y 21 DE JULIO DE 1914

EL MOMENTO de buen auspicio para decirle a Brian la verdad, o al menos aquella parte de la verdad que le convenía conocer, no parecía tener trazas de presentarse. La primera noche, Anthony desistió de hablar del asunto, pues creyó conveniente concederse una tregua, debido a la mala cara y al evidente cansancio del pobre Brian. Durante la cena, y después de ella, Anthony procuró encauzar la conversación por los derroteros menos personales que pudo. Habló acerca de las *Réflexions sur la Violence*, de Sorel, ¡ingrata lectura para los socialistas moderados! ¿Se había dado cuenta Brian, preguntó luego, de lo muy eficazmente que Julien Benda[102] había refutado a su bienamado Bergson? ¿Qué tal los nuevos versos libres de Lascelles Abercrombie? ¿Y lo más reciente de Gilbert Cannan?

A la mañana siguiente se pusieron en marcha camino de los Picos de Langdale. Los dos estaban desentrenados, pero a pesar de su respiración fatigosa y de los latidos de su corazón, Brian continuaba andando con una especie de decisión espartana que Anthony empezó por encontrar absurda y acabó por juzgar exasperante. Cuando regresaron, ya entrada la tarde, los dos estaban rendidos y Anthony de mal humor. Sin embargo, siguió encontrándose incapaz de conducirse con Brian más que como hombre, y de manera digna; y la dignidad era, evidentemente, incompatible con la confesión de la verdad que tenía que confesar. Pasaron la velada casi sin hablar, Anthony leyendo, el otro paseando inquieto por la habitación, como

al acecho de una ocasión para hablar, la cual ocasión Anthony tuvo buen cuidado de no darle, simulando un profundo ensimismamiento.

Despertó Anthony al día siguiente con la incómoda sensación de que iba pasando el tiempo, y pasando, no solamente para él, sino también para Joan y para Brian. Además, cuanto más retrasase la inevitable explicación, peor sería la opinión que Brian formaría de él.

Con el pretexto de que tenía una ampolla en un talón, permitió que Brian se fuera solo de excursión, y una vez que le hubo visto alejarse con decisión indomeñable subiendo la cuesta que quedaba a espaldas de la casita, se sentó a escribir a Joan. Más valiera decir que se sentó a procurar escribirle, pues todos los borradores que consiguió redactar presentaban el defecto de una pareja de defectos, cualquiera de los cuales le dejaría expuesto a un peligro; el peligro de que si insistía demasiado en la estima y afecto que le habían predispuesto a perder la cabeza aquella noche desgraciada, contestara ella que tanto afecto y tanta estima, suficientes para hacerle perder la cabeza, merecerían ser llamados amor verdadero y constituían la justificación (pues el amor todo lo justifica) de su conducta al traicionar a Brian. Y era el otro peligro que, si insistía exclusivamente en el hecho de haber perdido la cabeza a causa de una demencia pasajera, se sintiese ella afrentada y se quejara a Brian, o *Mrs*. Foxe y a su familia, dándole al hacerlo fama de canalla, seductor de doncellas y quién sabe qué otras lindezas. Tras de emplear inútilmente tres horas y hasta una docena de hojas de papel, el mejor de todos los borradores compuestos se le antojó poco satisfactorio e indigno de ser enviado. Cejó airado de su empeño, y en aquel irritado estado de ánimo en que se hallaba enhiló una muy violenta carta de reproches durísimos para Mary. ¡Maldita mujer…! Culpable era ella de todo. «Maldad preconcebida…». «Desvergonzado abuso del amor que te tenía…». «Me has tratado como si fuera yo un animal a quien te fuera permitido atormentar para tu diversión…». Estas y otras frases semejantes fueron fluyendo de su pluma. «Esta carta es de despedida para siempre», acabó diciendo, y en parte creía en la verdad de los sentimientos que expresaba. «No quiero volver a verte nunca. *Jamás*». Pero otra parte de su mente reflexionaba que las consecuencias de una disputa siempre son susceptibles de arreglo; le daría una lección; más tarde, si ella se mostraba

sumisa y él descubría demasiado doloroso prescindir de ella… Cerró la carta y fue inmediatamente andando a buen paso hasta el pueblo para echarla al correo. Este acto enérgico contribuyó no poco a hacerle recobrar el respeto de sí mismo. Mientras volvía a la casa decidió que había llegado el momento, que aquella misma noche hablaría con Brian, y que cuando viera la actitud que su amigo tomaba escribiría a Joan a la mañana siguiente.

Brian volvió a las seis, triunfante, pues había andado mayor distancia y había coronado más montes aquel día que en ninguna otra ocasión, pero su aspecto, a pesar de su gozo, era del más completo agotamiento. Al ver aquel rostro que conocía desde hacía tantos años y que ahora mostraba a pesar de su sonrisa un cansancio trágico y una demacración terrible, Anthony sintió renacer con mayor intensidad sus sentimientos del primer día. Deseó mostrarse solícito con aquel antiguo amigo, experimentó piedad y congoja al ver los sufrimientos del hombre, y al mismo tiempo remordimientos intolerables de haberle traicionado y acerba responsabilidad por aquel ser humano. La confesión inmediata de su culpa le hubiera consolado y al mismo tiempo le hubiese permitido expresar sus sentimientos; pero vaciló; calló; y a los pocos segundos, por un proceso casi instantáneo de química psicología, su verdadera y tierna piedad al combinarse con la sensación de culpabilidad se precipitó en una especie de ira. Sí, le enojaba Brian por tener un aspecto tan cansado, por sentirse tan profundamente desgraciado, porque su desgracia iba a aumentar así que escuchara la verdad.

—Debes de estar loco para agotarte de esa manera —le dijo malhumoradamente, y le obligó a entrar en la casa para que descansara un rato antes de cenar.

Después de la comida salieron a la angosta terraza de césped que corría a lo largo de la fachada de la casa, y luego de extender una manta sobre el suelo se tumbaron a contemplar el cielo, teñido de verde cuando salieron de la casa por la luz del crepúsculo estival y poco a poco tomándose más y más azul al pasar el tiempo.

Anthony se dijo que el momento había llegado irrevocablemente. Sintió que le flaqueaban las fuerzas, y estuvo largo rato haciendo acopio de voluntad, ensayando para sí diversas maneras de atacar el asunto, vacilando,

no acabando de decidir si debía confesarlo todo bruscamente o si sería más prudente ir preparando a la víctima para escuchar la revelación final.

Antes de que hubiera decidido la mejor manera de iniciar la conversación y de confesar lo ocurrido, comenzó Brian a hablar con abundantes tartamudeos. También él, parecía evidente, había estado buscando anhelosamente ocasión de desahogarse, y en lugar de representar el papel de penitente, como tenía pensado, Anthony se encontró (consolada parte de su conciencia, y profundamente acongojada la otra parte, la más honda) llamado a representar el papel de confesor y director espiritual; se encontró obligado a escuchar de nuevo la historia que Joan le había relatado por su parte, la historia que había él confiado a su vez con tan grande fruición a Mary. Hubo de escuchar lo muy humillante, lo muy doloroso que su amigo encontraba su incapacidad para dominar su cuerpo, para desterrar todo deseo vil, indigno del amor que profesaba a Joan. O quizá, aclaró Brian citando el gran volcán de Meredith que arroja al cielo fuego terreno, quizá no indignos de su amor cuando las circunstancias permitieran que ocuparan su debido lugar en el complejo todo que es el matrimonio; pero indiscutiblemente indigno a la sazón, indignos en aquel momento en que era imposible que fueran expresados de manera legítima, indignos en cuanto eran capaces de desafiar la autoridad de la mente consciente.

Le explicó Brian que tuvo necesidad de huir, de alejar su cuerpo a una distancia prudente, por hallarse incapaz de someterlo a su voluntad. Tal debilidad le causaba una vergüenza insufrible.

Anthony hizo un gesto de comprensión. Pensó en su propia debilidad. Debilidad para decidirse a besar y no menor debilidad cuando llegó el momento de interrumpir la agradable ocupación; aunque en esto hubo algo más que debilidad, algo positivo, un gozo perverso en hacer algo que sabía estúpido, peligroso y malvado.

Siguió diciendo Brian que cuando uno sabía que no era capaz de dominar los impulsos reprochables, quizá lo mejor era huir antes que permitir que le condujeran a la desgracia.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Anthony pensando por qué no huiría él en Kendal.

Brian siguió hablando. No había que pensar en uno mismo solamente, sino también en los demás, en las malas consecuencias que para ellos pudiera tener las flaquezas propias. Después de una larga pausa, comenzó a explicar premiosamente que lo más amable y delicioso que Joan tenía era su naturalidad. Tenía la fuerza de lo natural y también su espontaneidad; era cálida como la naturaleza y como ella generosa y profundamente inocente. Tenía la calidad de un paisaje de verano, de un árbol en flor, de un ave acuática que pasa como una flecha de charol por entre los juncos de la ribera. Era esta naturalidad la que él amaba más que ninguna, otra cosa en ella, pues era el complemento, por oposición, de su propia escrupulosidad e intelectualidad. Pero a la vez, aquella naturalidad amabilísima hacía imposible que Joan pudiera comprender por qué él hallaba su proximidad tan profundamente peligrosa, por qué tuvo necesidad de alejarse de ella. El aparente despego que él mostró la había herido al interpretar que suponía desamor. Cuando la verdad era que…

La verdad era, se dijo Anthony, hallando alivio y renovación de su sentimiento de superioridad en el despreciativo cinismo de su reflexión, la verdad era que Joan anhelaba ser besada, que así que su cuerpo sintió la primera caricia todo él se rebeló tembloroso y palpitante contra la continencia que le había sido impuesta.

—La v-v-verdad es —dijo Brian premiosamente— es qu-que la qu-quiero más que nunca.

Calló de nuevo unos instantes y acabó por preguntarle a Anthony lo que en su opinión debía hacer.

Perduraba aún el estado de ánimo cínico de Anthony y la rudeza de su silenciosa respuesta a la pregunta le supuso un triunfo íntimo más, tan fugaz como fácil de lograr. Pues su primer pensamiento, pronto fue sucedido por la inquietante reflexión de que se encontraba ante una desagradable disyuntiva: o tenía que decirle a Brian lo ocurrido entre Joan y él, o no tendría más remedio que contestar a la pregunta con una frase baladí y dejar la confesión para otro momento. Por omisión, la frase convencional sería una mentira monstruosa, y cuando llegara el momento de decir la verdad, esta mentira y todas las demás falsedades implícitas en dos largos días de silencio o de charla ajena al asunto serían recordadas por Brian, y serían

otros tantos cargos en contra suya. Pero decir la verdad en aquel momento resultaría indeciblemente penosa, y penoso no solamente para él, sino penoso también y sobre todo para Brian. Después de cuanto le había oído a Brian aquella noche, espetarle un relato sin adornos de lo ocurrido sería gran crueldad y ultraje preconcebido.

—¿Qu-qué debo hacer? —le preguntó Brian.

—Creo que lo que debes hacer —repuso Anthony en voz baja— es darte cuenta de la realidad.

La suerte estaba echada. O más bien, como prefirió reflexionar más tarde en la soledad de su habitación, no había sido él quien eligió, sino que las circunstancias decidieron por él lo que debía hacer. Al recordar lo hablado le pareció que él no había intervenido para nada en la decisión tomada.

OceanofPDF.com

XLIV

21 DE SETIEMBRE DE 1934

«EXAMINEMOS las propias faltas y no las de los demás. No debemos exigir que todos sigan nuestros pasos, ni creernos obligados a dar consejo sobre cosas del espíritu, acerca de las cuales es probable que nuestra ignorancia sea grande. El celo por las almas, aunque nos sea dado por Dios, puede conducirnos a errar». Esto dice poco más o menos, Santa Teresa. A cuyas frases pudieran añadirse las siguientes: «Es meritorio el examen de la propia conciencia, pero el hacerlo con exceso puede ser cosa tan mala como el mostrarse remiso en ello. En verdad, con la gracia de Dios más lograremos contemplando la Divinidad que conservando la mirada vuelta hacia nosotros mismos». Dios puede existir y puede no existir. Pero existe el hecho empírico de que la contemplación de Dios —de la bondad en su forma menos cualificada— es un método de convertir en realidad la bondad, en cierta medida, con nuestros actos y tiene con frecuencia por resultado que nos sintamos ayudados para convertir la bondad en realidad, ayudados por algo distinto de nuestro ser e infinitamente superior a él. El Dios de los cristianos o la mente suprema de los budistas, interpretaciones de experiencias concretas; el concepto budista es la racionalización de un estado más alejado de lo normal que el cristiano. Los cristianos, naturalmente, han experimentado ese estado con frecuencia y han encontrado gran dificultad para explicarlo mediante el uso de términos la visión macroscópica como la microscópica son legítimas. Contemplamos el universo con cierta clase de aparato físicomental. Este aparato responde

solamente a ciertos estímulos. Dentro de unos límites relativamente estrechos, el aparato es ajustable. La naturaleza de los hechos que cada uno vemos como primarios y dados, depende de la naturaleza del instrumento individual y del ajuste en que hemos sido educados o que nosotros le hemos dado libremente. De los datos que cada uno reunimos podemos deducir postulados. Los cuales pueden ser verdaderos o falsos. Cualquier filosofía es legítima desde el punto de vista intelectual si, uno, arranca de hechos que son los datos del filósofo y, dos, las deducciones lógicas derivadas de dichos datos son técnicamente correctas. Pero una filosofía intelectualmente legítima no es lo mismo que una filosofía moralmente legítima. Podemos ajustar nuestros instrumentos adrede, mediante un acto de la voluntad. Quiere esto decir que podíamos modificar a voluntad las experiencias personales base de nuestra filosofía, es decir, los datos primarios que nos sirven para su postulado. Problema: construir puentes sólidos y lógicos entre datos dados e inferencias filosóficas. Casi insoluble. No hay argumentos a prueba de bala en defensa de las principales teorías cosmológicas. Entonces, ¿qué hacer? Permanecer fieles, dentro de lo posible, a los datos empíricos, sin olvidar nunca que éstos son modificables por cualquiera que desee cambiar el ajuste de sus instrumentos observadores. De tal manera, que uno puede ver, por ejemplo, un caos sin sentido y torpe o posibilidades realizables de bondad, a elección. Eso es todo.

OceanofPDF.com

XLV

14 DE ABRIL DE 1928

LA CARTA de Helen debió producirle una felicidad indescriptible. Y, sin embargo, la cara de Hugh, según paseaba arriba y abajo por la galería de la Colección Etnográfica en lugar de estar comiendo, era una máscara de perplejidad y congoja. Las palabras leídas en la carta resonaban una y otra vez en su memoria:

A nadie le importa ni poco ni mucho que yo esté viva o muerta.

El símbolo de la muerte tallado en cristal y aquella calavera con turquesas engastadas le miraron desde el interior de la vitrina mejicana cuando pasó ante ellas. «A nadie le importa…». Ésta debiera ser su oportunidad. Hugh había soñado repetidas veces con la desgracia de Helen, lo que le hacía sufrir indeciblemente, pero también animaba sus esperanzas. En medio de su desdicha, Helen se volvería hacia él. «A nadie le importa…».

A nadie sino a ti. —La profunda delicia que sintió al leer estas palabras resultó disminuida cuando siguió leyendo la carta y comprendió que Helen no se daba cuenta de la clase de cariño que le hacía interesarse por ella—. *¿Mi madre?,* —decía la carta—. *Desde que empezó a tomar eso, se ha convertido en otra persona. Realmente, siempre fue otra*

persona, pero no tan otra, igual que yo también he sido otra si a eso vamos. Mi madre esperaba que yo fuera una hija, pero yo siempre fui egoísta e irresponsable. Otra. ¿Cómo hubiera podido quererme? Tú, Hugh, no eres egoísta. Eres… Pero no se trataba de una cuestión de ser o no ser egoísta, protestó Hugh mentalmente, mientras todas las caras pintadas de las vasijas mejicanas le miraban con una intensidad y fijeza de vida congelada. Se trataba de algo muy distinto, más hondo y más espiritual. A su izquierda colgaban los trofeos de los cazadores de cabezas papúes[103] *arrugados, pero pintados fantásticamente como cabezas de payasos decapitados. Las calaveras del estrecho de Torres habían sido provistas de redondos ojos de madreperla. Sí, más espiritual, insistió Hugh, pensando en lo que había escrito acerca de Helen (¡con qué lirismo!) y en sutil análisis de sus propias emociones. No tema él egoísmo, en efecto, pero su altruismo pudiera decirse que estaba derretido en contemplación, refinado para convertirse en algo más estético. El altruismo en un cuadro. Altruismo, por Watteau; altruismo, por Cima da Conegliano. Y Helen, objeto de su altruismo contemplativo y estético, también poseyó en sus imaginadas fantasías, en las ya abundantes páginas de su manuscrito, la calidad de un cuadro o de una pieza de música; algo que bastaría para conseguir la felicidad de quien la mirara o escuchara; algunas veces, quizá, a quien la tocara, como si fuese una estatua, a quien la acariciara con ternura casi imperceptible. Algunas Veces, en estas fantasías, Helen se mostraba fría y desgraciada —a nadie le importaba…— y pedía que la consolaran y dieran calor, se acurrucaba en brazos de él, en aquellos brazos caritativos, contemplativos, impalpables, y allí se quedaba libre de peligro, pero desnuda, convertida en cuadro virginal, ideal, derritiéndose poco a poco… Aquella máscara, emplumada como un embajador vestido de gala, con pico de ave y dientes de tiburón, hizo en otros tiempos sentir a quien se la puso para bailar que era igual a un dios. «Me has dicho que quisieras estar siempre a mi lado, y creo que eso es lo que yo también quisiera. Mi querido Hugh, no estoy enamorada de ti, pero te prefiero a todas las personas que conozco. Creo que eres más bueno, más amable y menos egoísta que todos. ¿No crees que no son malos cimientos para edificar algo que valga la pena?».*

Cuando leyó estas palabras por primera vez se apoderó de él el pánico; y algo parecido le embargaba según paseaba ahora desde Nueva Caledonia a las Islas Salomón. La viuda Melanesia abría una puertecita en el vientre del gran bonito de madera, y allí, como un original, estaba la calavera de su marido. Pero lo que él quería era estar perpetuamente a su lado espiritual y estéticamente. ¿Lo comprendería Helen así? Bien claramente se lo había dicho él. «Si aún me quieres, aquí me tienes; yo también lo deseo». ¡Esto era terrible!, pensaba. Le obligaba a tomar una decisión, y le impedía contestar que no, asumiendo que ya había contestado que sí. Se encontró arrinconado. ¿Casarse? Supondría cambiar de género de vida por completo. Su actual piso no sería bastante grande. Helen querría comer carne por la noche. Mistress Barton, la criada, se le despediría. Algunas de las lanzas que se veían a su izquierda tenían puntas de obsidiana, otras de espinas de raya y otras de huesos humanos. «Probablemente crees que soy una tonta, ligera e irresponsable; y lo soy, lo he sido hasta ahora. No tengo remedio. Pero no nací sin remedio, he llegado a ser lo que soy a causa de la vida que he hecho. Ahora quiero cambiar y sé que puedo cambiar. Sérieuse. Una buena esposa y todas esas cosas, que suenan ridículas y vergonzosas cuando una las escribe. Pero no estoy dispuesta a seguir avergonzándome de la bondad. Me niego en redondo». Esa irresponsabilidad, pensaba Hugh, era una de las cosas más encantadoras y atractivas de Helen. La separaba del mundo corriente, la colocaba por encima de la humanidad vulgar. No quería verla convertida en una esposa buena y responsable. La quería ver cómo Ariel, una criatura delicada, de su propia invención, un ser de otro orden, más allá del bien y del mal. Entretanto, sus paseos le habían llevado hasta África. La imagen de una negra que se sujetaba ambos pechos, largos y puntiagudos, con las manos, brillaba oscuramente desde detrás del cristal que la encerraba. Tenía el vientre tatuado y el ombligo sobresalía como un cono diminuto. Las flechas de la vitrina siguiente tenían puntas de acero. Como Ariel, se repitió, como esos cuadros de Watteau en Dresde, como Debussy. Aquel xilófono no tenía según costumbre una calabaza para hacerla resonar, sino un cráneo humano, y alrededor de los cuernos marfileños del fetiche colgaba una guirnalda de calaveras y tibias en

rededor del tambor ritual de los sacrificios venido de Ashanti. Helen iba a estropearlo todo, se dijo no sin resentimiento. Y de pronto, alzó la mirada y vio que Helen en persona estaba allí, y que avanzaba apresuradamente por entre las dos filas de vitrinas, hacía él.

—¿Tú? —logró decir, susurrando.

Pero Helen llegaba demasiado perturbada para advertir el desmayo, la palidez, el rubor culpable luego, demasiado preocupada con sus propios pensamientos para darse cuenta del temor de su voz.

—Perdóname —dijo respirando agitadamente mientras le estrechaba la mano—. No quería venir a molestarte, pero no sabes la mañana que he pasado en casa.

Le temblaron los labios. Sacudió la cabeza.

—Mamá ha estado como loca. No puedes figurarte. Eres la única persona, Hugh…

Procuró consolarla torpemente, pero la realidad de la desdicha de Helen le resultó muy distinta de la que vio en sus imaginaciones. En sus fantasías, la desgracia de Helen era lo que le daba oportunidad; la realidad constituía una terrible amenaza de un destino ineluctable. Procuró desesperadamente cambiar la conversación. Aquellas cosas de Benin eran muy interesantes. El leopardo de marfil, con manchas de placas de cobre. Los guerreros negros, de bronce, con sus lanzas de punta en forma de hoja de árbol, armados de espadas y con las cabezas de sus enemigos colgando del cinto. Los europeos, barbudos y aquilinos, con sus grandes morriones del siglo XVI y sus amplios calzones, mosquete en mano y con cruces colgadas del cuello. Era cómico, comentó en un paréntesis, que lo único que aquellos negros africanos habían sacado de los cristianos fuera el arte de crucificar a sus enemigos. La expedición de castigo de 1897 encontró el lugar lleno de cruces. Y esta bellísima cabeza de mujer joven, con su gorro frigio de cuentas de coral…

—Mira esto —le interrumpió Helen, y subiéndose la manga le mostró dos marcas rojas y semicirculares unas cuantas pulgadas más arriba de la muñeca—. Me mordió, cuando quise hacer que se volviera a la cama.

Hugh, sorprendido, se sintió indignado y compasivo.

—¡Qué horror! —dijo cogiéndole la mano a Helen—. ¡Pobre niña!

Quedaron callados durante un momento. Entonces Hugh se dio cuenta fulminantemente de que lo temido ya había ocurrido. Ya no era posible escapar. De nuevo volaron sus pensamientos hacia *Mrs*. Barton. Si se despedía, realmente, sería un conflicto. No sabría él qué hacer.

OceanofPDF.com

XLVI

30 DE OCTUBRE DE 1934

ME DIJO Mark mientras cenábamos que ha estado leyendo *Ana Karenina*. La ha encontrado bien, dentro de lo que es una novela. Pero se quejó de la profunda desfiguración de la verdad perceptible, incluso en las mejores obras de la literatura imaginativa. Dicho lo cual, comenzó a catalogar sus omisiones. Desprecio casi absoluto de los menudos hechos fisiológicos que determinan si la vida cotidiana es o no es agradable. Por ejemplo, la defecación, capaz de convertir en grato o ingrato todo el día. La digestión. Y en cuanto a las heroínas de dramas y de novelas, flaquezas físicas crónicas, que se ramifican (como en el catarro, el reumatismo, la cefalalgia, la vista cansada. Las flaquezas físicas crónicas, que se ramifican como en el caso de la deformidad y la impotencia) en demencias frondosas. Y a la inversa, esas súbitas oleadas de salud pujante, y anormal que brotan de desconocidos manantiales musculares y viscerales. Tampoco aluden al papel que desempeñan las sensaciones físicas en el logro de la felicidad. Por ejemplo, un baño caliente, el sabor del tocino ahumado, el tacto de las pieles, el olor de los claveles. En la vida real, una pitillera vacía puede causar mayor congoja que la ausencia del ser amado; pero no en los libros. Observa iguales omisiones en lo referente a las modestas diversiones que llenan la mayor parte de las vidas humanas: la lectura del periódico, la contemplación de los escaparates de las tiendas, el intercambio de chismes y hablillas, todas las variedades del soñar despierto (desde permanecer tumbado en la cama imaginando lo que uno haría si encontrara el amor

ideal, las rentas deseadas, el rostro soñado, la posición social envidiada, hasta sentarse en el cine aceptando pasivamente los sueños manufacturados en Hollywood).

Estas mentiras de omisión llevan inevitablemente a mentir de manera positiva. Pretende implícitamente la literatura que los seres humanos se gobiernan, sino por la razón, al menos de acuerdo con sentimientos comprensibles, bien organizados y confesables. La verdad es muy distinta. A veces, los sentimientos ejercen su influencia; otras, no. Todo parece radicar en torno del amor; pero la palabra amor puede muy bien ser el título de nobleza conferido a un gusto exacerbado por el olor o la contextura de una persona determinada, a un deseo insensato de que se repita la sensación producida por alguna destreza particular. Y consideremos asimismo los casos (rarísima vez publicados, pero que acontecen con una frecuencia extraordinaria, como podrá testificar cualquiera que tenga conocimiento del asunto) de los estadistas, los dignatarios, los abogados, los grandes industriales, eminentes, al parecer sensatos, evidentemente inteligentes, gentes de egregios principios en público, pero que en su vida íntima sienten una atracción irresistible por la bebida, por los efebos, por las jovencitas que viajan solas, por el exhibicionismo patológico, por los juegos de azar, por la avaricia, por la crueldad autoritaria, por el masoquismo, por todas las innumerables y perversas demencias anejas a la sed y apetencia de dinero, de poder y autoridad por un lado y de los placeres sexuales por otra parte. Meros desarreglos nerviosos que contraen la faz espasmódicamente, tropismos, ansias vesánicas e inconfesables. Todas estas cosas juegan un papel no menos importante en la vida humana que los sentimientos organizados y reconocidos. La literatura novelística suprime todos estos hechos y propaga una monstruosa mentira acerca de la naturaleza de hombres y de mujeres.

—E indudablemente hace bien. Pues si los seres humanos fueran mostrados tal y como son en realidad, se matarían los unos a los otros como alimañas o se ahorcarían a sí mismos. Pero a pesar de eso, no puedo molestarme en leer más novelas. No me interesan las mentiras, por muy poéticamente que estén expresadas. Las encuentro tediosas.

Me mostré conforme con que la novela no está cumpliendo con su deber. Que es esencial saberlo todo, y saberlo no solamente a través de los libros científicos de texto, sino también en forma tal que fuera capaz de presentar los hechos a la mente toda y no solamente al intelecto. Una expresión completa (en términos de novelística) que conduzca al conocimiento completo (con toda la mente) de la verdad completa: condición preliminar indispensable para cualquier acción curativa, para cualquier ensayo de construir un ser verdaderamente humano. Construcción de dentro a fuera, mediante el adiestramiento para el uso adecuado del yo, adiestramiento físico y mental a la vez. Construcción, también, desde fuera a dentro, utilizando medios sociales y económicos organizados de acuerdo con el conocimiento completo del individuo y de las maneras en las cuales el individuo puede modificarse a sí mismo.

Mark se rió y dijo que yo le recordaba los hombres que van de casa en casa vendiendo máquinas eléctricas para lavar la ropa.

4 DE NOVIEMBRE DE 1934

Excelente mitin en Newcastle con Miller y Purchas. Mucho público y mucho entusiasmo, formado casi todo por clases bajas. Hecho significante que el pacifismo existe en proporción inversa generalmente al grado de prosperidad. Cuánto mayor la pobreza y la falta de trabajo, más decidida es la actitud de no volver a luchar y más marcado y sincero el escepticismo acerca de los ídolos reconocidos: Imperio, Honor Nacional, etc. Una multitud negativa estrechamente relacionada con las malas condiciones económicas. Por tanto, indigna de confianza. Tal pacifismo carece de vida autónoma. Está a la merced, primero, de cualquiera que aparezca en escena con dinero suficiente (y la amenaza de guerra aumentaría en gran medida el número de los sin trabajo). A la merced, en segundo lugar, de cualquiera que surja con una doctrina política positiva y atractiva (por insensato y criminal que su positivismo sea). La mente odia el vacío. El pacifismo negativo y el escepticismo acera de las instituciones vigentes son otros tantos agujeros mentales, vacíos que exigen ser llenados. El fascismo y el comunismo tienen suficiente contenido positivo para llenarlos. Alguien con

el talento de Hitler puede surgir inopinadamente. El vacío quedará lleno entonces en un cerrar y abrí de ojos. Estos desilusionados pacifistas y escépticos disciplinados del nacionalsocialismo, de la guerra de clases o de lo que sea. Pregunta: ¿Hay tiempo bastante para llenar los huecos con pacifismo positivo? Y si el tiempo basta, ¿poseemos suficiente habilidad para lograrlo?

OceanofPDF.com

XLVII

10 Y 11 DE ENERO 1934

EN APARIENCIA, el telegrama de don Jorge no era sino una orden de venta inmediata de seiscientos sacos de café. De hecho, anunciaba que el momento había llegado y que esperaba a Mark y Anthony con ansiedad.

Mark miró a su compañero con aire francamente hostil.

—¡Esas malditas tripas tuyas! —dijo.

Anthony protestó que ya estaba bien.

—No estás capaz de hacer el viaje.

—Sí, lo estoy.

—No lo estás —insistió Mark con solicitud teñida de resentimiento—. Son tres días en mula por esas montañas. Es demasiado para una persona en tu estado.

Picado su amor propio po—r las palabras de Mark, y temeroso de que si se mostraba conforme con el juicio de éste pudiera parecer que le asustaban las dificultades y peligros que los aguardaban, Anthony insistió obstinadamente en su parecer de que estaba capaz de hacer el viaje. Y Mark, deseoso de creerle, pronto se dejó convencer. Telegrafiaron a don Jorge que los seiscientos sacos serían vendidos sin tardanza y que podía esperar más noticias para el viernes. Después de comer, bajo el calor ardoroso de las primeras horas de la tarde, emprendieron el camino hacia la finca situada en las montañas que dominaban Tapatlan, en la cual un amigo de don Jorge les daría albergue aquella noche. Mark volvió a sacar a relucir su Shakespeare de bolsillo y durante cuatro horas fueron obligando con la

espuela a las bestias de tardo paso, a ir subiendo más y más por entre polvorientos maizales y luego por entre matorrales sin hojas y secos, que a su vez fueron sucedidos por la verde oscuridad y las luces doradas do los cafetales protegidos por la sombra de árboles inmensos. Más y más subieron, mientras Mark leía todo el *Hamlet* y los actos de Troilo y Crésida, y en tanto que Anthony se preguntaba, en medio de su agotamiento, si podría soportar la marcha mucho más tiempo. Al fin, cuando ya caía la noche, llegaron a su destino.

A las cuatro de la mañana siguiente cabalgaron de nuevo. Una doble noche de sombra sin estrellar se extendía por debajo de los árboles, pero las avisadas mulas fueron avanzando por el sendero tortuoso con firmeza tranquilizadora. De tarde en tarde, pasaban por debajo de un limonero invisible, y el perfume del azahar en la oscuridad era semejante a una revelación fulminante e inenarrable de naturaleza ultraterrena. Un éxtasis fugaz. Luego, según las mulas avanzaban, casco tras casco, por el sendero pedregoso, iba desvaneciéndose la presencia preternatural y volvía a imperar la vida común, simbolizada por el olor de las monturas y del sudor.

Salió el sol y de allí a poco dejaron atrás el cultivado bosque del cafetal y llegaron a una zona montañosa de rocas desnudas y de pinares. El sendero, ahora casi llano, iba ciñéndose a los bastiones salientes y a las torrenteras de una montaña. A la izquierda, el terreno descendía en muy pronunciada escarpa hacia valles aún sombríos. En lontananza, a través de una atmósfera encelajada por el polvo de la sequía, veíanse una blancura horizontal que era el Pacífico.

Mark seguía leyendo Troilo y Crésida.

Una bajada, tan agria y precipitosa, que fue menester echar pie a tierra y llevar las bestias de la brida, los llevó hasta la ribera de un río. Lo vadearon y comenzaron a subir bajo el sol inclemente la ladera vecina. No había sombra, y las vastas y desnudas montañas presentaban su mole color de polvo y hierba quemada. Nada se movía, ni siquiera un lagarto entre las piedras. Ninguna señal y ningún rumor de vida eran perceptibles. El caos de montañas derrocadas las unas sobre las otras, vacías sin esperanza, parecía extenderse hasta el infinito. Dijérase que habían cruzado la frontera del

mundo para llegar a la nada, para llegar a una extensión sin límite de negación ardorosa y polvorienta.

Hicieron alto a las once para descanso fugaz y refrigerio, y una hora después, con el sol casi perpendicular sobre sus cabezas, emprendieron la marcha nuevamente. Subía la trocha, se despeñaba mil quinientos pies hasta una muy profunda hoz y tornaba a subir. A las tres de la tarde, Anthony se hallaba tan exhausto que apenas podía pensar o ver. Le parecía que el paisaje avanzaba y se retiraba ante sus ojos, y algunas veces se oscurecía y se esfumaba por completo. Oía voces, y en su mente los pensamientos comenzaron a vivir por su cuenta una vida autónoma y demente desprovista en absoluto de significado. Imagen tras imagen, se apoderó de su cerebro una fantasmagoría que todos sus esfuerzos no bastaron para exorcizar. Pudiera estar poseído, pudiera decirse que se veía forzado a vivir una vida ajena y a pensar con la mente de alguna otra persona. Pero el sudor que le corría como agua por el rostro y le empapaba la camisa y los calzones de montar de algodón, el dolor insufrible que sentía en los lomos y en los muslos, ésos eran muy suyos. Suyos, intolerables e insufribles. Se sintió tentado de quejarse y hasta de romper a llorar. Mas dominando el delirio de aquella otra persona que se había apoderado de su mente, recordó las seguridades que dio a Mark y sus protestas de que sabría soportar las fatigas del viaje. Sacudió la cabeza y siguió cabalgando a través de aquel mundo ilusorio de imaginaciones ajenas y de paisajes apenas percibidos que se desvanecían, a través de la terrible realidad de su dolor y de su cansancio.

La voz de Mark le sacó de su estupor:

—¿Te encuentras bien?

Alzó la vista y logró enfocarla con un esfuerzo para ver que Mark se había detenido y le estaba esperando en la próxima revuelta de la senda, algo más arriba que él. Como cincuenta yardas más allá, vio al mozo, montado sobre la acémila.

—*Mula-a-a*\

El grito prolongado llegó hasta él acompañado por el sordo ruido de un palo que caía sobre las ancas de la bestia.

—Perdona —dijo Anthony con esfuerzo—. He debido de quedarme algo rezagado.

—¿Pero estás seguro de que te encuentras bien?

Dijo que sí con un gesto.

—Nos falta menos de una hora. A ver si puedes aguantar.

En la sombra del inmenso sombrero de paja, mi cara demacrada dibujó una sonrisa asimétrica para infundir ánimos a Anthony. Anthony, conmovido, le devolvió la sonrisa, y para tranquilizarle procuró echar a broma la dureza de las sillas de madera en que cabalgaban.

—Si salimos incólumes —dijo Mark—, ofreceremos un par de posaderas de plata como exvoto al dios azteca a más cercano.

Sacudió las riendas y espoleó la mula. La bestia reanudó la ascensión, pero luego tropezó, corrieron las piedras por la ladera en diminuta y sonora cascada y el animal cayó de rodillas.

Anthony, que había cerrado los ojos para descansarlos un momento del brillante resol, volvió a abrirlos y vio a Mark caído de bruces sobre el suelo, mientras la mula se ponía en pie con una serie do violentos movimientos espasmódicos. El paisaje recobró de golpe su solidez y las imágenes movedizas quedaron inmóviles. Olvidando el dolor de su espalda y de sus piernas, Anthony desmontó de un salto y corrió sendero arriba. Según se acercaba, Mark dio la vuelta sobre sí mismo y se incorporó.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Anthony.

Mark negó con un gesto, pero no dijo palabra.

—Estás sangrando.

Estaban rasgados los calzones por encima de la rodilla izquierda y una mancha roja se iba extendiendo por la pernera. Anthony gritó al mozo que volviera hacia ellos con la mula de carga. Luego se arrodilló, abrió la navaja, metió la hoja por el roto y usándola como si fuera una sierra, logró hacer un largo corte en la muy resistente tela.

—Me estás estropeando los pantalones —dijo Mark, hablando por primera vez.

Anthony no respondió y se limitó a rasgar un buen trozo de la pernera, para dejar la herida al descubierto.

Toda la zona de la rodilla y la parte superior de la espinilla estaban desolladas, rojas de sangre, y allí en donde no corría la sangre, grises de polvo y suciedad. Anthony hizo una mueca, como si sintiera el dolor él, y se

mordió el labio inferior. Entremezclado con su piedad sintió asco invencible. Se estremeció.

Mark se inclinó para mirar la rodilla herida:

—Está sucia —dijo.

Anthony asintió con un gesto, destornilló el tapón de su cantimplora y humedeciendo el pañuelo comenzó a lavar de suciedad las heridas. Desapareció toda su emoción al enfrascarse en la operación. Nada que no fuera el limpiar las heridas, procurando no hacer daño a Mark, tenía importancia alguna para él en aquellos momentos.

Para entonces, ya el mozo había llegado con la mula del equipaje y estaba junto a ellos de pie, mudo, contemplando con sus ojos negros e inexpresivos lo que Anthony hacía.

—Supongo —dijo Mark, procurando sonreír—, que estarás pensando, que estamos haciendo muchas pamemas acerca de nada.

Anthony se puso de pie, mandó al mozo que descargara el equipaje y sacó de uno de los bultos envueltos en lona el botiquín.

El escozor del desinfectante hizo que Mark prorrumpiera en una inesperada carcajada:

—¡El yodo no sabe nada de bobadas humanitarias! —dijo—. Nos encontramos ante la anticuada idea de hacer sufrir por el bien del que sufre. ¡Duele que rabia!

Volvió a reír cuando Anthony pintó de yodo otro trozo de carne al vivo.

Así que la rodilla quedó vendada pidió ayuda a Anthony para levantarse. Lo hizo Anthony, y, una vez sobre sus pies, Mark dio unos pasos por el sendero y volvió al mismo lugar.

—Parece que funciona como es debido —dijo.

Se inclinó para mirar las patas delanteras de la mula. Apenas estaban rozadas.

—Creo que no hay motivo para que no sigamos inmediatamente —dijo.

Le ayudaron a montar, y usando la espuela de su pierna sana se puso en marcha a buen paso por la cuesta arriba. Durante el resto del camino, Anthony no pudo ver de él más que su tronco, muy erguido sobre la silla, pero algunas veces, en una revuelta, pudo ver también un perfil marmóreo a

fuerza de pálido e inmóvil, la estatua de un estoico desollado, pero aún vivo, que soportaba en silencio su agonía.

En menos de la hora que Mark dijo, pues el herido impuso a las bestias un paso que las hacía sudar y resoplar con el calor de la tarde, llegaron a San Cristóbal el Alto. Las treinta o cuarenta chozas de indios que formaban el poblado estaban construidas sobre el afilado lomo de una altura bordeada de dos precipicios, desde el fondo de los cuales se alzaban las montañas caóticamente, cordillera tras cordillera, hasta perderse en la bruma.

Avisado de la llegada de unos viajeros distinguidos, el tendero del lugar salió con prisa a la plaza para brindarles acomodo durante la noche. Mark le escuchó, aceptó el ofrecimiento con un gesto e hizo ademán de desmontar. Pero luego de una mueca de dolor se dejó caer nuevamente sobre la silla.

—Tendréis que bajarme de esta maldita silla —dijo airadamente, sin volver la cabeza.

Le ayudaron a bajar de la mula Anthony y el mozo, mas una vez en tierra rechazó otro auxilio.

—Puedo andar solo —dijo secamente, frunciendo el ceño, como si Anthony, al ofrecerle el apoyo de su brazo le hubiese insultado.

El albergue ofrecido resultó ser una cabaña de madera medio llena de sacos de café y de pellejos. Luego de inspeccionar el lugar, Mark fue a ver el cobertizo de ramas en el cual pasarían las mulas la noche. Inmediatamente le propuso a Anthony dar una vuelta por el pueblo «para ver los monumentos», según explicó.

Resultaba evidente que experimentaba tal dolor al andar que no se atrevía a pronunciar palabra. Cruzaron la pequeña plaza en silencio, en silencio visitaron la iglesia, la escuela, el *cabildo* y la cárcel. En silencio, andando el uno detrás del otro. Pues si anduvieran emparejados, pensó Anthony, le podría ver la cara a Mark y éste se sentiría indiscretamente observado, y si iba delante de Mark sería esto un desafío hecho calladamente a Mark para que acelerara el paso. Anthony se quedó rezagado y fue tras Mark, como una esposa india que camina penosamente tragando el polvo levantado por los pies de su marido y señor.

Pasó casi media hora antes de que Mark decidiera que se había torturado lo suficiente.

—Basta de turismo —dijo con sorna acerba—. Vamos a comer algo.

Aquella noche fue muy fría. Las camas eran unas tablas desnudas. Anthony despertó a la mañana siguiente después de una noche desasosegada en la que apenas halló descanso.

—¡Despierta, tú! —Mark le estaba gritando fuertemente.

Anthony se sentó sobre el camastro, sorprendido y vio a Mark en el otro, alzado sobre un codo y mirándole con ojos airados.

—Ya es hora de ponerse en camino. Son más de las seis. Anthony recordó el accidente de la víspera y preguntó: —¿Y esa rodilla?

—Lo mismo.

—¿Has dormido?

—No, claro que no —respondió Mark, irritado; luego volvió la vista y añadió—: No puedo levantarme de la cama. Tengo la pierna rígida.

Anthony se puso las botas, abrió la puerta de la choza para que entrara la luz y se sentó sobre el borde de la cama de Mark.

—Mejor será que cambiemos la venda —dijo al mismo tiempo que comenzaba a desenrollar la del día anterior.

Estaba pegada a la carne viva. Anthony tiró cuidadosamente y luego se detuvo.

—Espera —dijo—; voy a ver si me pueden dar un poco de agua caliente en la tienda.

Mark se rió despectivamente, agarró la venda por una esquina con índice y pulgar y dio un violento tirón. El enrojecido vendaje le quedó colgando de la mano.

—¡No! —exclamó Anthony, como si le doliera a él.

Mark se sonrió despreciativamente.

—Has conseguido que vuelva a sangrar —le dijo Anthony en otro tono, complacido de encontrar una razón médica para su exclamación de dolor.

Pero no fue la poca sangre fresca que corría lo que le causó mayor congoja cuando se inclinó para ver lo que Mark había descubierto brutalmente. Toda la rodilla estaba horriblemente hinchada y casi negra de los golpes, y los bordes de la herida, nuevamente abierta, mostraban una carne amarilla y purulenta.

—No puedes ponerte en camino con la rodilla en este estado.

—Creo que eso lo tendré que decidir yo —dijo Mark, y luego añadió—: Después de todo, anteayer el que decidiste fuiste tú.

Las palabras implicaban una especie de desprecio soberano. «Si un miserable como tú pudo sobreponerse al dolor, no cabe duda que yo…». Eso era lo que querían decir las palabras de Mark. Pero diose cuenta Anthony de que el insulto no había sido premeditado. Surgió de las profundidades de un orgullo que, a causa de su intensidad y egoísmo, resultaba casi pueril. Tanta ingenuidad tenía algo patético y absurdo. No era aquel momento para sentirse ofendido por semejante insultos.

—Yo estaba casi bien —dijo en tono conciliatorio—. Tú tienes una pierna que amenaza gangrena en cualquier momento.

Mark frunció el ceño.

—Una vez a caballo, me encontraré perfectamente. No está más que un poco tiesa y dolorida. Además —añadió, contradiciendo sus anteriores palabras—, en Miajutla encontraremos médico. Cuanto antes me ponga en manos de un médico, mejor será.

—Se te pondrá diez veces peor en el camino. Si esperas aquí un par de días…

—Don Jorge creerá que le he dejado en la estacada.

—¡Que se vaya al diablo don Jorge! Ponle un telegrama.

—No hay telégrafo aquí.

—Pues mándale al mozo.

—No me fiaría de él —dijo Mark sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué no?

—Se emborracharía en la primera ocasión.

—Di que no quieres enviarle.

—Además, sería demasiado tarde. Don Jorge se sublevará dentro de un par de días.

—¿Y crees que estarás capaz de unirte a él?

—Quiero estar allí.

—No podrás.

—Te digo que quiero estar a su lado. No voy a fallarle. Habló en tono frío y seco que indicaba un profundo enojo.

—Y ahora, ayúdame a levantarme.

—No quiero —dijo Anthony.

Se miraron los dos en silencio. Al cabo de unos segundos, Mark se encogió de hombros haciendo un esfuerzo para dominarse.

—Está bien; entonces tendré que llamar al mozo. Y si tienes miedo de ir hasta Miajutla —continuó con desprecio salvaje—, puedes volverte a Tapatlan. Yo seguiré solo,

Se volvió hacia la puerta y llamó:

—¡Juan! ¡Juan!

Anthony se dio por vencido.

—Haz lo que quieras. Si quieres cometer la locura… —dejó la frase sin acabar y añadió—: Pero yo no acepto ninguna responsabilidad.

—Nadie te ha pedido que la aceptes.

Anthony se levantó por el botiquín. Volvió a desinfectar las heridas y a vendarlas en silencio. Mientras arrollaba la venda le dijo a Mark:

—¿Qué te parecería si dejáramos de pelearnos? ¿No crees que simplificaría las cosas?

Mark permaneció durante unos segundos hostil y callado. Luego alzó la vista y una sonrisa cordial y de reconciliación arrugó su cara.

—Paz —dijo, afirmando con la cabeza—. Hagamos las paces.

Pero no había tenido en cuenta el dolor. En el mismo momento en que comenzó a disponerse para salir de la cama, el dolor insufrible se apoderó de él. Pues ni siquiera ayudado por Anthony pudo salir de la cama sin doblar la rodilla herida, y el doblarla era un tormento indecible. Cuando al fin se encontró de pie junto a la cama, estaba mortalmente pálido y la expresión de su rostro se había endurecido hasta convertirse en feroz.

—¿Estás bien? —le preguntó Anthony.

Mark dijo que sí con un gesto, y como si Anthony se hubiera convertido de pronto en su peor enemigo, salió cojeando de la choza sin mirarle.

Se renovó la tortura cuando llegó el momento de montar en la mula y luego con cada paso de ésta. Como el día anterior, Mark iba delante. Al colocarse en vanguardia demostraba su superioridad y se libraba, al mismo tiempo, de miradas inquisitivas. Estaba fresco el ambiente, pero Anthony pudo observar que Mark sacaba de vez en cuando el pañuelo y se enjugaba

el rostro como si sudara. Cada vez que guardaba el pañuelo le daba a la mula un violento espolazo con la única pierna útil.

El sendero bajaba, volvía a subir, descendía por un pinar, bajaba, bajaba… Pasó una hora; pasaron dos y luego tres. Ya el sol lucía en lo alto y el calor era agobiante. Tres horas; tres horas y media. Un campo sin árboles, praderas en cuesta, rastrojos de trigo indio, un grupo de cabañas, una vieja con un cántaro de agua, niños morenos que jugaban calladamente en el polvo. Se encontraban en las proximidades de otra aldea.

—¿Te parece que paremos aquí para comer algo? —preguntó Anthony al mismo tiempo que espoleaba a su cabalgadura y la ponía al trote—. Quizá encontraremos unos huevos frescos —dijo al alcanzar a Mark.

Mark le miró con una cara blanca como el papel, y cuando abrió la boca para hablar, la mandíbula inferior le tembló sin que éllo pudiera evitar.

—Creo que será mejor que sigamos —comenzó a decir en una voz casi imperceptible—. Aún queda mucho camino y…

Le temblaron los párpados hasta ocultar los ojos, cayó humillada la cabeza, todo él pareció derrengarse de improviso y se dobló sobre el cuello de la mula, se escurrió hacia un lado y hubiera dado en tierra desde la silla si Anthony no le hubiera sujetado por un brazo.

OceanofPDF.com

XLVIII

23 DE julio DE 1914

ANTHONY se volvió a dormir después de ser llamado y bajó tarde a desayunarse. Cuando entró en el pequeño cuarto de estar, Brian le miró con ojos de sorpresa, como si estuviera cometiendo alguna acción reprobable, dobló la carta que había estado leyendo y se la guardó en el bolsillo, mas no sin que Anthony reconociera desde el otro extremo del cuarto la letra inconfundible de Joan, de trazos gruesos, enrevesada y ancha. Simulando una marcada y excepcional alegría natural al desearle los buenos días, se sentó y se enfrascó en la operación de servirse el café como si el hacerlo fuera un complicado experimento científico que exigiese toda su concentrada atención.

—«¿Se lo digo?», estaba pensando. «Sí; debiera decírselo. Debe oírlo de mis labios, aunque ya lo sabe. ¡Qué estúpida, Joan! ¿Por qué no le cumplió lo prometido?». Se sintió virtuosamente indignado con ella. ¡Faltar a su palabra! ¿Y qué diablos le diría a Brian? ¿Qué ocurriría si él decía algo que no coincidiese con la carta? Y en cualquier caso, ¡bonito papel el suyo confesando la verdad ahora, ya demasiado tarde! Joan le había robado la oportunidad de explicar a Brian lo que había pasado, y no sólo la oportunidad, sino hasta la posibilidad. Joan lo había estropeado todo, y así reflexionando, su enojo fue convirtiéndose poco a poco en conmiseración de sí mismo, al verse como un hombre lleno de buenas intenciones a quien en el último momento se le impide con malicia el ponerlas en práctica. Joan le había cerrado la boca en el preciso instante en que él se disponía a hablar

palabras que todo lo hubieran explicado y arreglado, y al cerrarle la boca había creado una situación completamente intolerable. ¿Cómo diablos quería ella que se condujera él ahora con Brian, ya sabedor de todo? Dio él mismo respuesta muda a su pregunta, al menos durante los siguientes minutos, refugiándose detrás de las páginas del *Manchester Guardian*, y fingiendo un apasionado interés en todas aquellas noticias acerca de Rusia y Alemania, mientras comía los huevos revueltos. Pero, según se alargaba el silencio, iba resultando más imposible tolerar.

—Esto de la guerra presenta mal aspecto —dijo, por fin, sin bajar la barricada que le ocultaba.

Brian expresó asentimiento murmurando inarticuladamente desde el otro extremo de la mesa. Pasaron varios segundos. Anthony oyó el ruido de una silla al ser retirada de la mesa. Pero continuó tan profundamente preocupado acerca de la movilización rusa que no se dio cuenta de lo que ocurría cerca de él. Hasta que Brian no abrió la puerta no dio señales de despertar de su abstracción, y entonces lo hizo enfáticamente.

—¿Te vas ya? —preguntó volviéndose a medias, pero no lo suficiente para ver la cara del otro.

—Esta mañana c-c-creo que no voy a salir.

Anthony hizo un gesto de aprobación, digno del médico de la familia.

—Me parece muy bien.

Luego añadió que él iba a alquilar una bicicleta en el pueblo para bajar a Ambleside, en donde tenía que hacer unas unas pequeñas compras.

—Te veré a la hora de comer —acabó diciendo.

Brian no respondió. La puerta se cerró tras él.

A la una menos cuarto Anthony ya había devuelto la bicicleta y subía la cuesta hacia la casa. Estaba completamente decidido. Le diría todo a Brian, o casi todo, en cuanto llegara.

—¡Brian! —llamó al entrar en la casa.

Nadie respondió.

—¡Brian!

Se abrió la puerta de la cocina y *Mrs*. Benson, la vieja que les guisaba y arreglaba la casa, salió al pequeño vestíbulo. *Mr*. Foxe, le explicó, había salido de paseo como cosa de media hora antes. Al salir dijo que no

volvería a comer. Se quiso ir sin provisiones en absoluto, pero ella había insistido en que se llevara unos emparedados y un huevo cocido.

Anthony se sentó a comer en soledad no poco incómodo. Brian se había ido para no verle. Por lo tanto, estaba enojado; o, lo que sería peor, se encontraba herido, demasiado herido para soportar su compañía. El pensar en esto le obligó a hacer una mueca de dolor; el causar sufrimientos a otra persona era detestable, detestable incluso para quien era culpable del dolor. Y si Brian volvía de su paseo para perdonar magnánimamente —y Anthony le conocía lo bastante bien para juzgar como muy probable, si no seguro, que eso sería lo que Brian haría—, entonces, ¿qué? Pues también es doloroso el ser perdonado. Muy particularmente doloroso cuando uno es perdonado sin confesar. ¡Ah, si se lo hubiera dicho!, se repetía una y otra vez. Llegó a estar casi convencido de que no había hablado porque se lo habían impedido.

Después de comer, Anthony fue andando a la ventura por las soledades fragosas que quedaban a espaldas de la casa, con la esperanza (pues ahora era de urgencia suma el hablar) y al mismo tiempo con el profundo temor (pues el hablar sería una prueba angustiosa) de dar con Brian. No encontró a nadie durante su paseo. Se detuvo en la cumbre del monte para descansar, y logró olvidar durante algún tiempo las propias tribulaciones distrayéndose con sarcasmos a costa del paisaje. ¡Qué típica y lamentablemente inglés!, pensó aflorando la presencia de Mary como auditorio de sus comentarios. Montañas, valles, lagos, ¡pero en qué ruin escala! Entecos, miserables, como la arquitectura de las casitas de campo inglesas, todas llenas de rinconcitos moninos y detalles típicos, carentes de estatura, de grandiosidad. Carentes de la megalomanía del siglo Xin, de la gesticulación de lo barroco. Una sublimidad confortable y dulzona. Cuando comenzó el descenso se encontraba casi de buen humor.

No, le dijo *Mrs*. Benson. *Mr*. Foxe aún no había vuelto.

Tomó el té a solas. Luego se sentó en una silla tumbona y estuvo leyendo las opiniones de De Gourmont acerca del estilo. A las seis salió *Mrs*. Benson y después de explicarle largamente que había puesto la mesa y que el cordero frío lo encontrarían en la despensa, le dio las buenas noches y se alejó por la carretera en dirección a su casa.

Al poco tiempo comenzaron a picarle los diminutos mosquitos y entró en la casa. El cuclillo del reloj suizo abrió su puerta, cantando siete veces y se retiró nuevamente en silencio. Anthony siguió leyendo acerca del estilo. Media hora más tarde, el pájaro salió con violencia mecánica para lanzar un grito único. Era la hora de cenar. Anthony se levantó y fue hasta la puerta trasera. Por detrás de la casa la montaña aparecía luminosa con una brillantez casi sobrenatural. A Brian no se le veía por ninguna parte. Volvió al cuarto y por cambiar de tema comenzó a leer a Santayana[104]. El cuco dejó oír los ocho agudos hipos. Por encima de la mancha anaranjada del crepúsculo ya se veía el lucero de la tarde. Encendió la lámpara y corrió las cortinas. Se volvió a sentar y procuró seguir leyendo a Santayana; mas aquellas pedrezuelas de sabiduría dudosamente pulimentadas rodaban por encima de la superficie de su mente sin dejar en ella ninguna impresión. Acabó por cerrar el libro. El cuclillo le comunicó que eran las ocho y media.

Un accidente. ¿Habría tenido un accidente? Pero, después de todo…, ¡la gente no sufre accidentes cuando sale a dar un paseo! Entonces se le ocurrió una idea distinta, e inmediatamente dejó de pensar en tobillos dislocados y piernas rotas. El tal paseo, ahora se sentía completamente seguro de ello, el tal paseo había conducido a Brian hasta la estación. Brian se encontraba en el tren, camino de Londres, camino de Joan. La cosa resultaba evidente. Una vez que se pensaba en ello, no cabía otra respuesta.

—¡Bonito asunto! —dijo en voz alta en la soledad de la pequeña habitación.

Luego, precisamente por lo irremediable de la situación, se apoderó de él el cinismo y la indiferencia, se encogió de hombros y se dirigió hacia la despensa en busca del cordero frío.

Esta vez, decidió, mientras cenaba, huiría. Se refugiaría en algún escondite hasta que se tranquilizasen las cosas. No sentía remordimientos. El viaje de Brian a Londres, según su juicio, le descargaba de toda responsabilidad en el asunto. Se sentía completamente libre para hacer exactamente lo que le viniera en gana.

Dispuesto a preparar su huida sin tardanza, subió al piso de arriba después de cenar y comenzó a hacer su maleta. Al recordar que le había

prestado a Brian *La esposa de sir Isaac Hermann*, para leer en la cama, cruzó el descansillo, vela en mano. Sobre la cómoda de Brian vio tres sobres apoyados contra la pared en lugar conspicuo. Dos de ellos los pudo ver desde la puerta, tenían sello; el otro, no. Cruzó la habitación para examinarlos más de cerca. El sobre sin franquear estaba dirigido a él. Los otros dos estaban dirigidos respectivamente a *Mrs*. Foxe y a Joan. Dejó la vela, tomó el sobre en que aparecía su nombre y lo rasgó. Un recelo tan vago como intenso se apoderó de él, un miedo de algo desconocido, de algo que no se atrevía a conocer. Estuvo inmóvil durante un buen rato, con el sobre abierto en la mano, escuchando el alborotado latir de su propio pulso. Luego, con un esfuerzo, extrajo del sobre las cuartillas plegadas. Eran dos las que había en el sobre, escrita una por Brian y la otra por Joan. En la cabecera de la carta de Joan, Brian había escrito: «Lee esto tú mismo». Anthony leyó:

Queridísimo Brian:

Para cuando recibas esta carta, ya te habrá dicho Anthony lo que ha ocurrido. Pues eso es exactamente; ocurrió. Ocurrió desde fuera, si comprendes lo que quiero decir, como un accidente, como el tren que atropella a una persona. Yo, desde luego, jamás había pensado en ello ni creo que Anthony realmente lo hubiera hecho. El descubrimiento de que nos queremos se lanzó sobre nosotros; nos atropelló. Ni él ni yo lo hicimos a propósito. Por eso no me siento culpable. Triste sí lo estoy, y mucho, más de lo que pudiera expresar con palabras, por el dolor que sé que esto te va a causar. Y también estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda para aliviar tu pena, para suplicarte que me perdones por haberte causado tanto dolor. Pero no me encuentro culpable, no siento dentro de mí que te haya tratado mal. Eso lo sentiría si lo que he dicho hubiera sido el resultado de un plan preconcebido, pero no hay tal cosa. Te digo y te repito que nos ocurrió. Mi querido Brian, no sabes cómo me duele el causarte este sufrimiento. El causarlo a quien lo causo, entre todas las personas del mundo. Si para esto hubiera sido necesario proponérmelo, créeme que jamás lo hubiera hecho. Como tampoco tú serías capaz de causarme dolor adrede. Pero ha ocurrido esto, igual que ocurrió que tú

me hicieras sufrir sin quererlo, debido a ese miedo que siempre has sentido por el amor. No quisiste lastimarme, pero lo hiciste. El impulso que te obligó a hacerlo te pudo, igual que a Anthony y a mí nos ha podido nuestro amor. Yo no creo que nadie tenga la culpa, Brian. Hemos tenido mala suerte. Todo debió ser bueno y hermoso. Pero nos ocurrieron estas cosas, primero a ti, lo que te hizo causarme grao sufrimiento; luego a mí. Cuando pase el tiempo, quizá podamos seguir siendo amigos. Así lo espero. Por eso no te digo adiós, mi querido Brian. Pase lo que pase, siempre seré tu muy querida amiga.

Joan.

Esforzándose denodadamente para conservar su propia estima, Anthony se obligó a pensar con asco en el estilo repulsivamente meloso de la carta que acababa de leer. Un trozo de la peor oratoria sagrada, se dijo, procurando sonreír. Pero no pudo. Su cara se negó a obedecer. Dejó caer la carta de Joan y cogió la hoja cubierta por la escritura de Brian.

Querido A.

He recibido de Joan esta mañana la carta adjunta. Léela. Me ahorrará las explicaciones. ¿Cómo puedo hacerlo? Ésa es la pregunta que me he estado haciendo toda la mañana; y ahora te la hago a ti. ¿Cómo has podido hacer semejante cosa? Puede que las circunstancias atropellaran a Joan, como un tren, para usar sus palabras. Y de eso tengo yo la culpa, y lo sé. Pero no pudieron atropellarte a ti. Me has dicho lo bastante acerca de tus relaciones con Mary Amberley para que resulte claro, que en tu caso, no puedes alegar el tren de la pobre Joan. ¿Por qué lo has hecho? ¿Y por qué viniste aquí y te condujiste como si no hubiera pasado nada? ¿Cómo te fue posible estarte sentado, escuchándome hablar de mis dificultades con Joan y fingir que me oías comprensivamente, cuando dos noches antes estuviste dándole los besos que yo no pude darle? Dios sabe que he hecho en mi vida toda clase de cosas estúpidas y malas, que he dicho toda clase de mentiras, pero de verdad no creo que pudiera haber hecho lo que tú has hecho. Supongo que durante los tres últimos años he estado viviendo en el paraíso ilusorio

de un idiota, creyendo que el mundo era un lugar en el que no podían ocurrir estas cosas. Hace un año, tal vez hubiera sabido cómo enfrentarme con el descubrimiento de que pueden ocurrir. Hoy, no. Sé que si tratara de hacerlo me vencería alguna extraña clase de locura. Los últimos doce meses han sido de tensión superior a lo que yo mismo suponía. Es ahora cuando me doy cuenta de que estoy destrozado, hecho pedazos por dentro y de que no me he desintegrado gracias a un constante esfuerzo de la voluntad. Es algo así como si una estatua hecha añicos lograse de alguna manera seguir en pie. Esto ha acabado conmigo. Ya no puedo mantener unidos por más tiempo los pedazos rotos. Creo que si te viera ahora (y no porque has hecho algo que no debieras; lo mismo me ocurriría con cualquier otra persona, incluso con mi madre), si te viera ahora creo que caería al suelo en pedazos. Estatua un momento, y montón de polvo y cascotes sin forma al instante siguiente. No puedo soportar la prueba. Tal vez debiera hacerlo, pero no puedo. Cuando comencé a escribir esta carta estaba furioso contigo y te odiaba; pero ahora veo que ya no te odio.

Dios te bendiga.

B.

Se guardó Anthony ambas hojas en el bolsillo junto con el sobre, cogió las dos cartas franqueadas y la palmatoria y bajó al cuarto de estar. Media hora más tarde entró en la cocina, y en el fogón aún lleno de ascuas, quemó, uno por uno, todos los papeles dejados por Brian. Los dos sobres sin abrir, con las hojas de papel que contenían plegadas, ardieron con dificultad y fue menester que Anthony les prendiera fuego una y otra vez, pero al fin todo quedó quemado. Convirtió en polvo las cenizas carbonizadas con ayuda del gancho de la cocina, lo que hizo brotar del fuego una llama postrera y luego volvió a colocar la placa redonda sobre el hogar. Salió al jardín y bajó las escaleras que daban a la carretera. Mientras se dirigía al pueblo se le ocurrió que nunca más podría volver a ver a Mary. Le interrogaría, acabaría por sonsacarle la verdad, la cual, luego de conocida, publicaría para conocimiento del mundo entero. Además, ¿sentiría deseo alguno de volver a verla ahora que Brian sabía…? No se atrevió ni a pensar las palabras. En

lugar de haberlo pronunció en voz alta una palabrota. A la entrada del pueblo se detuvo unos instantes para considerar qué debía decir al guardia cuando llamara a su casa. «Se ha perdido mi amigo…». «Mi amigo ha estado fuera todo el día y…». «Estoy preocupado acerca de mi amigo…». Cualquier frase sería buena. Echó a andar rápidamente, impulsado por un único deseo: el de acabar cuanto antes.

OceanofPDF.com

XLIX

12 Y 14 DE ENERO DE 1934

EL INTERIOR de la choza estaba oscuro, y desde mediodía hasta que se ocultaba el sol, el calor era asfixiante. Durante la noche, en cambio, hacía frío. Una separación dividía la choza en dos mitades. En el centro de una de ellas había un hogar de piedras sin tallar, y cuando se encendía el fuego en él, iba saliendo el humo por las rendijas de las paredes de madera desprovistas de ventanas. El mobiliario lo componían una banqueta, dos latas de petróleo para agua, una vasija de barro para cocinar y un mortero de piedra para moler maíz. Al otro lado de la separación había dos camas formadas por tablas sustentadas por caballetes. En una de ellas acostaron a Mark.

A la mañana siguiente se apoderó de él el delirio a causa de la calentura, y la infección se había extendido desde la rodilla. La pierna entera hasta casi el tobillo estaba muy hinchada.

Anthony, sentado en la ardorosa penumbra, escuchando las frases confusas y los repentinos gritos de aquel desconocido que ocupaba la cama, solamente tenía que decidir una cosa. ¿Enviaría al mozo en busca de un médico y de las medicinas precisas, o iría él mismo?

Se trataba de elegir entre dos males. Pensó en el pobre Mark, abandonado, solo, en manos de aquellos salvajes ineptos y nada bien intencionados. Pero, aunque él se quedara allí para acompañarle, ¿qué podía hacer con los medios de que disponía? Pero ¿y si enviaba al mozo y éste no lograba convencer al médico de que viniera sin tardanza, si no trajera los

medicamentos imprescindibles, si no volviera? Mark le había dicho que Miajutla estaba enclavado en la zona del pulque. Allí la bebida sería barata y abundantísima. Si se daba prisa, él podría encontrarse de vuelta junto a Mark en menos de treinta horas. Un hombre blanco, con dinero en el bolsillo, podría convencer al médico, con amenazas y con billetes, para que no perdiera el tiempo. Y lo que era no menos importante, él sabría lo que tenía que traer. Se decidió. Se levantó, salió a la puerta y dio orden al mozo de que ensillara su mula.

Apenas llevaba dos horas de camino cuando ocurrió el milagro. Al doblar uno de los recodos del camino que seguía, vio venir hacia él, a menos de cincuenta yardas de distancia, un hombre blanco seguido de dos indios, caballero el uno y a pie el otro, a los que seguían unas mulas cargadas de equipaje. Cuando se iban a cruzar el desconocido se quitó cortésmente el sombrero. El pelo que quedó al descubierto era castaño, manchado de gris por encima de las orejas. Los ojos azules resultaban de una palidez extraordinaria en medio del rostro muy bronceado.

—Buenos días, caballero —dijo el hombre en español. No era posible equivocarse acerca del acento.

—Buenos días —respondió Anthony en inglés.

Los dos detuvieron las mulas y comenzaron a hablar.

—Son las primeras palabras inglesas que oigo pronunciar desde hace siete meses y medio —dijo el desconocido.

Era un hombre pequeño, de edad avanzada, bajo y enjuto, pero con una graciosa apostura que le prestaba no poca dignidad. Tenía el rostro de proporciones curiosas, corto de nariz y con el labio superior de longitud poco corriente encima de una boca fuertemente apretada. Tenía la boca de inquisidor. Pero el tal inquisidor, olvidado de sí mismo, había aprendido a sonreír; en las arrugas profundas que separaban las delicadas comisuras de la boca de las mejillas, temblaba el germen de la risa. Y en rededor de los ojos brillantes y curiosos, aquellas intrincadas líneas dijéranse huellas y símbolos jeroglíficos de movimientos constantemente repetidos de amable buen humor. Una cara extraña, se dijo Anthony, pero cautivadora.

—Me llamo James Miller —dijo el desconocido—. ¿Y, usted?

Anthony se lo dijo.

—¿Y viaja usted solo, Anthony Beavis? —preguntó empleando los dos nombres como suelen hacer los cuáqueros.

Anthony le explicó adonde se dirigía y el motivo de su viaje.

—¿Sabe usted algo acerca de los médicos que pueda encontrar en Miajutla? —le preguntó.

Los jeroglíficos que rodeaban los ojos se hicieron más profundos, y la risa en potencia que rodeaba la boca del hombrecillo, se convirtió en la realidad de una sonrisa.

—Sé algo acerca de los médicos que puede encontrar usted *aquí* —dijo, dándose un pequeño golpe en el pecho—. Soy médico de la facultad de Edimburgo. Y, lo que es más, llevo en esas mulas buena provisión de medicinas. —Luego añadió en tono más enérgico—: Vamos, debemos llegar junto a ese pobre amigo suyo lo antes que sea posible.

Anthony dio media vuelta a la mula y se pusieron en camino el uno junto al otro.

—Está bien, Anthony Beavis. Ha encontrado usted lo que deseaba.

—Afortunadamente —dijo Anthony con un gesto—. No iba rezando, o tendría que creer en una especial providencia y en una intervención milagrosa.

—Lo cual sería un error —dijo el médico—. Y no es que ocurran las cosas nunca por pura casualidad. Cogemos la carta forzada que el prestidigitador nos ofrece, la carta que uno mismo ha hecho que el prestidigitador le ofrezca sin remedio. Todo es una cuestión de pausas y de efectos. ¿Qué profesión tiene usted? —le preguntó luego sin hacer pausa alguna.

—Supongo que usted diría que soy sociólogo. Al menos, lo era.

—¿De veras?

El médico parecía sorprendido y complacido.

—Yo soy antropólogo —siguió diciendo—. He estado viviendo en medio de los *Lancadones*[105], en Chipas, durante estos últimos meses. Buena gente, una vez que se los conoce. He reunido muchos datos. ¿Está usted casado?

—No.

—¿No lo ha estado nunca?

—Nunca.

—Eso no está bien, Anthony Beavis —dijo el médico sacudiendo la cabeza—. Debió usted casarse.

—¿Qué le hace creerlo?

—Lo veo en su cara. Aquí y aquí —dijo tocándole los labios y la frente —. Yo sí estuve casado. Durante catorce años. Mi mujer murió. De la fiebre llamada de agua negra. Una enfermedad africana. Estábamos trabajando entonces en el África Occidental. Ella era médico también. Sabía bastante más que yo de muchas cosas. Usted hubiera sido un marido excelente. Quizá pueda serlo todavía. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y tres.

—Y representa menos. Aunque no me gusta esa palidez que tiene —protestó violentamente—. ¿Sufre usted mucho estreñimiento?

—La verdad, no —respondió Anthony sonriendo, al mismo tiempo que se preguntaba si resultaría agradable que todo el mundo hablara a los demás de aquella manera. Posiblemente resultara algo cansado tener que conducirse con todas las personas con que tropezara uno como si fueran seres humanos, como si tuvieran algún derecho a saber todo lo concerniente a uno mismo; pero sería más interesante que tratarlos como objetos, como trozos de carne que alguien deja junto a nosotros en el autobús y que nos empujan en las aceras—. No mucho —añadió.

—Quiero usted decir que no de manera manifiesta. ¿Eczema?

—Algunos ramalazos.

—¿Caspa abundante en el pelo, algunas veces? —el doctor Miller contestó él mismo esta pregunta asintiendo—. ¿Dolores de cabeza?

Anthony hubo de confesar que algunas veces le dolía la cabeza.

—Y naturalmente, tortícolis y algunos ataques de lumbago. Ya lo sé, ya lo sé. Dentro de unos años se habrá convertido en ciática y artritismo.

Calló el médico durante algunos momentos mientras contemplaba nuevamente con mirada inquisitiva la cara de Anthony.

—Sí, esa palidez… —repitió sacudiendo la cabeza—. Y luego la ironía, el escepticismo, esa actitud de «para qué, si no vale la pena». Realmente negativo. Todo lo que piensa usted es puramente negativo.

Anthony se echó a reír, pero su risa ocultaba cierta intranquilidad. El encontrarse en términos humanos con todo el mundo bien pudiera resultar extremadamente embarazoso.

—Escuche —dijo el médico—, no crea usted ni por un momento que le estoy criticando —y su voz expresó verdadera preocupación de que sus palabras pudieran ser tomadas a mal.

Anthony siguió riendo de manera poco convincente.

—No se le ocurra que le estoy echando a usted la culpa —insistió el médico—. Todos somos lo que somos; y cuando llega el momento de convertirnos en lo que debiéramos ser, pues no resulta nada sencillo. No, no es nada fácil, Anthony Beavis. ¿Cómo puede usted esperar pensar sino negativamente, cuando está sufriendo de un envenenamiento intestinal crónico? Probablemente, desde que nació. Seguramente, heredado. Y luego, todo encorvado. Ahí va usted, doblado sobre la mula. Es terrible. Está usted ejerciendo una presión espantosa sobre las vértebras. Casi es posible oírlas crujir a las pobres. Y cuando la espina dorsal está en semejante estado, ¿qué le ocurre al resto de la máquina? Espanta el pensarlo.

—*Y* sin embargo —dijo Anthony algo picado por aquella cruel enumeración de todos sus defectos físicos— estoy vivo todavía.

—*Alguien* hay aquí para contestar a mis preguntas. Pero ¿es acaso la persona que usted quisiera ser?

Anthony no contestó y se limitó a sonreír con poca naturalidad.

—Y ni siquiera ese alguien seguirá respondiendo preguntas mucho tiempo, si no anda usted con cuidado. Hablo en serio. Completamente en serio. Si quiere usted seguir existiendo, tiene que cambiar. Y si de cambiar se trata, necesitará usted toda la ayuda de que pueda echar mano, desde la de Dios hasta la del médico. Le digo todo esto porque me gusta —explicó —. Creo que vale la pena que cambie usted.

—Muchas gracias —dijo Anthony sonriendo, pero esta vez complacido.

—Hablando como médico, le recomendaría para empezar un tratamiento de irrigaciones colónicas.

—Y hablando como Dios —dijo Anthony permitiendo que el placer que sentía se desbordase en una chanza de buen humor—, un tratamiento de oración y ayuno.

—No, no; nada de ayunos —protestó el médico completamente en serio —. Ayunos, no. Una dieta adecuada solamente. Nada de carne de la carnicería. Para usted es puro veneno. Y nada de leche: sólo conseguirá usted, si la bebe, hincharse de aire la barriga. Tómela convertida en queso, mantequilla, pero nunca líquida. Huevos, pocos, los menos posibles. Y naturalmente, una comida fuerte al día nada más. No necesita usted la mitad de lo que está comiendo. En cuanto a la oración… —suspiró y arrugó la frente pensativo—. Le confesaré que nunca me ha gustado gran cosa. Por lo menos lo que suele llamarse oración. Todo eso de pedir favores especiales y consejos y perdón… He encontrado siempre que tiende a fomentar el egoísmo, a hacer que nos preocupemos excesivamente con nuestra personalidad ridícula, aunque tan importante a nuestros ojos. Cuando se reza de la manera corriente, no se hace más que darse friegas con la propia sustancia. Algo así como el perro que se come lo que acaba de vomitar, si comprende usted lo que quiero decir. Mientras que lo que debemos buscar es librarnos de lo vomitado.

Lo que buscamos, se dijo Anthony, es la manera de llegar más allá de los libros, más allá de la carne perfumada y elástica de las mujeres, más allá del miedo y de la pereza, más allá de la visión dolorosa, pero placentera en secreto, de un mundo que no es más que una casa de fieras y un manicomio.

—Más allá de esa personalidad nuestra, insignificante, despreciable — estaba diciendo el doctor—, con todas sus pequeñas y ruines virtudes, sus vicios, sus ansias estúpidas y sus necias pretensiones. Pero si no se tiene cuidado, la oración nos confirma en esa mala costumbre de ser personal. Le digo que lo tengo observado clínicamente, y parece ejercer sobre la gente efecto muy parecido al de la carne de matadero. La oración nos hace más nosotros mismos, nos aísla más aún. Exactamente igual que un trozo de solomillo. Fíjese usted en la correlación que existe entre la religión y la dieta. Los cristianos comen carne, beben alcohol y fuman tabaco; y la religión cristiana exalta la personalidad, insiste en el valor de la oración petitoria, enseña que Dios puede enojarse y que está conforme con la persecución de los herejes. Otro tanto les ocurre a los judíos y a los mahometanos. La carne sacrificada ritualmente por los judíos, y un Jehová terrible. Borrego y carne de vaca, y la supervivencia personal entre las

huríes[106], el Alá vengador y la guerra santa. Ahora piense en los budistas. Verduras y agua. Y ¿cuál es su filosofía? No exaltan la personalidad, tratan de trascenderla. No se imaginan que Dios puede enfurecerse; cuando no han sido iluminados le tienen por compasivo, y cuando han sido iluminados, creen que no existe, excepto como la mente impersonal del universo. Por lo tanto no rezan para pedir, sino que meditan, o en otras palabras, procuran fundir sus mentes individuales con la mente universal. Finalmente, no creen en una providencia especial para los individuos; creen en un orden moral, en el cual todo evento tiene una causa y produce un efecto, en el cual la carta es forzada por el prestidigitador, pero únicamente porque nuestras acciones anteriores han forzado al prestidigitador a que nos fuerce a tomar esa carta. ¡Qué distancia separa estos conceptos de los que hemos examinado anteriormente! El hecho es que pensamos según lo que comemos. Yo como lo que los budistas, y el resultado es que pienso como un budista, y como pienso como un budista, estoy decidido a seguir comiendo lo que los budistas.

—Y me recomienda usted que yo coma como un budista.

—Poco más o menos.

—Y quizá que piense como un budista.

—A la larga no lo podrá evitar usted. Pero, naturalmente, es preferible hacerlo de manera consciente.

—El hecho es que ya pienso como un budista. No en todo, tal vez, pero desde luego en muchas cosas. A pesar de las chuletas de vaca.

—¡Ah! Le *parece* a usted que piensa como un budista. Pero no hay tal cosa. El pensar negativamente no es pensar como un budista; es pensar como un cristiano que consume más carne de la que pueden tolerar sus intestinos.

Anthony se echó a reír.

—Ya, ya sé que prepara un chiste —dijo el médico—, pero se debe exclusivamente a que es usted un dualista.

—No; no lo soy.

—Teóricamente puede que no. Pero de hecho, ¿qué otra cosa puede ser usted? ¿Qué es usted, Anthony Beavis? Un hombre inteligente, eso salta a la vista. Pero resulta no menos evidente que tiene usted un cuerpo

inconsciente. Un aparato mental eficaz y un conjunto de músculos, huesos y vísceras irremediablemente imbécil. Claro que es usted dualista. *Vive* usted el dualismo, lo practica. Y una de las causas de que lo practique usted es que se envenena con un exceso de proteínas animales. Como millones de otras personas. ¿Cuál cree usted que es el enemigo mayor del cristianismo hoy? La carne congelada. En el pasado, únicamente los pertenecientes a las clases altas de la sociedad eran completamente escépticos, pesimistas y negativos. ¿Por qué? Entre otras razones, porque eran los únicos que podían pagarse un exceso de carne para sus mesas. Hoy tenemos baratos el cordero de Cantorbery y la carne congelada argentina. Incluso los pobres pueden permitirse el lujo de envenenarse hasta adquirir el escepticismo más completo y la desesperación más integral. De tal manera, que únicamente los estímulos más violentos resultan eficaces para provocarlos a conducirse con actividad que demuestran es diabólica. Solamente pueden ser estimulados por las incitaciones dementes de que persigan a los judíos, de que asesinen a los socialistas o de que vayan a la guerra. Usted, por casualidad, es demasiado inteligente para ser fascista o nacionalista; pero, volviendo a lo de antes, esto es una cuestión teórica y no vital. Créame, Anthony Beavis, tiene usted los intestinos maduros para el nacionalismo o el fascismo. Sus entrañas le están haciendo anhelar el poder escapar de la horrible actitud negativa a que le han condenado, el poder ser lanzado por la violencia a la violencia.

—De hecho —dijo Anthony, señalando con un gesto el caos de montañas caídas las unas sobre las otras—; ésta es una de las razones por las que me encuentro aquí. Para librarme violentamente de lo negativo. Nos dirigíamos a tomar parte en una revolución cuando el pobre Staithes se cayó de la mula.

—¿Lo ve usted?, ¿lo ve? —dijo el doctor, asintiendo con un gesto compasivo—. ¿Y cree usted que se encontraría aquí si tuviera unos intestinos sanos?

—La verdad, no lo sé —dijo Anthony, riendo.

—Sí, sí lo sabe usted. Lo sabe perfectamente —dijo el médico en tono casi severo—. Al menos, no se encontraría usted aquí con esa finalidad, digna de un orate. Pues bien pudiera usted hallarse en estos parajes como

antropólogo, por ejemplo, o como maestro, como médico, como lo que desee, siempre que sea por un motivo que suponga el entender a la gente y ayudarla.

Anthony inclinó lentamente la cabeza varias veces, pero no respondió. Durante largo rato ambos fueron cabalgando en silencio.

Era mejor la luz y estaba más limpio fuera que en la choza. El doctor Müler eligió para quirófano un pequeño espacio libre de árboles en medio del pinar vecino de la aldea.

—Espero que no lleguen las moscas hasta aquí —dijo sin gran seguridad.

Los dos mozos que vinieron con él habían construido para entonces un rústico hogar, en el cual hervía un caldero de agua. También pidieron y obtuvieron prestada una mesa del maestro de la escuela, unas banquetas, sobre las que colocaron vasijas para el desinfectante, y una sábana de algodón para cubrir la cama de operaciones.

El médico Había dado a Mark una dosis de «Nembutal», y cuando llegó la hora le transportaron inconsciente hasta la pequeña calva del bosque. Todos los chiquillos de la aldea escoltaron las parihuelas y rodearon la mesa callados y curiosos, mientras el enfermo era colocado sobre ella. Con sus largos calzones y tocados con sombreros de anchas alas, al hombro las mantas pequeñas y plegadas, más que niños parecían parodias absurdas y cómicas de hombres adultos.

Anthony, que había estado sosteniendo la pierna gangrenosa, se enderezó, y al mirar y ver el círculo de caras morenas y el brillo de todos aquellos ojos negros e inexpresivos, la creciente congoja que experimentaba se mudó abruptamente en furia incoercible.

—¡Fuera de aquí! —gritó en inglés, avanzando hacia los chicos y agitando los brazos—. ¡Largo de aquí!

Retrocedieron lentamente los niños, a disgusto y con la evidente intención de volver a adelantarse en el mismo instante en que Anthony dejase de mirarlos.

Anthony se lanzó inesperadamente hacia ellos y cogió por un brazo a uno de los más pequeños.

—¡Asquerosa criatura!

Sacudió violentamente al niño, y luego, incapaz de vencer un impulso irresistible de causar dolor, le dio un moquete que hizo salir volando por los aires y entre los árboles, el gran sombrero.

El niño se reunió, corriendo, con sus compañeros sin una queja. Anthony hizo un último ademán de amenaza en su dirección y volvió lentamente hacia el centro del espacio libre. Apenas había dado unos pasos, cuando un guijarro certero le dio un recio golpe en las paletillas. Se volvió frenético y comenzó a dar suelta a una ristra de obscenidades que nunca había pronunciado desde que salió del colegio.

El médico, que estaba lavándose las manos junto a la mesa, alzó la vista y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Esos demonios de niños que están tirando piedras.

—Bien merecido se lo tiene usted —dijo el médico, sin dar muestras de compadecer a Anthony—. Déjelos usted y venga a cumplir con su deber.

La palabra *deber*, insólita para Anthony, de matiz entre clerical y castrense, le hizo comprender que se había conducido como un necio. Y peor que un necio. El darse cuenta de su vituperable estupidez provocó el natural deseo de justificarla.

—¿No irá usted a dejarlos que estén ahí mirando? —dijo en tono de indignación dolorida.

—¿Quiere usted decirnos cómo podría evitarlo si quieren mirar? —preguntó el médico mientras se secaba las manos—. Vamos, vamos, Anthony Beavis, domine sus nervios. Lo que nos espera va a resultar bastante difícil, sin necesidad de que le dé a usted un ataque de nervios.

Silencioso y enojado con Miller a causa de la vergüenza que se apoderó de él, Anthony se lavó las manos y se puso la camisa limpia que tendría que hacer las veces de bata de cirujano.

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo el médico, adelantándose — es sangrar totalmente la pierna.

«La» y no «su» pierna, pensó Anthony mirando al hombre dormido sobre la cama. Una cosa impersonal que a nadie en particular pertenece. La pierna. Pero la cara era la de Mark, la cara dormida de Mark, ahora increíblemente serena, tersa a pesar de su demacración, como si aquel estupor remedador de la muerte hubiera extendido piel nueva por encima de los músculos retorcidos y desollados. Nunca podría ser aquella «la» cara. Era «suya», por poco que recordara la máscara despectiva y de dolor desde detrás de la cual Mark solía contemplar el mundo corrientemente. Y quizá doblemente suya, gracias a la perceptible desemejanza. Le vino a la memoria de pronto que Mark le había dicho junto al Mediterráneo tan sólo cuatro meses antes, cuando se despertó él y vio aquellos ojos, cerrados ahora, pero bien abiertos entonces, iluminados por la sorna, examinándole sardónicamente a través de las mallas del mosquitero. «Tal vez, le dijo, seamos realmente lo que aparentamos ser cuando estamos dormidos. Inocencia y paz; tal sería la ausencia de la mente, y lo demás pudiera considerarse como meramente accidental».

—Cójale por el pie —mandó el doctor Miller— y sujétele la pierna en la posición más vertical que pueda.

Obedeció Anthony. De esta manera grotesca alzada, la pierna, horriblemente hinchada y descolorida, parecía más impersonal que nunca y tenía más acentuado aspecto de cosa. El hedor de la carne mortificada se le metió a Anthony por las ventanas de la nariz. A sus espaldas, una voz gritó alguna cosa incomprensiblemente entre los árboles; sonaron unas risitas.

—Déjele ahora la pierna al mozo y póngase aquí. Sosténgame, esa botella.

De nuevo obedeció Anthony. Volvió a percibir el aroma de la resina del pinar

Cuando el médico pintó el muslo con flavina, surgió del bosque un murmullo de asombro: «¡Amarillo!». Anthony miró nuevamente la cara de su amigo: conservaba su apacible serenidad. Esencialmente tranquila y pura. La pierna, con su carne negra y muerta; la sierra, en el baño de permanganato; los bisturíes y los fórceps; los niños, fascinados, atisbando

desde debajo de los árboles: todo ello se le antojó que nada tenía que ver con el Mark esencial.

—El cloroformo —dijo el médico— y el algodón. Ya le enseñaré cómo tiene que darlo. Luego tendrá usted que arreglárselas solo.

Abrió el frasco y el aroma de los pinos al sol quedó escondido debajo de una dulzura áspera y nauseabunda.

—Así —dijo Miller—. ¿Se da usted cuenta de la idea? Pues siga así. Ya le avisaré cuando tenga que parar. Voy a ponerle el torniquete.

No había pájaros en los árboles y apenas volaba alguno que otro insecto. El pinar estaba sumido en silencio mortal. Aquel trozo de terreno despejado era un islote de palabras y movimientos en un océano de silencio. Y en el centro de aquella isla yacía un silencio más profundo, más completo que el silencio del pinar.

Quedó colocado el torniquete. Miller mandó al mozo que bajara la pierna ridículamente alzada. Acercó una banqueta a la mesa, se sentó, volvió a levantarse y, mientras se lavaba las manos por última vez, le explicó a Anthony que tendría que operar sentado, pues la mesa era demasiado baja para permitirle hacerlo de pie. Tornó a ocupar la banqueta y buscó en la vasija del permanganato un escalpelo.

Así que Anthony vio aquellas anchas capas de piel despegadas como la cáscara de un inmenso plátano, pero de un plátano rojo y sangrante, se sintió invadido por una horrible sensación de náusea. Se le inundó de saliva la boca y se vio obligado a tragarla continuamente para librarse de ella. Involuntariamente, tosió al reprimir una basca.

—¡Cuidado! —dijo el médico sin alzar la vista.

Ligó un vaso sangrante usando un fórceps arterial.

—Piense usted en ello desde el punto de vista científico —dijo, dando otro gran tajo en la carne—. Y si tiene usted que vomitar —añadió después con inesperada aspereza—, vaya y vomite de una vez.

Pasado un segundo, siguió diciendo en otro tono, el de un catedrático que señala a sus estudiantes un detalle interesante:

—Es menester seccionar los nervios a bastante distancia, pues al cicatrizar tiene lugar una retracción tremenda. En cualquier caso —añadió

—, probablemente tendrá que someterse a una nueva amputación en Inglaterra. El muñón no va a ser ninguna preciosidad, mucho me temo.

Serena y apacible, horra inocentemente de toda ansia, de toda malicia, de toda ambición, la cara era la de quien ha alcanzado una libertad total, de quién se ha librado definitivamente de rejas y cadenas, de sepulcros y de sus lápidas; de quien ha conseguido que la liga viscosa y traicionera ya no se adhiera a él. El rostro de quien ha alcanzado la libertad. Pero de hecho, reflexionó Anthony, la libertad le había sido impuesta por aquellos vapores de olor maligno. ¿Era posible ser propio liberador de uno mismo? Había trampas y celadas, mas también existían métodos de escapar de ellas; prisiones, pero sus puertas podrían ser abiertas. Y si las cámaras de tortura resultaban imposibles de abolir, tal vez el tormento pudiera llegar a parecer baladí. Tan desprovisto de significado como Mark encontraba en aquel instante el ruido de la sierra, el insufrible raspar y chirriar de los dientes de acero al morder el hueso, de la hoja de acero al frotar la carne en su ir y venir por la hendidura, cada vez más profunda. Mark yacía sereno, casi sonriente.

OceanofPDF.com

L

Día de Navidad de 1934

DIOS, ¿persona o no persona? ¡Quién sabe! Tan sólo la revelación puede decidir sobre tan metafísicas cuestiones. Y la revelación es contraria a las leyes del juego; es algo así como sacarse de la manga tres ases del triunfo.

Más importante o significativa es la pregunta de índole práctica: ¿Qué es lo que da al hombre mayor fuerza para realizar la bondad: la creencia en un Dios impersonal? Respuesta: depende. Algunas mentes funcionan de una manera y otras funcionan de modo distinto. La mía ocurre que no precisa, que no puede pensar en el mundo en términos personales. Dice Patanjali que podemos creer o no creer en un Dios personal, a nuestro gusto. Los resultados psicológicos serán idénticos en ambos casos.

Para aquéllos cuya naturaleza exige la personalidad como fuente de energía, pero que hallan imposible creer que el mundo sea regido por una persona, en cualquiera de los sentidos de la palabra que nos resultan comprensibles, ¿qué es lo aconsejable? En la mayoría de los casos rechazan todo ejercicio que pudiera llamarse religioso. Pero esto es algo así cómo vaciar el baño del niño arrojando por el sumidero no solamente el agua sino también al niño. La deseada relación con una personalidad puede ser histórica, mas no ontológica. Un contacto, no con alguien existente hoy como director del universo, sino con alguien de cuya existencia en el pasado tenemos noticia. Y la meditación acerca de la bondad, la comunicación con la bondad y contemplación de la bondad, son medios de

eficacia demostrada para alcanzar la bondad de la conducta, aunque aquello sobre lo que se medite, con lo que se establezca contacto y lo que se contemple no sea una persona, sino una mente general, o incluso, un ideal que se suponga que existe únicamente en las humanas mentes. El problema fundamental es de índole práctica: establecer sistemas de ejercicios psicológicos para todos los tipos de hombre y de mujer. El catolicismo tiene sistemas de orar mentalmente en abundancia: Ignaciano, Franciscano, Ligoriano, Carmelita, y así sucesivamente. El hinduismo, el budismo nórdico, meridional y Zen también tienen buen número de sistemas. Hay gran labor que hacer en esta dirección, reuniendo y coordinando toda la información obtenible de estas fuentes diversas; consultando textos y (lo que es más importante) gentes que hayan practicado lo que los textos dicen y que tengan experiencia de la enseñanza de los novicios. A la larga, tal vez fuera posible establecer un *Ars Contemplativa* completa y definitiva. Una serie de métodos técnicos adaptables a cualquier tipo de mente. Métodos técnicos para meditar sobre la bondad, para comunicarse con ella, para contemplarla. Fines en sí y también medios para convertir en real esa bondad con la práctica.

1 DE ENERO DE 1935.

La maquinaria, la buena organización (inventos modernos) y otras similares bendiciones han de ser pagadas. De muy diversas maneras. Las pagamos, por ejemplo, con la creencia generalizada, que ha sido fomentada por la mayor eficiencia mecánica y social, de que el progreso es automático y puede ser impuesto desde fuera; de que nosotros individualmente nada necesitamos hacer para lograrlo; liquídense los indeseables, distribúyanse suficientes dinero y mercancías y todo irá bien. Esto es sencillamente resucitar la magia, dar gusto a la natural pereza humana. Es digno de observar cómo esta tendencia matiza toda la vida moderna y es perceptible en todo momento. No parece existir ningún punto de contacto entre los socialistas teóricos, como los Webbs y los soviets, de una parte, y el cristianismo moderno, de la otra parte. ¡Pero qué profundas similitudes

subterráneas! El reciente renacimiento cristiano es esencialmente un renacimiento sacramental. Desde el punto de vista católico, vivimos una «época sacramental». El poder mágico de los sacramentos se considera suficiente para lograr la salvación. Exacta analogía de la idea Webbs-soviética de que el progreso es posible de fuera a dentro, mediante la maquinaria y la buena organización.

OceanofPDF.com

LI

7 DE FEBRERO DE 1934

DESMONTÓ el doctor Miller ante la puerta abierta, dejó su mula al cuidado del mozo y entró en la choza.

Incorporado en la cama con la ayuda de almohadas, Mark le vio entrar, pequeño, tieso, brillantes los ojos de interés benévolo, vivas las comisuras de su boca con promesas de risa.

—¡Qué! ¿Qué tal están esta mañana todos los enfermitos? —preguntó Mark obligando a su rostro aún pálido y demacrado a sonreír con ferocidad sardónica.

Anthony le lanzó una mirada desde la banqueta en que estaba sentado junto a la cama y recordó la serenidad retratada en aquella cara tres semanas antes, bajo los rayos del sol en medio del pinar. Serena y apacible. Mas ahora que la vida había vuelto a él, ahora que convalecía fuera de peligro, la paz había huido de Mark para dejarle convertido en enemigo acre del mundo entero. Aún antes de que pudiera volver a hablar, ya sus ojos expresaban odio. Odio por todos cuantos se le acercaban, pero en especial por Miller.

—No puedo soportar esa sempiterna alegría —le había dicho a Anthony ya recobrada el habla—. Nadie tiene derecho a pasearse por el mundo como si fuera el anuncio de un específico para curar el estreñimiento.

Mas la razón de la antipatía experimentada por Mark era muy distinta. Hallaba insufrible a Miller porque dependía de él, por los constantes y vigilantes cuidados que el médico le prodigaba sin cesar. ¡Pobre Mark!

¡Qué doloroso encontraba el verse obligado a aceptar ayudas ajenas y más aún al verse forzado por su debilidad a pedirlas! ¡Con qué violencia le irritaba el recibir cosa alguna, incluso el afecto, de una persona a la cual le era imposible juzgar inferior a él! Nació su antipatía por el médico tan pronto como volvió en sí, y aumentó día tras día a medida que el viejo retrasaba su partida para cuidar a Mark.

—¿Por qué no sigue usted su viaje? —le preguntó Mark una vez.

Y como respondiera el médico que no le apretaba la prisa, que tenía la intención de acompañarle y cuidarle hasta que alcanzara la costa y aún hasta la misma Inglaterra durante la travesía del Canal y del Océano, puesto que a Inglaterra se dirigía él, Mark protestó violentamente aduciendo que ya tenía la pierna casi bien, que ninguna dificultad surgiría durante el viaje hasta Puerto San Felipe, y que quizás él embarcara en un vapor que se dirigiera hacia el Norte para llegar a Los Angeles.

Mas allí permaneció el médico, cuidando a Mark, aprovechando las horas libres para visitar las aldeas vecinas y tratar a los enfermos. Esto era nuevo y añadida causa de irritación para el convaleciente, aunque no podía Anthony adivinar los motivos de su enojo. Tal vez le molestaba no ser él el bienhechor de los indios. Fuera por lo que fuera, jamás se cansaba de chancearse de Miller aludiendo a sus «enfermitos».

Dos semanas después de la operación, llegaron hasta ellos nuevas del ignominioso fracaso de la insurrección de don Jorge. Le sorprendieron con una guardia insuficiente, le cogieron vivo, le juzgaron sumarísimamente y le fusilaron en compañía de su lugarteniente. Añadían los informes que los dos hombres fueron chanceándose entre ellos según eran conducidos rodeados de soldados hacia el cementerio en donde ya sus fosas habían sido cavadas.

—*Y* murió —fue el comentario de Mark— creyendo que el miedo me hizo abandonarle en el último instante.

Este pensamiento fue una herida más para él.

—¡Si no hubiera sido por este maldito accidente…! —repetía una y otra vez—. ¡Si hubiera yo estado a su lado para aconsejarle…! Por eso me pidió que acudiese junto

a él. No se fiaba de su propio juicio. Y mientras el pobre diablo iba camino del cementerio, aquí estaba yo en esta apestosa pocilga.

Chanceándose, olfateando el frío aire de la madrugada y diciendo: «Don Jaime, huele a cementerio». También él, pensaba Mark, hubiera encontrado alguna broma que airear. En lugar de lo cual… Naturalmente, la culpa fue de la mala suerte, un ejemplo típico de Ja idiotez de la suerte, pero la suerte no estaba allí presente para que Mark pudiera descargar sobre ella su ira. Solamente estaban junto a él Anthony y el doctor. Su actitud para con ambos, desde que le llegaron las noticias de la muerte de don Jorge, se hizo más amarga y resentida. Dijérase que los tenía por responsables de lo que había ocurrido. Sobre todo al médico.

—¿Qué tal está hoy su deliciosa ciencia de cómo debe el médico conducirse junto a la cama del doliente? —le preguntó con igual voz de ludibrio que la empleada para preguntarle acerca de sus «enfermitos».

—Mucho me temo —respondió el doctor Miller, con buen humor según se quitaba el sombrero y tomaba asiento—, mucho me temo que completamente inútil; pues o el doliente carece de cama junto a la cual pueda yo conducirme, sino tan sólo una manta extendida sobre el suelo, o no hablan ellos el español y no conozco yo su dialecto indio. Y esa salud, ¿cómo va?

—«Esa salud» —repuso Mark repitiendo las palabras empleadas por el médico, en un tono de profundo asco, como si se tratara de un trozo de basura verbal—, está muy bien, gracias.

—Pero algo *berkeleyano*[107] —interpuso Anthony—, sintiendo dolores en la rodilla que no tiene.

Mark le lanzó una mirada pétrea de disgusto. Miró entonces hacia el brillante espectáculo de la tarde perceptible a través de la puerta y dijo:

—Dolores, no —explicó fríamente, aunque media hora antes le había hablado a Anthony de los dolores que sentía—; únicamente la sensación de que aún tengo la rodilla.

—Me temo que eso es inevitable —dijo el médico sacudiendo la cabeza.

—No he supuesto que fuera remediable —contestó Mark, como si contestara con gran dignidad a alguna alusión que atacara su honor.

El doctor rompió el violento silencio diciendo que en los valles de las alturas había encontrado bastantes casos de bocio.

—No carece de encanto —dijo Mark, al tiempo que se acariciaba un bulto imaginario en la garganta—. ¡Qué pena, aquellos cretinos que solían verse en Suiza cuando yo era niño! Me temo que los han hecho desaparecer a fuerza de yodo. El mundo es un lugar detestablemente higiénico en estos tiempos —movió la cabeza tristemente y sonrió con su faz desollada—. ¿Qué hacen en esos valles altos?

—Cultivan maíz —respondió Miller—. En el tiempo que les queda libre se dedican a asesinarse mutuamente. Toda la montaña está cubierta por una complicada red de *vendettas*. No hay quien no esté complicado en ellas. He estado hablando con los más inteligentes, procurando convencerlos de que liquiden todas las cuentas viejas y comiencen de nuevo.

—Se morirían de aburrimiento.

—No. Les estoy enseñando a jugar al fútbol, como sucedáneo del homicidio. Partidos interaldeanos —sonrió—. Tengo mucha experiencia acerca de las *vendettas*, adquirida en todo el mundo. En realidad, todos las odian. Prefieren, sin dudarlo, el fútbol en cuanto se acostumbran a él.

—¡Qué abominación!

—¿Por qué abominación?

—Esos dichosos deportes… ¿No podremos escapar de ellos nunca?

—Son la principal contribución de los ingleses a la civilización. Son mucho más importantes que el sistema parlamentario, que la máquina de vapor y que los *Principia* de Newton. Incluso, más importantes que la poesía inglesa. Pues la poesía no puede ser nunca un sucedáneo completo y verdadero.

—¡Sucedáneos! —repitió Mark, despectivamente—. ¡Con qué facilidad se contentan ustedes con los sucedáneos! Anthony encuentra los suyos en la cama y en el salón de lectura del Museo Británico. Usted lo busca en el campo de fútbol. ¡Dios le socorra! ¿Por qué ese pavor acerca del artículo verdadero?

Nadie habló durante algún tiempo. El doctor Miller miró a Anthony, y como advirtiera que éste no se disponía a responder, se volvió hacia Mark:

—No se trata de pavor, Mark Staithes —dijo suavemente—. Se trata de elegir algo que esté bien en lugar de elegir lo que está mal.

—Siempre me hacen sospechar las elecciones acertadas que necesitan menos valentía que las malas.

—¿Es el peligro buena medida de la bondad?

Mark se encogió de hombros.

—¿Qué es la bondad? Es difícil decirlo, en el mejor de los casos. Pero al menos uno puede saber que es bueno hacer cara al peligro con valor.

—¿Lo cual justifica el crear situaciones peligrosas… a costa de los demás? —Miller negó con la cabeza—. No, no, eso no pasa, Mark Staithes. Si quiere usted mostrar su valor, ¿por qué no lo hace por una causa buena?

—¿Tal como la de enseñar a jugar al fútbol a los indios? —preguntó Mark sardónicamente.

—Ocupación que, con frecuencia, es menos sencilla de lo que suena.

—Supongo que no acaban de enterarse de la regla del *offside*.

—No quieren enterarse de ninguna regla, excepto de la regla de matar a los habitantes de la aldea vecina. Y cuando se encuentra uno en medio de dos grupos de hombres, once por bando, todos ellos armados hasta los dientes y sedientos de muerte…

Hizo una pausa; su ancha boca quedó curvada por una sonrisa; los jeroglíficos casi invisibles que rodeaban los ojos se hicieron más pronunciados cuando los párpados convergieron y resultaron símbolos más patentes de una interior corriente risueña.

—Como digo, en esos momentos la cosa resulta menos sencilla de lo que pudiera parecer. ¿Se ha encontrado usted alguna vez confrontado por cierto número de hombres furiosos empeñados en darle muerte?

Una expresión de satisfacción malévola apareció en el rostro de Mark.

—Varias veces —respondió—; cuando dirigía un cafetal un poco más al sur, en la costa, en Chiapas.

—¿Y les hizo usted frente sin armas?

—Sin armas —repitió Mark—. En aquellos tiempos los políticos aún hablaban de revolución: la tierra para el pueblo y todo lo demás. Una buena mañana, las gentes del pueblo vinieron a apoderarse de la finca.

—Actitud —dijo Anthony— que, en principio, debió parecerte muy bien.

—Y muy bien me pareció, naturalmente. Pero en aquellas circunstancias no pude admitir tal cosa.

—¿Por qué no?

—Yo diría que es evidente. Allí estaban ellos, avanzando contra mí. ¿Podría yo decirles que teóricamente estaba con ellos y entregarles la finca? No; eso hubiera sido demasiado sencillo.

—Entonces…, ¿qué hizo usted?

—La primera vez serían casi un centenar —explicó Mark—. Todos colgados de cartuchos y de fusiles, como verdaderos árboles de Navidad, y con sus machetes. Pero muy corteses y bien hablados. Contra mí nada en concreto, y las ideas revolucionarias eran algo extrañas. Ni ellos mismos se sentían muy seguros de ellas. Aunque no es gente ruidosa nunca. Los he visto matar en silencio. Como peces. Este país es un acuario.

—Parece un acuario —corrigió el doctor—; pero cuando se averigua cómo piensan los peces…

—Yo siempre he encontrado más importante averiguar cómo beben —dijo Mark—. El verdadero enemigo es el *tequila*. Afortunadamente, los míos no estaban borrachos. De lo contrario… no es fácil adivinar lo que hubiera pasado. Se habían reunido en el secadero de cemento y yo estaba sentado a la puerta de mi oficina, unos cuantos escalones por encima de ellos. Por encima de ellos, como si se tratara de una función oficial, de una recepción que yo ofreciera a mis muy leales súbditos.

Se echó a reír. Había vuelto el color a sus mejillas y hablaba con gran agitación, como si las palabras le dejaran en la boca buen sabor al pasar por ella.

—Un centenar de peones color café y aspecto de rufianes • mirándole a uno con esos ojos como abalorios, de tortuga, que tienen. No era nada tranquilizador. Pero conseguí que ni mi voz ni mi cara traicionasen nada. Encontré muy útil para conservar el dominio de mis nervios pensar que eran una especie de insectos despreciables. Cucarachas, escarabajos peloteros. Se trataba sencillamente de cien bichos de mirada fija. Digo que esto me ayudó mucho. Pero, a pesar de todo, el corazón seguía latiéndome

fuertemente. Por su cuenta. Conocerá usted la sensación seguramente. Es como si nos hubieran metido debajo de las costillas un pájaro vivo. Un pájaro con su conciencia de ave, sujeto a sus propios temores. Es una sensación extraña, pero también muy estimulante. No creo haberme sentido nunca tan feliz como aquel día. El hecho de ser ciento contra uno. Y todos ellos armados hasta los dientes. Pero los bichos no son más que bichos. Mientras que uno era un hombre. Les aseguro que fue una sensación deliciosa.

Calló y se quedó riendo para sí.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Anthony.

—Nada. Les lancé un pequeño discurso desde mi tronó. Les dije que la finca no era mía y que, por lo tanto, no podía entregarla. Que por el momento, yo era el responsable de ella, y que si le cogía a alguno dentro de sus lindes o haciendo algo que no debiera, que se atuviera a las consecuencias. Fue un discurso firme, digno, muy oportuno. Cuando acabé, me levanté, les dije que podían retirarse y eché a andar por el camino que llevaba a la casa. Supongo que antes de que me perdieran le vista pasaría un minuto. Un minuto entero, de espaldas a ellos. Y como había por lo menos cien, nadie hubiese podido descubrir el autor de un disparo. ¡Ah, aquel pájaro debajo de las costillas!

Alzó una mano e imitó el aleteo de un ave.

—Entonces experimenté una nueva sensación; como si una serie de hormigas subieran y bajaran por mi espina dorsal. El terror, pero el terror puramente corporal; el terror autónomo, si comprenden ustedes lo que quiero decir. Mi mente sabía que no dispararían, que eran *incapaces* de disparar. Cien bichos miserables… era moralmente imposible que dispararan. El pájaro bajo las costillas, las hormigas en la columna vertebral; pero dentro del cráneo había un hombre completamente tranquilo a pesar de las dudas sentidas por el cuerpo, un hombre plenamente convencido de que había ganado la partida. Fue un minuto larguísimo, pero excelente. Excelentísimo. Y luego hubo más minutos como aquél. Las pocas veces que dispararon contra mí, lo hicieron de noche, desde la espesura. Entonces yo estaba a tiro de ellos y ellos no estaban a tiro mío, no estaban a tiró de mi conciencia y de mi voluntad. Por eso podían disparar.

Cuando el hombre desaparece los bichos juegan. Afortunadamente, ningún valor es bastante para enseñar a un indio a tirar con puntería. A la larga es posible que me hubieran podido matar por casualidad; pero antes de que esto ocurriera, la revolución pasó de moda. Realmente, en la costa del Pacífico nunca llegó a arraigar.

Encendió un cigarrillo y sobrevino un silencio.

—Bueno —dijo, por fin, el médico—, ése es un procedimiento de entendérselas con una multitud hostil. Y puesto que está usted aquí para contarlo, no es posible negar que algunas veces tiene éxito. Pero no es ese mi método. Porque yo soy antropólogo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Mucho —respondió el doctor Miller—. Un antropólogo es una persona que se dedica a estudiar hombres. Usted prefiere entendérselas con bichos. Yo le clasificaría a usted como entomólogo, Mark Staithes.

La sonrisa del médico no despertó ninguna parecida en la cara de Mark, que miró al doctor con cara helada, y luego apartó la vista.

—¡Entomólogo! —repitió despectivamente—. Eso no es más que una estupidez. ¿Por qué juega usted con las palabras?

—Porque las palabras expresan pensamientos, Mark Staithes; y los pensamientos se traducen en acciones. Si usted llama bicho a un hombre, quiere decir que se propone usted tratarle como un bicho. Mientras que si le llama hombre, eso quiere decir que le va usted a tratar como hombre. Mi profesión es estudiar hombres. Lo cual significa que tengo que llamar siempre a los hombres por su nombre, que tengo que pensar en ellos como hombres; sí, y tratarlos siempre como hombres. Porque si no tratamos a los hombres como hombres no se conducen como hombres. Pero yo soy un antropólogo, repito. Lo que busco es material humano. No ando a la caza de bichos.

Mark soltó una breve carcajada.

—Puede uno buscar material humano —dijo—. Pero eso no quiere decir que lo vaya a encontrar. Lo que encuentra es —e interrumpió la frase con una nueva risa igual que la primera—, por lo general, sencillamente bichos, completamente bichos.

—En eso se equivoca usted. Si uno busca hombres, los

encuentra. Y en la mayor-parte de los casos, hombres muy decentes. Por ejemplo, vaya usted a una aldea de gentes salvajes, recelosas y mal tratadas; vaya desarmado, con las manos abiertas —y extendió sus grandes manos cuadradas con las palmas hacia arriba como si pidiera algo—. Vaya a ellos con la intención persistente y obstinada de hacerles algún bien, por ejemplo, con el propósito de curar a los que estén enfermos. Por muy agraviados que se sientan por los blancos, por acérrima que sea su disposición, si les da usted tiempo bastante para que comprendan las intenciones que lleva usted, acabarán por aceptarle como amigo, y se convertirán en seres humanos y le tratarán a usted como ser humano. Naturalmente —añadió, y los símbolos de su potencia risueña se revelaron de nuevo alrededor de sus ojos—; ocurre algunas veces que no le dan a usted tiempo bastante. Antes de que logre usted gran cosa ya le han atravesado el cuerpo con sus lanzas. Pero realmente, esto ocurre pocas veces. Como puede usted apreciar, a mí no me ha ocurrido nunca, y cuando ocurre, siempre queda la esperanza de que el próximo que llegue tenga más éxito. Pueden morir los antropólogos, pero la antropología sigue viviendo; y, a la larga, es imposible que no alcance el éxito. Mientras que su punto de vista entomológico… Puede alcanzar algún éxito, la primera vez; generalmente es posible asustar a la gente y someterla atemorizada. Esto es, al tratar a los hombres como si fueran bichos, generalmente se logra que se conduzcan como bichos: reptan, se refugian velozmente en sus madrigueras. Pero en cuanto se les presente una oportunidad, se vuelven contra uno. El antropólogo puede encontrar la muerte al principio, pero luego no corre peligro. Es un hombre entre los hombres. El entomólogo puede salir con bien al principio, pero es un cazador rodeado de bichos. De bichos, no lo olvide, a quienes molesta que los traten como tales, que saben que no son bichos. El entomólogo lo pasa mal más tarde. Es la historia de siempre. Todo se puede hacer con las bayonetas, todo menos sentarse sobre ellas.

—No es menester sentarse sobre ellas —dijo Mark—. Los traseros que sufren los pinchazos son los de los demás y no el propio. No veo razón alguna para que quien maneje las bayonetas con cierta inteligencia no pueda conseguir gobernar indefinidamente. Lo que ocurre es que, generalmente, no existe esa medida precisa de inteligencia. La mayor parte de los

cazadores de bichos no se distinguen gran cosa de los bichos que procuran cazar.

—Exactamente —dijo el doctor mostrando su conformidad—. Y el único remedio es que el cazador tire la bayoneta y trate a los bichos como seres humanos.

—Pero estamos hablando de la inteligencia. El sentimentalismo no tiene nada que ver con la inteligencia.

Mark dijo estas palabras en un tono de tolerancia despectiva, que daba a entender que estaba esforzándose para no perder la paciencia con aquel viejo estúpido a causa de su incapacidad para pensar.

—Antes al contrario —insistió el médico—, tiene mucho que ver con ella. No es posible mostrarse inteligente acerca de los seres humanos si antes no los hemos considerado sentimentalmente. Sentimentalmente en el buen sentido de la palabra, claro es. En el sentido de amarlos. Es la primera condición indispensable para entenderlos. Sin amarlos es imposible entenderlos, y toda agudeza se convertirá sencillamente en una estupidez de otra clase.

—Y si los amamos, nos sentiremos, o se sentirá usted arrastrado por sus emociones blandengues y completamente incapaz de juzgarlos en lo que valen. Fíjese usted en las cosas grotescas y humillantes que acontecen cuando la gente se quiere excesivamente. Los muchachos que se enamoran y se imaginan que unas muchachas horrendas e imbéciles son parangones de belleza y de inteligencia. Las mujeres leales que persisten en su creencia de que sus miserables mariditos son un cúmulo de todo lo que es amable, noble, y profundo.

—Muy probablemente tienen razón. Lo que nos ciega el amor, sino la indiferencia y el odio.

—No, no, *aaamor*, no —dijo Mark en chanza—. Quisiéramos cantar ahora un himno religioso.

—Por mi parte, con mucho gusto —dijo el médico sonriendo—. Un himno cristiano, budista, confuciano, lo que guste. Yo soy antropólogo, y después de todo, ¿qué antropología? Sencillamente religión científica aplicada.

Anthony salió ahora del largo silencio que había guardado.

—¿Por qué aplicar esas teorías solamente a los salvajes? ¿Por qué no aplicarlas en casa? ¿No debe empezar esto, como la caridad, por la propia casa?

—Tiene usted mucha razón —dijo el médico—, y por casa debió empezar. Si de hecho comenzó por el extranjero, eso no es más que un accidente histórico. Empezó como empezó, porque éramos imperialistas, lo que nos puso en contacto con gentes cuyas costumbres eran diferentes de las nuestras y que, por lo tanto, nos parecieron más extrañas que las nuestras. Un puro accidente, repito. Pero desde varios puntos de vista, un accidente feliz. Pues, gracias a él, hemos aprendido muchas cosas y hemos conseguido una técnica que probablemente no hubiéramos encontrado en Inglaterra. Por dos razones: Porque es difícil pensar ecuánimemente acerca de uno mismo y aún mucho más difícil pensar acertadamente sobre lo que es muy complicado. Nuestra nación es eso, es las dos cosas; una civilización muy compleja que es, además, la nuestra. Las sociedades salvajes son sencillamente unas sociedades civilizadas en pequeña escala y con la tapadera quitada. Podemos aprender a entenderlas sin grave dificultad. Y una vez que hemos aprendido a entender a los salvajes, descubrimos que, de paso, hemos aprendido a entender a los civilizados. Y no es esto todo. El antropólogo tiene que aprender a calmar toda clase de recelos, y los salvajes son dados a la sospecha y a la acción violenta. Cuando el antropólogo ha aprendido a entendérselas con los salvajes ha desentrañado el secreto de la política.

—¿El cual es…?

—Que si tratamos a los demás bien, ellos nos tratarán bien a nosotros.

—Es usted un poco optimista, ¿no cree?

—No. A la larga, acabarían por tratarnos bien.

—¡A la larga! —dijo Mark con impaciencia—. A la larga, nos habremos muerto. ¿Y a la corta?

—Hay que aceptar el riesgo.

—Pero los europeos no son como sus salvajes dignos de la Escuela Dominical. El riesgo será tremendo.

—Quizá. Pero siempre será menor que el peligro que se corre al tratar mal a los demás lanzándolos a la guerra. Además, no son peores que los

salvajes. Lo único es que han sido gobernados o manejados horriblemente mal, y necesitan un poquito de antropología.

—¿Y quién se la va a dar?

—Pues entre otros, yo —respondió el doctor Miller—. Y espero que también usted, Mark Staithes.

—Por mí, que se corten el cuello los unos a los otros. Lo van a hacer en cualquier caso, dígales usted lo que les diga. Así, que déjelos usted que guerreen en paz estúpidamente. Además —dijo señalando la armadura de mimbre que evitaba que las ropas de la cama le rozaran la herida—, ¿qué quiere usted que haga yo *así*? Mirar, y nada más. Y será mucho mejor que todos miremos. La cosa no va a durar mucho, en cualquier caso. Dentro de unos cuantos años… ¿Cómo son esos versos de Rochester? —dijo frunciendo el ceño—. Sí; ya me acuerdo —añadió levantando la cabeza nuevamente, y los recitó:

La Edad y la Experiencia, mano a mano, lleváronle a la muerte, le hicieron comprender, tras búsqueda tan larga, tras tanto padecer, que siempre erró; que fue el esfuerzo vano. La máquina sensata yace en el barro hundida, otrora tan soberbia, antaño tan donosa, tan sabia y peregrina…

—Hundida en el barro —repitió—. Eso es realmente magnífico. En el barro hundidos. Y no es preciso esperar a estar muerto para eso. Podemos buscar un cenagal sucio y cómodo y hundirnos juntos en él, ¿quieren ustedes?

Se volvió a Anthony y siguió diciendo:

—Apretujamos bien, rodeados de excrementos de vaca, y contemplar al doctor experimentar su mejor actitud profesional de antropólogo con el general Goering. Nos reiríamos mucho.

—No obstante lo cual —dijo Anthony—, creo que acompañaré al doctor Miller a hacer el ridículo.

OceanofPDF.com

LII

24 DE JULIO DE 1914

CUATRO fueron los que participaron en la busca del desaparecido Brian: el guardia, Anthony, un viejo pastor de I’ patillas grises y majestuoso perfil decimonónico y un mozo de complexión sanguínea y diecisiete años de edad, hijo del panadero. El muchacho llevaba la lona de las parihuelas y el guardia y el pastor los largos palos de las mismas, R los cuales usaban como bastones desmesurados.

Echaron cuneta arriba, desde la parte trasera de la casa, desplegados en ala, como ojeadores, pensó Anthony según trepaba por el recuesto. Era un día luminoso, despejado y apacible. Las colinas lejanas parecían veladas por cortinas de gasa, *vagorosas* a causa del sol rutilante y casi desprovistas de colorido. Iban hollando el césped y los brezos, polvorientos, debido a la sequía. Anthony se quitó la chaqueta, y luego de pensarlo también el sombrero. Una ligera insolación simplificaría el asunto, al ahorrarle la necesidad de dar explicaciones y de responder a preguntas. Sin necesidad de ello, ya sentía flaqueza y un extraño y acongojante rigor en las entrañas. Pero no bastaba esto. < ¡Cuántas complicaciones se evitaría si cayera realmente enfermo! De vez en cuando, según subían lentamente el repecho, se llevaba la mano a la cabeza y advertía el ardor de su pelo, como la piel de un gato que ha permanecido demasiado tiempo junto a la lumbre. Era de lamentar, pensó, que fuera su cabellera tan espesa,

Al cabo de tres horas, dieron con lo que andaban buscando. El cadáver de Brian estaba boca abajo, en una especie de *folfo* roqueño, al pie del

precipicio que dominaba la laguna. Crecían algunos helechos entre las rocas, y su aroma penetrante y dulzón era tan fuerte, que el aire templado resultaba casi irrespirable. Zumbaban las moscas. Cuando el guardia le dio la vuelta al cadáver, vieron que la cara estaba de tal manera herida, que apenas era posible reconocerla. La miró Anthony durante un segundo y luego desvió los ojos. Todo su cuerpo había comenzado a temblar sin que Anthony pudiera evitarlo; tuvo que apoyarse en una roca para no caer al suelo.

—Venga aquí, muchacho —le dijo el pastor.

Y agarrándole de un brazo le apartó un trecho y le obligó a sentarse sobre la hierba, en donde no pudiera ver al muerto. Allí aguardó Anthony. Un ave de rapiña volaba en círculos encima de ellos, trazando sobre el cielo el dibujo del tiempo que pasaba, midiéndolo en la invisible esfera de un inmenso reloj. El pastor y el muchacho venían delante, aguantando cada uno el extremo de uno de los palos de las parihuelas; el guardia venía detrás, soportando todo el peso de los palos posteriores. La chaqueta rota de Brian le cubría la cara. No habían podido evitar que un brazo rígido quedara saliendo de la camilla, y a cada paso que daban sus portadores, el miembro oscilaba y temblaba en el aire. Se veían manchas de sangre sobre la camisa. Anthony se levantó, y a pesar de las protestas de los tres, insistió en aliviar al guardia de la mitad de su carga. Fueron descendiendo muy lentamente hacia el valle. Cuando al fin llegaron a la casa eran más de las tres.

Más tarde, el guardia registró los bolsillos de la chaqueta y de los pantalones. Una bolsa de tabaco, el paquete de emparedados preparados por *Mrs*. Benson, seis o siete chelines y un cuaderno medio lleno de notas referentes a la historia del Imperio romano. Ni el más leve indicio de que lo ocurrido no fuera un accidente.

Mistress Foxe llegó a la tarde siguiente. Rígida al principio, gracias al esfuerzo tenaz de su voluntad, escuchó en silencio, con serenidad pétrea, el relato de Anthony; mas luego, de repente, se quebró su entereza, se rompió en añicos el esfuerzo y comenzó a llorar con pasión. Anthony permaneció junto a ella unos momentos, vacilando, y salió del cuarto de puntillas.

A la mañana siguiente, cuando la volvió a ver, mistress Foxe ya había recobrado su calma, pero era una serenidad muy distinta. Era la calma de un

ser vivo y sensible, no la de una estatua inmóvil y helada. Tenía muy oscuras ojeras, y el rostro era el de una mujer avejentada y sufriente; pero el gesto de dolor era dulce y apacible, y el rostro también expresaba una dignidad casi majestuosa. Al mirarla, Anthony se sintió humilde, como si se hallara en presencia de algo de lo cual era él indigno, a lo que no tuviera derecho de aproximarse. Humillado y atormentado por el remordimiento, más consciente que nunca de su culpa, incluso más consciente de ella que la noche anterior, cuando *Mrs*. Foxe no pudo dominar su dolor y prorrumpió en llanto.

Nuevamente hubiera querido poder escapar, pero mistress Foxe le retuvo a su lado toda la mañana, unas veces sentada en silencio, otras hablando en aquella voz lenta y bellamente modulada. Para Anthony, tanto el silencio como el hablar resultaron igualmente torturadores. Era insufrible el estar sentado allí, callado, escuchando el tictac del reloj, pensando, preocupado por el futuro, procurando encontrar la manera de escapar de Joan, de explicarle todo y tratando de decidir lo que le diría acerca de la maldita carta que escribió a Brian. De tarde en tarde miraba a mistress Foxe rápidamente, tratando de adivinar lo que estaría pensando, si sabría, si sospecharía lo que en realidad había ocurrido. Su silencio era insufrible, pero no menos dolorosa le resultaba su conversación.

—Ahora me doy cuenta —comenzó a decir— de que mi cariño por él no fue el que debió ser. Debí quererle menos posesivamente.

¿Qué podía decir él? ¿Qué tenía razón? Claro que la tenía. Había sido para Brian como un vampiro, agarrado tenazmente al espíritu de su pobre hijo. Le sorbió su sangre vital. Sí; un vampiro. Si alguien fue responsable de la muerte de Brian, ella fue la culpable. Pero la indignación de Anthony, con la cual únicamente buscaba la propia justificación, se desvaneció cuando *Mrs*. Foxe volvió a hablar.

—Tal vez ése sea uno de los motivos de que haya ocurrido lo que ha ocurrido, para que yo aprenda que no se debe querer así.

Hizo una pausa y siguió diciendo:

—Supongo que Brian aún no había aprendido bastante. Aunque, realmente, no tenía gran cosa que aprender. ¡Supo tanto desde un principio!

Como Mozart; pero su genio no era musical; su genio era para el amor. Por eso, tal vez, ha podido irse tan pronto. Mientras que yo…

Movió lentamente la cabeza de un lado al otro.

—Yo he tenido que recibir esta lección. Después de tantos años de aprender, ¡parece mentira que fuera tan estúpida e ignorante!

Suspiró y volvió a quedar en silencio.

Un vampiro. Pero ella lo sabía y confesaba que era parcialmente responsable de lo ocurrido. Quedaba la otra parte, la suya, la de Anthony, aún sin confesar. Se dijo que debiera contárselo todo a *Mrs*. Foxe, y recordó las consecuencias de haber callado la verdad con Brian. Aún estaba dudoso, cuando ella comenzó a hablar nuevamente:

—Debiera uno amar a todos como se ama a un hijo único, y al hijo único como a uno de tantos. Naturalmente, es inevitable querer a un hijo más que a los extraños, porque hay más oportunidades de quererle; pero el amor sería distinto tan sólo cuantitativamente y no cualitativamente. Debemos amar al hijo único como amamos a los hijos únicos de los demás, debemos amarle por Dios y no por nosotros mismos.

Seguía hablando la voz vibrante, y a cada palabra que pronunciaba aumentaba la sensación de culpabilidad de Anthony. Se sentía más y más culpable, y al mismo tiempo más irremediablemente, más completamente ligado a su crimen. Cuanto más retrasara la confesión de la verdad, cuanto más tiempo permitiera que *Mrs*. Foxe continuara pronunciando aquellas palabras de resignación, más difícil iba a resultarle el desengañarla con la verdad.

—Escucha, Anthony —siguió diciendo después de una larga pausa—. Sabes el mucho cariño que te he tenido siempre. Desde que murió tu madre, ¿te acuerdas?, cuando viniste a casa por primera vez. Eras un niño tan pequeño y tan indefenso… Y así te he visto siempre desde aquel día: inerme, aunque cubierto por tu armadura. Porque, claro está, siempre has llevado coraza, y la sigues llevando. Para protegerte de varios peligros, entre otros —dijo sonriendo—, de mí.

Bajó Anthony los ojos, se sonrojó y farfulló una frase incoherente.

—No es menester que tratemos de averiguar por qué querías protegerte de mí. No quiero saberlo, a no ser que tú desees decírmelo. Y tal vez creas

que ahora necesitas protegerte todavía más. Porque te voy a decir que me gustaría que ocupases para mí el lugar de Brian. El lugar —aclaró— que Brian debió ocupar, si yo le hubiera querido como debí quererle. Quiero que seas, entre todos los hijos únicos, el que yo tenga mayores oportunidades de querer. Eso es lo que quisiera que fueras para mí, Anthony. Pero, naturalmente, no te importunaré ni te forzaré. Tú eres quien tiene que decidir.

Quedó Anthony sentado en silencio, sin mirarla y con la B cabeza humillada. «¡Sujétalo!», le decía una voz. O lo hacía en aquel instante o nunca podría hacerlo. Pero si antes encontró la confesión difícil, ahora resultaba absolutamente | imposible. ¡Decirle que ocupase el lugar de Brian! Ella le hizo imposible hablar con aquella proposición. Temblaba | de furia estéril. ¡Si le dejara en paz, si le dejara irse y refugiarse en la soledad! Súbitamente advirtió que algo le apretaba la garganta, las lágrimas fluyeron a sus ojos, se contrajeron los músculos del pecho una y otra vez de manera espasmódica. *Mrs*. Moxe cruzó la habitación y le í, puso una mano sobre el hombro.

—¡Pobre Anthony! —susurró.

Estaba clavado sobre su mentira para siempre.

Aquella noche escribió a Joan. Este horrible accidente. Tan innecesario. Tan estúpido en medio de su tragedia. Había tenido lugar antes de que a él se le presentara ocasión de hablar con Brian acerca de lo ocurrido en Londres. Por cierto: ¿había escrito ella a Brian? A mediodía, después de salir Brian, el cartero había traído una carta, cuyo sobre estaba escrito para ella. La tenía él a su disposición y se la daría la próxima vez que la viera. *Mrs*. Foxe se estaba conduciendo con un valor extraordinario. Todos tenían que ser valientes. Y quedaba de ella buen amigo.

OceanofPDF.com

LIII

23 DE FEBRERO DE 1934

ENTRÓ Helen en el cuarto de estar con una sartén, en la que aún bufaba el tocino ahumado recién quitado del fuego.

—¡El desayuno! —gritó.

—*Komme gleich*[108] —dijo una voz en la alcoba

Un momento más tarde apareció en el umbral de la puerta Ekki en mangas de camisa, navaja barbera en mano y con la cara rubicunda cubierta de espuma de jabón.

—Ya estoy casi listo —dijo en inglés, y volvió a desaparecer.

Helen se sonrió al sentarse. El amor que le tenía hacía que encontrara un placer extraordinario en aquella incesante intimidad física, la intimidad que la pobreza de ambos les había impuesto. ¿Para qué quiere la gente casas grandes, cuartos separados para dormir y todos los escondrijos privados sin los cuales los ricos no saben vivir? Ya le resultaba imposible el imaginarlo. Canturreando para sí desafinadamente, sirvió el té, puso en su plato parte del tocino y comenzó a clasificar las cartas llegadas por el primer correo. *Helen Amberley*. Así, a secas, sin *Mrs*. Franqueza y campechanía comunista. Abrió el sobre. La carta venía de Newcastle. ¿Le sería posible a ella —decía la carta— o a Giesebrecht hablar a un grupo de camaradas jóvenes acerca de la situación en Alemania en marzo? Sería menester pensar en ello. *Mr. E. Giesebrecht*. De Suiza. Y a juzgar por aquella letra picuda, de Holtzmann. Ekki se alegraría.

—Carta de Holtzmann —le dijo cuando entró—. A ver qué noticias da esta vez.

Ekki cogió la carta, y con la lentitud metódica que caracterizaba todo cuanto hacía, la abrió. Luego la dejó junto a su plato y cortó un trozo de tocino. Se lo metió en la boca, cogió la carta de nuevo y comenzó a leerla mientras masticaba pausadamente. La expresión de su cara se hizo reconcentrada. Leía con gran interés. Era incapaz de hacer ¿cualquier cosa sin poner en ello el alma entera. Cuando acabó la carta, volvió a la primera página y comenzó a leerla otra vez.

Helen no pudo reprimir más tiempo su impaciencia.

—¿Algo de interés? —preguntó—. Dime lo que dice. Holtzmann era el mejor informado de todos los periodistas exilados y siempre tema algo nuevo que contar.

Ekki no contestó inmediatamente, sino que continuó le yendo en silencio varios segundos. Luego dobló la carta y se la guardó en el bolsillo.

—Mach está en Basilea —respondió por fin.

—¿Mach? ¿Quieres decir Ludwig Mach?

Durante los últimos meses, el nombre de este audaz y valiente camarada alemán, dedicado a la diseminación de propaganda comunista y noticias prohibidas por la censura alemana, se había convertido para Helen en nombre muy conocido y al mismo tiempo fabuloso, como si se U tratara del nombre de algún personaje literario o mitológico. Que Ludwig Mach estuviera en Basilea le pareció tan poco probable como que estuvieran allí Odiseo[109], o Wotan[110] o la Pimpinela Escarlata[110a].

—¿Ludwig Mach, el de Stuttgart? —volvió a preguntar sin poder dar crédito a sus oídos.

—Sí; tendré que ir a verle. Mañana.

Dichas de aquella manera lenta, enfática y extranjera, las palabras sonaron como absolutamente irrevocables. Incluso las frases más baladíes de Ekki sonaban, si las expresaba en inglés, como si estuviera testificando bajo juramento.

—Tendré que irme —repitió.

Cuidadosa, conscientemente pronunciadas, cada una de las sílabas tenía igual valor que las demás. *I shall have to go*[111]: dos pesados espondeos y

la primera mitad de un tercero. Mientras que si un inglés hubiera dicho esas palabras, la frase hubiera sido una especie de apresurado *anapesto*[112]. *I shall have to go*. En otra persona cualquiera, aquella manera de hablar, tan ponderosa, tan digna de un dios malhumorado y pedante, como ella misma decía, le hubiera resultado intolerable a Helen. Pero en Ekki resultaba un atractivo más. Le parecía a Helen justo y adecuado que aquel hombre a quien admiraba más que a ninguna otra persona de cuantas había conocido (además de mártir) tuviera este detalle absurdo.

«Si no pudiera reírme de él de vez en cuando», se decía a sí misma, «seguramente se pudriría todo. Sería un charco de adoración estancada. Como la religión vulgar. Como uno de los perros pintados por Landseer. La risa conserva el aire en circulación y lo ventila todo».

Mientras le escuchaba, mirándole a la cara (al mismo tiempo absurdamente ingenua con aquella gravedad fresca y cándida, y expresiva de tan heroica determinación), Helen experimentó, como otras veces, que le gustaría soltar la carcajada y luego postrarse de hinojos ante él y besarle las manos.

—Yo también tendré que ir —dijo parodiando la manera de hablar de Ekki.

Al principio, Ekki pensó que había hablado en broma, mas al comprender que lo había hecho en serio, se puso grave, y comenzó a hacer objeciones. El cansancio, pues viajarían en tercera. El gasto. Pero Helen se pareció repentinamente a su madre al convertirse en una mujer mimada cuyos caprichos han de ser satisfechos.

—¡Será magnífico! —dijo exultante—. ¡Qué aventura!

Cuando él insistió en mostrarse contrario a la idea y razonable, Helen perdió la paciencia:

—¡Te digo que iré, que iré y que iré!

Holtzmann los esperaba en la estación. En lugar de ser el hombre alto, tieso y distinguido que Helen había supuesto, resultó bajo y regordete, con un rollo de grasa en la parte posterior del cuello, y una naricilla sin forma concreta y bastante parecida a una patata entre dos ojos pequeños de cerdo. Cuando Helen le dio la mano la encontró tan fría y sudorosa que le pareció envilecida la suya. Cuando Holtzmann no miraba, Helen se limpió

disimuladamente la mano en la falda. Pero aún peor que su aspecto y que sus manos húmedas resultó ser su conducta. Helen pudo advertir que su presencia había sorprendido al hombre.

—No esperaba… —tartamudeó, cuando Ekki la presentó; y la cara, durante unos instantes pareció descomponerse a causa de la profunda agitación de su dueño. Se recobró y comenzó a mostrarse efusivamente galante y cordial. Mientras recorrían el andén, todo fue *gnadige Frau, lieber Ekki unbeschreiblich froh*[113]. Como si estuvieran en el escenario, pensó Helen. Y, además, representando el papel muy mal, como un acto de una compañía de tercer orden formada para trabajar en los pueblos. ¡Y qué odiosos encontró Helen los nervios de aquel hombre! Ningún hombre tenía K, derecho a aquellas risitas, a aquellos desmedidos gestos, a aquellas muecas constantes. Según iba a su lado, Helen se sintió invadida de una antipatía irresistible que parecía emanar de él. Aquella detestable criatura le había estropeado el viaje. Se encontró deseando no haberlo hecho.

—¡Qué hombre más odioso! —logró decir en una aparte a Ekki mientras Holtzmann representaba con exageración insufrible el papel de un actor que le dice al mozo que tenga cuidado con la máquina de escribir.

—¿Tú crees? —dijo Ekki verdaderamente sorprendido—. No se me había ocurrido…

Dejó la frase sin acabar y sacudió la cabeza. La perplejidad le arrugó ligeramente la frente tersa. Pero un momento más tarde, interrumpió las renovadas muestras de delicia y afecto de Holtzmann para preguntarle qué pensaba Mach del estado de Alemania, y cuando Holtzmann le contestó, le escuchó con atención reconcentrada.

Medio irritada con él por su falta de percepción y medio admirándole por su capacidad de despreciar todo aquello que le pareció indigno de atención, Helen avanzaba junto a Ekki en silencio.

Pensaba que los hombres son extraordinarios, y que, sin embargo, así debiera ser ella. En vez de lo cual se dejaba distraer por una cara, por unos gestos, por unas muecas; perdía el tiempo, pensando con disgusto en los rollos de carne sebácea y en los ojillos de cerdo. Y en tanto, millones de mujeres y de niños sufrían frío y hambre, eran explotados, eran obligados a trabajar inhumanamente, eran tratados como si fueran infrahumanos, meras

bestias de carga, meros dientes de rueda, meras palancas. Millones de ellos se veían obligados a vivir en un estado crónico de terror, de miseria y de desesperación, eran maltratados y azotados, enloquecían a fuerza de escuchar mentiras y sufrían amenazas y golpes, eran conducidos como ganado de aquí para allá, como reses, camino de un matadero inevitable. Y ella perdía el tiempo odiando a Holtzmann porque le sudaban las manos, en lugar de respetarle, como era su deber, por su audacia, por lo que había sufrido luchando contra el abuso de tantos desvalidos. Pudieran sudarle las manos, pero vivía precariamente en el exilio, había sufrido persecuciones por sus principios y era un campeón de la justicia y de la verdad. Sintió vergüenza de sí misma, pero al mismo tiempo no pudo reprimir el pensamiento de que si fuera como Ekki, encontraría la vida de muy rara estrechez y limitada, desprovista de color hasta un punto difícil de imaginar. Una vida blanca y negra, pensó, dura, clara y definida, como un grabado de Durero. Mientras que la suya, la suya era de nebulosa brillantez, como un Turner, un Monet, un apasionado y rutilante Gauguin. «Y pareces un Gauguin» o algo semejante le dijo Anthony aquella mañana en la azotea que el sol hacía arder, y al recordarlo en la helada penumbra de la estación de Basilea, hizo una mueca repentina de dolor. «¡Qué horror! ¡Qué horror!», se dijo.

—¿Y los campos de trabajo? —preguntó Ekki con marcado interés—. ¿Qué piensa Mach acerca de los campos de trabajo?

Al salir de la estación se detuvieron.

—¿Empezamos por llevar las cosas a un hotel? —preguntó Ekki.

Pero Holtzmann no quiso oír hablar de semejante cosa.

—No, no. Tienes que venir inmediatamente a mi casa. Mach está esperando allí. No comprendería el motivo del más mínimo retraso.

Pero cuando Ekki dio su conformidad, Holtzmann permaneció irresoluto, nervioso, al borde de la acera, como un nadador que teme la zambullida.

—«¿Qué le pasa a este hombre?», se dijo Helen cada vez más impaciente. Luego dijo en voz alta:

—Bueno, ¿por qué no tomamos un taxi?

Olvidó por el momento que la época de los taxis ya había pasado para ella. Ahora se tomaban tranvías, autobuses. El pensamiento de Gauguin la había lanzado al pasado, y le pareció natural pensar en taxis.

Holtzmann no respondió, pero de pronto, con los movimientos rápidos y descompuestos de quién se ve obligado a tomar una decisión desagradable, cogió a Ekki de un brazo, y apartándose un trecho comenzó a hablarle rápidamente en un susurro. Helen advirtió el gesto de extrañeza y de enfado en la cara de Ekki. Vio que se movían sus labios, como si objetara. El otro replicó sonriente, como si se disculpara y comenzó a acariciar la manga de Ekki, como si estuviera procurando aplacarle y convencerle. Ekki acabó por hacer un gesto de asentimiento y se acercó a Helen.

Holtzmann prefiere que nos separemos hasta la hora de comer. Dice que a Mach no le gustaría que hubiese una otra persona durante nuestra entrevista.

¿Se cree que le voy a denunciar a los nazis? —preguntó Helen, indignada.

No se trata de ti —explicó Ekki—. Ni siquiera te ce. Si te conociera, la cosa sería muy distinta. Pero miedo. Recela de todos los desconocidos. Y hace muy —añadió en un tono dogmático que quería indicar la discusión estaba acabada.

Logró Helen disimular con un gran esfuerzo el enojo sentía y asintió:

—Está bien, entonces hasta la hora de comer. Aunque, la verdad, ahora no comprendo ya para qué he venido —añadió sin poderlo remediar.

—Mi querida miss Amberley, *chere conso eur, gnadige Frau*, camarada… —lijo Holtzmann rebosándole la cortesía burguesa en todos los idiomas de que disponía—: *Es tut mir so leid*. ¡Cómo lo siento!

Le dio la dirección de la casa. La esperarían a las doce y media. Se ofreció para aconsejarla acerca de la mejor manera en que podía pasar la mañana en Basilea…

Helen se guardó la tarjeta en el bolso, y sin esperar a que Holtzmann dejara de hablar, dio media vuelta y se alejó de los dos hombres andando rápidamente.

—¡Helen! —la llamó Ekki, procurando que volviera. Pero ella no prestó oídos a la llamada y Ekki no la repitió.

Hacía frío; pero el cielo estaba despejado, de un color pálido azul, y el sol brillaba. Cuando menos lo esperaba, detrás de una de las altas casas, vio el Rhin. Se inclinó sobre el pretil y estuvo contemplando el agua verde que fluía silenciosa, pero rápida y animada de propósito, como una cosa viva, como la vida misma, como la fuerza que mueve al mundo, que fluye eterna e irresistiblemente. Allí estuvo mirando el agua hasta que tuvo la sensación de que ella misma fluía con el gran río, de que estaba identificada con él y participaba de su fuerza. Recordó los versos en que los hombres de Cornualles desafían a Jaime II, que ha encarcelado a siete obispos, entre ellos al de Bristol, Trelawny, y comenzó a cantarlos inconscientemente en voz baja: «¿Y va a morir Trelawny? ¿Trelawny morirá? Los hombres de Cornualles saben por qué querrán». Y entonces vio con absoluta claridad que ganarían, que la revolución estaba al llegar, allí, allende la más cercana curva del río.

La inundación avanzaba irremediablemente hacia la victoria. ¡Qué necia fue al enfadarse con Ekki a causa de aquel hombre despreciable! Pronto el remordimiento dejó su 1 lugar al placer anticipado y tierno de la próxima reconciliación. «Perdóname, Ekki, perdóname. He sido una estúpida y tienes que perdonarme», le diría ella. Y Ekki le rodearía la cintura con un brazo y con la otra mano apartaría el pelo de su frente y se inclinaría sobre ella para besarla…

Cuando volvió a andar, el Rhin seguía fluyendo impetuosamente dentro de ella, y descargada imaginariamente su conciencia de la ofensa inferida a Ekki, Helen se encontró inmaterial, ingrávida, como si flotara por un aire sutilísimo y embriagador de felicidad. Una vez más, los millones de seres famélicos se retiraron de su conciencia para convertirse en una remota abstracción. ¡Qué bueno era todo, qué maravilloso, qué exactamente como debía ser! Incluso aquellas mujeres gordas eran perfectas, incluso las casas góticas del siglo XX. Y la taza de chocolate que se tomó en un café, ¡qué indescriptiblemente deliciosa! Y el viejo camarero, ¡qué cordial y paternal! Y cordial y paternal en un asombroso idioma alemán de Suiza que era de una comicidad inenarrable, que hacía que todo cuanto decía —desde sus comentarios acerca del tiempo hasta sus quejas acerca de lo mala que estaba la vida— fuera un chiste prodigioso e ininterrumpido. ¡Qué sonidos

guturales! ¡Qué relinchos! Recordaba el idioma de los Houyrnhums de los *Viajes de Gulliver*, pensó mientras animaba al camarero a que siguiera hablando, sin dejar de disfrutar ni un instante de aquellos extraños ruidos equinos.

Desde el café al Museo de Pinturas. Y el Museo resultó tan exquisitamente cómico como el alemán del camarero. ¡Aquellos Boecklins! Allí estaban todos los cuadros extraordinarios que hasta la fecha solamente había visto en postales o en reproducciones en colores colgadas en las paredes de las pensiones de Dresde. Nereidas y tritones que parecían sorprendidos por el fotógrafo; centauros, en las violentas posturas de los caballos corredores fotografiados por el reportero gráfico en los hipódromos. Pintados con una buena fe y una laboriosidad falta de talento que resultaban verdaderamente enternecedores. Y allí, ¡indecible alegría!, allí estaba el *Toteninsel*. Los cipreses funéreos, los templos de blancura sepulcral, las figuras envueltas en largas túnicas y la barca solitaria, atravesando el mar color de vino… El chiste era perfecto. Helen rió en voz alta. A pesar de todo, seguía siendo la hija de su madre.

Cuando salía se detuvo un momento en la sala de Primitivos, delante de un cuadro que representaba el martirio de San Erasmo. Un verdugo, con ropas del siglo XVI delicadamente elegante, estaba dando metódicamente vueltas al manubrio de un torno, como si se tratara de una máquina para escurrir la ropa lavada, enrollando los intestinos del santo, yarda tras yarda, que salían por una abertura hecha en el descarnado vientre, en tanto que la víctima en decúbito supino, como si se encontrara en un sofá y muy agradablemente instalada, miraba hacia el cielo con expresión de imperturbable ecuanimidad. El chiste era menos fino que el *Toteninsel*, más bufo, pero no obstante, de indudable excelencia dentro de su sencillez. Aún sonreía cuando salió nuevamente a la calle.

Holtzmann resultó vivir a unos cientos de yardas del Museo, en una casa pequeña y agradable de principios del siglo XX, mucho mejor de lo que se merecía un hombre a quien le sudaban las manos, separada de la calle por un pequeño espacio enarenado. Vio un automóvil impresionante ante la puerta. ¿Podría ser de Holtzmann? Mucho dinero tendría que tener el hombre… Había tardado tan poco tiempo en llegar allí desde el Museo que

apenas eran las doce y cuarto cuando comenzó a subir las escaleras de la casa. «Es igual —se dijo—; que me aguanten. No voy a estar esperando toda la mañana». El pensamiento de que asados unos minutos volvería a ver a Ekki aceleró los latidos de su corazón. ¡Qué estúpida, qué grandísima estúpida había sido, pero qué delicioso resultaba poder hacer el estúpido! Llamó al timbre.

Abrió la puerta el mismo Holtzmann, y Helen se sorprendió al observar que tenía puesto el gabán, como si se dispusiera a salir. La expresión con que la recibió en la estación volvió a aparecer de nuevo en su cara.

—Viene usted antes de la hora —dije, procurando sonreír, pero su conturbación y embarazo se aproximaban al terror—. No la aguardábamos hasta la una y media.

Helen se echó a reír.

—Tampoco yo *me aguardaba*, pero he llegado antes de lo que suponía.

Hizo un movimiento para entrar en la casa, pero Holtzmann le cortó el paso con un brazo.

—Aún no hemos acabado —le dijo con la cara roja y mojada de sudor provocado por una evidente angustia—. Si quisiera volver usted dentro de un cuarto de hora… Quince minutos nada más —le dijo casi implorando.

Nur ein viertelstündchen[114]. Helen se rió, pensando en esos almohadones bordados de los sofás sobre los que los *Geheimrats*[114a] duermen la siesta después de la comida del mediodía.

—¿Pero por qué no voy a esperar dentro?

Apartó a Holtzmann y entró en un pequeño vestíbulo oscuro que olía a cocina y a poco ventilado.

—¿En dónde está Ekki? —preguntó con un súbito deseo de verle, de verle sin tardanza, de verle sin esperar un segundo más para poder decirle que se había conducido como una tonta, que le quería a pesar de todo, que se sentía feliz y que deseaba compartir con él su felicidad.

Al otro lado del vestíbulo vio una puerta entornada. Se lanzó hacia ella impulsivamente llamando a Ekki.

—¡No entre! —gritó Holtzmann.

Pero Helen ya había entrado.

Se encontró en una alcoba. Ekki estaba echado en la estrecha cama de hierro, vestido, caída a un lado la cabeza y abierta la boca. Respiraba lentamente, dando largos ronquidos. Estaba dormido, pero dormido como jamás Helen le había visto dormido.

—¡Ekki! ¡Ekki! —tuvo tiempo de exclamar.

Resonó un portazo en el vestíbulo, otra voz se unió a la de Holtzmann y oyó ruido de pasos apresurados.

Una mano la cogió por un hombro. Se volvió y se encontró mirando la cara de un desconocido casi pegada a la suya. Oyó que Holtzmann decía desde algún lado:

—*Schnell, Willi, Schnell*[115]!

Y el desconocido dijo apretando los dientes:

—*Schmutziges Frauenzimmer*[116]!

Abrió la boca para gritar, pero en el mismo instante recibió en la barbilla un golpe bestial que se la cerró violentamente, haciendo que los dientes chocaran entre sí. Se sintió caer en un abismo negro y sin fondo.

Cuando volvió en sí, estaba en la cama del hospital. Unos labriegos la habían encontrado caída y privada de conocimiento en un bosquecillo a cinco millas de la ciudad. La llevaron a Basilea en una ambulancia. A la mañana siguiente, cuando se pasó el efecto del *barbitón*[117], recordó todo lo que había ocurrido. Pero para entonces Ekki ya había pasado la frontera y llevaba en Alemania más de veinte horas.

OceanofPDF.com

LIV

23 DE FEBRERO DE 1935

ANTHONY había estado toda la mañana en las oficinas de la Organización, dictando cartas. En general fueron cartas que trataban de las dificultades intelectuales de los atraídos por el movimiento pacifista. «¿Qué haría usted si viera a un soldado enemigo atacar a su hermana?». Muchas cosas se pudieran hacer, pero, desde luego, lo que carecía de sentido era mandar al sobrino de la atacada a matar al primo segundo atacante. ¡Tedioso trabajo, el de las cartas! Pero era preciso hacerlo. Dictó veintisiete. Y llegó la hora de ir a comer con Helen.

—Apenas hay que comer —le dijo ella cuando Anthony llegó—. No he encontrado fuerzas para guisar nada. Esto de preparar comida es detestable y aburrido.

Habló casi con enfado.

Comenzaron a comer el salmón en conserva y la ensalada de lechuga. Anthony procuró hablar, pero dijérase que sus palabras rebotaban sobre la superficie impenetrable del silencio malhumorado y melancólico de Helen. Acabó por quedar callado también.

—Hoy hace un año —dijo Helen por fin.

—¿De qué?

—Hace un año que aquellos canallas de Basilea… Sacudió la cabeza y volvió a callar.

Nada dijo Anthony. Cualquier cosa que pudiera decir sería un lugar común, casi un ultraje.

—Hay veces en que deseo que me hubieran matado a mí también —siguió diciendo Helen lentamente— en lugar de dejarme aquí pudriéndome, como un trozo de basura en un estercolero. Como un garito muerto —añadió luego—. Como una carroña.

Fue pronunciando estas palabras con un asco palmario.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Carroña soy.

—No necesitas serlo.

—No lo puedo remediar. Soy carroña por naturaleza.

—No lo eres. Tú misma lo has dicho. Cuando estaba aquí Ekki…

—No; entonces no era carroña.

—Puedes volver a ser lo que fuiste.

—No; sin él, no.

—Puedes serlo si quieres. Es cuestión de desearlo. De desearlo y de procurarlo por procedimientos adecuados.

Helen rechazó la afirmación con un gesto.

—Debieron matarme a mí también. ¡Si supieras el asco que me doy! —Hizo una mueca—. No valgo para nada. Y aún peor que eso. No soy más que un trozo de inmundicia. —Hizo una breve pausa y siguió diciendo—: Ni siquiera me interesa la obra de Ekki. No me gustan sus amigos. Comunistas. Tan bestiales como todos los demás. Estúpidos, vulgares, envidiosos, ambiciosos. Son tan despreciables, que realmente no hay motivo para privarse del gusto de llevar abrigos de pieles de chinchilla y de cenar en el Claridge. Probablemente, terminaré vendiéndome a un hombre rico. Bueno, si es que lo puedo encontrar.

Se echó a reír. Luego siguió hablando, en tono de más acerbo desprecio de sí misma.

—No hace más que un año, y ya estoy harta de todo. Harta y lo único que deseo es verme libre. Soy repugnante.

—¿Crees que la culpa es toda tuya?

—Claro que sí.

—Tal vez parte de la culpa la tenga también la causa.

—¿Qué quieres decir?

—El odio organizado no resulta una causa singularmente atractiva. No es un ideal que atraiga a la mayor parte de la gente.

—Ekki vivía exclusivamente para ese ideal. Y son muchos los que hacen lo mismo.

—¿Qué clase de gente es esa? Los comunistas son de tres clases. Idealistas con una capacidad extraordinaria para engañarse a sí mismos. Éstos, o no se dan cuenta de que se trata de organizar el odio o creen sinceramente que el fin justifica los medios, que de verdad no se imaginan que los medios influyen sobre el fin. Ekki era uno de ellos. Tal vez estén en mayoría. Luego hay dos minorías. Una minoría de personas que saben que el comunismo es el odio organizado y que se complacen en ello. Y otra minoría impulsada por la ambición y que usa del comunismo para lograr sus fines ambiciosos. Tú no eres ambiciosa y no sabes engañarte a ti misma. Y a pesar de lo que ocurrió hoy hace un año, no quieres «liquidar» a la gente, ni siquiera a los nazis. Por eso te resulta tan agradable el pensar en abrigos de chinchilla y en orquídeas. No porque en sí te atraigan irresistiblemente, sino porque la otra alternativa es profundamente repelente.

Callaron ambos. Helen se levantó de la silla, cambió los platos y puso sobre la mesa un frutero.

—¿Qué alternativa resulta satisfactoria? —preguntó, cogiendo una manzana.

—Para empezar —respondió Anthony— se puede cultivar el difícil arte de amar al prójimo.

—El prójimo es generalmente odioso.

—Es odioso porque le odiamos. Si amásemos a los demás, los encontraríamos amables.

—¿Crees que eso es verdad?

—Estoy seguro de que lo es.

—Está bien. Y ¿después?

—No hay «después». Es una tarea que dura tanto como la vida. Cualquier proceso para cambiar, dura tanto como la vida. Cada vez que coronas una montaña ves otra más alta, otra cumbre que no podías ver desde la llanura. Toma, por ejemplo, el mecanismo de la mente-cuerpo.

Comienzas por aprender a usarla mejor; adelantas; y desde tu nuevo punto de observación adviertes cómo puedes usarla todavía mejor. Y así sucesivamente. El ideal retrocede según te acercas a él. A cada paso que damos, comprendemos que el ideal es algo más notable de lo que nos habíamos figurado antes de empezar a adelantar. Cada paso nos revela la necesidad de dar otros pasos que no habíamos previsto en dirección a una meta que no resulta perceptible al emprender la marcha. Sí; es una tarea que lleva toda la vida. No puede haber «después» alguno. No puede haber más que un ensayo, según avanza uno, de trasladar lo que se ha descubierto en la esfera de lo personal a la esfera de lo político y de lo económico. Uno de los primeros descubrimientos que se hacen —añadió— es que el odio organizado y la violencia no son los métodos preferibles para alcanzar la justicia y la paz. Todos los hombres son capaces de amar a todos los hombres. Lo que ocurre es que restringimos artificialmente nuestra capacidad de amar, la restringimos mediante una serie de ideas convencionales acerca del odio y de la violencia. La restringimos a la familia, a la tribu, a la clase y a la nación a las cuales pertenecemos. Tus amigos quieren hacer desaparecer estas restricciones empleando más odio y más violencia, es decir, empleando precisamente los medios idénticos que son causa de las restricciones existentes.

Se sonrió y le preguntó a Helen

—¿Puede extrañarme el encontrar tu trabajo poco satisfactorio?

Helen miró en silencio, meneó la cabeza de un lado al otro y dijo:

—Prefiero mi abrigo de chinchilla.

—No; no lo prefieres.

—Sí, lo prefiero. Prefiero ser un pedazo de porquería. Es más fácil.

Se levantó.

—¿Tomamos café?

Mientras esperaban en la pequeña cocina a que hirviera el agua, Helen comenzó a hablar de repente del muchacho que trabajaba en asuntos de propaganda. Le había conocido hacía un par de semanas. ¡Tan divertido y tan listo! Y se había enamorado violentamente de ella. Le iluminó la cara una especie de malicia temeraria y risueña.

—Ojos azules —dijo, catalogando los méritos del muchacho, como si lo fuera a vender en subasta pública—, pelo rizado, ancho de hombros, estrecho de caderas, boxeador *amateur* de primera fila, lo cual es algo que tú no has sido nunca, mi pobre Anthony —añadió como entre paréntesis en tono de compasión despectiva—. En pocas palabras, un amante de lo más recomendable. O por lo menos tiene aspecto de serlo. Porque nunca se pueden garantizar estas cosas hasta después de probadas, ¿verdad? —preguntó riendo—. Es muy posible que le pruebe esta noche. Para conmemorar el aniversario. ¿No te parece que sería una buena idea? —Y como Anthony nada respondiera, insistió—. ¿No crees?

Le miró atentamente para tratar de descubrir alguna señal de ira, de celos o de asco.

Anthony se limitó a sonreír.

—No es tan sencillo ser un pedazo de porquería. Tanto no lo es, que yo diría que supone trabajar durísimamente. | Se apagó la sonrisa de Helen.

—Mucho trabajo —dijo—. Tal vez esa sea una buena razón para empeñarse en ello.

Y después de una pausa que hizo para echar el agua en la cafetera, añadió:

—¿Me has dicho que celebráis un mitin esta noche?

—En Battersea.

—Puede que vaya a oírte. A no ser —añadió haciendo un esfuerzo para sonreír—, a no ser que, por fin, decida celebrar el aniversario de otra manera.

Así que hubieron tomado el café, Anthony volvió andando a su casa, para trabajar durante algunas horas en unos folletos que le había prometido escribir a Purchas. Habían llegado dos cartas en el correo de mediodía. Una era de Miller, que describía el gran éxito de los mítines celebrados en Edimburgo y Glasgow. La otra, mecanografiada en papel sin membrete, decía:

Muy señor nuestro: Ya hace tiempo que venimos observándole y hemos decidido que no es tolerable que persista usted durante más tiempo en su actitud desleal y traicionera. Se lo avisamos. Si hace usted más

discursos pacifistas le daremos lo que se merece. De nada le servirá acudir a la Policía. Antes o después, caerá usted en nuestras manos y no lo pasará bien. Está anunciado que esta noche hablará usted en Battersea. Estaremos allí. Así que le avisamos que si tiene usted aprecio a su cuerpo cobarde, no aparezca por allí. No se merece usted que le avisemos, pero queremos ser justos incluso con una alimaña como usted.

Un grupo de ingleses patriotas.

¿Se trataría de una broma?, se preguntó Anthony. No, probablemente la carta estaba escrita en serio. Se sonrió. ¡Qué virtuosos se sentirían los autores probablemente! Y ¡qué heroicos! ¡Paladines de Inglaterra nada menos!

Pero el golpe caería sobre él, siguió pensando, si hablaba y si no se ponían los medios para evitarlo. Era inevitable hablar. Tampoco podía acudir a la Policía pidiendo protección. Lo único que podía hacer era practicar lo que venía practicando.

Pero ¿tendría entereza suficiente para arrostrar el peligro? ¿Y si le atacaran, si le golpearan? ¿Sabría aguantarlo?

Trató de abstraerse escribiendo el folleto para Purchas, pero lo personal surgía en su mente una y otra vez, apartando los problemas más remotos e impersonales de las colonias, el prestigio, los mercados, las inversiones, Ja emigración. Se imaginó la expresión de ira vesánica en los rostros de los atacantes, escuchó los denuestos injuriosos y violentos, vio las manos que se alzaban crispadas y que caían sobre él. ¿Lograría dominarse? Y, luego, el dolor físico de los golpes, agudo y penetrante en la cara, sordo y terrible en el cuerpo. ¿Cuánto podría soportar y durante qué tiempo? ¡Si Miller estuviera a su lado para aconsejarle! Pero Miller estaba en Glasgow.

Comenzó a dudar de sí mismo. Permanecer allí de pie, permitiendo que le golpearan sin devolver los golpes, sin ceder terreno. No lo podría lograr.

—Me faltará el valor —se repetía una y otra vez, obsesionado por el temor de sentir temor.

Recordó su conducta en Tapatlan y le invadió el bochorno. Pero esta vez el bochorno lo pasaría en público. Todos lo sabrían, y entre los demás,

Helen también.

Esta vez, reflexionó, no tendría la excusa de la sorpresa. Le habían avisado («una alimaña como usted»). Además llevaba varios meses preparándose para una contingencia de esta índole. Tenía más que ensayada la escena. Se conocía de memoria todos los gestos y todas las palabras. Pero cuando llegara la hora, cuando el dolor dejara de ser imaginario para convertirse en verdadero, ¿se acordaría de su papel? ¿Qué garantía tenía de no fracasar lamentablemente? Delante de Helen, en el momento en que ella estaba vacilando en el umbral de su propia vida, y quizá también en el de la suya. Y si fracasaba, el daño no sería exclusivamente para él, sino que de paso desacreditaría a otros. Fracasar era tanto como negar sus convicciones, invalidar su filosofía, traicionar a sus amigos. «¿Por qué eres tan necio —comenzó a decirle una vocecilla— y te cargas con el peso de una filosofía y de unas convicciones? ¿Por qué no vuelves a las ocupaciones para las cuales te destinó la naturaleza, que es el mirar la representación desde tu palco y hacer comentarios, en lugar de colocarte en posición de traicionar posiblemente a los demás? ¿Qué importa todo, al fin y al cabo? ¿Por qué no te resignas a lo que en cualquier caso es inevitable y mientras lo inevitable llega, por qué no te ocupas en tus propios asuntos, que son los que sabes hacer?».

La voz le hablaba saliendo de una nube de cansancio. Durante un minuto se encontró convertido en un caparazón muerto y seco que nada contenía sino cansancio oscuro y negación.

«Llámalos por teléfono —siguió diciendo la voz— diles que tienes gripe. Quédate en la cama unos cuantos días. Dile entonces al médico que te mande al sur de Francia unas cuantas semanas…».

De repente, comenzó a reír en voz alta. La voz dejó de ser persuasiva de aquella insidiosa manera para convertirse en absurda. La bajeza, llevada a tales extremos, expresada tan ingenuamente resultaba casi cómica.

—Unidad —susurró para sí articuladamente.

Estaba ligado a todo aquello como la mano está unida al brazo. Ligado a sus amigos, ligado incluso a los que se habían declarado enemigos suyos. Cualquier cosa que hiciera los afectaría a todos, tanto a los amigos como a

los enemigos, para bien si lo que hacía era bueno, para mal si lo que hacía era malo.

—Unidad —repitió—. Unidad.

Unidad de la humanidad, unidad de todo lo vivo, incluso de todo lo existente.

En primer lugar, unidad física. Unidad incluso dentro de la diversidad, incluso dentro de la separación. Combinaciones separadas, pero siempre iguales. En todas partes las mismas constelaciones de las unidades básicas de la energía. Las mismas en la superficie del sol y en la carne viva templada por la irradiación solar; en las bolas de perfumados capullos que atraen la mariposa y en el mar azul y en las nubes del horizonte; en el revólver del mejicano ebrio y en la sangre coagulada y negra de aquel rostro destrozado entre las rocas, la sangre fresca que punteó de escarlata el cuerpo desnudo do Helen, las gotas que corrían desde la herida palpitante de la rodilla do Mark.

Combinaciones idénticas combinadas entro sí idénticamente. Las consideró mentalmente y también el pensamiento de la vida moviéndose incesantemente entre las diversas combinaciones, eligiendo unas y rechazando otras para sus propios fines. La vida, realizando combinaciones más complejas con otras más elementales combinaciones de idéntica complejidad en toda la vasta escala de la existencia animada.

El esperma entra en el óvulo, la célula se divide y se divide, para convertirse finalmente en este hombre, esa rata o ese caballo. La pituitaria de una vaca hará que las ranas se reproduzcan fuera de temporada. La orina de una mujer embarazada pone al ratón en celo. La tiroides de una oveja transforma el *ajolote*[118] de larva con agallas en salamandra provista de pulmón y al enano cretino en ser humano de tamaño normal e inteligente. Entre una y otra forma de vida animal, las combinaciones son interminables.

También intercambiables entre animal y planta, entre la planta y mundo inanimado. Las combinaciones en las semillas y en las hojas y en las raíces, combinaciones constituidas por otras más simples existentes en el subsuelo y en la atmósfera, pueden ser asimiladas y transformadas por el insecto, el reptil, el mamífero y el pez.

La unidad de la vida. Unidad demostrada incluso en la destrucción de una vida por otra. Vida y ser son uno. De otra manera, ningún ser vivo podría nunca sustentarse de otro o de las materias no vivas que lo rodean. Uno, incluso en medio de la destrucción; uno, a pesar de la separación. Cada organismo es único. Único, pero, sin embargo, está unido a todos los organismos en la igualdad de sus últimas partes componentes; únicos, pero de substrato físicamente idéntico.

Y las mentes, las mentes son también únicas, únicas pero de substrato mental idéntico. Identidad y naturaleza intercambiable del amor, de la confianza, del valor. El afecto que desconoce el temor devuelve al loco su cordura, transforma al salvaje hostil en amigo, domestica a la bestia huraña. Las combinaciones mentales del amor pueden ser transferidas de una mente a otra y conservar, no obstante, su virtud, igual que la combinación física de hormonas puede ser transferida, con toda su eficacia, de un cuerpo a otro cuerpo.

Y no sólo el amor, sino también el odio; no sólo la confianza, sino también el recelo; no sólo la benevolencia, la generosidad y el valor, sino también la malevolencia, la avaricia y el temor.

Emociones divisibles; pero el hecho de que puedan ser transferidas de mente a mente y conservar toda su pasión original, es una demostración de la unidad fundamental de las mentes.

Realidad de la unidad, pero también realidad de la división, mayor realidad, indudablemente, de la división. No es preciso meditar acerca del hecho de la división. Tenemos conciencia constante de él. Tenemos conciencia constante de ser únicos, de ser seres aparte, mas sólo algunas veces, y casi siempre de manera puramente intelectual, únicamente como consecuencia de un proceso mental discursivo, tenemos conciencia de unidad de nuestra mente y de la de los demás, de su unidad con todas las demás vidas y todos los demás seres. En ciertas ocasiones tenemos una intuición de la unidad, una Intuición casual o alcanzada, paso, a paso, por el camino de la meditación.

Uno, uno, uno, repetía incesantemente Anthony, pero uno divididamente, unido y, mu embargo, separado.

El mal es la acentuación de la división; el bien, todo lo que tiende hacia la unidad con otras vidas y otros seres. El orgullo, la ira, el odio; son los sentimientos esencialmente malignos; y esencialmente malignos porque son intensificaciones de la realidad dada de la separación, porque rechazan y niegan otras vidas y otros seres. La lujuria y la gula también son otras tantas insistencias acerca de la unidad, pero insistencias que no suponen conciencia negativa de los otros de los que el ser único está dividido. La lujuria dice solamente: «He de gozar», mas no exige «has de sufrir». La gula, en su estado puro, es sencillamente la exigencia de mi satisfacción. Lujuria y gula son males indeseables porque subrayan la separación del yo; pero son menos malas que el orgullo, el odio y la ira, porque éste, su énfasis egoísta, no va acompañado de la negación de los demás.

¿Pero por qué «separación»? ¿Por qué es inevitable que incluso en el amor más completo, y en el otro extremo de la escala de la existencia, incluso en lo que parece estar por debajo del bien y del mal, por qué ha de persistir el mal de la separación? Separación incluso entre santo y santo, y separación incluso de una combinación física y otra combinación física. Un hombre no puede comer por otro. Incluso los mejores han de pensar, gozar, sufrir, tocar, ver, oler, oír, gustar el aislamiento. El hombre bueno es nada más que el universo cerrado menos completamente que el malo, pero cerrado al fin, como el átomo está cerrado.

Y, naturalmente, si la existencia ha de ser, la existencia tal como la conocemos, es preciso que esté organizada en universos cerrados. Mentes como las nuestras no son capaces de percibir la unidad no diferenciada excepto como nada. Es una paradoja inescapable que deseamos que no sea igual a uno y que, de lucho, encontremos siempre que uno es igual a cero.

Separación y diversidad: condiciones de nuestra existencia. Condiciones a base de las cuales poseemos vida y conciencia, sabemos conocer el bien y el mal y tenemos capacidad para elegir entre ellos, para reconocer la verdad, para experimentar la belleza. Pero la separación es un mal.

Luego el mal es condición de vida, condición previa para tener conciencia de las cosas, para saber lo que es bueno y lo que es bello.

Lo que se exige, lo que los hombres acaban de exigir, es la realización de la unión entre los seres que nada serían si no estuvieran separados, es la

realización de la bondad por criaturas que, si no fueran malas, no existirían. Es una imposibilidad, pero a pesar de eso la anhelamos.

«Nacidos bajo una ley, por otra ley atados».

Personalmente, siguió pensando Anthony, él había elegido considerar todo el proceso como carente de sentido o como una broma. Sí, *elegido*. Pues un acto de su voluntad fue. Si todo careciera de sentido, si todo fuera una inmensa broma, entonces se encontraba libre para dedicarse a sus libros y al ejercicio de su talento en lo referente a hacer comentarios sarcásticos; ningún motivo había para que no hiciesen el amor a todas las mujeres presentables que se mostraran dispuestas a permitirlo. Si no carecía el proceso de sentido, si algo quería decir, entonces no podía vivir irresponsablemente. Surgían ciertos deberes para consigo mismo, para con los demás, para con la naturaleza de las cosas. Deberes a los que estorbarían la promiscuidad de las lecturas y la costumbre de una ironía indiferente a todo. Eligió tenerlo todo por carente de significado, y ningún significado pudo hallar en ellos durante casi veinte años; todo fue un sin sentido, a pesar de algunos desconcertados atisbos de un posible significado, y de que el significado bien pudiera ser lo que él sabía elegido considerar como carente de significado estaba contenido en la paradoja, en el hecho de que la unidad fuera el principio y el fin y que mientras tanto la condición previa para la vida y para la existencia era la separación, equivalente al mal. Sí insistió, el significado de todo reside en el hecho de que nos exijamos el logro de lo que es imposible lograr. El significado es que a pesar de la mejor voluntad del mundo, el universo separado, maligno, de una persona o de una combinación física nunca pueda unirse por completo con otras vidas y otros seres, ni con la totalidad de la vida y del ser. Incluso para los mejores, la lucha no tiene fin, pues dentro de la naturaleza de las cosas tales como son, lo cerrado nunca puede abrirse por completo, la bondad nunca puede librarse totalmente de la maldad. Es una prueba, una educación, ardua, difícil, que dura tanto como la vida, quizá tanto como una larga serie de vidas. Vidas pasadas tratando de abrir un poco, un poquito más, el universo cerrado que tiende a cerrarse violenta y automáticamente en el mismo instante en que cesa el esfuerzo. Vidas pasadas en vencer las pasiones separadoras, el odio, la maldad y el orgullo. Pasadas en domeñar

los impulsos de aislamiento egoísta. Pasadas en esfuerzos constantes para realizar la unidad | con otras vidas y con otras formas de ser. Experimentarlos con actos de amor y compasión. Experimentarlos, en otro plano, en la meditación, mediante la vista suprema de la intuición directa. Unidad por encima del torbellino de separaciones y divisiones. Bondad por encima de la posibilidad del mal. Pero el hecho de la separación persiste siempre, y el mal sigue siendo la condición previa de la vida y de la existencia. No se puede dejar nunca de ejercer la presión que tiende a abrir, incluso para los mejores la consumación í del ideal sigue estando inconmensurablemente remota.

En tanto, nos quedan el amor y la compasión. Estorbados continuamente. Pero es preciso que sean incansables, implacables, para remontar todos los obstáculos, la pigricia, la desgana, el desprecio intelectual internos; y las otras versiones y recelos externos. El afecto, la compasión, y también este acercamiento contemplativo, este esfuerzo para convertir en realidad la unidad de las vidas, de las existencias, con el intelecto primero y más tarde, tal vez, intuitivamente con un acto de comprensión absoluta. De argumento en argumento, paso a paso, hacia una consumación en que cese el discurso y sólo quede la experiencia, sólo quede el conocimiento inmediato, como de un color, de un perfume, de un sonido musical. Paso a paso hasta alcanzar la experiencia de ya no ser algo por completo aislado, sino algo unido en la profundidad con otras vidas, con el resto de lo existente. Unido en paz. En paz, en paz…, en paz. En lo hondo de toda mente, paz. Una misma paz para todos, continua entre mente y mente. En la superficie, las olas separadas, los remolinos, las gotas que salpican; pero en lo hondo, la expansión continua y no diferenciada del mar, más tranquilo cuanto más hondo, hasta alcanzar la inmovilidad absoluta. Una paz oscura en las profundidades. Una paz oscura que es la misma para cuántos pueden bajar a lo hondo. Una paz, que por extraña paradoja es sustancia y causa de la borrasca superficial. Nacidas de la paz, las olas destruyen la paz, la destruyen, pero son necesarias; pues sin tormenta en la superficie no sería posible la existencia, ni serían posibles el conocimiento de la bondad, los esfuerzos para templar y vencer el frenesí del mal, el

redescubrimiento de la calma de lo profundo, la conciencia de que la sustancia del frenesí es la misma que la sustancia de la paz

Frenesí del mal y de la separación. En la paz hay unidad. Unidad con otras vidas. Unidas con todo lo existente. Pues debajo de todo lo existente, debajo de las atracciones y las repulsiones, yace la paz. O igual paz existe debajo del frenesí de la mente. Paz oscura de profundidad imposible de medir. Paz causada por la ausencia del orgullo, del odio y de la ira, por la de las ansias y las aversiones, de todos los frenesíes separadores. La paz lograda a través de la liberación, pues no es otra la paz sino la libertad alcanzada. La libertad, y al mismo tiempo la verdad. La verdad de la unión verdaderamente experimentada. Paz en las profundidades, bajo la tormenta, allá en lo hondo, fuera del alcance de las olas saltadoras, de las salpicaduras que se alzan de la superficie con vesania veladora. Paz en esta profundidad subacuática, paz en este silencio, en esta callada vacuidad en donde ya no rige el tiempo, en donde no hay ni imágenes ni palabras. Nada, sino la experiencia de la paz; paz, como un vacío oscuro más allá de toda vida personal y, sin embargo, en sí una forma de vida más intensa, a pesar de su naturaleza difusa, a pesar de la ausencia de todo propósito o deseo, más rica y de calidad más fina que la vida corriente. Paz más allá de la paz, perceptible en un principio, condensada, mas luego paz que se abre en el espacio infinito. Paz en la punta, como pudiera decirse, de un cono cada vez más estrecho de contracción y eliminación, un cono que tiene la base en las distracciones de la tumultuosa superficie y su ápice en las profundidades oscuras.

Y allí en el hondo, la punta del cono se encuentra con la punta de otro cono, y desde un único punto focal la paz se expande y se expande hacia una base a distancia infinita y tan ancha que su círculo es el terreno y la fuente de toda la vida, de toda existencia. Un cono invertido con relación a la luz cabrilleante y mudable de la superficie, invertido y descendente hasta un punto de oscuridad concentrada; y desde allí, en otro cono, se expande más y más a través de la oscuridad hacia otra luz, ¡sí, otra luz!, serena, inmóvil y tan esencialmente en calma como la oscuridad de la cual emerge. El cono invertido se torna cono que apunta hacia lo alto. Primero, desde la luz ancha y tormentosa al foco inmóvil de la Oscuridad; luego, más allá del

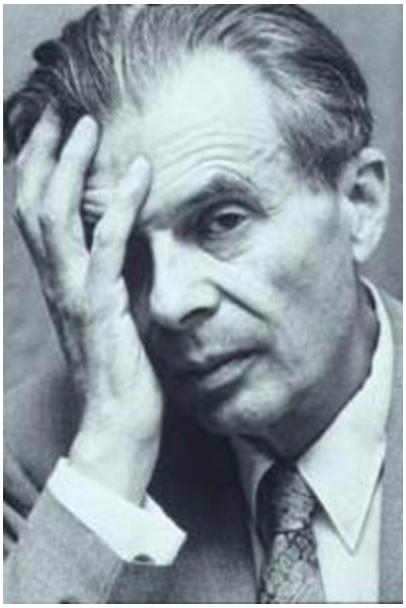
foco, a través de oscuridades que se ensancha hacia otra luz. De la tormenta a la calma y a través de aún más profunda e intensa paz hasta la consumación final, hasta la luz última que es hontanar y sustancia de todas las cosas; fuente de penumbras, del vacío, de la noche submarina de la calma vital; fuente manantial, también, de olas, del frenesí, de la turbulencia… ya olvidados. Pues ahora ya sólo hay una oscuridad que se extiende y se hace más impenetrable, hasta que se trueca, de esa manera, en luz; ya sólo queda esta última y postrera paz, esta conciencia de no estar separado, esta iluminación…

El reloj dio las siete. Lenta y cuidadosamente, fue Anthony volviendo de su contemplación de la luz, a través de la oscuridad, hasta quedar al cabo contemplando los movedizos reflejos y las sombras movedizas de la vida cotidiana. Al fin, se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse algo de comer. No le quedaba mucho tiempo. El mitin comenzaría a las ocho y le llevaría media hora llegar al lugar en donde se celebraba. Puso a cocer un par de huevos y mientras se hacían se sentó a comer pan y queso. Pensó en lo que le aguardaba con lucidez y sin pasión. Fuera lo que fuera, ahora sabía que todo sería para bien

Traducción de Fernando Calleja.

FIN

OceanofPDF.com



ALDOUS HUXLEY. Pertenece a una familia en la que durante generaciones han surgido científicos, artistas y sabios de todas las ramas de la cultura. Un antepasado próximo suyo fue el encargado de difundir por el mundo la teoría de la evolución de las especies, ideada por Darwin. Otro Huxley, éste ya contemporáneo nuestro, ha sido uno de los biólogos más respetados de este siglo. El mismo, Aldous Huxley, estudió medicina, y luego por un defecto de la vista, tuvo que abandonar la carrera, para dedicarse a la literatura. Nos encontramos, pues, ante uno de los fenómenos, poco frecuente desde luego, de transmisión de facultades hereditariamente y en grado superlativo. Todo esto sin duda es impresionante, pero no es decisivo. Posiblemente por encima de la sorprendente repetición de talentos en el seno de una misma familia, sobresale y llama nuestra atención el carácter liberal, igualmente compartido, de ese talento.

Aldous Huxley nació en Godalming, Surrey, en 1894, y murió Hollywood en 1963. Estudió en Eton, el colegio de los dirigentes británicos, y se graduó en Medicina en el Balliol College, de Oxford, en 1915. Aún no tenía veinticinco años cuando se hizo famoso con la obra *Los escándalos de Crome*, su primera novela, a la que siguieron *Contrapunto* (1928), y *Un mundo feliz* su obra, sin duda, más ambiciosa y también la más leída.

Además de otras muchas novelas y ensayos, como el más famoso de ellos, *Mono y esencia* (1948), ha publicado multitud de ensayos de investigación histórica y sociológica, entre los que destaca la obra que el lector tiene en sus manos: *Los demonios de Loudun*. Se publicó la primera edición, en inglés, en el año 1952, y pronto se ha despertado de nuevo el interés por un tema que ya había inspirado a escritores como Dumas y Vigny, y a historiadores como Michelet. En nuestros días el tema ha pasado a la ópera (*Penderecki*, 1969) y al cine (*Sor Juana de los Ángeles*, polaca, 1961, de Jerzy Kavalerowicz; y *Los Demonios*, inglesa, 1971, de Ken Russell).

Huxley en su obra no ha querido poner sobre el tapete un asunto de escándalo sólo por el escándalo, como se le ha reprochado injustamente y como justamente podría haberse reprochado a otros que utilizaron el mismo asunto. Sobre todo —como por lo general en todas sus obras— Huxley se interesa por todo aquello que al afectar al hombre de manera radical, lo sitúa en los límites, en la frontera de sí mismo, de la sociedad, de la moral, o como en otra de sus obras famosas «en las puertas de la percepción». En cualquier caso, en el libro que nos ocupa, Huxley insiste más en el análisis de la sociedad y en los condicionamientos políticos de los inquisidores que entendieron en el caso de Urbano Grandier, o en los condicionamientos de todo tipo a que se vieron sometidas las monjas protagonistas del escándalo, que en la disección del suceso propiamente dicho. El escándalo, a pesar de todo, es inevitable, pero la culpa no será del autor. Si acaso la responsabilidad recaerá sobre quienes nos han contado una historia falsificada, para eludir, precisamente, su responsabilidad.

OceanofPDF.com

Notas

[1] *Wahlverwandschaft*: afinidad electiva. <<

[2] Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor. <<

[3] *a la page*: estar al día. <<

[4] Supongo hará referencia a Franklin Nathaniel Daniel Buchman (1878-1961), mejor conocido como Frank Buchman. Fue un luterano estadounidense que fundó First Century Christian Fellowship en 1921 (conocido después de 1928 como Oxford Group) que se transformó bajo su liderazgo en 1938 en el Rearme Moral. <<

[5] *Bouvard et Pécuchet* es una novela escrita por Gustave Flaubert y publicada en 1881 a titulo póstumo. <<

[6] La Técnica Alexander, desarrollada por Frederick Matthias Alexander (Tasmania 1869- Londres 1955), es un proceso de reeducación psicofísico cuyo objetivo principal radica en cambiar la forma en la que respondemos a los estímulos que nos rodean; es decir, esta técnica busca sustituir nuestras reacciones automáticas por acciones escogidas racionalmente. <<

[7] *permear*: Penetrar (un líquido) poco a poco en un cuerpo poroso o permeable. <<

[8] *boers*: grupo étnico de origen neerlandés cuya área de asentamiento se concentra fundamentalmente en diversos territorios de Sudáfrica y de Namibia, aunque con el tiempo algunos contingentes también se han asentado en otros lugares como Botsuana, Zimbabue y Zambia. Históricamente, la identidad de este pueblo ha pivotado sobre tres elementos fundamentales: la lengua afrikáans, derivada del neerlandés, la religión cristiana calvinista, y la producción agropecuaria. Las guerras de los bóeres fueron dos conflictos armados que tuvieron lugar en Sudáfrica entre el Imperio británico y los colonos de origen neerlandés. La primera de estas guerras se desarrolló desde el 16 de diciembre de 1880 hasta el 23 de marzo de 1881; y la segunda, entre el 11 de octubre de 1899 y el 31 de mayo de 1902; su resultado fue la victoria del Imperio británico y la extinción de las dos repúblicas independientes que los bóeres habían fundado a mediados del siglo XIX: el Estado Libre de Orange y la República de Transvaal. <<

[9] *landó*: Coche tirado por caballos, de cuatro ruedas, con capota plegable delante y detrás para poder utilizarlo cubierto, parcialmente cubierto o descubierto. <<

[10] *Geórgicas* (publicadas en 29 a. C.) es un poema de Virgilio, el segundo en importancia de entre los que escribió, cuya intención es glosar e informar acerca de las labores agrícolas, además de representar una loa de la vida rural. El poema está dividido en cuatro libros, tiene un carácter didáctico y consta de 2.188 hexámetros. Está inspirado en Los trabajos y los días de Hesíodo. Virgilio la dedicó de modo especial a sus benefactores, Augusto y Mecenas (al que se invoca en el inicio de cada libro). La obra sirve de ilustración de algunas de las labores desarrolladas en el campo (recolección, siembra…), de explicación del funcionamiento de las estaciones del año y de las características climáticas. <<

[11] *Orión* (el Cazador) es una constelación prominente, quizás la más conocida del cielo. Sus estrellas brillantes y visibles desde ambos hemisferios, hacen que esta constelación sea reconocida mundialmente. La constelación es visible a lo largo de toda la noche durante el invierno en el hemisferio norte, verano en hemisferio sur; es asimismo visible pocas horas antes del amanecer desde finales del mes de agosto hasta mediados de noviembre y puede verse en el cielo nocturno hasta mediados de abril. <<

[12] *Sirio, o Sirius* en su denominación latina, es el nombre propio de la estrella *Alfa Canis Maioris*, la más brillante de todo el cielo nocturno vista desde la Tierra, situada en la constelación del hemisferio celeste sur Canis Maior. <<

[13] Pembroke Jones, financiero y líder social. <<

[14] Julien Offray de La Mettrie (1709-1751) fue un médico y filósofo francés, uno de los primeros escritores materialistas de la Ilustración. Es mejor conocido por su trabajo *L'homme machine* (El hombre máquina). La Mettrie es más recordado por asumir la posición de que los humanos son animales complejos y no tienen más alma que otros animales. Consideró que la mente es parte del cuerpo y que la vida debe vivirse para producir placer (hedonismo). Sus puntos de vista fueron tan controvertidos que tuvo que huir de Francia y establecerse en Berlín. <<

[15] David Hume (1711-1776) fue un filósofo, historiador, economista y ensayista escocés. Constituye una de las figuras más importantes de la filosofía occidental moderna y de la Ilustración escocesa. Es conocido por su sistema filosófico altamente influyente en el empirismo, escepticismo y naturalismo. Sus obras principales son: Tratado de la naturaleza humana (1739) e Investigación sobre el entendimiento humano (1748). <<

[16] Étienne Bonnot de Condillac, abate de Mureau (1714-1780), fue un sacerdote, filósofo y economista francés de la segunda Ilustración. La filosofía de Condillac fue conocida como «Sensualismo» o «Sensacionismo»: las facultades intelectuales y las reflexiones vendrían a ser nada más que sensaciones transformadas y nada habría en el intelecto que no hubiera estado antes en la sensación. <<

[17] todo lo efímero es solo una parábola. <<

[18] La *Teosofía* es una religión formada por un conjunto de enseñanzas y doctrinas difundidas bajo ese nombre por Helena Petrovna Blavatsky a fines del siglo XIX. En su obra *La clave de la teosofía*, ella explica que el nombre *teosofía* es uno de los tantos que se utiliza para designar a una sabiduría sin edad, eterna, que no es otra que el conocimiento de la verdadera realidad. Del mismo modo que la ciencia no crea las leyes que rigen la naturaleza sino que las descubre, la teosofía es la realidad, y los seres humanos vamos aprendiendo progresivamente porciones del conocimiento de esta realidad. A partir de 1875 se crea la Sociedad Teosófica, que tiene como uno de sus objetivos el estudio comparativo de Religión, Ciencia y Filosofía, con el objetivo de descubrir la enseñanza fundamental en cada una de ellas. <<

[19] Florence Nightingale, fue una enfermera, escritora y estadística británica, considerada precursora de la enfermería profesional contemporánea y creadora del primer modelo conceptual de enfermería. <<

[20] James Watt (1976). El ingeniero e inventor de máquina de vapor y el origen de la revolución industrial. George Stephenson (1781–1848) fue un ingeniero mecánico e ingeniero civil británico que construyó la primera línea ferroviaria pública del mundo que utilizó locomotoras a vapor (Stockton-Darlington, 1825) y la primera línea ferroviaria con transporte de pasajeros que utilizó locomotoras a vapor (Canterbury-Withstable, 1830). Conocido como el «padre de los ferrocarriles», diseñó por completo la primera línea ferroviaria moderna (Liverpool-Mánchester, 1830). <<

[21] *bezique*: juego de cartas de origen francés del siglo XIX, de dos jugadores, del tipo combinación de naipes y toma de bazas. <<

[22] La Sociedad Fabiana, fundada el 4 de enero de 1884 en Londres, es un movimiento socialista británico cuyo propósito es avanzar en la aplicación de los principios del socialismo mediante reformas graduales. Es también conocida por formar los cimientos de lo que más tarde sería el Partido Laborista británico. Entre los miembros más destacados de la Sociedad Fabiana estaban el dramaturgo George Bernard Shaw, la anarquista Charlotte Wilson, la feminista Emmeline Pankhurst y el escritor H. G. Wells. Los fundadores fueron Sidney Webb y su esposa Beatrice Webb. <<

[23] Sin: pecado en inglés. —(Tr). <<

[23a] La legendaria Arcadia que hoy conocemos fue concebida por la literatura y la pintura moderna como una edad dorada de abundancia, inocencia y felicidad; un lugar donde la paz y la dicha reinaban junto a paisajes pastoriles y hermosas ninfas. Sus pobladores, en su mayoría pastores, vivían en comunión con la naturaleza, creando un microuniverso de perfecta armonía. <<

[24] El glaciar transparente de los vuelos que no se filtraron. <<

[25] Según algunas escuelas filosóficas Hindúes, Om simboliza el divino Brahman y el universo entero. <<

[26] Plotino (205-270) fue un filósofo griego helenístico, autor de las Enéadas y fundador del neoplatonismo. Nació en Egipto y se educó en Alejandría. Finalmente se estableció en Roma. La obra de Plotino es en esencia un original comentario de las obras de Platón, de una forma mucho más estructurada de como lo hizo Filón de Alejandría. Atraído por el idealismo platónico, desarrolló su filosofía incorporando elementos cristianos con ideas filosóficas griegas y orientales. <<

[27] Alrededor del siglo sexto aparecieron una serie de volúmenes neoplatónicos cristianos bajo el nombre de Dionisio Areopagita, que fue el primer discípulo de San Pablo en Atenas. Estos volúmenes fueron considerados casi como de valor apostólico, en tanto que Dionisio fue el primer discípulo de San Pablo. De hecho los libros fueron escritos bien al final de siglo V o principios del VI en Siria. El desconocido autor simplemente firmó en ellos con el nombre de *Dionisio Areopagita* para darles mayor cobertura entre sus contemporáneos. Era un neoplatónico que había adoptado el cristianismo y que combinaba la doctrina de la filosofía neoplatónica y prácticas del éxtasis con doctrinas cristianas. <<

[28] Eckhart de Hochheim (1260-1328), más conocido como Maestro Eckhart (en alemán: Meister Eckhart), dominico alemán, conocido por su obra como teólogo y filósofo y por sus escritos que dieron forma a una especie de misticismo especulativo, que más tarde sería conocido como mística *renana*. Es llamado Meister en reconocimiento a los títulos académicos obtenidos durante su estancia en la Universidad de París. Fue maestro de teología en París en diversos períodos y ocupó varios cargos de gobierno en su Orden, mostrándose especialmente eficiente en su asistencia espiritual a la rama femenina dominica. Fue el primer teólogo de la Universidad de París en ser sometido a un proceso por sospecha de herejía. Condenadas algunas proposiciones de su obra por Juan XXII, fue rehabilitado por la Congregación para la Doctrina de la Fe en 1992. <<

[29] Baruch Spinoza (1632-1677) fue un filósofo neerlandés de origen sefardí hispano-portugués. Heredero crítico del cartesianismo, es considerado uno de los tres grandes racionalistas de la filosofía del siglo XVII, junto al francés René Descartes y el alemán Gottfried Leibniz, con quien además tuvo una pequeña correspondencia. <<

[30] Pienso, luego existo. (*N. del Ed*). <<

[31] *Homo cacans*: hombre que caga. <<

[32] *homo eructans*: hombre que eructa. <<

[33] *homo futuens*: hombre que ríe. <<

[34] *homo sentiens*: hombre que se emociona. <<

[35] *homo cogitans* hombre que piensa. <<

[36] …alta costura. Encantadora personalidad interior de Proust. Nietzsche y la Casa Kipling; personalidad deportiva. Personalidad nocturna, creación de Lawrence. Personalidad del baño, de Joyce. (*N. del Ed*). <<

[36a] *Weltanschauung*: cierta forma de entender el mundo, la naturaleza y la naturaleza humana. Una visión del mundo idealista y marxista. <<

[37]

Jesús, traspasado por mí.
Guárdelo dentro de tu lado. (N. del Ed). <<

[38] *Condar intra meum laborem*: Lo guardaré dentro de mi trabajo. (*N. del Ed*). <<

[39] Jules Henri Poincaré 1854-1912), fue un prestigioso polímata: matemático, físico, científico teórico y filósofo de la ciencia, primo del presidente de Francia Raymond Poincaré. Poincaré es descrito a menudo como el último universalista capaz de entender y contribuir en todos los ámbitos de la disciplina matemática. En 1894 estableció el grupo fundamental de un espacio topológico. <<

[40] Alfred Charles William Harmsworth, lord Northcliffe, fue un periodista y escritor irlandés, propietario y editor de periódicos de mayor éxito en la historia de la prensa británica y fundador del periodismo popular moderno, también conocido como el «Napoleón de la Prensa». <<

[41] *ahimsa*: concepto filosófico que aboga por la no violencia y el respeto a la vida. Es lo contrario a himsa (violencia). (*N. del Ed*). <<

[42] *Adler*: médico y psicoterapeuta austriaco, fundador de la escuela conocida como psicología individual. Fue un colaborador de Sigmund Freud y cofundador de su grupo, pero se apartó de él en 1911 al divergir sobre distintos puntos de la teoría psicoanalítica. Sus conceptos básicos son los de carácter, complejo de inferioridad y conflicto entre la situación real del individuo y sus aspiraciones. (*N. del Ed*). <<

[43] *Hinc illae lacrimae*: Por eso esas lágrimas. <<

[44] *sindeticón*: marca de pegamento de la época. (*N. del Ed*). <<

[45] Buen día y Hasta mañana, señora Cayol, y Hoy hace buen tiempo, o ¡Qué viento! (*N. del Ed*). <<

[46]

—Madame Ledwidge, ¿está en su habitación, señorita?

—No señor. La señora acaba de irse.

—¿Ella acaba de irse?

—Madame se fue a tomar el expreso en Toulon. (*N. del Ed*). <<

[47] *plutócratas*: clase social formada por las personas más ricas de un país, que goza de poder o influencia a causa de su riqueza. (*N. del Ed*). <<

[48] *Adonais*: Supongo se referirá a la elegía escrita por Shelley para John Keats en 1821 y catalogada como una de las mejores obras de este autor. (*N. del Ed*). <<

[49] David Lloyd George (1863-1945) fue un político británico, primer ministro entre 1916 y 1922, durante la última etapa de la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra. (*N. del Ed*). <<

[50] George Whitefield (1714-1770), ministro de la Iglesia de Inglaterra, fue un dirigente destacado del movimiento metodista. Llegó a ser muy conocido por su entusiasta predicación en las colonias americanas del Imperio Británico, destacándose claramente como el principal dirigente del primer movimiento evangélico en el nuevo mundo. (*N. del Ed*). <<

[51] Eres como una flor. (*N. del Ed*). <<

[52] A mitad del camino. (*N. del Ed*). <<

[53]

Este viajero enajenado, ¡qué torpe y cobarde es!
¡Él, una vez tan guapo, que cómico y feo es! (N. del Ed). <<

[54] Nombres de montañas suizas. (*N. del Ed*). <<

[55] *aoristo*: Tiempo verbal de lenguas indoeuropeas antiguas, especialmente de la lengua griega, que expresa una acción pasada sin hacer referencia a su duración ni a su posición con respecto a otra acción. (*N. del Ed*). <<

[56] *Dis aliter visum*: los dioses lo vieron (o quisieron) de otra manera. (*N. del Ed*). <<

[57] Y su brazo y su pierna, y su muslo y sus lomos, suaves como el aceite, ondulantes como un cisne, pasaron ante mis ojos clarividentes y serenos, y su vientre y sus senos, esos racimos de mi vid. (*N. del Ed*). <<

[58] *misógino*: Que siente aversión hacia las mujeres o no confía en ellas. (*N. del Ed*). <<

[59] Pareces muy vicioso. (*N. del Ed*). <<

[60] Debe ser terrible con las mujeres, ¿eh? (*N. del Ed*). <<

[61] Ambos tenemos novia. Nos estamos divirtiendo. Te mostraremos cosas divertidas. Tú que eres tan vicioso que te divertirá. (*N. del Ed*). <<

[62] Y su vientre, y sus pechos, esos racimos de mi vid… Se deslizó a mi lado, me dijo los nombres más tiernos y los nombres más espantosamente groseros, que se deslizaban por sus labios en dulces murmullos. Luego se quedó en silencio y comentó sobre darme esos besos que sabían… (*N. del Ed*). <<

[63] Las *súcubos*, según las leyendas medievales occidentales, son unos demonios que toman la forma de mujeres atractivas para seducir a los hombres o mujeres sobre todo a los adolescentes y a los monjes, introduciéndose en sus sueños y fantasías. En general son mujeres de gran sensualidad y de una extrema belleza incandescente. (*N. del Ed*). <<

[64] Estoy lleno de gratitud. (*N. del Ed*). <<

[65] *Noblesse oblige* es una expresión de origen francés que traducida literalmente significa «nobleza obliga». El Dictionnaire de l'Académie française la define del siguiente modo: Quien se proclame noble debe conducirse como tal. (*N. del Ed*). <<

[66] Jules Pascin (1885–1930), seudónimo de Julius Mordecai Pincas (Vidin fue un pintor de origen búlgaro nacionalizado estadounidense. Durante los años 1920, Pascin pintó sobre todo *frágiles petites filles*, prostitutas esperando a clientes, o modelos esperando a que acabe el posado. Sus pinturas se vendían, pero el dinero lo gastaba con rapidez. Era famoso por ser el anfitrión de numerosas fiestas, grandes y escandalosas, que daba en su piso. (*N. del Ed*). <<

[67] Comprender todo es perdonar todo. (*N. del Ed*). <<

[68] La Kurfürstendamm, también conocida como Ku’damm es una de las avenidas más famosas de Berlín, Alemania. Tiene una longitud de 3,5 km. (*N. del Ed*). <<

[69] *Non più andrai*: Ya no irás. (*N. del Ed*). <<

[70] Parte de la aria *Non più andrai* de la ópera *Las bodas de Fígaro* de Wolfgang Amadeus Mozart. (*N. del Ed*). <<

[71] Banquo es un personaje de la obra de William Shakespeare, Macbeth, de 1606. Era amigo del villano de la obra, Lord Macbeth. Banquo era el señor de Lochaber y fue asesinado por encargo de Macbeth para que no se interpusiera en el camino de este hacia el trono. (*N. del Ed*). <<

[72] *Yo soy Beatrice que te hará ir*: fe y razón en un verso del Canto II del Infierno. Ya cerca de la puerta del inframundo, Dante expresa sus dudas a Virgilio sobre la posibilidad de mantener el compromiso de seguirlo en el difícil itinerario de renovación espiritual que lo conducirá al *ianua coeli* (la puerta del cielo). (*N. del Ed*). <<

[73] *Así habló Zaratustra* escrito entre 1883 y 1885 por el filósofo alemán Friedrich Nietzsche. Está compuesta por una serie de relatos y discursos que ponen en el centro de atención algunos hechos y reflexiones de un profeta llamado *Zaratustra*, personaje inspirado en Zoroastro, fundador del mazdeísmo o zoroastrismo. Compuesta principalmente por cuatro partes, de la cual se subdividen en episodios, así entonces a través de diálogos del profeta Zaratustra desarrolla su pensamiento con otros personajes y diferentes circunstancias, expresando la filosofía de Nietzsche en sus relatos. (*N. del Ed*). <<

[74] *El banquete o El simposio* es un diálogo platónico escrito por Platón sobre los años 385–370 a. C., y es uno de los diálogos más trabajados, apreciado tanto por su contenido filosófico como por su contenido literario. Versa sobre el amor. (*N. del Ed*). <<

[75] El palazzo Schifanoia es un edificio de Ferrara, construido en 1385, hoy sede de un museo. El palacio es especialmente famoso por los frescos de la *Salone dei Mesi* (sala de los meses). La siguiente sala de las virtudes presenta un techo significativo con cofres de oro y pinturas, obra de Domenico Paris, del siglo XV. Están representadas las virtudes cardinales y las virtudes teologales entre los escudos de armas de los Este. (*N. del Ed*). <<

[76] *órfico*: Los órficos fueron un grupo que unió creencias procedentes del culto al dios Apolo con otras relacionadas con la reencarnación. Creían que el alma se mantiene únicamente si se conserva su estado puro. Sus ritos eran secretos y tenían lugar en oscuras grutas, donde los iniciados llegaban a experimentar, entre danzas e himnos órficos, alguna suerte de trance. Develarlos acarreaba incluso la muerte. (*N. del Ed*). <<

[77] Johannes Vermeer van Delft (1632-1675), es uno de los pintores neerlandeses más reconocidos del arte Barroco. Vivió durante la llamada Edad de Oro neerlandesa, en la cual las Provincias Unidas de los Países Bajos experimentaron un extraordinario florecimiento político, económico y cultural. La obra completa de Vermeer es muy reducida; solamente se conocen 33 a 35 cuadros. Pintó otras obras, hoy perdidas, de las que se tiene conocimiento por antiguas actas de subastas. Sus primeras obras fueron de tipo histórico, pero alcanzó la fama gracias a su pintura costumbrista, muchas veces considerada de género, que forma la mayoría de su producción. Sus cuadros más conocidos son *Vista de Delft* y *La joven de la perla*. (*N. del Ed*). <<

[78] Richard von Krafft-Ebing (14 de agosto de 1840 – 22 de diciembre de 1902) fue un psiquiatra alemán, autor de numerosas obras, entre las que se destaca Psychopathia sexualis (1886), el primer libro dedicado enteramente a las llamadas perversiones sexuales. (*N. del Ed*). <<

[79] ¿Qué está haciendo la madre? La madre toca el piano. ¿Y qué hace el padre? El padre se sienta en un sillón y fuma su pipa. (*N. del Ed*). <<

[80] *Homo non nascitur, fit*: El hombre no nace, se hace. (*N. del Ed*). <<

[81] Nijinsky fue uno de los más dotados bailarines en la historia, y se hizo célebre por su virtuosismo y por la profundidad e intensidad de sus caracterizaciones. Sabía usar la técnica del trabajo en punta de pie, una rara habilidad entre los bailarines de su tiempo (Albright, 2004) y su habilidad para realizar saltos que parecían desafiar la gravedad fue también legendaria. (*N. del Ed*). <<

[82] Somnifaine: barbitúricos inventado en la década de 1920 por Ernst Preiswerk. Tiene propiedades sedantes, hipnóticas y anticonvulsivas, y se usaba principalmente para el tratamiento del insomnio. (*N. del Ed*). <<

[83] Nombres de boxeadores famosos de la época. (*N. del Ed*). <<

[84] *Nos et mutamur*: también estamos cambiando. (*N. del Ed*). <<

[85] Si estás buscando un ratón divertido, mira a tu alrededor. (*N. del Ed*). <<

[86] El Diablo tenía forma de chivo, tenía rabo y debajo la cara de un hombre negro, donde la obligaban a besar…. (*N. del Ed*). <<

[87] Que bueno que seas rey; de lo contrario no podrías lo sufrir. Apestas a carroña (*N. del Ed*). <<

[88] *jeune premier*: el joven protagonista de una obra de teatro o película. (*N. del Ed*). <<

[89] Macizo de les *Diablerets* (morada de los demonios) es un enorme macizo montañoso cubierto de hielo de los Alpes suizos. (*N. del Ed*). <<

[90] *Gauleiter* fue el término en alemán utilizado en el Partido Nazi para los «líderes de Zona», que era la forma organizativa más grande del partido a nivel nacional. Este cargo fue creado en 1922 por el mismo Hitler y definía a los Jefes Políticos del Partido en cada estado o región alemana que se le asignara. (*N. del Ed*). <<

[91] *pari passu*: Término latín que significa estar en condiciones iguales. (*N. del Ed*). <<

[92] La OGPU o Directorio Político Unificado del Estado fue la policía secreta de la RSFSR y de la URSS hasta 1934. Se formó de la Checa el 6 de febrero de 1922 con el nombre inicial de GPU. (*N. del Ed*). <<

[93] *bhang*: comida de cannabis preparada a partir de cannabis y utilizada en infusiones, que tiene un efecto psicotrópico. (*N. del Ed*). <<

[94] Tamerlán (1336-1405) fue un conquistador, líder militar y político turco-mongol, el último de los grandes conquistadores nómadas del Asia Central. (*N. del Ed*). <<

[95] *Sage Femme de 1ére Clase*: comadromna de 1ª clase. (*N. del Ed*). <<

[96] *Je vous ferai un peu mal: te hare un poco de daño*. (*N. del Ed*). <<

[97] *rabelesiano* Hace referencia al escritor francés Rabelais, cuya obra constituye un gran fresco satírico de la sociedad de su época, rico en detalles concretos y pintorescos que contribuyen a una descripción humorística, a menudo exacerbada y paródica, de la Francia de su tiempo. (*N. del Ed*). <<

[98] *ton petit curetage*: tu pequeño raspado. (*N. del Ed*). <<

[99] *ton petit amoureux*: tu pequeño amante. (*N. del Ed*). <<

[100] *bergsoniana*: El concepto básico del idealismo bergsoniano es la «duración pura», es decir, inmaterial, fundamento primario de todo lo existente. Materia, tiempo y movimiento son formas distintas en que la «duración» se manifiesta en nuestras representaciones. (*N. del Ed*). <<

[101] Arthur James Balfour, primer conde de Balfour, fue un político y estadista británico que se convirtió en el trigésimo tercer primer ministro de ese país. Nacido en Escocia y educado como filósofo, Balfour entró por primera vez en la Cámara de los Comunes en la elección de 1874. (*N. del Ed*). <<

[102] Julien Benda (1867-1956), filósofo y escritor francés. Partidario del intelecto comprometido y del racionalismo se opuso a Henri Bergson que defendía la intuición. Era contrario a las teorías religiosas y también a la corriente existencialista. En 1907, publica en *Les Cahiers de la quinzeine* su primera novela titulada *La Ordenación*. Al final de su vida se comprometió en favor del comunismo. (*N. del Ed*). <<

[103] *papúes*: término para describir a los diferentes pueblos indígenas de Nueva Guinea y las islas vecinas. (*N. del Ed*). <<

[104] Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana y Borrás, más conocido como George Santayana (1863-1952), fue un filósofo, ensayista, poeta y novelista español. Santayana, que creció y se formó en Estados Unidos, escribió toda su obra en inglés y es considerado un hombre de letras estadounidense. A los cuarenta y ocho años de edad dejó de enseñar en la Universidad de Harvard y volvió a Europa, donde murió. Su último deseo fue ser enterrado en el panteón español en Roma. Probablemente su cita más conocida sea «Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo», de *La razón en el sentido común*, el primero de los cinco volúmenes de su obra La vida de la razón. (*N. del Ed*). <<

[105] Los *lacandones* son un grupo indígena del tronco maya que habita en la selva Lacandona en la frontera entre México y Guatemala, más específico en el estado de Chiapas, México. (*N. del Ed*). <<

[106] Según el islam, una *hurí* es una bellísima doncella siempre virgen de cuya compañía gozarán los creyentes en el Paraíso desde el día de la resurrección. Estos seres, que tienen el don de la eterna juventud y están dotados de toda suerte de encantos, simbolizan para algunos musulmanes la eterna bienaventuranza. Los *ghilman* son los sirvientes hermosos del paraíso destinados a las mujeres. (*N. del Ed*). <<

[107] *berkeleyano*: relacionado con o sugerente de Bishop Berkeley o su sistema de idealismo filosófico. (*N. del Ed*). <<

[108] *Komme gleich*: Vuelvo enseguida. (*N. del Ed*). <<

[109] *Odiseo o Ulises* fue uno de los héroes legendarios de la mitología griega. Aparece como personaje de la Ilíada y es el protagonista y da nombre a la Odisea, ambas obras atribuidas a Homero. Aparecía también en varios de los poemas perdidos del llamado ciclo troyano y posteriormente en muchas otras obras. Era rey de Ítaca, una de las actuales islas Jónicas, situada frente a la costa occidental de Grecia. Hijo de Laertes y Anticlea, en la Odisea, o Sísifo y Anticlea, era esposo de Penélope, padre de Telémaco y hermano mayor de Ctímene, que sufrieron esperándolo durante veinte años: diez de ellos los había pasado luchando en la guerra de Troya y los otros diez intentando regresar a Ítaca lidiando con una serie de problemas y obstáculos que tuvo que afrontar. (*N. del Ed*). <<

[110] *Odín*, también llamado *Wotan* es considerado el dios principal de la mitología nórdica, así como de algunas religiones etenas. (*N. del Ed*). <<

[110a] La Pimpinela Escarlata es una novela de capa y espada, obra de Emma Orczy, baronesa británica de origen húngaro. (*N. del Ed*). <<

[111] Me tendré que marchar. (*N. del Ed*). <<

[112] *anapesto*: Pie o cláusula rítmica de la poesía clásica formado por dos sílabas breves y una larga. (*N. del Ed*). <<

[113] señora, querida Ekki indescriptiblemente contento. (*N. del Ed*). <<

[114] Solo un cuarto de hora. (*N. del Ed*). <<

[114a] Geheimrat era el título de los más altos funcionarios asesores en las cortes imperiales, reales o principescas del Sacro Imperio Romano Germánico, que formaron conjuntamente el Geheimer Rat que informaba al gobernante. (*N. del Ed*). <<

[115] *schnell*: rápido (*N. del Ed*). <<

[116] ¡Sucia habitación de mujeres! (*N. del Ed*). <<

[117] *barbitón*: médicamente para el asma bronquial. (*N. del Ed*). <<

[118] *ajolote*: especie de anfibio caudado ambistomátido del género Ambystoma relacionado con la salamandra tigre. (*N. del Ed*). <<

OceanofPDF.com